

Lionel Shriver

Los Mandible

Una familia: 2029-2047



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

PORTADA

2029

1. AGUA GRIS
2. ACUMULACIÓN KÁRMICA
3. ESPERANDO LA PASTA
4. BUENAS NOCHES, COMPATRIOTAS NORTEAMERICANOS
5. ESA CLASE SOCIAL QUE HABLA POR LOS CODOS
6. BUSCA Y CAPTURA
7. LA REINA GUERRERA LLEGA A CARROLL GARDENS
8. LOS GOZOS DE SER IMPRESCINDIBLE
9. EN SUCIO
10. LOS REVESES NUNCA HACEN AFLORAR LO MEJOR DE LA GENTE
11. MARGARINA GÁRGARA AMARGA
12. ACCIÓN, RECOMPENSA Y SACRIFICIO
13. ACUMULACIÓN KÁRMICA II
14. SE DESEQUILIBRA UN SISTEMA COMPLEJO

2047

1. HACIENDO LO QUE HAY QUE HACER
2. ESTA NOCHE DAREMOS UNA FIESTA COMO SI FUERA 2047
3. MATAR A ALGUIEN, IRSE A ALGUNA PARTE, O LAS DOS COSAS
4. Y AHORA A CANTAR «AMERICAN PIE»
5. DE TODOS MODOS, ¿QUIÉN QUIERE VIVIR EN UNA UTOPIA?

NOTAS

CRÉDITOS

A BRADFORD HALL WILLIAMS.

*Aunque tuviste poco tiempo para la ficción,
este libro te habría gustado.*

*¿Quién habría imaginado que echaríamos tanto
de menos a un misántropo cascarrabias como tú?*

El colapso es una forma repentina, involuntaria y
caótica de simplificación.

JAMES RICKARDS, *Currency Wars*

2029

1. AGUA GRIS

–¡No uses agua limpia para lavarte las manos!

Aunque pretendía ser un recordatorio amable, la reprimenda resonó como un grito severo. Florence no quería parecer eso que su hijo llamaba *cacavieja*, pero bueno..., las normas de la casa eran sencillas. Y Esteban las desacataba sistemáticamente. No hacía falta malgastar agua para dejar claro que no era un calzonazos sometido (en cierto modo) por una mujer mayor que él. Esteban era un hombre tan peligrosamente apuesto que ella, en casi todo lo demás, le permitía hacer lo que se le antojase.

–Perdóname, Padre, porque he pecado –dijo Esteban entre dientes, metiendo las manos en el cubo de plástico del fregadero donde recogían los residuos líquidos. Unas tiras de col flotaban en el borde.

–Eso que estás haciendo ahora no tiene sentido, ¿verdad? –dijo Florence–. ¿Usar el agua gris cuando ya has usado la limpia?

–Sólo hago lo que me mandan –dijo Esteban.

–Eso sí que es una novedad.

–¿Qué te ha puesto de tan buen humor? –Esteban se secó las manos, grasientas ahora, en un paño de cocina más grasiento aún (otra norma: un rollo de papel de cocina dura seis semanas)–. ¿Algo va mal en Adelphi?

–En Adelphi las cosas sólo van mal –refunfuñó Florence–. Drogas, peleas, robos. Niños con eczemas... que no paran de chillar. Así son los albergues para indigentes. Si quieres que te diga la verdad, no entiendo por qué es tan difícil conseguir que los que viven ahí tiren de la cadena, algo que en esta casa es el máximo lujo.

–Ojalá encontrases otra cosa.

–A mí también me gustaría. Pero no se lo digas a nadie. Cambiar de trabajo arruinaría mi reputación de santa. –Florence siguió cortando la col, una verdura económica aunque costase veinte pavos. No sabía cuánta más col podría soportar su hijo.

Había quienes, en cambio, vivían intrigados por la virtud que conllevaba realizar, durante cuatro largos años, un trabajo tan agotador e ingrato, pero las suposiciones acerca de la naturaleza angélica de Florence eran poco o nada

realistas. Después de haber ido pasando a trompicones de un empleo mal pagado a otro, por culpa de esos duros golpes ya no le quedaba casi nada del altruismo ingenuo, o de la clase que fuere, que la había llevado a especializarse –imbécilmente, y por duplicado, además– en Estudios Norteamericanos y Política Medioambiental en Barnard. La mitad de sus trabajos ya no existían porque tal o cual innovación se había quedado obsoleta de un día para otro; había trabajado para una empresa que vendía ropa interior eléctrica –y larga, para ahorrar calefacción–, y luego, de repente, los consumidores se decantaron exclusivamente por ropa interior calefactable forrada con grafeno electrificado. Otros empleos desaparecieron por culpa de algo que, cuando ella aún no había cumplido los treinta, dio en llamarse *bots* pero los trabajadores norteamericanos que quedaron en la calle ahora llamaban *robs*, por razones obvias. Su puesto más prometedor lo consiguió en una *start-up* que fabricaba, con grillo molido, unas barras de proteína muy sabrosas; pero cuando Hershey's empezó a producir en serie un producto parecido, si bien a todas luces aceitoso, el mercado de los tentempiés hechos con insectos se fue a pique. Así pues, cuando en Fort Greene apareció una vacante en un albergue municipal, se presentó movida por una mezcla de desesperación y astucia: si había algo seguro en el mundo, era que en la ciudad de Nueva York nunca iba a faltar gente sin techo.

–¿Mamá? –preguntó Willing en voz baja desde la puerta–. ¿Hoy no me tocaba ducharme?

Su hijo de trece años se había bañado por última vez apenas cinco días antes, y sabía perfectamente que a todos les correspondía una ducha por semana (hay que ver lo rápido que gastaban cajas y cajas de ese champú seco que se aplicaba con el peine). Willing también se quejaba de que ducharse bajo esa alcachofa diseñada para ahorrar el máximo posible de agua se parecía a «salir a dar un paseo en la niebla». Ciertamente, quitarse el acondicionador con ese «rocío» se convertía en una operación compleja, pero entonces la respuesta no era precisamente usar más agua, sino dejar de usar acondicionador.

–Es posible que todavía no te toque... Pero bueno, dúchate –transigió Florence–. Y no olvides cerrar el grifo mientras te enjabonas.

–Si lo cierro, pillo frío.

Una réplica categórica. No era una queja, sino un hecho.

–He leído por ahí que tiritar es bueno para el metabolismo –dijo Florence.

–Entonces debo de tener un metabolismo *formidable* –dijo Willing, con sequedad, y dio media vuelta. Se burlaba del lenguaje anticuado de su madre, y no era justo. Hacía muchos años que Florence había aprendido a decir *malicioso*.

–¿Y si tienes razón y este coñazo del agua empeora? –dijo Esteban, poniendo los platos para la cena–. Quién sabe... A lo mejor conviene abrir los grifos a tope mientras podamos.

–Te confieso que a veces fantaseo con duchas largas y con agua bien caliente –dijo Florence.

–Ah, ¿en serio? –Esteban le rodeó la cintura por detrás mientras ella le quitaba el corazón a otra col–. En lo más profundo de esta niña de coro estricta y mandona se oculta una hedonista que intenta salir a la superficie.

–Por Dios, si yo antes disfrutaba como una loca debajo de un torrente y con el agua todo lo caliente que era capaz de soportar. Cuando era adolescente y me duchaba, en el cuarto de baño se condensaba tanto vapor que una vez arruiné la pintura.

–Eso es lo más excitante que me has contado jamás –le susurró Esteban al oído.

–Bueno, más bien es deprimente.

Esteban rió. En su trabajo solía tener que levantar en brazos a personas mayores y pesadas para subirlas y bajarlas de una silla de ruedas eléctrica –la *mobe*, como se la llamaba por poco moderno que se fuera–, y esa actividad lo mantenía en forma. Florence sintió sus pectorales y sus abdominales tensos contra su espalda. Estaba cansada, no cabe duda, y eso que, como máximo, podía tener cuarenta y cuatro años, una edad que en esos días podría haberle permitido alardear de jovencita, y la sensación fue excitante. Follaban bien. O era una particularidad de los mexicanos, o sencillamente Esteban era un hombre aparte, pero, a diferencia de todos los otros hombres que había conocido, a él no lo habían criado con una dieta continua de pornografía desde que tenía cinco años. A Esteban le iban las mujeres de verdad.

Eso no quiere decir que Florence se considerase a sí misma un buen partido. En cuanto a belleza, su hermana menor se había llevado la palma. Avery era morena, con curvas delicadas y ese toque de fragilidad que a los hombres les resultaba tan atractivo; pero a Florence, nervuda y fuerte simplemente por estar siempre haciendo algo, de caderas estrechas e inquietas, con un rostro alargado y una melena castaño rojiza siempre

despeinada que se le escapaba continuamente del pañuelo que usaba al estilo pirata para mantener a raya los mechones rebeldes, con frecuencia la habían caracterizado como «caballuna», un adjetivo que a ella le había sonado peyorativo hasta que Esteban comenzó a decírselo con cariño y dando palmadas en las caderas de su nerviosa potranca. Es posible que haya cosas peores que tener aspecto de caballo.

–Mira, yo tengo una manera completamente distinta de ver las cosas –le farfulló Esteban en el cuello–. ¿Se va a acabar el pescado? Pues atibórrate de lubina chilena como si fuese el fin del mundo.

–El peligro de que el mundo desaparezca mañana... De eso se trata. –El tono de institutriz que resonó en esa admonición se suavizó con una parodia de sí misma; Florence sabía que su fachada recta y severa ponía a Esteban de los nervios–. Si la reacción de todo el mundo a la escasez de agua fuese tomar duchas de media hora «mientras se pueda», nos quedaríamos sin agua incluso antes. Pero bueno, si ese argumento no te basta, te recuerdo que el agua es cara. *Inmensamente* cara, como dicen los chicos.

Esteban se apartó de su cintura.

–*Mi querida*,♦¹ qué deprimente eres. Si la Pedrada nos enseñó algo, fue que el mundo puede irse al carajo en un abrir y cerrar de ojos. No estaría mal intentar divertirse en los breves intervalos que separan un desastre de otro.

No le faltaba razón. Florence había intentado estirar ese medio kilo de picada de cerdo para hacer dos comidas; era la primera carne roja que comían en un mes. Después de que Esteban la instara a disfrutar del presente, Florence, en una especie de arrebató, y presa de un deseo desenfrenado de tirar la casa por la ventana, decidió preparar raciones únicas de unos ciento cincuenta gramos cada una. Hasta que se contuvo. Al fin y al cabo, *se supone que somos clase media*.

En Barnard, escribir una tesina titulada «Las clases sociales:

de 1945 a nuestros días» había parecido osado porque los norteamericanos se tenían muy alegremente por personas que estaban más allá de las clases. Pero eso había sido antes del legendario bajón económico que coincidió fatalmente con el final de su carrera universitaria. A partir de ese momento, los norteamericanos empezaron a hablar solamente de las clases sociales.

Florence había decidido encarnar un personaje brusco y práctico, y la autocompasión no le sentaba bien. Gracias a los fondos que su abuelo

destinaba a los estudios de sus descendientes, las deudas que había contraído pagándose una formación que no servía para nada eran menos onerosas que las de la mayoría de sus amigos. Es posible que envidiara el aspecto de su hermana, pero no su vocación; en privado pensaba que esa práctica terapéutica alternativa llamada «PhysHead» era una patraña absolutamente inservible. Comprar una casa en East Flatbush había sido una decisión sensata, pues el barrio, antes muy dejado, se había valorizado. En Mumbai, los indios se manifestaban porque no podían permitirse comprar verduras; ella, al menos, aún podía darse el lujo de comprar cebollas. Técnicamente, Florence podía ser una «madre soltera», pero en su país había más madres solteras que casadas, y hasta la expresión había caído en desuso.

Con todo, sus padres nunca parecieron entenderlo. Aunque se desvivían proclamando lo «orgullosos» que estaban, la implicación de que, ya cuarentona, su hija mayor necesitara que la animaran como a una adolescente era un insulto. Ahora, las lisonjas por el trabajo que hacía en el albergue eran insoportables. Florence no había aceptado ese trabajo porque fuese una actividad loable; lo había aceptado porque era un trabajo. El albergue prestaba un servicio público fundamental, pero, en un mundo perfecto, ese servicio lo habría prestado otro.

No puede negarse que sus padres habían tenido sus propias penalidades. Carter, el padre, se había sentido subestimado durante mucho tiempo en la prensa escrita, atascado años y años en el *Newsday* de Long Island sin conseguir nunca arañar los puestos influyentes y mejor remunerados, para los que, en su opinión, ya había pagado un buen peaje. (Además, parecía sentirse siempre aventajado en relación con su hermana Nollie, quien, en su opinión también, no había pagado nada y cuyos libros, según él mismo había insinuado más de una vez, estaban sobrevalorados.) Con todo, hacia el final de su carrera pudo por fin entrar en su amado *New York Times* (que Dios lo tenga en su santa gloria). Trabajó únicamente en la sección del Motor y, más tarde, en la dedicada al sector inmobiliario, pero conseguir un empleo en el periódico que más respetaba fue un tributo a la profesión a la que había dedicado toda su vida. Jayne, la madre, pasaba como mejor podía de un proyecto apocalíptico a otro, pero había *llevado* la muy adorada librería Shelf Life antes de que quebrase; y también la tienda de productos comestibles artesanales –*delicatessen*– de Smith Street antes de que la saquearan durante la Edad de Piedra y ella quedase demasiado traumatizada para volver a poner

un pie en ella. Y tenían su propia casa, ¿verdad? ¡Libre de cargas! Siempre habían tenido coche. Habían tenido los problemas habituales para conciliar la vida familiar con la carrera profesional, pero tenían una carrera, no trabajos anodinos de otra época. Cuando Jayne quedó embarazada de Jarred, un poco tarde en la vida, les preocupó la diferencia de edad entre el nuevo crío y sus dos hijas, pero ninguno de los dos se angustió por si podían permitirse o no tener otro hijo como se había angustiado Florence cuando quedó embarazada de Willing.

Entonces, ¿cómo iban a comprender las dificultades de su hija mayor? Después de acabar los estudios, Florence tuvo que vivir seis largos años con ellos en Carroll Gardens, y ese gran manchón donde no había nada seguía arruinando su currículum. Al menos, Jarred, su hermano menor, ya estaba en el instituto y podía hacerle compañía, pero, tras haberse deslomado para sacarse esa bobada de licenciatura, fue humillante tener que dedicarse a probar recetas originales de brownies de mantequilla de cacahuete y pepitas de chocolate con sabor a menta. Durante la llamada «recuperación» pudo por fin mudarse, y compartió pisos pequeños y asquerosas habitaciones alquiladas con gente de su edad que incluso tenía diplomas de la Ivy League en historia o ciencias políticas, y que también preparaba café hervido, subía a los autobuses con mesas y vendía esos viejos teléfonos inteligentes que se hacían añicos y que había que llevar a cargar continuamente a las tiendas de Apple. Ni uno solo de los trabajos de mierda que había pillado desde entonces tenía la más mínima relación con sus cualificaciones oficiales.

Cierto, los Estados Unidos salieron de la Edad de Piedra más rápidamente de lo que se había predicho. Los restaurantes de Nueva York volvieron a llenarse hasta los topes y la Bolsa conoció un momento de auge. Sin embargo, Florence no se había informado sobre si el Dow estaba a 30.000 o a 40.000 porque nada de esas frenéticas subidas les reportaba beneficio alguno a Willing, a Esteban y a ella. Así que, tal vez, no eran clase media. Es posible que la etiqueta fuese meramente el residuo de ser hija de una familia culta y amante de la literatura, eso a lo que uno se aferra para distinguirse de gente que, económicamente, no estaba mucho peor. No había muchos platos que pudieran prepararse únicamente con cebollas.

—¡Mamá! —gritó Willing desde la sala—. ¿Qué es una *divisa de reserva*?

Limpiándose las manos con el paño de cocina –el agua sucia y fría no le había servido para quitarse la grasa de las hamburguesas de cerdo–, Florence encontró a su hijo recién lavado, con el pelo oscuro y aún húmedo todo alborotado. Aunque ese año había dado un estirón de unos cinco centímetros, el chico era delgado y todavía un poco bajito si se pensaba que le faltaban tres meses para cumplir los catorce. Era muy travieso de pequeño. No obstante, desde aquel fatídico marzo de hacía ya cinco años, había estado..., bueno, no asustado exactamente –no era infantil–, pero sí vigilante. Era demasiado serio para su edad, y demasiado callado también. A veces Florence se sentía incómodamente observada, como si viviese bajo el ojo de una cámara de seguridad que no pestañeaba nunca. No sabía qué podía querer ocultarle ella a su propio hijo. Así y todo, lo que mejor protege la privacidad no es la ocultación, sino la apatía, el hecho de que otras personas simplemente no se interesen por uno.

Milo, más bien apagado para ser un cocker spaniel –aunque esa arruga perpetua en la frente, señal de aprensión, podía sugerir una gota de sangre de perro de San Huberto–, estaba dormido junto a su amo, la barbilla apoyada con tristeza en el suelo. El pelo color chocolate era bastante lustroso, pero los ojos marrones tenían una expresión preocupada. Menuda pareja...

Como era típico a esa hora de la noche, Willing no estaba apalancado delante de los extraterrestres y los señores de la guerra de los videojuegos, sino viendo las noticias por televisión. Qué gracia..., porque llevaban años prediciendo la muerte de la televisión. Las cadenas emitían en *streaming*, pero el formato había sobrevivido –el televisor seguía siendo la chimenea, el hogar comunitario, y un aparato de uso personal nunca podría sustituirlo del todo–. En una época en que los periódicos ya habían desaparecido en casi todo el mundo, la prensa escrita estaba copada por una chusma de aficionados que pregonaban noticias no verificadas y siempre con un sesgo ideológico. Las noticias televisadas eran casi la única fuente de información en que Florence confiaba ligeramente. *Hoy el dólar ha caído por debajo del cuarenta por ciento del...* refunfuñaba un presentador.

–No tengo ni idea –tuvo que admitir Florence–. *¿Divisa de reserva?* No sigo todo ese horror de la economía. Cuando terminé la carrera en la universidad, la gente sólo hablaba de esas cosas, sobre derivados y tipos de interés, y sobre algo llamado el LIBOR. Me harté de todo eso. Además, no me interesaba.

—¿No es importante?

—Lo que no es importante es que yo me interese por esos temas. Te juro que durante años leí los periódicos de la primera página a la última. Que me enterase de alguna de esas cosas, y de la mayoría de ellas me he olvidado, no ha influido en mí ni un ápice. Te soy sincera, ojalá me devolvieran todo ese tiempo. Creía que echaba de menos los periódicos, pero no.

—No se lo digas a Carter —dijo Willing—. Herirías su sensibilidad.

Florence seguía estremeciéndose cada vez que oía decir «Carter». Sus padres habían rogado a todos los nietos que los llamaran por el nombre de pila. Como «sólo» tenían cincuenta y cincuenta y dos años cuando Avery tuvo a su primer hijo, se habían resistido a que los llamaran «abuela y abuelo», en la creencia de que eran sustantivos que connotaban una condición geriátrica con la que no podían identificarse. Es obvio que imaginaban que ser «Jayne y Carter» para la próxima generación daría lugar a una camaradería íntima e igualitaria, como si ellos no fueran los ancianos de la familia, sino auténticos amiguetes de sus nietos. Es de suponer también que rechazar la convención los convertía en personas audaces y avanzadas; pero, para Florence, era forzado: su hijo hablaba de los padres de su madre con más familiaridad que ella. La negativa a aceptar que los llamaran por lo que en realidad eran —los abuelos de Willing, les gustase o no— sugería cierto autoengaño, y, por tanto, era un puro signo de debilidad, algo que le daba vergüenza ajena en caso de que ellos no tuviesen el tino de sentirse avergonzados por cuenta propia. Ese colegueo forzado no alentaba la intimidad, sino una mera falta de respeto. Más que remotamente inconformista, el numerito «Jayne y Carter» era, entre los retoños de la explosión demográfica, aburridamente típico. No obstante, no debía descargar su exasperación en Willing, que se limitaba a hacer lo que le habían dicho que hiciera.

—No te preocupes, a tu abuelo nunca le hablaré mal de los periódicos —dijo Florence—. Pero incluso durante la Edad de Piedra todo el mundo pensaba que eran horrorosos, y en algunos aspectos lo eran. Pero ¡qué caray! Para mí, liberarme de todo ese barullo fue genial —añadió, levantando las manos—. ¡Perdón! ¡Fue *natural*! Todo empezó a parecerme ligero, sereno, despejado. Nunca había sido consciente de que un día podía ser tan largo.

—Has vuelto a leer libros.

La mención de la Edad de Piedra puso a Willing en modo pensativo.

–¡Bueno, los libros no duraron! Pero tienes razón, volví a leer libros. De los de antes, con páginas de papel. La tía Avery dijo que era «pintoresco».

Florence le dio una palmadita en el hombro y dejó que siguiera viendo el Informativo Más Aburrido del Mundo. Por Dios, debía de ser la madre del único chico de trece años de Brooklyn que se interesaba por las noticias de economía.

Mientras probaba el arroz, intentó recordar lo que el raro de su hijo había afirmado sobre la recrudescencia de la desnutrición en África y en el subcontinente después de los increíbles progresos de esas dos regiones del planeta. Era indignante que los pobres sencillamente no tuvieran nada que llevarse a la boca, se había lamentado ante Willing, cuando en el mundo había comida de sobra. «No, no hay», había replicado él, torpemente, y prosiguió recapitulando la retorcida explicación de su bisabuelo, algo así como: «Sólo parece que hay comida de sobra. Si damos a los pobres más dinero, los precios subirán aún más y esa gente seguirá sin poder comprar comida.» Cosa que no tenía el menor sentido. Cerca de Willing, Florence debía vigilar más estrictamente la propaganda del abuelo. El anciano era de credo liberal, pero ella nunca había conocido a nadie con dinero que no tuviese *instintos* conservadores. Uno de esos instintos consistía en hacer que lo moralmente obvio (aunque fiscalmente molesto) pareciese terriblemente complicado. Por ejemplo: ¿El arroz es demasiado caro? Pues demos a la gente el dinero para comprarlo. Vaya obviedad.

En la escuela, Willing parecía muy apático y apocado, pero de puertas adentro el chico podía crecerse bastante.

–Ah, me olvidaba. He quedado para charlar con mi hermana después de la cena –le dijo Florence a Esteban cuando él entró a buscar una cerveza fría–. Espero que no te importe fregar los platos.

–Si me dejas usar agua de verdad, fregaré los platos todas las noches.

–El agua gris es bastante verdadera. Lo que pasa es que no es especialmente clara.

Como no quería tener la misma discusión todas las noches, la alivió ver que Esteban cambiaba de tema cuando el cerdo ya empezaba a crepitar.

–Esta tarde me he reunido con el grupo nuevo que vamos a llevar a Mount Washington –dijo Esteban–. Ya hemos identificado al liante. Nunca son los clientes débiles y patéticos los que nos crean problemas, sino los gerontos que se creen superhéroes. Hombres, por lo general, aunque a veces es una

vieja dura de pelar que piensa que sigue teniendo treinta y cinco años, se estira el cuello con celo y se gasta varios cientos de miles de dólares en cirugía estética.

Esteban sabía que a Florence no le gustaba que hablase de sus clientes con ese desprecio, pero era probable que tuviera que desahogar su frustración sin que ellos lo oyeran.

—¿Y quién es el problemático? Vaya..., esta carne rezuma agua. Las hamburguesas saldrán hervidas.

—Debe de tener más de ochenta. Los bíceps nervudos, pero se nota que es octogenario. Vive en el gimnasio y no se ha dado cuenta de que ahora está haciendo *curls* con barras de madera de balsa en las pesas. Pasó olímpicamente de mi simulacro de seguridad. Lo único que preguntó fue cómo manejábamos el hecho de que la gente tenga «distintos ritmos» y de que a algunos escaladores les guste «superarse». Un ejemplar típico. Son corredores, o lo fueron, pero antes de llevar prótesis dobles de cadera y cinco operaciones de corazón no invasivas. Puedes estar segura de que tienen dinero, y de que antes del comienzo de los tiempos ya tuvieron una embolia. Por eso nadie se atreve a decirles que son jodidamente viejos. Normalmente, sus médicos, o el cónyuge, han dictado la ley que les prohíbe adentrarse en los bosques sin alguien que los recoja si caen por un barranco y se rompen las piernas, pero a ellos no acaba de gustarles la idea de hacer senderismo en grupo y siempre miran a los otros perdedores artríticos pensando: *¿Qué hago yo con estas cacaviejas...?* Cuando en realidad son todos iguales. No acatan las instrucciones y no esperan. Son los que tienen accidentes y consiguen que Over the Hill tenga mala fama. En una excursión en canoa, son los que se lanzan en solitario y se equivocan de afluente; después somos nosotros los que tenemos que abandonar a toda la expedición para buscarlos. Porque no les gusta seguir a un guía, y menos a un guía *latino*, claro. Les da rabia que ahora los latinos seamos los amos del cotarro, puesto que alguien tiene que...

—Basta —dijo Florence, echando la col dentro de algo que ya empezaba a parecer una sopa de cerdo—. Olvídalo. Estoy de tu lado.

—Ya sé que todo este rollo te harta, pero no tienes ni idea de las oleadas de resentimiento que me lanzan todos los días. Siempre están cabreados, y quieren volver a dominar aunque se consideren a sí mismos progresistas. Siguen queriendo que se les reconozca el mérito de ser tolerantes sin aceptar que uno sólo «tolera» lo que no puede soportar. Además, nosotros tenemos

que tolerar sus graznidos igual que ellos tienen que aguantarnos a nosotros. Éste es nuestro país del mismo modo en que lo es de esos gringos del pasado. Y sería aún más nuestro si esos inseguros cretinos blancos se dieran prisa en morir.

–*Mi amado*, ♦ eso es demasiado –lo reprendió Florence, a título meramente formal–. Por favor, no digas esas cosas delante de Willing.

Como de costumbre, no tuvo que pedirle a Esteban que pusiera la mesa, llenara los vasos de agua y rellenara el salero. Para él, que había crecido en una familia numerosa, echar una mano era algo natural. Fue el primer novio que la convenció de que no necesitar compañía ni ayuda para criar a su hijo no significaba que no podía seguir *disfrutando* de la compañía de un hombre en la cama ni privar a Willing de algo parecido a un padre –un padre, además, que pudiera después atribuirse el mérito de que el chico fuese totalmente bilingüe–. Esteban era inmigrante de segunda generación y hablaba inglés sin el menor rastro de acento mexicano; si de vez en cuando decía algo en español era mayormente en broma, una manera graciosa de interpretar un estereotipo que deleitaba a sus clientes de la tercera edad. Puede que no hubiese ido a la universidad, pero eso, en opinión de Florence, era una inteligente jugada económica.

Y, en lo tocante a la cuestión étnica, no era cierto, como a todas luces creía su hermana, que ella se hubiera liado con un latino para ser, digamos, una progre (¡ay! *natural*), para asociarse con lo que no podía rivalizar o para renegar de sus orígenes por una trillada vergüenza liberal. Al margen de la sangre que corriese por sus venas, Esteban era un hombre enérgico, responsable y vital, y ambos tenían mucho en común; no en última instancia, la emoción que preferían era la repulsión. De todas maneras, haber elegido un amante mexicano era algo que pertenecía al lado acertado de su historia –abierto, mestizo, progresista–, y Florence no podía menos que reconocer que los orígenes de Esteban eran un plus. Si seguiría sintiendo atracción por ese hombre si fuese un blanco normal y corriente era una pregunta que no se sostenía. Las personas eran un «paquete» con «todo incluido». Imposible separar quiénes eran de lo que eran y, para ella, lo esencial de Esteban –piel morena, esa trenza de pelo negro sedoso y los pómulos anchos y altos– era irresistible. Con todo lo que lo hacía diferente, Esteban ensanchaba el mundo de Florence y le permitía acceder a un rico y complejo universo americano

paralelo que, para los paranoicos de derecha, para los cerrados como su hermana Avery, representaba una amenaza incomprensible y monolítica.

–Eh, ¿te acuerdas del tío que vino a vivir al otro lado de la calle el año pasado? –dijo Florence cuando Esteban volvió para recoger del suelo los trocitos de col–. Brendan Nosecuántos. Cuando llegó te dije que era una señal de que yo ahora nunca podría comprar una casa en este barrio. Trabaja en Wall Street.

–Sí, algo recuerdo. Banquero de inversiones, dijiste.

–Esta mañana me lo he encontrado de camino a la parada del autobús y hemos tenido una conversación muy extraña. Creo que intentaba ser útil. Y tengo la sensación de que le gusto.

–¡Vaya! ¡Eso no me gusta nada!

–Bueno, estoy segura de que es más por esa repelente fama de bondadosa y misericordiosa que me persigue como una sombra. Me dijo que deberíamos sacar del país «nuestras inversiones». Ya mismo, hoy. Que convirtamos a una divisa extranjera todo el efectivo que tengamos... Pero ¿qué efectivo? Ojalá no fuera tan gracioso. Y que nos deshagamos, cito, de los «activos denominados en dólares». Por Dios, y con qué aspavientos me lo ha dicho. Es posible que a la gente como él le falte un elemento dramático en su vida. Me ha tocado el hombro y me ha mirado directamente a los ojos, como queriéndome decir que *no bromeaba y que me hablaba de algo jodidamente serio*. Con cierto histerismo. No sé por qué piensa que la gente como nosotros tenemos «inversiones».

–Podríamos tenerlas si tu *abuelo* ♦ rico la palmará.

–Para ver un centavo de esa herencia, mis padres también tendrían que palmarla, así que no tientes al diablo.

Aunque Esteban no era un buscador de oro, cualquier referencia a la fortuna de los Mandible –y nadie parecía saber a cuánto ascendía– hacía sentir incómoda a Florence. Tener un abuelo paterno acaudalado no había afectado de manera apreciable a su modesta crianza. Con el tiempo, había dedicado grandes esfuerzos a convencer a su novio latino de que ella no era una gringa más, una vaga y una mimada con derechos de cuna que no merecía su buena suerte, y siempre que se hablaba de dinero, esa caricatura de niña malcriada volvía a asomar la cabeza. Ya era bastante delicado que fuera la titular de la escritura del inmueble sito en el 335 de la calle Cincuenta y cinco Este y que se hubiera negado a que Esteban la ayudase a pagar la

hipoteca. Llevaban cinco años juntos, pero permitirle reclamar una condición de igualdad habría significado confiar en esa relación un punto más de lo que parecía adecuado. No eran pocos los predecesores de Esteban que habían vivido decepciones verdaderamente espectaculares.

–¿Qué crees que está pasando para que ese tío te diga eso así, sin venir a cuento? –preguntó Esteban.

–Pues no lo sé. En las noticias oí que hace unos días en Gran Bretaña quebró un banco. Pero ya me dirás si eso tiene algo que ver con nosotros. Y ayer, qué fue... ¿Algo, algo que no «se prorroga»? Ya sabes que no sigo ese rollo. Y fue en Europa también, no sé bien dónde. Después de tantos años de la «ordenada evolución del euro», estoy hasta las cejas de sus eternos problemas económicos. Sea como sea, en las noticias que Willing estaba viendo dijeron claramente algo sobre bonos. Pero estoy segura de que Brendan sólo quería impresionarme.

»Ah, y hablando de cosas raras... –recordó, sirviendo ya la comida–, Brendan me ha preguntado si éramos propietarios. Cuando le he dicho que sí, aunque tenía un inquilino que me ayudaba a cubrir la hipoteca con lo que me pagaba, ha dicho: “Ser propietario puede ser una circunstancia afortunada. De lo que podría arrepentirse usted es del inquilino.”

Con esos momentos «dónde-estabas-cuando» (para gente como su tía abuela Nollie, el asesinato de Kennedy; para la generación de su madre, el 11 de septiembre), era demasiado sencillo aparentar recordar, mirar hacia atrás e imponer las verdades irrefutables de lo que se aprendió a posteriori sobre un pasado vacilante e insípido. Así pues, Willing decidió que más adelante recordaría esa noche, la recordaría de verdad, incluidas las hamburguesas de cerdo de textura arenosa, un largo consejo de familia por *cam* entre su madre y su hermana después de la cena, y la falta de agua (a esas alturas, el protocolo era una rutina). Guardaría humildemente en su lugar el hecho de que él, en ese momento de su vida, no comprendía el concepto *divisa de reserva*. Tampoco entendía qué era una *subasta de bonos*, aunque sin duda hubo décadas enteras, por no decir siglos, durante las que casi todo el mundo consideró que ambos conceptos eran cosas aburridas y de poca importancia. Así y todo, en el futuro se aseguraría de reconocerse, como mínimo, este mérito: durante las noticias televisadas de las siete de la tarde, y aun cuando no lo entendiese, sí captó el tono de esa «subasta de bonos del Tesoro de los Estados Unidos» con la consiguiente «subida de los tipos de interés».

Había aprendido a reconocerlo desde la Edad de Piedra. Todos los demás pensaban que lo peor ya había pasado, que se había restablecido el orden de una manera gloriosa y para siempre. Sin embargo, para Willing, durante su ocasión fundamental –su dónde-estabas-cuando a la solemne edad de ocho años–, el Día Que No Ocurrió Nada fue una revelación, y las revelaciones no se revelaban por sí mismas, no acababan de encajar cuando se las volvía a colocar en el armario. A consecuencia de esa epifanía irreversible, había aprendido a darle la vuelta a las expectativas. Que las cosas no funcionaran, que se vinieran abajo..., eso no tenía nada de asombroso. Las disputas y la decadencia eran el estado natural del mundo. Lo asombroso era que algo funcionase como uno quería que funcionase, al margen de lo que durase. Así pues, pasó el final de su infancia en un estado de agradecido asombro: ante la televisión con sus colores sobresaturados (¡volvió a encenderse!); asombrado al ver a su madre volver del trabajo en un autobús que circulaba puntualmente o no circulaba, y también cuando veía salir del grifo agua limpia aun cuando rara vez le permitieran tocarla.

En cuanto al tono, lo identificó mientras su madre seguía en la cocina hablando sobre la col. Ni ella ni Esteban detectaron el timbre. Sólo Willing prestaba atención. Para ser exactos, Willing y Milo; con la mirada alerta, en una postura recelosa, las orejas alzadas, el spaniel también distinguió un tonillo extraño. Pues los presentadores del informativo hablaban con un dejo de excitación nerviosa que era inconfundible. A los que daban las noticias les encantaba que pasara algo. Difícil culparlos por ello, pues contar lo que pasa es su trabajo y les gusta tener algo que hacer. Cuando las cosas iban mal, como iban casi siempre, puesto que las buenas noticias trataban, en su mayor parte, sobre la monotonía de las cosas, se avergonzaban de lo felices que eran. El peor de los presentadores cubría la felicidad con una falsa tristeza muy exagerada que no engañaba a nadie y que Willing deseaba que dejaran de lado.

Esa noche al menos no había muerto nadie, y cualesquiera que fuesen los inescrutables sucesos que se emitían, tenían que ver con números y expresiones poco fluidas, que, de eso estaba seguro, la mayor parte de los demás telespectadores tampoco entendía. Así pues, al menos los presentadores y sus invitados no bajaban la vista y la voz hasta alcanzar una clave menor artificialmente compungida. Por el contrario, todos parecían encantados, emocionados incluso. No obstante, esa mezcla de nerviosismo y

alegría llevaba grabada una aguda conciencia que debía enmascarar lo mejor posible una euforia que luego lamentarían. Y ese tono puede resumirse así: ahora es divertido; más adelante no lo será.

2. ACUMULACIÓN KÁRMICA

Avery Stackhouse era perfectamente consciente de que su hermana no se sentía cómoda con el fleXface, pues a Florence le gustaba recoger la cocina mientras hablaba; pero, en ese caso, los platos siempre parecían exigir la mayor parte de su atención y esa distracción significaba desperdiciar un extraño momento de soledad: Lowell estaba dando una de sus clases nocturnas; Savannah había salido con uno de los novietes que iban desfilando por su último año del instituto a tal velocidad que Avery había renunciado a aprenderse los nombres; Goog estaba preparándose con su equipo para el gran debate interescolar sobre «Escasez y subidas de los precios debidas a una “política alimentaria” nacional destructiva y no a un déficit real de la agricultura» –Goog se había decantado por la primera causa–, y Bing estaba ensayando con su cuarteto.

Hecha un ovillo en un suntuoso sillón, Avery miró con satisfacción la sala de estar. En los primeros años de su vida adulta, la elegancia en la decoración se había caracterizado por unas superficies duras, por los ángulos agudos y la refracción de la luz; los blancos despiadados predominaban en la distribución de los colores. Ahora, esa suavidad deliciosa, la absorción de la luz y las curvas se habían vuelto de rigor; hasta las paredes estaban revestidas con un polvoriento ante sintético. En esa sala todo era color ámbar y tostado, cuero gastado en los muebles, como si fueran de segunda mano, y pieles de poco grosor; apoltronarse ahí con una copa de vino se parecía a acurrucarse sobre un oso disecado. La sordina del peltre había sustituido a la estridencia chabacana del cromo. Por suerte, en las casas de los ricos de Washington DC ya no se veían los espantosos modulares de antes; había vuelto a imponerse el digno sofá.

Los Stackhouse también habían desterrado de su vida las abigarradas pilas de libros que atestaban los tres pisos de ese revoltijo que era la casa paterna de ladrillo de Carroll Gardens. No había en las paredes nada semejante a hileras y más hileras paralelas de lomos ajados que permitiera tildar de carcas a los que allí vivían. Una vez leído un libro, ¿para qué conservarlo en tres dimensiones, guardarlo para vanagloriarse de poseerlo? Ahora que se podía

tener la Biblioteca del Congreso en la punta de los dedos, arrastrar de casa en casa montones de cajas de esos objetos usados se parecía a mudarse con las cáscaras de los huevos.

Avery desplegó y puso rígida la pantalla del fleX para colocarla encima de la mesita de centro revestida de piel. El aparato era tan delgado que, antes de tener los colores brillantes característicos de la segunda generación, hubo quien había tirado el suyo a la basura tras confundir los fajos que llevaban en el bolsillo con pañuelos de papel. Dado que el diáfano material podía transformarse en una pantalla en cualquier parte y de las dos pulgadas que tenía cuando estaba plegado pasar a ser un rectángulo de quince por veinte, y puesto que una sección inferior de su superficie podía plegarse para convertirla en un teclado, el fleX había reemplazado de un plumazo al reloj inteligente, al smartspeX, al teléfono inteligente, a la tableta, al ordenador portátil y al de sobremesa. Lo mejor de todo: la pantalla era irrompible, una ventaja que sus fabricantes empezaban a lamentar.

—Oye, ¿estás lista? —dijo bruscamente Avery—. Porque yo me muero de ganas de hablarte de esa *granja* que ha comprado Jarred.

—Sí, papá mencionó algo —dijo Florence—. Pero ¿cómo se le ocurrió comprar una granja?

La alta resolución realzaba unas bolsas incipientes debajo de sus ojos; en persona no se habrían notado. Avery no tenía tendencia a sentirse superior; los defectos del semblante de su hermana eran una advertencia. Así sería el suyo dentro de dos años. Además, en su cara también se veían montones de manchas, asomaban pelitos negros y algunas despigmentaciones horribles. Las imágenes forenses de ese aparato excedían de tal manera la benévola percepción borrosa del rostro humano en la vida corriente, que el vídeo parecía un escanograma médico, incapaz de decir si su hermana era feliz o no, pero sí si tenía cáncer de piel. Como mínimo, Florence y ella habían acordado no volver a usar nunca más 3-D, algo aún peor, pues, además de insinuar la presencia de manchas malignas, la hacía parecer gorda.

—Porque Jarred nunca sacó de los fondos para los estudios nada parecido a lo que usamos tú y yo —dijo Avery—, y convenció al Gran Hombre de que sería justo que le soltara dinero para la entrada.

Hombre formidable y de una vanidad también formidable, el Abuelo Mandible siempre había parecido recrearse con el mote *Gran Hombre*, y

mucho más desde que los hijos de Avery habían decidido mejorarlo convirtiéndolo en *Gran Gran Hombre*.

–¡Eso! Que Jarred se lleve una buena tajada tras abandonar los estudios, ¿no? –dijo Florence–. Dos veces. ¿Qué quieres que te diga? Sigo sin salir de mi asombro. Jarred nunca dijo que le interesaba la jardinería.

–Tampoco dijo nunca que le interesaba el agua marina antes de embarcarse en esa locura de la desalinizadora. Y nunca había freído un huevo antes de apuntarse al curso de cocina marroquí. Toda su vida podría resumirse así: «¿Qué es lo que no encaja en este cuadro?» Un puzle donde nada encaja. Un idilio agrario no encaja; así pues, encaja. Es lógico precisamente por su falta de lógica.

–¿Es así como te dejas la piel para conseguir que tus pacientes le vean sentido a su vida? Me impresionas. Eso que has dicho es muy fuerte.

–La verdad es que mamá y papá lo han animado muchísimo. Están convencidos de que la granja ha sido una idea fantástica. Cualquier cosa con tal de que Jarred deje de vivir con ellos.

–Por Dios, irse de casa de los padres a la tierna edad de treinta y cinco años... ¡Qué valiente! –Como si se hubieran puesto previamente de acuerdo, rieron al unísono. Las adultas eran ellas, y cualesquiera que fuesen sus defectos, como mínimo ninguna de las dos era la capulla holgazana y autoindulgente de la familia–. En fin... ¿dónde queda ese lugar?

–Gloversville, Nueva York, te lo creas o no –dijo Avery–. Donde antes fabricaban *guantes* o lo que fuese.²

–No te burles. En todas las ciudades y pueblos *fabricaban* algo. ¿Qué se cultiva ahí?

–Tiene manzanos y cerezos. Zanahorias, maíz. Creo que Jarred incluso ha heredado unas vacas. Una de esas explotaciones familiares donde los dueños se hicieron muy viejos y los hijos no querían saber nada.

–Ésas siempre dan pérdidas –dijo Florence–. Y va a darse de cabeza contra una pared. La agricultura a pequeña escala es agotadora. Caramba... Si hace meses que no hablo con él.

–Le ha dado por el survivalismo. Ha bautizado a la granja con el nombre de Ciudadela, como si fuera una fortaleza. Las pocas veces que hemos hablado últimamente lo he notado bastante... esotérico. Uf, con ese rollo del Final de los Días. Es un misterio... Cuando paseo por DC veo que no cabe un alfiler en ningún bar, que el precio de las propiedades vuelve a dispararse y

que todo el mundo va muy relajado en esos coches eléctricos sin conductor que cuestan doscientos mil dólares. En el Dow, las inversiones ya se parecen a una subida de la presión sanguínea. Y, entretanto, nuestro hermano menor se refugia en esas sandeces catastrofistas: *¡Arrepiéntete, el final está cerca! ¡El centro no se sostiene, todos vamos a morir pronto!* Se alimenta con textos laicos, pero la llamada emocional viene de Iowa. Evangelismo. No me extraña que haya acabado en una granja.

–Bueno... Mucha gente reaccionó así durante la Edad de Piedra...

–¡Me parto! Ya nadie dice «Edad de Piedra».³

–Llámame pedante si quieres, pero transformada confusamente en «la Pedrada» pierde todos sus significados. Ya sabes aquello de bombardear un país hasta hacerlo regresar a la edad de piedra...

–*Eres* una pedante. Igual que papá. El idioma es algo vivo, no puedes ponerlo en el congelador. Pero da igual, no creo que Jarred esté reaccionando tardíamente a la... *Edad-de-Piedra*. –Avery espació las tres palabras ampulosamente, como si condescendiera a emplear la elección de una imbécil a la que había que decirle con todas las letras, y separando las sílabas, que «AC» quería decir *ai-re a-con-di-cio-na-do*–. Esa idea de Jarred... Y no creo que sea únicamente él quien piensa así, ¿verdad? ¿La convicción de que estamos tambaleándonos al borde de un precipicio, a punto de irnos al fondo en caída libre? Es únicamente una proyección. No tiene nada que ver con «el mundo» ni con el rumbo espantoso que ha tomado este país, y todos tendremos que pagarlo. Sólo tiene que ver con Jarred y su sensación de precariedad personal. Pesimismo en lo que respecta a *su* futuro. Pero preocuparse por el derrumbe de la civilización en lugar de por el derrumbe de sus esperanzas en ser un experto en desalinización porque los requisitos eran demasiado para él, bueno... La profecía universal lo hace sentirse más importante.

–¿Alguna vez has hablado de esa teoría con Jarred? –preguntó Florence–. Puede que no le importe que alguien desestime sus opiniones políticas porque sólo tienen que ver con su relación consigo mismo. Las cosas que lo exaltan: la extinción de especies, la desertización, la deforestación, la acidificación del océano, el hecho de que ninguna de las grandes economías haya cumplido con sus compromisos sobre reducción de emisiones de carbono, no están sólo en su espejo.

–Pero yo veo lo mismo en mis clientes mayores todos los días. Tienen

obsesiones diferentes, por supuesto. Que pronto vamos a quedarnos sin agua, o que no tendremos alimentos ni energía eléctrica. La economía está al borde del desastre y sus planes 401 (k) pronto no valdrán nada. Aunque en realidad lo que les da miedo es morir. Y puesto que cuando uno muere el mundo también se muere, al menos para uno, dan por sentado que se acabará para todos. En cierto sentido, es un fallo de la imaginación, incapacidad para concebir el universo cuando ellos falten. Por eso los viejos se ponen apocalípticos. Se enfrentan al apocalipsis, y esa parte, el apocalipsis personal, es real. Y por eso, cuanto más se acerca el momento en que caerán en el olvido, tanto más proyectan algunos en su entorno ese día del Juicio Final que está al caer. A veces hay algo parecido a puro rencor. Juro que para algunos de esos biliosos Chicken Littles, el Armagedón inminente no es un temor, sino una fantasía. Como si quisieran que todo el planeta implusione en un agujero negro gigantesco. Porque si ya no pueden tomarse sus martinis en el porche, entonces nadie más tiene derecho a saborear uno. Quieren llevarse todo consigo, incluidas las aceitunas y los palillos. En fin... En realidad, todo está bien. La vida, la civilización, los Estados Unidos, todo va a seguir en pie, y eso es realmente lo que no pueden soportar.

Florence rió entre dientes.

–Ese final lo tenías preparado. Ya te lo había oído antes.

–Eeeh... –reconoció Avery–. Puede que un par de veces, pero lo que he dicho de Jarred lo mantengo. Está ocupado cavando el pozo para el agua de lluvia y acumulando latas de estofado de ternera porque atraviesa una crisis de supervivencia *psíquica*. En cuanto se le pase, echará un vistazo a sus montones de kits de primeros auxilios y todas sus cajas de cerillas de seguridad extralargas y se sentirá muy estúpido.

–¡Ajá, pero es posible que Jarred no sea el único que proyecta! A ti te va fenomenal, así que el sol brilla allí donde mires.

Ese *fenomenal* rezumaba desdén, y a Avery no le gustaba nada que alguien usara contra ella las herramientas de su propio análisis.

–Ganar un sueldo medianamente decente no te convierte en una imbécil –protestó–. Y los que vivimos con desahogo también tenemos problemas.

–Ajá –volvió a decir Florence–. Dame un nombre. –Ni siquiera esperó la respuesta–. En cuanto a Jarred, el problema con ese último despilfarro es práctico, no psíquico. Ese desastre de la «Ciudadela» me suena a mí a chupadero de dólares. Ya está hasta el cuello con las tarjetas de crédito a

pesar de vivir con mamá y papá. Todos esos proyectos que acabaron en nada fueron caros. Al Gran Hombre le convendría tener unos bolsillos muy profundos.

–Al Gran Hombre los bolsillos le cuelgan hasta los zapatos.

Avery decidió cambiar de tema. El dinero que un día pudiera llegar a caerles del patrimonio de los Mandible era un tema espinoso. Naturalmente, Florence nunca lo había dicho así, tan sin ambages, pero, dada la desigualdad de los ingresos de las hermanas, Avery se preguntaba si, cuando llegara el momento, se esperaba que ella se hiciera a un lado y sacrificase una parte no desdeñable a favor de sus hermanos o renunciara por completo a su herencia. En apariencia, ella no necesitaba el dinero. En otras palabras, ¿se merecía un castigo por haber tomado decisiones inteligentes que la hicieron prosperar? Ésa era la lección que el sistema fiscal norteamericano, mal llamado *progresista*, debería haberle enseñado hacía mucho tiempo. Ah, y Florence – sí, Florence, como la Nightingale– seguramente necesitaba más el dinero por ser tan bondadosa y caritativa en su reencarnación más reciente.

No obstante, las dos habían jugado con la misma baraja. Avery había decidido casarse con un intelectual algo mayor que ella, un peso pesado ahora profesor en el Departamento de Económicas de la Universidad de Georgetown; comprar a medias una bonita casa en DC que ya se había revalorizado; abrir una lucrativa consulta privada y criar a tres niños brillantes y talentosos a los que el matrimonio podía enviar a colegios privados de élite. Por su parte, Florence había decidido cohabitar con un guía de viajes mexicano que apenas había ido a la escuela; comprar una casa que, aunque tasada ahora a un precio que era un robo a mano armada, era un tugurio en un barrio de Brooklyn que, cuando eran pequeñas, ya era famoso por las sanguinarias guerras territoriales entre traficantes de crack; criar a un solo hijo nacido de un ligue de una noche al que enviaba a una escuela pública donde todas las clases se daban en español y que, dicho sea de paso, estaba volviéndose un poco raro, y, como profesión, ahuecarles las almohadas a unos esquizofrénicos. Avery deseaba desesperadamente que su hermana, inteligente y trabajadora –y era Florence la verdadera superviviente de la familia, no Jarred–, encontrase una vocación en la que su talento diera mejores frutos, y que Esteban pareciese, como mínimo, un tío a toda prueba. Pero la penosa situación de Florence –especialmente engorrosa para los mayores– seguía sin ser culpa de Avery. Estaba claro que, habiendo puesto

todo de su parte para salir adelante sola, no debía obligarla a sentirse culpable cada vez que hablaban.

Así y todo, el tema que sacó a colación para hablar de otra cosa resultó ser cualquier cosa menos neutral.

–Eh, ¿te has enterado del follón que se ha armado por culpa del prefijo telefónico de este país?

–Sí, en el albergue todos piensan que es para morirse de risa que alguien se preocupe por eso. De todos modos, estoy segura de que por este asunto Fox News podría pasarse el resto del año echando espuma por la boca.

–Bueno, el de los Estados Unidos ha sido el *uno* desde que existen los prefijos, ¿no? –dijo Avery–. Para algunos es simbólico.

–¿Simbólico de qué? ¿Somos el número uno? Si significa algo, el hecho mismo de que seamos el *uno* desde siempre es un motivo para asignar a otro ese estúpido prefijo durante un tiempo.

–Pareces muy puesta... Sobre todo si tenemos en cuenta que es un tema que supuestamente no te preocupa. Para los chinos debe de significar algo, o no habrían armado tanto alboroto para cambiar los prefijos.

–A veces, lo mejor que se puede hacer cuando una de las partes se pone farruca –dijo Florence– es darle lo que quiere. Mucho más cuando, como en este caso, no te cuesta nada aparte de teclear unos dígitos en un ordenador. Es la clase de concesión que se puede hacer gratis y canjear más adelante por algo que tenga importancia.

–O es la clase de concesión que sienta un precedente para hacer la tira de concesiones más adelante, y en ese caso sí importa. Hoy una paciente dijo que se sentía «humillada».

–La mayoría de los norteamericanos viven aquí –dijo Florence–. ¿Cuántas veces por año tienen que marcar el prefijo de los Estados Unidos? A menos que tu paciente fleXtee a casa desde el extranjero todo el tiempo, nunca va a sentirse activamente humillada durante un día normal y corriente. Ocurrió lo mismo con ese jaleo sobre el *Pulse dos para inglés*. ¿Es más difícil pulsar *dos* que *uno*?

–No volvamos a discutir sobre eso. Ya sabes que, para mí, cambiar esa convención era indignante.

–Fue un gesto generoso que tampoco esa vez costó nada. Para los latinos, el *dos* representaba algo así como ciudadanos *de segunda*. Fue un pequeño

cambio que consiguió que los inmigrantes y sus descendientes se sintieran integrados.

–Lo que consiguió fue que se sintieran *victoriosos*...

–*Cuidadito* –dijo Florence–. Hay líneas rojas.

A Florence le había dado aires vivir con un mexicano de carne y hueso. Ahora era miembro honorario de una minoría tan grande que pronto dejaría de llevar esa etiqueta –un momento crucial que Avery esperaba con ansiedad–. En su consulta, instaba a todos sus pacientes a que fortalecieran la sensación de ser especiales..., pero esa intensa sensación de identidad, de pertenencia, de orgullosa reivindicación de una herencia extraordinaria y particular, se negaba concretamente a la mayoría de los habitantes de un país que tenía no pocos logros de los que estar orgullosos. Así pues, es posible que cuando los blancos fuesen una minoría, las universidades también tuvieran sus propios departamentos de Estudios Blancos, donde se podría poner por las nubes, y sin vergüenza, a Herman Melville. Y sus hijos podrían acceder más fácilmente a los estudios superiores al margen de las notas que sacaran. De repente, todos podrían afirmar que era un insulto que los llamaran «blancos»; habría que decir «norteamericanos europeos occidentales», con todas las letras. Mientras unos a otros se gritaban «¿Qué pasa, blancucho?», con la connivencia y la confianza que caracterizan a los que pertenecen a tal o cual grupo cerrado, a los no blancos que emplearan un término tan marcado por la intolerancia los pondrían a caldo en la CNN. Convertirse en una minoría abriría las puertas a sentirse categórica y jocosamente ofendidos en cada ocasión, y el protocolo de las llamadas telefónicas automáticas volvería a cambiarse.

–¿Qué te había dicho? –exclamó Esteban fuera de pantalla–. ¡Deberíamos haber abierto las compuertas mientras teníamos la posibilidad de hacerlo!

–¡Willing! –gritó Florence por encima del hombro–. ¡Ve a Green Acre y trae toda el agua embotellada que puedas! ¡Esteban irá justo detrás de ti..., y lleva el carro!

–De acuerdo, de acuerdo –dijo el chico–. Me sé de memoria lo que hay que hacer. Pero ya sabes que será demasiado tarde. Todos los que tienen coche irán más rápido.

–Entonces *corre*.

–Otra vez no –dijo Avery.

Florence, suspirando, volvió a concentrarse en la pantalla.

—Lo peor de un corte de agua es no saber nunca cuánto durará. Podría volver dentro de una hora o tardar una semana. Al menos tenemos unos toneles de agua de lluvia en la parte de atrás. No es potable, pero para el baño sirve. Tengo unas botellas usadas llenas con agua del grifo, pero enseguida se pone asquerosa. Así que espero que Willing y Esteban encuentren algo. En el pasillo del agua siempre se arman verdaderas batallas campales. Por suerte ya es tarde. Creo que hay gente que todavía no se ha dado cuenta. Joder, odio tener que decirlo, pero Esteban tenía razón. Hace ocho días que no me ducho. Debería haberlo hecho al llegar a casa.

—¿Se sabe ya mejor cuál es el problema? No especulaciones que tal o cual se saque de la manga. Información real.

—Información real... ¿Y eso qué es? —resolló Florence—. Porque ni siquiera los más chalados niegan ya que en el oeste son los acuíferos agotados y la sequía. Aquí hay opiniones para todos los gustos. Puede que sean problemas de abastecimiento en el norte del estado. Es evidente que el Califato ha saboteado el Túnel Tres y que eso lo ha empeorado todo. Hay muchísima gente que dice que se trata de la infraestructura, que es vetusta, y de fugas masivas. Y tú sabes lo que yo pienso que es.

—Sí, ya lo sé. —Consciente de que estaba delante de la cámara, Avery se reprimió y no puso los ojos en blanco. Era propio de esos días observar que, en una época sin un periodismo de investigación riguroso, la gente creía en lo que más le convenía. Su padre no se cansaba de insistir en ese tópico. Sin embargo, por lo que a ella respectaba, la gente siempre se había formado primero una idea de las cosas y reunido pruebas que apoyaran esa opinión como a ellos les venía bien, igual que uno puede comprarse tal o cual prenda de vestir y, después, accesorios a juego. Así que, naturalmente, Florence le echaba la culpa al fracking. *Iba con ella.*

—¡Hola! —dijo Lowell, tras cerrar de un portazo.

—¡Hola! Estoy hablando con Florence.

—Vale, termina ya, ¿quieres?

El marido de Avery era engreído de oficio, pero esa irritabilidad era extraña.

—¡Cuando termine!

—Vale, vale —dijo Florence—. Tengo que llevar agua de lluvia al cuarto de baño. Adiós, cielo.

Por desgracia, a sus cuarenta y ocho años, los cañones de la barba de

Lowell –¡casi sesenta centímetros!– ya no podían considerarse un signo de modernidad, sino de dejadez, y el corte de pelo –cada vez más gris– en mechones desparejos, que una vez le habían dado aspecto de hombre a la moda, ahora lo hacía parecer un desastrado. Avery debía pensar en una manera de decírselo, aunque con menos palabras. Para ser economista, Lowell siempre había vestido con una elegancia que lo distinguía –lo importante era llamar la atención–, como un pijillo del centro, por así decir, con ropa estilosa y atrevida. Además, su andar, relajado y con su punto de arrogancia, le servía para hacer acólitos en Georgetown. El corte de ese traje gris paloma no podía ser más moderno –sin vueltas ni cuello, pantalones de talle alto y una chaqueta larga tipo túnica que le llegaba justo hasta la rodilla–. Esa noche llevaba los zapatos de un rosa chillón, pero era arriesgado ir por el mundo dando esa imagen de jovencito. Lowell parecía creer que todavía era joven, y no lo era.

–Mojo, venga, ¡enciende el televisor! –ordenó Lowell.

Unos días antes, el sistema de gestión de la casa, activado por voz, había empezado a hacer tonterías y no se cansaba de mantener informada a Avery cuando se les terminaba la leche. Antes de que ella decidiera desactivar esa función, el programa había encargado al supermercado tanta leche que casi se ahogaron. Ahora, por ese problemilla técnico, Mojo empezaba a hacer cosas aún más raras; después de que Lowell le diera la orden de encender el televisor, Avery oyó que en la cocina se ponía en marcha el lavaplatos.

–¿Ves cómo todo empieza a funcionar mal a la vez? –dijo Lowell, al borde de la desesperación–. Es lo que acabo de decirle a Mark Vandermire, ese cerebro de mosquito. Y lo mismo está ocurriendo en la economía. Estupideces que implosionan por todas partes al mismo tiempo..., como si los fallos estuvieran interconectados. Pero no es así forzosamente. Es sólo una especie de acumulación... kármica.

–Podrías escribir otro artículo con ese título. *Acumulación kármica* no deja indiferente. –Avery le pasó el polvoriento mando a distancia–. Por suerte podemos desactivarlo. El Mojo de Ellen, ya sabes, la que vive en esta misma calle, no se puede activar manualmente, y cuando se pone rarito ni siquiera pueden hervir agua.

Desanimado, Lowell se dejó caer en el sofá. Más que poner las noticias, lo que hizo fue darse golpecitos en una rodilla con el mando.

–¿Quieres comer algo?

–Una copa de ese vino que estás bebiendo tú. Pero me temo que si le pido a Mojo un sándwich de beicon, lechuga y tomate, pondrá en marcha los aspersores. O prenderá fuego a la casa.

Cuando Avery le trajo la copa de vino, Lowell preguntó:

–Bueno..., ¿ya te has enterado de la última?

–Es probable que no, sobre todo teniendo en cuenta que no sé a qué te refieres.

–La subasta de bonos de esta tarde.

–¿Otra vez Francia?

–No, el Tesoro de los Estados Unidos. Mira, yo no creo que sea tan importante. Pero la ratio de cobertura fue extrañamente baja. Caca de la vaca: 1.1. Y el rendimiento a diez años pasó a ser del 8,2 %.

–Parece alto.

–¿Alto? Se ha *duplicado*. Sin embargo, lo único que yo veo es una confluencia accidental de fuerzas arbitrarias.

–Acumulación kármica.

–Síiii. Ahí tienes a Francia, incapaz de prorrogar un tramo de deuda que está a punto de vencer... Pero claro, el Banco Central Europeo intervino al instante, así que no parece que vayan a cerrar la Torre Eiffel por falta de fondos. Como mucho, habrán fastidiado a algunos jefazos. En cuanto al Barclay's, en el Reino Unido oficialmente se dice que esta vez el gobierno de Ed Balls no puede acudir a rescatarlo, aunque eso es una pose estratégica. Apuesto a que encontrarán suficientes monedas de diez peniques en las hendiduras de los sofás de Downing Street para impedir que el banco se hunda. Después, ayer, un par de fondos de inversión de Zúrich y Bruselas se asustaron y redujeron sus posiciones en dólares casi a cero y se pasaron al oro. Que lo hagan si quieren. Cuando el oro vuelva a caer, esos lingotes les servirán de sujetapapeles.

–¿Ha subido?

–¡De momento! Ya sabes cómo es el oro. Siempre de aquí para allá como una pelota de ping-pong. A menos que uno sea realmente astuto calculando las subidas y bajadas, es una inversión ridícula.

–¿Por qué tengo la molesta impresión de que no estás hablando conmigo? No haces más que discutir y darte palmadas con una mano. Yo no estoy llevándote la contraria, Lowell.

–Lo siento. Es que... De verdad estuve discutiendo con ese cacavieja de

Vandermire. Porque, sí, es cierto que la subasta de bonos de hoy ha sido... desafortunada. En este momento, la demanda de deuda estadounidense es baja..., pero hay motivos que no tienen nada que ver entre sí para abandonar nuestros instrumentos de deuda en diversos países que, por casualidad, están coincidiendo. Aquí el mercado está muy activo y los inversores pueden encontrar rendimientos más altos en el Dow que en esos tristes títulos del Tesoro. No es probable que los tipos de interés sigan cerca del 8,2 %, y es posible que ésta sea una subida puntual. Por Dios, en los años ochenta el interés de los bonos públicos subió a más del 15 %, y a una velocidad de vértigo, y daban más del 8 % en una época no tan lejana como 1991...

–Un año no muy reciente, diría yo.

–¡Lo que quiero decir es que no hay motivos para ponerse histéricos!

–No hables como un histérico, pues.

–Es pánico por la subida de los tipos de interés. Ése es el problema. Los imbéciles como Vandermire... Ah, y adivina adónde iba cuando me lo encontré en el departamento. A la MSNBC. Tiene programada una entrevista tras otra en todas las emisoras importantes: Fox, Asia Central, RT, América Latina... Sesión continua.

–¿Estás celoso?

–Joder, no. Esos numeritos son un coñazo. Como emiten en hiperresolución, te meten un par de centímetros de maquillaje en la cara y después es imposible quitártelo del todo. Mancha las fundas de las almohadas. Además, nunca se sabe si, estando bajo presión, te equivocarás al citar una estadística. Esas meteduras de pata no se olvidan.

–Pero en ese campo tú eres muy bueno.

Lowell se incorporó en el sofá. Cumplido recibido.

–El miedo que Vandermire ha estado vendiendo toda la noche es algo parecido a esas profecías que acaban cumpliéndose por sí solas. Está viviendo su gran momento. Se parece a eso que tú dices siempre, ¿verdad? Este escenario apocalíptico...

–Yo no «siempre» digo algo. Mantuvimos *una* conversación...

–No hace falta que te irrites cuando intento estar de acuerdo contigo. Lo que pasa es que..., bueno, a esa gente que predice el fin del mundo nunca parece inquietarle esa posibilidad, ¿verdad? Invocan la ruina, el dolor y la devastación y apenas pueden ocultar su placer. ¿Acaso piensan que el colapso real se parecerá a la fiesta de cumpleaños de un crío en la que todos bailan en

corro cantando «¡Cenizas! ¡Cenizas!»? ¿Que todos nos iremos al traste? Y parece que dan por sentado que ellos serán inmunes, que seguirán bronceándose junto a la piscina mientras en el horizonte las ciudades arden. Son unos aspirantes a mirones. Para ellos, el destino de millones de personas reales, o de miles de millones, es un entretenimiento.

Lowell tenía en la cara la expresión de quien desea que alguien tome nota de sus palabras.

—A Florence y a mí nos preocupa que Jarred siga un rumbo parecido. Yo creo que lo atrae más el horror ecológico, pero la idea de fondo es la misma. De todos modos, para ser justa, nunca diría que esté encantado con esa perspectiva. Ha estado muy melancólico.

—Bueno, Vandermire está extasiado. Le encanta que le presten atención, y claro, ahora se jacta de haber tenido siempre la razón. «¡Insostenible! ¡La deuda soberana es insostenible!» Si esta tarde lo hubiese oído decir *insostenible* una vez más, le habría dado un puñetazo en la nariz. La definición funcional de *insostenible* es... lo-que-no-se-sostiene. Si no puedes mantener algo en pie, pues no lo haces. A fin de cuentas, ese jaleo de hace veinte años sobre el déficit, la paralización de todos los servicios excepto los esenciales... Un melodrama. Y el gobierno que quería incrementar el techo de gasto... ¿Y qué ha ocurrido? Nada. En el 180 % del PIB, y Japón demostró que era perfectamente factible, la deuda se ha *sostenido*. Por lo tanto, es *sostenible* en y por sí misma.

—Pues no permitas que Vandermire te afecte. Si está equivocado, pronto se verá que es un idiota como tú piensas.

—Su manera de hablar es peligrosa... Es poco preciso, y quiere inflamar los ánimos. Socava la confianza.

—Confianza, falsa confianza. ¿Qué importancia tiene que un puñado de inversores ricos se pongan nerviosos?

—El dinero es emocional —proclamó Lowell—. Dado que todo valor es subjetivo, el dinero vale lo que la gente cree que vale. Lo aceptan a cambio de bienes y servicios porque tienen fe en él. La economía se parece más a la religión que a la ciencia. Sin millones de ciudadanos que crean en una moneda, el dinero es papel de colores. También los acreedores tienen que creer que si conceden un préstamo al gobierno de los Estados Unidos, recuperarán su dinero. De lo contrario, no prestan ni un centavo. De ahí que la confianza no sea una cuestión secundaria. Es la única cuestión.

El problema de ser profesor consiste en que, cuando uno pontifica para ganarse la vida, es difícil dejar de hacerlo cuando vuelve a casa. Avery estaba acostumbrada, aunque las diatribas de Lowell ya no le parecían tan encantadoras como cuando eran recién casados.

–Ya sabes, la mayoría de los profetas del apocalipsis, como Vandermire, también tienen la fiebre del oro –prosiguió Lowell–. Sinceramente, aferrarse a un metal decorativo como si fuese la respuesta a todas nuestras plegarias es algo medieval...

–No empieces.

–No estoy *empezando* nada. Lo que no entiendo es cómo Georgetown pudo contratar a ese gilipollas. Se supone que es una prueba de la «amplitud» ideológica de la facultad, pero eso se parece a afirmar: «Tenemos *amplitud* académica porque algunos de nuestros profesores son inteligentes y los demás son unos imbéciles.» Hace sesenta años que el patrón oro pasó a mejor vida y nadie lo ha echado de menos. Era una pesadez, un freno a las herramientas de las que disponían los bancos centrales para afinar la economía y limitaba artificialmente la base monetaria. Es anticuado, supersticioso y sentimental. ¿Qué no están dispuestos a reconocer nunca esos escarabajos de oro? Ahora que el metal no tiene casi una utilidad real en y por sí mismo, es, por tanto, un depósito de valor tan artificial como una moneda fiduciaria o las conchas de cauri.

Avery miró detenidamente a su marido. Es posible que Lowell hubiese renunciado a poner las noticias por miedo a encontrarse con su bestia negra, Mark Vandermire. O porque temiera a las noticias mismas.

–Pareces preocupado.

–Sí... Un poco.

–Pero te conozco. Así que aquí va la pregunta: ¿estás preocupado por lo que está ocurriendo? Porque yo pienso que te preocupa más estar *equivocado*.

Arrepentido de haber tomado esa tercera copa de vino con Avery, Lowell se levantó pronto a la mañana siguiente, bastante espeso. Saltándose su habitual conexión compulsiva con el único sitio web que ofrecía noticias que le inspiraban confianza, decidió tomarse el café en el departamento –aun cuando en general fuese un sucedáneo de huesos de safrán–; desde su punto de vista personal, la mayor catástrofe cultural de los últimos tiempos no era

que se disparasen los precios de productos como el trigo y la soja, sino la extendida desaparición del cultivo de granos de arábica, que convirtió el precio de un buen café con leche en el de un trago de Rémy Martin. Decidido más que nunca a defender la economía culta, creativa y moderna, ahora que Vandermire y compañía pondrían a todo el mundo a contar los wampums con un ábaco, quería avanzar en su artículo sobre política monetaria antes de la clase de las diez: Historia de la inflación y la deflación. Ya había llegado a la Revolución Industrial en Gran Bretaña, casi un siglo de deflación persistente durante el que un país que parecía irse al diablo no hizo sino prosperar, algo que a él siempre lo ponía de mal humor.

De camino al metro, observó que las aceras de Cleveland Park estaban muy ajetreadas incluso a una hora tan temprana. Aunque, al salir el sol, el cielo estaba despejado, los peatones tenían la actitud que adopta la gente cuando llueve. Se apiñaban, correteaban como ratones espantados. Ver que una mujer lloraba en silencio no lo sorprendió, pero ver a dos sí, y también vio llorar a un hombre. Si bien por norma Lowell no llevaba el fleX mientras paseaba por una ciudad bonita, ya que prefería contemplar las vistas, sus conciudadanos de Washington solían llevarlo enrollado en la muñeca o en el ala del sombrero. Con todo, era muy extraño ver a tantos peatones hablando por teléfono. Ciertamente, desde la Pedrada, un puñado de majaras puristas se había dedicado a boicotear internet y, cual presas de un atavismo, parloteaban sin cesar. Hablar era la única manera en que esa tribu primitiva sabía comunicarse. Para todos los demás, los que tenían una vida privada, llamar por teléfono era, por consenso, tan invasivo que un solo timbrado los sobresaltaba; no había duda de que, si llamaban, era para decir que alguien había muerto.

Mientras bajaba por las largas escaleras grises de su estación, detectó en los rostros de los escurridizos pasajeros una expresión uniforme que lo puso de los nervios; semblantes desgarrados, concentrados, afligidos. Se metió como pudo en el vagón repleto justo en el momento en que se cerraban las puertas; por un pelo pudo hacerse un hueco entre la multitud. Pero por amor de Dios, si sólo eran las seis y media de la mañana.

También en el metro todo el mundo iba *hablando*. No entre sí, por supuesto. Con sus fleXes. *¿Ha bajado? ¿A cuánto está ahora?... Bueno, en Londres sólo a... Rozando los márgenes de garantía... ¡Compra australianos, francos suizos, me da igual! No, canadienses no, terminarán arrastrados*

por... Apuesto a que POTUS ya ha despertado de su... Detener pérdidas... Cruzó el stop de pérdidas hace dos horas... Detener pérdidas...

Incluso para los criterios de Washington, Lowell Stackhouse era excepcionalmente adverso a enterarse de noticias que todos los demás ya habían oído, y al cabo de treinta segundos de tantos murmullos agitados, decidió que ya había oído demasiado. Sacó el fleX del bolsillo, lo desplegó y lo puso rígido hasta que le cubrió la palma de la mano y fue directamente a Bloomberg. com, una página que podía considerarse fidedigna: EL DÓLAR SE HUNDE EN EUROPA.

3. ESPERANDO LA PASTA

En tiempos que podrían calificarse de absolutamente normales, Carter Mandible solía ir a New Milford en coche preguntándose dolorosamente hasta qué punto se sentía culpable por tener miedo cada vez que llegaba el día de visitar a su propio padre. Qué cosa... La mayoría de la gente de su edad tenía que hacer un esfuerzo enorme para acercarse al enrarecido reino de los noventa y siete años, aun cuando Douglas Mandible no agobiaba a su hijo con la pesada cruz del Alzheimer o la demencia senil. Antes bien, a veces Carter deseaba que su padre mostrase más signos de fatiga mental, cosa que podría despertar su compasión y ayudar a dejar de lado los rencores. Y uno de esos rencores –el primero– era que el viejo siguiese con vida.

Bueno, en realidad Carter nunca deseó conscientemente que su padre muriese. Estaba completamente seguro –bastante seguro– de que, cuando llegara el momento, acusaría la medida habitual de dolor filial. Los amigos le habían advertido que la pérdida siempre golpea con más fuerza de lo esperado, pero ése era un descubrimiento para el que él, personalmente, llevaba más de quince años preparado.

También era normal que, durante el viaje de dos horas desde Brooklyn – esa parte frondosa de Connecticut era agradable–, Carter se cuestionara qué lo llevaba a hacer esas visitas. Con un ojo puesto en la extensa vista, era natural adorar a un padre anciano, una especie de profilaxis sutilmente egoísta: poder asegurarse a sí mismo, al recibir la fatídica llamada, de que no le había fallado. A veces, mostrándose un punto más atento de lo que uno estaría dispuesto, más adelante se puede evitar la autoflagelación. Al fin y al cabo, los viejos tienen la horrible costumbre de palmarla justo después de que uno se escabulla, con una excusa que suena falsa, tras verlos en el último minuto, o inmediatamente después de un encuentro lamentable en el que a uno se le escapa un agrio aparte. Ser invariablemente cumplidor se parece a contratar un seguro emocional.

No obstante, en el caso de Carter, el interés personal era burdamente pecuniario. ¿Seguía conservando el favor del padre con esas visitas mensuales que le hacía en Wellcome Arms sólo para salvar su herencia de,

digamos, un arrebatado o un impulso rencoroso al final de la vida que llevara al viejo a dotar de fondos una cátedra de Yale? Nunca lo sabría. Lo peor de todo era que su padre tampoco lo sabría nunca, y bien podría no sentirse nunca confiadamente apreciado por lo que era. Una fortuna familiar introducía en escena un elemento de corrupción. Si bien Carter podía sentimentalizar el mundo ideal en el que pasaba con Douglas E. Mandible el mayor tiempo posible simplemente porque quería hacerlo, porque disfrutaba de su compañía y estaba decidido a aprovechar al máximo la bendita larga vida de su padre mientras pudiera, el dinero era un contaminante ineludible, y no iba a desaparecer.

O no iba a desaparecer en teoría.

En efecto, no era ésa una época que pudiera calificarse de absolutamente normal.

Y aunque sin duda era habitual que Carter se irritara pensando que en el momento de recibir el legado ya sería demasiado viejo para disfrutarlo, esa tarde la exasperación rozó el frenesí. Jayne y él seguían viviendo en la misma casita modesta de Carroll Gardens, cada vez más deteriorada (de ladrillo, no de piedra rojiza). Ya habían acabado de pagarla, pero durante años la hipoteca fue una condena. Ciertamente, habían viajado a la Toscana en 2003 —¡las primeras vacaciones dignas de ese nombre, cuando acababan de cumplir los cuarenta!—, pero siempre habían planeado conocer Japón. Ahora que Jayne se había vuelto tan miedosa que rara vez salía de casa, las aventuras que llevaran más allá de Sahadi's, en Atlantic Avenue, eran impensables. Los coches más modernos llegaban a Canadá con un solo depósito de gasolina; su viejo escarabajo de diez años no podría pasar de Danbury. Cuando consiguió el empleo en el *Times* ya tenía sesenta años, y entonces el «periódico de referencia» de Norteamérica, ya en abierta decadencia —se había rebajado a vender cursos de escritura creativa y cachivaches coloniales—, se nutría ávidamente de periodistas mayores y desesperados a los que contrataba por calderilla. Su pensión era ridícula. Para disfrutar de un poco de capital, aunque haciendo algunos recortes, en el breve periodo en que el hijo menor amenazara con irse de casa, tendrían que buscarse una casa más pequeña, más humilde y más deprimente. Fantástico.

Con todo, una existencia despreocupada y desahogada había estado siempre en su punto de mira. El dinero estaba atascado en algún escalón más alto del sistema, como ocurre con los pañales desechables que, según

aconsejan, nunca hay que tirar por el inodoro pero que acaban obstruyendo las tuberías. Mientras tanto, esperar lo que le correspondía lo había dejado suspendido en una adolescencia prolongada. Ese aplazamiento que ya duraba décadas presagiaba el momento en que empezaría su vida real. Tenía sesenta y nueve años. La vida real sería corta.

Lo que Carter ansiaba no era tanto muebles y aparatos electrónicos, cruceros y excursiones con cata de vinos incluida, cosas que poder comprar, sino una sensación, una sensación de alivio y liberación, de generosidad, de posibilidades, ver un horizonte abierto. Fantasía, buen humor, alegría. Ciertamente, esperaba demasiado de algo que era sólo dinero, pero también le alegraría saber cómo era tener dinero. Aliviado tras una espera interminable, podría sentir incluso un desencanto propio de un adulto. Porque seguía sintiéndose un crío. Y ahora, ese Valhalla teórico en que Jayne y él podrían dejar la calefacción a veinte grados toda la noche o empezar una nueva vida respirando aire puro en un rancho de Montana desde el que verían todo el cielo y donde Jayne podría superar el miedo que asociaba con Carroll Gardens..., pues bueno, era muy probable que en esos últimos días el futuro se hubiese ido a hacer puñetas.

En efecto, la semana anterior había sido, históricamente hablando, la más violenta que había conocido, y eso contando el 11-S y la Edad de Piedra, durante la cual, obvio, no había luz y, por supuesto, sí saqueos, incluido el de la cursi tienda de *delicatessen* de Jayne en Smith Street; su mujer todavía no se había recuperado de toda esa destrucción gratuita. Semáforos apagados es sinónimo de infinitos y espantosos choques en cadena. Él se salvó de tener que pasar una vez más por los simulacros de desastres aéreos y accidentes ferroviarios, de los penosos conjuntos de medidas de sensibilización concebidas para solidarizarse con enfermos del corazón que llevaban marcapasos que empezaban a latir el doble de veces, como una tonificante aceleración del tempo en una grabación de Miles Davis. En algunas zonas del país no había agua, pero fue una buena preparación para los cortes que vendrían más adelante. Las telecomunicaciones y los sistemas de defensa nacional dejaron de funcionar, aun cuando, en opinión de Carter, hacía tiempo que la tan cacareada «defensa» de Norteamérica acumulaba en el país más munición de la que desviaba. Es comprensible, pues, que para Florence, Avery y Jarred, 2024 representara la calamidad más desesperante. Pero Carter era de una generación diferente —jóvenes que crecieron buscando números de

teléfono en agendas de papel todas garabateadas y localizando códigos postales en gruesos listines de la oficina de correos; diluyendo con todo cuidado Liquid Paper encostrado con pipetas de plástico que habían llenado con un disolvente que se vendía en botellas minúsculas y carísimas y, después, pasando con una gratitud inmensa a las cintas autocorrectoras de IBM Selectrics; leyendo por encima rectángulos amarillentos en largos cajones de madera con fichas de cartón y buscando en la biblioteca artículos de la *Guía del lector de publicaciones periódicas*. Probablemente, lo más grave que podía pasarle era tener que arreglárselas sin internet durante tres semanas.

Aunque extrañamente invisible, extrañamente silenciosa, la semana anterior, con toda su confusión, era distinta. La Edad de Piedra tuvo consecuencias inmediatas y palpables: no se encendían las lámparas, la comida se pudría en la nevera y en ninguna de las pocas tiendas que seguían abiertas se conseguía leche. Durante el reciente caos no había cambiado nada. En la Interestatal 84, un número convencional de coches seguía circulando a los habituales diez kilómetros por hora por encima del límite de velocidad. El cielo, clarísimo, parecía burlarse. Cuando buscó una salida para ir a llenar el depósito, Carter no tuvo que ir sorteando cadáveres por la rampa ni agacharse para esquivar disparos. Con la mitad de las plazas de aparcamiento ocupadas, en Friendly's seguían vendiendo cucuruchos de nueces con jarabe de arce y SuperMelts. Ninguno de los demás conductores parecía tener prisa ni estar nervioso, y disfrutaban paseando entre cargadores de batería y tiendas que abren fuera de los horarios habituales. Todo ese plácido tramo comercial daba fe de que los más afectados por el mal tiempo histórico de esa semana no se sentían con ganas de hacer añicos los escaparates a pedradas. Y un personaje que no estaba a favor de la violencia sería, sin duda alguna, su padre.

Si uno se creía lo que decían los folletos, Wellcome Arms era la residencia más lujosamente equipada de los Estados Unidos. El gimnasio, con su tecnología punta, era un verdadero señuelo para los inquilinos potenciales, pues prometía una jubilación parecida a una renovación, un tiempo libre ilimitado que les permitiría reencarnarse, esbeltos y en forma, como nunca habían tenido tiempo para hacerlo –hasta que dejara de ser una atracción y los residentes se vieran enfrentados al odioso esfuerzo de usar las máquinas–. En

Wellcome había caballos, en serio, aunque Carter nunca vio que nadie montara en ellos. Con hidromasaje y huestes de talasoterapeutas, la piscina, en cambio, se veía más concurrida, pues una parte de los residentes aún podía flotar. Huelga decir que allí se prestaban todos los servicios médicos de un hospital privado de primera categoría; dados los precios astronómicos de Wellcome, ya le convenía a la institución conservar a sus clientes en este mundo, aunque sólo fuera nominalmente.

Aunque por lo general Douglas Mandible no se separaba de su fleX antes de las cuatro de la tarde, cuando cerraba la Bolsa de Nueva York, al aparcar en el espacio reservado para las visitas Carter divisó a su padre en la pista de tenis más cercana. En tiempos, Douglas había sido un jugador implacable y feroz de individuales, que arriesgaba un golpe o un ataque para salvar una pelota que rozaba la línea del mismo modo en que, cuando era un agente literario igualmente feroz, había hecho lo que fuera con tal de fichar a novelistas célebres. Sin embargo, a su avanzada edad había perfeccionado un juego muy distinto, y conseguía que su contrincante, mucho más joven que él (rozaba los ochenta, supuso Carter), tuviera que correr de una esquina a la otra. Devolviendo a duras penas la pelota, el otro mandaba su rechazazo justo a los pies de Douglas, y papá podía mantener la pelota en juego sin moverse más que unos doce centímetros en cualquier dirección. Era la misma manipulación ultraeficaz que Douglas, sin malgastar energía, podía utilizar sin esfuerzo alguno para controlar a su familia sin levantarse de la silla.

Con una devolución malintencionada lanzada desde el cuadro de saque, Douglas se anotó el punto con el espíritu de quien sencillamente ya ha tenido suficiente. Carter no se preciaba de que su padre hubiese decidido poner punto final a la partida porque se había dado cuenta de que su hijo estaba en el aparcamiento. Él había avisado de que vendría, y llegó puntual. Si a papá le hubiese importado un bledo no hacerlo esperar, no habría estado jugando al tenis para empezar.

Douglas se secó la cara con mucho aspaviento y saludó agitando la toalla. Se lo veía, más que esbelto, escuálido, pero se lo podía seguir calificando de bien plantado. La reluciente melena blanca era más espectacular que la versión castaño rojizo de su juventud. Era octubre, pero el viejo aún lucía un buen bronceado. Si bien la compresión de la columna le había hecho perder unos buenos cinco centímetros de estatura, el patriarca seguía siendo un punto más alto que su único hijo. La edad había marcado su rostro alargado

con una expresión chispeante que, si en tiempos había sido efímera, ahora era permanente. Cuando dormía, parecía, aunque distante y seco, divertirse.

—¡Carter! —La alegría inflada que resonaba en esa voz era alentadora, aun cuando Douglas prodigara a todo el mundo ese mismo y falsamente espontáneo cuánto-me-alegro-de-verte—. Voy a darme una ducha rápida. ¿Nos encontramos en la biblioteca?

Ese rastro de acento británico, sobre todo cuando pronunció *biblioteca*, siempre le salía clavado; de ahí que resultara imposible acusarlo de afectación.

En su día, Douglas Elliot Mandible había sido un insigne *bon vivant*, y sabía contar anécdotas, además. Desde que Carter tenía memoria, su padre había sido capaz de citar los nombres de autores poco conocidos y muertos hacía mucho tiempo, y de recitar, textualmente y de un tirón, cientos de líneas de Philip Roth o William Faulkner —una predisposición que, cruelmente, no había transmitido a su hijo, más propenso a ponerse a hablar sobre alguna película recién estrenada y, después, estarse cinco tediosos minutos intentando recordar el título—. De pequeño, Carter tenía una confianza ciega en su padre. La eminencia literaria ya estaba totalmente formada, consolidada; pero, de adulto, el mero ir y venir de ese inmenso personaje se había vuelto desconcertante. ¿Cómo era posible empezar siendo un joven bisoño y con una educación superficial y, sin duda, bastante estúpido en todo, y después, como el patito feo y sin una transición realmente visible, transformarse en un adulto refinado, alegre y encantador a cuyas fiestas se morían por asistir famosos y pesos pesados intelectuales por igual? Ni una sola vez alguno de los muchísimos e influyentes conocidos de Douglas había llamado a Carter aparte: «Tu padre se pasó años contando anécdotas que no tenían ninguna gracia. Un estilo así no se consigue de un día para otro. Hay que practicar.» Entonces, ¿Douglas se había secuestrado a sí mismo y se había encerrado semanas y semanas para memorizar párrafos largos e ingeniosos, los más apropiados para ir soltando mientras la gente se bebía un martini con dos cebollitas? En serio, ¿cómo se dejaba de ser un estudiante de Yale, un bocazas, un pardillo, un tipo con la cabeza llena de mierda, para convertirse en uno de los Grandes Personajes de Nueva York, un hombre que podía lucir un plastrón cada día de su vida laboral sin parecer ridículo? Aunque, tal vez, ahora la pregunta más urgente era cómo un temible pope de

Manhattan había soportado las indignidades de una edad tan avanzada sin parecer humillado ni un ápice.

Carter se registró en recepción, una sala cuyas columnas dóricas y los clásicos listones de Nueva Inglaterra pretendían evocar una intemporalidad que no casaba con una clientela a la que a todas luces ya se le acababa el tiempo.

–Su padre no va a morirse nunca, ¿verdad? –bromeó la corpulenta recepcionista, a lo que Carter respondió distraídamente:

–Me temo que no.

La mujer lo fulminó con la mirada.

A decir verdad, esos últimos días, en los encuentros con desconocidos, su impulso natural tendía a preguntar sobre el asunto del «báncor» e insistir para que le hablaran sobre lo que suponían que era el plan en DC. Pues eso fue lo que ocurrió después del 11-S, ¿no? Cayeron todas las barreras sociales y uno se veía de pronto a partir un piñón con el empleado que escaneaba los pretzels. En este bote todos remamos juntos, ésa era la idea. Excepto que no remaban todos juntos, y Carter se contenía. Una latina encargada de la recepción de una residencia para ancianos era exactamente esa clase de persona que había vivido la crisis sin darse cuenta, tal vez felizmente inconsciente de que había una crisis: *sin activos*.

Douglas y su desdichada segunda esposa alquilaban todo un complejo, la mejor opción para absorber una parte considerable de los efectos de la mansión que habían vendido en Oyster Bay. (De los muebles que sobraron, Carter había aceptado un sofá de cuero color clarete, que, desde el momento en que llegó, hizo que todos sus otros muebles parecieran trastos viejos. Después se lo endilgaron a Florence.) Ésa era la idea en Wellcome, reconstruir lo mejor posible la casa que se había dejado.

Por consiguiente, la puerta de entrada era biselada y de madera maciza, con una pesada aldaba de bronce como corresponde a la entrada de una mansión. Un auxiliar de enfermería vestido de blanco abrió con guantes de plástico.

–Estamos cambiando a Luella.

Lo más probable era que no se refiriese a la ropa.

Carter pisó silenciosamente la mullida alfombra púrpura del pasillo. Los rodapiés y las cornisas con molduras eran de un caoba lustroso; rematando las entradas a las habitaciones, delicadas celosías de cristal. Los cuartos de baño eran de un alabastro reluciente; los grifos, bañados en oro. Semejante

opulencia prodigada en personas durante el único periodo de la vida en que menos podían disfrutar, parecía sutilmente obscena. Además, si bien le habría encantado darse el lujo de no tener que volver a preocuparse por el importe de la factura de Con Ed, la compañía de la luz, sospechaba del lujo en el sentido convencional del término. Para Carter, los excesos acababan en fracaso. Llevado al máximo, tanto esplendor no hacía sino demostrar los límites de las maravillas de tal o cual chisme. En un inodoro con asiento calefactable y mecanismo eléctrico para levantar y bajar la tapa, el agua podía fluir con discreción, sin hacer mucho ruido, pero uno seguía meando en él. De bronce o de plástico, un picaporte era un picaporte. Servía para abrir la puerta. Él nunca había entendido cómo se suponía que tenían que hacerte sentir unos accesorios que costaban cientos de dólares la unidad, aparte de estafado.

Los «accesorios» de Douglas añadían un toque de distinción de una época pasada. En las paredes, sobrecubiertas enmarcadas de novelas de antiguos clientes. Al otro lado de las puertas francesas, la espaciosa biblioteca estaba revestida, del suelo al techo, con éxitos de ventas que Douglas había adjudicado a tal o cual editor en una subasta, a menudo por mucho más dinero que los derechos que cosechaban. (Si un autor recuperaba el anticipo, con la Agencia Mandible imponiendo el máximo, el agente había fracasado.) Por extraño que parezca, aunque el libro físico no había desaparecido por completo hasta esos últimos años, la sala emanaba el ambiente de un diorama histórico del siglo XVIII. Todo el esfuerzo dedicado a cada uno de esos volúmenes –no sólo el de escribir el texto, sino también la elección del tipo de letra, del papel, el diseño de los asteriscos bajo el epígrafe de cada capítulo, de la cubierta, hasta la delicada cuestión del tamaño de letra que correspondía al nombre del autor– parecía a la vez conmovedor y patético. No obstante, Carter se negaba a imitar el sentimentalismo de su padre por el mero formato de un libro. Ponerse sensiblero por unas ediciones en cartón ya no tenía más sentido que romper a llorar por una caja manchada de discos flexibles. Sus nietos no tenían ni idea de lo que era un disquete.

–Si ves algo que te interese, será un placer prestártelo. –Douglas cerró las puertas francesas al entrar. Se había puesto uno de los trajes color crema; eran sus favoritos para todo el año. No obstante, la corbata de hoy era de un color óxido otoñal, como correspondía a la estación–. Pero soy exigente en mi

política sobre «devoluciones». Nunca entendí qué tienen los libros para que la gente se sienta con la libertad de robarlos. ¡Las cazuelas siempre vuelven!

Carter se apartó de las estanterías.

–Leer es un acto de posesión. Lo que lees se vuelve tuyo.

–¡Eso parece! La mayor parte de la gente supone que lo que puso punto final a la edición fue la Edad de Piedra. De repente nadie se atrevió a comprar nada más en internet...

–En realidad, los piratas ya se habían cargado el mercado en línea, y no poco, mucho antes de la Edad de Piedra...

–... pero era de suponer que los lectores ya habían dado el salto al mercado digital y que no volverían al equivalente del carro de bueyes –siguió diciendo Douglas sin prestar atención a su hijo; interrumpirlo siempre era inútil–. De hecho, la piratería ya había puesto a la industria de rodillas. Ya nadie compraba libros, de la clase que fueren, mucho antes de 2024. El final del comercio por internet no fue más que el tiro de gracia. Puede que haya libros de sobra para descargar, y gratis, pero es una pila enorme de basura lacrimógena. Navegar se parece a caer en una cloaca.

Carter ya conocía ese numerito. A Douglas le mortificaría saber la frecuencia con que había empezado a repetirlo. No contar nunca dos veces las anécdotas al mismo grupo había sido, para él, cuestión de honor.

–Hacia el final de Shelf Life –dijo Carter–, lo único que le dejaba dinero a Jayne era el café. Cuando vi que Amazon se arruinaba, decidí celebrarlo por todo lo alto.

–Nunca te lo dije –le había dicho Douglas antes–, pero perdí una pequeña fortuna en Amazon. Llámalo hacer negocios con el enemigo, pero tenía allí no pocas acciones.

Cualquier referencia a la cartera de su padre era, en el mejor de los casos, una torpeza. Carter no quería parecer interesado, pero Douglas nunca se dejaría persuadir por una indiferencia afectada. Carter siempre había tenido que tolerar la idea (la gilipollez, mejor dicho) de que, por supuesto, las decisiones de papá en materia de inversiones no eran asunto suyo. Si bien su hermana y él coincidían en muy pocas cosas, en algo sí estaban de acuerdo: el sinnúmero de operaciones bursátiles diarias del viejo con su herencia eran preocupantes. Si bien Douglas aún parecía bastante centrado, sólo podrían enterarse de que había perdido la chaveta cuando descubrieran que también había perdido su dinero.

Douglas destapó un decantador de cristal en el armario de los licores.

–¿Noah's Mill?

–Es muy pronto para mí. Y tengo que conducir.

–Creía que ya nadie conducía.

Carter aceptó el bourbon que creía haber rechazado. Dada la agenda de esa visita, apuraría la copa. Como los coches sin conductor habían eliminado virtualmente a los temerarios que se lanzaban a la carretera bajo los efectos del alcohol o de estupefacientes, la policía ya no merodeaba por la interestatal.

–Nuestro escarabajo tiene una modalidad sin conductor, pero no la uso. Soy como tú... Un dinosaurio.

–¡Por la paleontología, pues! –Douglas chocó el vaso de cristal tallado de Carter con el suyo y se dejó caer en el sillón de cuero junto a la ventana. El partido de tenis, aunque facilón para él, debía de haberlo agotado—. Fue una vida espléndida mientras duró. Al menos Enola tuvo una buena racha.

–Pero Nollie se niega a escribir por nada, y eso significa que una novelista tan estimada como mi hermana no escribe ni una línea –dijo Carter, y añadió, con voz empalagosa–: Qué desperdicio.

–Estoy completamente de acuerdo. Yo fui su agente.

–Nunca he conseguido saber cuánto dinero ganó –dijo Carter—. Después de *Más vale tarde que...* ya no volvió a sacar otro bestseller.

–En lo que atañe a nuestras finanzas, todos tenemos derecho a la privacidad –dijo Douglas, y no fue precisamente el prefacio más prometedor al enfrentamiento pendiente. Para colmo, pronunció *finanzas* en un tono que...

–Bueno ¿y cómo está Luella? –preguntó Carter, aunque no le importaba.

–Bah, todo sigue igual. Es increíble, pero me han dicho que en muy buena forma –contestó su padre, abatido.

Dejar a Mimi, la madre de Carter, a los sesenta, por una ayudante de treinta y ocho años, pudo haberle dado a Douglas Mandible una segunda vida, pero, con el tiempo, el tiro acabó saliéndole por la culata. Oh, sí, Douglas y su fulana, esa ayudante que de tantos apuros lo sacaba, pasaron muy buenos momentos juntos; al menos eso le habían dicho a Carter, pues Nollie apoyó al viejo después del divorcio; en cambio, Carter, por lealtad a la madre, evitó durante años la lujosa nueva mansión de la pareja en Oyster. No obstante, la esbelta y elegante intrusa –afroamericana, para más inri, como mandaba la

moda en esos días, cosa que a una familia liberal de Nueva York le parecía una falta de lealtad— empezó a sufrir demencia senil poco antes de cumplir los sesenta. Douglas lo ocultó durante años, hasta que un día encontró a su segunda esposa desnuda en la ducha, un mecanismo que ella no sabía hacer funcionar y cuya finalidad se le escapaba. Fue un incidente lamentable, pues Luella estaba embadurnada de la cabeza a los pies con una sustancia marrón pegajosa y fragante que ya no conseguía identificar (y, al parecer, con ganas de comérsela). Si no fuera por Luella, Douglas podría haber durado mucho más tiempo en Long Island. Una ironía del destino, y Mimi encantada, por supuesto: cuando Douglas dejó caer un matrimonio de treinta y seis años como si fuera un ladrillo caliente, su mujer dirigía la Fundación para la Investigación de la Demencia, y a los noventa y cinco años seguía formando parte del consejo. Empecinadamente lúcida, aunque sólo fuera para vengarse.

Como el personal de Wellcome se ocupaba de los cuidados diarios de su esposa, Douglas empezó a modelar su matrimonio como una relación entre amo y mascota. Le daba chucherías a Luella, y ella reaccionaba con el equivalente humano del meneo de rabo —eso cuando se acordaba de masticar y tragar y no les quitaba el chocolate para ponerlo a fundir encima del radiador—. Douglas seguía hablándole; Carter los había oído hablar por los codos cuando los dos estaban en el cuarto de al lado. Pero bueno, las personas solas les hablan así a los perros.

—¿Alguna vez te has preguntado si esta familia está maldita? —reflexionó Carter. Seguía de pie, suponiendo, seguramente, que la silla junto a su padre delimitaba el punto en el que iban realmente a hablar—. Soy periodista, ya sabes, prensa escrita, y ahora Jayne se queja de que ya no encuentra papel de periódico para limpiar los cristales. En cuanto a Nollie, su carrera de novelista está acabada. ¡Y tú fuiste un rey, papá! Pero, claro, rey de una de esas naciones insulares que desaparecen tragadas por la subida del nivel del mar y que después ni siquiera son un puntito en el mapa. Ya *no hay* agentes literarios. Tampoco hay motores diésel. Desaparecieron sin dejar rastro. Todo lo que hicimos ha desaparecido.

La referencia a los motores diésel fue una jugada estratégica. El grueso de la fortuna de los Mandible lo había amasado el bisabuelo Elliot, un industrial del Medio Oeste. Douglas había añadido un poco a la pila de dólares, pero siempre había vivido a lo grande, y Mimi, con el divorcio, se quedó con una buena tajada de la agencia literaria. Mediante un fideicomiso se protegía la

herencia de Mandible Engine Corporation contra depredaciones conyugales. Así pues, si él no se había merecido el dinero al que pronto tendría derecho, su padre tampoco. Le complacía subrayar que Douglas sólo era un administrador fiduciario, otro indigno beneficiario de la injusticia capitalista.

Douglas manifestó una repentina frustración con los detalles preparatorios de la velada levantándose, no sin dificultad, a servirse otro dedo de bourbon. Mala señal. Nunca bebía antes de las ocho de la noche.

–Y dime, ya que *fuiste* periodista, ¿has estado siguiendo las noticias?

–En la medida de lo posible. Sin cobertura en profundidad, sin comprobar los datos...

–El final del *New York Times* –dijo Douglas con paciencia– no fue el fin del mundo. Todos lo echamos de menos, Carter, pero terminó siendo una sombra de lo que era.

–Quieres decir de lo que era cuando *yo* trabajaba allí.

–Irritarte no te sienta bien. ¿No tienes ya más de setenta?

–Todavía no.

–Pero sí edad suficiente para saber que el fin del mundo tiene lugar a una escala bastante más grande. Como debes de haber empezado a apreciar. ¡Vaya semanita!

–Bueno... –Carter respiró hondo–. Con la Bolsa cerrada, supongo que has tenido algo así como unas vacaciones.

–Te diría que sí si ésa es para ti la idea de unas *vacaciones*. Que el gobierno federal te niegue el acceso a tus cuentas... Eso se parece bastante a no dejarte entrar en tu propia casa. Sí, sombrillas en la playa y copas en un yate.

–¿Y sabes qué...? Bueno, quiero decir, ¿sabes cómo te ha afectado? ¿Aproximadamente?

Su padre guardaba las cartas financieras cerca del pecho. Carter no tenía idea del volumen de su cartera, ni siquiera del número de ceros.

–Usa la cabeza. Las operaciones bursátiles se paralizan automáticamente en cuanto el mercado cae un porcentaje fijo o puntos porcentuales. La SEC no se ha dignado a reabrir la Bolsa desde que el jueves se impuso el Nivel 3, ese interruptor automático de las operaciones. No hace falta mucha imaginación para ver lo que le ocurrirá al mercado cuando vuelva a abrirla. Estoy seguro de que la SEC ya lo ha visto. Así pues, da igual cómo quedaron los valores de las acciones; son puramente teóricos. Ahora la cuestión no es

lo que *valen*, sino lo que *valdrán* tres segundos después de que suene la campana. Imagínate todos esos ordenadores de los bancos de inversión preparados en la parrilla de salida... La pantalla de mi pobre fleX no puede competir con ellos. Por supuesto, se podría argumentar que el valor de los activos a los que no nos dejan acceder, quizá por tiempo indefinido, es cero.

Douglas, que había vuelto a sentarse en un desenfadado ángulo, se comportaba ahora de un modo enigmático. Parecía casi complacido.

—¿Se podría argumentar? —dijo Carter—. ¿O eso es lo que tú dices?

—También se podría argumentar —prosiguió Douglas con una suavidad exasperante—, como ya está proponiendo cierto grupo en la red, que estamos ante un ataque de histeria extraordinario e irracional que los mercados no tardarán en superar. Después de una caída que históricamente no tiene precedentes, y sobre la que profesores como tu yerno escribirán kilómetros de análisis desquiciantes, el dólar y el mercado pueden recuperarse con creces. En ese caso, el mes que viene o así podríamos tener una oportunidad única en la vida. Comprar bajo y vender alto. Con un poco de apalancamiento, los inversores que nadan contra corriente podrían fácilmente multiplicar sus valores por tres o por cuatro.

No era ése el *multiple choice* para el que Carter había hecho el viaje: su padre a) estaba en la miseria; b) era rico y a punto de hacerse muchísimo más rico; c) estaba en algún punto intermedio entra a) y b). Gracias.

—Han limitado las retiradas de dinero, ya lo sabes —dijo Carter, malhumorado—. De un cajero automático no puedo sacar más de trescientos pavos.

—Les da miedo que quiebren más bancos, pero, aplicándose tanto para impedirlo, eso es exactamente lo que conseguirán en caso de que cometieran la tremenda imprudencia de dejarte disponer libremente de tu dinero.

—Krugman, el jefe de la Reserva Federal, lo subrayó sin dejar lugar a dudas. Dijo que las restricciones durarán sólo unos días como máximo.

—Cualquiera que ocupe un puesto de autoridad y te diga que algo desagradable es «temporal»... Huy, bandera roja. Instaurar rápidamente controles de capital puede parecer muy atractivo: «Sólo queremos que la chusma deje su dinero aquí. ¡Aprobaremos una ley!» Lo difícil es levantarlos, algo inconcebible cuando los instauran. ¿Quién quiere tener su dinero en un país que confunde una cuenta bancaria con una trampa para osos? En cuanto se acaban las restricciones, la nación quiebra. Así que puedes estar seguro de

que al menos la suspensión se mantendrá todavía un tiempo. Mira Chipre. El «corralito» de 2013 no se acabó íntegramente hasta dos años después. ¿Sabes cuánto tiempo querían que durase cuando lo instauraron? *Cuatro días*.

–Pero esto es Estados Unidos. Aquí no pueden...

–Sí pueden. Y lo harán. No hay nada que la Reserva Federal no pueda hacer. –Otra vez esa alegría. Douglas sacó un cigarrillo electrónico de un bolsillo interior de la chaqueta. Antes, el patriarca de la familia fumaba dos cajetillas por día y Carter echaba la culpa a los cigarrillos electrónicos de la longevidad de su padre, catastrófica a esas alturas. El *e-baco* emitía un provocador aroma a vainilla francesa.

–¿Por qué tengo la impresión de que esta debacle te parece muy divertida?

–¿Y qué importancia tiene que me divierta? A fin de cuentas, ¿no fue interesante –sugirió Douglas, hendiendo el aire con su boquilla de acero inoxidable como un director de la Filarmónica– cuando el BCE, Japón, el Banco de Inglaterra y la Reserva Federal se unieron para interceder el día después de la subida brusca de los tipos y todo ese aspaviento...? «*¡Lo que haga falta* para proteger el dólar! El tiro les salió por la culata. Tradicionalmente, cuando los bancos centrales intervienen, los inversores se rinden ante lo inevitable. Pero esa compra desenfrenada de valores estadounidenses significaba que la Reserva estaba sacando aún más dinero de la nada para comprar los bonos. Y ésa fue la principal razón por la que el dólar se hundió. Empeoró infinitamente la liquidación total del dólar. Me encanta ver que las soluciones de manual no funcionan como se supone que han de funcionar.

–¡Pero no parece preocuparte en lo más mínimo! ¿Se debe a que tienes casi cien años? ¿A que no te queda mucho tiempo de vida? Porque yo no sólo tengo planeado durar unos añitos más. Yo tengo hijos, y mis hijos tienen hijos...

–Ahora mismo, todas las bolsas importantes del mundo han dejado de operar. Es relajante. Deberías disfrutar de este respiro. Este «retiro espiritual» no durará.

Finalmente, Carter se dejó caer en el sillón junto al padre, apoyando el mentón en la clavícula con el ceño fruncido. Debería recordar que, de momento, su padre y él estaban del mismo lado.

–La economía no es lo mío y no entiendo ese asunto de los «báncos». La

cobertura de la prensa norteamericana es tan hostil que no le encuentro ni pies ni cabeza. Lo único que hacen los invitados de la CBS es gritar.

–Sospecho que es una buena idea... Si no fue una buena idea que Putin lo pusiera en marcha.

–Al menos ahora el Señor Presidente Vitalicio no se quita la camisa.

–Me intriga el hecho de que tuvieran preparada una nueva divisa internacional. No es algo que se improvise en una servilleta de papel.

–Yo podría esperar un golpe financiero de Rusia y China –dijo Carter–, pero éste lo han dado también aliados de los Estados Unidos. Europa no, de acuerdo, y allá ellos... Pero los sauditas, los Emiratos, Corea... Y pensar en los miles de miles de millones que les enviamos después de la reunificación. Ingratos. Por no hablar de Brasil, de la India, de Sudáfrica. ¡Taiwán también! ¡Todos unidos contra nosotros! ¿Qué está pasando?

–Deberíamos estar agradecidos –dijo Douglas–. ¿Te das cuenta de que sin el báncor como una divisa de reserva de recambio, la caída del dólar hundiría a toda la economía mundial llevándola de vuelta a la prehistoria? Tendríamos que comprar huevos con piedras.

–Pero ¿cómo pueden sencillamente anunciar que el petróleo, el gas..., todo el mercado de materias primas, en adelante va a realizarse en esos estúpidos «báncores»? Es nuestro maldito petróleo también, y nuestro maldito trigo.

Un demócrata de Nueva York no debía realmente decir semejantes paparruchas, indignantes y nacionalistas. Demasiadas noticias locales las veinticuatro horas del día, todas entonando la misma melodía furibunda. Además, padre e hijo habían elegido desde el principio el papel que cada uno interpretaría; Douglas se había decantado por la voz de la sensatez y la imparcialidad, y Carter sólo podía echar chispas.

–Mejor sería preguntarse cómo salimos bien parados haciéndole tragar nuestra moneda al resto del mundo durante tanto tiempo –comentó Douglas–. Un mundo multipolar desde hace décadas. Después de la refundación de la Seguridad Social, la Defensa de los Estados Unidos no compra ni una pistola. ¿Por qué hay que comerciar en dólares con los productos básicos a escala internacional?

–¿Puedo soltar un alarido? Llámalo *báncor* en lugar de *dólar*. Como ese «Nuevo FMI». Pura semántica.

–No es sólo semántica. *Nuevo* aquí significa un consorcio de países del que actualmente no formamos parte.

–¿Y? ¿Es así de simple? ¡¿Sorpresa?! –exclamó Carter agitando los brazos–. ¿Y el dólar ya no vale nada?

–En teoría, los Estados Unidos podrían pasarse al báncor junto con todos los demás, pero sólo si suelta activos reales que lo respalden. Ésa es, en resumen, la diferencia. Para cambiar moneda fiduciaria por báncores hay que darle al Nuevo FMI una cesta estrictamente proporcionada de materias primas de verdad... Trigo, soja, aceite, gas natural... Y escrituras de tierra de cultivo. Minerales raros..., cobre... ¡Fuentes de agua potable! ¡Ah, y oro, por supuesto!

–Es imposible que Fort Knox se traslade a Moscú.

–No espero que Washington mueva ficha. Es demasiado humillante. Pero... A ver si te hace sentirte un poco mejor. Puede que países como Indonesia, Pakistán y otros por el estilo se hayan aferrado al báncor como antídoto contra el caos, pero este nuevo régimen va a joder a muchos de los mismos gobiernos que lo están apoyando incondicionalmente. Tiene una modesta flexibilidad incorporada, para evitar otro derrumbe del euro. Los países que se han limitado a vincular sus respectivas divisas al báncor pueden solicitar la devaluación, pero en ese punto el Nuevo FMI está obligado a ser estricto, pues toda la idea del báncor consiste en restringir la masa monetaria. Desde la década de 1970, el G-30 no para de imprimir dinero del Monopoly como si lo sacara de un tablero de juegos con los componentes combinados de varias partidas. Ya verás como se liarán algunos ahora, cuando tengan que cubrir los gastos y pagar a los socios comerciales en una moneda que tiene valor real.

–Todo este asunto apesta. Es posible que Putin y sus nuevos amigos estuvieran esperando pasivamente el momento oportuno para atacar, pero es muchísimo más probable que ellos provocaran el derrumbe del dólar.

–Claro, no cabe duda de que así es como lo presenta la Casa Blanca. La gran conspiración. Una amenaza a la seguridad nacional. Nada que ver con un Congreso que no quiere poner freno a los subsidios. Nada que ver con el déficit ni con la deuda nacional, y tampoco con una política monetaria que modelan obligando a la población a ajustarse el cinturón. Sólo fuerzas del mal, foráneas, en connivencia para destruir al país más grande del mundo.

Carter se pasó los dedos por el pelo que le quedaba; el gen de la alopecia masculina, heredado de la madre, era una fórmula segura para el resentimiento padre-hijo.

–No consigo entender cómo pudo ocurrir.

–Carter. Te explicaré algo que no es un secreto para ningún ama de casa que haya comprado un pepino. El dólar estadounidense ahora no vale nada, pero no por la subida de los tipos, y tampoco por el crac del cambio de divisas ni por culpa del báncor. Si no vale nada ahora, es porque *ya no valía nada antes*.

–Eso es melodramático.

–Melodramático no... Dramático. En los cien años posteriores a la creación de la Reserva Federal en 1913, el dólar perdió el 95 % de su valor. Precisamente cuando una de las finalidades de la Reserva era salvaguardar la integridad de nuestra moneda. ¡Habéis hecho un gran trabajo, muchachos! ¿Alguna vez te has preguntado por qué nadie habla ya de millonarios, por qué nadie que no tenga miles de millones se considera rico? Porque un hombre que en 1913 tenía diez de los grandes sería millonario un siglo después. ¡Qué demonios! Hoy todo el mundo es millonario, todos los miembros medianamente solventes de la clase media. Y la mayor parte del declive de la moneda es históricamente reciente. El dólar perdió la mitad de su valor en los cuatro años que van de 1977 a 1981.

Aunque nunca había sido un fanático de la ciencia ficción, de pronto Douglas se vio inmerso en el género de más nueva creación, la economía apocalíptica, aprendiéndose la relación deuda-PIB igual que una vez había aprendido de memoria textos de Saul Bellow. (De joven, Carter nunca había imaginado que llegaría a sentir nostalgia por las veces que su padre le había citado hasta la saciedad párrafos de *Carpe diem*.) Si su padre no podía recordar la edad de su único hijo, eran pocas las posibilidades de que esa lección pontificadora fuese siquiera aproximadamente precisa. Los pocos fragmentos de lecturas febriles que el viejo sí recordaba textualmente, los exageraba para intensificar el efecto. Con todo, la última estadística de Loony-Tunes era el límite.

–Podrías volver a verificar eso –lo reprendió Carter gentilmente en lugar de exclamar *cuánta mierda*–. En 1981, yo estaba en tercero en la universidad. ¿Por qué no me acordaría de que nuestra moneda cayó en picado?

–Porque es algo aburrido, hijo. El gobierno de nuestro país cuenta con que terminemos aburriéndonos de esas historias. Por Dios, ni yo recuerdo cuándo Nixon derogó el patrón oro. Enterré la cabeza en los libros. Puede que en los libros que no debía, si ahora lo pienso, pero ya es demasiado tarde. Lo que importa es que, cuando la propia moneda se ha degradado tanto, no queda

mucho más trecho para caer. Además, la mera monotonía de todo ese rollo, el dólar convertido en centavos, apenas se ha notado porque todos los demás gobiernos han estado ocupados haciendo lo mismo; es decir, imprimiendo dinero noche y día con la justificación de que una moneda basura es una ventaja para las exportaciones. El mundo está ahogándose en papel sin valor. Pero los Estados Unidos en particular han salido bien librados..., jugando con la desgarradora fe internacional en los bonos del Tesoro como el «puerto más seguro». En realidad, la fe ciega tiene todas las características irracionales de la teología. ¿En qué más se ha de creer económicamente, aparte de en el prestigio y la solvencia de los Estados Unidos? Así fue como conseguimos dinero prestado durante treinta años por casi nada. Aprovechándonos de una credulidad infantil. Ya sabes que la Reserva Federal no ha dejado de intentar eso que se llama monetarizar la deuda...

–Basta ya, papá. Estás fanfarroneando.

En los días de la agencia, Douglas Mandible soltaba largas peroratas sobre anástrofes, metonimias y onomatopeyas; ahora sólo hablaba de arbitrajes, márgenes de garantía y operaciones de mercado abierto. Las operaciones bursátiles diarias le habían infestado la cabeza como un hongo.

–Intenta vivir hasta los noventa y siete con una mujer que no es capaz de reconocer un tenedor y verás. Tú también adquirirás nuevos conocimientos, por pura desesperación. Y no es complicado. La última vez que trajiste aquí a Florence le expliqué a Willing lo de la monetarización de la deuda y el chico lo entendió en un segundo. Aunque tengo que decir que tiene un don. Tiene vista de lince para estas cosas, las pilla al vuelo. Unas cualidades que ya eran evidentes en Enola cuando tenía tres años.

Echando mano de un autocontrol inhumano, Carter reprimió un *¡Oh, dame un respiro!*

–Muy bien –prosiguió Douglas–. Tú me prestas diez pavos. Yo fotocopio el billete cuatro veces, te devuelvo una de las copias y proclamo que estamos en paz. Eso es *monetarizar la deuda*. No te debo nada y tú te quedas con un trozo de papel que es basura químicamente pura. Haber podido canjear dólares por bienes tangibles y servicios durante años ha sido un milagro de Dios. ¿Por qué crees que invierto en el mercado bursátil? En teoría, tener acciones implica poseer cosas reales. Por desgracia, no tuve en cuenta que la mayoría de esas acciones están denominadas en dólares y he sido tan vulnerable como cualquier idiota a la falsa idea de que conservar la mayor

parte de tus fondos en empresas norteamericanas es sinónimo de ponerse a salvo. Así pues, pido disculpas. Si hubiera tenido la menor idea de lo que se avecinaba, habría diversificado de una manera muy diferente.

Esa disculpa fue el primer reconocimiento por parte de Douglas de que la cartera que podía haberse convertido o no en un conejito –¡abracadabra!– era, a la larga, más la de Carter que la suya.

–Iba a preguntarte una cosa –dijo Carter, en tono derrotista; ya sabía cuál iba a ser la respuesta–. Tengo un plan 401(k) y una modesta pensión del *Times*. ¿Debería hacer algo para protegerme?

–No puedes hacer nada mientras ese activo siga congelado. Eso también es relajante, ¿no? –Por fin Douglas suavizó su diatriba con una nota de ternura paterna–. Ahora bien, en cuanto la SEC diga «¡En sus marcas, listos, ya!», personalmente aconsejaría pasarse al oro, pero eso será lo que intenten hacer al mismo tiempo millones de competidores. Es que sencillamente no hay tanto oro en el planeta, y ése es uno de los principales motivos por el que ha sido una reserva de valor durante cinco mil años. Cuando la SEC anunció el cierre de la Bolsa, el oro ya había alcanzado un máximo histórico, y cuando el juego se reanuda, si se reanuda, superará el máximo en menos que canta un gallo. Me temo que el mismo consejo es válido para todas las materias primas que respaldan al báncor. Es demasiado tarde –proclamó Douglas en tono elegíaco–. Yo no me preocuparía.

Hacía un buen rato ya que había oscurecido y, situada entre padre e hijo, la lámpara retro de la mesa proyectaba una luz suave y protectora. Una vez más, Carter se sorprendió al ver que nada, o nada tangible, había cambiado. Se había echado al colete una cantidad tremenda de bourbon y todavía no era de noche. En ese estado no debería conducir, y en ese momento no tenía el aplomo necesario para ni siquiera imaginar cómo funcionaba la modalidad sin conductor del escarabajo. Tendría que quedarse a pasar la noche. Jayne se pondría frenética. No estaba acostumbrada a pasar la noche sola. Su esposa, que no había seguido de cerca las noticias de la semana, no se avendría a la idea de que unos tiempos excepcionales requerían largas consultas con su suegro. Jayne había llegado a creer firmemente que estaba por encima de las noticias, de la clase que fueren, y todo lo que estaba ocurriendo caería sin remedio en el olvido si uno lo ignoraba con la resolución suficiente. Una parte asombrosamente alta de las veces, la estrategia de meter la cabeza en una bolsa de papel funciona.

Douglas le dio a Carter una palmada en el muslo.

–¿Y si comemos algo? Podemos ir al comedor, o Grace puede traernos algo que no sea bajo en sal, bajo en grasas... Algo más sabroso.

–Esta conversación no ha servido precisamente para abrirme el apetito. – Carter seguía derrumbándose. No llamó a Jayne, que, si hubiese estado al tanto del porqué de esa visita, sólo querría saber lo esencial. Y Carter todavía no se había enterado de *lo esencial*. Un poco de valor estaba bien, pero no era su fuerte–. ¿Lo que tratas de decirme es que estamos..., que estás sin un centavo?

Douglas rió.

–¡No, no, no! La situación no es *tan* mala.

El alivio no frenó el subidón de adrenalina al instante. Con el corazón retumbándole en los oídos, Carter se sentó y bajó la cabeza.

–Nunca me hablas de esas cosas. Es como si no confiaras en mí.

Tanta bebida fuerte lo había puesto taciturno.

–¡De eso nada! Lo que pasa es que no te creía tan interesado en el meollo de la cuestión.

–Supongo que hasta ahora no me ha interesado. Pero de pronto *sólo se trata del meollo de la cuestión*.

–Exactamente. Te daré algunos detalles, pues. Ya no tengo fondos indexados, pero únicamente porque tengo una parte de todas las empresas del Dow. –El mismo orgullo que en tiempos acompañó a la compra de las obras completas de W. Somerset Maugham–. Ese aspecto del balance podría ser nefasto. Pero tengo algunos ETF respaldados con oro, acciones en minería, incluso el título de propiedad de unos lingotes que guardo en una caja fuerte de un banco del centro de Manhattan. Y siempre tengo el 10 % en efectivo... Con eso siempre se podrá comprar una hogaza de pan en el campo, y tú no tienes planes para viajar, ¿verdad?

–No, el safari en Tanzania puede esperar otro año. Además, no quedan animales.

–Bien. Pues la próxima especie amenazada será el turista norteamericano. Por lo demás, una buena parte de la cartera está en bonos del Tesoro. No dan una mierda, y ahora que el interés ha subido se desvalorizarán, pero si la cosa empeora, siempre se puede esperar hasta el vencimiento. En tiempos como éstos, lo que más hay que conservar es el principal.

–Pero si has dicho que comprar bonos norteamericanos era una señal de

credulidad a escala mundial.

–¡Y lo es! ¿Por qué debería yo ser diferente?

Se disponían a levantarse para ir al comedor –Carter iba a marearse si no comía algo enseguida– cuando oyeron llamar a la puerta de la biblioteca.

–¿Señor Mandible? –El ordenanza que había estado ocupándose de Luella asomó la cabeza–. El presidente va a dirigir un mensaje a la nación. Por televisión. Recepción está segura de que a usted le gustaría saberlo.

4. BUENAS NOCHES, COMPATRIOTAS NORTEAMERICANOS

–¡Mamá! ¡Alvarado empieza dentro de un minuto!

–¡Está bien, cariño! –gritó Florence desde la cocina–. Lo veré más tarde.

Ése fue otro momento dónde-estabas-cuando; verlos así, uno pegado literalmente al otro, resultaba ominoso. Con la espalda apoyada en el sofá color vino del Gran Gran Hombre, Willing se había cruzado de piernas en el suelo, donde siempre se sentía más seguro, más... sentado. La voz del presentador sonaba a cantilena monótona... *dentro de unos instantes... sólo ha dirigido otro discurso a la nación...* parecía salir del parquet y le hacía temblar las palmas de las manos. Por una vez Willing no se sentía cohibido pensando en que el estruendo molestaría a Kurt en el sótano. Alvarado también era el presidente del inquilino. Kurt debería estar prestando atención: *Señoras y señores, el presidente de los Estados Unidos*. Otro signo de que las cosas iban como el culo. Cuando tenían que usar la fórmula completa, cabía temerse lo peor; no sólo «el presidente», sino «el presidente *de los Estados Unidos*». «De los Estados Unidos de América». Eso era aún peor.

Milo ladró. Un solo ladrido antes de acurrucarse en el muslo protector de Willing. En lo que respecta a Alvarado, ese perro nunca había parecido sentirse demasiado seguro.

Su madre estaba cometiendo un error. Había copias de todo, y los duplicados parecían idénticos al original. También Willing podía esperar y oír ese discurso. En el fleX o en la televisión a la carta, no se distinguiría en nada de la imagen que contemplaba ahora. Sin embargo, la copia sería cosa del pasado. No sabía explicarlo, pero eso convertía la experiencia en algo completamente distinto. Después, Willing siempre podría recordar que había visto la transmisión de ese discurso exactamente en el mismo momento en que el presidente lo pronunciaba. Otra vez esos sonidos, la música artificialmente baja de la emoción reprimida de los presentadores, voces impostadas, forzadas, tonos más sombríos, susurros, cuando en realidad querían gritar... Todo eso le aseguraba que se sentiría contento y orgulloso de haber visto el programa en directo y no después de transcurrido el hecho real.

Porque las grandes noticias envejecen rápido. Si uno esperaba, con toda seguridad alguien vendría a contárselas antes de que uno se enterase por su cuenta. También cambiarían las palabras y todo llegaría en desorden. Willing detestaba que le contasen lo que había pasado. Los enteradillos siempre parecían muy pagados de sí mismos y poderosos, y conservaban ese poder guardándose para ellos esos conocimientos especiales el mayor tiempo posible. Por eso, luego transmitían fragmentos de información, en un goteo sádico, como si le dieran a Milo chuches para perros. Imposible confiar en ninguno de ellos. Aun cuando afirmasen contar todo lo que sabían, sólo transmitían la parte que les gustaba o la que odiaban especialmente. Que a uno le contaran...; no era ésa la forma de descubrir nada.

Buenas noches, compatriotas norteamericanos. Daré instrucciones en español inmediatamente después de esta versión en inglés. Pero esta noche, y sólo esta noche, pulsen uno para inglés.♦

Buenas noches, compatriotas norteamericanos... Al iniciarse este siglo, un grupo de terroristas extranjeros secuestró nuestros aviones con el objetivo de destruir el Pentágono y destrozarse el World Trade Center. Más recientemente, en 2024, nuestra infraestructura vital de internet quedó paralizada catastróficamente por potencias extranjeras hostiles.

La guerra moderna se despliega de muchas formas.

Durante la pasada semana, nuestra nación ha sido una vez más objeto de otro ataque. Esta vez no han caído rascacielos, y los sistemas físicos y digitales de los que dependemos siguen funcionando. No obstante, el ataque que actualmente nos amenaza es, en potencia, no menos devastador que unos misiles nucleares que se aproximaran a nuestras ciudades a toda velocidad.

Ahora el objetivo es el medio con el que comerciamos con otras naciones y llevamos a cabo las operaciones recíprocas; el medio con el que se recompensan nuestros empeños, con el que se reembolsan nuestras deudas, el que sirve para poner comida en la mesa y para asegurarnos de que nuestros hijos tengan medicamentos que curen sus enfermedades.

Lo que está en riesgo es nada más y nada menos que el todopoderoso dólar.

Coordinando sus argucias, los países que desean este mal a nuestra nación se han aprovechado de la cobardía y la docilidad de nuestros aliados. En los últimos diez días, hemos asistido a una secuencia de dominós financieros cuidadosamente sincronizados y concebidos para aumentar el coste de financiar nuestra deuda soberana, lo que se traduciría en que ustedes, los contribuyentes de este país, disfrutarían de una menor cantidad del salario ganado con tanto esfuerzo. También han saboteado nuestra moneda en los mercados de cambio internacionales, y lo más pérfido de todo ha sido que los líderes mundiales que envidian el poder, el prestigio y el éxito de nuestra gran nación

han improvisado el llamado «báncor», una falsa divisa artificial que carece de historia como moneda de curso legal.

No se equivoquen. El báncor no se ha concebido para ser una alternativa inocua al dólar, sino para reemplazarlo. En una jugada tan amenazadora como apuntar un arma a nuestra sien, nos han informado de que las cosechas y las materias primas de las que dependemos para nuestra vida cotidiana y para nuestro sustento deben ahora comerciarse en báncores a escala internacional. Un gesto insolente y arbitrario como pocos. Asimismo, se ha comunicado al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos que, a partir de ahora, los bonos estadounidenses en manos de inversores extranjeros deben liquidarse en báncores y a un tipo de cambio desfavorable fijado caprichosamente por un Fondo Monetario Internacional que ahora es un nido de delincuentes. Los bonos vendidos a inversores extranjeros tendrán que estar denominados en báncores, un auténtico desafío a nuestra soberanía como nación.

Puede parecer una ironía, pero las partes que han organizado este golpe fiscal se han visto inmediatamente afectadas por las consecuencias de su acto. El dólar estadounidense es la savia de la banca internacional y la columna vertebral de los mercados financieros de todo el mundo. Como la mayoría de ustedes saben, ése es el motivo por el que la semana pasada suspendimos la actividad de la Bolsa de Nueva York a fin de impedir una pérdida precipitada de riqueza. Pero las operaciones también se paralizaron tras la misma conmoción que ha afectado al sistema en Londres, París, Berlín, Moscú, Hong Kong y todas las demás bolsas importantes del planeta. Las finanzas internacionales están conteniendo la respiración. Como en todas las otras crisis de los últimos cien años, el mundo está esperando que los Estados Unidos actúen, y este valiente país nunca recibe un insulto sin responder.

Justo antes de dirigirme a ustedes esta noche, el pueblo norteamericano, convoqué una sesión urgente del Congreso, donde, casi por unanimidad, los representantes aprobaron un proyecto de ley en virtud del cual, a partir de ahora y hasta nuevo aviso, se considerará un acto de traición que los ciudadanos norteamericanos posean báncores, en el país o dentro de los confines de nuestro sistema financiero. Con vistas a preservar no sólo nuestra prosperidad actual, sino también la futura –y para conservar nuestra integridad, nuestra capacidad para tener alta la cabeza como nación–, se prohíbe también a los súbditos y a las entidades de los Estados Unidos comerciar con báncores en el extranjero.

De momento, y sólo de momento, por supuesto, no podrán salir del país cantidades que sobrepasen los cien dólares. Se trata de controles temporales, cuya duración se prevé breve, y dejarán de aplicarse en cuanto el orden económico se restablezca de forma segura.

Al igual que en los enfrentamientos militares, la guerra fiscal requiere armamentos, y crear y fabricar armamentos exige sacrificios. Del mismo modo en que movilizamos nuestras fuerzas y nuestras industrias para defender la causa de la libertad en la Segunda Guerra Mundial, ahora debemos movilizar nuestros recursos para defender nuestra libertad. Les aseguro que la mayor carga de este sacrificio recaerá sobre quienes tienen los hombros más anchos.

Valiéndome de los poderes que confiere a este presidente la Ley de Poderes Económicos de Emergencia Internacional de 1977, retiraré de la circulación todas las reservas de oro que se encuentran en manos de particulares. Quienes se dediquen a la extracción de dicho mineral dentro de nuestras fronteras sólo podrán venderlo al Tesoro de los Estados Unidos. Asimismo, se transferirán al Tesoro las existencias de oro, los fondos cotizados en Bolsa y los lingotes. A diferencia de la nacionalización del oro que decretó Franklin Delano Roosevelt en 1933, cuando intentó audazmente rescatar a nuestra nación en apuros durante la Gran Depresión, no habrá excepciones en lo referido a joyeros y joyas. Todas las confiscaciones por el bien de la patria se compensarán según el peso, si bien a un precio que no refleja la inflación histórica que han registrado las reservas de oro durante el proceso que ha desembocado en esta situación de emergencia. No se tolerará el acaparamiento, y se castigará con multas de hasta 250.000 dólares a los que no acaten esta orden. Conservar oro, en cualquiera de sus formas, más allá del plazo límite del 30 de noviembre de 2029 se considerará a partir de esa fecha un delito punible con no menos de diez años de prisión.

De ahora en adelante se prohíben también todas las exportaciones de oro desde nuestras costas. Como represalia a los agitadores externos que intentan desgastar el tejido mismo de nuestra bandera, todas las reservas extranjeras de oro que actualmente se encuentran almacenadas en la Reserva Federal, se confiscarán y pasarán a ser propiedad del gobierno de los Estados Unidos.

Para concluir, diré que la intención de esta conspiración de potencias extranjeras es cargar al gobierno de este glorioso país con un gravamen intolerable e inviable sobre los intereses de su deuda. Una deuda contraída de buena fe, y que, en su debido momento y en cualquier circunstancia, salvo aquellas que pudieran considerarse verdaderamente excepcionales, habríamos devuelto de buena fe. Sin embargo, cuando nuestra probidad se paga con malicia y traición, la buena fe continuada se interpreta únicamente como credulidad y debilidad. Para que un contrato siga en vigor, ambas partes tienen que respetar lo acordado. Además, este gran país no cumplirá con sus obligaciones si al hacerlo destruye su existencia misma. Una nación concebida en libertad no puede manejar sus asuntos cotidianos de rodillas.

A partir de esta noche, quien les habla, junto con el secretario del Tesoro y el presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos, decretamos un «reinicio» general. Con vistas a preservar a la misma nación que haría frente a obligaciones futuras, nos vemos obligados a dejar de lado las obligaciones del pasado. Todos los billetes, las letras y los bonos del Tesoro se declaran inmediatamente nulos. Más de un deudor ha llorado de agradecimiento por la gracia de una cancelación, por el derecho a una segunda oportunidad, que, tanto para los particulares como para las empresas, todos los sistemas judiciales como el nuestro, es decir, sistemas justos, han consagrado por ley. Así pues, también el gobierno debe poder trazar una línea y decir: aquí empezamos de cero.

Vayamos hacia el futuro con paso más ligero, con el ánimo más alegre, confiando en la resistencia del país más grande del mundo. Que Dios los bendiga. Y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América. Buenas noches.

En cuanto terminó, el discurso estuvo disponible en toda la red, pero, a veces, el hecho de que algo esté demasiado accesible no anima precisamente a aprovecharlo, pues de la inmediatez no quedaba nada. Así pues, Florence se contentó con el resumen que le hizo Willing –con una meticulosidad increíble para un chico de trece años– mientras tendía la ropa en el lavadero. Con tan poca agua, las cargas ligeras siempre quedaban sucias.

–Es mucho para digerir de golpe –dijo Florence mirando a su hijo, atento junto a la lavadora, los brazos rectos, las manos pegadas a los lados, la mirada oscura y ardiente. Todo un soldadito. No tenía idea de cómo se las había arreglado para criar a un chico tan serio, dispuesto a cargar con el peso del mundo con sus escasos cuarenta kilos–. No estás preocupado, ¿verdad? Pareces preocupado.

–Estoy preocupado –fue la respuesta.

–Oye. –Dejando los calcetines en el tambor de la lavadora, Florence se arrodilló más de lo necesario, y advirtió, por primera vez quizá, lo alto que ya era Willing–. Por lo que me has contado, no tenemos nada por lo que preocuparnos. ¿Has visto en casa algo de oro que debemos entregar al gobierno? Y aunque tuviéramos, nos pagarían. Eso has dicho.

–Si el gobierno puede obligarnos a darle lo que quiera, ¿qué más puede obligarnos a dar? Si dicen que necesitan todos los perros, ¿tendría que entregar a Milo?

Florence rió.

–El presidente Alvarado nunca va a quitarnos a Milo. Es un buen hombre. Esteban y yo lo votamos, no lo olvides. Y ese dinero que acaban de crear... No reconocería un «báncor» ni aunque me mordiera el culo. ¿O acaso llevamos «báncores» a Green Acre para comprar cereales? No. Así que nadie va a arrestarte, y tampoco a Esteban o a mí, por llevar encima un dinero absurdo que en realidad tiene que ver con complicados manejos financieros entre países. Por ejemplo..., ¿qué es eso de la «renuncia a pagar la deuda»?

–Así la llamaron los comentaristas.

–Así, sin pensarlo mucho, apuesto a que ese «reinicio» que mencionaste mantendrá bajos nuestros impuestos. A nosotros nos favorece. Así mi sueldo nos cundirá más.

–El presidente pidió dinero prestado y ahora no va a devolverlo. Eso no parece natural. Más bien parece cacavieja.

Florence se puso de pie con energía y dio unas palmadas.

–Para empezar, el presidente no pidió prestado casi nada. Heredó la deuda de otros presidentes, que no pudieron dejar de *rescatar* a países despreciables que al final acabaron odiándonos *por echarles una mano*. Por eso la mayor parte de ese dinero es de los chinos, que son unos grandes tramposos y los verdaderos cacaviejas, pues es casi seguro que fueron ellos quienes atacaron toda nuestra red hace cinco años. Que les den.

–Nadie los pilló. Nadie presentó ninguna prueba.

–Eso convierte la operación en algo aún más desagradable. ¿No quieren reconocerlo? Pero habría que ser un *idiota*♦ para no saber quién lo hizo. – Florence se contuvo–. Lo siento, no quiero decir que seas un estúpido.

–Pero a los chinos esto no va a gustarles nada. Si pudieron cargarse internet una vez, podrían volver a hacerlo.

–No, no pueden. Se han reforzado todos los puntos que antes eran vulnerables.

Florence se sentía incómoda; era consciente de que entonaba toda esa sabiduría recibida con un ligero sonsonete.

–Eso es lo que dicen, pero no significa que sea verdad.

–Willing, no sé cómo has llegado a ser tan cínico... Sólo tienes trece años, hijo.

Willing frunció el ceño.

–Podrían hacer algo peor que cargarse internet.

–Basta. Te estás dejando llevar por tu imaginación. Lo importante es que a nosotros no nos afecta nada de lo que me has contado del discurso del presidente, ¿vale?

–Todo tiene que ver con todo –proclamó Willing con gravedad.

–¿De dónde has sacado eso?

–Del universo.

–Oh, Dios, mi hijo se ha vuelto místico. No te lo tomes tan a la tremenda. Vamos a tomar un poco de helado.

Puesto que Willing era libre para ver cuando se le antojase los otros dos mil y tantos canales *en español*,♦ Florence ya conocía a Esteban lo suficiente para creerse que estaba viendo la segunda entrega del discurso de Alvarado en español para que su lengua materna «no se le oxidara». Aún feliz por la reñida victoria de Dante Alvarado en 2028, seguía regodeándose, pues para el

núcleo duro de partidarios del mexicano, del que Esteban formaba parte, durante ese primer año de luna de miel el primer presidente latino de los Estados Unidos no podía hacer las cosas mal.

En cuanto a los demás, un porcentaje ligeramente por debajo de la mitad del país, estaba, en todo caso, más resentido que en 2008, pero también más propenso a no abrir la boca. Esta vez no había votantes cabreados que objetasen que el demócrata había nacido fuera del país. Aprobada gracias al fracaso de Arnold Schwarzenegger en 2024, la Vigésima Octava Enmienda invalidaba el incomprensible requisito constitucional según el cual los presidentes tenían que haber nacido en suelo norteamericano. (Florence no era la única que atribuía la derrota sorpresa de Terminator a la treta de proponer en el último minuto a Judith Sheindlin –también conocida como «la juez Judy» para el Tribunal Supremo. Desde entonces, las sesiones del Tribunal habían sido más animadas, y más breves.) Que Dante Alvarado hubiese tenido la desfachatez de haber nacido en Oaxaca había contribuido a que lo eligieran presidente. El hecho de que muchas ruedas de prensa y debates del Congreso en DC se realizaran ahora en español era una fuente duradera de orgullo para la comunidad de Esteban. A Florence no le importaba que algunos demócratas considerasen una provocación gratuita la decisión de Alvarado de pronunciar su discurso inaugural de enero exclusivamente en su lengua natal. La transmisión de ese ambicioso e histórico discurso en el Washington Mall le había brindado una grata oportunidad para desempolvar su español.

Por otra parte, en 2024 ya había tomado nota de que Florence Darkly era racista.

A las cinco y ocho minutos de la tarde de ese fatídico sábado de marzo, Willing y ella habían ido de compras a Manhattan para aprovechar las breves rebajas de primavera en la sucursal de Bed Bath & Beyond en Chelsea. Acababan de pasar por caja cuando las luces de la tienda se apagaron. Fuera, en las aceras ya no cabían más peatones; la gente sacudía sus fleXes con un gesto de frustración. Comprobar que el suyo funcionara fue un acto tan compulsivo como inútil. Un apagón era una cosa –toda la zona parecía haberse quedado sin luz–, pero eso no explicaba la falta de cobertura por satélite. La gente salía en tropel de las estaciones del metro; los trenes habían dejado de circular. Con los semáforos averiados, un accidente en la calle Diecinueve Oeste había provocado un atasco monumental en la Sexta

Avenida. La cacofonía de las bocinas era extrañamente reconfortante: señales de vida.

Cogiendo con fuerza a su hijo de la mano, Florence aún no había entrado en ese mundo en el que negarse a prescindir de su nuevo cesto de mimbre para la ropa era ridículo –aunque cargado con otras gangas que había encontrado, el voluminoso trasto se convertía en algo especialmente engorroso a la hora de transportarlo–. Mientras se abrían camino por entre una multitud rayana en la histeria, su lucha con el elefante blanco no debió de pasar inadvertida. Cuando un mexicano musculoso intentó cogerle el cesto, Florence supuso que era un ladrón y un indocumentado que aprovechaba el pandemónium para robarle, y le arrebató el cesto.

Sin embargo, el hombre, en un inglés tranquilizador y correctísimo, le aseguró que sólo quería ayudarla, y añadió que nadie había sabido decirle por qué de repente todo había dejado de funcionar, pues los aparatos con los que se contestaban esas preguntas también habían dejado de funcionar. Además, le advirtió que, agarrando el cesto con un brazo y a un niño con el otro, se arriesgaba a que el gentío la arrollase. El mexicano le preguntó dónde vivían; Florence era reacia a decírselo, pero tampoco quería parecer grosera. El hombre dijo que él también tenía que volver a su casa, en Brooklyn, y sugirió que se dirigieran al Puente de Manhattan, cuya rampa para peatones era menos conocida que la del Puente de Brooklyn, donde sin duda la muchedumbre estaría atascada. Después se echó al hombro el cesto con todo lo que tenía dentro. Al principio caminaron en silencio. A Florence ese hombre le daba terror, pero al verlo abrirse paso entre el gentío en la calle Dieciocho, y luego por la Segunda Avenida hasta Chrystie, tuvo que reconocer que, cargada como iba, sola nunca habría conseguido llegar tan lejos, y que, sin una aplicación, tampoco habría encontrado tan rápido el camino más directo a la entrada para peatones de Canal Street. El mexicano no se equivocó cuando eligió el puente. Se salvaron de muchos empujones y en ningún momento corrieron el riesgo de que los empujaran por encima de la barandilla y caer en el East River.

En la rampa, todos coincidían en que lo peor era no saber qué había pasado. Por todas partes había quienes ofrecían voluntariamente sus teorías irrefutables: el cometa Halley había caído en Nueva Jersey. El gobierno había organizado un simulacro con las fuerzas de seguridad. Se había producido otro ataque terrorista. La conocida predicción de Harold Camping –a saber,

que el Rapto físico tendría lugar el 21 de mayo de 2011 sólo había fallado por trece años, nueve meses y quince días.

Cuando finalmente enfilaron por la rampa hacia su barrio, Florence le rogó al mexicano que la dejara cargar con el cesto para seguir andando con la ayuda de Willing, que entonces tenía ocho años. El acompañante dijo que vivía en Sunset Park, a unos diez kilómetros al oeste de East Flatbush, y que no tenía sentido tomar otra dirección –a menos que tuviera la intención de abordarla.

A esa hora ya estaba oscuro como boca de lobo. Sólo la luz de los fleXpots individuales iluminaba tenuemente la negrura. Detrás de ellos, Manhattan podría haber sido una cordillera. Con el tráfico totalmente paralizado, pues las funciones sin conductor y los ordenadores de a bordo dependían de internet, muchos habían abandonado el coche, aunque algunas familias habían preferido quedarse en su sedán, con las puertas cerradas, naturalmente. Así pues, el latino insistió no sólo en acompañarlos hasta casa, sino también en vaciar completamente la batería de su fleX para iluminar el camino. Cuando el trío empezó a subir cansadamente por Flatbush, cerca del parque, el fleX se apagó y tuvieron que encender el de Florence. Por la avenida iban también otros peregrinos; el tenue resplandor de sus aparatitos les daba aspecto de penitentes con luminarias. Todo el trayecto a pie era de casi dieciséis kilómetros; tardaron cuatro horas y media. De ahí que, cuando giraron en Snyder, Florence se hiciera cargo del cesto y dejara que su protector cargase con Willing, que se había quedado dormido en sus brazos. Más tarde, el hombre diría que, por supuesto, había tenido miedo como todos los demás, pero que la manera más segura de no perder la cabeza consistía en concentrarse en la seguridad de esos dos desconocidos. Se llamaba Esteban Padilla, y cuando llegaron a la calle Cincuenta y cinco Este, hechos polvo y envueltos en una oscuridad total, pues el fleX de Florence también se quedó sin batería, ella, que necesitaba con urgencia encontrar velas y cerillas en la cocina –a cuatro patas–, fue muchísimo menos racista y, además, ya estaba enamorada.

Las elecciones de noviembre habían sido tan importantes para su pareja que se guardó para ella una ligera inquietud respecto del nuevo presidente. Oh, sí, el simbolismo la emocionaba; después de tanta acritud por la inmigración, un latino en la Casa Blanca era el máximo emblema de la integración. Sin embargo, el hombre tenía cierta placidez angelical que las

consonantes palatalizadas de su acento mexicano ponían de relieve; en el caso de Alvarado, a veces ese rasgo parecía un punto fingido. (Cuando, durante la campaña, se dirigía a un público blanco, su pronunciación era muchísimo más áspera.) No era sólo que fuese gordo —qué diablos, si tres cuartas partes de los habitantes del país lo eran—, sino esa clase de gordo. Alvarado era un gordo hinchado como un niño de mamá que podría hacer que los jefes de Estado extranjeros lo considerasen un fallo de malicia y fácil de engañar.

Mientras sacaba los boles, Florence se preguntó si debía llamar a Kurt para que tomara helado con ellos. No acababa de decidirse sobre hasta qué punto debía hacer participar al inquilino, florista a tiempo parcial, en la vida social de la familia. Kurt era amable, y siempre traía ramos un poco mustios que de otro modo habrían acabado en la basura. Nunca faltaban unas alegres fresias en la casa, y como Kurt le caía bastante bien, deseaba que él lo percibiese y se relajara. Al fin y al cabo, era cortés, solícito, hablaba bien y se lo veía siempre ansioso. (¿Excesivamente ansioso? ¿Y ansioso de qué? De *agradar*, obviamente, e incluso le habría bastado agradar lo suficiente.) Con todo, esa gratitud desmesurada por cada gesto normal y corriente de amabilidad era agotadora. El hecho de que nunca se quejara les simplificaba la vida, pero Kurt tenía todo el derecho del mundo a quejarse. Alto para el techo bajo del sótano, vivía golpeándose la cabeza con las vigas; Florence debería haberlas revestido con gomaespuma. Músico aficionado, sólo practicaba con el saxo cuando no había nadie en casa, aun cuando arriba incluso las pisadas ligeras y sigilosas de Willing se traducían en pisadas de elefante abajo. ¿Suplicaba Kurt Inglewood a la familia para que bajaran el volumen del televisor? No, no, no. Así, lo que esa noche inclinó la balanza a poner tres boles en la mesa y no cuatro hizo que Florence se sintiera avergonzada.

Kurt, que tenía más o menos la edad de ella, era un hombre delgado y bien proporcionado, con un rostro alargado y anguloso; hasta podría haberse dicho que era guapo. Un tipo con una educación de clase media que había luchado para pasar de un empleo insatisfactorio y mal remunerado a otro, igual que Florence; Kurt podía dar la impresión de ser un luchador encantador y competente que, cuando era más joven, había esperado una buena oportunidad. Pero uno de los detalles que había descuidado durante años era

el cuidado dental, y las caries habían ennegrecido una sonrisa atractiva hasta convertirla en una lasciva mueca de vampiro. Como no tenía los cincuenta mil dólares para los implantes, los empastes y los puentes, era de suponer que moriría soltero. Ahora, ya cuarentón y con esos *dientes*, había caído trágica e injustamente, y quizá de manera permanente, en el pozo de los perdedores, una etiqueta fea y deshumanizadora de la que Florence se había salvado por los pelos. En el albergue, a nadie podía concedérsele el sobresaliente en higiene dental, y es posible que ése fuera el problema esa noche. No le habría importado compartir el helado con Kurten-cuanto-Kurt, pero el día en Adelphi había sido largo y, sencillamente, no podría soportar ver esa sonrisa.

Florence sirvió tres bolas. Sintiendo esa tensa alegría de saber que había ocurrido algo importante, aunque todavía sin tener idea de si era bueno o malo, echó impulsivamente un trozo de helado de menta con pepitas de chocolate en el plato de Milo. Se reunieron, cada cual con su cuchara, en la sala de estar. Esteban apagó el televisor.

—Bueno ¿qué opinas del discurso? —preguntó a Esteban cuando se sentaron en el sofá con el postre.

—*Maravilloso* ♦ —dijo él—. Esos republicanos decrepitos siempre criticando que Alvarado es débil y que no tiene carácter... Esto les va a enseñar. ¡Ha hablado de levantarse en defensa de este país! Es la serie de decisiones políticas más valientes que he oído de labios de un presidente en toda mi vida. Ahora ya no podrán llamarlo mariquita.

Florence soltó una carcajada.

—Podrían llamarlo otras cosas. Sinvergüenza, por ejemplo.

—Sólo los que se sienten ofendidos se lo merecen —dijo Esteban, seguro de sus palabras—. Vaya panda de gilipollas asiáticos. A quién le importa una mierda...

Sumido en un denso silencio desde la conversación junto a la lavadora, Willing lo rompió con una incongruencia digna de un premio:

—Siempre podríamos irnos a vivir a Francia.

—Muuuuy bieeen —dijo Florence, acariciándole el cuello con el índice mientras él seguía sentado rígidamente en el suelo. Se le estaba derritiendo el helado—. ¿Y por qué haríamos eso?

—Nollie vive en París —dijo Willing—. Podría ser un lugar más seguro. El presidente dijo que no permitirían sacar dólares del país, no que prohibirían que la gente se marchara. Todavía.

Florence miró a Esteban y sacudió la cabeza como queriendo decir *No preguntas*.

–Supongo que algún día podrás visitar a tu tía abuela. La última vez que vino a Nueva York pareció que os entendíais bien.

–Nollie hace lo que quiere. Todos los demás hacen lo que se supone que tienen que hacer –dijo Willing–. Jayne y Carter dicen que es egoísta, pero eso podría ser bueno. Uno quiere tener a su lado a gente egoísta, que practique cierta clase de egoísmo.

Florence le aseguró a su hijo que no había «lados». Al advertir que estaba muerto de cansancio, le insistió en que se fuera a dormir. Willing apuró el bol de helado, convertido ya en una sopa. Después de que el chico se cepillara los dientes, Florence dijo en la puerta de su habitación, en voz muy baja, que nadie iba a mudarse a ninguna parte, y que son muchos los acontecimientos que en el momento parecen extraños y temibles, pero que más tarde acaban pareciendo uno más de los muchos altibajos de una vida normal. La Edad de Piedra había parecido el fin del mundo, ¿no? Pero no lo fue.

Con todo, esa noche no durmió bien. La procesión iba por dentro. Los cimientos se movían –lo que no tenía que cambiar para que otras cosas cambiaran de manera segura–. En 2024, Florence llegó a apreciar la enorme diferencia entre algo malo y los sistemas mismos a través de los cuales algo acaba yendo mal. Aun cuando los funestos decretos del presidente no influyeran de manera concreta en la vida cotidiana de East Flatbush, los edictos parecían una amenaza para su vida a ras del suelo. No tanto el nimio vaivén entre lo que ganaba y lo que gastaba, entre lo que hacía y adónde iba, sino su vaivén personal, el quién era ella.

A la mañana siguiente, mientras se dirigía hacia la parada del autobús, Florence cruzó para dejar la factura de Con Ed en el buzón –una modalidad de pago que parecía tan primitiva como encender fuego con un pedernal–. Así podía invertirse el rumbo de la historia. Ahora que todas las transacciones que implicaban una infraestructura vital o financiera ya no podían, por ley, efectuarse en línea, los extractos bancarios y las facturas de los servicios en papel volvían a llenar las mesas familiares. Basura que sólo servía para ocupar espacio. También el talonario se había salvado de ir a parar a la papelera del pasado, junto con bolas de pelo e hilo dental usado pegados a las

hojas. El punto a favor: al menos la necesidad de garabatear «Doscientos cuarenta y tres dólares con veintinueve centavos» en un rectángulo justificaba el dominar la escritura a mano. Casi a punto de perder esa capacidad, Florence se había visto obligada, a la hora del desayuno, a anular el primer cheque para Con Ed porque era ilegible. Y pensar que le había insistido a Willing para que aprendiera el alfabeto en letra de molde, pues en el colegio ya no enseñaban caligrafía. La mayor parte de los compañeros de su hijo no sabían ni escribir su propio nombre. ¿Eso era el progreso? Pero ésa era una preocupación anticuada que aburría a los niños.

Florence frunció el ceño cuando el sobre cayó revoloteando en las fauces azules del buzón. Si ya se habían solucionado «los puntos vulnerables de internet», ¿por qué tenía que seguir pagando las facturas de la luz con un cheque?

Con esa «gentrificación» que se adentraba cada vez más en el este, en Brooklyn ya predominaba el transporte privado. Como de costumbre, la única pasajera blanca en el autobús, que no tenía asientos, Florence aguzó el oído para pescar cualquier referencia al discurso de Alvarado. Los afroamericanos hablaban su propio dialecto, sólo parcialmente discernible de un graznido y salpicado con fragmentos de un español literalmente destrozado. Entre los latinos, el único español urbano rápido que Florence podía traducir con seguridad era el del rap Bestia, que en esos días hacía furor e incluía reclamos de pájaros, aullidos de lobo, rugidos de leones, ronroneos de gato y ladridos. (No la entusiasmaban especialmente, pero cuando se combinaban con arte, algunos temas eran estimulantes.) Una melodía hecha con graznidos de gaviotas y el ritmo de una banda de picotazos superpuestos parecía provocar más alboroto en la B41 que la liquidación total de los bonos estadounidenses. No obstante, una vez que la noticia llegara a la calle, la nacionalización del oro no iba caerle nada bien a esa gente, ya que muchos de sus tipos duros iban cargados de refulgentes cadenas amarillas. Era difícil imaginar a esos «hermanos» y *muchachos*♦ musculosos haciendo una patriótica cola alrededor de la manzana para entregar sus adornos al Tesoro. Con gente como ese cachas que se pasaba el día levantando pesas, ancho como la puerta del autobús, ¿planeaban acaso los federales tirarlo al suelo para arrancarle los dientes de oro con alicates?

Una generación atrás, ese tramo de Flatbush Avenue, al norte de Prospect Park, era bastante cutre: ruidosos almacenes de ínfima categoría donde

vendían alfombras; *drugstores* con saldos; salones de manicura y *delicatessen* con donuts recubiertos de glaseado color rosa; pero después de la construcción del estadio al pie de la colina, el barrio revivió. Las «viviendas a un precio asequible» que habían prometido los promotores como parte del trato por el estadio con el gobierno municipal costaban casi lo mismo que los apartamentos de lujo. En Flatbush, el bullicio y el desorden que reinaban en la calle habían ido apagándose hasta convertirse en un silencio sepulcral. Los peatones eran pocos. Los taxis eléctricos, rápidos y discretos, habían sustituido a los bocinazos de las furgonetas privadas que antes, por un dólar, llevaban a la clase trabajadora por la colina. La avenida se veía ahora, oh, sí, muy civilizada, pero, oh, sí, también muy muerta.

Podría decirse que a Florence le gustaba que la transformación comercial de esa zona, antes vibrante y bulliciosa, implicara molestias constantes para los nuevos y pudientes residentes. En efecto, no había que ir muy lejos para hacerse un *lifting* facial, llevar al perro a terapia o gastarse quinientos dólares en una cena en Ottawa (cocina canadiense... ¿Había algo más moderno? La élite de la ciudad estaba quedándose sin nuevas opciones étnicas que pudiesen llegar a ponerse de moda). Sin embargo, era imposible comprar un destornillador o un bote de pintura, encontrar una tintorería que ofreciera limpieza en seco, poner tapas nuevas a los tacones, hacer una copia de una llave o comprar un trozo de pizza. Los residentes con posibles podían tener bicicletas de cinco mil dólares, pero era imposible encontrar una tienda donde les reparasen los frenos en un radio de varios kilómetros a la redonda. Para llegar al supermercado más cercano se necesitaban tres cuartos de hora en coche hasta la Tercera Avenida. Los alquileres altos habían hecho subir los precios del propio sector de servicios, cuya proximidad una vez había contribuido a justificar la vida urbana. Para todas las finalidades prácticas, los neoyorquinos ricos residían en una versión superpoblada del campo, donde había que recorrer unos ocho kilómetros en coche para comprar un cartón de leche.

Florence bajó en Fulton Street y enfiló hacia el este. Se subió el cuello. Hasta entonces el otoño había sido clemente, y ése era el primer día en que el viento se sentía de verdad, anticipo de otro cruel invierno en Nueva York. Puesto que, al parecer, la corriente en chorro había virado hacia el sur por todo el país, el anacronismo *calentamiento global* ya era algo definitivamente obsoleto en los Estados Unidos. Giró a la izquierda en Adelphi Street, donde

el tráfico no era tan denso ahora que habían cerrado el paso subterráneo que quedaba a unas pocas calles; desde el horroroso colapso de la vía rápida BrooklynQueens a lo largo de Hamilton Avenue, no lejos de casa de sus padres, nadie podía acercarse al lugar.

Echó un rápido vistazo pro forma a la cola que ya se había formado en la entrada: unas veinte familias, y los infaltables cochecitos de bebé cargados con todas las bolsas que podían aguantar. Varios adultos fumaban. Eran algunos de los últimos rebeldes que fumaban cigarrillos de verdad, a pesar de que eran bastante más caros que los de vapor. Era ridículo, pues ella nunca había sido adicta al tabaco, pero el aroma penetrante y tóxico la puso nostálgica.

Situada en una calle arbolada de Fort Greene, la Residencia Familiar Adelphi antaño había sido un edificio de apartamentos privados que un propietario sin descendencia había donado a la ciudad –uno más de una larga serie de legados que habían llegado a las arcas públicas y, también, a organizaciones de beneficencia privadas desde la generación de la explosión demográfica; una parte no desdeñable de la cual no se había interesado por reproducirse y no tenía a nadie más con quien ser generoso—. El edificio, alto y de ladrillo pardo rojizo, con detalles de época, era muchísimo mejor que el tan desacreditado albergue Auburn, ahora cerrado, situado en el barrio de viviendas subvencionadas a pocas calles de Adelphi. Para dar cabida a más residentes, los apartamentos se habían convertido en míseras unidades sin cocina, con cuartos de baño comunes, pero había también una cafetería y algo que, nominalmente por lo menos, era una sala de ocio (nunca había pelotas para jugar al ping-pong). Lo gracioso era que Esteban y ella no habrían podido permitirse vivir en ese barrio tan pijo ni en un millón de años.

Florence saludó con la mano a Mateo y a Rasta, los guardias de la entrada; después dejó caer la mochila en la cinta de seguridad del vestíbulo y pasó por el aparato de rayos X dando una graciosa vueltecita. (Escaneado de cuerpo entero. Los meros detectores de metales ya no servían para nada. Habían mejorado mucho las réplicas de pistolas de plástico hechas con impresoras caseras en 3-D.) Lo peor era, quizá, que los azulejos decimonónicos del vestíbulo estuviera cubiertos con pósters –¡EL HOGAR

ES DONDE ESTÁ EL CORAZÓN!; ¡EL ÉXITO SÓLO ES EL FRACASO PUESTO A PRUEBA

UNA VEZ MÁS!-, aunque esas alentadoras admoniciones compensaban una advertencia más severa: NO SE

TOLERARÁ EL MALTRATO VERBAL Y FÍSICO AL PERSONAL.

Adelphi no era el antro horrible e infestado de bichos y predadores sexuales que sin duda imaginaban los vecinos que se compadecían de Florence, como Brendan, el Vidente Financiero. Lo que a ella le deprimía de ese trabajo no era, pues, la mugre y el deterioro, y tampoco la pobreza y la desesperación que llevaban a la gente hasta allí. Era la falta de sentido. Como la atmósfera colectiva que creaba el hacinamiento de tanta gente en un mismo lugar había convertido en algo inútil el hecho de trasladarse del punto A al punto B –dar-vueltas-y-vueltas-esperando-la-muerte, ese aire viciado que impregnaba la institución–, lo que la inquietaba no era el contraste con su propia historia de mujer esforzada, con empuje, sino el modo en que reflejaba la sensación que la invadía la mayor parte del tiempo. En Barnard nunca había imaginado que terminaría limpiando vómitos como el mejor, salvo, quizá, en una organización de beneficencia durante alguna valerosa y breve fase experimental antes de seguir adelante con su carrera. No comprendía –no más que los residentes del albergue– cómo había terminado en Adelphi. No sabía –no más que quienes se refugiaban allí– qué podía esperarla al otro lado de ese lugar. Aunque la cruda supervivencia de un día al siguiente podía ser el primer objetivo animal de todos los humanos, durante generaciones la familia Mandible había conseguido presentar ese proyecto como algo considerablemente más elevado. La maternidad proporcionaba la sensación de tener un rumbo, y sin duda alguna Willing daba cada vez más indicios de ser un chico brillante; pero, cuanto más inteligente parecía, más impotente se sentía ella a la hora de hacer justicia a su talento. A diferencia de Avery, a Florence no le importaba que a Willing le dieran las clases en español; lo importante era que le dieran clases. Así y todo, cada información que daba sin que se la pidieran, cada habilidad de la que hacía gala, o se la había enseñado ella o su hijo la había aprendido por su cuenta. La escuela era una mierda.

Con un guardia de seguridad armado a sus espaldas, Florence ocupó su lugar en el mostrador de recepción del vestíbulo y procesó los ingresos de esa mañana. Como siempre, un puñado de familias imaginaba que bastaba con presentarse en la puerta para que les dieran una cama. ¡Ja! Florence los

enviaba al Departamento de Servicios Humanos de South Bronx, con un bono para la furgoneta aparcada fuera. Eran pocos los que volvían, y cuidadito con mencionar a un tío abuelo que tenía una habitación libre en Arkansas si no querían que los despacharan en el último autobús a Little Rock esa misma noche. Para los que ya habían sorteado todos los obstáculos y llevaban gruesos expedientes con todos los documentos en pegajosas carpetas de plástico, Adelphi apenas tenía unidades libres y las familias más numerosas tenían que vivir hacinadas. El albergue funcionaba al máximo de su capacidad porque dos terceras partes de las unidades tenían las camas ocupadas de manera permanente. En teoría, el alojamiento en Adelphi era temporal. En la práctica, la mayoría de los residentes se quedaba a vivir allí años y años.

Florence acompañó a las nuevas familias a sus habitaciones; los padres cargados de folletos con los deberes y derechos del lugar. En el extraño caso de que la familia no hubiese vivido ya en otro albergue, lo que veían los espantaba. En las habitaciones, a los armarios les faltaban cajones; había colchones en el suelo; de vez en cuando una silla de cocina, pero rara vez una mesa a la que sentarse. Aunque no faltaban algunos maniáticos de la higiene (trastorno obsesivo compulsivo), en la mayor parte de las unidades ocupadas había pilas de ropa en todos los rincones, como en una tienda donde se vende ropa usada con fines benéficos, y en el suelo no cabían más triciclos de plástico, bicicletas rotas y cajas de botellas de leche repletas de aparatos electrónicos obsoletos.

Por eso los nuevos invariablemente se quejaban: *¿Cómo? ¿Me ha dicho que tenemos que compartir el baño? ¿Dónde va a dormir Dajonda? Tiene dieciséis años... ¿No van a darle una habitación que tenga puerta? ¿Qué quiere decir que no podemos tener un microondas? Mire esas sábanas, están manchadas. ¡La mujer de la entrada dice que en estos televisores no se ve Netflix! Mi Melita es alérgica al trigo..., así que no nos sirvan esa pasta pegajosa. La vista no es muy buena desde aquí. ¡En la habitación que teníamos en Auburn veíamos el Empire State!*

Florence siempre oscilaba entre dos reacciones bien distintas a esas críticas despiadadas: *Lo sé. Yo detestaría tener que compartir el baño con desconocidos. No tener un techo no significa no valorar la intimidad, y si tuviera una hija adolescente en un lugar como éste, no me apartaría de ella. La norma que prohíbe tener microondas es poco razonable, pues calentar*

una lata de sopa difícilmente significa que la habitación acabe oliendo mal. La gente sin hogar tiene todo el derecho a reclamar ropa de cama limpia, a esperar un entretenimiento de calidad y a que se respeten los requisitos de su dieta. Yo, por ejemplo, odio la pasta demasiado cocida. En general, y desde el punto de vista psicológico, es perfectamente lógico que, tras caer tan bajo, uno quiera dejar perfectamente claro que aún sigue habiendo cosas que le gustan y otras que no, que todavía tiene criterios.

Una milésima de segundo después: Están ustedes en la ciudad más cara del país, si no del mundo. Acaban de darles un lugar donde vivir sin pagar nada y tres comidas gratis al día. La electricidad, e incluso el AGUA gratis, mientras que personas como yo, que trabajamos largas horas en empleos que no siempre nos gustan, apenas podemos permitirnos comprar un pollo. Por razones que no me incumben, tienen ustedes siete hijos y esperan que sean otros los que les echen una mano; yo, en cambio, tengo sólo uno, al que le doy ropa, comida y un techo. De acuerdo, tienen que compartir el cuarto de baño, pero esa ducha antigua de la que el agua sale a torrentes, es, de lejos, mucho mejor que mi «paseo en la niebla», así pues, cierren el pico.

Ese ir y venir entre dos actitudes totalmente opuestas entre sí todo el día creaba una especie de estroboscopio intelectual lisa y llanamente agotador.

A mediodía, Florence compró un emparedado en la cafetería y se retiró a la sala del personal, que ese día estaba muy animada. Supuestamente, el relleno del sándwich —proteína de langosta— tenía que saber a atún. Pero no.

—Fantástico —estaba diciendo Selma en ese momento, con las piernas encima de una mesa; sus pantorrillas tenían la circunferencia de un bote de mayonesa industrial—. *Malicioso*, como diría mi niño. Me encanta ver lo mal que lo están pasando todos esos ricos que tienen que soltar sus montones de oro. Si por mí fuera, no les daría ninguna compensación. Alguien tiene que nivelar el terreno de juego. ¿Qué pasó con esa idea de los «impuestos a la riqueza» que circuló hace un tiempo? La Plataforma Colbert pinchó. Ésa fue la mierda. Yo colgaría a Alvarado por los pies, esto es sólo el principio.

—¡Tú ni siquiera lo votaste! —objetó Florence por encima del sándwich. (Los afroamericanos habían sido rotundamente hostiles a la candidatura de Alvarado.)

—Me abstuve —dijo Selma, controlándose—. Eso no quiere decir que *el presidente*♦ no pueda ser útil.

—Los impuestos a la riqueza son una doble imposición —farfulló Chris, algo

asustado y nervioso por ser el único hombre blanco en la sala. Un blanco pálido y enclenque, además.

–Natural –dijo Selma–. El impuesto no funcionó la primera vez.

–¿Y lo de la deuda? –soltó Florence en tono neutral. Por motivos que no había identificado con exactitud, ese tema la fastidiaba.

–A mí se me ocurrió una genialidad –dijo Mateo, el robusto guatemalteco que vigilaba el vestíbulo, durante su pausa para la comida–. Hace seis años que me declaré en quiebra. Puse el vehículo a nombre de mi hermana, así que también conservé el coche. Ahora las tarjetas de crédito me salen por las orejas. Lo arreglé todo *bien bonito*. ♦ No hay motivo para que el país no pueda hacer lo mismo.

–Si prestas dinero a gente que no puede devolverlo, eres tú el que te jodes, ¿no? –dijo Selma, manifestando que estaba de acuerdo–. Además, no veo por qué el gobierno tiene que devolver nada. Que aprueben una ley que diga «No tenemos que hacerlo» y listo. ¡Listo! Se acabaron los préstamos.

–Pero la mayoría de los que prestaron dinero al gobierno federal –dijo Chris, paseando la vista por su bolsita de té, que sólo mojó dos veces; el Lipton no le gustaba muy cargado– son otros norteamericanos.

–*Mierda* ♦ –dijo Mateo–. He oído decir que fueron los chinos.

–Sí –dijo Selma–. ¿Y quieren que les devuelvan el dinero? *Que vengan a buscarlo*.

–Como bien sabes, las fuerzas armadas de este país ya no son lo que eran –dijo Florence con cautela.

–Gilipollecés –dijo Mateo dando un puñetazo en el aire–. ¡Tenemos el podedeer! El ejército más grande de este puto mundo.

–No, los que tienen el ejército más grande del mundo son los chinos –dijo Florence.

–Y qué importan los chinos –dijo Chris–. Son nuestros compatriotas los que...

–Ésos no tienen nada de «compa» –dijo Selma–. Porque estás hablando de norteamericanos ricos. Con sus *car-te-ras*.

–No solamente –dijo Chris, echando al té una cantidad repugnante de leche–. Nuestros fondos de pensiones están invertidos en bonos del Tesoro. Siempre formarán parte de una *car-te-ra* equilibrada.

Selma lo miró para ver si se estaba burlando.

–¿Qué el gobierno municipal no nos paga la pensión? –dijo, con una

graciosa sonrisa—. Prenderemos fuego al ayuntamiento.

—Pues es posible que tengas que hacerlo —dijo Chris en voz baja.

—¿Es verdad? —presionó Florence a Chris después de que los dos volvieran al trabajo—. ¿Que la mayor parte del dinero lo prestamos nosotros?

Ese *nosotros* chirrió. Siempre había que decir qué *nosotros*.

—Según lo que he leído —dijo Chris, haciendo revolotear los dedos, un gesto rutinario cuando se decía *si-te-crees-lo-quelees-ahora-cuando-ya-no-existen-el-New York Times-el Economist-el Financial Times-el Guardian-el LA Times-y-el Washington Post*—. Y la Reserva Federal no sólo está dejando de pagar los intereses, sino también el capital. Cuando me gradué, mi padre me regaló un bono del Tesoro de diez mil dólares. Desde anoche ese dinero ya no existe. Y mi familia no es rica. Esto va a ser... explosivo. Esos tíos no lo entienden.

—Algo sí entienden —dijo Florence—. Selma y Mateo están casados. Lo sé en parte porque los dos lo demuestran de una manera tradicional. Pero esta mañana... cuando llegaron... *No vi que llevaran las alianzas*.

Mientras volvía a casa en el autobús, Florence, en contra de su costumbre, sacó el fleX; eran muchos los pasajeros que sólo podían permitirse un teléfono inteligente, y el brillo inconfundible de la malla metálica la convertía en un blanco fácil. Con todo, no pudo resistirse a navegar por los sitios de noticias. En efecto, todo era indignación allí donde mirase. Por consenso internacional, los Estados Unidos habían pasado a ser una «nación paria». Disturbios ante las embajadas estadounidenses por todo el planeta, y más de una había acabado ocupada y saqueada. El cuerpo diplomático había dejado de operar hasta nuevo aviso. Vigilados por guardias armados, los embajadores y el personal abandonaban sus legaciones.

Entretanto, Florence advirtió en el autobús muchas bromas y golpecitos en el hombro en torno a los pendientes, aretes y cadenas; obvio, ya no se veían tantas joyas. El único punto del discurso de Alvarado que había calado en la plebe era la parte relativa al oro, una forma de riqueza que esa gente entendía. Sin embargo, ni en español ni en ninguno de los cientos de dialectos de la calle detectó un solo comentario sobre el «reinicio».

Ahora que lo pensaba, durante la tarde, en las pausas para el café, cuando iba con tal o cual compañero a inspeccionar habitaciones elegidas al azar

(limpieza, contrabando), las bromas habituales no incluyeron comentarios sobre la renuncia a pagar la deuda soberana. Los empleados de baja categoría de Adelphi ganaban demasiado poco para pagar el impuesto sobre la renta, y muchos reunían los requisitos para solicitar las desgravaciones para familias trabajadoras, por las que recibían algo perversamente llamado «devolución» de unos impuestos que, para empezar, nunca pagaban. Cuando no se tenía la obligación de pagar el interés de un préstamo, es posible que uno no se considerase responsable ni siquiera del préstamo. Ni los pasajeros que viajaban con ella en ese autobús ni sus colegas de Adelphi se sentían *implicados*.

De acuerdo con el sistema fiscal de esos días, Florence pagaba un impuesto sobre la renta mínimo, aunque sin duda no parecía tan mínimo, además de la Seguridad Social, Medicare y, para rematar, los impuestos estatales y municipales; los sinvergüenzas de Wall Street, en cambio, se conchababan para pagar prácticamente nada. En cuanto a una pensión a la que el discurso de Alvarado podía o no haber afectado, su cotización mensual estaba muy lejos de ser suficiente en el futuro para ser abstracta. Aun cuando la Seguridad Social no volviese a quebrar, la edad oficial de jubilación iba a seguir prorrogándose... Hasta los sesenta y nueve, los setenta y dos, los setenta y cinco, como una zanahoria ante el hocico de un burro. Si había una tabla de salvación para su edad decrepita en la que aún depositaba alguna esperanza era lo que pudiera caerle de la fortuna del Gran Hombre —sobre la que en Adelphi no decía una palabra—. (En la universidad, su única reserva a la hora de adoptar el apellido de su madre, Darkly, en un fallido intento para sacar a su más frágil progenitor de una depresión crónica, había sido que, si renegaba del Mandible, podía perder el favor del abuelo hasta el punto de que más adelante el tiro le saldría por la culata. Afortunadamente, el temible viejo nunca había parecido tan mezquino.) Aparte de eso, Florence pertenecía a una generación que se sentía muy traicionada, una generación que no tenía motivos para creer que le esperaba otra cosa que no fueran más traiciones. No obstante. Algo. Algo la mosqueaba.

No solía detenerse a pensar que era norteamericana, aunque ese no pensar podía ser de por sí típicamente norteamericano. Florence no creía que ser norteamericano fuese un rasgo formativo de su carácter, y eso también podía ser típicamente norteamericano. El Cuatro de Julio era mayormente una excusa para un pícnic por la tarde en Prospect Park, y se sentía aliviada

cuando pensaba que el año siguiente Willing ya tendría edad suficiente para no sentirse decepcionado si decidían no ir a mezclarse con las agobiantes masas de neoyorquinos a orillas del East River para ver los fuegos artificiales. Hacía años ya que no era motivo de discusión suponer que la época del «Imperio Americano» iba perdiendo brillo, y la idea de que su país ya podía haber tenido su día de gloria no le parecía terrible. Eran muchos los países que habían florecido antes de hundirse por completo, y tenían fama de ser lugares agradables donde vivir. No entendía por qué ser ciudadano de una nación en decadencia debía desvalorizar su vida personal o hacerla sentir personalmente desanimada. Condenaba como cabía esperar los varios puntos negros del juego de naipes histórico de los Estados Unidos –las matanzas de indios, la esclavitud–, pero no de una manera exagerada. Ella, por sí misma, no había masacrado a ninguna tribu de pieles rojas ni había fustigado a africanos en las plantaciones.

Esto era diferente.

Y se sentía avergonzada.

5. ESA CLASE SOCIAL QUE HABLA POR LOS CODOS

–Te dije que no quería hacer esto.

No sin recelo, Avery miró a su marido, que estaba junto a la encimera de la cocina sirviéndose, para entonarse, una copa de Viognier francés. Después de haber montado semejante número por esa cena, no estaba dispuesta a hacerle saber lo mucho que les había costado esa botella. El tipo de cambio con el *nouveau franc* debió de ser espantoso. Para que no la descubrieran, había enterrado el ticket de la tienda de vinos en el cubo de basura que tenían fuera.

–Hace dos meses que no recibimos a nadie –protestó Averyy ya se acercan las navidades.

–¿Te has dado cuenta de que este año no nos han invitado a una sola fiesta durante las vacaciones? Se entiende: cuando alguien empina el codo, prefiere emborracharse solo a puerta cerrada.

–Pero eres tú el que no para de decir que esto es temporal.

–Pues sí, pienso que es temporal, pero, de momento, estamos rodeados de gente que piensa que la han arruinado.

–Según tú, si todos dejaran de alucinar y se comportaran normalmente, la economía se arreglaría en un pispás. Y como yo nunca paso tanto tiempo sin invitar gente a cenar, eso es precisamente lo que hago hoy, comportarme «normalmente».

–Enviando la señal que no deberías enviar –gruñó Lowell–. Esta ciudad vive trastornada con la sospecha de que cierta gente sacó su dinero del país mucho antes de la prohibición. O peor aún, de que ha hecho una fortuna a costa de todos los demás. No es un buen momento para que te vean tirar la casa por la ventana.

–Muy bien, pues no comeremos cerdo –dijo Avery con brusquedad–. Y en el menú no hay nada ostentoso.

Lo cual no era totalmente cierto. Avery tenía sus criterios. La gente pensaba que ya no se podía encontrar atún rojo, pero se podía. Pagando lo que costaba, claro. Después de todo el jaleo por las abejas y la polinización irregular en la Costa Oeste, poner almendras saladas en una ensalada se parecía a esparcir pan de oro. Desde que la panza de burro de la corriente de

chorro afectara a toda Norteamérica *volviendo* a helar los cultivos de Florida, los limones y los aguacates venían de España; el tipo que los colocaba con profundo respeto en el pasillo de las frutas y verduras decía que el coste de los envíos de Europa era tan abusivo que había la posibilidad de que Wholemart dejara de vender toda clase de cítricos.

Lo peor de todo era que, como la mayoría de los cocineros de su generación, Avery hacía la lista de las necesidades básicas de la vida: agua potable, un techo, ropa y el aceite de oliva virgen extra –de preferencia, el de Chipre; todos los italianos eran una engañifa–. Pero cuando la botella de litro pasó por el lector óptico de la caja, protestó diciendo que debía de tratarse de un error. Cansado, quizá, de oír lo mismo varias veces al día, el cajero, malhumorado, le aseguró que había pasado la botella correctamente y le preguntó si quería dejarla. Prevaleció la vergüenza. Avery le dijo que no con la cabeza, que se la llevaba igual. También ese ticket fue a parar al cubo de la basura.

–No es sólo el riesgo de la ostentación –dijo Lowell–. Es que no estoy de humor. Hoy me tropecé con un tío de la Administración y me dijo que nos preparásemos para una reducción importante en la nómina del mes que viene. Los padres están sacando a los hijos de la universidad. No pueden pagar la matrícula... Si es que alguna vez pudieron. Por suerte soy profesor titular. Cuando me nombraron, lo tomé como un cumplido. Ahora es un salvavidas.

–Me temo que los terapeutas no somos titulares –le advirtió Avery, mientras rallaba jengibre–. Hoy han cancelado cuatro clientes más. Es posible que no vuelvan nunca.

–Volverán –dijo Lowell, pasándole con suavidad una mano por la espalda, enfundada en un ceñido traje negro escogido para la ocasión–. Aunque sólo sea para que les aconsejes sobre cosas como: «Oh, ¿por qué diablos habré vendido mis acciones de GM en cuanto cayeron en picado? ¡Si no me hubiese dejado llevar por los nervios, ahora estaría forrado!» Como mi mujer –añadió pellizcándole el culo–, que no puede evitar estar forrada.

–Gracias. Oye, necesito que me reconozcas algún mérito. Cuando te vi tan poco entusiasmado con la cena de esta noche...

–¿Poco entusiasmado? Me opuse violentamente.

–Buenoooo... Cuando te opusiste «violentamente» –rectificó Avery–, reduje al máximo la lista de invitados. Sólo vendrán Ryan con Lin Yu, y Tom y Belle.

–Vaya, sólo puedo soportar a dos de esos cuatro. Viendo cómo está ahora el tema de las cenas, pues no está mal.

–A ti te conviene estar del lado de Ryan. Mark Vandermire es un payaso que ha tenido suerte y, teniendo en cuenta vuestras opiniones, siempre ibais a odiaros mutuamente. Pero Ryan es tu jefe.

–Sólo es el jefe del departamento, y eso desafiando mi antigüedad, porque amenazó con llevarse su talento a Princeton. Nunca deberían haberse rendido ante ese chantaje.

–Si se rindieron fue porque Ryan Biersdorfer es una estrella del rock. En economía no hay muchas, así que tienes que ser amable.

–¿Tu marido no es una estrella? –Lowell intentó decirlo sin darle mucha importancia, pero sonó a hombre herido.

Avery le rodeó el cuello con las muñecas para no ensuciarle el cuello con las manos manchadas de jengibre.

–Mi marido se parece más a un músico de jazz. Es mucho más natural.

Lowell subió a ver qué hacían los chicos. Era de esperar que, con tantas bromas y quejas machaconas por la lista de invitados, hubiera conseguido convertirse en un facsímil aceptable del marido gruñón, aunque cariñoso, la noche de un sábado que no tenía nada de extraordinario y en la que no tenía ganas de recibir a nadie. Todo lo que hacía y decía últimamente sonaba falso, a excusa o distracción. No obstante, en algo sí creía ciegamente: *Esto también pasará*, y más rápido de lo que todo el mundo espera. Miren la Pedrada, por ejemplo. El país se recuperó enseguida. En 2024 el PIB recibió un buen golpe, pero el mercado se recuperó a todo gas. Todo ese mesarse los cabellos por casi nada. Es el mismo ciclo otra vez.

Lowell llamó a la puerta de la habitación de Savannah antes de asomar la cabeza.

–¿Ya has pensado si cenarás con los adultos esta noche?

–Nooo. –Su hija, de diecisiete años, estaba espatarrada en la cama, dándole al fleX. Savannah era una de esas chicas que sabía cómo conseguir que el pelo castaño pareciera exótico. Lowell apartó la vista de sus largas piernas desnudas; Savannah estaba más que buena, tenía poderes, pero él era su padre. Y eso lo hacía feliz. Habría detestado ser uno de esos adolescentes que

se derretían por ella—. Quiero terminar de rellenar esta solicitud. Y puedo pedirle a Mojo una tortilla.

—Mejor préparatela tú. Mamá lo ha apagado esta noche. No quería que enterrase a los invitados en el patio trasero ni nada por el estilo.

—¿Sabías que en Netflix tienen ahora una serie nueva sobre ese tema? Un Mojo asesino que se comporta como un enajenado.

—El tema de ciencia ficción más antiguo del manual. Se inspira en *2001: Una odisea del espacio*.

—¿Y por qué ambientar una novela de ciencia ficción en el pasado? —preguntó Savannah, frunciendo el ceño.

—Porque cuando se escribió esa novela, 2001 aún quedaba en el futuro. Como *1984*, un año que aún parecía muy lejano cuando Orwell lo escribió, pero después el 1984 real llegó y se fue, y no fue ni de lejos tan horrible ni triste como lo había imaginado el autor. Las tramas ambientadas en el futuro tratan de las cosas que asustan en el presente. En realidad, no tratan sobre el futuro. El futuro no es más que el peor monstruo del armario, el gran desconocido. La verdad es que a lo largo de la historia las cosas no han hecho sino mejorar. Podría decirse que la media de la población mundial tiene un nivel de vida cada vez más alto, y nuestra especie se vuelve constantemente menos violenta. Pero los escritores y los cineastas no dejan de predecir que todo se va a ir al traste. Es casi gracioso, así que no te preocupes. En tu futuro brillará el sol, y sólo puede brillar cada vez con más fuerza.

—No estaba preocupada —dijo Savannah, mirándolo con curiosidad.

Vaya, eso me convierte en un imbécil como una catedral, fue la frase que se le pasó por la cabeza a Lowell antes de que pudiera evitarlo.

—¿Dónde estudias?

—Rhode Island, la Escuela de Diseño. Sé dibujar, pero lo que más exigen es que sepamos hablar de dibujo. No estoy segura de que eso se me dé muy bien.

—Hace mucho tiempo que las artes visuales dejaron de ser el arte de hacer algo. Todo va de hablar. Lo que se hace es hablar.

—Pero ¿las artes «visuales» no tienen que ser algo que se ve?

—Supongo que un texto es algo que se ve.

—Ya no —dijo Savannah—. En mi centro nadie lee nada. Usan auriculares. Y les leen.

—¿Son cortos de entendederas? —dijo Lowell, en tono sombrío.

–Es sencillo. Y relajante.

–Pero *saben* leer.

–No todos –dijo Savannah, sonriendo, y se encogió de hombros.

–Hay que saber leer incluso si quieres trabajar en Correos.

–La verdad es que no –dijo ella con un aire travieso y sutil–. Los escáneres manuales también pueden leer las direcciones en voz alta. Natural, ¿eh?

–Suerte con la aplicación –dijo Lowell, poniendo los ojos en blanco.

Salió y cerró la puerta. No mucho tiempo antes le había agradado que Savannah hubiese albergado la ambición relativamente práctica de ser diseñadora textil y, por supuesto, era bastante guapa –se suponía que ya ningún padre debía pensar así para que apareciese un tío que no tardase nada en llevársela y se ocupase de ella pasara lo que pasara. Sin embargo, en ese preciso momento, Lowell desconfiaba de una profesión tan..., tan etérea, consistente en concebir nuevos diseños cuando en el mundo ya no cabía un paramecio más. Más grave aún era que la última vez que había averiguado cuánto costaba sacarse un título así en la Escuela de Diseño de Rhode Island se encontró con una suma que rondaba los 400.000 dólares –sin alojamiento y comida–. El Plan 529 que había creado el abuelo de Avery cuando nació Savannah, destinado a cubrir también la enseñanza superior de Goog y de Bing, actualmente valía unos diez centavos.

Cuando Lowell se detuvo junto a la habitación de Goog, vio que Bing también estaba en la cama. Goog, pálido y poco amante del aire libre, se las apañaba para sacar pecho cuando estaba sentado en un cojín con la espalda apoyada en el cabecero. ¿No se hundía un adolescente de quince años normal? Como de costumbre, llevaba el pelo castaño limpio, y la ropa en perfecto estado. El chico parecía estar siempre preparado para que le pasaran revista, y a Lowell le preocupaba que su hijo tuviera una idea demasiado alta de sí mismo en relación con los adultos.

Los dos hermanos dejaron de hablar cuando apareció el padre; pero, si estaban tramando algo, Lowell se enteraría. Goog seguía teniendo la misma actitud de chico parlanchín ansioso por agradar y desesperado por causar buena impresión de que había dado muestras desde el momento en que empezó a hablar. No sabía guardar un secreto ni cinco minutos. Bing, en cambio, sí, pero por las razones erróneas. Flácido y con un punto de sobrepeso, ese niño de diez años vivía crónicamente asustado. Sería una presa

ideal para los pedófilos: avisado de que si contaba algo se metería en un lío terrible, Bing se llevaría su historia a la tumba.

–¿Estáis pensando en quedaros arriba esta noche, chicos? Porque podéis bajar a cenar con nosotros si queréis. La verdad es que no estoy seguro de que mamá haya preparado pescado para todos.

–¡Puaj! –exclamaron al unísono. No se daban cuenta, pero, dados los precios desorbitados y la escasa oferta de pescado, quitando los de piscifactoría, que sabía a verdín de estanque, a esos chicos los habían educado para odiar el pescado.

–Mamá dijo que podíamos preparar queso a la parrilla –dijo Bing.

–¿Quiénes son los invitados? –preguntó Goog.

–Belle Duval, la amiga de mamá. ¿Os acordáis de ella? La doctora especializada en cáncer...

–Oncóloga –lo corrigió Goog en tono burlón.

–Eso... La *oncóloga*. –Dios no permitiera una ofensa al vocabulario de Goog-. Tom Fortnum, el marido, es abogado en el Departamento de Justicia. También vienen mi colega Ryan Biersdorfer y su compañera, Lin Yu, que vive con él.

–El que hizo ese documental en diez partes sobre la desigualdad. –Goog entornó los ojos.

Su hijo mediano vivía muy atento a la proximidad de la fama y la influencia. Hacía falta tener una madurez sobrenatural para no irritarse al comprobar que su radar buscafamosos no registraba la cercanía de su padre. ¿Acaso papá no había salido también en televisión?

–Ryan se hizo un nombre con un libro, te lo creas o no. Uno de los últimos grandes éxitos de venta. Prediciendo que los salarios de los trabajadores poco cualificados de este país pronto serán tan bajos que los chinos vendrán a fabricar aquí. –Lowell intentó controlar la irrisión que sonaba en su voz-. Una de las cosas que hace popular a un economista entre la gente corriente es la propensión a la hipérbole. ¿E hipérbole quiere decir...?

–Tendencia a exagerar –respondió Goog al toque-. Pero ¿cómo se puede ser más hiperbólico que lo que realmente ha ocurrido? Olivia Andrews ha pedido permiso para faltar a clase porque su padre se pegó un tiro en la cocina. La verdad es que creo que no habéis exagerado lo suficiente.

–Me parece que deberíais bajar con nosotros y participar en la conversación.

–No tengo ganas de escuchar un rollazo sobre economía –dijo Bing.

–Entonces es posible que hayáis nacido en una familia que no va con vosotros.

–Síiii. Probablemente.

–¿Esta noche, Bing? –dijo Lowell–. Estoy contigo. Quedaos aquí, que yo si puedo me escabullo y vengo a pasar un rato con vosotros. Ryan es un bocazas y un fanfarrón. Apuesto a que ya habéis conocido a tipos así en el cole. Creceréis y veréis que nada cambia.

Lowell se volvió hacia la puerta, pero Goog lo obligó a detenerse.

–Papá, ¿puedo hacerte una pregunta.

Ninguno de los dos hermanos sentía nunca que le prestaban atención suficiente. Por desgracia, *bocazas fanfarrón* era una etiqueta que podía aplicarse a su hijo mayor.

–Claro –dijo Lowell, muy sereno.

–Un amigo mío del cole dijo que su madre tenía un lingote de oro que había comprado en Dubái hace tiempo. Donde supongo que se podría comprar, ya sabes, como champú, sin un documento que dejara rastro de la operación. La madre tuvo que contarle lo de Dubái porque él salió al jardín cuando ella estaba cavando un hoyo para enterrar el lingote. ¿No es ilegal eso?

–En este momento, sí. Pero tu amigo es un ingenuo, no debería habértelo contado. Sería mejor que cerrase el pico.

–Bueno, me hizo jurarle que no se lo diría a nadie.

–¿Por qué me lo cuentas a mí, entonces?

Goog pareció herido. Sería el único adolescente de DC al que reñían por contarle secretos a su padre.

–Porque estoy preguntándome qué hacer. Si debería denunciarlo a alguien.

–¿A la policía, por ejemplo?

–Sí, en la asamblea nos dijeron que eso era lo que teníamos que hacer.

–Eso es siniestro –dijo Lowell–. Y la respuesta es no, no tienes que denunciarlo a la policía, ni siquiera contárselo a un profesor. No digas ni mu. A la madre de tu amigo podrían multarla, incluso mandarla a la cárcel.

–Pero ¿y la ley para qué está?

–Me da igual. Ha habido lugares y épocas en que todo el mundo sospechaba de todos los demás, en que nadie se fiaba de nadie. Fueron lugares y épocas malas. Nosotros vivimos en los Estados Unidos y no

funcionamos así, ¿entiendes? Si yo tuviese algo de oro y no lo entregase a los federales, ¿me delatarías?

–¿Estás escondiendo oro?

–A la vista de esta conversación, *a ti* no te lo diría si lo hiciera.

Aunque dicha con un toque de ligereza, la frase no tuvo gracia.

–Pero si a los que entregan el oro el Tesoro les paga una caquita, como tú mismo dijiste... Y luego están los *recalcitrantes*... –Goog subrayó con un floreo esa reciente incorporación a su vocabulario–. No sólo se salen con la suya, también consiguen un precio mejor en el mercado negro. O en el extranjero... –Lowell no cabía en sí de orgullo; su hijo dominaba lo básico sin ayuda de nadie–. ¿No significa eso que los que acatan la ley acaban castigados?

–Como padre tuyo que soy, no debería confiarte este hecho tan desagradable de la vida, pero es verdad. Los que salen peor parados son casi siempre los que acatan la ley.

Tras ese triste comentario, Lowell bajó a la sala. Los invitados ya habían llegado.

–Una advertencia –anunció Ryan–. Esto afectará a los controles de seguridad como no os lo podéis imaginar. Todo irá mucho más lento.

Avery estaba un punto exasperada. Por lo visto, sus invitados no querían disfrutar de los asientos del acariciante salón color chocolate. Todos seguían de pie con la copa de vino en la mano, rodeando instintivamente al misterioso y atractivo hombre que lucía una moderna corbata de hilo color bronce y que gesticulaba ampulosamente como un VIP acostumbrado a recibir a la corte. Entradas incipientes, cierto, pero Ryan Biersdorfer era un ejemplo de que tener buen aspecto equivalía a un 50 % de fuerza de convicción. Tampoco era tan elegante ni tan divertido como él pensaba, pero, dado que así lo creía él, los demás también.

–La semana pasada cogimos un vuelo en el Reagan. Tenía que dar una conferencia en Zúrich –prosiguió–. Las colas eran matadoras. Diría yo que ahora se tardan dos horas más. Incluso en pista «rápida».

–Por supuesto –dijo Lin Yu–. No hay peores delincuentes que los que viajan por trabajo.

Lin Yu Houseman, que era medio china, había cosechado lo mejor de

ambos mundos; tenía los rasgos estilizados y puros de un rostro asiático clásico, pero la nariz delgada de una occidental y ojos grandes. En China hubo una época en que las mujeres se morían por hacerse la cirugía plástica para imitarlas. (Avery había leído que ahora las chicas bien de la China continental pensaban que ensancharse los párpados era un mero capricho y, además, indigno.) Lin Yu apenas tenía treinta años, pero combinaba ese toque oriental que los cincuentones como Ryan encontraban sexy con un acento norteamericano campechano que era relajante. También en el aspecto intelectual combinaba la diligencia de una educación asiática –había sido una de las alumnas estrella de las clases de doctorado de Ryan con la seria pasión política de los liberales de la Costa Este. Avery la habría admirado más si ideológicamente la joven hubiese discrepado de su pareja y mentor aunque sólo fuera de vez en cuando.

–Pero deberíais ver la escena –dijo Ryan–. El follón casi vale la pena por los numeritos que se ven. Registran todos los bolsos, no sólo las pertenencias de un puñado de desgraciados.

–Gracias a Dios que, desde el Terrorista de la Crema de Afeitarse, ya no hay consignas donde dejar el equipaje –señaló Avery–. Los controles durarían una semana.

–¡En este momento, a la Administración de Seguridad en los Transportes las bombas no podrían importarles menos! –exclamó Ryan–. Pero registran los bolsillos interiores de las maletas y a veces arrancan hasta el forro. Y husmean en los pliegues de todas las carteras. También están autorizados a cachearte; meten la palma de la mano en los bolsillos, te rozan la entrepierna... Desagradable, por llamarlo de alguna manera. Ahora no sólo te hacen quitar los zapatos, sino también los calcetines. Examinan los tacones por si los has manipulado y quitan las plantillas. Por ese aeropuerto podrían pasar un lanzacohetes y nadie se inmutaría, pero no intentes pasar diez dólares de más.

–Es increíble ver a todos los que están pillando –dijo Lin Yu, muy alegre–. No te creerías con qué descaro los peces gordos de las empresas intentan subirse a un avión con maletines a reventar de dinero. Es todo tan burdo. Pilas de billetes de mil dólares por todas partes. Todos esos ciudadanos supuestamente honrados y parecía tráfico de drogas.

–Con la diferencia de que los billetes desparramados alrededor de la

máquina de rayos X no son necesariamente ilícitos –dijo Tom–. Quiero decir, que al menos podemos suponer que es *su* dinero.

–No podemos dar por sentado nada por el estilo –dijo Lin Yu–. Es riqueza que todo este país contribuyó a crear.

Tom respiró hondo, como diciendo: ésta va a ser una noche muy larga.

–Según ese razonamiento, nadie es dueño de su dinero. Lo que tienes en tu cuenta bancaria pertenece a todo el mundo.

Lo dijo en un tono agradable, pero sonó forzado. Esa noche llevaba una chaqueta pasada de moda, con cuello, y parecía un hombre descuidado con la vestimenta, de trato fácil y alegre, más propenso a distender la discusión con una broma que a hacer subir la tensión poniéndose demasiado personal. Normalmente, su delicado acento de Maryland –de *Murrelun*– limaba aún más sus diplomáticos puntos de vista, pero los acontecimientos de ese otoño habían puesto nervioso incluso al más tranquilo.

–Moralmente, tu dinero es de todo el mundo –dijo Ryan–. La creación de capital necesita todo el aparato del Estado para proteger los derechos de propiedad, incluida la propiedad intelectual. La empresa privada depende del conjunto de la nación para contar con una fuerza de trabajo culta, con redes de transporte y orden social. Sin país, no hay fortuna.

–Ya, ya... Y toda la pesca, ¿no? –dijo Lowell–. Todos hemos leído *Juego limpio*. –(Mentiroso. Resentido por el revuelo que se había armado por el libro de Ryan, el marido de Avery nunca se había decidido a leer más de unas paginitas después de la introducción.)

–Eso te lo concedo. –Tom estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no dejar de ser afable, y Avery se lo agradecía–. De acuerdo, durante estos últimos años la inflación ha oscilado entre el 3 y el 4 %. Soy consciente de que, para unos expertos como vosotros, debo de parecer más tonto que una paloma. Pero la cifra que por casualidad leí los otros días *a mí* me impresionó. Con un 3 % de inflación, el dólar pierde *la mitad* de su valor cada veintitrés años. Por la impresión de billetes que realiza la Reserva Federal. Así pues, si no controlo lo que vale «mi» dinero, puede que no sea realmente mío. En el mejor de los casos, es un préstamo. Algo que Krugman, como si fuese un superhéroe, puede reducir a cenizas mientras aún lo tengo en el bolsillo.

–Me temo que estás haciendo la interpretación de un lego, Tom. –Cuando los aficionados pisaban su terreno, era raro que Lowell hiciese caso a Avery,

que le recomendaba que más le convenía ganarse la simpatía de sus compañeros con una actitud humilde y receptiva en lugar de altanera y autoritaria—. Y demasiado simplista. La inflación tiene que seguir siendo positiva para impedir la deflación, el verdadero coco. La mayor parte de ese 3 al 4 % es el resultado de aumentar los precios de los productos básicos, no de una política monetaria relajada. En realidad, aumentar la base monetaria ha tenido toda clase de beneficios para nuestra economía. En la primera década de este siglo, todo el mundo se puso de los nervios por la expansión cuantitativa. ¿Y qué ocurrió? Absolutamente nada. La mayor parte del efectivo fue a parar a los mercados emergentes y todos se beneficiaron.

—Mira, no voy a discutir sobre masa monetaria, pues es algo que está fuera del campo que domino. —De pronto, Tom pareció irritado—. Estaba tratando de aclararme sobre ese asunto de los registros en los aeropuertos. Porque *en los viejos tiempos*, es decir, *hace dos meses*, se podía sacar del país algo que era, de común acuerdo, y falsamente o no, tu dinero. O volverlo a entrar todas las veces que uno quisiera. Así que no entiendo por qué todos os ponéis como unas fieras por esos hombres de negocios *terribles y criminales* —otra vez con acento de Maryland— que tienen la desfachatez de intentar llevarse ahora su dinero al extranjero cuando en octubre era algo totalmente legítimo.

—Creía que había un límite —dijo Avery—. Como en esos formularios de aduanas...

—Es muchísima la gente que no lo entiende bien, cariño —dijo Tom—. Antes del discurso de Alvarado sobre la Renuncia, sólo había que declarar si llevabas más de diez mil dólares. En el formulario FinCEN 105. Si lo declarabas, sacar más de diez de los grandes por la frontera no era ilegal, y te aseguro que tampoco te los quitaban.

—Eh, un momento... ¿Quieres decir que han empezado a confiscar dinero en efectivo en el aeropuerto? —preguntó Belle, su mujer, horrorizada. Un horror muy contenido, pues Belle Duval era de los que se contienen y no pierden la calma ni en plena colisión con un asteroide.

Su atuendo de esa noche era típicamente vaporoso: un top color crema con un toque de rosa desmayado y falda lápiz beige, y un fino fular blanco que hacía que el conjunto pareciera aún más incorpóreo. Su voz era serena; el maquillaje también; el pelo, no totalmente rubio, podía habérselo retocado hacía poco con reflejos, pero el peinado de esa noche —sencillo y cuidado, y no de peluquería— era todo lo sereno que podía ser. Con todo, la de Belle era

una serenidad inteligente, y su reserva un intento de no dar a conocer sus opiniones.

–Sí, te requisan todo lo que intentes pasar de contrabando –dijo Lowell–. Sospecho que esas confiscaciones de dinero también están volviéndose inmensamente emocionales. Desmayos. Peleas a gritos.

–Peor que eso –dijo Ryan–. Vi a un tío tirado en el suelo y sollozando. Tuvieron que llevárselo. Delante de nosotros, una mujer, lo bastante corpulenta para no querer tropezarte con ella, se lió a puñetazos con uno de los agentes. Otro intentó prenderle fuego a su dinero antes de que le quitasen el fajo de billetes. Y todo eso mientras en la máquina de al lado alguien se ponía a destrozar billetes de mil dólares, también un delito federal. Sólo le sirvió para agravar los cargos.

–Cualquier cosa con tal de que no se lo quede otro –dijo Lin Yu–. Por Dios, te hace pensar que la riqueza no mejora a la gente.

–Con la confiscación de moneda los federales están haciendo una fortuna –dijo Tom–. Básicamente se trata de una «tasa de salida de aeropuerto», con la diferencia de que gravan todo lo que lleva un pasajero. Menos los cien dólares permitidos, claro. Qué amables son, ¿no? Te dejan llevar un poco para una bebida caliente.

A Avery le encantaba el balsámico acento provinciano de Tom. Eran tantos los *warshingtonianos*, como decía Tom, venidos de otra parte del país, que los amigos nacidos en la región eran una bendición, un punto de anclaje. Tom la hacía sentir que vivía en un lugar concreto.

–Llámalo tasa, pues –dijo Lin Yu–. Probablemente las primeras tasas que se pagan por llevar un irrigador.

–Tú eres doctora en economía –dijo Belle a Lin Yu, con amabilidad, pero también con firmeza–. Debes saber que ése no es probablemente el caso. La gente con posibles paga la mayor parte de los impuestos federales sobre la renta...

–Siempre he admirado esa táctica de la «tasa de aeropuerto» –dijo Lowell, manteniendo la conversación en un tono ligero mientras servía otra ronda de vino–. Es popular en África. Hay que pagar para que te dejen salir. Como si fueras un rehén. Demuestra una saludable humildad en lo tocante al estado de tu nación: «Sabemos que pagaréis lo que sea con tal de salir de aquí.»

–No falta mucho –dijo Tom en voz baja– para que estemos dispuestos a pagar lo que sea para largarnos de los Estados Unidos.

Compartiendo el deseo de su marido –a saber: que la reunión no se pusiera demasiado desagradable a una hora tan temprana de la noche–, Avery intervino:

–Pensadlo un poco. De ninguna manera esos funcionarios de la Seguridad en los Transportes van a estar ahí viendo todo ese dinero contante y sonante sin recoger del suelo un billete de veinte de vez en cuando.

Lowell rió.

–Más de uno de veinte. He oído decir que ahora los aeropuertos de Nueva York son bancos de tiburones hambrientos. Pero lo que me repugna es ese límite de cien dólares. Con cien pavos no tienes ni para un taxi del aeropuerto a casa.

–Pero ¿por qué tanta gente quiere sacar dinero del país –preguntó Belle– arriesgándose a perderlo todo?

–El cambio de divisas está suspendido por tiempo indefinido en los Estados Unidos –dijo Ryan–. El dólar no ha parado de caer desde el crac inicial... Bueno, dos décimas o así todos los días. Los superricos están intentando como locos llevarse sus fondos a Londres o a Hong Kong..., a cualquier lugar donde puedan cambiarlo por otra moneda que no se desvalorice. Por lo general, báncores, que están subiendo ligeramente, para mayor disgusto de Alvarado.

–Pero si el valor del dólar en el extranjero es tan bajo –dijo Belle–, ¿para qué consolidar la pérdida?

–Son personas codiciosas –dijo Ryan–. Para esa gente cualquier cosa es mejor que nada.

–¿Qué tiene de «codicioso» –dijo Tom– querer salvar una mínima parte del valor de un dinero que te has ganado con el sudor de tu frente?

–Oh, por favor –dijo Lin Yu–. ¿Sabéis algo de la gente de la que estamos hablando? Sólo sudan cuando le dan al fleX para ver cómo están sus fondos de inversión o, y eso los debilita aún más, para transferir lo que recaudan después de la muerte de un padre o una madre megamillonarios. No trabajan cavando zanjas.

–Puede ser un error –dijo Belle con cautela– meter en el mismo saco a la clase media alta y a los «superricos». Los que están moderadamente bien pueden no cavar zanjas, como tú dices, pero a menudo dedican largas horas a su trabajo y es posible que sigan sufriendo para pagar la hipoteca y la educación de sus hijos...

–¡No se puede comparar con lo que les pasa a los ricos pobres! –gritó Lin Yu–. He oído historias dramáticas... Parece que en DC ni los más acomodados pueden permitirse pagar el cuidado de los niños. ¡Las niñeras se están quedando sin trabajo! Yo sé con quién me solidarizo.

–¿Te has dado cuenta –susurró Tom al oído de Avery– de que para éstos la *injusticia* sólo afecta a los más necesitados? Nada injusto puede ocurrirte jamás si tienes más de un par de zapatos.

Lin Yu, que acababa de doctorarse, trabajaba en Real American Way, una organización sin ánimo de lucro (de izquierda y de derecha por igual; las asociaciones que intentaban fomentar el patriotismo sonaban todas igual). Por desgracia, las políticas redistributivas que fomentaba RAW –más bienes raíces, la herencia y los impuestos sobre la renta del tramo superior; un 2 % global de impuesto a la riqueza para todo el dinero, inversiones y activos tangibles– eran las mismas que evitaría cualquiera que se encontrase en situación de regalar dinero, y la carencia de fondos de la organización sólo podía calificarse de crónica. Así, con su salario de benefactora, era improbable que Lin Yu hubiera sufrido una caída en picado de valor neto durante los últimos dos meses. Igual que a Tom, a Avery la intranquilizaban esas opiniones infundadas, válidas únicamente para otros y que no suponían esfuerzo alguno para quien las defendía. A pesar de esas rápidas rondas de Viognier importado, los anfitriones de Lin Yu eran otra cosa. Oh, Avery no tenía ni idea de lo mucho que habían empeorado sus circunstancias familiares; con sus conocimientos, era obvio que Lowell manejaba ese lado del asunto, y a ella le había dado demasiado miedo pedir detalles concretos. Con todo, aún le zumbaban los oídos, como si estuviera dentro de un ascensor en caída libre. Tomando una nota mental para su exclusivo uso y disfrute, en el sentido de que haber invitado a Ryan y Lin Yu había sido probablemente un error, se marchó con discreción a marcar el pescado.

–Hace un rato le decía a Avery lo mucho que me duele ver a todos esos cabrones presas del pánico que se dedican a sacar lo que pueden cuando el mercado toca fondo –opinó Lowell, que presidía la mesa.

–Si toca fondo –respondió Ryan desde el otro extremo.

–La angustia misma es una trampa –dijo Lowell–. Los mamones atacan cuando el mercado está movido y flipan cuando se hunde. La clave es

mantener la calma. Más adelante pediré que se me reconozca esto, Biersdorfer: el dólar va a recuperarse con creces. Y también se recuperará el Dow.

–Hace un siglo –dijo Ryan–, el Dow tardó veintiséis años en recuperar el valor de antes de la Depresión. Dentro de veintiséis años tú ya tendrás casi setenta y cinco.

–Estoy harto de esa superstición, de los que dicen que la historia se repite según un intervalo metódico de base diez –dijo Lowell–. Hay sectores enteros de la economía que siguen en pie, y con el dólar tan devaluado, nuestras exportaciones saldrán más baratas que las de Vietnam.

Avery deseó que su marido no clavara el tenedor tan a lo bruto en el atún; la salsa de jengibre no podía haberle quedado mejor. Y, por favor, que alguien cambiara ya de tema... Estaban hablando de lo mismo que hablaban todos sus pacientes, al menos los pocos que seguían acudiendo a su consulta: qué les había ocurrido a sus inversiones. Qué deprimente.

–Te engañas a ti mismo, Stackhouse –dijo Ryan, sacudiendo la cabeza con gesto paternal–. Las acciones sólo pueden seguir bajando. Hicieron falta tres buenos años de caída ininterrumpida para que el Dow alcanzara su punto más bajo a finales de 1932. De 381 a 41, ¿te acuerdas? Deberías salirte mientras aún puedas recuperar unas monedas.

–Gracias por tu alarmismo, Biersdorfer. Los precios han bajado hasta la rodilla, por eso éste es el momento de comprar –insistió Lowell–. Estoy arramblando con todas las empresas de alta capitalización que puedo. Las que han bajado, claro.

–¿Que estás *qué*? –preguntó Avery, aguzando los oídos.

–Haciéndome con las gangas. Nada que no hagas tú en Macy's, querida.

Lowell pronunció Macy's con un ligero ceceo. Ya había tomado bastante vino. Igual que todos. Desde el principio, la velada ya venía marcada por esa histeria del Final de los Días que había llevado al hermano menor de Avery a un campo fangoso de Gloversville, pero que a la gente normal la hacía empinar el codo.

–Es posible que no conozca los detalles más sutiles –dijo Avery, que apenas saboreaba su plato de atún–, pero es una locura apostar la miseria que aún queda en más acciones que están bajando.

Desde la silla de enfrente, Belle captó la mirada de Avery. Podían ser

tiempos duros, pero, en la mesa, las rencillas conyugales por dinero no eran decorosas.

Avery fulminó a su amiga con la mirada. A la mierda el decoro. Lowell y ella tenían tres hijos en colegios privados, y todos esperaban, y tenían derecho a esperar, seguir estudiando en la Ivy League. La hipoteca de esa casa en la ciudad era una carga tremenda. Con todo eso en juego, ¿qué hacía su marido? Actuar con optimismo para *sentirse* optimista, como si interpretando al Flautista de Hamelín pudiera conducir a todos los demás, incluida la historia, a un mundo de ensueño. Por lo general, Lowell siempre estaba decidido a tener razón para salvaguardar su orgullo. Pero, francamente... *necesitar* tener razón más que simplemente *querer* tenerla no afectaba en lo más mínimo al hecho de *tener* razón en cuanto polo opuesto de estar definitivamente de la olla.

–El bajón ya ha empezado a detenerse –dijo Lowell a su esposa.

–Si estás tan seguro de que todo terminará siendo color de rosa, ¿por qué en noviembre me mandaste al Chase a vaciar nuestras cuentas? Cuando por fin los bancos volvieron a abrir, ¿te acuerdas?

Lowell se sonrojó. Avery estaba haciéndole pasar vergüenza en público, y a propósito.

–Lo que recuerdo es que no lo hiciste.

–No iba a pasarme el día bajo la lluvia en una cola que daba la vuelta a la manzana para que el cajero terminase diciéndome que ya no les quedaba efectivo. Pero después fuiste *tú* el que te reíste de todos los que sí hicieron cola delante de los bancos bajo la lluvia.

–Sólo me reí de los que hicieron cola para sacar su dinero *después* de que la Reserva Federal prometiera liquidez –dijo Lowell con frialdad–. Y *después* de que Alvarado aclarase que los bonos podían estar cancelados, pero que el Seguro Federal de Depósitos seguía en vigor. Antes de ese seguro, sí tenía sentido preocuparse por la posibilidad de que algunos bancos quebraran.

–Garantizaron la «liquidez» imprimiendo dinero –dijo Tom, sin alterarse, y sin dirigirse a nadie en particular–. Y cubrirán las reclamaciones que reciba la Corporación Federal de Seguro de Depósitos imprimiendo más.

–Lo que me pareció fascinante –dijo Belle, dirigiendo diplomáticamente la conversación hacia otra parte– es la diferencia entre la manera en que los norteamericanos apoyaron a Roosevelt y cómo ha reaccionado la opinión

pública a la retirada del oro que decretó Alvarado. La gente sencillamente se niega a soltarlo.

–A mi consulta vino una paciente muy indignada... Quería ir a *comprar* oro, bajo cuerda –dijo Avery–, sólo para poder negarse a entregarlo.

–Por suerte, la mayor parte de la obediencia no depende de la probidad ni del patriotismo –dijo Ryan–. Los ETF, las acciones en la minería, los lingotes en depósito... El Tesoro requisó limpiamente todo lo registrado. De un plumazo. –Sonrió–. La compensación era encantadoramente ridícula. Un vertido de desechos sensacional sobre lo que los survivalistas económicos imaginaron como la apuesta más segura.

–Sí, se pareció a los Premios Darwin –dijo Lowell–. *La especie elimina a los tontainas que se aferran al arcano medio de cambio como si fuera un osito de peluche*. Hombreee, ese pobre idiota de Mark Vandermire debe de estar destrozado.

–Ahora *inter nos* –preguntó Avery a los comensales–, ¿alguno de los presentes ha escondido una bolsita con oro en un arriate?

–Teóricamente –dijo Belle mirando a Tom–, comprendo por qué algunas parejas podrían querer esconder las alianzas de matrimonio.

–La verdad es que pensé que Alvarado debería permitir quedarse con los anillos –dijo Avery.

Con un gesto de la cabeza dirigido hacia Ryan y Lin Yu, Lowell dijo:

–La izquierda habría puesto el grito en el cielo si las estrellas deportivas y las mujeres de los ejecutivos de Wall Street hubiesen guardado anillos de compromiso grandes como pelotas de tenis.

–Pero toda esa propaganda oficial sobre el «ataque» a los Estados Unidos –dijo Tom–. Ahora resulta que todos tenemos que «trabajar codo con codo» y hacer «sacrificios»... No ha funcionado. Me encantó el vídeo de InnerTube con ese cabrón que se puso a tirar joyas por el Golden Gate.

–Algunas de esas movidas van contra los latinos –dijo Lin Yu–. Y esos vídeos siempre son de blancos. No deja de ser interesante que el decreto lo dictara Alvarado. No van a quitarle oro a un *extranjero*.

–Los norteamericanos ya despreciaban al gobierno federal mucho antes de que llegara Alvarado, cariño –dijo Tom–. Esta vez la diferencia principal es que tienen una buena razón. En el Departamento de Justicia nos han encargado dar caza a los que no cumplen y no entregan el oro, y tengo que decir que no me siento a gusto haciendo ese trabajo. Creía que había crecido

en un país en el que se podía tener oro, plata, barro o *báncores*... Cualquiera cosa que te gustara siempre y cuando no fuese, pongamos, heroína. En un país verdaderamente libre, es probable que también se pudiese comprar heroína. La policía me cae mal. No me gusta que me obliguen a hacer cumplir ese decreto.

—Los Estados Unidos han confiscado activos en bloque desde que se introdujo el impuesto sobre la renta —replicó Belle, haciendo gala de sensatez. Saltaba a la vista que había bebido bastante menos que los demás—. Y no hablo de dinero sucio. Históricamente, el Tío Sam te ha quitado a tus *hijos*.

—Ahora que lo dices, está circulando un rumor... —dijo Lin Yu— y se está filtrando desde más de un departamento. Me he enterado del motivo por el que el gobierno quiere retirar de circulación el oro. ¡Es para dárselo a los chinos! Quieren sobornar a Pekín y así evitar una guerra. Incluso una invasión.

Un comentario que no cayó muy bien, que digamos. Lin Yu había nacido y crecido en los Estados Unidos, pero se comportaba como alguien con lealtades divididas. Echar pestes de los latinos o de los obesos era, por supuesto, totalmente intolerable. Sin embargo, desde que China había ocupado el lugar de los Estados Unidos como la economía más grande del mundo, la sospecha o incluso el odio abierto a los chinos había alcanzado un grado desconcertante de aceptación. Parecía que daba igual si Norteamérica iba convirtiéndose en un país progre; siempre había a quienes designar como objetos del odio. De ser necesario, uno podía volverse contra los propios fanáticos, y por eso Avery se cuidaba de mantener en secreto que no había votado a Alvarado. No se lo había dicho ni a Lowell.

—Sospecho que fue por eso por lo que no sólo dejamos de pagar la deuda en manos extranjeras —dijo Belle—. Si los inversores norteamericanos se vieran aún más afectados, estaríamos en peores condiciones para empezar la Tercera Guerra Mundial.

—No acabo de creerme ese rumor sobre el oro, Lin Yu —dijo Lowell—. Pekín no tiene para tanto. Por lo visto, hace años que venía preparándose lo del *báncor*. Por Dios, ¿y dónde está la tan famosa vigilancia norteamericana cuando se necesita? Por eso Pekín empezó sigilosamente a comprar valores a plazo más corto con el excedente de su cuenta corriente. Al final, las participaciones en dólares las tenía en letras del Tesoro a tres meses, y

muchas ya han vencido. Los chinos estaban preparados para que no les pagaran, y ésa es la mejor prueba de que conspiraron para hundir el dólar.

–De acuerdo, pero... –dijo Tom–. Disculpad el tópico, pero a Pekín todavía le preocupan las apariencias.

–Al carajo el oro. Que se lo queden –dijo Lowell–. Lo que importa es el báncor. Ahora bien, sigo pensando que acabará siendo otro euro. Estas uniones monetarias de base ideológica nunca funcionan, y dentro de un par de años el dólar podría volver a ser la principal divisa de reserva. Pero, mientras tanto, prohibir que las empresas estadounidenses tengan báncores es catastrófico. Las grandes pueden montar empresas fantasmas, pero están crucificando a las pequeñas. ¿Cómo se supone que van a importar materias primas denominadas en báncores?

–La de Alvarado es una política suicida. –Todos se volvieron hacia la puerta. Era Goog–. Se imagina que si puede bloquear el acceso al mercado estadounidense incluso a los aliados, también puede estrangular en la cuna esa nueva moneda recién nacida. Pero, comparativamente, el mercado de nuestro país ya no es tan grande. De ahí que la cuestión no sea si podemos vivir sin ellos, sino si ellos pueden vivir sin nosotros.

–¡Bravo! –dijo Lowell aplaudiendo–. De tal palo tal astilla. Pero un poco cínico, chico. Aunque me gusta eso de la «moneda recién nacida» y lo de «estrangularla en la cuna». Tiene clase.

–En el Club de Debate vamos a discutir si a las entidades norteamericanas deberían permitirles comerciar con báncores. Yo estoy a favor. El año que viene toca «Los Estados Unidos nunca podrán volver a pedir dinero prestado». Papá dice que debería estar en contra. Que Argentina declaró el impago en 2001 y cuatro años después repuntó estupendamente. Papá dice que muy pronto todos se darán de codazos para prestarles dinero a algunos de los mismos bancos, fondos de riesgo y empresas que habían sido estafadas. Y que Norteamérica va a recuperarse aún más rápido.

–Sí, todos deseamos que seas el vencedor de ese debate, guapo –dijo Tom–, pero mejor olvídate un poco del *Papá dice*.

Todos rieron, menos Ryan.

La visita de Goog relajó un poco a los comensales, que lo dejaron lucirse un ratito más antes de que Lowell lo mandase a la cama. Lógico, esa elocuencia de sabelotodo podía de repente poner nervioso al padre porque el hijo hablaba exactamente igual que él.

Vista la mayor parte de los temas de conversación de esa noche, el siguiente comentario de Belle, sobre lo aterradora que se había vuelto incluso la cirugía menor en un mundo de antibióticos, introdujo una nota de alivio. Por lo visto, la quimioterapia, que debilitaba el sistema inmunológico, se había vuelto mucho más peligrosa debido a la prevalencia de bacterias resistentes a los antibióticos, y en el preciso momento en que los medicamentos de diseño podían fabricarse perfectamente a medida de cada paciente.

—Esos medicamentos a medida pueden ser milagrosos, ¡pero cuestan un ojo de la cara! —dijo—. Los de Medicare están agobiados. Puede que Alvarado declarase un «reinicio», pero lo único que se conseguirá aumentando la carga de las ayudas sociales será sencillamente que la deuda vuelva a crecer en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo va a ir creciendo una deuda si no puedes conseguir un préstamo? —preguntó Avery—. Es posible que esta «nación de gorriones» rehaga su reputación en apenas unos años, pero no hay manera de que ahora mismo nadie le preste a Norteamérica ni diez centavos. Así que, a menos que nuestros impuestos se multipliquen por dos (y para nosotros eso significaría entregar al fisco más de lo que ganamos), no sé de dónde va a salir el dinero para esos medicamentos químicos a medida de los que hablas.

—Lo im-pri-mi-rán —dijo Tom, separando enfáticamente las sílabas.

—Tom, me parece que te has entusiasmado con ese tema —dijo Lowell, harto ya de disimular su disgusto.

Tom se echó al colete otro buen trago de vino.

—Da la casualidad de que he reflexionado un poco sobre el asunto. Tu mujer no se equivoca. Nadie va a prestarnos *un sou* en muchos, muchos años. Y el déficit se cubrirá con dinero sacado de quién sabe dónde. Porque como a los extranjeros los dólares no podrían importarles menos, este gracioso dinero va a inundar nuestro país y ninguno más. ¿Tengo razón o no? Tú eres el *experto*.

Esta vez la deferencia era mordaz.

—Bueno, ése es el único rumbo que podría tomar la Reserva... —dijo Lowell.

—¡Pum! —dijo Tom—. Y la inflación llegará hasta el techo.

—Eso *no tiene importancia* —proclamó Ryan desde la cabecera de la mesa, donde llevaba media hora rumiando en silencio.

—Eso díselo a los alemanes de la década de 1920... —dijo Tom soltando una

carcajada.

–Tom, en ese campo no podría haber nada más manido... –dijo Lowell–. La Reserva Federal siempre puede subir los tipos de interés...

–Estoy *cansado* –dijo Ryan, que, en realidad, estaba más borracho que cansado– de oír a tal o cual tecnócrata keynesiano con zumo de tomate en las venas que cree que la economía es un chisme al que basta con apretarle unos tornillos para arreglarlo y no algo hecho de *gente*. Y la mayor parte de esa gente está mucho más asfixiada que los quejicas consentidos sentados a esta mesa. Y estoy *cansado* de escuchar a tantos blancos ricos y malcriados que lloriquean y despoticen y se retuercen las manos, preocupados porque no saben de dónde va a salir el próximo lomo de salmón ahumado ni cuánto va a costarles.

–Eso no quiere decir que no le gustara el entrante –dijo Lin Yu a Avery con una sonrisa nerviosa.

Ryan dio un puñetazo en la mesa y la cubertería de plata estuvo a punto de volar por los aires.

–Todo ese... paquete. La renuncia a pagar la deuda, el crac del mercado bursátil, la confiscación del oro, las pobres corporaciones predatoras a las que no les permiten tener bancos... Las pensiones de los peces gordos diezmadas, la incineración de las carteras abultadas de los superricos... Es *lo mejor que le ha ocurrido jamás a este país*, ¿me oís? Ya no se podía controlar, ¿me oís? Todos esos que quieren vivir de rentas y pavonearse mientras se beben otro martini con algún sabor esotérico... ¡Ja! Hay que verlos devanarse los sesos para saber cómo gastarse hoy otros mil millones de dólares. Sufren tratando de averiguar qué más podrían desear. Dejando al país seco mientras todos los demás se las apañan a duras penas y se mueren de miedo si tienen que encender la calefacción cuando estamos a quince bajo cero. Eso no es lo que Norteamérica quería ser, ¿me oís? *Tomamos esas verdades como evidentes por sí mismas, creemos que todos los hombres nacen iguales*. Y que se jodan los plutócratas. Del escalón más alto de este país *no queda nada. Está acabado*. Y a mí me parece cojonudo. ¿Cómo dicen ahora los chicos «¡cojonudo!»? Ya, *malicioso*. Para mí es cojonudamente *malicioso*.

–Ryan y yo pensamos igual –dijo Lin Yu, otra vez metiendo cuchara.

–Qué horror –le susurró Avery a Tom.

–Este momento... –dijo Lin Yu–. Por fin ha llegado el gran nivelador. De

hecho, Ryan y yo estamos pensando en escribir juntos otro libro. Se nos ha ocurrido llamarlo *Las correcciones*, y distribuirlo gratis por internet. Lo que estamos viviendo es mejor que una revolución. Se parece más a una intervención divina. Por fin tenemos una oportunidad para la verdadera justicia en este país.

–Pero ¿qué dices? –dijo Tom, que no acababa de creérselo–. *¿Haciendo que todo el mundo sea pobre?*

–Es mejor que todo el mundo sea un poco menos rico que seguir tolerando las grotescas desigualdades económicas de los últimos treinta años –dijo Lin Yu–. Como norteamericanos, podemos volver a los primeros principios. Ésta es una oportunidad para volver a empezar, para renacer. Para la transformación y la redención. Una oportunidad para evitar la corrupción, el amiguismo, la desigualdad y la división y volver a crear este país desde cero. Volver a ser los Estados Unidos, *vivir* en un Estado unido. Devolver a esta nación la utopía igualitaria que imaginaron los padres fundadores. Todos deberíamos estar orgullosos de tomar parte en este momento decisivo.

–¿Tú tomas parte? –atacó Tom desde el otro lado de la mesa–. Porque tomar parte significa perder algo. Perder *un montón*, diría yo. Despertar y ver que tu pensión..., perdón, tu *pensión de pez gordo*, como sospecho que también llaman a las pensiones de los bomberos y los maestros de escuela, despertar y ver que tus ahorros para la jubilación se han reducido a la mitad de la noche a la mañana. Pero tú no puedes tener una pensión jugosa, cielo. Ni ahorros. Es más probable que estés ahogada porque tienes que pagar el crédito que te concedieron para estudiar y que más adelante una inflación disparada podría milagrosamente convertir en nada. Sólo podrías hacer una inversión rentable gracias a Ryan, que –Tom giró sobre sus talones al pie de la mesa–, misteriosamente, no se considera rico... Disculpado, *superrico*, que es, por lo visto, el único formato en que hoy vienen los ricos. Lamento haber tocado un tema tan molesto, colega, pero debes de haberte embolsado una buena cantidad después de publicar *Juego limpio*.

–Me parece que mis finanzas no son asunto tuyo...

–¿Por qué no? –dijo Tom–. Para ti las finanzas de todos los demás son asunto tuyo. La verdad es que diste un buen golpe metiendo la nariz en las cuentas bancarias ajenas.

–No lo llamaría así –dijo Ryan con desdén–. La piratería en internet ya estaba llegando a su cenit. A los pocos que seguían en pie, Amazon les

quitaba el 70 %. Si te refieres a los pocos derechos que sí cobré, mi ex mujer se largó con la mitad. Sería absurdo decir que soy un hombre «acaudalado».

–Siempre me encantó que te valieras de un tratado sobre los males de los ricos para entrar en el club de los ricos –dijo Tom.

–Pero por amor de Dios, querido –dijo Belle–. Nadie se vuelve rico *escribiendo* nada.

–En cualquier caso, es una categoría poco definida –dijo Lowell–. *Rico* es cualquiera que gana más dinero que tú.

–No quería decir que tenga un jet privado –dijo Tom–. Lo que importa es que nuestro amigo Biersdorfer aquí vale algo. Pero ¿y la última vez que nos reunimos a cenar? Él y yo estuvimos rajando sobre la manera en que se había salido del mercado. Que estaba «sobrecalentado», dijo. Que lo tiene todo en propiedades alquiladas, me dijo. Y de momento, los activos «duros» son seguros. Aguantan la devaluación de la moneda, aguantan la inflación. Y estoy absolutamente seguro de que no tenía títulos del Tesoro. ¿Y cómo lo sé? *No está cabreado*. Así que no es de extrañar que Ryan y Lin Yu piensen que toda esta catástrofe es algo fabuloso. ¡A ellos no les afecta!

–¿Tú tienes bonos, Tom? –preguntó Lowell, con cautela.

–Sí, teníamos. Y personalmente me siento traicionado. Por mi empleador, por mi país. No parece que engatusar a la gente para que te preste dinero y después enseñar los bolsillos vacíos con una sonrisita abochornada sea un retorno triunfal del auténtico espíritu americano. «¿Renuncia?» Mis pelotas. La gente corriente llama a eso *robar*. ¿Te das cuenta de que aparte de la deducción fija de cinco mil dólares por pérdidas del mercado no te permitirán siquiera desgravarte de *los impuestos* el principal impagado?

–Oh, ¿y por qué deberías desgravártelo? –gruñó Ryan–. Toda inversión conlleva un riesgo. Cualquier bono puede dejar de pagar, y sabes que eso ya está pasando.

–*No los de los Estados Unidos*. Así fue como nos libramos de pagar un interés tan mísero durante décadas. ¡*La inversión más segura del mundo!* Lo que hace que no cumplir y no devolver sea una deshonra. No les echo la culpa a los tíos que van incendiando locales de KFC y McDonald's desde Turquía hasta Nicaragua. Aquí en casa tenemos todos los motivos para mortificarnos. ¿Esos dos atentados con bomba en los edificios federales cerca del Mall? Perfectamente comprensibles. –Después de la que iba a ser su segunda botella de vino, la afirmación de Tom sonó *perfectamente*

cooomprensible; otra vez el acento de Maryland—. Lo que no entiendo es por qué no le prendieron fuego a toda la ciudad.

—Porque los que tienen los «hombros más anchos» y han perdido hasta la camisa no son de los que arman jaleo —dijo Belle, señalando a Tom y Ryan—. Miraos un poco en el espejo. De pie con las mejillas rojas junto a la silla, las manos alzadas a los lados... ¿Listos para desenfundar? Pero ninguno de vosotros ha tirado una copa. Tampoco os habéis liado a tortazos. Claro, os preocupáis por el estado de la masculinidad norteamericana. Puede que éste sea de verdad el fin del imperio. Venga, ayudemos a Avery a recoger la mesa.

Mientras retiraba unos platos que tintinearón rompiendo el silencio, Avery no pudo evitar sentirse apesadumbrada; nunca había dado una cena en que los invitados se hubiesen puesto tan poco cívicos. Sin embargo, más tarde recordó esa agitada noche como decididamente elegiaca; de hecho, como profundamente civilizada. Dentro de unos meses, si alguien era tan imprudente como para invitar a amigos a cenar, no podría estar seguro de si los amigos querían verlo de verdad o si simplemente querían cenar de gorra.

6. BUSCA Y CAPTURA

Puesto que Florence no se consideraba una mujer que tuviera nada de oro de su propiedad, tardó días en darse cuenta, con una punzada inesperada, de que sí tenía oro en su casa.

Tras graduarse en Barnard, el Gran Hombre había organizado una comilona para la familia ampliada en un restaurante situado en el último piso de un edificio del Upper West Side. Después de los postres, el *paterfamilias* hizo tintinear su copa y anunció que le parecía adecuado que su nieta tuviera un modesto recuerdo de la finca del abuelo, la imponente mansión estilo Segundo Imperio con un ancho porche delantero cubierto en Mount Vernon, Ohio, de la que Florence había heredado algunas instantáneas color sepia digitalizadas. Repleta, en su imaginación, de cristal, ropa de cama almidonada y cubertería de plata, la señorial casa de sus tatarabuelos, derribada hacía ya mucho tiempo, era el emblema de la opulencia que ella filosóficamente deploraba. No obstante, esas descoloridas fotos de archivo de Bountiful House, pasadas con amor del teléfono inteligente a la tableta, y después del speX al fleX, siempre la llenaban de una tristeza inquietante que no le resultaba desconocida. Durante años, Florence se había sentido angustiada por un sueño recurrente en el que el agua azul de piscina enorme brillaba ligeramente fuera de su alcance, al otro lado de un portal cerrado, una entrada que le estaba vedada por culpa de un precio prohibitivo, y en la que no podía zambullirse sin traje de baño. Cuando despertaba, se sentía agitada y melancólica a la vez.

En esos sueños con seductoras piscinas nunca le permitían zambullirse en la parte más honda, pero el regalo que esa tarde le hizo su extravagante abuelo fomentó la sensación de tener un dedo del pie en el agua. La caja tenía el tamaño de las que se usaban para guardar artículos de escritorio en los días en que la gente enviaba tarjetas de agradecimiento, y era de cartón resistente y vetado con las esquinas de un gris difuminado. Sólo la cinta era nueva. El Gran Hombre se disculpó por regalarle algo que no tenía ninguna utilidad práctica, y tenía razón. Envueltas en un delicado satén amarillo, dentro de la caja había dos copas en miniatura a juego, de poco más de diez centímetros

de altura –para aguardiente u oporto, quizá–, aunque era muy probable que nadie hubiese bebido en ellas ni una gota de aguardiente ni de oporto. Los tallos tenían el profundo azul cobalto de las ventanas de las catedrales europeas. Tallado en una el nombre ELLIOT IRA MANDIBLE, y DORA ROSE MANDIBLE en la otra, las copas eran de oro, y no simplemente bañadas en oro. Era gracioso lo que permitía afirmar: un baño delgado y burdo de oro refractaba la luz; el metal puro invitaba a que la luz entrase. El Gran Hombre no tenía ni idea de lo que simbolizaban; tal vez eran el recuerdo de un aniversario de bodas, o la expresión de cierta gratitud cívica. Elliot Mandible había donado una parte no desdeñable de su fortuna, aunque, ni con mucho, el equivalente de la que conservó.

El par de copas, delicadamente labradas, constituía una conexión extraña y tangible con un pasado que, por lo demás, Florence había repudiado. Como tantos de los absurdos objetos que los ricos fabricaban y acumulaban, esas copas no eran más que dinero con otra forma. No se habían concebido para incorporarlas sin más pretensiones en la vida cotidiana, pero siempre serían objetos regalados compulsivamente; de ahí que manifestaran una particular ostentación por parte del benefactor, pues las copas eran un presente que nunca cesaba de presentarse. Eran absurdas, y sólo servían para darse tono. El mundo en el que existían no se diferenciaba ni un ápice del mundo en el que nunca las habían creado.

En consecuencia, Florence las adoraba. Aun siendo una mujer tremendamente pragmática, atesoraba esas miniaturas por el hecho mismo de que no servían a nadie para absolutamente nada. Las había guardado con cariño en la caja en que se las habían regalado y las había llevado consigo cada una de las decenas de veces o más que se había mudado; en la actualidad las tenía en el estante más alto de lo que ridículamente llamaban el dormitorio principal, tan cerca de la pared y a tan buen recaudo que ni siquiera se podían ver sin subirse a una silla. No le importaba lo que valían en cuanto objetos de metal. Eran preciosas porque eran suyas. La perspectiva de dejar esas reliquias artesanales en una bolsa de sorpresas del Tesoro de los Estados Unidos, donde los pies de cobalto se harían añicos y las copas esperarían que las fundieran, y todo por «patriotismo», sea eso lo que fuere, a Florence le parecía no sólo anatema, sino algo que ni siquiera se planteaba.

La primera vez que se acordó de las copas de Bountiful House estaba en la sala de personal del albergue; un vaso sucio de café que vio junto al

fregadero activó la memoria. Se pasó el resto del día preocupada, y en cuanto terminó el turno corrió para coger el autobús. Al llegar a casa, corrió al piso de arriba, se subió a un sillón y sacó los recuerdos del estante, quitándoles el polvo antes de dejarlos en la caja jaspeada que luego escondió en la cómoda. No dejó de sentirse extrañamente observada, y se sobresaltó con cada uno de los crujidos que llegaban del pasillo, aunque eran casi imperceptibles. Debíó de imaginarlos. Valiéndose de lo que tenía a mano, sacó una manta de debajo de la cama, envolvió la caja varias veces y metió el bulto bajo la cama, en el medio, rodeado de los edredones y cojines para los huéspedes.

Algún día esa locura iba a pasar, no cabía duda, y podría volver a poner un par de lustrosos adornitos amarillos en un estante alto sin que le pusieran una multa de doscientos cincuenta mil dólares. Le bastó pensar en ese importe para que el pulso se le disparase hasta alcanzar la zona de embolia. Una vez vencido el «plazo máximo de entrega» (30 de noviembre) sin que ocurriese nada digno de mención, pudo por fin pensar en otra cosa.

Es decir, hasta que, un fin de semana de enero, pocos días después de que Willing cumpliera catorce años, oyó unos bruscos golpes en la puerta de la calle.

–Mamá –dijo Willing, plácidamente, como si algo así ocurriese todos los días–. El ejército.

–Estás bromeando.

Oh, sí, ya corría el rumor sobre la puesta en marcha de registros casa por casa, pero Florence había supuesto que la policía, la Guardia Nacional y las unidades del ejército estadounidense reclutadas para la operación merodearían por barrios lo bastante elegantes para que todo ese esfuerzo valiese la pena.

Eran dos. El tipo más alto y corpulento iba vestido con el uniforme de combate reglamentario, pero, por pura hosquedad, se las ingeniaba para parecer un desastrado. El rostro, de rasgos toscos, transmitía una impresión de estupidez y astucia a la vez, quizá porque tenía los ojos muy pequeños. En cambio, a su compañero –menudo, del subcontinente indio– se lo veía quizá exageradamente erguido, en posición de firmes, pero ni uno ni otro parecían dispuestos a disculparse. Bastaba con echarles un vistazo para comprobar que, contrariamente al tópico, ahí no había un Poli Bueno.

–¿En qué puedo ayudarles? –dijo Florence, con frialdad, manteniendo cerrada la puerta mosquitera y dejando abierta apenas unos centímetros la

puerta de la calle. Como las temperaturas habían bajado y en el porche ya se veía una delgada capa de nieve, había decidido no pensar en el gasto y poner el termostato a quince grados.

–No necesitamos ayuda –contestó el grandote, enseñándole con un gesto de desdén la placa de identificación que llevaba al cuello–. Entremos, señora –añadió, y abrió la puerta mosquitera sin pedir permiso.

Florence le cerró el paso.

–Disculpe, ¿tienen una orden de registro?

–Tenemos algo mejor que eso –dijo el patán–. Tenemos una ley. Venga, Ajay –dijo al indio–, a trabajar.

–No permito armas en esta casa –insistió Florence.

–Vaya, qué pena. Porque el ejército de los Estados Unidos no deja los M-17 en el porche como se dejan los zapatos en la puerta de una mezquita.

Equipados también con detectores de metales, los dos visitantes se pasearon por el vestíbulo como si estuvieran en su casa y, como no se limpiaron las botas en el felpudo, mancharon la alfombra con nieve sucia.

–¿Por qué llevan ese camuflaje si aquí no tenemos árboles? –preguntó Willing, observándolos desde las escaleras–. Si no quieren que la gente de este barrio los vea, los uniformes deberían parecerse a revestimientos exteriores de aluminio.

–Eh, listillo. No seas bocazas, o no le harás ningún favor a tu madre, chico –dijo el soldado corpulento.

–Voy a darle una última oportunidad antes de que empecemos a registrar el lugar –dijo el más bajito, con un afectado acento indio–. Aún tiene tiempo para declarar el oro, incluso una cantidad muy pequeña incrustada en un objeto más grande, que no haya entregado al gobierno federal. La penalización será menos severa si nos entrega el material que oculte. En cambio, si no lo hace y nosotros lo encontramos, se le podrá interponer una acción judicial.

–¿Qué coño están haciendo estos gilipollas en nuestra casa? –preguntó Esteban, que tenía un problema tremendo con la autoridad.

–Pues que van a registrar hasta el último rincón de este basural –dijo el primer soldado– si algún latino exaltado que obviamente no tiene ninguna lealtad por este país vuelve a llamar *gilipollas* una sola vez más a los miembros de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.

–Si destrozan nuestra casa, los demandaré hasta el final de los tiempos. Me

da igual que sean del ejército –dijo Esteban.

–¿Sabe cuántas veces al día oigo lo mismo? Unas cien veces. Buena suerte, payaso.

–Puedo denunciarlo por insulto racial –dijo Esteban.

–He dicho *latino* –dijo el grandote–. No *hispano* ni *espalda mojada*. Y tampoco *mexicano de mierda*.

–Mención frente a uso –dijo Willing, y Florence no tenía ni idea de lo que quería decir.

–¿Tiene algo que declarar, señora? –repitió el asiático.

–*Declaro* que sacaré fotos de cualquier destrucción innecesaria del «lugar» y lo denunciaré.

Aunque Florence tenía de sí misma la idea –poco analizada, todo hay que decirlo– de ser una mujer valiente, las manos le temblaban. No había copas, por preciosas que fuesen, que valieran diez años entre rejas.

Mientras ella intentaba encontrar la mejor manera de introducir un repentino «acabo de recordar» unas «antiguas baratijas de la familia», los soldados empezaron a registrar la sala. El asiático quitó todos los cojines de cuero del sofá color vino de Oyster Bay que había pertenecido al Gran Hombre. Era el único mueble de calidad que tenían, y pudo dar a los soldados una falsa impresión de las circunstancias familiares. Tras meter una mano en todas las rendijas, el soldado alardeó de haber encontrado un bulto y rajó uno de los cojines con un cúter que llevaba encima con la clara intención de arruinar las pertenencias más queridas de los ciudadanos.

–¿Va a pagar mi gobierno la reparación del tapizado? –preguntó Esteban, malhumorado.

–Para eso está la cinta adhesiva, señor –dijo el soldado, mientras sacaba el relleno.

Las gratuitas cuchilladas a ese suntuoso sofá consiguieron que Florence se sintiera invadida por una furia inconfundible, esa clase de furia reprimida que no conviene manifestar. Antes meterse un puño en la boca. Pues muy bien, no iba a reprender a esos soldados y tampoco blasfemaría. Aunque con frialdad, se mantenía inmóvil; los dientes apretados, pero su expresión permaneció impasible. Con todo, no podía soportar recompensar a esos militares declarándose otra «acaparadora» de oro y dejar que se largaran con su querido regalo de graduación; no le costaba mucho imaginar que por la

noche esos mamarrachos brindarían con whisky barato por haberla humillado.

El grandote hollaba sistemáticamente el suelo como buscando tablas que ocultaran un hueco; pero el delgado parquet estaba colocado encima de un armazón endeble y todo sonaba a hueco. Cuando empezaron a mover los muebles, dejaron marcas de los pies en la madera, y no volvieron a colocarlos en su lugar. Tras quitar los cuadros de las paredes y apilarlos encima del sofá hecho trizas, golpearon el pladur como si procedieran a realizar un diagnóstico forense. También las paredes sonaban a huecas. Sacaron libros de los estantes y los hojearon con una expresión de incredulidad que decía que sólo servían para esconder objetos de valor.

Cuando pasaron a la cocina, el más corpulento vació un bote de harina encima del mármol y la revolvió como si se dispusiera a preparar pasta casera. El asiático, con sus aires, sacó de las alacenas las ollas y las sartenes y las apiló en el suelo, salpicando agua gris y grasienta encima de los cacharros limpios que tenía a sus pies. No olvidaron registrar la nevera, como si el oro se conservara mejor en frío; cuando comprobaron que el rey Midas no parecía haber tocado el cajón de las verduras, se conformaron revisando dos muslos de pollo fríos. Tras salir por la puerta trasera, se dirigieron, con los detectores de metales, a eso que tristemente Florence llamaba jardín, y se pusieron terriblemente nerviosos junto al arbusto de romero, la única hierba que la dueña de casa había conseguido conservar viva durante ese crudo invierno. Despedazando la dura tierra con la pala de Florence, los soldados se las arreglaron para cortarle las raíces, pero era improbable que el llavero oxidado que había hecho pitar el detector, de esos que los chinos fabrican a porrillo en versiones más chillonas, representara una contribución sustanciosa para saldar la deuda del país.

Cuando los que una vez habían sido los defensores del mundo libre subieron al segundo piso, Florence se puso histérica en silencio. Horrorizada y cogiendo a Willing de la mano, siguió a los soldados mientras los dos se iban directamente al dormitorio conyugal. El asiático vació el joyero encima de la cómoda y husmeó con impaciencia entre los relojes rotos, las cintas para el pelo, las barritas de bálsamo labial y algunos adornos de estrás, vestigios de una breve época en la que habían abundado la bisutería y los accesorios, pero que Florence ya no usaba. Tras tirar al suelo un montón de calcetines, sujetadores y medias —«No te creerías cuánta gente esconde

porquerías en el cajón de la *ropa interior*», dijo con socarronería el soldado corpulento—, empezaron a sacar todos los edredones, las mantas y los cojines de debajo de la cama y los desplegaron uno a uno. Florence empezó a sudar frío; el corazón le latía en los dientes. A lo mejor no era demasiado tarde para hacer una «declaración» y evitar que la mandaran a la cárcel. Antes de que llegaran al lugar donde había escondido las copas, estalló:

—Esperen, hay una cosa... Sí, es posible que hubiese debido...

—No, mamá —la interrumpió Willing, mirándola y sacudiendo la cabeza—. Eché un vistazo a ese collar que tanto te preocupaba. Hice incluso una prueba con uno de los kits que los soldados repartieron gratis en Jay Street. Sólo es bronce. Sé que quiso parecer amable y eso, pero Esteban te hizo trampa en tu cumpleaños.

—¿Qué ha dicho acerca de un collar? —preguntó el más alto con recelo.

Willing señaló la pila con aspecto de basura que había formado el asiático y sacó de entre toda esa chatarra un bonito collar con un pequeño colgante de ópalo.

—Éste.

El soldado cachas lo cogió, dobló el metal y lo dejó caer al suelo.

—Tienes razón, chico. Es pura mierda.

Justo en ese momento, el asiático llegó a tocar la manta en la que Florence había envuelto las copas y la desenrolló con ademán fanfarrón.

Ni un ruido. Una suerte, pues Florence estaba a punto de vomitar, y tirar de la cadena a mediodía habría sido un desperdicio de agua imperdonable.

Los soldados parecieron cansarse del saqueo con la misma rapidez con la que habían destrozado la casa. Bajaron haciendo mucho ruido y al salir cerraron la puerta mosquitera de un portazo, dejando abierta la puerta de la calle, muy probablemente para asegurarse de que en el interior la temperatura bajase otros tres grados.

Esa visita no tenía sentido. Habían cribado la harina, pero no habían asomado la cabeza en el desván y ni siquiera se habían dado una vuelta rápida por la habitación de Kurt en el sótano, cuando tanto en un lugar como en el otro se podría haber almacenado todo el oro de la tumba de Tutankamón.

Mareada por el subidón de adrenalina, Florence se abrió camino como pudo por entre el relleno del sofá para cerrar la puerta con dos vueltas de llave. Mientras volvía a poner los muebles en su lugar, Esteban refunfuñaba

por la sala, a la que ella lo había desterrado por si su mal genio incitaba a los soldados a seguir destrozando la casa. Espiando por la ventana que daba a la calle para comprobar que los hombres se habían ido a amargarle el día a otro, Florence se volvió hacia Willing, que había vuelto a ocupar su posición preferida en el tercer escalón. Cuando lo miraba detenidamente a la cara, a menudo se veía buscando pistas que le dijeran quién era el padre. Fue en esa época de la bisutería.

–¿Cómo sabías que...? –susurró.

–Yo sé todo lo que necesito saber –dijo Willing.

–Eras tú –dijo Florence–. Esos crujidos en el pasillo mientras envolvía las copas.

–Elegiste un escondite de mierda.

–Y tú elegiste otro. –Willing asintió con la cabeza–. Fue un gran riesgo, ¿no?

–No si escogía un buen lugar. Mamá, piénsalo. Todas estas casas. Todos los armarios. Todas las tablas del suelo y las cajas. Es imposible si el objeto de oro es muy pequeño. Los registros casa por casa son ridículos. Aunque en realidad no.

–*En realidad no.*

–Lo que quieren es asustar. Si te asustan lo suficiente, no tienen que encontrar nada. Se lo darás tú. Contigo casi ha funcionado.

–¿*Qué estás conspirando?*♦ –dijo Esteban, haciendo una pausa mientras volvía a poner en la estantería las obras de Steinbeck–. *Tenemos mucho trabajo aquí.*♦

Willing y él solían hablar en español, una lengua que Florence dominaba menos que su hijo, y ese vínculo lingüístico creaba una intimidad inequívoca. Pero Florence y Willing generaban una intensidad que ni siquiera un novio que vivía con ella hacía cinco años podía igualar, y a veces Esteban parecía celoso.

–*Es mejor si no lo sabes*♦ –dijo Willing.

–¿Vas a decirme dónde las escondiste? –preguntó Florence en voz baja.

–No. Es mejor que tú tampoco lo sepas.

–Para que cuando esos cacaviejas vuelvan me quede petrificada miren donde miren.

–No volverán –dijo Willing, sin dudar–. El gobierno pensará que no está asustando lo suficiente para sacarle el oro a la gente y dejará de pagar a los

soldados y policías, que ya no tendrán que asustar a nadie. El gobierno ya no puede pedir dinero prestado y, de momento, eso significa que no malgastará el que tiene.

–*De momento*. Eres tan raro, hijo.

–Es más complicado que eso. Pero sí. De momento. Más adelante tendremos un problema distinto. El gobierno tendrá dinero de sobra, pero no valdrá nada.

Aunque no lo hacía a menudo, esta vez Willing esbozó una sonrisa. Parecía satisfecho consigo mismo.

–Chico, un poco de internet puede ser peligroso.

–Así es –dijo Willing, que estaba de acuerdo–. Un *poco* de internet es inmensamente peligroso. *Mucho* es peligroso también, pero de otra manera. Peligroso para otros. No para ti.

Ese domingo, la redada del ejército había parecido un drama tremendo. Poco después, un espectáculo aún más fabuloso tuvo lugar en la tienda de comestibles.

Los domingos por la tarde, Florence hacía la compra para la semana; Willing nunca olvidaba el destartalado carro metálico para llevar el cargamento a casa. Apenas unos años antes, solían andar una calle y media hasta el tramo comercial de Church Street, para, digamos, comprar una bolsita barata de canela en rama por dos pavos a un vendedor ambulante en medio del fárrago de telas brillantes con las que se vestían las mujeres pechugonas de Jamaica, pero últimamente no se tomaban la molestia de desviarse hasta allí. Ahora que, en lugar de establecimientos, se veían gimnasios de pilates, salones de yoga y peluquerías para mascotas por todas partes, Florence echaba realmente de menos las tiendas que aceptaban cheques, las peluquerías especializadas en trenzas africanas y los quioscos de golosinas con tres pegajosas bolas ácidas en el fondo de un único tarro. A todas luces, tapaderas donde se traficaba con cocaína. Hacía tiempo ya que habían desaparecido de las esquinas los carritos de granizados, con sus jarabes color cobalto, *chartreuse* y rosa intenso, y la zona se había quedado literalmente sin colores.

Naturalmente, ahora, a medida que pasaban los años, llevaba al supermercado más dinero... La inflación de rutina, las cosechas fallidas, las

subidas del precio de la energía y el aumento imparable de la demanda asiática. Los modestos ajustes de su sueldo para adaptarse al coste de la vida nunca reflejaban el vertiginoso aumento de lo que gastaba en comida.

Pero esto era diferente.

Pero que no quepa duda alguna... Para navidades, Florence ya había aprendido a prescindir de cualquier producto importado. Su familia ya estaba acostumbrada a vivir sin fruslerías como aceitunas griegas, parmesano de Italia, vinagre de arroz japonés e incluso sin los chiles secos mexicanos (pobre Esteban). De todos modos, las importaciones no tardaron en desaparecer de los estantes de las tiendas. Según Brendan, el vecino banquero de inversiones (*ex* banquero de inversiones; toda la industria financiera se había evaporado de la noche a la mañana), el comercio internacional del país había llegado a un punto muerto virtual. Los exportadores no podían depositar báncores en los bancos norteamericanos y tenían que echar mano de torpes intermediarios *offshore*. Como los controles de capital seguían en vigor, los importadores tenían que conseguir que el Departamento de Comercio les aprobara todas las transferencias de dólares al extranjero, y el Departamento estaba saturado de solicitudes. Sin embargo, en febrero algo extraño empezó a ocurrir con ciertos productos.

—Recuerdo concretamente que en octubre compré una col por veinte dólares —dijo Florence a Willing, sopesando una desangelada cabeza de dicha verdura—. Ésta es una porquería y cuesta veinticinco. ¡Y es más pequeña! En la misma tienda. Haz la cuenta. A este ritmo, ¿cuánto costará una col el próximo octubre?

—Cuarenta dólares —contestó Willing—. Pero no tiene importancia. Estoy harto de col.

—¡¿Y te crees que yo no?! Pero mira un poco a tu alrededor. ¿Qué otra cosa vamos a comprar?

Para ser una tienda de comestibles urbana, el Green Acre Farm de Utica Avenue estaba bien surtido. Y se notaba el cambio de imagen... Todo parecía brillar después de que el combinado de berros y wasabi empezara a desplazar sistemáticamente a los inmigrantes caribeños que antes copaban el barrio. Claro que ahora las pilas de calabacines (a 24 dólares el medio kilo), las bolsas de espinacas (de 200 gramos, cuando antes eran de 300, a 15 dólares cada una) y los tirabeques (a 31 dólares el medio kilo) podrían haber sido perfectamente piezas de museo. Florence se decidió por un triste manajo de

kale (18 dólares) y la única bolsa que quedaba en la sección de productos a punto de caducar, una lechuga de Boston (las puntas estaban marrones) que mucho mucho no le apetecía comprar.

En abril, esa misma col ya se vendía a un precio prohibitivo: 30 dólares.

En el albergue, los compañeros de Florence estaban obsesionados con el precio de las comidas. Aunque las etiquetas con cinta adhesiva protectora de las bolsas marrones de los sándwiches que guardaban en la nevera de la sala del personal estaban repletas de signos de exclamación, birlar se convirtió en algo habitual; Selma cubrió con un paño de cocina uno de pan de centeno con salchicha de Bolonia. Y el tema de los precios de la comida rápida inflamaba los ánimos. En los descansos, competían por ver quién era capaz de mencionar la subida más indignante de la semana.

—¡Treinta y cinco con cuarenta y nueve por un rollo de beicon y pollo en Subway! —les comunicó Mateo—. Le devolví la bolsa de mala manera a la vendedora y me largué. Pero antes le dije que debía de pensar que yo era Howard Buffett o algo, y Buffett no come rollos.

—¿Os habéis dado cuenta de que en Taco Bell dejan la carta de plástico detrás de las cajas? —dijo Rasta—. Ahora lo tienen todo digitalizado. Así pueden subir cada semana el precio del combo de la tostada con enchilada sin tener que subirse a una escalera.

Con la despensa siempre frugalmente abastecida, Florence ya no sabía en qué economizar. No comían nada preparado, y era tan poca la carne que consumían que empezó a temer por su cabello. Estrictamente hablando, el pienso para perros —marca blanca— era un lujo, pero Willing habría sido capaz de quitarse la comida de la boca antes de dejar que Milo pasara hambre. Así pues, Florence dejó de comprar hierbas frescas y a prescindir de los condimentos. No sin tristeza, también renunció al helado. En lugar de cereales, para el desayuno le preparaba a Willing arroz con leche, y compraba grano largo blanco en lugar del más nutritivo arroz integral; el grano procesado era, aunque casi no se notara, más barato. Cualquiera pensaría que la cantidad de pasta que una persona puede tolerar tiene un límite, pero aparentemente no.

Para empeorar la crisis, la hipoteca con interés variable había aumentado dos buenos puntos, y para poder pagarla debía aumentarle el alquiler a Kurt. Huelga decir que alquilar el sótano era ilegal; el barrio estaba catalogado para viviendas unifamiliares. Como no había firmado un contrato formal, Kurt

dependía del favor de Florence para que no le subiera el alquiler por puro capricho. Hasta entonces no había dejado de pagar un solo mes, pero a ella la preocupaba que su inquilino trabajase en la floristería sólo media jornada. Tal como estaba la economía, dudaba mucho que hubiera algo de lo que la gente podía prescindir más rápido que de las vincapervincas. Aunque no se consideraba a sí misma especialmente bondadosa, le resultaba odiosa la perspectiva de tener que pedirle a Kurt un dinero que él probablemente no tendría.

Un domingo de mayo por la tarde hicieron la tradicional excursión a Green Acre Farm; ahora que compraban tan poco, dejaban el carrito en casa. Cuando iban a hacer la compra semanal, solían llevar al perro, pero Willing insistió en que Milo también se quedara en casa. Afirmaba que si lo dejaban atado fuera de la tienda, se arriesgaban a que un transeúnte inescrupuloso se pringara los dedos de la manera más truculenta imaginable: «Alguien podría comérselo.»

Florence se quedó aún más desconcertada en el camino de vuelta cuando Willing dijo:

–Vi ese aviso que dejaste en la mesa del comedor. Te han aumentado la hipoteca. Podría ser un problema.

–Mira, amiguito... Eso, además de ser únicamente asunto mío...

–Es asunto de todos. Mío, de Esteban y de Kurt. Nosotros también vivimos en la casa.

–Cuando yo tenía tu edad, ni siquiera sabía qué era una hipoteca.

–Ya te lo dije una vez. Sé todo lo que necesito saber. Es posible que cuando tú tenías catorce años no te hiciera falta saber nada sobre hipotecas.

–Bueno, no quiero que te preocupes –la misma advertencia inútil de siempre–, pero, sí, es un problemita.

–Los tipos de interés suben con la inflación. Las cuotas de tu hipoteca sólo pueden empeorar.

–¿Y eso por qué, Señor Experto...?

–Nadie quiere prestar dinero que tiene valor y que le devuelvan centavitos.

El tono aburrido de Willing daba a entender que estaba diciéndole una obviedad.

–Pero siempre hay un poco de inflación. Los tipos de interés no siempre aumentan por ese motivo. De hecho, la inflación es necesaria. Se supone que la alternativa es algo terrible.

–Eso es lo que quieren que pienses.

Una de las pocas preocupaciones que le producía su único hijo era observar que tendía hacia la *petulancia*.

–De acuerdo... Pero llevo toda la vida oyendo que necesitamos una inflación normal, digamos de al menos el 2 o el 3 %.

–Sé que eso es lo que has oído toda tu vida. Te han lavado el cerebro. – Sonaba tan alegre–. Podríamos arreglárnoslas perfectamente con una deflación baja, constante y predecible. La inflación es un impuesto, dinero para el gobierno. Un impuesto que la gente no ve como tal. Para los políticos, es la mejor clase de impuesto, pero no es inevitable. A partir de 1300, la libra británica mantuvo su valor más o menos durante seiscientos años. Y eso fue durante el imperio, cuando los ingleses prácticamente dominaban el mundo. El Gran Gran Hombre dijo que lo que le ocurrió a la libra fue una «tragedia». No olvides que se llama libra *esterlina*, un calificativo que significa «excelente», «valioso». Pero él dice que ahora el dinero real es «una broma». A causa de la inflación. Yo le dije al Gran Gran Hombre que pensaba que, si tu dinero es una broma, la gente piensa que tú también lo eres. Y ahora el dólar *es* una broma.

–¿Tú te sientes menos valioso como persona porque el dólar vale menos?

–En cierto modo. Todavía no lo he analizado a fondo. Pero lo que está pasando no sólo tiene que ver con lo que podemos comprar. Puede también tener que ver con cómo nos sentimos. No sé, más pequeños. Es posible que me sienta más pequeño. A lo mejor no te das cuenta, pero puede que tú también te sientas así, más pequeña.

–¡Me siento así por culpa del precio de la comida! ¡Estoy perdiendo peso!

–Florence no alardeaba de nada. Ella no vivía ilusionada con la idea de que necesitaba adelgazar, y la languidez que veía en el espejo expresaba esa sensación de estar volviéndose más ligera, sensación que su hijo parecía compartir.

–Entonces... –empezó a decir Willing–, ¿crees que ahora que hemos sobornado a los chinos con todo ese oro van a dejarnos en paz?

–Creo que Pekín ya tiene lo que quería. Aunque entregárselo fuese vergonzoso para los Estados Unidos.

–El Gran Gran Hombre dice que a menos que el oro se usara para volver a un «patrón oro modificado», o para entrar en el báncor, no es muy importante

habérselo dado a los chinos. Dijo que tenerlo ahí muerto de risa sólo era «bonito».

–Bueno, te aseguro que yo no lo echo de menos –dijo Florence.

–El español me da igual, pero no quiero tener que aprender chino. Nunca me ha gustado cómo suena. Demasiado cantarín. Demasiado nasal.

–Los chinos no van a invadir Nueva York, si te refieres a eso.

–Puede que no con un ejército –dijo Willing–. ¿Pero no has visto los grupos de turistas en las noticias? Están por todo el centro de la ciudad. Están en Saks, y en Lord and Taylor. En la puerta de Tiffany hay una cola de chinos. Junto con algunos coreanos, indonesios y vietnamitas.

–Ahí pueden comprar artículos buenos y a buen precio. Por el tipo de cambio.

–*Lo sé* –dijo Willing con desdén–. Detesto que me digas cosas que *ya sé*. Sólo quería decir que hay distintas maneras de ocupar una ciudad.

–Ten cuidado, no hables así. No querrás que te tomen por racista.

–El Gran Gran Hombre dice que deberíamos estar agradecidos. Si no vinieran turistas extranjeros, nadie compraría nada y ya estaríamos en medio de otra depresión. Y dice que a los que vienen de fuera aquí todo les sale casi gratis.

–¡Vaya! ¡Pues a nosotros nada nos sale gratis! Me cuesta creer lo mucho que ha subido hoy la *lejía* de toda la vida.

Se habían decidido por la de cuatro litros, pues sin duda la próxima vez que viniesen estaría aún más cara, y la bolsa con la garrafa estaba clavándosele en el hombro.

–Los precios no están subiendo –dijo Willing con autoridad.

Florence soltó un resuello.

–¡Quizá me esté engañando!

–Ellos te han engañado. –El paso largo de Willing empezaba a adquirir cierta arrogancia–. Ahí es donde la gente siempre se equivoca. Piensan que las cosas están aumentando. En realidad, todo cuesta lo mismo. No suben los precios; baja la moneda.

–Venga, Willing. Comprendo por qué el tipo de cambio afecta a las importaciones, pero no a las cosas que se fabrican y se cultivan aquí.

Y empezó lo que a esas alturas ya era una inversión fija de los papeles: Willing hablándole a su madre con suma paciencia, como si le hablara a un

crío. Florence pensaba que lo estaba consintiendo; él pensaba que la consentía a ella. Por alguna razón, funcionaba.

–Y eso sin mencionar que este país no hace nada. La recaudación de impuestos ha bajado. El déficit es grande. El gobierno no puede pedir dinero porque nadie cree que vaya a devolverlo. La Renuncia fue una reducción de los costes a corto plazo. Eliminó los pagos de la deuda. Pero la Corporación Federal de Seguro de Depósitos tuvo que desembolsar sumas enormes después de que quebrasen los bancos pequeños. A los grandes tuvieron que rescatarlos. Muchas de las pérdidas de las pensiones tuvo que cubrir las la Corporación de Garantía de las Prestaciones Jubilatorias. El seguro de desempleo está aumentando. Además Medicare, Medicaid y la Seguridad Social, que ya se llevan más de la mitad del presupuesto.

–¿Quieres hacerme creer que con catorce años sabes la diferencia entre Medicare y Medicaid? La mayoría de las personas de mi edad no entienden bien esos programas.

–Medicare es para los viejos; Medicaid para los pobres –replicó Willing con desprecio–. No hace falta ser una lumbrera. ¡Pero *decías* que querías entenderlo! –Nunca le gustaba que lo interrumpieran mientras razonaba–. Están arrinconados y no pueden pedir préstamos. Podrían subir los impuestos, pero los ricos ya pagan impuestos muy altos y ahora no tienen inversiones. Los ricos ya no son ricos. Así que los únicos que quedan para pagar impuestos son personas como tú y Esteban. Que no pueden comprar col. Ni a la de tres, como dice el Gran Gran Hombre. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Fotocopiar el dinero.

Florence lo miró.

–Vas a un kilómetro por minuto. Y pensar que eras tan tímido.

–Nunca fui tímido. Estaba esperando la oportunidad de tener algo que decir. –Willing se detuvo y se volvió hacia su madre en la acera con una formalidad típica de él, aunque ya casi habían llegado a la calle Cincuenta y cinco Este–. Mamá, escucha. Puede que para ti sea una suerte trabajar para el municipio. Pero mira, esto lo investigué. El ayuntamiento recibe cierta financiación del gobierno federal. Eso significa que tus empleadores tienen acceso al dinero falso. Por eso te aumentaron tanto el sueldo en marzo. Y van a seguir aumentándotelo. Eso es parte del problema. Muchos de los pagos del gobierno, como los salarios, las pensiones y otras prestaciones, están indexados. Y eso quiere decir que tendrán que seguir imprimiendo más y más

dinero para poder cumplir con el presupuesto, *porque* siguen y siguen imprimiendo dinero. El Gran Gran Hombre llama a eso *ciclo de retroalimentación*. Adquiere vida propia como una bola de nieve. Nadie le da alcance. Y el importe de los cheques con que te pagan podría no aumentar lo bastante rápido. Fui a Green Acre a ver cuánto cuesta la col. Ahora está a treinta y ocho dólares.

–Qué locura –dijo Florence.

–Y otra cosa –añadió Willing, como si estuviera repasando una lista–. A medida que te aumenten el sueldo, verás como te atacan con más subidas de impuestos. Los tramos no van a cambiarlos.

–¡Pero eso no es justo! Vaya coñazo.

–Un coñazo *fiscal* –añadió Willing con amargura–. Mira, la gente entiende al revés lo que realmente está pasando, como te ha pasado a ti... Es así como los gobiernos se salen con la suya. Exclamar «¡todo se está poniendo por las nubes!» hace que el problema parezca venir de fuera. Como si no pudieran controlarlo. Entretanto, creen que lo controlan. Si lo controlan y no lo dicen, podría no ser honrado, pero no tan malo. Yo no lo creo. De veinte a treinta y ocho dólares en siete meses. Tengo la sensación de que estamos en un coche sin conductor y sin ordenador de a bordo. Porque los errores realmente gordos se cometieron hace mucho tiempo. Ya no se puede hacer nada, sólo pagar por ellos. Eso es lo que Alvarado no entendió. Uno no puede librarse de una deuda pronunciando un discurso. De un modo u otro, hay que pagar. – El tono de Willing era lastimero–. Y creo que ya hemos empezado a pagar.

Siguieron andando el resto del camino.

–Pero dime, ¿cuándo hablas de todo esto con el Gran Gran Hombre?

–No hablamos –dijo Willing–. FleXteamos. Para cosas que son complicadas, fleXtear es más claro. O más bien para cosas que parecen complicadas cuando en realidad no lo son.

Florence seguía inquieta por culpa de la afirmación que había hecho antes su hijo –«los ricos ya no son ricos»–, sobre todo porque podía suponer, sin temor a equivocarse, que Willing había tomado esa generalización de Douglas Mandible, de quien había tomado también gran parte de su disertación. En teoría, estaba perturbada porque si la rueda de la fortuna empezaba a girar hacia el lado que no debía, en sus últimos años de vida su abuelo podría verse obligado a prescindir de algunos placeres. Pero no podía engañarse a sí misma: ésa no era la causa.

–Nunca olvides de dónde viene la información, y no repitas todo como un loro. Yo no aceptaría así como así lo que dice tu bisabuelo, como si fuera palabra divina. En cuestiones sociales es liberal, pero la riqueza siempre lleva a la gente hacia la derecha... Porque no pueden evitar querer conservarla. Todo el mundo tiene prioridades.

–Por eso yo *triangulo* –dijo Willing, y a ver quién lo entendía.

–He estado ocupada con un montón de cosas y hace tiempo que no hablo con el Gran Gran Hombre. ¿Está bien?

–Creo que puede estar triste. Pero cuando nos fleXteamos no hablamos de eso. Sé que es inmensamente viejo, pero en los mensajes que fleXtea no lo parece. Y tiene tiempo libre de sobra. Luella tiene el cerebro de un tope para puertas.

–No seas malo. No es culpa de ella.

–Podría llamarla así a la cara, no le importaría. No entiendo por qué no matan de un tiro a gente así. Sería mejor.

–Willing, no hables así.

Willing suspiró.

–Es gente como Luella lo que ayuda a explicar lo que ha pasado. Es un tope muy caro.

–Espera a ser viejo y con demencia. ¿También querrás que te matemos?

–Sí.

–Bah, eso es lo que dicen todos. O no lo dicen en serio, o no tienen ni idea de lo que realmente significa ser viejo. «¡Matadme, matadme!» Es una afirmación hecha de pasada, pero del dicho al hecho... Y sólo se oye en boca de gente sana que no tiene imaginación.

–El Gran Gran Hombre dice que preferiría morir a acabar como Luella. Y es mayor que ella.

–Entonces, si yo acabo así, ¿vas a pegarme un tiro?

–Si quieres que lo haga –dijo Willing en tono sombrío–. No creo que sea sencillo.

–Me alivia oírte decir eso.

Por la noche, antes de cenar, Florence y Esteban se dedicaron a doblar la ropa limpia en el dormitorio, donde seguían guardando el cesto con el que

Esteban cargó desde Manhattan el primer día de la Edad de Piedra. No a todo el mundo le parecía romántico un cesto para la ropa.

—¿Te has dado cuenta de que Willing se ha vuelto más conversador? —comentó Florence—. Y pensar que durante años fue un chico tan cerrado en sí mismo. Ahora le ha dado por *profetizar*. Exhorta. Pontifica. Es encantador, pero también da miedo.

—¿Lo admiras o te quejas? —dijo Esteban mientras emparejaba con aire triunfal un calcetín suelto con un hermano huérfano de una colada anterior.

—Creo que las dos cosas.

—No es malo para la casa. Tenemos nuestro propio oráculo.

—Ese numerito de adivino no caerá bien entre sus compañeros de clase.

—Ten fe —dijo Esteban—. Te apuesto a que en el colegio se guardará para él ese «os-traigo-nuevas» de lo que sea. Socialmente no es un *bobo*.♦

—No estoy tan segura. Durante esos sermones parece..., no sé, dejarse llevar por motivos extraños.

—El motivo «extraño» es protegerte.

—¿De qué?

—Puede que sienta que se avecina algo. Nosotros, los latinos, tenemos un sentido para el misterio, para lo invisible. Y tú no eres de los que niegan lo absurdo, no eres tan cerril, tan de los que sólo creen en lo que ven.

—¿Me admiras o te quejas?

—Creo que las dos cosas.

Esteban la tumbó en la cama de un empujón, revolviendo todo lo que Florence ya había ordenado. Ella, para no tener que confirmar esa rígida caracterización, lo dejó hacer.

—Mamá, ¿tienes un minuto? —se oyó decir desde la puerta.

De acuerdo, no habían cerrado la puerta ni habían llegado más lejos, pero desconcertaba ver lo poco que a Willing lo avergonzaba el sexo. Es posible que la *seria y dura* educación sexual del chico hiciera que lo viese como algo normal y corriente.

Después de incorporarse, y tras darle a Esteban un beso que prometía otros para más tarde, Florence permitió que Willing la llevara a su dormitorio, que él mantenía ordenado, a excepción de los papeles apilados en su escritorio y desparramados en la cama, todos cubiertos de ecuaciones, columnas de cifras y algo que, a primera vista, parecían cartas astrales. Si por casualidad la generación de Willing leía, leía en el fleX. Qué frustrante para los padres

modernos no poder ya inferir nada de la vida interior de un adolescente por una reveladora estantería de libros o pilas de revistas especializadas en tal o cual tema.

Su hijo cerró la puerta y anunció en tono grave:

–Quisiera regalar a Milo.

–Pero ¿qué estás diciendo? –exclamó Florence–. Tú adoras a Milo.

–Por eso mismo quiero regalarlo –dijo él, esta vez con aire militar.

–Me dejás pasmada, Willing... Mira que sacrificar lo único que adoras.

–No soy el propietario de Milo. He asumido la responsabilidad de cuidarlo y tengo que actuar en su interés. A la larga, confiar ese cuidado a otra persona también redundará en mi interés. No quiero luego lamentar no haber hecho lo necesario mientras tenía la posibilidad de hacerlo.

–De acuerdo, cariño, sé que has mezclado muchos galimatías oscuros y ominosos con las nefastas premoniciones del Gran Gran Hombre, que es lo bastante viejo ya para que la cabeza no le funcione como sería deseable. Pero ésta es una decisión seria, y tendrás que explicarte mejor.

–Veo escenarios múltiples –dijo Willing, el metódico–. Y todos son para echarse a llorar. Willing lleva a Milo a Prospect Park y lo suelta. Milo lo mira, expectante. «¡Venga, corre!», le dice Willing. Milo jadea y parece confiado. Willing arroja un palo. Milo se lanza a buscarlo y le da alcance. Tiene el palo en la boca. Willing le da una patada. Milo parece herido, más que nada por la traición. A Willing empiezan a correrle las lágrimas por las mejillas. Willing le da al perro una patada más fuerte, y después empieza a tirar piedras. Al final, el perro capta el mensaje. Milo se va hacia el bosque, con la cabeza gacha. Y se vuelve para mirar una vez más a su amo, sin comprender, con expresión de amor incondicional. Corte.

»O –prosiguió–. Willing echa veneno en la última comida que le sirve a Milo. Un trozo de bistec. El único bistec que su madre ha comprado en años. Milo lo devora. El chico lo mira con tristeza y luego se pasa una hora abrazando a su perro mientras éste gimotea y tiene convulsiones. Hasta que Milo se queda inmóvil en sus brazos. Escena conmovedora en el patio trasero; Willing insiste en cavar él mismo la fosa.

»O –concluyó en tono triunfal–, breve y sin dolor. Una noche de verano que no tiene nada de extraordinario, en los escalones de la entrada, Willing le parte el cráneo a Milo de un mazazo. La expresión del muchacho es

extrañamente despiadada. –Willing levantó la vista como si esperase que lo aplaudiesen–. Te lo advertí –añadió–. Repugnante.

Florence no sabía a ciencia cierta qué era lo más inquietante de ese recital; si el distanciamiento que creaba el uso de la tercera persona, si las imágenes violentas o el cutre toque Disney.

–¿Y qué se supone que tengo que inferir aparte del hecho de que he sido demasiado crédula confiando en que no te drogas?

–No tendremos para darle de comer.

–Oh, cielo –dijo Florence con ternura–. Tal vez no deberías venir a hacer la compra conmigo. Te has tomado nuestra situación demasiado a pecho. Puede que sea un desafío estirar mi sueldo para llegar a fin de mes, pero aún podemos permitirnos comprar comida para Milo.

–Sé que podemos. Pero cuando no podamos, ya nadie podrá dar de comer a sus mascotas y no encontrarás a nadie que quiera un perro.

–¿De dónde sacas esas cosas? –preguntó Florence, intrigada.

–No sólo le consulto al Gran Gran Hombre, si es eso lo que te preocupa. Pero tampoco quiero regalarle a Milo a cualquiera. A la Protectora no quiero llevarlo; tarde o temprano acabará siendo un campo de la muerte. Quiero dárselo a Brendan. El vecino de enfrente. Tiene dos niños pequeños. Milo es un buen perro para los niños de esa edad. Es cariñoso, manso, y no muerde.

–¿Y por qué a Brendan en concreto?

–Porque tiene dinero. Dinero de verdad. Tú lo dijiste. Fue él quien te hizo aquella advertencia, y eso quiere decir que estaba advertido.

Florence, que no podía estar más perpleja, lo instó a que se tomara una semana para pensarlo. Y él esperó una semana y no cambió de opinión. Finalmente, Florence concluyó que ésa era una buena oportunidad para darle una lección. Si su hijo tenía que evocar nubarrones negros cargados de profecías y malos augurios, entonces quizá Chicken Little debía pagar un precio si al final el cielo no acababa cayendo. Willing lo lamentaría, pero siempre podían volver a tener otro perro.

Dando indicios, por una vez, de tener una disposición emocional sana y normal, Willing decidió que no sería él personalmente quien diera a Milo. Para sorpresa de Florence, Brendan no sólo agradeció que le regalasen un perro tan manso y cariñoso, sino que tampoco preguntó por qué Willing había decidido dejar a la familia sin su único miembro de cuatro patas. Poco después, Brendan y su familia se mudaron; se despidieron rápidamente de los

vecinos y como única explicación dijeron que se iban a vivir «al extranjero». Muy extraño, puesto que seguía siendo ilegal sacar del país más de cien dólares. Hasta que se levantara la restricción –se esperaba que revocasen los controles en cualquier momento–, nadie se iba «al extranjero». Y se llevaron a Milo. Willing, más que desanimado y arrepentido –sentirse así habría sido lo mejor para aprender la lección–, pareció aliviado, y proclamó que así al menos Milo estaría a salvo.

7. LA REINA GUERRERA LLEGA A CARROLL GARDENS

–Se suponía que su mamá y su papá tenían que dejar las habitaciones antes de las once de la mañana, ¿*comprende?*♦

La recepcionista de Wellcome Arms ya no llevaba la placa que la identificaba. Se había remangado la camisa hasta más arriba de los codos. Mascaba chicle. Y era grosera.

Carter ya había detectado esa misma pérdida de los modales en Nueva York. Los agentes de policía hacían la ronda arrastrando los pies, y con el cuello abierto y los zapatos sucios. Los porteros ya no abrían la puerta a los inquilinos más débiles ni se ofrecían a llevarles la compra, y daban la impresión de haber dormido con la librea puesta. A veces, los cambios eran sutiles –un maître que, en lugar de ocuparse de una mesa como corresponde, sacudía la cabeza, irritado, para indicar que uno podía sentarse en cualquier parte–, pero la transformación palpable de la vida cotidiana era considerable. La anulación de algunas normas parecía haber abierto las compuertas a la anulación de todas.

–¿*Dejar las habitaciones?* –dijo Carter–. Esto no es un hotel.

–Es un negocio, *chico*♦ –respondió la recepcionista, cortante–. Y con ánimo de lucro, no una organización de beneficencia. Si quiere que le diga la verdad, estoy harta de repetirlo.

–No creo que haya una larga lista de espera para ocupar las habitaciones de mi padre, ¿verdad? –Carter dejó caer el bolígrafo desde una altura no desdeñable. De pronto, la formalidad de firmar parecía una bobada–. Debería dar las gracias a los residentes como mi padre, que han pasado aquí tanto tiempo. Gracias a ellos usted sigue teniendo trabajo.

Las superficies revelaban que ahí ya habían empezado a prescindir de personal. En los zócalos, una capa de polvo negro. Los zapatos de Carter no crujieron mientras recorría a zancadas el pasillo de mármol, donde la peste a orines echaba para atrás. A pesar de que la mitad de las puertas de ese pasillo estaban abiertas, nadie ocupaba las habitaciones. Por la puerta trasera, la que llevaba a los complejos habitacionales de primera clase, se veía que el césped

había crecido unos quince centímetros. En junio del año anterior había allí un derroche de pensamientos y caléndulas; ahora, en los bordes, sólo había tierra. No se oía relinchar a los caballos. A Carter no le habría sorprendido que los hubiesen matado a tiros.

La puerta de entrada de Douglas y Luella también la encontró abierta de par en par. Se inquietó al ver, a lo largo del pasillo, portadas de libros enmarcadas envueltas en papel de burbujas; ninguno de esos elementos decorativos entraría en el coche. La alfombra púrpura estaba aplanada y salpicada de tierra.

Una vez más, Carter halló a su padre en la biblioteca. Las estanterías estaban vacías. Rodeado de torres de cajas de cartón, Douglas miraba fijamente ese vacío. El traje color crema estaba arrugado, y ese día su padre no llevaba plastrón –un toque de afectación que una vez pudo ser crispante, pero cuya ausencia, ahora, era peor–. Y no se lo veía peripuesto y esbelto, sino débil y con unos kilos de menos. De su porte no quedaba nada. Por fin, Douglas Elliot Mandible parecía tener todos sus noventa y ocho años.

–Papá, ¿qué es todo esto? –preguntó Carter con un amplio movimiento del brazo.

–La biblioteca, por supuesto.

–Sí, no cabe duda de que estamos en la biblioteca –dijo Carter, armándose de paciencia.

–No me he convertido en Luella, hijo. Me refiero a los libros, no a la habitación.

–Si tienes la cabeza tan bien como parece, entonces recordarás lo que te dije. Un poco de ropa, la medicación, los productos de baño y un puñado de recuerdos..., *quizá*. Pequeños, no de los que llenarían un camión de U-Haul.

–Di por sentado que alquilarías un vehículo apropiado para la mudanza.

–He venido en el escarabajo, y ya sabes, apenas cabéis Luella, tú y un poco de equipaje. Ahora mismo lo que menos necesitamos son gastos innecesarios; además, mi casa ya está hasta los topes de porquería. Todo lo que tienes en esas cajas puede reducirse al tamaño de un chip pequeño como una mariquita. Es el momento ideal para que pases a formar parte del mundo moderno.

–¡Pero éstas son primeras ediciones firmadas! ¡Si lo que necesitamos es dinero, esta biblioteca bien vale una cifra de seis dígitos!

–En Nueva York ya no caben más libros viejos, papá. –Carter intentó decirselo amablemente, pero la exasperación sacaba lo peor de él–. Tu

generación ha dejado miles y miles de ediciones en tapa dura, y la gente joven no quiere esos libros. Por eso los coleccionistas tienen de sobra para elegir. Y, además, ¿qué coleccionistas? ¿Conoces a alguien de carne y hueso que ahora mismo esté dispuesto a soltar dinero por pasta de papel manchada? Si no conoces a nadie, todas estas cajas se quedan aquí.

Ese tono severo era descaradamente paternal. No obstante, que por fin le hubieran concedido la condición de adulto de pleno derecho no era tan gratificante como Carter había esperado.

Inclinándose hacia atrás, donde estaba su sillón, junto al gran ventanal, Douglas, más que sentarse, se desplomó.

—Dejar una colección de esta calidad en un contenedor es un cruel acto de barbarie.

Carter se arrodilló junto al sillón de su padre.

—Lo verdaderamente importante de estos objetos te lo llevas puesto, papá. Ya los has leído, ¿no? Los tienes en la cabeza.

—Lo único que me queda en la cabeza es dolor y confusión.

Al ver que su padre se ponía llorón, Carter le puso una mano en el hombro. Demasiado estrecho, demasiado anguloso.

—Pero por Dios, dime, ¿aquí te dan de comer?

—No mucho. No desde el aviso de desahucio. Se acabaron los espárragos con salsa bearnesa. Unos panecillos duros, eso es lo único que te echan para comer, con algo que parece jamón para perros. Podría haberlo soportado si el personal no me hubiera saqueado el bar. Sólo dejaron un licor asqueroso... Qué bondadosos, ¿no? Piel de naranja macerada en gasolina.

—¿Desde cuándo los auxiliares pueden acceder libremente a tus cosas?

—Los he oído quejarse de que sus salarios no aumentan lo suficiente. Por eso han empezado a robar. Hablando de lo cual, para lo único que tienes que encontrar lugar en ese cacharrito que tienes es para la cubertería de plata de los Mandible. —Douglas dio unos golpecitos en una caja rectangular de caoba que había colocado en la larga mesa central. Carter ya sabía lo que contenía; la barroca *M* grabada en cada uno de esos pesados cubiertos era inconfundible—. Podría sernos útil, solamente por el metal... A menos que los federales empiecen ahora a confiscar también la plata. Llevo semanas sin quitarle la vista de encima. Duermo con la caja debajo de la almohada y ni te imaginas lo incómodo que ha sido.

—Si me hubieras dicho que este antro estaba viniéndose abajo, habría

venido a rescatarte antes.

–Era mejor postergarlo todo lo posible... Por tu bien, hijo. Me temo que te vas a cansar rápido de la novedad de cuidar a Luella.

–Has vuelto a verte con Mimi. Sí, Mimi, sashimi. ¡No creas que no lo sé!

Hablando del ruin de Roma... Luella había entrado vestida con algo que en tiempos podría haber sido un vestido elegante, pero que ahora tenía los bajos deshilachados de tanto que los tironeaba; y la tela, azul cielo, toda salpicada de pegotes de comida. El bulto de su abdomen hacía juego con el del pañal para adultos en el trasero. Carter se había acostumbrado a esa encarnación deteriorada de la segunda esposa de su padre, pero quince años antes la impresión había sido profunda. Ciertamente, no le había gustado nada el modo en que, en 1992, esa mujer, más joven que su madre, se había ido ganando a su empleador hasta volverse, ¡oh!, imprescindible para todo. También entonces Carter había sospechado que la situación económica de su padre había contribuido a que Luella tolerase mejor la diferencia de edad (veintidós años); pero, cuando Douglas volvió a casarse, había tenido que reconocer que Luella era guapísima: medía metro setenta y cinco y no parecía acomplejada, era esbelta e imponente, tenía aplomo, unas uñas impecables y de trapitos entendía un montón. Difícilmente podía echarle la culpa a su padre (aunque, por supuesto, lo había hecho). Ni siquiera ahora, que tenía setenta y algo, Luella había perdido totalmente su presencia. Sólo había perdido todo lo demás.

–Esa mujer tiene aires –añadió Luella, y la contundencia de la que ocasionalmente hacía gala resultaba aún más desconcertante en esas afirmaciones absurdas–. ¡Pero yo descendo de Nana Abena Pokuaa, la Reina Guerrera de Costa de Marfil! ¡Gobernadora del Reino Baulé de los Akanes durante treinta años! ¡Sucios baños! Yo tengo sangre real, *Mimi* es una plebeya. ¡Ella, Ella! ¡Hija de comerciantes y tenderos! ¡Pistoleros! ¡Bandoleros! –Se inclinó acusadoramente hacia la cara de Douglas–. *No creas que no lo sé.*

–De vez en cuando se muestra convencida de que he vuelto a ver a tu madre –le explicó Douglas a su hijo–. Y no deja de ser emocionante, porque en ese caso parece saber quién soy. Aparte de eso, cualquiera que sea la parte del cerebro que produce esas rimas, permanece intacta.

–Eh, Luella –dijo Carter, por decir algo–. Hoy salimos de excursión.

–Excursión, maldición, ataque al corazón. ¡Hoy me voy! –exclamó, y rió

como una niña pequeña, llevándose tímidamente una mano a la mejilla y, después, sacando la lengua y moviéndola como si quisiera cazar una mosca. Esos chasqueos y lamidos al aire eran uno de los tics de Luella que a Carter menos le gustaban.

—¿Será difícil conseguir que suba al coche?

—Puede tener una rabieta en cualquier momento —dijo Douglas—. Pero a lo mejor tenemos suerte. Lamento que esté así, pero después de la primera vez que dejamos de pagar la cuota, los cuidadores se declararon en huelga. Y no tengo fuerzas para cambiarle la ropa más de una vez al día. ¿Estás seguro de que Jayne se presta a esto?

—Claro, Jayne siempre está dispuesta a echar una mano —dijo espontáneamente Carter, pero lo que había querido decir era: «¿Tiene alguna importancia que Jayne “se preste”? ¿Hay alguna otra alternativa? ¿Dejar a tu mujer en una cesta en la puerta de alguna casa, tal vez?»

Porque, en realidad, Jayne estaba fuera de sí. Al soltárselo todo de golpe, Carter había asestado un uno dos. ¿Y esa herencia con la que habían contado para la jubilación? No había tal herencia. Su padre no se había salido del mercado lo bastante rápido para salvar la camisa. Los bonos podrían haber sido concesiones del Puente de Brooklyn. El oro y los valores en oro, confiscados. La mayor parte del dinero se lo había comido la deuda, pues unos años antes un idiota había convencido a Douglas para que invirtiese comprando valores a crédito. Y Wellcome Arms se llevó la escasísima liquidez restante a un ritmo de 27.500 dólares al mes. Sorpresa número dos: adivina quién viene a cenar.

De Jayne no podía decirse que no fuese generosa, pero le gustaba la intimidad y, desde la crisis nerviosa, la compañía de otras personas la estresaba sobremanera. Parecía haber perdido la sencilla capacidad de improvisar temas de conversación aun viviendo agobiada por un terror sin nombre al silencio social. Antes de que llegaran los amigos a tomar unas copas, se pasaba una hora preguntándose sobre qué demonios podrían hablar —un preparativo inútil, pues socializar no funciona así, y ninguno de esos temas premeditados jamás surge de un modo natural—. Presa del pánico, en cualquier momento los sacaba a colación sin que vinieran a cuento, poniendo fin así a cualquier charla trivial y satisfactoria en cuanto empezaba. Para Jayne, la perspectiva de tener que interactuar con invitados que vivirían en su casa a perpetuidad era espantosa.

Además, para cualquier mujer de sesenta y nueve años, adoptar a Luella, apenas mayor que ella, significaba enfrentarse a diario a sus peores temores sobre lo que le esperaba en el futuro. Por su parte, Douglas nunca se había *fijado* mucho en Jayne, que era una persona sensible, intuitiva e inteligente, pero jamás, ni en sus días más fóbicos, particularmente grosera. Su carácter estaba construido a una escala demasiado pequeña para el Gran Hombre, que, por lo tanto, se había limitado alegremente a aceptar su hospitalidad durante décadas y tratándola, a cambio, y también alegremente, con una total desconsideración, prestando poca atención a quién exactamente le llenaba la copa o a quién le llenaba la copa él. Sin un centavo a los noventa y ocho años, es posible que su suegro nunca hubiera parecido menos intimidatorio, pero ni suegro ni nuera podían nutrirse de una larga historia común de calidez recíproca.

En suma, se enfrentaban al desastre, y de la peor clase posible: no un solo cataclismo, como el de 2014, del que las distintas partes, por heterogéneas que fuesen, pudieron recuperarse, sino una pesadilla sin pausa y sin límites a la que únicamente la muerte pondría punto final. En una semana, Carter podría estar pidiendo a gritos ser el primero en irse de este mundo.

—¿Y Medicaid? —había preguntado Jayne de inmediato, intentando encontrar a tientas una manera, cualquiera que fuese, de librarse de lo que se avecinaba—. Si Douglas está en la miseria, puede solicitar al Estado atención domiciliaria.

—Hace seis meses habrías tenido razón —dijo Carter—. Pero ya te lo dije, han cambiado las normas. Si tienes parientes directos vivos con bienes, Medicaid no paga nada. Han diezmado nuestros planes 401(k) y nuestras pensiones, pero seguimos teniendo esta casa.

—¿Y Nollie? ¿Por qué tu padre y esa mujer trastornada han de ser sólo problema nuestro?

—Ya sabes que mi hermana está en Francia.

—Pues obligala a volver. Eres tú el que ha estado yendo a New Milford durante años.

—Es cierto, porque los que tenemos que jodernos somos siempre la gente decente. Nollie no terminó en Europa sólo porque tenía muchas pretensiones. Ese océano entre su familia y ella es un cortafuegos. Así se ha salvado de

bodas, funerales, cumpleaños y navidades durante décadas, por no hablar de los arduos viajes a Wellcome Arms.

–Pero debe de haber puesto a buen recaudo algunos recursos. ¿De ese supuesto «bestseller mundial»? Aun estando lejos, podría ocuparse de la factura de un hogar de ancianos. Puede que no de uno tan lujoso, pero con tantos ancianos insolventes, en las residencias más baratas debe de haber plazas en todo el país.

–Nollie y mi padre han sido muy reservados en lo tocante a sus derechos de autor. Aunque no creo que ahora mi hermana esté embolsándose mucho. En la literatura de ficción, la competencia es feroz, y como ahora todo el mundo escribe y nadie lee (y, por supuesto, absolutamente nadie compra libros), ¿qué te apuestas a que llorará miseria? Sean cuales sean sus verdaderos recursos, es un argumento verosímil.

Jayne se puso a descargar el lavavajillas para tener platos que romper.

–Nunca le he perdonado ese carpetazo que dio a la conversación cuando tú por fin te decidiste a aventurar que tal vez, sólo tal vez, una vieja sin hijos e individualista y un hermano menor con tres hijos no deberían dividirse una herencia enorme al cincuenta por ciento. Quiero decir... ¿Qué iba a hacer ella con ese dinero, comprarse una isla e instalarse ahí con otro gigoló que le alegre las entrañas reseca? Cuando la pobre Florence tiene que salir adelante con un inquilino en el sótano...

–Eso ahora no tiene importancia –la interrumpió Carter. En realidad, la profundidad de esa grieta entre hermanos había empezado a ser una fuente de disgustos. La agria discusión sobre si él estaba moralmente facultado para recibir mucho más que su hermana cuando muriese el padre, porque, a fin de cuentas, él tenía *descendencia* y ella no, de pronto parecía una versión perversa de «El regalo de los Reyes Magos».

–Douglas debería haber modificado el testamento en cuanto se vio que Nollie era una solterona estéril...

–Ese vocabulario no está a tu altura. Y yo sí se lo dije a mi padre, pero sólo porque insististe, y ya sabes..., fue muy violento. Me mandó callar. Me dijo que ya teníamos el fondo para los estudios de nuestros hijos y nuestros nietos, que nos había ayudado a pagar la entrada y que Nollie no disfrutaba de nada por el estilo, y eso fue suficiente. Mi padre no quería «mostrar preferencia». Pero bueno, ya hemos hablado de esto hasta la saciedad, ahora es opinable.

–No me importa que ya no quede dinero –prosiguió Jayne sin hacerle caso

y haciendo mucho ruido al guardar la cubertería de plata en un cajón—. Tu hermana es codiciosa, y esa actitud suya..., sin contemplaciones, sigue siendo importante. Será quisquillosa. «¡Pero lo que quiero es únicamente mi mitad!» Toda esa indignación y su tono de superioridad... Que tener hijos había sido tu elección y que ella «no tiene por qué pagarlo». Sólo porque estaba demasiado ensimismada para ser madre...

—¡Basta! —gritó Carter.

Asombraba ver cómo la hostilidad por el quién-se-quedará-con-qué podía extenderse más allá del punto en que ya no había nada para quedarse, y lo más desconcertante era que los sentimientos de Jayne por la herencia de Carter siempre habían sido más exaltados que los de él —como si la avaricia, después de disiparse, arreciara aún más por la recompensa que esperaba a unos pocos tentadores centímetros más fuera del alcance—. Sin embargo, Carter nunca había visto que su mujer fuera avariciosa en ningún otro ámbito. La ferocidad con la que Jayne codiciaba el legado podía deberse a la falta de consideración de su suegro; ya le gustaría a ella sacar algo de una relación que, por lo demás, la hacía sentirse torpe y nada interesante. O, quizá, la rapacidad era el producto de su rotunda parcialidad en lo tocante a la tensión constante entre su marido y su cuñada. Por desgracia, la parcialidad conyugal tiene un aspecto visceral y burdo y pasa por alto todos los matices. Jayne tomaba partido en una rivalidad sutil que no dejaba de tener sus contradicciones —el resentimiento y la admiración simultáneos que Carter sentía por su hermana combinados para formar una sola emoción que él no sabía cómo llamar— y la reducía a puro antagonismo. De ahí que a menudo lo obligara a defender a Nollie cuando él habría preferido ponerla verde.

Aun así, lo ofendía ver que Jayne diera a entender que, al no enfrentarse a Nollie con más dureza por una parte más justa de la herencia, lo que había conseguido era la indefensión de su propia familia. Jayne fue hija única desde el día en que su hermana se suicidó siendo una adolescente (una tragedia, sí, pero su código de limitaciones psíquico ya podría estar superado, si bien no iba a conseguir que su mujer olvidara ese trauma, que parecía otorgar la condición de protección especial que se concede a los monumentos históricos). Según Jayne, sólo tras asegurarse de que la única hija que les quedaba no pasaría estrecheces gracias a Mandible Engine Corp., sus padres se sintieron libres para gastar hasta el último centavo de sus ahorros después de jubilarse. No habría estado bien poner reparos a que el matrimonio

dispusiera de un dinero que ellos mismos habían ganado, y Carter y Jayne no habían dicho ni pío cuando los padres de ella se fueron de vacaciones a Bali y rehipotecaron la casa. Cuando murieron, en un accidente en globo en Marruecos que había tenido lugar unos años antes, los suegros de Carter sólo les dejaron deudas. De algún modo, también todo eso era culpa suya.

Jayne y él llevaban cuarenta y tres años de casados y ya tenían nietos. Sea como fuere, a Carter se le había escapado algo sobre el patrimonio de los Mandible mientras aún eran novios. Subconscientemente, pudo hacerlo para usar el dinero como anzuelo. Su matrimonio había pasado la prueba del tiempo, pero a veces Carter comprendía a su padre... Tener que vivir con ese pesado signo de interrogación sobre qué hacía que su compañía fuese tan fascinante.

—Es una mujer vanidosa y egoísta —sentenció Jayne, mientras guardaba con mucho barullo una sartén alta con tapa— a la que por una vez en la vida se la debería obligar a que arrimase el hombro.

Mientras Carter seguía pensando cómo coaccionar a su hermana mayor para que se comportara como un miembro de la familia, esa misma noche sonó el *tring* del fleX. Vaya, si era Nollie, pero, más que llamar para ayudar a solucionar un problema, amenazaba con convertirse en otro.

—No te creerías el antiamericanismo que impera en este país —empezó diciendo su hermana mayor—. Y mira que antes ya pensaba que era fuerte. En cuanto abro la boca...

—Creía que tu francés era tan perfecto que nadie se daría cuenta —respondió Carter, seco.

Fino y sedoso en tiempos, sin vida ahora, el pelo teñido de color caramelo de Nollie se había seguido debilitando, dejando al descubierto manchas del cuero cabelludo. Con setenta y tres años, ella seguía haciendo gala de una actitud autoritaria y no poca turbulencia juvenil. A causa de una vida entera de sarcasmo, la arruga izquierda que se le formaba alrededor de la boca era ligeramente más profunda que la derecha. Sin embargo, ni su complexión enjuta y nervuda había impedido que las mejillas acabaran colgándole de las mandíbulas como también le había ocurrido a su madre. El cuello —la única parte del cuerpo humano que nunca miente— se le había estriado; bajo el mentón, un asomo de papada. No cabía duda de que su hermana hacía una evaluación similar de la imagen de su hermano, con la misma mezcla agridulce de triunfo y pena. Carter había sido pasablemente guapo en su

juventud; Nollie, una chica despampanante. Lo extraño era que él se había adaptado a las mejillas caídas y a los rizos hirsutos. Para Carter, cualquier indicio de desintegración del aspecto de su dominante hermana mayor era un shock. Uno siempre imagina que se deleitará con ese deterioro del icono que es, a la vez, su némesis, pero siempre se equivoca.

–No he dicho nada de eso –dijo Nollie–. Siempre me achacas toda clase de poses simplemente porque vivo en París. Mi acento es un punto mejor que el del norteamericano medio, lo que significa que es casi horrendo. Nunca he dicho que mi nacionalidad fuese indetectable. Ojalá. Ellos siempre nos han odiado por nuestro mal gusto. Y por dominar el mundo. Ahora nos odian por *no* dominar el mundo. Ahora somos ladrones de dos caras que han llevado todo el sistema monetario internacional al borde del colapso. Sólo Putin y Compañía, con su magnífico báncor, han acudido al rescate. Es algo que se ha vuelto extrañamente personal. Los franceses se desquitan con los expatriados porque ahora que una *baguette* cuesta cincuenta pavos ya no vienen turistas de los Estados Unidos. Anoche, en el *supermarché*, una mujer me echó en el pelo un bote de *crème fraîche*.

Nollie siempre había tenido opiniones delirantes, y a Carter no le habría sorprendido que el ataque con *crème fraîche* se hubiese debido a que su hermana no había sabido callarse la boca ni siquiera en un supermercado. En sus días de gloria, Enola Mandible había sido toda una artista y había intervenido en un sinnúmero de festivales literarios tras publicar su único gran éxito. Carter la había oído una vez, en el centro cultural Ninety-Second Street Y, frente a esa clase de público dócil que no requiere esfuerzo alguno para metérselo en el bolsillo, que ya se sentía más contento que unas pascuas con la presencia de la atracción principal y sólo ansiaba sentirse así aún más. Por eso Nollie podía ir por ahí vomitando ideas que, para cualquier persona medianamente inteligente, eran mediocres y más adecuadas para soltar en medio de una cena, pero que a su grupo de admiradores exageradamente emocionados les sonaban a revelaciones que les cambiarían la vida de forma radical. Del mismo modo podía soltar de vez en cuando un chiste sin gracia y, dado que los escritores se habían ganado a pulso la fama de acartonados y tediosos, esa gente que iba contenta de antemano pensaba que Nollie era la monda.

–Todo muy interesante –dijo Carter–, pero tenemos que hablar de papá...

–Claro que sí, pero podemos hablar cara a cara. Por eso mismo te llamo,

Carter. Voy a volver a casa.

Hacía siglos que Nollie no llamaba *casa* a los Estados Unidos.

–¿A casa dónde? –preguntó Carter, que detectó señales de alarma.

–Bueno, con todas esas habitaciones vacías que tenéis... No sé, pensé que podía instalarme con vosotros.

–Imposible. Eso es lo que estoy intentando decirte. Papá y la chiflada de su compañera se vienen a vivir aquí. Ya no puede pagar ese comedero. Es un robo a mano armada. Y espero sinceramente que no hayas estado esperando nada, porque la «fortuna» de los Mandible se ha evaporado.

–¡Por Dios, joder! Espero que quieras decir que... ¿está diezmada?

–Lo que quiero decir es que no queda nada.

El repentino silencio, rara vez la forma de comunicación que Nollie prefería, lo dijo todo: sí, había estado esperando la herencia. Igual que todos.

–Supongo que no debería sorprenderme –dijo, desanimada, al cabo de unos instantes–. Por qué debería ser distinta nuestra familia... –No era una pregunta–. Por Dios, ¿quedan norteamericanos ricos?

–Si queda alguno, estará escondido bajo tierra. Así que si vuelves, no te quejes y no abras la boca. Es algo que no se te da bien, lo sé, pero deberás tenerlo presente. El país entero está convencido de que los «superricos» se lo han llevado todo. La verdad es que, para que te roben, tienes que tener algo que se pueda robar. Por eso los timados de verdad son necesariamente los que no dan lástima a *nadie*.

–Es posible que no debamos esperar que se compadezcan de nosotros –dijo Nollie con vehemencia–. De todos modos, nunca nos merecimos ese dinero...

–Conmigo paparruchas de santita no, hermana. Jayne y yo estábamos pensando en irnos a vivir a un rancho en Montana en cuanto llegara el barco Mandible, pero ya ves... Seguimos en la misma mierda de Carroll Gardens, pensando en reciclarnos en enfermeras geriátricas.

–Bueno, pero tenéis esos otros dos dormitorios...

–Papá no puede dormir con Luella. Ella necesita una habitación aparte porque, al parecer, padece «agitación nocturna». Jayne necesitará más que nunca su Habitación Silenciosa.

–Ah. Sí, lo olvidaba... La *Habitación Silenciosa* de Jayne.

–No seas malvada. Tú ocupas muchísimo espacio, amiga. Si necesitas un lugar donde meterte, ¿por qué no lo arreglas con mamá? Ese apartamento tiene la superficie de un campo de fútbol.

En el acuerdo de divorcio, a Douglas le correspondieron los efectos de Bountiful House, pero Mimi se quedó con el apartamento de cuatro habitaciones en West End y la calle Ochenta y ocho. Por desgracia, la furia de Mimi cuando vio que su hija aplaudía el «redescubrimiento del deseo» que en 1992 experimentó su padre, demostró que le quedaba el tiempo de vida de la basura radiactiva. Nollie había reaccionado con dureza, y ni ahora le importaría reconocerlo, pero que su madre la repudiara y la desterrara de la casa en que había crecido le había abierto una profunda herida. Esa enemistad ayudaba a explicar por qué la hija se había marchado indignada a Europa unos años después –con las ganancias de una novela con pocos elementos de ficción que recapitulaba el triángulo Mimi-Luella-Douglas de modo tal que se aseguraba de mantener vivo el resentimiento de la madre.

–No vamos a hablar de *eso* –dijo Nollie–. Además, si vuelvo a acercarme a ella, no tardará en darse cuenta de que lo que quiero es una cama donde dormir. Es vieja, pero no idiota.

–Quizá sería mejor que te quedaras en Francia, Nollie.

–No puedo. Para un norteamericano, Europa es un lugar peligroso, físicamente peligroso. Cualquier lugar de Europa. Nos atacan. Y no sólo con *crème fraîche*.

–No salgas por la noche, pues. Ya pasará.

–Además, no puede decirse que este país sea precisamente una gran *soirée* en la que abunde el vino. La mitad de la población puede declararse en huelga en cualquier momento y ¿de qué sirve una red ferroviaria grandiosa si los trenes no circulan nunca? Están cabreados por no poder jubilarse todos a los cincuenta y dos. Todos esperan el subsidio por hijo, una jubilación dorada, unas facturas médicas de risa, su semana laboral reducida y dos buenos años de subsidio de desempleo fijado según un salario que ni siquiera gana un abogado... Y todo en nombre de los *derechos humanos*, claro. Junto con tantos días festivos y vacaciones que los cabrones se pasan tocándose las narices la tercera parte del año. Ah, y *todos* quieren trabajar para el gobierno. Y la mayoría *trabaja* para el gobierno. Vamos, que sólo quieren lo bueno. El país entero se sube al vagón del heno y se pregunta por qué no se mueve.

–Seguro que están mejor que aquí –dijo Carter.

–Por si fuera poco, el tema de los musulmanes está fuera de control –siguió machacando Nollie–. Si fuera a pasear por los Campos Elíseos, me darían una paliza por ser una indolente. Y si me voy a caminar por algún sitio menos

céntrico, me la darían por no llevar puesta una bolsa de basura. Hasta en Francia se han olvidado del rollo de la asimilación; ahora prefieren el apaciguamiento servil. Hay partes enteras del país que son efectivamente zonas prohibidas para franceses reales. Y en toda Europa está ocurriendo lo mismo, así que no hay adónde ir.

–Ya me hago una idea de lo popular que debes de ser ahí.

–Oh, es exactamente igual que en los Estados Unidos. Todos están resignados. Ya sabes que ahora Norteamérica es un suburbio de México, ¡el Gran México!, y Europa es una extensión de Oriente Medio.

–Oye... ¿Tienes algo de dinero?

–Un poco –dijo Nollie con prudencia–. En báncores, por suerte.

–Aquí está prohibido tener báncores.

–¡El país de los libres! Como mínimo, el tipo de cambio me favorece como nunca, y más favorable será con cada día que pasa. ¿Qué demonios está ocurriendo ahí? Cada vez que voy a mirarlo, compruebo que el dólar ha vuelto a hundirse.

–Precisamente iba a decir, no quiero hablar por ella..., pero si tienes *recursos*, es posible que Florence pueda alojarte. El inquilino que tiene no le paga ni el precio de mercado y se ha convertido en otro caso para la beneficencia como los que atiende en su trabajo. Y Florence y tú siempre habéis parecido llevaros bien. –Cosa que no consigo entender, le faltó añadir.

–Me gusta ese chico... Willing –opinó Nollie–. Y mira que no hay muchos adolescentes que me gusten. Me preguntó si era muy duro emigrar a Francia. Le dije que se olvidara, pero la pregunta, aunque extraña, demostró que tiene valor. Bueno, en cualquier caso tardaré unos meses todavía en preparar mis bártulos. Tenemos tiempo de ir viendo las posibilidades.

–Piénsatelo. Y ya lo sabes... –Carter tuvo que hacer un esfuerzo–, nos gustará verte de vuelta por aquí.

Recapitulación: Carter no consiguió tentar a su hermana a que contribuyese a mantener a su padre y su esposa-mascota, ni fiduciaria ni logísticamente. Típico. Nollie siempre había hecho lo que se le antojaba. Desconocía el concepto del deber, con el que cargan únicamente quienes lo reconocen y lo respetan.

Carter se permitió dar una última vuelta por las habitaciones de su padre

para despedirse de una gran cantidad de objetos con los que había crecido, y tomó discretamente instantáneas de recuerdo con el fleX. Oscurecido tras tantas horas de ensimismamiento en ese vertedero en que en el futuro se convertiría la biblioteca, el sofá de cuero acolchado, de cuatro piezas, y los sillones a juego eran ejemplo de una calidad artesanal que el mundo no volvería a ver. Lo mismo podía decirse de la mesa del comedor –de madera de arce ondulada, los pies en forma de garras–, de la que Nollie y él se habían visto excluidos durante algunas cenas bulliciosas y sólo para adultos con los genios y los eruditos del momento; probablemente ya no se hacían tampoco genios ni eruditos de esa calidad. Las superficies estaban salpicadas de tesoros, los detritos indiscutiblemente inútiles, pero caros, que se regalaban a los ricos, como un reloj decorativo con forma de libro abierto, cuyos números diminutos estaban demasiado mal colocados para dar la hora. La batería se había agotado en la década de 1980. Era de suponer que el personal de Wellcome Arms montaría un mercadillo gigantesco en la entrada en cuanto se largasen los residentes como su padre; lo difícil era que consiguieran vender mucho. Carter había contactado con algunos agentes inmobiliarios para liquidar las pertenencias de su padre, pero debían de estar ahogándose en solicitudes como la suya. No contestaron ninguno de sus mensajes.

En los tiempos en que imaginar que Douglas podía quedarse sin un centavo de la noche a la mañana sólo hubiera sido un sudoku emocional, Carter habría dado por sentado que el efecto de eliminar el dinero de la ecuación padre-hijo sería, pongamos, «considerable». No habría anticipado que se parecería más a una «conmoción». Al final, la fortuna que Douglas acababa de perder no era solamente un elemento de peso en sus relaciones mutuas; había sido, a todos los efectos, el único elemento. Era horroroso, pero esa utilidad material latente había controlado todo lo que Carter hacía y decía en presencia de su padre.

La sorpresa de esa repentina penuria no era únicamente la escala del cambio, sino su carácter. En retrospectiva, la riqueza había distorsionado la naturaleza misma de Douglas Mandible. Lo había hecho suspicaz, cínico y distante, un hombre hermético, manipulador y superior a los demás, y exageraba una jerarquía paterno-filial que a su avanzada edad debería haber empezado a derrumbarse. En los últimos tiempos, Douglas estaba increíblemente comunicativo, necesitado de afecto, y franco.

En cuanto a Carter... Antes de que el elefante saliera de la habitación, ni se

había imaginado lo mucho que lo contrariaba. Danzar alrededor del dinero durante décadas, ser exageradamente amable y respetuoso, vacilar a la hora de aludir alguna vez a la herencia o evitar mencionarla por su nombre, cuestionarse por qué de verdad hacía esas obedientes peregrinaciones a New Milford, *aun deseando fugazmente que su padre muriese...* Todo eso lo había hecho sentirse venal. Vulgar. Indigno, obsceno, una ruina moral. Y había sentido rencor por su padre, cómplice a la hora de hacer que Carter se sintiera un gusano débil y falso, y por su grosero abuso de poder (por ejemplo, esa sádica demora antes del discurso de Alvarado, cuando Douglas había jugado con él postergando el veredicto sobre lo que quedaba de las inversiones. Se había divertido tanto el viejo... La escena volvía a Carter cargada de repugnancia). Así pues, si bien podría haber esperado que lo consumiera la furia al comprobar que su padre no había sabido proteger mejor la hucha familiar, la sensación que más lo dominaba era el alivio.

¿Quién podía enfadarse con ese pobre tipo? Sin su poderoso garrote financiero, Douglas Mandible no era más que un hombre muy viejo con un montón de tristísimas vanidades, sin influencia y con decenas de amigos en el cementerio. Carter tuvo la impresión de verlo nítidamente por primera vez. No había ningún edificio colosal contra el que abalanzarse; sólo un hombre partido por la mitad que necesitaba su ayuda. Sin duda Douglas podía seguir siendo exasperante, y las consecuencias prácticas de su insolvencia eran cataclísmicas. Sin embargo, en general y para mayor asombro del hijo, en cada una de las visitas de ese año, a Carter lo había inundado la ternura, a veces hasta el punto de arrancarle alguna lágrima. (Libre de motivos ulteriores, había seguido visitando a su padre, ¿no? Contra toda lógica, la pérdida de las inversiones trajo un regalo: una mañana se despertó y descubrió que no era un monstruo. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había sentido un monstruo. Así de monstruoso había llegado a ser.) A la vista de las gimoteantes disculpas de su padre por la mala gestión del patrimonio, varias veces había entonado una letanía que decía que los acontecimientos del otoño anterior eran imprevisibles, que la mayoría de los norteamericanos como él, es decir, con posibles, habían sufrido el mismo destino, y que la aniquilación de la fortuna no era culpa de Douglas Mandible. Se tragase o no la letra de esa canción de cuna, Carter pudo por fin apreciar a su padre, y apreciarse también a sí mismo. Libre ahora para ser de verdad una buena persona –la bondad con un propósito no era digna de ese nombre–, también

tenía la libertad de actuar como un hombre brusco, irritable, aburrido, enfadado, impaciente y desatento, si no indiferente. Es decir, *como una persona real*. Sólo ahora podía apreciar lo mucho que el deseo de agradar imponía distancia y era fuente de hipocresía aun cuando una afirmación supuestamente agradable era perfectamente cierta, y arruinaba el sentido del humor.

Carter recordó, con cariño, meter la caja de caoba con la cubertería de plata en una gastada bolsa de lona de la ya muerta y enterrada librería Barnes & Noble, y la llevó con aire desenfadado hasta el asiento trasero del coche, asegurándose de cerrar otra vez con llave antes de volver a buscar el equipaje.

Para consternación de Carter, Douglas no había querido desprenderse de una enorme maleta de cuero de la década de 1940, cubierta de calcomanías de destinos exóticos y diseñada para viajes transatlánticos con multitud de porteadores. ¡Sin ruedas! Y sin porteadores tampoco, pues el personal de Wellcome ya se comportaba hoscamente con los residentes que se retrasaban en los pagos. A sus setenta años, Carter no debía ponerse a cargar trastos tan pesados, no con artritis en las rodillas y un disco sospechoso en la zona lumbar. No obstante, desde los escalones de la entrada a recepción, los musculosos empleados latinos observaron esa dificultad con una mezcla de distanciamiento y desprecio.

Cuando, tras arrastrarlo, Carter consiguió finalmente meterlo en el escarabajo, el maldito bulto bastó para llenar el maletero. Bajo la mirada despiadada de los ordenanzas, era humillante deconstruir el trabajo que se había tomado su padre y poner, debajo del asiento del pasajero, los trajes blancos, los plastrones, los bóxers con las iniciales de Douglas y los elegantes zapatos de cordobán en la bolsa de lona que usaban cuando iban a hacer la compra al Fairway. Embutidas entre pilas de pañales para adultos, que Carter había birlado con prudencia de los armarios de las habitaciones de Douglas y Luella, los accesorios parecían donativos para una de esas tiendas que venden artículos de segunda mano con fines benéficos. No se imaginaba a Jayne planchando todo eso.

Luella había desaparecido. Padre e hijo se pasaron media hora buscándola, y cuando la encontraron estaba enganchada en el alambre de espino del recinto, gimoteando. Atribulado, Douglas prefirió volver al coche en lugar de ayudar a desenredar el vestido de su mujer. Retorciéndose, Luella volvió a

ser la de siempre en cuanto Carter consiguió desenganchar el vestido. «¡Fáseres en posición de aturdir, capitán!»

Carter palmoteó en cuanto Luella se liberó del alambre.

–¡Vamos, Luella! ¡Venga, chica, muévete!

Mientras ella lo seguía pisándole los talones, Carter entendió por qué su padre había empezado a tratarla como si fuera un animalito de compañía.

Pero, al llegar al coche, Luella se negó a subirse. Una res que se huele que la llevan al matadero.

–¡Nunca, no quiero, no puedo, no! –gritó, agitando los brazos. Luella, como los niños pequeños, normalmente expresaba en negativo lo único que le producía la sensación de poder actuar conscientemente.

–Deja que se canse, es lo mejor –le aconsejó Douglas, que viajaba en el asiento del copiloto. Y no se equivocaba; al cabo de unos minutos con los brazos como aspas de molino, Luella se desplomó encima de un montículo de grava y Carter pudo levantarla para sentarla en el asiento trasero, con los ojos en blanco y las extremidades flácidas.

–¿Tiene al día las vacunas? –preguntó Carter al arrancar–. Porque se ha hecho unos buenos rasguños con ese alambre oxidado y podría coger el tétanos.

–Esperemos que así sea –dijo Douglas.

Durante ese negro viaje a la ciudad, Carter preguntó:

–¿Tienes alguna fuente de ingresos en este momento? ¿Pensiones, anualidades, obligaciones societarias? –Ahora que ya no quedaba dinero, podían hablar de dinero.

La risa de Douglas acabó en ataque de tos.

–¡Siempre nos queda la Seguridad Social!

–No te burles. Es demasiada la gente que a duras penas se mantiene a flote gracias a la Seguridad Social.

–Pero... ¿De dónde saca el dinero la Seguridad Social? Las cotizaciones de los asalariados deben de haber caído en picado.

–Si dejaran de pagar esos cheques habría una insurrección a escala nacional.

–A mi edad, no creo que asuste a muchos burócratas si me meto en un piquete.

–Todavía puedes votar.

–De momento –dijo Douglas–. Sé que nosotros, las reliquias del pasado,

tendemos a verlo todo negro, pero prefiero no contar ya con nada, y eso incluye el derecho a poner a esos parásitos de patitas en la calle.

Frotarse las manos por el final de la democracia norteamericana parecía una tontería, y Carter prefirió no seguir en esa línea.

Llegaron a Carroll Gardens después de un viaje que resultaba muy largo desde el cierre parcial de la vía rápida BrooklynQueens.

—Creía que ahora este barrio era una ciudadela dorada de la clase profesional —comentó Douglas—. Pero lo veo menos elegante. No lo recordaba así.

Todas las manzanas estaban infestadas de locales comerciales cerrados. En los restaurantes exclusivos que nueve meses antes tenían largas listas de espera ahora se veían ventanas sucias con letreros que decían EN ALQUILER. Las tiendas que vendían chucherías de lujo, como campanillas colgantes para las cunas, estaban tapiadas con tablas. El ayuntamiento había recortado los gastos de limpieza de las calles; la basura se acumulaba en los bordes de las aceras. Los mendigos no sólo eran más numerosos ahora, sino también más viejos, e iban mejor vestidos. Pedir limosna era una actividad que repuntaba durante las crisis, pero esta vez los carteles apuntaban directamente a la situación que se vivía en ese momento: ¡ARRUINADO POR MI PROPIO GOBIERNO! UNA AYUDITA, POR FAVOR. ALVARADO ME DESPLUMÓ. ¡MI HIJA Y MEDICAID SE NIEGAN A AGOGERME! MÍREME, PODRÍA SER SU ABUELA.

Carter no había renovado el carnet del aparcamiento, y dejar el coche en la calle era casi misión imposible; demasiados coches abandonados y a la policía parecía darle pereza llevárselos al depósito. Encontrar un espacio libre podía llevar un buen rato, y Carter decidió dejar a sus pasajeros y las maletas delante de la casa. Avisada con un fleXt de que estaban a punto de llegar, Jayne estaba esperándolos en el escalón de la entrada; su congelado rictus de bienvenida parecía sacado de un fotograma de una película de terror. Iba enfundada en uno de esos vestidos oscuros que le llegaban hasta los tobillos — los que venía usando desde la crisis nerviosa, esos kilos de tela con que las mujeres mayores a menudo ocultan que han engordado, aunque Jayne era una tragona quisquillosa y neurótica; lo inquietante era que fuese tan delgada—. Esa expresión torturada —que para ella seguramente era expresión de alegría y buena disposición— a cualquiera le parecería una mueca de dolor. El hecho de que se tiñera el pelo de un severo negro azabache intensificaba la sensación

de falsedad. Una pena. Jayne Darkly había sido una mujer hermosa, una mujer veraz, y la instantánea no le hacía justicia.

Pero... hablando de dar una falsa impresión... Con una elegancia que recordaba a la que en su día había atraído a Douglas, Luella sujetaba con gracia el dobladillo deshilachado del vestido por encima de la rodilla y se dirigió hacia la acera con paso regio.

–Un placer –dijo, tocando ligeramente a Jayne en los hombros y dándole un beso en cada mejilla–. Créeme, lamento molestarte, pero en este momento sería capaz de matar por una taza de té.

Sorprendida, Jayne miró a Carter, que se encogió de hombros.

–No te acostumbres.

8. LOS GOZOS DE SER IMPRESCINDIBLE

Cuando Lowell programó una «reunión familiar», los niños no sabían qué era eso.

–Quiere decir que os presentáis todos en la sala a la misma hora, que no se admiten excusas y que mantenéis la boca cerrada.

A lo largo de los últimos meses, Lowell había ido perdiendo su sensibilidad y sus habilidades paternas.

–Pero... Mi grupo de debate va a discutir su estrategia el jueves por la noche –protestó Goog.

–Me importa un rábano tu grupo de debate, y muy pronto –añadió Lowell, temiendo revelar el orden del día– a ti también te dará igual.

Dado que la rigidez nunca había formado parte de la rutina de la familia Stackhouse, la convocatoria fue irritante. Goog en el sofá, con mala cara y los brazos cruzados. Bing, dando una patadita tras otra al reposapiés. Savannah, hecha un ovillo y enfurruñada en el suelo, limándose las uñas, el cuerpo orientado hacia el oscuro hueco de la ventana como si ahí no hubiera nadie más.

Lowell y Avery ya habían decidido quién de los dos llevaría la voz cantante. Hay que reconocerle a ella el mérito de presentarse voluntaria: «Da igual quién les comunique los detalles. Van a odiarlo», había dicho. Lowell respondió: «No tardarán mucho en odiarnos a los dos. Claro que yo podría actuar como un hombre. Tengo muy pocas oportunidades.» Así pues, Lowell permaneció de pie mientras Avery se encaramaba en el brazo de un sillón como si adoptara la pose de quien está dispuesto a placar a los niños que intenten largarse corriendo.

–Cuando yo era pequeño –empezó a decir Lowell en una especie de introducción que no puede calificarse precisamente de la más propicia, pues cuando él era pequeño dejaba inmediatamente de prestar atención a cualquier discurso que empezara con esas palabras–, sólo tenía una remotísima idea de lo que mis padres hacían para ganarse la vida, y la verdad es que no me importaba. No me importaba cómo se aseguraban de que siempre hubiera comida en la nevera. Lo único que me importaba era que hubiera algo en la

nevera cuando quería prepararme un sándwich. No tenía carta blanca para hacer lo que quería ni para comprar lo que se me antojara, pero, dentro de lo razonable, fui un niño privilegiado... Aunque ni de lejos tan privilegiado como vosotros tres. Con todo, vosotros debéis saber que desde otoño se han producido algunos cambios importantes en este país, porque os hemos educado para que estéis atentos. Me temo que son cambios importantes también para nuestra familia. Mamá y yo queremos que sepáis que no hacemos esto porque seamos unos malvados. Lo que ocurre es que no tenemos otra opción.

—¿Para qué tanto rollo? —dijo Goog—. En la clase de oratoria nos advierten de los peligros de una introducción excesivamente larga. Con tanto *bla-bla-bla*, da igual lo que se diga después, el público se siente defraudado.

—Os sentiréis defraudados —dijo Lowell con brusquedad—. Desde el principio del próximo semestre, a ti y a Bill os matricularemos en la escuela pública. Ya no podemos pagar las matrículas de Gates y Sidwell. Goog, tú irás al Instituto Theodore Roosevelt, en Petworth.

—Pero Petworth es... —protestó Goog.

—¿Petworth es *qué*? —Lowell quería obligarlo a que completara el enunciado.

—Latino —dijo Goog entre dientes, pareciendo, al menos, avergonzado de sí mismo.

—¿Y eso qué tiene de malo? —La pregunta de Lowell quedó en el aire—. Bing, hemos intentado encontrarte una plaza en Deal Middle School, que queda más cerca y donde podría haber alumnos más... *afines* a ti. Pero no quedan plazas para otoño. Son demasiados los padres que se encuentran en la misma situación que nosotros. O sea, que el curso que viene irás a la Elemental Tubman, en Columbia Heights.

—¿Tiene una orquesta ese colegio? —preguntó Bing con un hilo de voz.

—¡Por favor! ¡Todos mis amigos estudian en Gates, y el Roosevelt es una caca! —exclamó Goog—. ¡Son muchas las escuelas públicas que no participan en el circuito de debates interescolares! Apuesto a que en ese instituto no hay siquiera un equipo de lacrosse.

—No, Goog, no hay, y no, Bing, en estos tiempos yo no llevaría a ese barrio un instrumento ni aunque valiese un centavo. Y ni aunque Tubman tuviera una orquesta.

—Tendré que llevarte al colegio todos los días, cariño, e ir a buscarte —le

dijo Avery a Bing, que hasta entonces había recorrido a pie las cuatro calles hasta Sidwell Friends School—. Por seguridad.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Savannah, con descaro; seguía sin mirar al resto de la familia y concentrada en las manos—. Creía que trabajabas.

—La consulta de mamá —dijo Avery, en un curioso impulso de emplear la tercera persona— es parte del problema. Sus pacientes ya no pueden permitirse acudir a ella. Lo que significa que mamá no puede permitirse pagar el alquiler del despacho.

La absoluta falta de interés en el mundo laboral de los padres que Lowell había mencionado al inicio de su discurso ahora era palpable en esa sala. Los detalles sobre lo que los había llevado a sacar a sus hijos de la escuela privada se recibían con la indiferencia más absoluta. Los chicos debían de ser así en todas partes. Lo único que importa es lo que les ocurre a ellos.

—A lo mejor, si te dedicaras a una terapia que fuese realmente útil —dijo Savannah—, que no fuesen chorradas medio místicas..., la gente seguiría acudiendo y pagando.

—Lo que es útil a la gente —dijo Avery, con un control admirable— cambia.

—En cuanto a ti, Savannah —dijo Lowell, volviéndose hacia su hija—, todos estamos muy orgullosos de que te admitieran en la Escuela de Diseño de Rhode Island. Es una gran conquista, pero me temo que tendrás que hacerte a la idea de que el ingreso se demorará. Y tampoco puedo prometerte qué pasará el año que viene.

Savannah se volvió para mirarlo. Lowell nunca la había visto mirarlo con semejante desdén. De pequeña, la ahora adolescente había sido incondicionalmente cariñosa, y Lowell rehuyó esa frialdad hasta entonces desconocida. Es posible que no se pueda conocer íntimamente a nadie hasta el momento en que ya no puede salirse con la suya.

—Estamos hablando de financiación, ¿verdad? Creo que de eso va la cosa. En ese caso puedo pedir una beca. Si estáis tan *pelados*, podría cumplir con el requisito de familia necesitada.

—Faltaría más —dijo Lowell—. Pero buena suerte. De las dotaciones escolares no queda nada en todo el país. Y eso incluye Georgetown, que este mes ni siquiera me ha pagado el sueldo.

—¿Qué es una *dotación*? —preguntó Bing.

—Algo parecido a una cuenta de ahorros. Cuando todo es normal, los

colegios pueden usar el interés y los dividendos.

–¡Pero *tú* dijiste que el mercado se recuperaría! –atacó Goog–. ¡Más rápido de lo que la gente espera! Eso dijiste. ¡Que íbamos a forrarnos!

–A largo plazo aún podría tener razón...

–«A largo plazo todos estaremos muertos» –citó Goog–. John Maynard Keynes. No va a servirnos para nada tener una educación decente *a largo plazo*.

–No me tomaría la molestia de explicar esto a la mayoría de los chicos, pero vosotros sois lo bastante brillantes para entenderlo –dijo Lowell–. El interés de la hipoteca se ha multiplicado por dos. Si mamá sigue pagando el alquiler que paga por ese despacho, sus ingresos serán negativos. Los estudiantes no pueden permitirse ir a la universidad en la que enseño. Sé sincero... ¿Ninguno de tus amigos se ve obligado a dejar Gates también?

–Olivia Andrews..., sí, pero consiguió una beca. Porque su padre se suicidó.

–¿Estás intentando darme ideas?

Goog se encogió de hombros.

–Fue una táctica que salió redonda. Lo que funciona es bueno, ¿no?

–Tesoro... –intervino Avery–. Eso no tiene gracia.

–Ninguno de vosotros dos ha creído jamás en mi talento –dijo Savannah–. Nunca habéis querido que me licencie en Bellas Artes. Ahora pensáis que podéis intimidarme para que estudie algo *práctico*, como una licenciatura en chino mandarín.

–Yo no quiero que te saques un título en nada –dijo Lowell–. Lo que quiero es que encuentres un trabajo.

–¿De qué?

–Me da igual. Cualquier cosa que contribuya a las arcas de esta familia.

–Si me pongo a trabajar en una hamburguesería, no pienso daros el dinero.

¿Cómo habían llegado a ese punto? ¿Habían hecho algo mal? ¿Deberían haberles negado a esos chicos lo que querían, y estaba en su poder dar, desde una dedicación abstracta hasta formar «carácter»?

–Si yo tuviera que trabajar haciendo hamburguesas, sí que os daría el dinero que ganase –dijo Lowell–. ¿Parece un doble rasero?

–Oh, perdón... ¡Volvamos al asilo para pobres! Esto es *dickensiano*.

–Os diré lo que vamos a hacer –propuso Goog–. Pedís un crédito a mi nombre y me mandáis a Gates. Encontraremos una fórmula para calcular

cuánto dinero dedicaré a devolvéroslo después del posgrado. Cuando aumente mi salario, podremos incrementar el porcentaje.

–Nadie va a darle un crédito a tu padre, colega –dijo Lowell–. Y, si se lo dieran, ahora las únicas condiciones son el 11 %. Y subiendo.

–Entonces, ¿cuál es la situación del capital? –preguntó Goog con decisión.

–Estamos pagando únicamente intereses. Estupendo, ¿no?

Goog perdió la calma.

–¡No me lo puedo creer!

–No hace falta que te lo creas para que continúe igual –dijo Lowell–. La realidad es así de extraña.

A pesar de la enorme fascinación que afirmaba sentir por el campo de su padre, el muchacho no creía realmente en la primacía de la economía. Lowell atribuía esa discrepancia a la precocidad: la implicación de Goog en los muchos temas sobre los que él tenía opiniones contundentes era esencialmente retórica. Aún tenía que establecer una conexión visceral entre un debate del instituto sobre tal o cual descabellada enmienda a los presupuestos y un sistema viario interestatal tan infrafinanciado que cientos de norteamericanos morían cada año en choques en cadena en la I-85 y sólo a causa de los baches –una conexión que registraba la muy real posibilidad de que entre esos muertos pudiese encontrarse uno–. Lowell, que a la edad de Goog había destacado por esa misma precocidad, se preguntaba si esa relación puramente retórica con los asuntos candentes de su profesión seguía persiguiéndolo hasta hoy. Avery no cesaba de acosarlo; decía que se preocupaba demasiado por tener razón. Pero tal vez a Lowell no le importaba tener razón, tener real y auténticamente razón, algo que sí habría sido importante. Es posible que lo único que le importara fuese ganar.

–Cuando se tienen varios hijos –dijo Savannah–, se supone que uno no levanta las manos y exclama: «¡Perdón! ¡No podemos ganar dinero! ¡Hacedlo vosotros!» ¡Mi profesor de arte dice que tengo un *talento inmenso* y vosotros no vais a arruinarme la vida!

Pero, cuando se levantó para marcharse, muy indignada, Lowell la cogió por el brazo. Savannah lo miró fijamente, incrédula.

–La *reunión familiar* no ha terminado. Hay varios anuncios más, *niños*. Este verano no habrá Campamento de Debate, Campamento de Arte ni Campamento de Cuarteto de Cuerdas, ¿entendido? Y tampoco Campamento

de Ciencias, de Deportes Acuáticos ni de Supervivencia lejos de la civilización... Aunque en ése podría valer la pena invertir.

Dicho lo cual, soltó a Savannah, que rompió a llorar. Avery lo acusó de ser un matón. Era evidente que había lanzado esas proclamas en un tono ligeramente vengativo. Quitarles todos los juguetes le provocaba una emoción morbosa.

–Te estás desquitando con ellos para no castigarte a ti mismo –dijo Avery en voz baja cuando se retiraron a sus habitaciones.

–Nooo –dijo Lowell–. Me estoy desquitando con ellos precisamente para castigarme a mí mismo.

–Demasiado retorcido para mí, y mira que soy terapeuta –dijo Avery, y sonó cansada.

–Mira... ¿Acaso quiero arrojar a los chicos a los animales de la escuela pública? Por supuesto que no. A Bing se lo comerían vivo. ¿Goog? Su vasta cultura general, su lucidez y esa astucia con que se gana el favor de los profesores... Todo eso lo convierte en un alumno popular en Gates, pero en Roosevelt hará de él un paria. Y Savannah... Una cosa es dejar de estudiar un año para ir a Europa a aprender italiano, pero otra muy distinta es pasarse el día en casa sin hacer nada, haciendo travesuras o metiéndose en líos y perdiendo empuje. Qué desperdicio. Todos esos cientos de miles de dólares que hemos pagado para que les metieran conocimientos en sus cabecitas echados a perder... Y me siento como si les hubiéramos fallado. Quiero decir, nunca les hemos dicho que *no* a nada y ahora esperamos que aprendan que en este mundo también existe la adversidad, la abnegación y la decepción. Y que pueden aparecer de un día para el otro.

–La adversidad no se finge –dijo Avery–. Cuando teníamos los medios, dábamos. Ahora no podemos. Si no hubieras comprado todas esas estúpidas acciones...

–En 1919, tener acciones de Coca-Cola era una *estupidez* –la interrumpió Lowell–. Y no se puede invertir, ni gestionar los asuntos económicos con una fórmula que cubra una serie infinita de contingencias. La destrucción de la riqueza en este país desde octubre se ha producido a una escala que es, bueno, esencialmente imposible. Si hace un año hubieses ido a un asesor financiero y le hubieras encargado...

–O asesora –dijo Avery.

–O a una asesora –rectificó Lowell, de mal humor–. *Me gustaría que*

protegiere mi cartera de la destrucción del mundo tal como lo conocemos. Por favor, elija fondos mutuos que inviertan con la vista puesta en el Día del Juicio, la inundación de todas las ciudades costeras del planeta a causa de la subida del nivel del mar, la guerra nuclear y una plaga incurable. El asesor, o la asesora, te habría mandado a tomar viento sin tener en cuenta tu valor neto. Participar en cualquier economía, conseguir que te paguen para así poder comprar chuletas de cerdo, significa tener fe en que las reglas de esa economía no cambiarán. No hay seguro que te proteja contra el cambio de las reglas del juego. Por eso, ocurra lo que ocurra, sigues jugando. Eso significa que cuando a Apple le va bien, compras Apple. Exactamente como lo has hecho siempre. Si eso no funciona, por motivos que escapan a tu control, toda la partida se va al traste. Ninguna otra cosa habría funcionado.

–Lo que quiero decir es que si hubiéramos guardado más dinero en efectivo...

–El efectivo también es una *inversión* –volvió a interrumpirla Lowell, esta vez brutalmente–. Históricamente, una pésima inversión. Una de las peores. Si vas a tener capital, no se puede evitar hacer tal o cual clase de inversiones.

–Pero reconocer que uno ha cometido algunos errores puede proporcionar un alivio asombroso...

–¡Yo no cometí ningún error! Todos esos fondos de pensiones con gráficos circulares... Acciones al 62 % y bonos que daban el 27 %. Todas las cuentas de inversión con sus estrategias contrastadas de «crecimiento» o «ingresos»... Los interesantes cuestionarios de Morgan Stanley sobre el nivel de «riesgo» tolerable..., cuestionarios que tienden a restarle importancia al hecho de que en el formulario no hay ningún sitio para poner «cero»... La «alta capitalización» contra la «baja» contra los «mercados emergentes»... Y ese delicado toque de atención: *Quizá debemos pasarnos un poco al sector de la energía y hacer menos hincapié en las farmacéuticas...* Bueno, todas esas cuentas han sido arrasadas. Las estrategias no surtieron ningún efecto.

–Cuánto trabajo para nada –farfulló Avery.

–Así se mantiene ocupada a mucha gente. Pero tiene un lado positivo: si nadie tenía razón, entonces nadie se equivocó. Si todo el mundo termina jodido independientemente de lo que hizo o no hizo, entonces nadie tiene la culpa. Tampoco yo. Por desgracia, esa lógica no parece convincente cuando no puedo pegar ojo en toda la noche.

No obstante, después de oír que alguien llamaba a la puerta del dormitorio

principal, Lowell se sintió avergonzado por haber desempeñado con tanto celo su nuevo papel de padre «malvado». Era Bing. Llevaba apretados contra el pecho unos billetes hechos un bollo, la mensualidad que había estado ahorrando para comprarse un arco nuevo para el violín. «Quiero ayudar», dijo, ofreciendo el dinero a su padre. No dejaba de ser desconcertante que únicamente el hijo de once años pareciera comprender la gravedad de la situación. Y más desconcertante aún: eran trescientos y pico dólares. Lowell los aceptó.

Si Lowell parecía estar susceptible, era porque estaban dándole palos desde más de una dirección.

Cuando sus padres se jubilaron –habían sido dos *verdaderos* científicos: el padre, microbiólogo en Tufts; la madre, esa clase de zoóloga simpática que descubrió una familia de tritones grandes y con cresta en una obra en construcción y consiguió paralizar un proyecto inmobiliario de diez mil millones de dólares–, recurrieron a él en calidad de asesor de inversiones. Deseando ser útil (¿deseando lucirse?), dio consejos en abundancia. ¿Le reconocían, como mínimo ahora, haberlos convencido para que no invirtieran en oro? No, los padres de Lowell estaban histéricos porque su cartera, de proporciones impecables –tácticamente diversificada, juiciosamente repartida entre crecimiento e ingresos–, había caído al suelo como un plato nutritivamente equilibrado de cereales enteros y filetes de pescado ricos en omega-3 que aterrizaron boca abajo. Hacer lo imposible para decir, por el fleXface, que no le echaban la culpa de nada no requirió la acuidad psicológica profesional de su mujer para que se lo tradujera: le echaron la culpa de todo.

Para empeorar las cosas, a instancias de Lowell los viejos Stackhouse habían vendido la enorme casa familiar de Brookline dos años antes. Con el capital que así consiguieron y los ingresos que les reportaban las inversiones aspiraban a financiar excursiones pseudocientíficas al extranjero, unos viajes que no servirían para recabar datos valiosos, pero sí para alimentar la inofensiva ficción de que profesionalmente seguían en la brecha. Sin embargo, el «acogedor» apartamento de Fort Lauderdale en el que habían tenido que meterse sólo servía para descansar al sol tras las excursiones al Ártico o a la tundra rusa que ahora ya no podían financiar. Ese apartamento –

esa cárcel acabó siendo su único activo duro; como no podían salir de allí, detestaban Florida.

Lowell suponía que era absolutamente inútil recordarles que, a lo largo de toda su niñez, los dos habían hecho hincapié en lo poco que les importaba la riqueza y en lo crucial que era no centrarse en el dinero, sino en un trabajo que a uno le interesara (una homilía a la que Lowell le dio la vuelta, pues lo que a él le interesaba era el dinero). Con todo, sus padres siempre habían sido dos urracas que, con unos sueldos no muy altos, supieron acumular unas reservas saludables. Así pues, esa pose de que el dinero les era ajeno era una mentira, pues Lowell no conocía a ningún otro matrimonio que hablara de dinero con tanta frecuencia. Esto o aquello *se vendía*, el precio de tal o cual cosa era *indignante*, a pesar de no presentar ninguna reclamación en todo el año les habían aumentado *una barbaridad* la prima de un seguro... Cada una de sus decisiones, hasta comprar judías verdes tiernas y de buena calidad en lugar de judías verdes gruesas y duras, seguía estando determinada por cuál de las dos variedades salía más *a cuenta*. Y fue así como acabaron en un apartamento sin ninguna gracia en Florida: era *un robo*. Atrapados en el dinero como juego, confundieron los boletos del sorteo con el premio. Porque lo único que se «ganaba» buscando gangas era más dinero, algo que únicamente tenía valor como medio para comprar las judías *tiernas y delgadas* en lugar de las *gruesas y duras*.

Antes de la Gran Renuncia, Lowell había tenido que ponerles literalmente una pistola en la sien para conseguir que salieran a comer fuera. Tranquilos entonces al ver que los dos hijos prosperaban –Aaron trabajaba en seguridad informática y se había forrado gracias a la Pedrada–, Dave y Ruth afirmaban que no estaban escatimando el dinero para dejarles una herencia a sus chicos. Dado que para los mortales la gratificación postergada *ad infinitum* equivale a una *no* gratificación, su incapacidad para cambiar de marcha en la vejez en lo que atañe a la economía, seguir derrochando a lo loco –pues... en qué otro momento iban a gastarla– implicaba, en última instancia, la ilusión de la vida eterna. Si Dave y Ruth, cumplidos ya los setenta años, hubieran tomado verdadera conciencia de que no tardarían mucho en morir, habrían pedido langostinos tigre todas las noches de la semana.

En cuanto a eso de que a sus padres «no les importaba» el dinero... Buenoooo... Los acontecimientos recientes habrían debido enterrar para siempre ese mito. Estaban *fuera de sí*. Pero en fin... Lowell no podía imaginar

que hubiese un solo ser humano que no se tomara muy en serio su capital, fuera cual fuese la cantidad (intenta coger dos dólares del sombrero de un mendigo y verás lo que pasa). Para abordar ese tema con verdadera apatía se necesitaría tanta energía, tanto fanatismo ideológico forzado, que la indiferencia equivaldría a una especie de preocupación. Ése era uno de los aspectos fascinantes del dinero; agitaba las pasiones.

Así que, tras confiar en la prudente y favorable asesoría de su hijo mayor, ahora Dave y Ruth tenían que comprar las judías gordas y duras no por motivos patológicos, sino por necesidad. ¿Se sentía culpable Lowell? Sí, Avery. Por supuesto que sí. Pero las penurias de los padres... ¿eran realmente culpa suya? ¿Aunque fuese sólo *un poquito*? ¡NO! Naturalmente, Aaron también le había pedido consejos a su hermano mayor –consejos que no difirieron sustancialmente de la orientación común de cualquier gran institución financiera de esos días, salvo el de apartarse del oro, consejo que había acabado siendo *absolutamente acertado* (cualquier asesor o *asesora* financieros que se preciaran deberían haber sabido que los Poderes Económicos de Emergencia de 1977 seguían en vigor; sin embargo, cuando Alvarado echó mano de la legislación, todos se escandalizaron). ¿Era *también* culpa de Lowell que un liante digital con mujer y dos hijos pequeños hubiera pasado, en un abrir y cerrar de ojos, de ser rico a estar desesperado? ¡NO!

Pero lo más frustrante, ahora que el consejo de Lowell era importante – ahora que de verdad iba en contra de la ortodoxia del momento (*vender, vender, vender...*, igual a: «Busque un edificio alto y salte»)–, era que ni sus padres ni su hermano lo aceptaban. Los inversores que salían adelante eran los que no perdían la calma. La única respuesta racional a esas valoraciones ridículas era *aguantar, aguantar y aguantar*. Que, en lugar de aguantar, su familia se arrojara al vacío desde un acantilado y consolidara las pérdidas hacía que Lowell Stackhouse, el estoico, quisiera echarse a llorar.

A la mierda. Avery y él ya tenían bastantes problemas.

Ahora bien, Lowell no siempre había sido rico. Durante el posgrado en el MIT, había vivido gracias a una magra beca complementada con periodos en los que trabajó de ayudante de cátedra. Antes de ocupar su primera plaza académica digna de ese nombre, en Amherst, había tenido que dar algunas clases desagradables como adjunto –también de vez en cuando en una *escuela universitaria* financiada con fondos públicos–, un revolcón en las trincheras que había contribuido aún más a convencerlo de que él sabía lo

mal que se estaba abajo del todo. Pero Lowell nunca había estado ahí. Sólo en la parte más baja de la parte de arriba.

En consecuencia, nunca había recibido una factura que no pudiese pagar. Durante mucho tiempo, y sin pensarlo, había dado de lado a los que no tenían un colchoncito en el banco; a los que gastaban por la única razón de que tenían efectivo en el bolsillo y pedían préstamos sobre el sueldo para pagar la factura de la luz; a los que estaban crónicamente atrasados en los pagos y vivían con miedo a que alguien viniera a llamar a la puerta; a esa remota categoría de los desesperados, los irresponsables, los que no tenían objetivos. En cuanto a la deuda, ese aceite para engrasar las ruedas de la economía, que él, ideológicamente, defendía a ultranza, Lowell fomentaba la idea de empeñarse como una opción espléndida para las empresas y países enteros, pero pagaba cada mes la totalidad del extracto de la Visa. Evitar el crédito era, para él, un asunto emocional. No le gustaba la sensación de que lo observaran, de estar en el bolsillo de otra persona.

Y todo ello lo convertía en un imbécil para los ridículos valores protestantes que la mayor parte del país había abandonado alegremente. La economía internacional había castigado a los frugales y recompensado a los derrochadores a lo largo de casi toda su vida profesional, una lección extraña para que un hombre como él, un economista, no la hubiera aprendido. Si al final bastaba con fijarse en el sur de Europa. El Club Med de la eurozona pidió billones, los gastó y no los devolvió. No era bonito, qué va. Era inteligente. La economía no recompensa lo bonito, sino lo inteligente.

Y Lowell no podía sentirse más estúpido. Con su impecable historial crediticio tendría que haber pedido prestado lo que quisiera y, después, en cuanto entrase en vigor la Renuncia, podría haber mirado para otro lado. Declararse formalmente en quiebra o escabullirse disimuladamente de los controles oficiales era lo que hacían todos los demás. Y por eso acababan de cancelarle la VISA First USA que tenía desde 2001 y todo el resto del plástico que llevaba en la cartera. A menos que dejaran de prestar a los ciudadanos insolventes de esa Nación de Gorriones, las empresas de tarjetas de crédito se hundirían. Así pues, cortada otra línea de supervivencia.

Mientras tanto, el «retraso» de la nómina de junio de Georgetown se repitió en julio. Sencillamente no conseguía hacerse a la idea de que una institución obligada jurídicamente a pagar una suma dada un día concreto del mes alguna vez dejara de hacerlo. Al parecer, no se creía –por una confusión

entre el *deber* y el *querer* rayana en la dislexia— que, porque la universidad le *debía* el sueldo, se lo *pagaría* por el hecho mismo de debérselo. Él se ganaba el pan analizando sistemas, asesorando en qué circunstancias funcionaban bien o menos bien, pero no tenía conocimiento alguno de lo que ocurría cuando no funcionaban en absoluto.

Así pues, a medida que fue avanzando el verano, Lowell contempló horrorizado cómo se evaporaban sus reservas de liquidez. Estaban acercándose, y rápido, al punto en que Avery renunciaría a comprar un cantalupo no porque no les apeteciera esa variedad de melón, o porque de repente se hubiera descubierto que el cantalupo concentraba las toxinas de un modo aún más virulento que las fresas. No porque no tuviera ganas de cargar demasiado peso en la bolsa de la compra en caso de no haber llevado el coche. Y tienes razón, mamá, ni siquiera porque ese melón no sale *a cuenta*. No. Muy pronto Avery dejaría de comprar cantalupos porque *no tenían dinero*.

Siguiendo, pues, el ejemplo de Georgetown, Lowell descubrió que hacía tiempo ya que los «desesperados» le habían ganado por la mano. ¿Qué se hace cuando vence el plazo para pagar la hipoteca y el dinero no ha llegado a la cuenta corriente? No se paga. No se paga en junio. No se paga en julio. Y, en agosto, a cargar con las consecuencias.

Cuando Avery se especializó, trazar una línea tajante entre sufrimiento mental y físico había parecido una torpeza obvia, pues tratar al paciente en su totalidad significaba manejar lo que *sentía* una persona en todos los aspectos. Tras completar un proyecto agotador, pero con una motivación intensa y orientado hacia un objetivo, muchos pacientes se deprimían al finalizar la quimioterapia. Estar simplemente con vida dejaba de pronto de considerarse una directriz primordial y respetable. Acostumbrados al terror vigorizante de la mortalidad cercana y personal, algunos echaban de menos estar enfermos. A otros, que luchaban con enfermedades menos agresivas, los afectaban, y no poco, las limitaciones, cualesquiera que fuesen, que las prótesis de rodilla habían impuesto a su costumbre de practicar Extreme Running, y ansiaban manifestar la desesperación que sentían por tener que renunciar a la ambición de correr cien maratones en el mismo número de días cumplidos ya los ochenta. Fueran hombre o mujer, todos sus pacientes de edad avanzada se

habían sorprendido de ser viejos –algo que en privado Avery consideraba una grave falta de atención–. PhysHead era una disciplina ecléctica que se nutría del taichí, de una variedad de terapias basadas en la palabra, del yoga, el análisis de los sueños, el entrenamiento con pesas y el llanto forzado... Léase, cualquier cosa que funcionara.

Lo último que se había detenido a pensar cuando se sacó el título de psicóloga clínica fue si Medicaid y Medicare cubrían ese tratamiento. Durante la mayor parte de su carrera, estar fuera de esos programas fue una bendición (las tasas de reembolso del gobierno eran una caquita), pero en 2030 la dejaron sin los únicos clientes que podrían haberse permitido el tratamiento. No debería haberse tomado como algo personal la avalancha de deserciones, pero algunas le dolieron tanto que llegó a actuar de manera nada profesional. Delatando, tal vez, sus prioridades, había gritado a una paciente hasta entonces fiel: «¡Apuesto a que sigue incluyendo entre sus gastos fijos una caja de vino todos los meses!» La mujer, sin alterarse, le respondió: «Dos cajas.»

Lowell era tan dominante que, sin el contrapeso de su propio trabajo, Avery temía por la estabilidad de su matrimonio. Sin embargo, fue increíblemente dulce a la hora de ayudarla a dejar el despacho que ella había alquilado por nueve años; durante el traslado, optaron por ver el vaso medio lleno y se dijeron que tal vez era para bien, puesto que los niños tenían que hacer frente a sus propias decepciones y podían venirles bien unos mimos maternos a la antigua.

El verano en Washington era caluroso y deprimente, tanto más ahora que Lowell había prohibido el aire acondicionado. También apagaron a Mojo, ya que el mantenimiento mensual era prohibitivo. Esa pérdida tuvo su lado extrañamente íntimo; ahora que ya no podían pedir a gritos brownies caseros, parecía como si se hubiera largado de la casa un empleado doméstico al que habían maltratado durante años. Los chicos estaban ariscos y sin nada que hacer, y comprensiblemente enfadados por la cancelación de todos los planes para la temporada.

–Tal vez os parecerá –dijo Avery a Goog y Bing en la salita del desayuno sin que ellos apartaran la vista de sus fleXes– que en la escuela pública tenéis más oportunidades de destacar. En Gates y Sidwell, las exigencias para entrar son tan altas que destacar resulta más difícil...

–Yo ya destaco en Gates –gruñó Goog–. No quieras hacernos creer que

arrojarnos a una cloaca es una gran oportunidad.

–Pero éstos son tiempos excepcionales, cielo. Como dice tu padre, incluso dentro de unos meses...

–La tía Florence dice –la interrumpió Goog– que *ella* se graduó en un año que no podía ser más caca. Todos los que se graduaron con ella estaban malditos; en cambio, a los estudiantes que acabaron la carrera unos años después les fue muy bien.

La verdad era que Florence debería callarse sus cuestionables teorías acerca de los motivos por los que no le había ido tan bien en la vida, cuando el verdadero problema era su doble e imprecisa licenciatura de buena samaritana.

–No creo que trabajar en un albergue para gente sin techo signifique necesariamente estar «maldito»...

–¿A ti te gustaría hacer ese trabajo?

–No. Pero la tía Florence es más abnegada que yo.

–Incluso si el país se recupera, yo también podría formar parte de una generación marcada. Podríamos acabar todos dando vueltas con cenizas en la frente, como Caín.

–Díselo a papá –dijo Savannah, que pasó por ahí en ese momento vestida con unos microshorts y ese aire que había perfeccionado, consistente en parecer permanentemente ofendida–. No pienso presentarme para ningún otro trabajo chorras.

Cierto, con la invasión de turistas extranjeros en la ciudad, el sector de los hoteles y restaurantes de lujo estaba creciendo con fuerza, pero ahora los adolescentes tenían que competir con ex directores de fondos de inversión, cuarentones todos, que suplicaban que los dejaran ser camareros.

–¿Por qué Goog y tú no consideraréis la posibilidad de ir a la Ciudadela del tío Jarred, en Gloversville? –sugirió Avery–. La semana pasada hablé con él y podría venirle bien que alguien le echara una mano para cosechar las verduras y dar de comer al ganado. No sé cuánto podría pagar, pero más de lo que yo pagaría por languidecer en la cocina preparando tostadas.

–Por Dios –dijo Savannah–. ¡No sólo soy una zángana sin perspectivas de sacarme un título universitario, sino que ahora también un peón de granja!

–Sí, mamá –dijo Goog–. Dile al tío Jarred que para eso están los inmigrantes sin papeles.

–En realidad, desde la amnistía –dijo Avery, aunque así no contribuía a su

propia defensa—, ni la mayoría de los inmigrantes hacen ese trabajo.

—No se llamó amnistía —dijo Goog, que con trece años había escrito *un* trabajo acerca de la ley de 2020 sobre la reforma de la lenta llegada de la inmigración (2020, o sea, el mismo año utilizado para presentarla como signo de una acertada previsión), lo que convertía al chico en todo un experto.

—Yo iré a la Ciudadela —dijo Bing en voz baja—. En el campamento de biología aprendimos a recoger zanahorias. Pensé que era algo natural. Y si aquí nadie gana un poco de dinero, no podremos ir a comprar comida.

—Eres algo pequeño todavía para mandarte a una plantación —dijo Avery, alborotándole el pelo—. Podrían trincarme por violar las leyes sobre trabajo infantil. Pero me gusta tu actitud, cariño.

—Bing es un niño de mamá, un pelota miedica —dijo Goog en tono de burla— que sabe perfectamente que no lo mandarás a sembrar patatas. Sólo dice lo que quieres oír.

—*Pelota miedica* es una metáfora mixta —lo reprendió Avery. Los dos hermanos tenían sus épocas de intimidad, pero, en última instancia, cuando bautizó a sus dos hijos varones, Avery creó dos motores de búsqueda rivales. (Les tenía cariño a esos nombres, por supuesto, que sonaban tan frescos, excéntricos y actuales cuando Lowell y ella los eligieron, y en ese momento era incapaz de imaginar que se llamaran de otra manera. Pero quizá ahora sonaban anticuados precisamente por haberse esforzado demasiado en ser modernos. Además, uno de esos motores había derrotado al otro de un modo tan aplastante que le preocupaba que los chicos internalizaran esa jerarquía como algo que los condenaba de antemano.)

Avergonzada por tener tiempo libre en una ciudad que premiaba el exceso de ocupaciones y actividades, a veces Avery llevaba a los chicos a la compra para que se airearan. Sin embargo, como muchas tiendas se habían vuelto también tacañas con el aire acondicionado, sentía nostalgia por esos días en que para ir de compras en los Estados Unidos había que ponerse una parka hasta las rodillas. Sólo los outlets de lujo, populares entre los extranjeros, estaban a reventar de gente. Aparte de un puñado de familias locales que también buscaban un respiro del calor, Macy's y otras tiendas por el estilo estaban casi desiertas. Comprar se había convertido en un deporte que atraía a más espectadores que participantes. Era casi emocionante descubrir cuánto costaba esa semana un triste par de shorts fabricados en Sri Lanka.

Por suerte, a los chicos ya les aburrían los museos, pues los paseos por el

Mall estaban descartados. Con esa vía pública, un icono nacional, tan plagada de manifestaciones de protesta por el coste de la vida, la larga extensión de césped se veía marrón y pisoteada. Las autoridades municipales eran incapaces de impedir los grafitis que afeaban los escalones del Capitolio –MEXICANOS DE MIERDA TIMADORES– o pintarrajeados en el borde del estanque donde se refleja el monumento a Lincoln: ¡PRESIDENTE! ¡RESPONSABLE!

Las convocatorias que rivalizaban por ocupar el Mall ponían de manifiesto una incoherencia clásica. Fiestas salvajes con baile y alcohol toda la noche para celebrar el final de los universalmente despreciados «superricos», con pancartas que decían cosas como: LOS PODRIDOS RICOS AHORA SÓLO SON PODRIDOS O LOS PECES GORDOS YA NO TIENEN QUÉ COMER. No obstante, la misma gente volvía el día siguiente a manifestar la indignación que les producía ver que los ricos hubieran salido ilesos, y las pancartas eran muy diferentes: ¡WALL STREET TOMA

NOTA DE LA GRAN ESTAFA!; ¡QUE VUELVAN LOS TESOROS ESCONDIDOS EN EL EXTRANJERO! y ¡LA TAJADA MÁS GRANDE PARA LOS BANQUEROS! Esa contradicción que no parecía molestar a nadie le recordaba a Avery la reacción de Oriente Medio al 11-S, cuando ella tenía catorce años: los mismos musulmanes que decían a los encuestadores que habían sido los judíos los que se habían cargado el World Trade Center también llevaban camisetas con Bin Laden estampado a manera de homenaje. ¿Quién dice que no se puede jugar con dos barajas?

Ya empezaban a menguar incluso los enjambres de turistas asiáticos que inundaban el Smithsonian en primavera. Enseñando billetes de cien dólares como geishas con abanicos baratos, eran demasiados los visitantes ingenuos, calzados con unos zapatos ridículos, que se llevaban una paliza. Cuando en la red corrió la voz de que los chinos habían adquirido el hábito de espantar a los atacantes arrojándoles dinero a manojos, los locales, en lugar de darles patadas en los riñones, se daban de tortazos por recogerlos del suelo, y el rumor dio lugar a verdaderas batallas campales, con multitudes aún más numerosas y ávidas de sacar partido de los ataques racistas.

Cerrar la consulta podría haber destrozado a Avery aún más si el fracaso de su pequeña empresa no hubiera sido apenas una mancha en un gran lienzo extrañamente desopilante. Esos tiempos tumultuosos no deberían haber sido motivo de risa, y la cohibía sentir un entusiasmo que ella se esforzaba al

máximo por ocultar. Eran muchos los norteamericanos que se las veían y se las deseaban para dar de comer a su familia. De todas formas, la situación le recordaba cuánta vitalidad había proporcionado a sus pacientes verse enfrentados a una enfermedad terminal. Se sentía privilegiada por beneficiarse de esa misma energía, el mismo escalofrío que provoca el riesgo, el mismo dejar de lado la complacencia, y sin que se le cayera el pelo. Si bien el retraso del ingreso de Savannah en la facultad y el descenso de categoría de los dos varones, ahora en la escuela pública, pudieron considerarse una pérdida, más tarde Goog y Bing pasarían a primer plano con las mejores notas en los exámenes y los tres se pondrían al día cuando también lo hiciera el país. Entretanto, estaban recibiendo una clase distinta de educación; concretamente, una educación que el dinero no podía comprar.

Para Avery había sido cuestión de honor no confiar demasiado en un derecho de nacimiento como red de protección. Ganarse la vida ella solita era una actitud más seria que contar con la dádiva de un industrial muerto hacía mucho tiempo. Todo lo que tenían los Stackhouse siempre había sido ejemplo de una pureza moral que la riqueza heredada mancharía, y Avery se decía a sí misma que no habría querido ese viejo dinero sucio. Sea como fuere, la erosión de una parte de esa herencia que podría haber llevado a alguna parte recordaba las ampollas y las rozaduras que provocan las zapatillas de deporte cuando aprietan un poco y pelan la capa más epidérmica de la piel sin la cual resulta muy difícil arreglárselas. Pero, si la abrasión continuaba, la capa siguiente escocería. Esa fortuna de los Mandible en segundo plano había ofrecido una capa extra de protección sin la cual su familia quedaba un grado más expuesta.

Cierto, ya no comían atún rojo, pero tampoco se morían de hambre. Tenían un techo, y bastante espléndido. Es posible que Avery se sintiera acosada por el doloroso comentario que Savannah había dejado caer en junio –que si su madre se hubiera especializado en una terapia «útil» la consulta podría haber sobrevivido–. Sin embargo, en un sentido, Savannah tenía razón: lo que ayer era esencial, hoy era un despilfarro. En momentos difíciles, la gente podía vivir sin ejercitar los tríceps y sin una búsqueda del alma hecha a medida del consumidor. Un gran alivio, pues, que en una época confusa que tenía un punto de coincidencia con los conocimientos y la competencia de su marido, al menos los norteamericanos siempre necesitarían profesores de economía.

Cuando lo citaron para que se reuniera con la rectora en agosto, Lowell supuso que Ellen Packer quería disculparse personalmente por el desaprensivo retraso de la nómina. En épocas de estrechez, se recorta el presupuesto del sindicato de estudiantes y se reducen las horas de apertura de la piscina. No se castiga al personal docente.

Un agravio tan internalizado confería una sensación de poder y, antes de reunirse con la rectora, dio mil vueltas pensando si debía darle a Packer un tirón de orejas o mostrarse magnánimo. Lowell, que ese día se sentía alegre y desenfadado, se puso los zapatos color rosa, y no les dio descanso caminando arriba y abajo en la antesala, mientras esperaba a que Packer lo recibiera. El secretario de la rectora no lo miró a los ojos en ningún momento, ni siquiera cuando el joven le anunció que la señora Packer estaba lista para recibirlo.

Ellen Packer era gorda. No rellenita ni rechoncha, sino descaradamente gorda, de las que parecen decirle a uno qué-miras, y puesto que no se disculpaba por serlo, Lowell empezó a perder las esperanzas depositadas en ese encuentro. Por supuesto, él nunca empleaba la palabra *gordo/a* delante de nadie, pues ese adjetivo sentencioso se había asociado con *negro/a* y *enano/a* con el sentido «no natural», punto. Además, en los últimos quince años habían cambiado más cosas que el lenguaje. Detrás de un escritorio macizo como ella, la enormidad de Packer era una declaración política. Desde que los obesos habían pasado a ser la mayoría, habían obtenido una astuta ventaja sobre los contemporáneos más raquíticos. A fin de cuentas, sustantivos como *peso* y *gravedad* connotaban seriedad e importancia, y eso sin mencionar a la *gente gorda*. Las personas como Packer hacían gala de su volumen para subrayar que eran fuerzas con las que había que contar sí o sí. Al enfrentarse a esos brazos carnosos colocados sin vergüenza a cada lado del fleX, Lowell no sintió pena por la rectora. Se sintió intimidado.

—Profesor Stackhouse... La verdad es que no creo que sirva de mucho andarme con rodeos —anunció Packer después de que Lowell ocupara la silla eléctrica delante del escritorio. La voz de Packer siempre sorprendía; era aguda y cantarina—. Quiero darle las gracias por los largos años de servicio en esta universidad y espero que no se tome usted esto como un reflejo de insatisfacción de la administración con sus clases o su capacidad para la investigación. Pero me temo que no podemos renovarle el contrato.

Lowell se quedó tan estupefacto que su réplica llegó un segundo demasiado tarde.

–Eso es imposible. Soy titular.

–Ayer, a última hora de la noche, la junta votó a favor de revisar el reglamento de Georgetown. A partir de septiembre, ya no ofreceremos plazas de titular. Y lo prometido anteriormente en relación con una plaza fija queda revocado de inmediato. Los sueldos de los profesores están llevándose una parte inaceptable del presupuesto.

–Pero la titularidad protege la libertad de cátedra...

–La titularidad es un anacronismo –lo interrumpió la rectora–. ¿Qué otra profesión ofrece un trabajo para toda la vida?

–Hay procedimientos para eliminar una plaza de profesor titular –dijo Lowell, intentando no perder los nervios y lanzarse a una autoinmolación–. Pero el protocolo es complejo... Se requiere mucho más que una visita al rectorado. Los casos raros siempre tienen que ver con acusaciones de acoso sexual o insensibilidad racial, y a mí no se me ha acusado de ninguna de esas dos cosas... A menos que tenga usted alguna otra *buena noticia* que comunicarme.

–Puede usted demandarnos, por supuesto –dijo Packer, como quien no quiere la cosa. Antes de ese encuentro a las cuatro de la tarde debió de tener esa misma conversación varias veces–. Aunque, en su situación, me lo pensaría dos veces... Los honorarios del abogado... La universidad también se ha asesorado. Conocemos todos los detalles. Ahora mismo lo que está en juego es la existencia de esta institución. Si usted y otros colegas despedidos ganasen los juicios, esta universidad ya no podría existir. ¿Qué indemnización cobraría entonces?

–Pero dejando a un lado la cuestión de la titularidad, éste es un despido injusto.

–No hay despido injusto cuando la plaza que usted ocupa se ha eliminado. Entre nosotros, le diré que estoy de acuerdo en que, en sentido estrictamente jurídico, es injusto que usted pierda su trabajo. Pero le bastará con darse un paseo por esta ciudad para ver injusticias parecidas en todas las esquinas.

–Dado el carácter de lo que está ocurriendo en el país, me asombra ver que se despida precisamente a un profesor del Departamento de *Economía*.

–Acepto la ironía –dijo ella en tono insulso–. Pero si su disciplina fuese una ciencia más rigurosa, el carácter de lo que está ocurriendo podría ser otro.

–Que en mi campo trabajen también algunos pánfilos atípicos no implica que todos tengamos la cabeza en el culo. –La mordacidad fue un lujo que

Lowell se permitió—. Hablando de lo cual, ¿le importa decirme a qué otros miembros de mi departamento han puesto de patitas en la calle?

—No debería. Es confidencial. Pero supongo que pronto será vox pópuli.

—La rectora le dio los nombres de un puñado de colegas.

Resultó que era la mitad del departamento. Pero lo que hizo él principalmente fue tomar nota de los nombres que no oyó.

—¿No han despedido a Mark Vandermire? ¡Es un imbécil populista! ¡Un agitador!

—No voy a justificar el razonamiento que ha determinado cada decisión. Tomarlas ha sido difícil. Pero con la confiscación del oro y la liquidación de la deuda con China, las investigaciones del profesor Vandermire sobre metales preciosos siguen siendo oportunas.

—Entonces la ideología sí ha desempeñado un papel en esta matanza selectiva. Y después hablan de libertad de cátedra.

Packer cerró el fleX.

—¿Publicó usted o no que los Estados Unidos podían «gestionar fácilmente» la deuda nacional del 290 % del PIB que tendríamos en 2050? ¿O que la Reserva Federal había, de hecho, «infrautilizado» la política monetaria y que podía permitirse ser «más expansionista»? ¿Que la inflación es un «bien social» que ayuda a los pobres porque alivia el endeudamiento y que una «moneda sana y fuerte» no es más que «un fetiche de los ricos»? No estoy segura de que mis vecinos, que de ninguna manera están en una buena posición económica, estuviesen de acuerdo con usted. No ahora que están pagando veinte dólares por un Tootsie Roll.

—Fue Vandermire quien le proporcionó esas citas de mis trabajos, ¿verdad?

—Eran los mismos fragmentos que la rata venía refregándole por la cara desde hacía meses—. Pero sí, sostengo cada una de esas afirmaciones, pues esta calamidad no tiene nada que ver con la deuda soberana ni con la política monetaria. ¡Sólo tiene que ver con el báncor! Además, ¿qué pasa con Ryan Biersdorfer? ¿Está diciéndome que no lo despiden porque la universidad respalda su opinión de que el colapso financiero es lo mejor que le ha ocurrido a los Estados Unidos desde que llegó el congelador con sistema antiescarcha?

—Entre usted y yo, su iconoclastia me parece exagerada. Pero el tratado *Las correcciones* del profesor Biersdorfer está teniendo una gran repercusión en todo el mundo, y tal vez lo ayude a recaudar fondos para Georgetown en el

extranjero. Al menos es un punto de vista positivo que, al parecer, hace que alguna gente se sienta mejor.

–Ya voy entendiendo cómo selecciona a sus profesores. Rescatando a los que hacen que los estudiantes se sientan mejor.

–Lo siento, profesor Stackhouse, no era mi intención inmiscuirme en los conflictos internos de su disciplina. Me temo que tenemos que poner punto final a esta conversación.

Lowell empezó a sentirse presa del pánico. No había querido una confrontación.

–Escuche, ¿y si acepto una reducción de mi sueldo?

–En ese caso diría que es usted un mal economista, en serio. Este país tiene una tasa de inflación anual del 80 %, y ésa es solamente la cifra oficial. No es, diría yo, el mejor momento para recortar salarios, aun cuando estuviéramos facultados para proponerlo.

–Bueno... ¿Y lo que me deben? –A Lowell le preocupaba parecer un llorica, pero en su cabeza retumbaban la hipoteca, los niños... Y, por Dios, cómo iba a contárselo a Avery.

–Ahí tiene un ejemplo perfecto. Esta universidad hace todo lo que está en su mano para ponerse al día con el personal docente cesante.

Empujando hacia atrás su sillón con una lentitud majestuosa, la rectora, con gesto ceremonioso, se puso de pie detrás del escritorio.

–Espero que aprecie el hecho de que mantengo estas dolorosas conversaciones personalmente a pesar de poder delegar esta desagradable tarea en un subalterno. También quisiera disculparme por tener que despedirlo en el último minuto, justo antes de que se reanuden las clases. La junta desea desesperadamente que los aspirantes de Asia y el subcontinente indio compensen la devastadora caída de las matrículas de alumnos de nuestro país. Pero la violencia que impera en el centro de esta ciudad, a la que se ha dado mucha publicidad, y a menudo por motivos raciales, ha provocado una falta repentina de estudiantes extranjeros, que pagan unas matrículas mucho más rentables. Ahora prefieren estudiar en los campus satélite de la Ivy League, en Delhi, en Pekín, en Yakarta, donde se sienten más seguros. Nuestros campus satélite son los únicos sectores de Georgetown que no están en números rojos, pero ese superávit no puede compensar la caída en DC porque tenemos problemas a la hora de traer los báncores. Y eso debería entenderlo usted mejor que nadie.

Con esa única referencia a la competencia profesional de Lowell, se dio por terminada la reunión.

9. EN SUCIO

La manera en que Florence Darkly sorteaba la pobreza siempre había sido un punto fingida. A lo largo de la lista de empleos basura para los que estaba sobradamente cualificada, nunca había olvidado que, en caso de aprieto, siempre podría recurrir al Gran Hombre. Su abuelo tenía una veta parsimoniosa, pero era generoso en los cumpleaños y abierto a los llamamientos fundamentados para hacer «buenas inversiones»; fue así como Jarred pudo hacerse, en el norte del estado, con una granja que no funcionaba y que ahora empezaba a parecer un poco menos absurda. Sin el Gran Hombre, ella nunca habría podido dar la entrada de la casa, y en Adelphi les mentía a sus compañeros diciéndoles que alquilaba. Servía a una población que estaba literalmente al límite, y se sentía avergonzada de que le hubieran echado una mano. Estar en posición ventajosa creaba distancias. Tener acceso, aunque fuera limitado, a una fortuna de dos generaciones antes se parecía a tener poderes ocultos. Esos superhéroes siempre estaban solos.

Sin embargo, en julio sus padres habían organizado una videoconferencia en fleXface; lo primero que les dijeron a los tres hijos fue que al final papá no había llevado al Gran Hombre y a Luella de vuelta a Carroll Gardens simplemente para así pasar más tiempo dedicado en exclusiva a Douglas Mandible durante sus últimos años de vida. Recibiendo la noticia con gran estoicismo, Avery se deshizo por expresar preocupación por sus padres, que eran las *verdaderas* víctimas de una fortuna que se había ido al traste. *Oh, no, ¿y qué pasa con el rancho de Montana?* (Exagerando su aflicción, Avery usurpó el papel de Florence como la única hija atenta. Y para Avery, dada su larga buena situación económica con la que Florence sólo podía soñar, fue demasiado sencillo no decir *Mierda, ahora cómo vamos a ampliar la cocina.*) Jarred soltó sus chorradas de siempre sobre la traición del gobierno; qué demonios, él ya tenía su granja. Con ese gran corazón legendariamente ajeno a la prosperidad mundana, sólo a Florence se la vio visiblemente dolida. Pero, con sinceridad, a alguien tenía que parecerle un poquito deprimente que Dios sabe cuántos millones se hubieran reducido a nada.

De repente, volverse mortal debería haber hecho que se sintiera más cerca

del resto de su «comunidad», que nunca había gozado de la posibilidad de que un viejo de New Milford podrido de dinero le echara furtivamente un cable. En cambio, se sentía asustada. No podía decirse precisamente que era un consuelo estar todos en el mismo bote cuando el bote estaba hundiéndose. Toda esa tontería de la «mano amiga», ese arrimar solidariamente el hombro en tiempos de tribulaciones, sólo funcionaba cuando el que estaba bajo mucha presión cambiaba de semana en semana, no cuando todo el mundo tenía una crisis al mismo tiempo; en ese momento, la *comunidad* se atomizaba en un gran número de personas en el mismo lugar que querían y necesitaban las mismas cosas, y sin recursos para conseguirlos podían obtener lo que pedían recurriendo a un engaño o por la fuerza. Mientras la tasa de delincuencia urbana se disparaba en todo el país, a Florence la asombraba que alguna vez se hubiese podido salir a la calle con una cartera o un reloj de pulsera lujoso. Aunque tardíamente, apreciaba el milagro de la civilización, gracias a la cual la gente se paseaba con bolsas de comida o hacía tintinear las llaves del coche sin que nadie la atacase ipso facto. Incluso todos aquellos mendigos del centro de Brooklyn: seguían *pidiendo*.

La verdadera pobreza implica hacer lo que se tiene que hacer; es decir, lo contrario de lo que se desea. Así pues, si bien a Florence no le entusiasmaba nada la sugerencia de su padre en el sentido de acoger a su tía de Francia, los pronósticos de Willing demostraban ser exactos: el interés de la hipoteca seguía subiendo vertiginosamente; sus aumentos de sueldo siempre se quedaban cortos para unos precios cada vez más desorbitados. Cada visita a Green Acre Farm provocaba una alteración propia del estrés postraumático. Florence ya no planchaba para no tener que pagar más luz. Para saltarse las duchas, empezó a ir al trabajo con un pañuelo estilo pirata que acabó convirtiéndose en una afectada coquetería permanente. Durante un tiempo, Kurt había podido seguir trabajando en la floristería; los dólares de los turistas asiáticos inundaban Brooklyn y los ramos que encargaban los restaurantes mantenían el negocio a flote. Pero como las noticias sobre atracos y las fechorías de bandas de asesinos racistas desalentaban a los viajeros pudientes, los restaurantes sufrían y el florista cerró. Kurt llevaba dos meses seguidos sin pagar el alquiler –una miseria– y Florence no podía soportar la idea de decirle nada. Además, aun cuando su inquilino estuviera al día con el alquiler, cosa improbable, el precio era de 2027 y ya no cubría su parte de los servicios.

Tendría que sustituirlo con una pariente que tenía «recursos».

—No sé —dijo Esteban en voz baja, sentado en el sofá, ahora debidamente reparado con cinta adhesiva—. Kurt es un lameculos, pero no molesta. La familia..., ya sabes, mete la nariz en tus asuntos. No me imagino a tu tía encerrada como una ratoncita en el sótano y sin decir nunca nada sobre las pisadas, el cotorreo y el volumen del televisor.

Esteban, que se pasaba el día dando vueltas por la casa, valoraba mucho la intimidad. Cuando perdió el empleo en Over the Hill, se sintió casi aliviado. En una caminata de primavera en la que hizo de guía, un banquero arruinado se había lanzado al vacío desde las Palisades. Cientos de metros en caída libre, y como no cayó en el Hudson, se oyó un crujido escalofriante. Eran muchos los ejemplos de clientes mayores que habían perdido todo juntando a duras penas los restos de sus ahorros para salir de excursión a lo grande, y ser el guía de esas expediciones se volvió estresante. Ya era bastante duro ocuparse de esos clientes mayores que accidentalmente resbalaban por la ladera sin tener que preocuparse por los que decidían pasar a la historia por voluntad propia. Over the Hill se labró así una reputación turbia, y ninguna empresa podía seguir prosperando con una base de usuarios propensos a la autólisis —y menos cuando esa base, además de ser suicida, estaba en la ruina.

A partir de entonces había trabajado temporalmente en las cocinas de un restaurante de Manhattan, también frecuentado por extranjeros que iban a Nueva York en busca de gangas y para quienes las comidas costaban menos que un refresco en su país. (Se decía que algunos turistas insensibles a la violencia del ambiente se habían buscado ellos mismos la desgracia, por ejemplo, cantando en voz alta versiones insidiosas de «The Star-Spangled Banner» mientras se tambaleaban borrachos por la Sexta Avenida.) Esteban odiaba ese trabajo; su pueblo había servido ya bastante tiempo pilas de platos de porcelana manchados de salsa boloñesa, y ese trabajo asqueroso e invisible parecía, para los de su generación, un descenso de categoría. Pero odiaba aún más estarse de brazos de cruzados. Se había rebajado a esperar en las esquinas a ver si aparecía algún trabajo —jornalero, como su padre—, pero la competencia era feroz, gringos incluidos, y cuando aparecían las cuadrillas de la construcción, rara vez lo cogían. Esteban había perdido esa actitud haré-de-todo-y-no-pediré-nada que había caracterizado a la generación de inmigrantes de su padre. Él andaba demasiado erguido. Él miraba a la gente a los ojos. Daba la impresión de ser un hombre que esperaba que le pagaran lo

acordado el primer día y capaz de montar un número si lo despedían. ¿Quién quiere contratar a alguien así?

—Mi tía es escritora, o lo era, por eso debe de apreciar la soledad —dijo Florence—. No la conozco bien, pues se fue a vivir a Europa a finales de la década de 1990 y sólo volvió a los Estados Unidos en giras para presentar sus libros. Le indigna que los novelistas ya no vean un dólar en concepto de derechos, y por eso se declaró en huelga hace diez años. Ni siquiera mi padre cree que sufra el bloqueo del escritor. Pero hace unos tres años sí se vino a dar una vuelta por Nueva York, por ningún motivo en especial, cuando tú habías salido de excursión. Ella y Willing se patearon Manhattan. Fue una maratón, ellos dos solos, y me sorprendió, pues, según mi padre, Nollie «odia a los niños». Siempre hubo cierta fricción entre mi padre y ella, pero, cuando yo era pequeña, mi tía me parecía bastante enrollada... *Natural*. Mi padre era de los que juegan sobre seguro; Nollie era la valiente. Siempre hablando por los codos, aventurera, siempre liada en un romance tórrido u otro que acababa estallando con muchos gritos y floreros y lámparas rotas. Era guapísima. Estaba en buena forma. Pero por Dios, ahora debe de tener... ¿setenta y tres? No es la clase de mujer que te puede hacer pensar que ya roza esa edad.

—Después de *Over the Hill*, puedo imaginarme a cualquier persona de setenta y tres años —dijo Esteban—. A todos los veo *pre-viejos*.

—¿A mí también?

—Estoy esperando a que cumplas los dieciséis —dijo, y le dio un beso— para que no me trinquen por corrupción de menores. Pero dime, ¿de verdad quieres cambiar un inquilino tímido, un pelota que no da problemas, por una vieja chiflada a la que apenas has visto desde los doce años?

—En esta casa *no quiero* a nadie más que a nosotros tres. Pero necesitamos el dinero.

A Florence la aterraba la idea de desahuciar a Kurt. La primera vez que decidió tener un inquilino no se había detenido a pensar que, para los caseros con conciencia, alquilar se parecía más a una acogida que a un negocio. No podía soportar la idea de echar a la calle a alguien que no tenía a donde ir.

El día siguiente por la noche, tras armarse de valor en la cocina, Florence golpeó delicadamente a la puerta del sótano. No veía a Kurt desde que había dejado de pagar el alquiler. Su inquilino debía de estar muerto de vergüenza.

—¿Puedo bajar?

–Por supuesto... ¡Es tu casa, Florence! –Cuando bajó, encontró a Kurt febrilmente ocupado en meter un par de calcetines en la cesta de la ropa–. Mira, lo siento muchísimo, si hubiera sabido que vendrías, habría ordenado todo esto.

–¿Ordenar qué? –dijo Florence tras comprobar el orden germánico que imperaba en el territorio de su inquilino. La ropa de cama no podía estar más lisa. La alfombra era delgada y de un azul desvaído extrañamente deprimente, pero no tenía una sola mancha. Junto a la cocina destacaban unos granitos dispersos en el mármol, pero sólo porque todas las demás superficies estaban immaculadas.

Kurt, que le siguió la mirada, no tardó un segundo en pasar la esponja.

–Lo siento –volvió a decir–. He estado aprendiendo a hacer tortillas.

Una extraña queja para un casero, pero, sinceramente, ese sótano estaba *demasiado* limpio. Aparte de un paquete de harina de maíz y un bote de sal, las alacenas de encima de los fogones estaban vacías. En una corazonada, Florence se acercó a la pequeña nevera y, como no podía ser de otra manera, sólo vio una botella de zumo llena de agua del grifo y lo poco que quedaba de un paquete de margarina, todo arrugado.

–Kurt, tienes que comer mejor.

–Bueno... La verdad es que hacer la compra no me gusta mucho. Lo he dejado para otro día.

Estaba más delgado. Las mejillas hundidas, junto con los dientes, le conferían un aspecto macabro.

–¡Aquí se congela uno! –exclamó Florence–. Ya estamos en noviembre. De arriba te llega un poco de calor, pero ya te dije que puedes usar el radiador. Es muy eficaz, y me aseguré de que no puede provocar un incendio. Ah, una cosa... –dijo, oliendo el aire–. No quiero molestarte, pero tienes que tirar más de la cadena.

Kurt se sonrojó y obedeció.

–Ya sé que..., bueno, el agua es...

–Cara, pero es una necesidad. Te avisé de que esto era un alquiler ilegal. Eso significa que *yo* estoy violando las normas, no que tú no tengas derechos.

Kurt inclinó la cabeza y entrecruzó los dedos.

–Oye... –dijo mirando al suelo–. Me sorprende que no vinieras a verme hace tiempo. Has sido muy muy amable. He estado buscando trabajo en todas partes...

–Como todo el mundo, Kurt –dijo Florence con delicadeza, y se sentó a la pequeña mesa de madera contrachapada–. Y como en la floristería tenías un trabajo a tiempo parcial, supongo que no puedes cobrar el paro. ¿Tienes familia?

–Es que... hemos dejado de estar en contacto, por así decir.

–El problema es que yo sí tengo. Una tía que va a regresar del extranjero y necesita un lugar donde instalarse.

Lo que no dijo fue que Nollie tenía «recursos».

–Lo entiendo, lo entiendo inmensamente –se apresuró a decir Kurt–. Te dejaré esto libre... Mañana. Y te prometo que en cuanto vuelva a estar un poco mejor te pagaré los meses atrasados...

–Pero ¿adónde vas a ir?

–Si me prestas una lona impermeabilizada, me han dicho que los campamentos de Prospect Park son maliciosos –dijo Kurt con una alegría forzada–. Que todos cantan, tocan instrumentos y cuentan historias. ¡Como en Woodstock! Podría ser una gran experiencia. Algo que contarles a mis nietos.

Con esos dientes nunca tendrás nietos, pensó Florence.

–No es eso lo que yo he oído decir de los campamentos. Más bien *maliciosos* en el antiguo sentido de la palabra. Central Park es aún peor. Además, se acerca el invierno.

–Ya sabes que siempre hay viviendas subvencionadas por el ayuntamiento..., las sociales...

–La lista de espera para que te den una vivienda social se está acercando al millón de solicitudes. –A Florence la exasperaba estar en el lado equivocado de esa conversación, e intentó dejar de interpretar el papel de la que tenía razón–. A lo que sí puedes recurrir siempre es al sistema de albergues municipales.

Aunque la había ensayado, la sugerencia no sonó sincera y espontánea. Los albergues estaban más que saturados. Por la mañana, las colas eran tan largas como las que se habían formado delante de los bancos un año antes. Adelphi intentó hacer correr la voz de que todas sus habitaciones estaban ocupadas *de facto* por clientes permanentes, incluso después de duplicar la capacidad del edificio metiendo a más de una familia a compartir las mismas pequeñas unidades. Resultado: la clase de condiciones que en el antiguo mundo de los periodistas de investigación podría haber dado lugar a un reportaje

desgarrador que sacaría a la luz muchos detalles desagradables. El personal, que no podía controlar que se cumpliera la prohibición de tener comida en las habitaciones, se había dado por vencido. Ratas y cucarachas en los pasillos. Los inodoros, desbordados. Los desagües, atascados. Las raciones de comida que servían en la cafetería eran miserables. La gente se peleaba por los panecillos de la cena. Y seguían viniendo. Con todo, los que llegaban habían cambiado. La ropa de los nuevos, aunque se notaba que dormían vestidos, era de L. L. Bean. Los cochecitos de bebé eran anchos, con cubiertas de plástico abatibles contra las inclemencias del tiempo y bolsillos laterales ampliables para meter la compra y los tentempiés. Las mantas de los niños eran de cachemir. En una época, esos cochecitos costaban miles de dólares, y a más de una desarrapada víctima que, tras la ejecución de su hipoteca, acampaba en la acera la habían atracado para quitarle ese vehículo de lujo. Cuando ella rechazaba a esa clase de aspirantes al albergue, a menudo los oía despotricar por los muchos impuestos que habían pagado. Si comunicaba a esta nueva clase de indigentes que primero tenían que registrarse en el Departamento de Servicios Humanos del Bronx, no le hacían ni caso y se negaban a abandonar su lugar en la cola. Florence ya estaba acostumbrada también a las historias de personas sin techo que en su día habían sido físicos nucleares; de vez en cuando eran profesionales cultos, pero desequilibrados, que un tiempo atrás habían padecido una crisis nerviosa y desaparecido del mapa, aunque con mayor frecuencia eran delirantes perdidos. Pero los nuevos indigentes habían sido físicos nucleares en buena posición hasta la semana anterior. Si estaban locos, estaban locos de rabia.

Florence se puso de pie y se pasó los dedos por el pelo. Kurt estaba más que dispuesto a dejarle el campo libre, sus pocas pertenencias metidas en bolsas de lona para ir a acampar en el parque, pero, comparada con el albergue, esa casa tenía espacio.

—Tenemos el desván —dijo Florence de mala gana—. No está terminado, pero hay lugar de sobra para un colchón y una cómoda.

—Florence, mujer, por Dios. No hay problema. Y te prometo que me estaré tan quieto ahí arriba que nunca te enterarás...

Florence levantó la mano.

—No me has entendido bien. ¿Tú mides metro ochenta y...? Te morirías de una hemorragia en cinco minutos. Yo estaba pensando en poner ahí arriba a mi tía. Mide poco más de metro cincuenta. Tú podrías quedarte aquí, pero

sólo si me ayudas a sacar toda la basura, a quitar el polvo y la caca de los ratones y a dejar habitable el desván. Y tendrás que hacer lugar para guardar aquí algunas cosas, todo lo que tenemos en el desván y no queremos tirar.

Así, pidiéndole favores, le hacía uno. Kurt se había echado a llorar. Y Esteban iba a matarla.

–Tanto tiempo en París y nunca tuve una buhardilla *comme il faut* –dijo Nollie, con gesto de aprobación.

Arreglado, con paneles de madera e iluminado con una luz indirecta cálida y estratégicamente colocada, el desván era acogedor, aunque la recién llegada también estaba siendo comprensiva.

Bajita y huesuda, Nollie vestía como un chico, con tejanos gastados de los de antes; en los pies, Converse All Stars rojas; en la camiseta se leía: LA VIDA ES DEMASIADO CORTA PARA BEBER VINO PELEÓN; y una chaqueta enorme de cuero, raída, que parecía haber dado la vuelta al mundo dos veces. El pelo, recogido en una coleta, era demasiado fino para llevarlo tan largo. Tenía el rostro surcado de arrugas, pero no costaba mucho distinguir a la mujer mordaz, listilla y más joven que al parecer Nollie creía seguir siendo. Se movía con gestos bruscos y angulares que emanaban autoridad; estaba acostumbrada a hacer lo que se le antojaba. Florence no podría decir nunca que su padre no se lo había advertido.

La septuagenaria subió ágilmente los últimos tres peldaños de madera y dejó la chaqueta encima del colchón. La camiseta sin mangas dejaba al descubierto esa clase de brazos de los que Esteban se había burlado cuando trabajaba en Over the Hill: nervudos y sinuosos, con unos tristes músculos forjados con mucho esfuerzo, pero caídos y con la piel marchita bajo los bíceps que tan penosamente intentaba evitar la generación del *baby boom*. De pie en el centro del desván, Nollie pegó los brazos a los costados y después los levantó formando un arco hasta que tocó las vigas del techo. Le faltaron unos centímetros para tocarlas.

–¡Verificación! –proclamó, pero Florence no lo entendió.

Que Nollie llegara con montones de maletas era una verdadera lata, aunque también indicaba que, si podía pagar exceso de equipaje, debía de tener ahorros. Willing ayudó a pasar las maletas por la trampilla.

–He traído algunas cositas para la cena –anunció la nueva residente, y le

arrojó una bolsa a Willing—. Pero primero tengo que descansar. Recuperarme del vuelo.

Con una sonrisa impaciente, los echó del desván y levantó la escalera.

En la cocina, Florence desenvolvió los espléndidos regalos de la tía Nollie: salchichas, jamón de bellota, carne de potro ahumada —¡a quién se le ocurre!—, quesos franceses exóticos... La cena sería un festín.

—Mierda, *¿qué es eso?*♦ —exclamó Esteban.

El armazón de la casa había empezado a temblar... Pum, pum, pum.

Florence y Willing subieron al piso de arriba y miraron el techo.

—¿Qué crees que estará haciendo? —susurró Willing por encima del rítmico estruendo.

—¿Mejoras en la casa? ¿Ya? —dijo Florence, intrigada—. Suena a obra en construcción.

Se encogieron de hombros y volvieron sigilosamente a la cocina. Las sacudidas duraron casi media hora —una media hora muy larga— y terminaron siendo especialmente molestas por el hecho mismo de no tener explicación.

—Por Dios —dijo Florence entre dientes—. ¿Qué he hecho?

Nollie reapareció abajo en su debido momento, luciendo una versión más presentable del mismo uniforme barato y con las mejillas coloradas; habría pasado por una mujer que se conservaba bien para sus setenta y tres años si hubiera vestido con ropa adecuada para esa edad. Ceguera generacional. Los jóvenes podían llevar con elegancia ropa vieja y rota que les quedaba mal; Savannah, la sobrina de Florence, hasta con una bolsa de papel parecería sexy. Las generaciones anteriores habían comprendido que, después de más o menos los sesenta, la fealdad del traje con que venimos a este mundo se compensaba vistiéndolo lo más atildadamente posible. La Gran Mimi llevaba brocado de seda, medias y zapatillas de buen gusto aunque sólo fuera a la oficina de correos, pero la generación siguiente vestía mal, primero, a modo de declaración política, después por indolencia y últimamente por puro delirio. Los hijos de la explosión demográfica pensaban que la vejez era otra conspiración más que había que sacar a la luz, como los papeles del Pentágono.

Florence le señaló el bufet.

—Nollie, eres muy generosa... Pero ¿cómo has podido pasar todo eso por la aduana?

—Oh, el delito es *sacar* cosas de los Estados Unidos —dijo Nollie—. Pero

puedes *entrar* casi todo lo que quieras.

Con un floreo, sacó tres botellas de vino y un litro de coñac.

Habían invitado a Kurt, que ya estaba dejando el estatus de gorrón para pasar a ser un miembro más de la familia. Insistía en ser útil, lo cual era una carga más para su anfitriona; como sólo había fiambres, no había nada que hacer. Florence ya no trabajaba únicamente en un albergue para gente sin techo; también vivía en uno.

Regada con esos caldos franceses, la cena no fue precisamente silenciosa. Nollie presidió la mesa. Florence intentó disfrutar de la chispa de las opiniones explosivas de su tía, que no tardarían mucho en dejar de ser interesantes. Empezaba a sentir la tensión que provocaba la verdadera generosidad, lo contrario de la caridad más formal por la que, a fin de cuentas, le pagaban. La verdadera generosidad no implica recompensa; significa desprenderse de algo que uno adora y no puede reemplazar. En este caso, sacrificaba la soledad, la intimidad y la tranquilidad. La llegada de la vieja charlatana y la presencia del solícito ex inquilino transformaban por completo lo que se sentía cuando uno andaba por su propia casa, incluso en el improbable caso de que ninguno de los dos abriese la boca. De pronto se sentía cohibida, y también que la observaban y la juzgaban; cuando pedía algo absolutamente normal, como que Willing le llevara a Nollie una toalla, un tufillo a interpretación materna contaminaba la orden: *Mira cómo he educado a mi hijo para que eche una mano*. A pesar del estilo informal de esa cena –los platos en el regazo–, no se atrevió a lanzarse como una muerta de hambre sobre la bandeja de carnes y quesos colocada en la mesita de centro; antes bien, se contuvo para asegurarse de que fueran los invitados los primeros en saciarse de *prosciutto*. Ése fue el cambio más grande: Florence prestaba atención para que todo lo que ahora hacía y decía fuese *cortés* –sin duda la antítesis misma de lo que se supone que uno ha de sentir en su casa.

–Era inevitable que la deuda de este país tocase techo un día u otro –prosiguió Nollie mientras apuraba su tercera copa de vino–. Lo difícil era predecir cuándo. A los profetas que se adelantaron mucho a su tiempo siempre los han ridiculizado. La población mundial, por ejemplo. Cuando yo era adolescente, se suponía que la especie humana estaba reproduciéndose hacia la extinción. Pero la última vez que lo comprobé, seguía ahí. Ahora estamos acercándonos a los nueve mil millones de habitantes... O sea, que en setenta años se ha triplicado. Pero... ¿y si los históricos de la

«superpoblación» tuvieran razón, sólo que mucho antes? Lo mismo pasa con la deuda. Hace veinte años, los pesimistas, los que lo veían todo negro, echaban espuma por la boca cuando veían que se pedía prestado demasiado dinero. Entonces tampoco ocurrió nada. Hasta hace un año, cuando de pronto ocurrió todo. ¿Conocéis la teoría de la complejidad? Ayuda a explicar por qué todo puede estar bien durante mucho tiempo e irse al diablo de golpe.

—Apuesto a que si todos tuviéramos un doctorado en «teoría de la complejidad» —dijo Esteban—, nos la explicarías igual.

Nollie era de esa clase de sabelotodos a los que Esteban no podía soportar. Después de Over the Hill, no le dejaba pasar ni una a nadie por el mero hecho de ser viejo.

—La teoría de la complejidad en sí no es tan compleja —dijo Nollie, en tono agradable, sin morder el anzuelo—. A medida que los sistemas se vuelven más complejos, se vuelven también exponencialmente más inestables. Pueden seguir funcionando alegremente, y complicándose cada vez más hasta que una alteración minúscula da al traste con todo. Como esos castillos de naipes, en los que añades una reina de corazones y de golpe se te caen las cincuenta y dos cartas. O los malabaristas que pueden tener hasta diez pelotas en el aire, pero no once. Alimentar, dar empleo y abastecer de agua a nueve mil millones de personas, y subiendo, es el sistema más complejo de todos. Nunca se sabe cuándo el último bebé hará caer al suelo todas las bolas que hay en el aire.

—Eso es absurdo —dijo Esteban.

—¿Absurdo? —dijo Nollie con suavidad—. *La gota que colma el vaso* es la teoría de la complejidad resumida. La economía, por ejemplo... La misma idea. Enormemente compleja, enormemente inestable. No hace falta ser un genio. Y hay otra regla: los sistemas complejos se derrumban con consecuencias catastróficas. Mirad por la ventana.

—Eso no es nada —dijo Willing.

El grupo se volvió hacia el chico.

—¿Te importaría explicarte mejor? —preguntó Nollie.

—No.

El misterioso dictamen de su hijo daba miedo y Florence se sintió aliviada cuando sonó el fleX.

—¡Papá! Supongo que quieres saludar a Nollie. La tengo a mi lado.

—Supongo, pero lo que de verdad quería era preguntarte si has hablado con

la Gran Mimi.

Su padre parecía agobiado. ¿Pero acaso no lo parecía siempre?

–Hace tiempo que no hablo con ella, ¿por qué?

–No consigo ponerme en contacto con tu abuela. Le ordené que llevara siempre un fleX, pero nunca lo enciende. Pero mi madre es uno de los últimos bastiones con línea fija, y lleva semanas sin contestar. Puede que haya salido, y como el buzón de voz está lleno, es posible que no preste atención. Pero ahora la línea está muerta.

–Pero la línea fija está muerta en general. Las compañías de telecomunicaciones no mantienen la red. No me preocuparía demasiado. Tiene una empleada que vive con ella.

–Cuando fue a vivir con mamá, Margarita parecía tener mucha energía y era eficiente, pero de eso hace ya quince años. Ella también está ya muy vieja.

–Si tanto te preocupa, a lo mejor deberías ir a verla.

–No puedo, ése es el problema –dijo su padre, irritado–. No tienes ni idea de lo que tenemos montado aquí. Digo *tenemos* por decir algo. Tu madre se encierra todo el día en la Habitación Silenciosa y tengo que rogarle que haga de niñera sólo para poder ir corriendo a comprar leche.

–¿El Gran Hombre no es capaz de cuidar a su mujer?

–No tiene tanta fuerza. Puede ponerse violenta y él se ha vuelto muy pasivo. Sin inversiones que gestionar, papá ha perdido todo sentido de finalidad. Llama por el fleX, navega un poco por la red, pero es raro que se levante de la silla. Probamos a dejarlos solos una tarde y cuando volvimos parecía que hubiera pasado un tornado. Ya nos has invitado varias veces a cenar. ¿Por qué crees que no hemos aceptado?

Florence se fue discretamente a la cocina.

–Yo trabajo todo el día, tengo un hijo, un marido en el paro y un inquilino que no tiene un centavo, por no mencionar a tu hermana..., que, por lo que veo, ocupa mucho espacio. Toda la casa, vamos. No va a resultarme fácil encontrar tiempo para otra misión asistencial. ¿No podría ir Nollie?

–¡Buena suerte si va! –se mofó Carter–. Esas dos llevan treinta y cinco años sin hablarse.

Florence prometió que alguien iría a ver qué pasaba con la Gran Mimi. La llamada terminó antes de que se diera cuenta de que su padre ni se había molestado en pedir que se pusiera Nollie. Desde que tenía en casa a su padre

y a su madrastra, vivía en un estado de ira constante, y parte de esa rabia parecía dirigida contra Nollie. La pose de víctima daba pena. Tras descuidar su propia vida para cuidar a unos padres ya mayores, daba la impresión de ser cruel.

Cuando volvió al banquete, Willing estaba dirigiéndose a su tía abuela con una atención desconcertante.

—Ésa no puede ser la verdadera razón. No te irías de Francia simplemente porque no le caes bien a la gente. Al fin y al cabo, debes de estar acostumbrada.

—¡Ja! —exclamó Nollie—. En eso tienes razón. Supongo que hubo más cosas. Tiendo a estar en el lugar de la acción. Soy escritora. Me gustan las historias.

—Mamá dice que ya no escribes nada.

Nollie sonrió.

—Tú tampoco dejas de hacer lo que quieres para congraciarte con los demás, ¿verdad? En cuanto a escribir... Pues no, no le veo el interés. Pero hay cierto modo de pensar que no se pierde.

—Los Estados Unidos no son un buen lugar para vivir —dijo Willing con pesar—. Tendrías que haber seguido lo más lejos posible de aquí.

—He sido una expatriada muchos años —reflexionó Nollie—. Siempre pensé en que no me molesté en tener la nacionalidad francesa porque era demasiado lioso pasar por el aro de la burocracia. Cuando el dólar se hundió, me di cuenta de que mis pocas ganas de jurar fidelidad a Francia tenían que ver con algo más profundo que la pereza. Es extraño, porque no creo en los nacionalismos. Siempre he desdeñado el patriotismo, me parece un fanatismo ciego y sin sentido. Aquí no me quedan muchos amigos, y tampoco he estado muy unida a la familia. Pero me sentía rechazada. No puedo evitar... preocuparme. Ha sido insoportable contemplar desde lejos lo que ha ocurrido este último año.

—Eres norteamericana —tradujo Willing.

—Y siempre lo seré para los europeos. Es posible que esté cansada de luchar contra eso.

A Willing no pareció satisfacerle la explicación.

—Creo que estás loca —añadió, y se cortó otro trozo de camembert—. Este queso no va a durar mucho... ¿Y después qué?

El día siguiente por la tarde, Florence, al volver del trabajo, se encontró una furgoneta bastante grande aparcada en doble fila delante de su casa. Un centroamericano corpulento estaba descargando cajas en la acera y Willing se encargaba de arrastrar los bultos y entrarlos en la casa. Tras una rápida inspección a la luz de la farola, Florence comprobó que todas las cajas iban dirigidas a Enola Mandible, c/o Florence Darkly. Garabateadas en un lado de la caja de arriba, las letras: MVTQ, ER-RU.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Nollie, que supervisaba la operación—. Primero el queso, ¿ahora beicon, lechuga, tomate y mantequilla de cacahuetes?

Su tía rió.

—*Más vale tarde que.* La edición británica en rústica.

Florence no la había leído. Al comienzo de su adolescencia, todo el mundo parecía estar leyendo el bestseller de Enola Mandible, menos su familia. A primera vista, MVTQ parecía dominar el envío: MVTQ, TD-PORTUGUÉS; MVTQ, TRD-SERBIO; MVTQ, CLB L-FLAMENCO.

—Como has podido ver —dijo Florence, escogiendo cuidadosamente las palabras—, en esta casa ya no cabe nada más.

—Oh, dejé en Francia todas las sillas y un montón de chismes, y también la mayor parte de mi guardarropa. Pero los libros no los iba a dejar.

—¿Todo esto son libros? —A Florence la dejaba estupefacta ver que alguien pagaba para transportar algo tan superfluo. Su padre ya le había contado que el Gran Hombre había embalado su biblioteca con la ridícula esperanza de que papá guardase todos esos anacronismos en su casa. Sin embargo, mientras descifraba las etiquetas escritas con rotulador negro —FV = *Familia virtual*; VAR = *Ventaja al resto*; DCAS = *De la cuna a la sepultura*; TED = *El tiempo es dinero*—, registró, atónita, que eran ejemplares múltiples de los *mismos* libros, la mayoría en lenguas que ninguno de los que vivían en esa casa hablaba y que supuestamente la destinataria ya había leído porque ella misma los había escrito. Era difícil de creer la vanidad que motivaba ese envío.

—Tendrás que meterlos en el desván. —Florence se sintió incómoda por tener que dar ese aviso a una persona mayor—. Me temo que ése es el único espacio que puedo ofrecerte.

—Oh, ya nos arreglaremos. ¡Ah, no! Ésa la llevaré yo —exclamó Nollie, interceptando una caja con la etiqueta *En sucio*, y ella misma lidió

posesivamente con la caja en los escalones de la entrada. Florence, a quien *En sucio* le pareció el único buen título del montón, no pudo evitar preguntar.

—Es un término que se usa en artes gráficas para designar los manuscritos originales y sus correcciones de camino a la imprenta —dijo Nollie—. Un material inestimable para los críticos literarios, los biógrafos y los doctorandos. Si los consigues vender a una biblioteca universitaria, esos papeles podrían valer su peso en oro.

Willing y su tía abuela consiguieron milagrosamente embutir las decenas de cajas en largas hileras apretujadas bajo el alero, y Florence las miraba cabizbaja al comprobar que, después de su redecoración para hacer del desván un lugar acogedor, ahora el espacio parecía desordenado y atiborrado. Pero aún más la consternaba que su tía no hubiese digerido todo lo que había estado ocurriendo en los Estados Unidos. Eso saltaba a la vista. Puede que la mujer necesitara realmente una buena dosis del país, donde los «críticos literarios» eran un puñado de cascarrabias que deploraban en línea cualquier montón de páginas que descargaran más de diez personas y a los autores que autoeditaban sus libros y que los reseñaban elogiosamente con nombres falsos; donde la gente estaba demasiado resentida por tener que abandonar sus viejos sueños para leer biografías de predecesores afortunados a quienes se les había permitido hacer realidad los suyos; donde ningún estudiante que se las apañara para seguir estudiando despilfarraría la matrícula en algo tan banal como la *literatura*, mientras, por su parte, las universidades vendían a lo loco precisamente los inmuebles en los que, aunque no era probable, podrían haber guardado los primeros malos borradores de una autora ya mayor y con un solo éxito de ventas en su bibliografía, y que, para más inri, se había exiliado en Francia.

Florence estaba al corriente de las penalidades de su hermana en DC, pero resultaba difícil tomárselas en serio. La vida de Avery siempre había parecido mágica. La hermana menor era la mercenaria, la materialista, la conformista, la conservadora, y de inclinaciones políticas cada vez más derechistas. Nunca había parecido trabajar realmente duro, pero la leche y la miel manaban hacia ella sin esfuerzo: la casa en Washington, los coches de lujo, las cenas opulentas, los tres hijos bien espaciados y desbordantes de talentos supuestamente artísticos. Su disparatada consulta terapéutica había contado

con el respaldo de un marido que ocupaba una sólida plaza de profesor en una institución que se encontraba en el corazón mismo del *establishment* de la capital del país. Avery había elegido el camino seguro, la ruta ancha y bien pavimentada.

En suma, su hermana era rica –en el círculo de Florence, una designación permanente que privaba a los así ungidos de cualquier derecho al patetismo–. Florence salía adelante como podía mes tras mes, pero la gente como Lowell guardaba el dinero en botes por toda la casa. Puede que se hubiera quedado sin trabajo, pero las personas como su cuñado encontraban otro. Si Florence se veía obligada a reprimir un rastro de satisfacción al ver que por fin su hermana también tenía problemas, aún más tenía que esforzarse para apreciar que los problemas eran reales, que eran serios, que no tenían solución.

–Vamos a vender la casa –dijo Avery, sin siquiera decir hola.

Con el absurdo cargamento de Nollie acabado de instalar en el desván, a Florence la decepcionó que su hermana fuese tan directamente al grano por flexface. Se moría por contarle el descaro con que la tía Nollie, la delirante, esperaba que una prestigiosa biblioteca universitaria comprara sus papeles.

–Bueno, hacer recortes no es mala idea, ¿verdad? –supuso Florence–. A Savannah le falta poco para empezar la universidad...

–Savannah no va a ir a la universidad.

–Creía que habías dicho que aceptaba el ingreso aplazado.

–Eso es una ficción, y nosotros no estamos *recortando* nada.

En comparación con sus cavilaciones contemplativas de antaño, el discurso de Avery era ahora una áspera declaración.

–¿Y para qué os vais a mudar si no...?

–Si-no-ven-de-mos-la-ca-sa –dijo Avery, separando las sílabas del *staccato*–, nos enfrentamos a la ejecución de la hipoteca. Por eso nos mudamos.

La frustración de su hermana hizo que Florence se preocupara por la posibilidad de que cierto lado suyo bromista pudiera haber contaminado hasta ahora sus conversaciones –en las que nunca había esperado oír una palabra como *ejecución*–. Perpleja, dijo, en tono neutro:

–Entonces, ¿cuál es el plan?

–Por suerte la vivienda se ha valorizado. Pero no tenemos capital aparte de ese aumento del valor. Y una parte de ese dinero lo confiscarán para cubrir los intereses impagados.

–Pero podéis usar lo que os quede para dar la entrada de algo más barato, ¿no?

–¡Florence, eres una idiota! ¡No se da entrada cuando no puedes conseguir una hipoteca!

Si las dos hermanas hubieran estado en la misma habitación, Florence habría retrocedido un paso. Todo lo que decía parecía enfurecer a Avery, y la pregunta siguiente obtuvo la misma reacción:

–¿Por qué no podéis conseguir una hipoteca?

–¡No tengo trabajo! ¡Y mi marido tampoco! ¡No tenemos ingresos aparte del mísero subsidio de desempleo de Lowell! ¿Qué banco va a darnos un crédito de, pongamos, un millón de dólares?

–¿Tú no cobras el paro...?

–¡No se cobra si trabajas por cuenta propia! ¡Florence, la verdad es que tendrías que empezar a prestar más atención a esas cosas! Tengo tres hijos. Y sólo comemos pan de carne. En el instituto, a Goog no hacen más que darle palos. Es un blanco fácil porque no habla español.

–Habría sido una buena idea alentarle a estudiar...

–En los *viejos tiempos* no era *ilegal* aprender *alemán* en lugar de español. La lengua de *Goethe*, de *Günter Grass* y de *Bertolt Brecht*, y a él le gusta. Un idioma que, por cierto, tampoco enseñan en el Roosevelt. Por lo que sé, en ese instituto no enseñan nada salvo la letra de «Guantanamera» y a darle mamporros a un chico con la contención necesaria para que al día siguiente pueda volver para seguir dándole.

Florence decidió que ése no era el momento para hablar de la insensibilidad racial de su hermana.

–Entonces, ¿podrías alquilar durante un tiempo?

–Los propietarios no van a querer un matrimonio sin trabajo. Sólo enseñándoles el dinero que saquemos por la venta de la casa, tal vez. Pero no duraría mucho, porque los nuevos alquileres están por las nubes. Lo mejor sería aguantar un tiempo hasta que la economía se recupere.

Avery se había controlado y ahora empleaba un tono más razonable, suplicante incluso.

–¿Dónde, por ejemplo? –preguntó Florence con cautela.

–Lo ideal sería algo urbano. Donde Lowell pudiera pillar cualquier plaza vacante en alguna universidad.

–¿Y cuáles son sus posibilidades de encontrar trabajo?

–¿Ahora mismo? –Pese a que su tono volvía a parecerse a un gruñido, Avery seguía intentando controlarse—. Desastrosas. La ironía la he visto claramente un poco tarde... Los economistas tienen poca utilidad económica. Y Lowell no sirve para otra cosa. Tengo que hacerlo todo. He sido yo la que ha encontrado un comprador interesado en la casa.

–¿Quién puede permitirse comprar una propiedad como ésa a menos que cometiera alguna estafa antes de que este país quebrase? He oído decir que los magnates con conexiones en el Congreso se forraron.

–Lamento no estar de acuerdo con tus teorías de la conspiración. Son de izquierdas. ¿Quién puede comprar una bonita casa norteamericana, en serio? Un tío de Shanghái. Los asiáticos están comprándolo todo. No sólo inmuebles residenciales, empresas también. Monumentos. Cualquiera día de éstos veremos el Monumento a Mao en medio del Mall.

Florence suspiró.

–¡Y después hablas de teorías de la conspiración! Papá dice que ya pasamos por lo mismo en los años ochenta... con los japoneses... Oh, esos ojos rasgados están quedándose con todo, van a comprar el Rockefeller Center... Pero míralos ahora.

–Florence. –En el silencio que se produjo a continuación resonó una advertencia... *Florence, prepárate*—. ¿Te importaría...? Sólo durante un tiempito. ¿Te parecería bien que nos fuéramos a vivir con vosotros?

En el silencio de Florence, el horror.

–Llevaríamos el dinero –prosiguió Avery—. No seríamos una carga. Ayudaríamos con los gastos. Y todo está volviéndose tan raro. Quizá deberíamos estar más unidos, todos como una sola familia, formar una piña. Florence. Ya le he preguntado a papá por la posibilidad de irnos a Carroll Gardens, y dijo... –a esas alturas, Avery estaba ahogándose– y dijo que no. Vive despotricando contra Luella.

A Florence le daba vueltas la cabeza. El dinero de los Stackhouse habría sido más tentador si Nollie no le hubiera dado discretamente un sobre con billetes para los gastos esa misma mañana.

–Pero nosotros sólo tenemos dos dormitorios y ya no cabe nadie más. Con un inquilino, por llamarlo de alguna manera. Y Nollie... No es necesario que os quedéis en la ciudad, ¿verdad? ¿Has pensado en Jarred?

–También se lo pregunté a Jarred –dijo Avery, en tono sombrío—. Me dijo que si se lo hubiera pedido antes, a principios del verano... Pero que después

contrató a unos peones, unos «temporeros», y que ahora no quieren irse. Con las familias y todo. ¡Escalofriante! Por lo visto, no había sido ésa su idea. Ahora tiene siervos y, al mismo tiempo, es un rehén. Dijo que llegó a apuntarles con un rifle y que se rieron. Sabían que no iba a dispararles. No podría llevar a los chicos a su granja aunque dijera que cuantos más seamos, más felices viviremos. No me parece un lugar seguro.

—¿No habéis pensado en hablar con la familia de Lowell? ¿Por qué ha de ser éste únicamente un problema de los Mandible?

—Mis suegros también tienen sólo dos habitaciones, en Fort Lauderdale. Y acaban de instalarse mi cuñado con su mujer y sus dos hijos. Todos se quedaron sin un dólar... Gracias a los consejos sin par de mi marido para invertir.

—No le haces ningún favor a tu matrimonio culpándolo de esa manera. — Florence estaba dando rodeos para ganar tiempo—. No fue él personalmente quien dejó de pagar la deuda de este país.

—Lo siento, pero el impulso de echarle la culpa a alguien al que puedes ponerle las manos encima es irresistible. En estos días, cargar con los pecados del mundo es lo único constructivo que puede hacer Lowell.

Alguna que otra vez, cuando uno tiene mucho en juego, como convertir una pesadilla breve y tranquila en un mal sueño largo y descontrolado, el cerebro funciona de verdad.

—¡Oye! ¿Por qué no lo intentas con la Gran Mimi?

La inspiración la alivió tanto que de repente Florence se sintió débil.

—Pero si apenas la conozco... —balbuceó Avery—. Siempre ha sido tan distante...

—Como dijiste antes, esto es un asunto de familia, hay que unirse. Y ella tiene dos dormitorios donde sólo acumula polvo. Ahora tiene..., no sé bien, ¿noventa y cinco, noventa y seis? Pero sabe en qué mundo vive y debe de tener alguna idea de lo que está pasando. Preguntarle no es para tanto... Aunque sea algo privado.

Mientras seguían analizando esa sugerencia, las dos hermanas se relajaron. Era un buen plan. Los Stackhouse sólo debían limitarse a ser reservados y respetuosos. Margarita, la cuidadora de la abuela, era una mujer de buen corazón, más una compañía que una enfermera, y sin duda comprendería que se trataba de una emergencia de la familia Mandible.

Sin embargo, cuando Florence planteó la idea durante la cena, Willing se

mostró escéptico.

–¿Y por qué debería dejarlos ir a su casa?

–Porque mi abuela es parte de nuestra familia –repitió Florence, con un sentimentalismo que ni ella misma se creía–. Estamos hablando de su nieta y de sus bisnietos.

–No tengo la impresión de que sienta que tiene alguna relación con nosotros. Siempre me ha mirado como si yo fuera una lámpara de pie.

–Willing tiene razón –dijo Nollie–. Mi madre puede ser un bloque de hielo.

–A mí nunca me habla –dijo Willing–. Sólo cosas como... *¿Quieres una galleta?* Y así.

La Gran Mimi cumplía con sus obligaciones familiares dando un cóctel bastante formal en Nochebuena todos los años, y siempre había parecido feliz cuando veía que los niños se pegaban a sus padres. Ella apenas podía esforzarse para atender a sus nietos adultos, y preocuparse por otra generación más ya habría sido demasiado.

–Creo que lo mejor que puedo hacer es largarme –dijo Kurt–. Hacer espacio para tus parientes de sangre.

–Aunque estuviera dispuesta a dejarte en la calle –dijo Florence–, de qué me serviría perder un huésped y ganar cinco.

–No *nos* servirá para nada –dijo Esteban, irritado; él siempre se fijaba muy bien en los pronombres que empleaba en relación con una casa cuya escritura seguía estando a nombre de Florence. Ahora, con invitados a cenar que no le importaban nada, estaba susceptible, punto.

–¿Nollie? –imploró Florence–. Te dije que mi padre espera que vayas a ver cómo está la Gran Mimi y no te entusiasmó la idea. Pero ahora podrías ir a verla con una misión. Lo mejor de todo es que no pides nada para ti.

–Yo sería la peor emisaria posible para ir a hablar con esa mujer. En nombre de quien fuere.

–Tu aspecto podría surtir efecto –insistió Florence–. Pondría de relieve que estamos viviendo unos tiempos excepcionales que requieren medidas excepcionales.

Nollie se encerró en sí misma. Parecía inquieta. Era extraño ver que una mujer de setenta y tres años pudiera tener miedo a su propia madre. Pero tras apelar lo suficiente a su «valentía» legendaria –una manera de manipularla–, Nollie transigió.

Nollie se puso en marcha animada por un espíritu de firme determinación. Con su reputación de mujer intrépida, insistió en ir en autobús hasta la parada del metro en Jay Street, aunque, visto el abultado sobre de la mañana anterior, podría haberse permitido sin problemas un taxi. Fue un domingo por la tarde y, después de machacar a su tía con un montón de instrucciones, a Florence la alegró por una vez que la mujer fuera tan pobremente vestida. El transporte público estaba volviéndose arriesgado. Esas zapatillas y esos tejanos anónimos reducían la probabilidad de que la importunaran. Florence estuvo a punto de pedirle a Esteban que le hiciese de escolta, pero hacerlo habría parecido condescendiente, y si madre e hija se enzarzaban en un *tête-à-tête*, el pobre podría tener que esperar durante horas.

Sin embargo, Nollie regresó mucho antes de lo esperado. Para volver sí prefirió un taxi, del que bajó temblando, mirando como una posesa a un lado y a otro de la calle mientras se guardaba el cambio en el bolsillo. Cuando Florence se apartó de la ventana, Nollie entró, echó el pestillo y puso la cadena antes de ir a buscar a toda prisa la botella de coñac.

–Bueno... –dijo Florence–. ¿Qué tal te ha ido?

Nollie se hundió en el sofá como si quisiera esconderse, con los pies debajo de los muslos y apretando la copa contra el pecho. Parecía una niña de seis años con progeria.

–¿Fue mala contigo? ¿De verdad podría guardarte rencor por *Más vale tarde que* tantas décadas después?

–No tengo ni idea –respondió Nollie como un robot.

Willing bajó sin hacer ruido y se sentó en el tercer escalón para escuchar a escondidas.

–Has vuelto increíblemente pronto –recalcó Florence–. ¿No estaba?

–No estaba. –La rigidez de Nollie no transmitía la experiencia de haber tocado el timbre sin que nadie fuera a abrirle.

–¿Estarías dispuesta a... intentarlo otra vez? La familia de Avery tiene que irse de esa casa dentro de unos días...

–No podemos volver a intentarlo.

–Pero, Nollie, ¿qué ha pasado? ¿Te lo tengo que sacar con sacacorchos?

Willing se acercó silenciosamente a la puerta.

–Dijo que le gustan las historias. Las historias que no cuentan lo que ha pasado. Si cuentas el final, no es una historia.

Nollie miró a su sobrino nieto.

–Ya no estoy segura de que me gusten. Las historias reales. Creo que a lo mejor sólo me gustan las inventadas, las falsas. O sólo las historias reales sobre alguien que no soy yo.

Willing se volvió hacia su madre.

–¿Lo ves? Sigue haciéndolo. Carter dice que tu tía es una escritora «de pacotilla». Que sólo escribió un «éxito de ventas en el que sacaba a relucir un montón de trapitos sucios y que fascinó a los círculos literarios cuando había círculos literarios». Pero yo creo que es una buena escritora. Creo que tiene pasta de escritora.

Florence se sonrojó.

–Nollie, por favor, no te tomes a pecho los comentarios de mi padre. Willing está citándolo inmensamente fuera de contexto.

–Me conozco el contexto –dijo Nollie–. Sé lo que Carter piensa de mi obra. Y si no lo supiera, le estaría agradecida a Willing por dármelo a conocer.

Como al parecer esos dos ya se entendían bien, de pronto Florence se dio cuenta de lo que debía de sentir Esteban a veces: celos.

–Sigue –dijo Willing.

–Manhattan me dejó atónita –dijo Nollie, y se echó al colete un buen trago–. Todos esos pordioseros... Muy agresivos, además. Amenazadores. Cuando vivía en el Upper West Side, los vagabundos eran locos. Ahora los veo bastante cuerdos, pero rencorosos. Y eso me sorprendió, porque el rencor es peor. Los locos están encerrados en su mundo y su energía no para de dar vueltas y vueltas, como en una mezcladora. Pero esta bilis de ahora es un dardo apuntado hacia los demás.

»Vosotros ya estáis acostumbrados, pero para mí... Familias enteras acampando en el centro de la calzada, y en pleno Broadway. Y todas esas tiendas cerradas. Los restaurantes siguen abiertos, pero con las persianas bajas. En Europa, las noticias no dicen qué significa ahora andar por la calle. Esto, más que Nueva York, parece Lagos.

»Me bajé una estación antes, en la calle Setenta y nueve. Pensaba ir a Zabar's para llegar con el bacalao negro ahumado que prefiere mi madre, un regalo para sellar la paz. Zabar's está en la Ochenta y uno con Broadway desde hace cien años. Yo iba a comprar mostaza de grano entero y esponjas expansivas desde que era niña. Pero unos vándalos han destrozado la tienda. Alguien pintarrajeó un grafiti en el contrachapado. CÓMANSE SU SALMÓN. Si hasta pensé que era ingenioso. Después decidí no llevarle nada.

»En el edificio de mi madre ya no hay portero. Por suerte tenía las llaves, que he llevado por toda Europa desde 1996. –Nollie se volvió–. Mira, yo no quise ser tan dura, Florence. Nunca me he resignado a no volverla a ver. Las dos somos tan testarudas..., nos regodeamos con nuestros rencores. Pero generar toda esa rabia, año tras año, me ha agotado. Y ahora toda esa enemistad no sólo me parece agotadora, sino también agotada. Hace mucho tiempo que me parece un poco estúpida.

–Todos adultos a los setenta y tres –dijo Florence–. Eso nos da esperanzas a todos.

–No veas la mugre que había en el suelo. Todos los buzones abiertos. En el 58 había un ejemplar del *Foundation Journal*, pero el número era de septiembre. El ascensor no funcionaba y no tuve más remedio que subir por la escalera. De repente, un tipo tropezó conmigo, con fuerza, como si lo hiciera a propósito. Llevaba la ropa hecha un asco, con una excepción. Un fedora immaculado. *Qué raro*, pensé, porque cuando yo era pequeña mi padre tenía uno exactamente igual.

»Cuando toqué el timbre, ya temblaba. No tenía ni idea de cómo me recibiría, llegando yo así, sin avisar. No quería que le diese un ataque al corazón. Y también me preocupaba otra cosa. ¿Y si no se ponía al teléfono porque había tenido un grave problema de salud?

–Si la Gran Mimi estuviera en el hospital, alguien... –dijo Florence.

–No me refiero a esa clase de problemas. Lo que quiero decir es que no me puse a temblar sólo por temor a que pudiera seguir negándose a hablar conmigo, o porque pudiera estar indispuesta. Sentí que algo no encajaba. Toqué el timbre y alguien abrió la mirilla. Vi un ojo. Pero no era de mi madre.

–Margarita... –dijo Florence.

–Después la mirilla se cerró y giró, como si alguien la moviera. Pero no abrieron la puerta. Toqué el timbre otra vez y oí risas al otro lado. Voces de gente joven. En ese momento volvió el hombre de la escalera, el del fedora, con una botella de ginebra. Me hizo a un lado de un empujón y dijo: «¿Tiene algún problema, señora?» Sacó un llavero y reconocí las llaves. Atadas con un lazo rojo del Día del Donante de Órganos. Tenían que ser las de mi madre. Ese hombre no tenía cara de donante de órganos, a menos que tuviera la intención de donar los órganos de otro.

–A lo mejor ahora tiene inquilinos –dijo Florence.

Nollie hizo caso omiso de la ridícula teoría de su sobrina.

–Me conozco y sé que no me cuesta mucho meterme en líos. Soy temperamental. Gerard, mi último ex, me dijo que tenía que aprender a contenerme. Que no tengo ni idea de lo menuda que soy, de lo vieja que soy, y que no soy tan fuerte como creo ser. Gerard dijo que tenía que aprender a *acobardarme*. Cuando ese hombre se puso a intimidarme en la puerta, pregunté: «¿Dónde está Mimi Mandible? Éste es el apartamento de mi madre y he venido a ver si se encuentra bien.» Y él dijo «Mimi Mandible» como si fuera el nombre más cómico y estúpido que hubiera oído en la vida. Le insistí para que me explicara qué estaba haciendo ahí, y me dijo algo como «Váyase a la mierda, vieja loca». Después me dio un empujón y caí al suelo.

–¿Estás bien? –preguntó Florence.

–Dolorida, pero entera. Mientras yo seguía en el suelo, se quitó el fedora con un gesto de falsa caballerosidad y repitió «¡Mimi Mandible!» antes de entrar. A nadie nunca el nombre de mi madre le había parecido tan gracioso.

»Tendría que haberme ido en ese momento, ahora me doy cuenta. Pero estaba tan enfadada... El apartamento 58 es mi casa... Y en cierto modo que me desterrasen de esa casa hace ahora más de treinta años la hace más mía. Pensé que ese lugar ya me lo habían quitado una vez. Dos veces es intolerable. De pequeños, Carter y yo corríamos por esa escalera. Crecí al otro lado de esa puerta y el apartamento está lleno de cosas de mi madre, sus joyas, su perfume, sus hermosos zapatos. Calzamos el mismo número. Algún día todo eso debería ser mío, recuerdos de mi infancia, de mi madre. Llevo décadas aferrada a la idea de que fue ella la que comenzó la pelea y que me debe una disculpa, un gesto de humildad. Después de vivir tantos años con papá, estoy segura de que mi madre debería apreciar más que nadie la importancia de un libro y saber que el arte tiene prioridad sobre los sentimientos. –Si Nollie estaba burlándose de alguien, se burlaba de sí misma–. Bueno, da igual, de repente me pareció todo tan destructivo, tan inútil. Ni siquiera a mí me importaba mi libro, ningún libro. Tenía que entrar ahí. En mi imaginación me vi rescatándola de ese degenerado que se burlaba de su nombre. Mi madre me abrazaba con fuerza y me perdonaba.

–Usaste tus llaves –dijo Willing.

–Todo ocurrió muy rápido, pero lo que vi fue suficiente... Ojalá no hubiera visto nada. La casa está destrozada. Basura, sándwiches resecos, jeringuillas en el suelo. Alguien estaba durmiendo en el pasillo, quién sabe, a lo mejor

estaba colocado, cubierto con una de las alfombras persas de mamá. Una chica desnuda de cintura para abajo pasó vestida con jirones del armiño de mi madre. Me miró a la cara, pero no me vio. La casa estaba helada, supongo que han debido de cortar los suministros. Y apestaba. Vi trozos de la porcelana de la boda de mis padres, llenos de pegotes, el vaso para las votivas con el borde de plata... Añicos por todas partes. Me dio la impresión de que habían usado la colección de jarrones de mi madre para jugar al fútbol; había pedazos de esos jarrones rodando por el pasillo. Desde la entrada a la sala vi que había más gente joven, la mayoría borrachos, colocados, groguis... La tapicería color crema cubierta con algo que parecía un vómito. Carter y yo nos metíamos en un lío tremendo si alguna vez comíamos chocolate sentados en ese tresillo.

–Dime que pudiste salir –dijo Florence.

–Sólo estuve en la puerta unos segundos. El hombre del fedora salió al pasillo y se fue para el comedor mientras se bebía la botella de ginebra. Con la mirada encendida, vino corriendo hacia mí, como si fuera a atacarme. Entonces cogí un trozo de un jarrón que vi junto a mis pies, el art déco con picos de cristal, que siempre me pareció feo, y se lo arrojé. Sólo le di en la rodilla, pero creo que le dolió. Después me fui por piernas. Cuando mi hermano y yo corríamos por esa escalera, yo siempre ganaba la carrera. Ni siquiera me volví para ver si ese hombre me seguía, simplemente seguí corriendo hasta Broadway y paré un taxi. Finalmente, cincuenta años de aburrida gimnasia han demostrado servir para algo.

La historia parecía haber agotado a Nollie más que el esprint.

–Deberíamos llamar a la policía –dijo Florence.

–Ya lo hice –dijo Nollie con voz cansina–. La operadora prometió enviar a alguien, pero no estoy convencida de que lo hiciera. La mujer me avisó de que hoy día abundan los incidentes con «okupas», y cuando le dije que mi madre tenía noventa y seis años, la oí perder todo interés. Que la policía estaba «trabajando al máximo de su capacidad», dijo. Y que tenían que «priorizar».

–En el cole –dijo Willing– todo el mundo dice que contactar con la policía es una pérdida de tiempo. A los polis lo que más les obsesiona ahora es protegerse a sí mismos.

–¿Qué habrán hecho con la Gran Mimi? ¿Y con Margarita...? –dijo Florence.

–Creo que da miedo de sólo pensarlo –dijo Nollie.

–Pero ¿cómo se meterían ahí unos desconocidos?

Nollie se encogió de hombros.

–Debe de ser fácil seguir a dos viejas cuando vuelven a casa con la compra. ¿Nunca te sientes vulnerable cuando abres la puerta de la calle? Estoy segura de que a partir de ahora sí.

–Nollie tiene razón –dijo Willing–. No podemos volver allí. No sin un arma.

–¡Willing! –lo reprendió Florence–. ¡En esta familia no tenemos armas!

–Debería haberme tragado mi orgullo en los años noventa –dijo Nollie– y reconciliarme con mi madre. Pensaba que negarme a lamentar haber escrito la novela que me dio fama era una cuestión de integridad artística. Pero era tozudez, sólo tozudez. La verdad es que en *MVTQ* el retrato que hago de la madre no es halagüeño. Sé que personalmente no apreciaría que alguien publicara que soy «tan sexy como una sardina muerta» y que lo leyera todo el mundo. Nunca tuve la necesidad de negar el libro, algo que, de todas maneras, es imposible. Lo único que alguna vez tenía que decir era que lamentaba haber herido sus sentimientos... No me habría costado nada. – Nollie se levantó para servirse otro dedo de coñac–. Cometí un error tremendo.

–El error –dijo Willing– fue no llevar una pistola.

10. LOS REVESES NUNCA HACEN AFLORAR LO MEJOR DE LA GENTE

En teoría, Avery aceptaba que los bienes materiales eran una preocupación trivial en momentos difíciles como el que estaban viviendo, y que lo único importante era la seguridad de su familia. En las películas de catástrofes, los personajes competentes no se quedan titubeando en los edificios en llamas para salvar el sofá. Sin embargo, esperar que le diese igual dejar tirado un sillón de seis mil dólares equivalía a suponer que se podía ir a Ajustes del fleX y seleccionar «Conviértase en una persona completamente diferente».

De ahí que llegara a hartarse de dar vueltas en los mismos círculos. No podían presentarse en la casa estrecha y deprimente de Florence con una furgoneta cargada de muebles de lujo. Podían dejar sus cosas en un guardamuebles, pero los gastos mensuales aumentarían, y ya tenían bastantes. Un pajarito les había contado que una familia del barrio, también obligada a vender a un asiático oportunista —¡toma! Lo había dicho, aunque sólo mentalmente—, había pasado por todo el lío de almacenar sus cosas, algo que daba tantos problemas como mudarse, y que después dejaron de pagar la cuota mensual y acabaron perdiéndolo todo.

Los Stackhouse podrían haber montado en el patio un mercadillo gigantesco o contactado con una de esas empresas que vacían pisos, pero en DC ya no cabían más objetos, fueran de la clase que fueren; era un mercado de compradores *in extremis*. Nadie quería unas mesas auxiliares a juego de madera de mango, aunque la gente sí aguzaba los oídos si alguien mencionaba una bolsa de arroz de dos kilos y medio. En los campamentos que proliferaban a orillas del Potomac, los que no tenían casa dormían en colchones Posturepedic de primera calidad recogidos de los bordillos. Meter las manos en matarratas podía suponer un reto, pero la gente de la calle podía elegir vasos de whisky Waterford de cristal tallado y usarlos para beber; en los enormes mercadillos improvisados que habían aparecido por toda la ciudad se podían comprar cristalerías enteras por diez pavos. En tono inquietante, Belle Duval había reflexionado una vez sobre el desconcertante descubrimiento de encontrarse en buena situación económica: por encima de

un umbral asombrosamente bajo de necesidades primitivas, en realidad «no hay tanto que comprar». Dado que a la gente pudiente le daba igual y compraba todo lo habido y por haber, los detritos de gama alta que inundaban las ciudades norteamericanas recordaban lo que Belle había querido decir, a saber: lo que no sacia el hambre o te protege de los elementos, es basura.

En consecuencia, la única opción inteligente era aceptar la ridícula oferta del comprador por el «contenido», pues el agente inmobiliario les había aconsejado que, si no lo hacían, podrían cobrarles por retirar sus cosas. También emocionalmente era más sencillo dejarlo todo que aferrarse a una sola mesita auxiliar y dejar la gemela. Cerrar de una vez la puerta y marcharse evitaba, al menos a los niños, una confrontación estilo *La decisión de Sophie*, y Avery había conseguido que Bing se tragara la idea de que comenzaban una «aventura», una mentira piadosa para la que, desgraciadamente, los dos mayores eran demasiado espabilados.

No obstante, en cuanto aceptó el carácter inevitable de la desposesión casi total, se sintió increíblemente fuerte –no sólo más aliviada, menos agobiada, sino fuerte, como si estuviese tirando escritorios y somieres igual que una superviviente de un terremoto con un subidón de adrenalina–. También sintió la necesidad de reflexionar sobre el significado de la palabra *bien*: un objeto que custodiamos, pero también un espectro que nos custodia. ¿Había sido dueña alguna vez de esas mesas auxiliares de madera de mango o las mesas la habían reclamado como de su propiedad?

Entretanto, ahí seguía Lowell, desesperado y delegándolo todo en ella: tirar a la basura productos de limpieza usados parcialmente; escoger los cinco mejores pares de calcetines de un cajón en el que guardaba treinta; recordar que, pese al histórico momento de agitación que atravesaban, les exigían conservar las cuentas de los últimos siete años por motivos fiscales; dar de baja los servicios y, por último, pasarse por la sede del Ejército de Salvación aunque sólo fuese para que le dijeran que las organizaciones de beneficencia estaban ahogándose en artículos domésticos donados y luego ver que sus utensilios de cocina, las herramientas de jardín, la ropa de cama, las decoraciones navideñas y la mayor parte de su vestuario acababan en la basura. También le encargó que averiguase dónde quedaban las pocas gasolineras que aún funcionaban, para llenar el depósito durante el viaje a Nueva York. Así, su antes afable marido podía seguir enclaustrado en su despacho, enfundado sólo en un albornoz, dándole al fleX y afirmando que

alguien tenía que presentar un «contraargumento» a las tesis de Ryan Biersdorfer y «restablecer la confianza». Pero un profesor universitario desaseado, despeinado y sin trabajo no iba a restablecer la confianza de nadie, y mucho menos la de su mujer. No eran buenas épocas para *escribir*.

Así pues, en general, a Avery la asombraba no estar más angustiada. Pues la necesidad es la madre de la autorreinvención. Se despertaba pronto sin necesidad de poner el despertador. Un nuevo ímpetu caracterizó sus últimos días en la calle Treinta y seis Noroeste, un empuje que ni siquiera la firme determinación de encontrar chuletones de ternera jamás le había dado. Apartada durante mucho tiempo de los infortunios gracias a una consulta próspera y a un cónyuge con un sueldazo, se sentía como si se hubiera echado encima un edredón en una casa con la calefacción demasiado alta. Un clima apacible había sido la constante a lo largo de la mayor parte de su vida adulta y, de repente, el aire de finales de noviembre la golpeaba con fuerza contra la piel. Las cosas parecían volver a tener importancia. Parecía tener importancia el modo en que pasaba el tiempo y lo que les decía a sus hijos. Claro, era tentador preguntarse si, mientras la gente como ellos seguía meditando ociosamente sobre si debía forrar el reposapiés con una tela marrón topo o malva, los ahora marginados vivían vidas reales y tomaban decisiones reales y mantenían relaciones reales en las que abundaban las fricciones, los gritos y todo lo que importaba de verdad. ¿... Eran los pobres los que más se habían divertido?

Mientras la familia bajaba del Jeep Jaunt (para racionalizar los gastos, habían tenido que vender el elegante GMFord Catwalk de Lowell), la atmósfera fue jovial. Abrazos de oso y saludos alegres recordaban visitas anteriores, cuando los niños eran más pequeños y se morían de ganas de estar juntos con su tía y su primer primo en Nueva York. Tras abrazarse con su hermana, Avery pudo olvidar que no llegaban como huéspedes, sino en calidad de parásitos por tiempo indefinido. Además, desde que se había casado con Lowell la habían etiquetado como la hermana que tenía la vida fácil; la inversión del papel era una liberación. En ese país, la ventaja había significado una clara desventaja social desde que tenía memoria.

Entraron el equipaje por la puerta de la calle y lo bajaron al oscuro sótano, del que habían desalojado a un inquilino que no tenía un centavo; por razones

que se le escapaban, no lo habían echado, sólo lo habían trasladado a la sala. El aire era frío y húmedo. Un colchón doble en el suelo junto a dos camas inflables individuales. La alfombra –una de esas alfombras azules que no pega con nada– era delgada, como de fieltro. En el cuarto de baño no había bañera. Una cocina compacta con un fregadero pequeño y unos fogones..., la mininevera con unas calcomanías horribles (flores blancas y amarillas). Venidos a menos, y en picado. Y pensar que habían tenido una cocina espaciosa y revestida de cuero en Washington DC, con un Mojo programado para preparar pollo a la cazadora. La euforia inicial de Avery se desvaneció, y se vio obligada a disimularlo al instante.

–¿Lo veis? –dijo alegremente a los chicos, que se habían puesto a examinar su nueva casa–. Será como una acampada.

–Odio acampar –dijo Goog.

–¡Mamá! –gritó Bing desde un rincón–. ¡Aquí hay bichos!

–Y huele –dijo Savannah.

–Hemos tenido algunos problemas de humedad –dijo Florence.

–Bah, no le hagas caso a Savannah –dijo Avery–. No puede entender que todos los sótanos siempre huelen un poco a moho.

–El nuestro no –dijo Goog–. Y teníamos una mesa de billar.

–Una pena que no la hayáis traído, pues –dijo Florence–. Podríais haberla usado de cama.

Avery detectó en su hermana una frialdad ensayada, una negativa a dejarse provocar que era nueva en ella. En otros tiempos, era una exaltada con pretensiones de superioridad moral. Florence había dicho que en el albergue estaba constantemente «sitiada»; allí esa actitud no reactiva debía de ser útil.

–Hace dos años pusimos pintura contra la humedad –le dijo Florence a Avery–. Pero cuando intenté que la empresa volviera, pues la garantía era por cinco años, la página web estaba muerta. Habían cerrado.

–Te entiendo –dijo Avery–. Estuve a punto de traer el robot aspiradora, pero se había roto una pieza de plástico sin la cual no funciona. El fabricante ha quebrado y no se consiguen piezas de recambio.

–La verdadera tragedia norteamericana –dijo Willing desde la escalera que llevaba a la planta baja. Como lo dijo en tono neutro, era imposible saber si su intención era ser sarcástico.

–La *verdadera tragedia norteamericana* es que terminemos en este agujero de mierda –replicó Goog.

–Gracias –dijo Florence mirando a su hermana: *Ya veo que los has educado bien, muñeca.*

–Tragedia es terminar en la calle –le espetó Avery a su hijo–. Y no tener parientes generosos que te ofrezcan un refugio.

–Si esto es un «refugio» –dijo Savannah con sequedad, a cierta distancia del resto de la familia, como una espectadora indiferente–, ¿nos convierte eso en refugiados?

–Sí –dijo Avery–. En cierto modo, somos refugiados.

–Qué tontería, cariño –dijo Lowell desde las escaleras que llevaban a la entrada exterior, donde lidiaba con la maleta más grande–. Esto es Estados Unidos, no Yemen. Dentro de poco recordarás comentarios exagerados como éste y te sentirás ridícula.

–No entiendo por qué no podemos alquilar una casa decente –se quejó Goog–. No estamos sin blanca. Dijisteis que os había quedado algo de la venta de la casa.

–¿No tienes ingresos? –dijo Avery, apretando los dientes–. Pues no te alquilan nada ni te dan una hipoteca. Y eso debería saberlo cualquier niño prodigio muy puesto en economía, aunque no te lo hubieran dicho diez veces.

Tras dejar el equipaje, Lowell, con el ceño fruncido, se puso a inspeccionar el sótano: comprobó la estabilidad de la minúscula mesa, desconectó una lámpara y la arrastró por la habitación antes de ponerse de rodillas a buscar algo en la pared.

–Cielo –dijo Avery–. ¿Qué estás haciendo?

–Busco un enchufe. Necesito un espacio para trabajar. Durante el viaje tuve algunas ideas y quiero empezar a ponerlas por escrito.

Avery había tratado de tolerar la importancia que su marido atribuía a «su trabajo», cierto análisis económico de vital importancia sin el cual el mundo se desmoronaría. Como el mundo ya se había desmoronado, su tolerancia se había transformado en desprecio. En retrospectiva, parecía bastante cómico que toda su familia hubiera despreciado, sin demasiada sutileza, su consulta de PhysHead por considerarla puro curanderismo cuando ahora se sabía que la disciplina de Lowell era, de principio a fin, un galimatías mucho menos fiable; en el peor de los casos, las curas de Avery sólo podían prometer más de lo que realmente daban, mientras que la panda de charlatanes de Lowell había hecho estragos a lo largo y ancho del país. No obstante, Avery se había ocupado humildemente de embalarlo todo, de la limpieza, de mitigar la

angustia y la indignación de los niños. Había sorteado todos los obstáculos burocráticos para poder vender la casa –mientras Lowell seguía frunciendo el ceño con la mirada fija en el fleX, aporreando febrilmente el teclado numérico, pulsando durante segundos de manera intermitente el botón Suprimir de la derecha con un melodramático gesto de repugnancia–. Era desagradable, y le recordaba a Avery los días en que jugaba con la *BusyBox vintage* de su padre en casa de Gran Mimi, cuando tenía cuatro años, haciendo girar una manivela que no movía nada, marcando números en un dial que no la comunicaba con nadie, abriendo un cajón donde no había nada y dándole cuerda a un reloj que no daba la hora.

–Lowell, ¿has cerrado el coche con llave? –preguntó Florence–. Esto no es sólo Nueva York, es Nueva York en su máxima expresión. No se puede dejar nada sin vigilar.

Lowell volvió a salir penosamente con un suspiro racheado.

–Me temo que no nos quedan más colchones, por no decir que tampoco hay espacio libre en el suelo donde ponerlos –dijo Florence–. Por eso he pensado en poner a Goog arriba, con Willing. Es una cama individual, pero Willing no va a molestar. Es delgadito.

–¿Delicadito? –dijo Goog–. ¿No será gay? Está tan pasado de moda ser gay. Prefiero dormir en el coche.

–¿A ti te parece bien, Willing?

Avery conocía demasiado bien a esos chicos adolescentes que son como animales muy conscientes de su territorio y, sinceramente, no le hacía falta preguntar nada.

–¿Qué importa si me parece bien a mí? –dijo Willing.

Una respuesta molesta, pero tenía razón.

–Lamento que este lugar no se parezca en nada a lo que estáis acostumbrados –dijo Florence a su hermana, en voz baja–. Te advertí que tendríais que apretujaros.

–Soy yo la que debería disculparse –dijo Avery, entre dientes–. Mis hijos se han comportado como unos... cacaviejas.

–Para ellos ha sido un golpe –dijo Florence–. Ya lo he visto muchas veces. Todo el mundo se adapta fácilmente a un cambio para mejor, y cuando uno prospera, todo parece merecido. Pero ir en la dirección contraria no parece natural. Lo verdaderamente pernicioso es que también parece injusto. Hay toda otra clase de gente que nunca lo ha tenido fácil; para ellos, la adversidad

les viene dada. Puede que no piensen que se merecen su mala suerte, pero la aceptan; es a lo que están habituados. No despotrican contra los dioses. Pero nunca he conocido a nadie cuya vida haya empeorado de repente y que pensara que ese desgraciado golpe de la fortuna se les venía encima. La indignación, la consternación, la furia, toda esa impotencia... Bueno. Los reveses nunca hacen aflorar lo mejor de la gente.

Lowell volvió sacudiendo la cabeza.

–No puedo creerme que alguien robara las *frituras de maíz*.

–¿Qué son esos golpes tan espantosos? –preguntó Avery esa noche mientras Florence removía en el fuego algo que podría haber sido cuscús.

–Al final me decidí y le pregunté –dijo Willing desde la puerta de la cocina–. Nollie hace saltos de tijera. Tres mil al día.

–Según dice, tarda treinta y dos minutos, pero para mí es una tortura sin fin. ¿Cariño? –dijo Florence, volviéndose hacia Willing–. Nos faltan platos. Creo que Nollie se llevó uno al desván, pero *no* la interrumpas mientras esté haciendo *ejercicio*. Lo intenté una vez y me echó una bronca que no veas.

–¡Pero si tiene setenta y tres años! –exclamó Avery.

–Ya conoces a los de la explosión demográfica –dijo Florence, sin apartar la vista de la tabla de picar–. Están todos locos. Hasta papá, que era un periodista afable, se ha vuelto un maniaco homicida. Mamá se atrinchera en su Habitación Silenciosa como si las tropas de Al Qaeda hubieran ocupado la casa. Y Luella siempre quiere seguir redecorando. La semana pasada arrancó todo el papel pintado del baño de arriba. Por eso mamá vendrá mañana por la noche en calidad de «enviada». De lo contrario, tendrían que venir los cuatro y sería un suplicio, demasiado para mí. Me emocionaría saber que mamá no quiere molestarme. Me temo que quiso decir que sería demasiado lío para ella.

–¿Se sabe algo de Gran Mimi?

–Oficialmente está desaparecida, pero bueno... Hoy son tantos los desaparecidos.

La intensa concentración que exigía la tabla de picar no encajaba con la competencia de su hermana. Florence era una cocinera eficiente que podía picar tomates dormida. No necesitaba mirarlos. Avery, que se sentía torpe, no pudo evitar sospechar que la obligaban a sentirse así, si no deliberadamente, sí a causa de una cólera que Florence no sabía bien cómo controlar. No se sentía bienvenida.

–Eh –dijo Avery, agarrando a Florence por la manga–. Lamento que las cosas salieran así.

–Yo también –dijo Florence–. Quiero decir, sé que es peor para vosotros. Perderlo todo, ya sabes.

Pero no sonó sincera.

–Esto es más que una visita. Es distinto –dijo Avery, mirando el suelo.

–¡No, claro que no es una visita! –La carcajada sonó a sollozo–. ¿Qué ha pasado con el agua gris que había en el fregadero?

–¿En el cubo de plástico? La tiré. Me dio asco.

–No vuelvas a hacerlo –dijo Florence, y a Avery se le tensaron los músculos de la mandíbula–. Es para lavar los platos.

En ese caso, Avery acababa de salvar a su familia de una miniepidemia de cólera.

–Oye..., ¿puedo ayudarte con la cena?

–¡Esteban! –gritó Florence, sin preocuparse por contestarle a Avery–. ¿Querido?♦ ¡En la mesa entramos ocho a duras penas! ¡Necesitamos más espacio!

–¡No quiero sentarme a una mesita para niños! –lloriqueó Bing desde la sala.

Todos los chicos estaban viendo la tele. Ya se había armado una porque Willing, el raro, prefería las noticias sobre economía. Estaba claro que sus hijos no iban a pasar mucho tiempo en ese lúgubre sótano. Avery se sentía apesadumbrada por haber prometido que no interferiría en la vida cotidiana de Florence, pero no se veía preparando la comida para su familia en esa cocinita de juguete con calcomanías de margaritas. Pensarlo la incitó a mentir:

–Espero que no pienses que queremos que cocines para nosotros todos los días.

–Ya iremos viendo, ¿vale?

Florence tenía algo de impenetrable, la correosidad de quien se guarda muchas cosas para sus adentros y, de momento, a Avery le gustaba comprobar que, fuera lo que fuese lo que le pasaba a su hermana por la cabeza, se quedaba ahí.

Agradecida por tener algo que hacer –¿se negaba Florence a delegar hasta la tarea más insignificante porque así su hermana podría sentirse útil y, de ese modo, menos en deuda?–, Avery se ofreció voluntaria para ayudar a Esteban

a retirar la mesita de centro de la sala, cuya destartalada mezcla de pantallas con flecos, cestos, cojines con trocitos de espejo y alfombras orientales descoloridas –todo de segunda mano– no era precisamente de su gusto. No debería tener importancia –*lo único que importaba era la seguridad de su familia*–, pero echaba de menos los interiores delicados y sencillos que tantos años había tardado en diseñar. Esa sala podría haber sido, como mínimo, cómoda y acogedora, pero la pila de porquería de ese inquilino que vivía de gorra se amontonaba en un rincón y hacía que el lugar pareciera un rastrillo montado en el sótano de una iglesia, donde todos los enseres tienen una etiqueta con el precio, y que los demás se sintieran como intrusos en el único espacio común de la vivienda.

Aunque era demasiado baja, pusieron la mesita de centro al lado de la mesa del comedor, y tres sillas más. Kurt y Willing aceptaron voluntariamente esos asientos incómodos y, al final, Savannah también se sentó con ellos; era lo mejor que podía hacer para estar lo más lejos posible del resto de la familia. Avery bajó al sótano para anunciar que la cena estaba lista. Encorvado en su despacho improvisado, Lowell montó un numerito. Todavía le quedaba un pasaje de importancia vital y tuvo a todos esperando diez minutos mientras el cuscús se enfriaba.

Por fin reunidos, la convocatoria podría haber sido jubilosa como un encuentro familiar de no ser por el carácter indefinido de la presencia de los Stackhouse en Carroll Gardens, una conciencia que se cernió sobre la cena como la baja presión atmosférica –el tiempo gris y pesado y con ese cielo tristón que podía durar varios días antes de que se desencadenara una tormenta que, si bien limpiaba el aire, era huracanada–. La ocasión se vio más adulterada aún por la presencia del inquilinoex inquilino, un bicho raro que hablaba poco y cuya gratitud resultaba opresiva. Esos dientes bastaban para que Avery no se animara a probar bocado. ¿Por qué Florence no se quitaba a ese tipo de encima? O su hermana era un pedazo de pan, o se aferraba a la idea de que lo era, una presunción por la que todos acababan pagando. Sin ese aprovechado que ni siquiera era un pariente, y con Nollie apoyándose más sensatamente en su padre que en una sobrina –para Avery, la vieja era una mandona y, además, tenía unas opiniones cuando menos imprudentes–, todos cabrían perfectamente alrededor de esa mesa y Lowell y ella podrían gozar de un poco de tranquilidad y silencio en el desván mientras los chicos podrían tener su guarida abajo. Como ese apaño era posible, Avery no pudo

evitar sentir cierta rabia. Por culpa de los dos «marginados», la llegada de su familia parecía una verdadera imposición.

–Florence, esto tiene una pinta... –dijo Avery, removiendo su ración, aunque la consternó ver que apenas había pollo. Podría haber pasado por alto la falta de proteínas si no hubiera sido porque ahí faltaba alcohol. Las dos botellas de vino que habían traído eran una contribución, no cinco panes y dos peces para dar de comer a cinco mil. Lo que Florence sirvió a los seis adultos en vasos para zumo apenas daba para enjuagarse la boca; casi peor que si no hubiera vino. La segunda botella la habían guardado con remilgos en un estante alto.

–¡Demasiado picante! –gritó Bing–. ¡Me quema la lengua!

–Los jalapeños son un capricho –dijo Florence–. No compramos muchos, sólo para darle un toque a la comida.

–Qué gusto comer algo fuerte –dijo Esteban–. Esto está... malicioso.

–¡Mamá! –exclamó Bing, gimoteando–. ¡Es como si unos diablos me pincharan la lengua con horquillas!

–Nos gusta la comida picante –dijo Willing sin cortarse un pelo, aguantándole la mirada a Bing y aleccionándolo: *Aquí empieza una etapa de tu vida en la que no siempre, ni a menudo, o quizá nunca tendrás lo que deseas, y es una etapa que podría alargarse indefinidamente.* Ante la mirada de su primo, Bing se encogió horrorizado.

Nollie, que había llegado a la mesa con su propio vaso, estaba regando su plato con escamas de guindillas. A su edad, podría haber dejado ya de presumir de adolescente con una presunta constitución de hierro. El cuscús fue poniéndose rojo hasta que adquirió un aspecto francamente incomedible.

–Vaya ejército que tienes ahora que alimentar –dijo Nollie–. Es posible que tenga que hacer más donativos.

–¡Yo también! –dijo Avery–. No pienses que tendrás que ocuparte sola de todos éstos.

–En Long Island, donde crecí –dijo Esteban–, una casa en la que sólo hubieran vivido diez personas en dos habitaciones habría parecido un palacio. En North Bellport, en la casa que teníamos enfrente... ¿Unos trescientos metros cuadrados, quizá? Ahí entraban sesenta y cinco latinos. Se turnaban para dormir. En la nuestra nunca hubo menos de quince.

–Entonces –dijo Nollie, dirigiéndose al grupo–, en lugar de asimilar a los inmigrantes ilegales, los inmigrantes ilegales nos han asimilado a nosotros.

–Nollie, tú has vivido muchos años fuera –farfulló Florence en medio de un silencio avergonzado–, pero aquí ya nadie dice *ilegales*. No es natural.

–De todos modos, yo no soy un *ilegal* –dijo Esteban, tendenciosamente–. Nací en Brookhaven Memorial, Patchogue, estado de Nueva York. Soy tan norteamericano como tú, *mi tía...*♦

–Gracias a nuestra generosa Constitución –dijo Nollie, echando chispas por los ojos; armarla le encantaba–. Lo eres, qué duda cabe. Aunque para ser *norteamericano*, eres muy quisquilloso.

Esteban escudriñó a la vieja con una mirada despiadada.

–Florence, bendita sea, es la excepción. De no ser así, toda tu familia tendría un problema de actitud. Seguíis pensando que sois especiales.

–Todo este país tiene un problema de actitud –respondió Nollie, ecuánime–. Sois vosotros, los hispanos, los que habéis aceptado la idea de que Norteamérica es especial, y no es culpa de mi familia que os embaucaran.

–¡Yo no daría aún por perdidos a los Estados Unidos! –dijo Lowell–. ¿Has visto que el Dow ya vuelve a subir, Goog? ¡¿Qué te había dicho?!

–Sólo sube en dólares –dijo Willing desde su mesita.

–¿Y en qué otra cosa se supone que debería subir? –se mofó Goog.

–En una economía hiperinflacionaria...

–Epa, alto ahí, Willing –dijo Lowell–. *Hiperinflación* es un término técnico. En mi campo se acepta ampliamente la definición de Philip Cagan: al menos un 50 % *mensual*. Y estamos lejos de eso. En la década de 1920, la inflación alemana era del 30.000 %, y en Serbia de 300 *millones* por ciento. ¿Y en Hungría, después de la Segunda Guerra Mundial? $1,3 \times 10^{16}$. Eso supera la imaginación de cualquiera. Ni punto de comparación.

–Disculpa –dijo Avery por lo bajo a su hermana–. Creo que Lowell echa de menos sus clases.

–Entonces, en una economía con inflación *alta* –rectificó Willing, y era difícil decir quién era más condescendiente con quién–, todos los activos suben, incluidas las acciones. ¡Pero las ganancias son falsas! En bancos, el mercado sigue cayendo.

Era un poco perverso: Avery disfrutaba bastante viendo que a su marido le oponía resistencia un chico de catorce años. Él había entrenado a su hijo mayor para que fuera un locuaz mini-Lowell, pero Willing no había aprendido de memoria el mismo guión. Oh, sin duda su sobrino no tenía ni idea de lo que decía –el conocimiento fragmentario podía ser peor que la

ignorancia supina, y no había fanatismo más ciego que el del autodidacta—, pero estaba haciéndolo increíblemente bien, alborotando las plumas casi siempre acicaladas de Lowell.

—Hijo, cuando tu país tiene su propia moneda —dijo Lowell—, no estás obligado a medir lo que ganas comparándolo con otra. Es un sistema cerrado.

—Sólo es un sistema cerrado porque los Estados Unidos apenas participan en el comercio mundial —dijo Willing.

—Estamos combatiendo en una guerra prolongada para determinar qué moneda del mundo será la que dominará a todas las demás —dijo Goog—. Una confrontación entre el dólar y el báncor.

—No puedes llamarlo *confrontación* —dijo Willing, sin alterarse— cuando no hay una contienda.

Goog, que era dos años mayor que su primo, no pensaba ceder.

—El dólar es una moneda con historia que ha estabilizado la economía internacional durante más de un siglo, *Wilbur*. El báncor es un impostor que todavía está en pañales y con limitaciones tan estrictas que lo hacen inviable. Lo único que tenemos que hacer es no perder los nervios. A fin de cuentas..., mira lo que ocurrió con el *bitcoin*.

—¿*Con historia?* —dijo Willing—. La *historia* del dólar dice que ha ido desvalorizándose sistemáticamente. ¿Una pila de papel contra pagarés que pueden cambiarse por trigo, petróleo, oro y minerales raros? Yo sé qué me gustaría tener en la cartera.

—Tener báncores en la cartera sería una traición, *Wilbur*. —Al principio, ese «nombre», *Wilbur*, que Goog había inventado por la tarde había sonado cariñoso. Quizá no lo era—. El báncor caerá envuelto en llamas. Eres como esa clase de gilipollas crédulos que tenían baúles llenos de billetes de la Confederación al final de la Guerra Civil.

—¿Crédulo *yo?* —Willing fulminó a Lowell con la mirada antes de inclinarse hacia su primo—. ¿*Quién está viviendo en casa de quién?*

—¡Chicos! —gritaron Avery y Florence al unísono.

Florence retiró los platos y Avery se apresuró a echarle una mano. La mortificaba pensar que sus hijos apenas habían tocado la comida; sin embargo, la mortificaba aún más ver que, en lugar de tirar las sobras a la basura, Florence las guardaba en un recipiente de vidrio en la nevera. ¡Eso era antihigiénico!

Cuando volvieron con lo que quedaba de dos kilos de helado, Goog y Bing

no deberían haber pedido una tercera bola. Willing no quiso. Avery se negaba a creer que su sobrino no quisiera helado. Seiscientos gramos no daban para diez personas.

En ese momento, Kurt le decía muy en serio a Savannah:

–Mira, los republicanos no pueden echarle la culpa a las potencias extranjeras y a un presidente al que no se supone cualificado para ocupar la Casa Blanca...

–¿A quién le importa lo que hacen los republicanos? –A Savannah se la veía tan aburrida que parecía exangüe–. No sé, es como preocuparse por los zoroastrianos.

–¿Sabes quién no puede permitirse en absoluto que el Partido Republicano desaparezca en las entrañas de la tierra? –dijo Nollie–. Los demócratas. Cuando uno está siempre en el poder, todo es culpa suya.

Nollie dictaba veredictos con la autoridad de quien tiene la última palabra, y a Avery le daban ganas de matar.

–También te reconocen algún mérito –dijo Florence–. Por ejemplo, cambiando de anuales a mensuales los ajustes del coste de la vida que hace la Seguridad Social. Para nuestros padres fue la gran diferencia, y también para el Gran Hombre y Luella.

–Contra eso los republicanos lucharon con uñas y dientes –dijo Kurt.

–¡Los republicanos quieren acabar con Medicare! –dijo Florence, exaltada–. ¡Nada menos que con la sanidad! ¡Y recortar el subsidio de desempleo! ¡Recortar lo que paga Medicaid! ¿Qué clase de plataforma es ésa? No me extraña que acabaran masacrados en mitad del mandato.

O sea que ahí seguía la vieja contestataria agazapada; tanto pataleo inútil contra la injusticia agotaba a Avery, que había jurado no dejar entrever nunca allí que alguna vez había dado su voto a los republicanos, aunque en ese mismo momento eso significara taparse la boca con el puño. Tal vez era una suerte que hubiese tan poco vino.

–Es lo que siempre ha hecho el Partido Republicano con la consigna de la austeridad. ¡Meter la pata! –dijo Lowell–. Porque precisamente éste es un momento para inflar el gasto público. Invertir en infraestructuras, como un segundo New Deal. Revigorizar la base industrial del país y reducir la necesidad de importar.

A Avery se le ocurrió pensar que su marido tenía que salir más. Sus tópicos sobre economía en familia no lo conectaban con las multitudes que se

agolpaban en el Mall y se dedicaban a saquear todo lo que podían; con los campamentos a orillas del Potomac; con los montones de coches que se veían en la interestatal dirigiéndose a Nueva York con colchones y bultos de ropa en el techo en una versión moderna de *Las uvas de la ira*. Tenía la misma sensación cuando oía las ruedas de prensa que se emitían desde la Casa Blanca. La Administración no podía obviar las formalidades que conlleva ser el gobierno norteamericano y decir las cosas que dicen los funcionarios norteamericanos, pero ese ejercicio tenía algo de imitación, la intensidad estudiada de los pequeñines que cocinan pasteles de barro.

–Oídme todos. Da la casualidad de que el viernes mi madre cobra –dijo Willing–. Eso quiere decir que iremos de compras. Sin perder un minuto.

–¿Qué prisa hay? –preguntó Lowell.

–Cuando le den el próximo cheque de la paga, los precios ya habrán subido.

–Un par de semanas no tienen tanta importancia –dijo Lowell–. ¿No estás exagerando un poco, chico?

–Salta a la vista –dijo Willing– que es tía Avery la que se ocupa de la compra.

–¡E-xac-to! –exclamó Avery–. ¡Y de todo lo demáaaas!

–Los precios suben todas las semanas –dijo Willing–, y a veces todos los días. No se puede saber. Algunos productos no suben hasta que de repente el precio de las bolsitas Ziploc se multiplica por dos. Ya no las usamos. Usamos vidrio.

Mientras Goog, que, al fin y al cabo, era un huésped, subía primero al baño de arriba, Willing apiló ante él los hechos irrefutables como si fueran ladrillos: (1) Según las costumbres de su país, en la medida en que continuaran siendo expresión de una cultura unificada de la clase que fuere, cuidar de la familia era una obligación. Los lazos podían haberse desgastado con los años, pero todavía no se habían roto. (2) «Quererse» o no era irrelevante. (3) Los Stackhouse no tenían donde vivir. (4) En el sótano no cabían colchones para los cinco miembros de esa familia. (5) Si todos tenían que hacer sacrificios, él también tenía que hacerlos. Eso significaba que encontrar insufrible la invasión de Goog en su pequeño reino de arriba era tan poco importante que ni siquiera se merecía un numerito.

Que ése fuera «su» cuarto era una mera presunción, una, quizá, para la que probablemente ya era demasiado mayor. Su madre era la propietaria de la casa. Él tenía permiso para dormir ahí, y ahora su madre también le había dado permiso a su primo. Con todo, Willing había apreciado el hecho de tener una puerta que podía cerrar, y también un protocolo, a saber, que los demás llamaran a su puerta antes de abrirla. La soledad era fundamental para sus investigaciones. Sonaba pretencioso. Amén.

Goog no le caía bien, pero tampoco demasiado mal; por tanto, no prometía mucha diversión. Su primo tenía el cuerpo redondo. No pesado, pero sin articulaciones en las extremidades, ni entrantes ni ángulos. Se limitaba a repetir lo que otros decían, lo cual hizo que Willing se preocupara por si a él también le faltaba originalidad. Quizá rehuyera instintivamente la compañía de otro chico que recitaba una sabiduría recibida porque él también hacía lo mismo. Por supuesto, alardeaba de que sabía *triangular*, pero incluso la triangulación podría haber sido otra idea que hubiese tomado prestada de alguien. Más tarde reflexionó al respecto y llegó a la conclusión de que en ese momento la originalidad no tenía la más mínima importancia.

Willing también tomó la decisión de no darle problemas a su madre. No obstante, no consiguió desear realmente que su primo durmiera en su habitación sólo porque la hospitalidad de brazos abiertos era lo que tocaba en esos tiempos. La ropa y los artículos de aseo desparramados en la maleta no cabían en ningún sitio y creaban desorden allí donde antes había un sistema.

Cuando su primo volvió del cuarto de baño, pesadamente y con cara de pocos amigos, lo más difícil de aceptar fue el físico de mamífero de su nuevo compañero de habitación. La peste de esos calcetines cuando se quitó los zapatos, el mal aliento... Goog era uno de esos idiotas que sólo se cepillaban los dientes por la mañana. Sus calzoncillos parecían pañales. Willing tuvo que darse la vuelta para no ver una mata de pelo detrás de la bragueta –sintió una revulsión visceral– y tuvo la desagradable impresión de haber cambiado a Milo por un animal de compañía más grande y más tonto que ni siquiera estaba adiestrado.

Willing se tumbó tieso al borde del colchón, encima del edredón con una delgadísima manta del sofá de abajo, y renunció al resto de la cama. No hablaron. Goog parecía detestar verse obligado a vulnerar el derecho de Willing a tener su propio espacio; Willing sentía lo mismo. Pero bueno, a Goog tampoco le gustaba su primo, y Willing se preguntó si la necesidad de

compartir habitación y cama sería base suficiente para una relación de trabajo.

A la mañana siguiente, cuando su esposa propuso hacer la primera contribución al presupuesto de Florence, a Lowell la cantidad le pareció una locura. Vale, un gesto de agradecimiento sí, pero empeñarse tanto aumentaba efectivamente la deuda. Para colmo de males, estaba de mal humor. Le dolía la espalda tras haber dormido en ese colchón tan blando, y echaba de menos sus sábanas de seiscientos cincuenta hilos por pulgada cuadrada. Las almohadas de Florence eran planas. Como no tenían intimidad, tuvo que ponerse una camiseta y bóxers cuando llevaba durmiendo en cueros desde los doce años. Y con dos hijos inquietos dormitando a cada lado, no tenía idea de cómo se las arreglarían Avery y él para follar. Arriba, nada que comer salvo tostadas. Ni huevos ni beicon. Nada que se pareciera a café, ni siquiera un sucedáneo a base de cebada. A veces tenía problemas para tolerar incluso la compañía de su propia familia; ahora se despertaría a diario como si asistiera a un congreso caótico al que habían invitado a no importa quién. No había suficiente lugar para sentarse; por tanto, «desayunar» significaba estar de pie en la cocina y recoger migas del suelo. Lowell decidió encerrarse otra vez en el sótano.

Primer punto del orden del día: seguir buscando una plaza académica vacante. Al principio se había limitado a las facultades de categoría. Eran lo suyo. Las de la Ivy League, por supuesto, la Universidad de Chicago, Stanford, el MIT. Pero tenía que echar una red más ancha, tal vez rebajarse a buscar algo en Emory o Chapel Hill, donde los Stackhouse pudieran aguantar el bajón económico en una agradable vivienda para profesores y disfrutar por fin de una copa de vino de un tamaño decente. No faltaba mucho para que la reemergencia ordenada de las fuerzas del mercado incluyera una renovada apreciación de los economistas keynesianos clásicos. Volver a un crecimiento constante y predecible del PIB y decir adiós a los viejos perdedores, los locos por el oro, como Vandermire –que en ese momento era víctima de la impresión ridícula y errónea de que el báncor había justificado la política de aferrarse a los candelabros como medio racional de intercambio–, y adiós también a exaltados como Biersdorfer, el evangélico de la economía, que se dedicaba a predicar en las esquinas a grito pelado: «¡Arrepentíos!» Lowell

rechazaba el menosprecio por su disciplina que había manifestado su ex rectora, aquello de que la economía no era una ciencia «rigurosa», sino insegura: de ahí que los economistas profesionales, presas de la histeria, no tardasen nada en perder el contacto con lo esencial.

—¿Qué?

Avery se cruzó de brazos delante del escritorio improvisado de su marido.

—Me gustaría ir con Florence a hacer la compra.

—Si vas en coche, no me necesitas para que te ayude con las bolsas.

—No por tus potentes bíceps —dijo ella, con un toque insultante—. Dices que te interesa la economía y dijiste que la cantidad que sugerí darle a Florence era demasiado. Así que adelante. Haz *trabajo de campo*.

—Otra vez, quizá.

—Ahora. No voy a pasar un día más en esta casa sin demostrar que estamos dispuestos a arrimar el hombro.

Avery se mantuvo tan en sus trece que Lowell, exasperado, transigió. No daría mucha importancia a esa estúpida salida. Las mujeres podían hacer muchísimo aspaviento aun tratándose de un sencillo paseo al hipermercado. Si las acompañaba, al menos podría asegurarse de que en la cena de esa noche sirvieran algo más que treinta gramos de pollo por cabeza. Y podría coger un pack de seis cervezas y algunas botellas de Viognier —aunque si los seis adultos bebían como él, se pulirían una caja cada cuatro días—. Tendría que mandar a Avery sola a buscar un alijo para uso y disfrute privado.

El punto más decepcionante de esa misión era la compañía de su cuñada, a la que no conocía lo suficiente para afirmar categóricamente si le caía bien o no, y Lowell prefería zanjar asuntos como ése. A pesar de su valiosa vocación, Florence tenía un lado duro y era difícil de predecir. Lowell asociaba vagamente la benevolencia con la imbecilidad, pero esta empleada de un albergue que no había sabido hacer nada con sus estudios sobre política *medioambiental* no era la sensiblera incauta que podría esperarse.

No obstante, tras la dura conversación de la noche anterior, Lowell se había formado una firme opinión sobre el hijo de Florence: un listillo, un botarate que, al parecer, creía ser un adivino en cuestiones fiscales. Como Goog, Willing era un niño precoz, eso saltaba a la vista; pero Lowell, que también lo había sido, nunca había enloquecido por esos adolescentes que sabían recitar de memoria la tabla periódica de los elementos o lo que fuere. Sospechaba de ellos. Precoz no es lo mismo que inteligente, y mucho menos

lo mismo que sabio; además, es el polo opuesto de informado, pues cuanto más se jacta uno de saber ya algo, menos escucha y menos aprende. Peor aún. Aplicándose, los chicos de esa edad con menos labia suelen alcanzar o adelantar incluso a esos prodigios en los primeros años de la vida adulta y, mientras tanto, el chico al que todo le resultaba tan fácil sin esforzarse nada nunca acababa dominando el trabajo puro y duro. Eso era lo que siempre le machacaba a Goog, o lo que había hecho antes de que su hijo mayor acabara lanzado trágicamente a los *leones*♦ en el Instituto Roosevelt.

Pero ese Willing había echado una capa extra de gilipolleces, y a menos que su exhibición durante la cena fuese un hecho excepcional, montada para impresionar a los parientes de visita, Lowell podía verse estrangulando a ese cabroncete en menos de una semana. El chico resplandecía con inspiración divina, como si tuviera una línea caliente psíquica y personal con el difunto redactor jefe del *Wall Street Journal*. Sin nada que hacer mientras Avery ayudaba a recoger la mesa, Lowell había estudiado a su sobrino después de la cena. Ese chico se sentía demasiado cómodo estando en silencio. Tendía a mirar fijamente y no se avergonzaba cuando uno lo sorprendía en esa actitud. No hacía mucho de nada y nunca parecía perdido en su propio mundo o haciendo algo a lo tonto; estaba presente, estaba ahí. Cuando hablaba, como había hecho mientras comían ese asqueroso cuscús, se reafirmaba con una convicción indecorosa que no podía haberse ganado a pulso, y hacía gala de un emperramiento y una tenacidad que debía de haber heredado de su madre. No había sido pan comido hacerle perder los nervios, y tampoco insultaba así como así; no era natural que un chico de su edad pudiera ocultar tan bien que alguien había herido sus sentimientos. Pero sinceramente, ¿de dónde había salido ese adolescente que soltaba semejantes tonterías sobre economía? Alguien se las soplaba, obvio.

Por eso Lowell se puso más que furioso cuando supo que el mequetrefe también los acompañaba a hacer la compra.

—¿Llevamos una lista? —preguntó Lowell al volante del Jaunt.

—Hacer una lista no sirve para nada —dijo Willing desde el asiento trasero, aunque Lowell se lo había preguntado a Florence.

—Para mí, una lista sirve para que cuando vuelvas a casa no te des cuenta de que te has olvidado del parmesano —dijo Lowell—. Y para no hacer tantas compras compulsivas...

—No habrá queso —predijo el Oráculo, como si entonara el Antiguo

Testamento—. Se conserva demasiado bien. Y sólo habrá compras compulsivas.

—Con tantas cosas que escasean —dijo Florence—, la lista de la compra acaba siendo un cruel recordatorio de todo lo que uno quería comprar y no encontró.

Lowell alucinaba viendo ese barrio que supuestamente tenía *futuro*. ¿O ese futuro ya había pasado? En las calles podían verse algunos de los ejemplos más feos de arquitectura residencial que había visto jamás: unidades rectangulares que eran verdaderos cuchitriles imposiblemente estrechos; un poco de ladrillo aquí, algunos revestimientos imitación piedra allá; papel alquitranado arrugado; puertas con rejas de hierro pintado; toldos de aluminio listados y patios delanteros del tamaño de un tablero de parchís. La gentrificación se había extendido con porches cerrados y con tragaluces, pero ninguna mejora podía disimular la profunda fealdad del alma de ese vecindario de mala muerte. Los residentes originales tenían más sentido común a la hora de decorar y conservar el espíritu de East Flatbush: flores de plástico, enanos de yeso, flamencos, las típicas veletas con el infaltable gallo.

Llegaron a Green Acre Farm —lugar mal bautizado, pues Utica Avenue era una desolada tierra baldía donde abundaban los talleres de reparación de coches y neumáticos—. Ni una brizna de hierba a la vista. El aparcamiento estaba a tope, pero tuvo la suerte de que justo cuando llegaban alguien se marchaba, y pudieron ocupar el espacio libre. Dentro del supermercado, reinaba la atmósfera de un campamento militar donde potencias hostiles hubiesen declarado una tregua cautelosa y temporal. Los compradores que empujaban los carritos tenían los nudillos blancos; nunca los dejaban sin vigilar, como si fueran camiones para transportar tropas que de otro modo podrían caer en manos enemigas. Miraban de refilón, nunca directamente a los ojos, y codiciaban lo que los demás llevaban en su carro. Además, había quienes cubrían el suyo con una lona, como si llenar la despensa fuera un secreto de Estado. Los clientes hablaban en voz muy baja y midiendo las palabras. Enviados a inspeccionar tres pasillos más allá, los chicos desempeñaban su misión con la seriedad de quien lleva mensajes cifrados a la línea del frente.

—¡Por Dios, Willing, si hoy tienen huevos! —susurró Florence—. ¡Rápido!

Willing sorteó el atasco y volvió triunfante con media docena.

—Estamos comprando para diez personas —protestó Lowell—. ¿No podemos

llevar más de seis?

—No, el tope es media docena por grupo —dijo Willing—. Y los vigilan.

—Ya. ¿Y por qué tanta seguridad?

Había personal uniformado en cada pasillo. Para mayor asombro de Lowell, esos cachas iban armados.

—No te imaginas cómo roban aquí —dijo Willing—. En el colegio todos fardan de haberse llevado latas de judías estofadas en el forro del abrigo a pesar de todos los guardias y las cámaras.

Intrigado, Lowell decidió explorar por su cuenta. Estaba acostumbrado a las grandes superficies del país, auténticos emporios atestados de señuelos del suelo al techo y donde los principales desafíos consistían en evitar comprar de más porque uno se olvidaba de que en casa ya había seis latas de tomate, evitar las patatas fritas y el chocolate que tanto engordan, y resistirse a quedar en un estado de estupor catatónico mientras elegía entre cuarenta y cinco sabores distintos de sopa. Pero allí faltaban expositores enteros, y los estantes estaban vacíos. Al recordar lo que Willing había dicho sobre el queso —«se conserva demasiado bien»—, adoptó una pauta: legumbres secas, cereales, congelados y latas —sobre todo, latas de carne, como chile con carne y salchichas de Viena— eran las secciones sistemáticamente arrasadas. Para los productos disponibles —no parecía haber mucha demanda de pomelo en lata (\$19,99)—, reimprimir la etiqueta del precio debía de haberse convertido en un verdadero problema, y muchas etiquetas estaban tachadas o garabateadas con correcciones hechas con bolígrafo media docena de veces.

—¿Qué pasa con la demanda de productos no perecederos? —preguntó Lowell cuando volvió a encontrar al grupo—. ¿Todo el mundo se ha vuelto como Jarred y se prepara para el Fin de los Días?

—Ya han empezado a acapararlos —entonó Willing, muy solemne.

—¿Por qué lo dices de esa manera? —preguntó Lowell sin ocultar su irritación.

—Era inevitable. Hace meses ya que intenté convencer a mamá para que empezara a hacer acopio de esos productos, pero no me hizo caso. Ahora es mucho más difícil comprar veinte paquetes de harina. En el cole hay chicos que se pasan los fines de semana yendo a tiendas por todo Brooklyn, a comprar uno de esto, otro de aquello. Así se puede acumular más del máximo permitido.

—Willing, estoy harta de que me des la vara con eso —dijo Florence—.

Además, ¿qué habríamos hecho con veinte paquetes de harina?

–Podrías haberlos vendido y habrías conseguido efectivo, dinero real. Mejor que tu sueldo. Habrías tenido poder.

–Donde no hay harina todo es mohína –dijo Lowell, pero por lo visto a nadie le sonaba ese dicho–. ¿Quieres decir que esta escasez es artificial? Habría comida de sobra si la gente volviera a comprar un bote de mayo...

Estaban de espaldas al carro. Tras darse la vuelta para vigilarlo, Willing se lanzó corriendo detrás de un tipo de unos cincuenta años o más que se alejaba a zancadas por el pasillo con un bote de Quaker Oats. Willing le cerró el paso y le exigió:

–Devuelva eso.

–No sé de qué me hablas, chico.

–Lo ha robado de nuestro carro. Era el último.

–Robar sería irme de aquí sin pagarlo. Hasta entonces se llama *comprar*. Ahora lárgate.

Cuando el hombre pasó rozando a su hijo, Florence dijo:

–Ya ves, hemos cruzado otro Rubicón. Antes, avergonzar funcionaba.

Tal vez Lowell debería haber intervenido, pero no tenía ganas de liarse a puñetazos por unos copos de avena. En las largas colas que se encontraron en las cajas, los clientes figoneaban mutuamente lo que cada uno llevaba en el carro, y a veces enviaban a los niños a buscar productos que no habían visto. Aunque ellos habían puesto pocas cosas que a Lowell le parecieran apetitosas, los otros dos se felicitaban por las presas que habían cazado. (Picada de cordero añojo..., ¡puaj! ¿Mollejas de pollo? *Por favor*. Y las berenjenas pertenecían al pasado.) Aguantando la dura mirada de Florence, Lowell se sintió a gusto cuando metió en el carrito dos botellas de chardonnay Blossom Hill sólo después de ofrecerse a pagar la compra –un arrebato, pues, para consternación suya, los mil cien dólares que estaba dispuesto a soltar resultaron no ser suficientes.

Mientras iba poniendo los productos en la cinta, Florence descubrió el bote de Quaker Oats.

–¡Willing! ¡Acusaste a ese hombre y los copos de avena están aquí!

–Porque se lo había llevado. Después me lo encontré con su mujer en el pasillo de los cereales y se lo quité mientras los dos estaban de puntillas arramblando con todos los Cocoa Puffs que podían.

Florence sacudió la cabeza.

–Cariño, si a ti ni siquiera te gustan los copos de avena. Tienes que aprender a pasar de estas cosas.

–Ajá –dijo Willing–. Tú tienes que aprender a *no* pasar de estas cosas.

–Me niego a permitir que esta situación me convierta en un animal mezquino, codicioso y salvaje.

–Los animales mezquinos, codiciosos y salvajes también desayunan –dijo Willing.

11. MARGARINA GÁRGARA AMARGA

Florence y su tía solían compartir las cosas que las indignaban: la situación en los Estados Unidos no era ni de lejos tan mala como sugerían algunos países extranjeros conocidos por su *Schadenfreude*. Las noticias sensacionalistas que proliferaban en páginas web europeas retrataban las ciudades norteamericanas como el escenario de *La noche de los muertos vivientes*, con saqueadores enloquecidos que destrozaban todo a su paso para llevarse televisores, aunque no tenían electricidad, mientras los viejos asaban el gato en el fuego que encendían con sus muebles. De acuerdo, sí, se habían producido *algunos* saqueos, sobre todo en tiendas de comestibles y de bebidas alcohólicas, y escaseaban *algunos* productos, aunque tampoco podía decirse que nueve millones de neoyorquinos estuvieran muriéndose de hambre y zampándose cadáveres descuartizados que guardaban en congeladores verticales para servirlos después con habas y un buen Chianti como querían hacer creer los medios internacionales.

En cuanto a la inflación, un tema que obsesionaba a los medios alemanes, Lowell insistía en que Norteamérica no podía compararse con la experiencia teutónica tras la Primera Guerra Mundial, cuando en los restaurantes los clientes pagaban al entrar porque cuando terminaban de comer la cuenta sería aún más dolorosa. ¡Pero si el marco alemán había acabado impreso por una sola cara porque a la casa de la moneda estaba acabándosele la tinta! Pero ¿habían cambiado algo, aunque fuese remotamente, los billetes verdes? ¿No seguían los dólares imprimiéndose con presidentes del país en una cara y la inscripción *IN GOD WE TRUST*⁵ en la otra?

Aparte de esos hechos tranquilizadores, todos se enfrentaban a un dilema. A Lowell se le acabaría pronto el subsidio de desempleo. Como había estado contratado, Esteban nunca cobró el paro desde el principio. Kurt seguramente reunía las condiciones para solicitar una ayuda a la beneficencia; las prestaciones, de la clase que fueren, aumentaban frenéticamente mes tras mes. Si de todos modos la Reserva Federal seguía imprimiendo billetes a lo loco, ¿qué mejor que usarlos para sobornar a los salvajes para que se quedaran en casa descansando? Sin embargo, cada vez eran más los

obstáculos con que tropezaban los nuevos solicitantes, la mayoría de ellos ciudadanos dóciles y antes solventes que difícilmente prenderían fuego al ayuntamiento. Si Kurt presentó la solicitud, fue únicamente porque Florence se lo había suplicado, pero no se consideraba a sí mismo un menor de dudosa reputación a cargo del Estado y no pasó satisfactoriamente la entrevista. (Por desgracia, tenía donde vivir. En esa casa, alguien trabajaba.) Es decir, que ahí los únicos ingresos que quedaban eran lo que Nollie cobraba de la Seguridad Social y el sueldo de Florence, estirado ya al máximo.

Por su parte, Lowell y Avery tenían lo que les había quedado tras vender la casa, y Nollie tenía sus «recursos», aunque nadie sabía muy bien a cuánto ascendían. Así y todo, a medida que pasaba el tiempo, ese dinero cundía cada vez menos, cosa que a Florence le dolía más de lo que era capaz de manifestar —y entonces más que nunca tenían que guardar algo para situaciones de emergencia—, pero en ese momento la política más sensata era gastar lo antes posible todo lo que tenían.

Inspirándose en la idea de Willing, a saber, que los bienes tangibles llegarían a ser la nueva moneda, Avery se tomó demasiado a pecho esa estrategia. Para Florence, hacer la compra era una pesadez; para su hermana, una manera de entretenerse. Fue así como la dueña de la casa aprendió, a fuerza de disgustos, que a su hermana no había que darle nunca carta blanca. De lo contrario, se compraba el supermercado entero.

Al volver del Home Depot de la calle Diecinueve, Avery irrumpió por la puerta de la calle, cargada como una burra, las pupilas dilatadas y, en la tez, esas ronchitas color púrpura que produce la hipertensión.

—¿Qué es eso? —preguntó Florence, señalando con la cabeza las pesadas bolsas de lona.

—¡Qué suerte he tenido! —Avery pasó rozándola con su cargamento y lo dejó todo en el suelo de la sala. Con gesto triunfal, sacó de una bolsa de papel y, haciendo mucho ruido, varios frascos de pegamento Gorilla («¡Nueva tapa antiatascos! ¡Seca 2 veces más rápido!»)—. Y espera, esto no es todo. Goog se ha quedado vigilando el coche.

Cuando Avery terminó de descargar, Florence husmeó tímidamente en el botín de guerra. Encontró montones de bolsas llenas de cintas para las mosquiteras de las ventanas, aunque a saber por qué tendrían que volver a aislar las ventanas una y otra vez; además, Avery no había comprado las

correspondientes mallas metálicas. También había burletes, cinta adhesiva de dos caras y unos veinte botes de limpiador en polvo marca Comet.

—Avery, ¿qué vamos a hacer con tantas escuadras? ¿Y dónde vamos a meter toda esta basura?

—¿*Basura*? —repitió Avery, indignada—. Son *bienes reales*. De metal y otros materiales duraderos de valor. Sirven para hacer cosas, para arreglar cosas y para pegar cosas. No son de papel y no son una abstracción, y eso es mucho más de lo que se puede decir del dólar. Tuve una suerte increíble, y fui astuta y rápida. Les gané por la mano a cientos de clientes cuando en Home Depot descargaron las existencias sin vender de un almacén. Todo de antes de la Renuncia. China ya no quiere cambiar artículos reales por nuestro dinero. No fue moco de pavo hacerme con todo esto, así que deberías darme las gracias. Cuando algún cabrón reviente la puerta de los vecinos, nos ofrecerán una caja de leche de larga duración a cambio de bisagras y seremos los únicos de esta calle que tendremos algo parecido a una ferretería.

Florence dedujo que Avery se había preparado ese discurso.

Obligar a su hermana a sacrificar el limitado espacio que su familia ocupaba en el sótano para dar cabida a toda esa rapiña debería haber convencido a Avery para que no hiciera más compras por el estilo —pues comprar era un impulso que hundía sus raíces en el mismo e inútil razonamiento *por-si-acaso* y *nunca-se-sabe-lo-que-puede-pasar* que había acabado enterrando a más de un chiflado bajo montones asfixiantes de periódicos y revistas viejos antes de que la muerte del periodismo impreso privara a los acaparadores de su material tradicional—. Pero una excursión aparte a Home Depot sólo para confirmar cuánto más habría costado todo eso dos semanas después, impulsó a Avery a seguir derrochando. De una expedición a Walgreens volvió con varios estuches para el tratamiento de uñas micóticas, un montón de cajas de pastillas para limpiar la dentadura postiza cuando en esa casa todos tenían dientes de verdad, y hierbas medicinales para la depresión, que, de hecho, y considerando lo mucho que esa inundación de ridículos bienes de consumo estaba afectando a Florence, podrían haber sido útiles, aunque sólo funcionaran las píldoras. Ahora tenían quitaesmaltes, pero no esmalte, y un ungüento antibiótico de antes de la guerra que cuando era nuevo no habría servido ni para calmar la furia de las superbacterias más resistentes. Tras un saqueo increíblemente «fructífero» en Staples, durante el cual, según Goog, su madre casi se lió a tortazos por el

último paquete de gomitas elásticas de colores, ahora tenían decenas de miles de Post-it, cientos de rotuladores, varias cajas de sobres de manila extragrandes y cartuchos de repuesto para una impresora 3-D que no tenían.

Para ser justos, hay que decir que Avery no estaba sola. Según los presentadores de los informativos, todo el país se había lanzado a comprar de manera desenfrenada; tanto era así que durante unas semanas la economía registró una subida del PIB. No obstante, incluso los que más conciencia dental tenían, llegaban a un límite en lo que respecta a la cantidad de hilo dental con sabor a menta que podían almacenar, y el repunte fue breve.

Resignada a vivir con parientes en un espacio tan reducido, Florence había prometido a Esteban que no se ocuparía de su madre, que tendía a guardarse para ella sus quejas y a consumirse en silencio como una lata de la despensa que rezuma botulismo y empieza a hincharse. Con todo, no fue ninguna política abstracta encaminada a resolver conflictos al aire libre lo que llevó a un punto crítico el tema de los gastos, sino una furgoneta de reparto de Astor Wines & Spirits. Al volver del trabajo, Florence reconoció el logotipo a diez pasos de distancia, y algo estalló.

–¿Qué es esto? –gritó en la acera mientras el pobre repartidor aún estaba pidiendo una firma en el hueco de la escalera del sótano.

–Cosas necesarias –dijo Avery lacónicamente mientras el repartidor volvía a la furgoneta.

–La pasta de dientes es necesaria –le espetó Florence–. ¡No un Shiraz Cabernet ácido pero asombrosamente ágil!

–Nosotros bebemos casi siempre blanco, la verdad –dijo Avery, con frialdad, mientras entraba la última caja–. Pero suponiendo que sea asunto tuyo, cosa que dudo, ¿podríamos discutirlo dentro, no en la calle?

–¿Tú te crees que no sé desde hace meses lo que hay en esas cajas que tenéis junto a las latas de pintura? –dijo Florence mientras bajaba los escalones–. Ya podríais esconderlas mejor. Taparlas con esa vieja cortina de ducha es un insulto a mi inteligencia. ¿Te crees que no sé por qué Lowell y tú desaparecéis después de la cena, el único momento del día en que parecéis interesados en refugiarnos en el sótano? ¡Ni siquiera lo compartís! ¡Os escabullís y os ponéis morados en secreto!

–Ya veo que en secreto no. Si tantas ganas tienes de echar un trago,

siempre puedes llamar a la puerta.

–No soy yo la que necesita una copa tan desesperadamente. Al contrario, creo que en este momento es importante estar sobrio. No veas cómo ha subido la hipoteca. Y los servicios nos están asfixiando. ¡Mientras vosotros os pulís nuestras magras reservas en una vinoteca privada!

En Brooklyn, las familias que discutían a gritos bajo el halo de una farola eran una tradición de toda la vida, y los vecinos no se inmutaban. Pero escuchaban. Tenían muy pocas diversiones.

Avery apareció en el hueco de la escalera y cerró la puerta del sótano al salir.

–Lowell y yo contribuimos a los gastos comunes, pero no sabía que ahora nuestro dinero fuera de todos...

–Avery... ¿eres alcohólica?

–¡Florence, por favor!

–*Eres alcohólica, ¿sí o no?* Porque ésa sería la única explicación...

–Nuestro estúpido *presidente*♦ ha dejado de pagar la deuda nacional, pero eso no significa que haya racionamiento como en la guerra. Para mí, una copa de vino al final del día...

–Avery, no he vuelto a verte beber «una» copa de vino desde que tenías quince años.

–¡Si eliminas todos los placeres de la vida, entonces no vale la pena vivir!

–Elimina la bebida y la vida no vale la pena, eso es lo que piensan los alcohólicos. Si estoy equivocada, demuéstalo y devuelve ese vino.

–Esta discusión está fuera de lugar –se oyó decir a Lowell, que también salió a la calle subiendo pesadamente la escalera–. Tu hermana y yo somos mayores de veintiuno. Puede que no apruebes cómo gastamos nuestro dinero, pero sólo por ser huéspedes en tu casa...

–Veo que profesionalmente has invertido mucho en la idea de que este «bajón» es temporal –dijo Florence–. ¡Pero no sabemos cuánto va a durar esta espiral ni hasta dónde va a llegar, y entre nosotros tenemos cuatro hijos que alimentar!

–Es tu hijo –dijo Avery– el que no deja de machacar sobre cómo convertir los dólares en activos sólidos que podrían usarse para cambiar por otras...

–¡Oh, no seas falsa! –La voz de Florence había alcanzado su registro agudo menos agradable–. Sí, por supuesto, he oído decir que, en el parque, el

alcohol y los cigarrillos electrónicos altos en nicotina circulan como dinero, pero vosotros os estáis bebiendo vuestra moneda.

–Oíd, este apaño, esta... comuna, sólo funciona si ponemos algunos límites... –dijo Lowell.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo voy a poner «límites» cuando lo más valioso que estoy compartiendo con Nollie, con Kurt y con toda tu familia es mi casa?

–O sea, ¿que el verdadero problema es ése? –gritó Avery–. ¿Tienes que controlar absolutamente todo lo que hacemos en *tu casa*? ¿Ahora eres la gran osa madre y tenemos que pedirte permiso para beber, para soltar tacos o comer pollo no orgánico?

–*Cualquier pollo*. ¡De eso se trata, sí! ¡CUALQUIER POLLO!

Atraído por el jaleo, Esteban salió por la puerta principal.

–Eh, hasta en North Bellport, mi antiguo barrio, estos griteríos se consideraban una ordinareiz. ¿Cuál es el *problema, amigos?*♦

Si con esas dos palabras en español Esteban quiso imprimir un tono jocoso a su comentario, no funcionaron.

–Tú y yo sólo nos permitimos tener relaciones sexuales cada dos semanas –dijo Florence– para que un tubo de espermicida para mi diafragma dure varios meses. La semana pasada tú ni siquiera tomaste ibuprofeno para esa contractura muscular porque ya casi no queda. ¡Pero estos dos se están automedicando a tope! Aunque, claro, invierten en una «cosa necesaria»... Dos copas sin fondo de chardonnay, y eso, según me han dicho, no es asunto mío.

Dado que era muy raro que Florence perdiera los estribos, Esteban no parecía saber muy bien cómo tratarla con guantes de seda.

–Buenooo –dijo Esteban sacudiendo la mano–. No está claro si es asunto nuestro o no.

–Es asunto nuestro desde el momento en que empiezan a quedarse sin lo que tienen ahorrado –dijo Florence–. ¡Y ese día se volverá retrospectivamente asunto nuestro la manera en que se gastaron ese dinero antes de pasar a depender de nuestra misericordia!

–Es posible que todo el mundo necesite una válvula de escape –sugirió Esteban; él mismo ya echaba de menos sus Dos Equis–. Un caprichito.

–¿Caprichito? ¡No estamos hablando de botellines de esos que te dan en los aviones, sino de cajas y más cajas!

–Dos cajas –dijo Avery, mofándose de su hermana.

–¿Capricho...? –prosiguió Florence, hecha un basilisco–. ¿Te crees que no me gustaría salir a cenar con mi novio de vez en cuando o ir a ver una peli como una persona normal? ¿No preferiría poder comprarle a mi hijo un buen regalo cuando cumpla quince en enero en lugar de garabatear una felicitación en una tarjeta piojosa? No entiendo por qué pensáis que puedo vivir divinamente sin chocolate, sin beicon y sin café de verdad. ¿Por qué no echaría de menos unas copas de vino de vez en cuando? Antes también me encantaba meterme un par de rayas, por si pensáis que soy una mojigata aguafiestas. ¡Pero ya ni siquiera tengo para eso! Ni puedo ahorrar para irme de vacaciones a Italia. ¡Me llamo Florence y nunca iré a Florencia, nunca, nunca! ¡Porque cada centavo que gano se va en asegurar que otras nueve personas no se mueran de hambre! ¿No creéis que a mí también me gustaría un poco de fantasía en mi vida, de ligereza, de espontaneidad? ¡Pues sí! Estoy harta de que todo el mundo se comporte como si yo fuera estricta, tacaña y mezquina porque elijo ser así, porque no tengo sentido del humor y trabajo en un albergue para indigentes porque soy seria de nacimiento. Odio mi trabajo, ¿me oís? ¡Me encantaría dejarlo y no puedo porque al parecer soy una... tonta! ¡Una madraza!

–Ya veo que tenemos que irnos –dijo Avery–. ¡Cuánto resentimiento reprimido! Ya sabía que te guardabas muchas cosas, pero...

–No seas ridícula –dijo Florence, dando una patada en el suelo–. ¿Adónde piensas ir con tres críos y un marido que tiene la cabeza en las nubes?

–Ya pensaremos algo –farfulló Avery.

–Si pudieras pensar algo, no estarías aquí. –Florence, que se había cruzado de brazos, estaba que echaba chispas. Por su parte, Avery agachaba la cabeza y se ponía a llorar. Sacar a relucir los trapitos sucios a la vista de todo el vecindario había sido catártico y a Florence le resultó imposible seguir interpretando el papel de la furiosa; desde pequeña, siempre había sido el paño de lágrimas de su hermana. Suspirando, atravesó los tres segmentos de acera que las separaban, abrió los brazos y estrechó a Avery contra el pecho.

Al cabo de un rato, los cuatro sellaron la reconciliación en el sótano bebiendo un chenin blanco del norte del estado de Nueva York; una copa bastó para que a Florence, que llevaba meses sin beber una gota de alcohol, se le pasara el cabreo. No era ésa la primera vez que se peleaban, y tampoco sería la última, pero todos podían alcanzar cumbres vertiginosas de cólera y vituperación tras las que los protagonistas se limitaban a seguir ahí,

obligados, cuando llegaba la hora de dormir, a retirarse arrastrando los pies y tumbarse en el colchón que les habían asignado. Un lujo más que la familia Mandible ya no podía permitirse: una bronca permanente.

A Florence la irritaba especialmente que las páginas web extranjeras cargasen tanto las tintas cuando tocaban el tema de los cortes de agua. En todo caso, el ayuntamiento estaba enviando más camiones cisterna que nunca y no podía decirse que después de la Renuncia los cortes fuesen más frecuentes que antes.

Pero sí más molestos. Con diez residentes y dos cuartos de baño, en los bidones de gasolina ya no recogían suficiente agua de lluvia para dejar los inodoros limpios *en su debido momento* durante más de un par de días. Después, dado que el recato era tan indispensable como el perejil fresco, todos empezaron a mear fuera, en el patio trasero; para los asuntos *de más envergadura* había que cavar un hoyo. Pero era invierno, el aire daba en el trasero desnudo como una bofetada y la tierra estaba dura. Avery había contado que Savannah y ella habían optado por «almacenar» mientras se lo permitiera el poder de la mente.

Cuando las cañerías se desbordaban –cosa que, desafiando la insidiosa cobertura de los medios extranjeros, ocurría la mayor parte del tiempo–, Willing había adquirido el irritante hábito de montar guardia en la puerta del baño de los Stackhouse, abajo, cuando los chicos se duchaban. La familia de su tía no estaba acostumbrada a economizar agua; para ellos, las duchas de duración indefinida eran uno de los derechos humanos. Desde que habían llegado, la factura del agua se había multiplicado por tres. Así, mientras preparaba la cena, lo que Florence casi siempre oía arriba era la conversación siguiente:

–¡Apártate de la puerta, perverso! –gritaba Goog.

–Ya llevas cuatro minutos –anunciaba Willing, en tono monocorde.

–Sé que estás con el oído pegado a la rendija, quieres oír cómo me pajeo.

–Puedes masturbarte todo lo que quieras siempre y cuando cierres el grifo. El jabón es un lubricante más eficaz cuando la espuma no se va por el desagüe.

–¡A Savannah la dejas ducharse diez minutos, lo cronometré! Querías verle las tetas...

–Cinco minutos –decía Willing, estoicamente–. Te estoy avisando con tiempo.

Y, en ese momento, el grifo del que Florence sacaba el agua con que llenaba la olla para hervir la pasta perdía fuerza. Sólo salían unas gotitas.

–¡Wilbur, mamonazo! ¡Tengo champú en la cabeza!

Willing había aprendido a manejar la llave de paso para conseguir un severo efecto punitivo. Su finalidad era loable, pero sus intervenciones como policía del agua no mejoraban la relación con sus primos. Puede que disfrutara demasiado de su cargo.

Por si fuera poco, quedaba por resolver el asunto, emocionalmente cargado, del papel higiénico. En la mayoría de las principales ciudades del país se había extendido la costumbre de acumular paquetes de tamaño familiar, hábito que desembocaba en una escasez crónica y en la extorsión. En el albergue se había vuelto imposible tener siempre papel en los lavabos, pues los residentes parecían devorar los rollos; el Departamento de Servicios para Personas sin Domicilio Fijo había publicado una nota en la que anunciaba, en detrimento del bienestar olfativo de Adelphi, que dejaba de destinar fondos para todos los artículos de papel. En los servicios públicos de los grandes almacenes y de los museos también habían dejado de colocar los medios para que los visitantes se limpiaran tras sus abluciones, supuestamente porque habían padecido los mismos robos a manos de una clase de usuarios de más categoría.

Al principio, Florence puso encima de los dos portarrollos una pegatina que decía DOS CUADRADOS POR VEZ. Era una manera de pedirlo cortésmente, dada la continua disminución de las existencias de ese precioso artículo que había detectado abajo. Pero nadie le hacía caso. Después lo intentó llevándose a su hermana discretamente a un lado para sugerirle que tal vez «meaba demasiado a menudo»; si era capaz de disciplinar el tracto digestivo durante los cortes de agua, tal vez podía poner freno también a la vejiga. Pero, oh, sorpresa, Avery se ofendió. Florence también tuvo que leerle la cartilla a Savannah por dejar en la basura cuadraditos con restos rojos y beige; había malgastado papel higiénico para quitarse el maquillaje. Era un engorro vigilar a sus huéspedes en asuntos de tan mal gusto, pero cuando se trataba del gasto y de la disponibilidad, no tenía otra opción. Los sustitutos, como las bolas de algodón, el papel de cocina y las servilletas eran peligrosos

para las cañerías, y pronto serían tan difíciles de encontrar como el papel higiénico propiamente dicho.

Al final, ocurrió lo inevitable, lo que Florence venía temiéndose: no consiguió papel ni siquiera yendo varias veces al supermercado y se quedaron con sólo dos rollos, los últimos. En internet había gente furiosa que publicaba que en Nueva Jersey, Long Island y Connecticut padecían la misma escasez. Florence se dio cuenta de que los vecinos cambiaban disimuladamente por carne roja y pollo todo el papel que habían podido acaparar, un intercambio bastante parecido a la extorsión. Así pues, le asignó a Willing la tarea de dedicar parte de su tiempo a un proyecto de investigación y convocó una reunión familiar.

–Soy consciente de que esto es una pesadez para todos –dijo Florence–, pero hasta que la situación mejore tendremos que prescindir de nuestro Departamento de Limpiarse el Culo. ¿Willing?

–Antes de que se instalaran las cañerías interiores –dijo Willing–, los norteamericanos usaban papel de periódico o páginas del catálogo de Sears. Pero ya no se publican periódicos ni revistas.

–Papá estaría realmente orgulloso –dijo Avery–. Por fin una buena razón para lamentar la desaparición del *New York Times*.

–Los romanos usaban una esponja empapada en vinagre, pinchada en un palo –prosiguió Willing–. Y en la India tienen esa tradición de comer sólo con la mano derecha, ¿verdad? No es únicamente un ritual, sino un imperativo biológico. Yo ya sabía que se limpian con la mano izquierda, lo que no sabía es que no usan papel.

–¡Aaaaaj, qué asco! –aulló Bing.

–De eso nada –dijo Lowell–. Prefiero usar el cubrecama.

–Más o menos a eso tendremos que llegar –dijo Florence–. Tengo una bolsa llena de trapos limpios y también podría rebuscar en mis armarios. Sirve cualquier otra cosa que ya no usemos. Podemos cortarlas en trozos pequeños. Y también poner vinagre junto al inodoro, así podrían mejorar las condiciones de salubridad.

–Pero la tela no se puede tirar por el inodoro –dijo Willing.

–En algunas megaciudades, como Río o Pekín –dijo Nollie–, hace años que no se tira papel por el inodoro. Las alcantarillas están fatales. Lo echan en un cubo que tienen junto al váter.

–A eso podríamos acostumbrarnos –dijo Willing–. En realidad, uno puede

acostumbrarse a cualquier cosa.

–Bueno, a eso yo no podría –dijo Avery, poniéndose de pie–. Opto por la solución norteamericana: me voy de compras.

–Estoy de acuerdo con mi madre –dijo Savannah–. Sois unos bárbaros.

Muy indignadas, Avery y su hija se fueron al Jaunt y tardaron horas en volver.

Pero, cuando volvieron, volvieron escarmentadas. Tras recorrer Long Island y Nueva Jersey agotando casi toda la gasolina del coche –también carísima y difícil de conseguir–, sólo encontraron un paquete de rollos de papel cocina (reservado para «liar» tampones). Las dos botellas de vinagre blanco eran una manera de reconocer la derrota. Mientras tanto, el resto de los habitantes de la casa había pasado una tarde entre desenfrenada y cómica recortando «servilletas para el culo», toallas viejas, calcetines agujereados, metros y más metros de tela que habían sobrado de los dobladillos de las cortinas y cosas que Florence había comprado en tiendas de segunda mano de dudosa calidad. Tela de rombos que formaban alegres torres como edredones verticales. Cuando Florence pudiese volver a encontrar, si alguna vez podía, un paquete de nueve rollos en el estante de algún supermercado, sin duda acusaría el dolor que provoca una curiosa pérdida.

Willing podría haber dejado por completo de ir al colegio porque enseñaban lo que no tenían que enseñar: álgebra y capitales de países. Si aguantaba, aprenderían a purificar el agua y a buscar plantas comestibles. A hacer un fuego cuando se mojaban las cerillas. A montar una tienda de campaña o a hacer una con un poncho impermeable. A hacer nudos, a cultivar patatas. A cazar y despellejar una ardilla. A cargar un arma.

En el Instituto Obama los alumnos estudiaban biología, pero los profesores no aplicaban las lecciones al entorno apropiado. El ecosistema urbano era inusitadamente frágil y tremendamente interdependiente. Eran demasiadas las cosas que tenían que funcionar bien para que una ciudad funcionara. Así de simple. Y no se podía confiar en que funcionaran muchas cosas. En realidad, no se podía contar con que nada funcionara.

Cuando la Renuncia empezó a doler de verdad, la gente compartió en las redes sociales información sobre los mejores contenedores de basura y los supermercados donde aún tenían salchichas para el desayuno, pero los

habitantes de las ciudades no tardaron mucho en guardarse esos consejos para sí mismos. Si Pathmark había puesto a la venta un poco de queso suizo precortado y no muy florecido, lo último que se hacía era contárselo a otro.

Así pues, Willing siguió yendo a clase porque sus compañeros eran una mina de información. A los padres les habría inquietado saberlo, pero los chicos se iban de la lengua. Era imposible que no alardearan de lo que su familia había conseguido acaparar. Gracias a los faroles que se marcaban otros compañeros, se enteró de que en el Rosangels de Tilden tenían dos cajas de harina de maíz Goya, la de grano grueso. Tras habérseles acabado el espacio a causa de una sucesión de rachas de buena suerte, apilaban las cajas en el patio trasero: una presa fácil. Los Brown, los vecinos de enfrente, que habían llegado con la elitización residencial y que aún tenían que olvidarse de fatuidades como la «intolerancia a la lactosa», tenían en el sótano leche de arroz para un año –Trader Joe’s con sabor a vainilla–. Y nunca cerraban el ventanuco de arriba, el que quedaba encima de la lavadora. Los Garrison, que vivían en la esquina, escondían cientos de latas de garbanzos en un cobertizo para herramientas, también en el patio trasero. El candado era de los buenos, pero las puertas tenían bisagras exteriores. Quitarlas era pan comido. Lo mejor de todo era que, en cuanto se volvieran a atornillar las bisagras, no quedaba a la vista ningún indicio de invasión. A Willing no le interesaban los Doritos y otros *snacks* salados que podían encontrarse en casi cualquier sótano. Las bolsas crujían, y lo delatarían.

Florence, por supuesto, le había enseñado a no robar. Pero, con esa predisposición, Willing podría haber inventado un sinfín de explicaciones racionales para sus incursiones. Presas del pánico, de pronto la mayoría de las familias se veían desbordadas por más cosas de las que necesitaban. Las ratas y los insectos lo tenían fácil cuando el forraje estaba mal protegido. Tras un apagón que se había producido en marzo, las calles de East Flatbush estaban a rebosar de cubos de la basura que apestaban a carne podrida que ya no cabía en unos congeladores sobrecargados. Willing nunca se dedicó al saqueo masivo; esas desapariciones juiciosas eran, más que robos, una recaudación de impuestos.

Con todo, no sentía que a él le hicieran falta explicaciones racionales. Estaba poniendo a punto una habilidad comparable a purificar el agua y encender un fuego –y cuando el No robarás pasara a ser un anacronismo parecido a la intolerancia a la lactosa, le sería de gran utilidad–. Si que

Willing ahora se dedicara a robar era señal de una corrupción más extendida del orden moral norteamericano, ese orden moral acabaría pudriéndose con o sin él. La degradación de sus costumbres no era más que una forma de estar al día, algo parecido a descargarse en el fleX el último y más moderno sistema operativo.

Hasta entonces, Florence no le había preguntado de dónde salían esas misteriosas adquisiciones que aparecían en la despensa. Ahí todos arrimaban el hombro, y no era ella la que iba a preguntar de dónde había salido una bolsa de arroz largo Carolina. A caballo regalado... Pero la verdad es que debía de saberlo. Eso se llamaba *disonancia cognitiva*.♦ Nadie más prestó atención cuando la señora Perez introdujo el concepto en ciencias sociales, pero a Willing le gustaba que mentirse a uno mismo tuviera ahora un nombre tan pomposo.

Con todo, había gente concentrada en su propia desdicha, pero él sabía que las épocas de escasez no eran precisamente buenos tiempos; además, le gustaba tener tanto que hacer. Era útil que, a los quince años, siguiera siendo un chico menudo y de natural vigilante. Como si estuviera hecho para ser invisible, podía colarse sin hacer ruido por alambradas y ventanas mosquiteras rajadas. (Era increíblemente fácil entrar en casi cualquier casa, sobre todo desde que lo único que había escogido para él cuando Avery arrasó el Home Depot era un cortavidrios.) Además, gran parte de lo que se llevaba procedía de contenedores y cubos de la basura. Willing se ocupaba de que en la casa no faltara tela para fabricar servilletas para el culo. Llegó a dar batidas en lugares tan lejanos como Prospect Park en busca de palos y troncos pequeños, para las barbacoas en el patio trasero y, también, para calentarse mientras comían, la mejor manera de ahorrar gas natural. Cuando esa primavera su madre decidió plantar verduras en el jardín de atrás –nada inútil y sin sustancia, como rabanitos y lechuga, sino cultivos verdaderamente nutritivos, como la calabaza–, tuvo que recordarle que esa reducida parcela había hecho las veces de letrina. Así pues, dedicó una buena semana a llenar las cestas de la bicicleta con tierra que iba a buscar al cementerio de Holy Cross; después las vaciaba en el jardín para formar una capa superior de unos quince centímetros no contaminada por desechos humanos, tras lo cual imploró a todos que durante los cortes de agua defecaran en un cubo. Él mismo sembró las semillas y regó las hileras. Según un informativo, los jardines residenciales de todo el país estaban convirtiéndose en huertos.

Antes de la Renuncia, el césped era el cultivo más extendido de los Estados Unidos –tres veces más que el maíz– y cubría una superficie equivalente a la del estado de Nueva York. Pero el césped no se podía comer; en cambio, la tendencia a plantar remolacha no podía ser más sensata.

Eran épocas que infundían vigor, tiempos para aplicarse. Mejor de lo que todo sería más tarde.

Entretanto, las noticias en sí mismas daban para un estudio fascinante. Hacía meses ya que los presentadores de los informativos habían definido ese momento con sustantivos como *crisis*, *catástrofe*, *cataclismo* y *calamidad*; ya casi no les quedaban «palabras-C». Habían agotado también todas las que empezaban con *D*, como *desastre*, *debacle* y *devastación*, entre otras. Términos como *penuria*, *adversidad*, *tragedia*, *tribulación* y *sufrimiento* ya no significaban nada... No surtían efecto, y sólo parecían aludir a experiencias que no eran para tanto. La propia lengua inglesa padecía inflación, y cuando todo llegara a ser diez veces peor, esos presentadores tendrían un problema. No quedarían palabras para nombrar la fase siguiente. CBS News tal vez optara por atenuarlo todo refugiándose en eufemismos y perífrasis: lo que le había ocurrido a los Estados Unidos era *una pena*, *una vergüenza*, *un verdadero desperdicio*, *bastante desafortunado* o *algo parecido a una decepción*.

Naturalmente, ya había dificultades. Cuando Florence encontraba un litro de leche fresca, insistía en reservarla para el té –como a ella le gustaba, blanquito–, pero la guardaba durante tanto tiempo que la mayor parte de las veces acababa cuajándose. Cuando la nata aparecía en lo alto de la taza, Florence lloraba. Bing mangaba comida *en la casa*, algo muy distinto de robarla en otra parte, y los hurtos eran cada vez más evidentes porque ese niño de doce años era el único miembro de la familia que engordaba. Lowell no hacía nada en todo el día aparte de darle al fleX en el sótano, donde escribía su «tratado», y Willing ya empezaba a preguntarse si su tío no estaría loco. Esteban se había vuelto hosco; salir y ofrecerse en las esquinas para tal o cual trabajito se parecía demasiado a lo que había hecho su padre. Ya no besaba a Florence tan a menudo, ni la abrazaba junto al fregadero. A Kurt le daba tanto terror ser una carga que se ausentaba durante casi todo el día; volvía demacrado y con cara de estar muerto de frío. Aparte de pasarse horas seguidas en las colas donde esperaban la llegada de camiones de comida, es probable que no hiciera más que dar vueltas por la ciudad. Muchas vueltas.

Goog y Bing no les sacaban mucho provecho a las clases que les daban en español, pero ir al cole confería a todo un aspecto, aunque falso, de normalidad. Si bien volvía del colegio rezumando desprecio, allí Goog contaba con «Wilbur» para que se lo tradujera todo, y detestaba depender en tan gran medida de su primo. Ahora en el Instituto Obama había más *blancos*, pues eran muchas las familias que, como la suya, ya no enviaban a sus preciosos niños blancos a colegios privados. En cualquier caso, lo más seguro era que al que no hablaba español acabaran dándole una paliza. Willing intentó enseñarle a Goog algunos verbos, pero su primo se aferraba al alemán como si fuera su segunda lengua, una tontería inmensa, porque para comunicarse, incluso en Alemania, era mejor aprender turco.

El tontainas de Bing volvió a destacar cuando llevó el violín para tocar en la desafinada orquestina de su colegio. La tarde en la que los admiradores habituales arrojaron el instrumento por encima de un seto y le rompieron el puente, Willing le insistió al menor de sus primos:

–Pero... ¿para qué estudiar violín si los mejores violinistas ya han grabado discos en los que tocan de todo?

–Bueno –dijo Bing, pensativo–. Alguien podría componer algo nuevo y después hará falta un violinista que lo toque.

–Pero podría tocarlo un ordenador –dijo Willing–. Y mejor de lo que nunca lo tocarás tú, a juzgar por tus ensayos...

Bing empezó a sollozar. Suspirando, Willing encontró algo que hacer con el pegamento Gorilla de Avery y reparó el puente del violín, aunque en realidad no le hacía ningún favor a su primito.

Savannah se esfumaba con frecuencia, un hábito que intranquilizaba a Willing, ya fuera porque pensaba en lo que su prima podría andar haciendo por ahí, ya por el hecho mismo de que no estuviera en casa. Todo lo relacionado con esa chica crispaba los nervios. Era remilgada y estaba resentida sin motivos. Pasaba absolutamente de todo y languidecía y se dedicaba a no hacer nada por la casa cuando como mínimo podía salir a robar algo y ser un miembro productivo de la sociedad. Pero Savannah tenía una vida secreta, y eso era irresistible. Era guapa, y a Willing le hacía sentirse débil que ese hecho tuviera alguna importancia. Cada vez que volvía a casa y comprobaba que su prima no estaba, el aire se desinflaba. Como no podía hacer nada, se solidarizó con el punto de vista de la adolescente. Se suponía que Savannah estaba en clase. A su edad, ya debería estar dejando atrás a sus

acartonados padres y los pesados de sus hermanos y buscar una nueva vida. Aprender, a base de errores, a no beber demasiado tequila, a cambiar de carrera si descubría que, después de todo, no le interesaba tanto el diseño textil, a enamorarse de quien no debía. Pero, en cambio, Savannah seguía pegada a su familia en casa de unos parientes donde ya no cabía un alfiler. Eso parecía una residencia universitaria, pero sin bebida. Debía de ser insoportable. No era de extrañar, pues, que apenas le hablara a su primo, ese dios Mercurio de quince años.

De ahí que Willing se emocionara cuando –cosa rara– se encontraban a solas en la sala. En esa vivienda tan atestada de gente había que apreciar cualquier momento de intimidad, por breve que fuese.

–Estamos jodidos, ya lo sabes –dijo Savannah, repantigada en el sofá–. Todo ha terminado para nuestra generación.

Y encendió un cigarrillo. Un cigarrillo de verdad.

–¿Por qué no fumas uno electrónico? –preguntó Willing, tanteando el terreno.

–Porque los cigarrillos electrónicos no te matan.

Ese hastío era afectado.

–El olor a tabaco te delatará.

–¿Y qué van a hacerme? ¿Mandarme a mi habitación? ¿Qué habitación? ¿Negarse a pagar la matrícula de la universidad? ¿Mandarme a dormir sin cenar? Sería una bendición, vista la bazofia que comemos.

Savannah era hermosa, pero la inexpresividad de su mirada la hacía menos hermosa. Willing se preguntó de dónde sacaría el dinero para cigarrillos. También iba maquillada –un lujo del que la mayoría de las mujeres prescindía–. Willing aceptaba no interesarle a su prima, pero era triste que una chica prometedora de diecinueve años tampoco se interesara por nada ni por nadie más.

La más dura de las tareas de la casa le correspondía a él porque nadie más quería hacerla. Los otros estaban demasiado ocupados, o se iban la semana siguiente, o no querían molestar en un momento inoportuno; pero la verdad era que no se iban porque no querían irse: *disonancia cognitiva*. No Nollie, que afirmaba ser *persona non grata* en esa casa; no sus primos, y tampoco Avery ni su madre, y eso era especialmente extraño. El problema residía en que la situación en el albergue era realmente desoladora; según Florence, el trabajo en Adelphi consistía básicamente en proteger a los residentes

legítimos de las multitudes que acampaban en la acera y querían entrar. Ahora los elegidos eran los sin techo que tenían una habitación de verdad; en esos días, decía Florence, «nadie se queja de la vista que tiene desde la habitación». Lo probable era que una exigencia más acabase pareciendo algo imposible de soportar. En un momento de sinceridad, su madre había dicho: «No puedo cuidar de todo el mundo.»

Así, cada dos semanas, Willing se montaba en la bicicleta, la cargaba con algunos comestibles selectos que los vecinos habían *donado* para la gente de más edad y pedaleaba hasta Carroll Gardens. A veces aprovechaba esos viajes para reflexionar sobre el hecho de que haberlo animado a que llamase a sus abuelos «Jayne y Carter» –para ser exactos, se lo habían ordenado– podría haber influido en su manera de verlos. Más nítidos, pero de un modo menos generoso –como si llamarlos por los nombres de pila, cariñosos y alegres, pudiera ofrecer una forma de protección–. Los veía más clínicamente, más como personas concretas y reales, iguales a todos los demás, y esa claridad de visión no redundaba necesariamente en interés de ellos. En el colegio, todos llamaban a la abuela *nana, gran, gramma, abuela* ♦ o *yaya*. ♦ Cuando él, al hablar de la suya en una redacción sobre el árbol genealógico, puso «Jayne», a sus compañeros les pareció rarísimo y patético a la vez. Es posible que Willing, aunque de una manera no racional, sintiera una pérdida, como si, falto de esos términos tradicionales, no tuviera de verdad una abuela y un abuelo, sino dos conocidos mayores que él con los que tenía poco en común.

En todo caso, las cosas en East Flatbush no iban bien. Al cabo de una larga serie de visitas, suficientes visitas, Willing ya había pasado por esa fase en la que todos fingían estar bien, aunque a veces deseara que volvieran a poner al mal tiempo buena cara. El problema principal eran los Depend. Hacía tiempo que en casa de sus abuelos se habían terminado los pañales para adultos. Si bien Willing a veces les llevaba sábanas viejas, colchas y jirones de ropa sacados de la basura de gente desahuciada, las existencias de tela que se podía conseguir sin pagar eran limitadas. Sus abuelos no tenían más remedio que lavar y reciclar los pañales de Luella. Desagradable.

Jayne y Carter la tenían atada, ya fuera a la silla, o anudada con una correa corta a la pata de una mesa. Cuando Willing se lo mencionó a su madre, Florence se horrorizó. En cambio, a él le parecía una medida sensata. Si le daba un ataque de furia, Luella era capaz de destrozarse la casa. Bueno,

tampoco es que ahora la diferencia se notara. Difícil decir si la casa *ya* estaba destrozada o no.

Parecía como si la demencia fuese contagiosa. Nadie hacía las camas, ni recogía la basura, ni la sacaba. Apenas cocinaban y no tenían horas fijas para comer. Alguien, sin esforzarse demasiado, abría una lata de sopa y se la tomaba directamente de la lata. Peor aún era haber perdido la noción de lo que era una conversación. El diálogo se había convertido en una serie de repeticiones aleatorias: «En Smith Street hay un nuevo campamento para refugiados del hogar para ancianos», decía Carter. «Apenas queda pomada de cortisona», era la réplica de Jayne. A continuación, el Gran Gran Hombre declaraba: «Si Alvarado sigue cerrándose en banda y no acepta el báncor, va a perder las elecciones del 32.» Y, cuando Luella se inmiscuía diciendo: «¡Mi marido pagará lo que le pidáis!», la incongruencia no podía encajar mejor.

Luella estaba convencida de que la habían secuestrado —en cierto modo, así era— y de que la Gran Gran Mini lo había planeado todo. Ya debían de estar cansados de explicarle: «No, cielo, éste es Douglas, ¿te acuerdas? Y éste es Carter, su hijo. Carter es *mi* marido y estás en nuestra casa...» Y el cansancio los había llevado a seguirle la corriente. El conjunto rozaba el sadismo. Por ejemplo, Jayne decía: «Ya le hemos pedido lo que necesitamos, pero tu marido no tiene un centavo. Tendrás que arreglártelas tú sola.» Y el Gran Gran Hombre se entrometía, bromeando: «No, no, querida, el rescate no tardará en llegar. ¡Cuatro cheques de la Seguridad Social, y muy abultados! ¡De mil dólares cada uno! ¡Un sándwich para cada uno!»

A Willing seguía gustándole conversar con el Gran Gran Hombre (o «GGH», iniciales que al paterfamilias ya habían empezado a gustarle; no era cosa de todos los días que a uno le pusieran un apodo molón a los noventa y nueve), pero prefería fleXtear. Así, lo que dicho en persona podía sonar a vacilación, por el fleXt era una afirmación contundente. Esa primavera, la conversación había girado en torno a la omnipresente opinión de que el «experimento norteamericano» había fracasado. Durante una visita en junio — un mes del que ya nadie decía que era «demasiado frío para esa época del año»; una de las ventajas de ir a ver a sus abuelos y bisabuelos era la calefacción, porque con esos «cuatro cheques de la Seguridad Social» tan abultados podían permitirse la central— Willing reanudó la discusión. Tenía la sensación de que era terapéutico obligar a sus tres parientes que aún conservaban un poquito de cerebro a participar en conversaciones que los

forzaban a centrarse en un tema determinado, de la misma manera que un médico podía pedirles que contaran hacia atrás a partir de cien saltando de siete en siete.

–Pero no se puede cerrar un país como si fuera una empresa –sostuvo Willing. Estaban sentados a la mesa de la cocina, cubierta de pegotes y platos sucios. Algunos de los utensilios más espléndidos de la cubertería de los Mandible estaban pringados de mantequilla; poco y nada quedaba de su lustre original. Que en su vaso de agua hubiera una rodaja de limón significaba que Jayne se había desvivido por recibirlo bien–. No se puede levantar las manos y decir: qué palo, sospecho que «el experimento» no ha funcionado. A la gente de mi edad aún nos quedan muchos años por vivir.

–A tu generación le corresponde renacer de las cenizas –graznó GGH.

–Tengo quince años. No puedo fundar un país nuevo a partir de cero.

–El país no va a ninguna parte. Es la economía lo que hay que re-com-poner. Como a Humpty-Dumpty...

–Ah, entonces no hay problema –dijo Carter (se había vuelto frívolo).

–El problema de Alvarado es que sigue pensando que es el *presidente de los Estados Unidos* –dijo GGH, pronunciando sonoramente el título–. Cuando ese tipo llega con su comitiva, todo el mundo se echa a temblar. Los hispanos han invertido mucho en el excepcionalismo del país de los libres, donde a la gente tanto le gusta ondear banderitas. Por lo demás, sólo han emigrado de un vertedero del Tercer Mundo en el que se habla español a otro. ¿Y eso qué sentido tiene?

–Hay muchísimos latinos que se vuelven a su país –dijo Jayne–. Y no olvidéis esto que voy a decir: los echaremos de menos.

–Todos dicen que esto es una «depresión» –dijo Willing–. Pero también es una depresión emocional. Vosotros, por ejemplo. ¿El «experimento» ha terminado porque éste ya no es el país más grande del mundo? Es posible que nunca lo fuera. Muchísimos otros países fueron imperios y ahora ya no lo son. A la gente que vive ahí eso no le preocupa. Da la impresión de que todo el mundo se comportara de manera pueril.

–Van a matarme –le susurró Luella al oído–. ¡Dile a Mimi que, antes de que yo conociera a Douglas, su marido era infeliz! ¡No es culpa mía!

–Enamorarse nunca es culpa de nadie –le dijo Willing en tono solemne.

Es posible que, ávida de esa clase de conversación coherente que Willing

quería imponer, Jayne pareciera molesta tras comprobar que su nieto también quería incluir a Luella.

–Los norteamericanos no están deprimidos –dijo Jayne–. Lo que pasa es que lo niegan todo. Todos creen que la crisis es algo temporal y que de un momento a otro volveremos todos a las cafeterías a tomarnos plácidamente un café con leche. Todas las demás crisis económicas pasaron y por eso, en el peor de los casos, hay que preocuparse por una «década perdida». La idea de una pérdida total, de una decadencia permanente e irreversible... Eso es ajeno a la psiquis de este país.

–No entiendo por qué –dijo Carter–. Este país viene cayéndose en pedazos desde que tengo memoria. Autopistas hechas polvo, puentes que se desmoronan, vías decrepitas. Sigo sin explicarme por qué los extranjeros no han cesado de venir a hacinarse aquí, o por qué han tardado tanto en pensárselo dos veces y dar media vuelta.

–Vuestra actitud no es buena –dijo Willing, invadido por una súbita tristeza–. A lo mejor os merecéis lo que está pasando.

–Hay toda una escuela de pensamiento que coincide con lo que dices –dijo GGH–. Nos lo hemos buscado. Demasiadas ambiciones, criamos a nuestros hijos entre algodones, dimos por sentada nuestra supremacía sin nada que la respaldara... En el Medio Oeste, los evangelistas afirman que éste es el día del ajuste de cuentas. Pero no se elige a nadie para ser la-mano-derecha-de. Todos somos baladís.

–¡Tú ya sabes que soy baladí! ¡Baladí yo soy! ¡Lo sabes! –canturreó Luella, al compás de «Bad» de Michael Jackson.

Willing observó detenidamente el *tableau vivant*. Luella, vestida con un camisón sucio hecho jirones y atada a un sillón de respaldo recto, las muñecas pegadas a los brazos del sillón con cinta adhesiva, hacía pensar en una víctima de las primeras sillas eléctricas. Demasiado blanco en sus ojos enormes, como si ya hubieran activado el interruptor. Tenía los dientes largos y amarillos y las encías comidas por la piorrea. Enfundada en una bata negra que arrastraba por el suelo como una bruja de cuento de hadas, su demacrada abuela seguía arrancándose las cutículas hasta hacerse sangre; después se secaba las gotitas con una servilleta. En el pasado, su abuelo siempre le había parecido un hombre bastante en forma y aburridamente normal: atento, sin pretensiones..., todo lo que su hermana Nollie no era; pero ahora lo que Carter parecía ejercitar era lisa y llanamente animadversión. Ahí sentado,

lanzando miradas de odio, de brazos cruzados, apretándose los bíceps con las manos... Los tendones metacarpianos le sobresalían como las cuerdas de una raqueta de tenis. Mirarlo a los ojos se parecía a mirar los cañones gemelos de una escopeta.

El Gran Gran Hombre, del que seguía emanando un aire de nobleza, aunque vetusta ya, al menos había vuelto a ponerse uno de sus trajes color crema, todo arrugado. El pelo blanco alborotado en todas las direcciones posibles y de cualquier manera delataba que detrás de ese «peinado» se ocultaba un fatalismo sin remedio. Desmoralizaba ver lo poco que quedaba del patriarca cuando se le quitaba la corbata, la manicura, los accesorios –los decantadores de cristal, las plumas Montblanc de platino en el bolsillo de la elegante pechera–. Si hasta el cigarrillo electrónico olía a e-baco más barato; en realidad, olía a desinfectante. Sin embargo, ahora que se acercaba el segundo aniversario de la Gran Renuncia, había algo que seguía intacto, a saber, que GGH disfrutaba ese momento, si bien de esa manera contradictoria en que los adultos le toman el gusto al exprés. Una vez Willing había probado café de verdad y le había parecido asqueroso, pero no cabía duda de que ese líquido negro era apreciado precisamente por sus cualidades más repugnantes.

Saltaba a la vista en esa cocina. Demasiados viejos, y todos con una mala actitud. Todos regodeándose con esa calamidad sin tregua... La implosión, el vórtice succionador, el vértigo... Creían que podrían llevarse todo con ellos, ser faraones enterrados con sus tesoros. Willing se puso de pie.

–Yo no soy baladí.

–Will, no pienses lo que no es –dijo Carter, aunque Willing estaba seguro de que no se equivocaba y de que su abuelo nunca había sentido afecto por *Will*–. No es así como imaginaba que llegaría a los setenta.

–Cariño, sé sincero –dijo Jayne–. Tú nunca imaginaste tus setenta, punto.

–Poder comer... Eso es importante –dijo Willing–. Y tener un techo. ¿Qué otra cosa importante no podéis comprar ahora? Parecéis tan amargados...

–Amargada mejor que margarina –balbuceó Luella–. Amargor mejor. Amarga es la gárgara.

–Al menos os tenéis los unos a los otros –concluyó Willing.

–A lo mejor ése es el problema –bromeó Jayne, arrancándose otra cutícula.

–Ser víctima de un robo es una experiencia emocional –dijo GGH–. Mucho más intensa que la que puede producir darse cuenta de repente de que

uno no puede comprarse un barco. Y no nos ha robado gente de fuera, no; nos ha robado nuestro gobierno. La Renuncia ha cortado el vínculo entre Washington y el pueblo norteamericano, un vínculo que, para empezar, y en el mejor de los casos, sólo era provisional.

Willing se encogió de hombros.

–Todos los gobiernos roban al pueblo. A eso se dedican. Los reyes, etcétera, también lo hacían. El presidente esta vez lo hizo todo de golpe. Puede que sea mejor que hacerlo poco a poco. Al menos así uno sabe con qué tiene que vérselas.

–Con la mierda –dijo GGH.

–La mierda el culo descarga –dijo Luella.

–Pero me habías dicho –le dijo Willing a GGH– que hacía ya mucho tiempo que la deuda nacional se había vuelto demasiado alta para devolverla. Decías que de no ser por los acreedores extranjeros que exigen que se les pague en dólares, tendrían que haber desinflado la deuda. Y que eso era lo mismo, dijiste. Sigue siendo una forma de impago, sigue siendo un engaño. Te convierte en alguien igual de «irresponsable» y deshonesto. Que la Renuncia era algo que iba a pasar sí o sí tras muchos, muchos años de comportarse taimadamente, salvo que los chanchullos se solucionasen a toda velocidad de la noche a la mañana. Eso fue lo que dijiste, así que ahora no entiendo por qué te cabreas.

–Sencillamente porque ver que se acerca un tren no significa que no pueda arrollar tu coche –dijo GGH.

Willing, no sin malicia, también le había dicho a Lowell que la erosión convencional de la deuda soberana por medio de la inflación era algo «deshonesto», y le había gustado ver que su tío se ponía púrpura. El dinero, había dicho Lowell, muy mordaz, no tiene cualidades morales; que sólo era un «combustible» y que en una economía lo único que importa es que el motor gire. Toda economía está formada por una serie de «mecanismos» que funcionan bien o mal, y quedarse bloqueado en conceptos irrelevantes como la «justicia», la «honestidad» o la «imparcialidad» equivale a condenar a esos mecanismos a funcionar mal. Según Lowell, lo único «bueno» es la optimización de una máquina eficaz, de la que todos los engranajes se benefician. Fue uno de los mejores momentos de Lowell, y a Willing, tras descodificar la perorata entendiéndola como que el gobierno y el capitalismo

eran, en esencia, inescrupulosos, el planteamiento de su tío le pareció que no estaba tan mal.

–Debería haberlo aclarado –prosiguió GGH–. Alvarado sólo ha robado a los norteamericanos que tenían ahorros, por pocos que fuesen, y eso deja fuera a más de medio país. Y sí, estoy amargado. Me han castigado por no gastar toda la fortuna familiar cuando tuve la oportunidad de hacerlo. Por no haberme bebido un Lafite-Rothschild a tres mil dólares la botella en cada comida. Por querer asegurarme de que la gente como tú, chiquillo, acabara beneficiándose de mi prudencia.

–Papá, una mansión en Oyster Bay es la prueba de que has llevado una vida caracterizada por una abnegación constante –gruñó Carter.

–Un fajo de billetes por no hacer nada podría no haberme hecho bien –dijo Willing.

–Podría haber servido para pagarte los estudios universitarios –replicó GGH.

–La universidad podría no hacerme ningún bien. Estudiar ingeniería... Creo que ahora mismo es importante aprender a cultivar un huerto.

–Podría haberte ayudado a estudiar *horticultura* –dijo GGH, con voz de hombre frustrado–. La mejor definición que conozco de la riqueza dice que «el dinero es energía almacenada». En otras palabras, desde el 29 este país ha venido poniendo el aire acondicionado con las ventanas abiertas.

–Pero la fortuna de los Mandible... –dijo Willing–. Sólo la acumulaste porque uno de tus antepasados se hizo rico diseñando motores diésel. Ninguno de vosotros se ganó ese dinero a pulso. Tuvisteis suerte. Después, en el 29, la suerte os abandonó. Pero la buena y la mala suerte no tienen nada que ver con el bien y el mal. Además, sigues teniendo suerte. Tienes lo que te paga la Seguridad Social, que se fija según la inflación. Y Medicare. Los más jóvenes no tenemos eso. Todos los mayores de sesenta y ocho estáis protegidos. Aparte de Nollie, en mi casa nadie tiene esa protección.

–Nollie no está protegida contra un rechazazo a la mandíbula –gruñó, para variar, Carter– en caso de que alguna vez llegue a ponerle las manos encima. La hija pródiga antes tenía una excusa perfecta. Francia. Ahora no se desplaza ni ocho kilómetros para sustituirnos un par de noches.

–Pero en casa echa una mano –dijo Willing–. Aquello también parece un zoo.

–Enola es un espíritu libre –dijo GGH–. Y podría atraerle más la idea de

venir a vernos, Carter, si te comportaras como si de verdad quisieras verla. No sólo para tener una enfermera gratis. Espero que volver a los Estados Unidos la inspire y vuelva a escribir. Estos tiempos tan revueltos dan para un gran libro y mi hija sería la cronista ideal de esta época. Siempre ha tenido vista. Para la mayoría, lo que vemos al abrir la puerta es una tragedia. Para Enola, es *material*.

—Exacto —dijo Carter—. El autor perfecto para la Gran Novela Norteamericana de nuestros días es una peso pluma que ya no escribe absolutamente nada, que se hizo famosa por una novelucha rosa apenas disimulada y que lleva décadas viviendo fuera de este país.

—Pero Willing, lo que tú decías —interrumpió Jayne, deseosa de volver a intervenir en la que era su primera conversación digna de ese nombre desde hacía semanas—. Yo sí pienso que Douglas tiene razón en lo que dice sobre el riesgo moral. Los norteamericanos que han sufrido las peores pérdidas son los que tenían una relación seria y cuidadosa con respecto al futuro. Los que ahorraron para el futuro, los que creían en el futuro, los que tenían reservas para poder ser responsables de sí mismos y de lo que pudiera pasarles en el futuro. El pesimismo que tanto te molesta, Willing, es el resultado de esa sensación de traición. Los que creían en el futuro ahora se sienten engañados. Víctimas de una broma descomunal.

Sus abuelos habían luchado para formular una manera de asistir a la incineración de la herencia de Carter que no los hiciera parecer gente corriente y codiciosa que ahora se cabreaba porque ya nunca vería ese dinero. A fin de cuentas, que unos liberales demócratas recibieran una gran pila de dinero que no habían ganado con su trabajo habría sido una injusticia según sus propias ideas políticas. Ahora podían sentirse agraviados en nombre de «la gente que creía en el futuro». Eran inteligentes. Willing admiraba esa gimnasia intelectual. Ejercicios de gente corriente y codiciosa, cabreada, precisamente, porque ahora ya nunca vería su dinero.

—Una de las principales responsabilidades del gobierno es ofrecer una moneda que funcione —estaba diciendo GGH. Que Jayne y Carter mirasen para otro lado daba a entender que ya habían oído ese discursito más de una vez—. La funcionalidad implica tres criterios. Es un *medio para llevar las cuentas*, para no perder de vista quién debe cuánto a quién. Eso ya puedes olvidarlo, pues con las tasas de inflación actuales los que están endeudados hasta el cuello pueden pagar créditos de mil dólares con diez centavos.

Segundo, una moneda es un *medio de cambio*, y el dólar apenas sigue siéndolo, y únicamente si ganas dinero por la mañana y lo gastas antes de que se haga de noche. Porque la tercera finalidad de una moneda es actuar como una *reserva de valor*. El dólar no lo ha sido jamás en todos los años que tengo de vida.

A medida que había envejecido, GGH se había vuelto más categórico; interrumpirlo era, casi, misión imposible.

Consternado, Willing levantó las palmas de las manos. No debería haber hecho de misionero, pero alguien tenía que decirlo.

–No sé, pero todos vosotros tenéis que superar esa sensación de que os han «robado». Os está reconcomiendo. Eso se parece a dejar que el gobierno gane dos veces.

–Dicho de esa manera, el muchacho no anda desencaminado –dijo GGH, riendo muy satisfecho.

–Eres un jovencito muy inteligente, Willing –dijo Jayne, en un tono que a Willing le puso la carne de gallina.

–No es inteligente decir una obviedad –farfulló Willing.

Justo en ese momento, a Luella se le torció la mirada. Después esbozó una sonrisa beatífica.

–¡Tú sabes que soy baladí! ¡Soy baladí! ¡Lo sabes!

De pronto, el olor que siempre impregnaba la casa se volvió más... penetrante. Los otros tres se miraron y suspiraron.

–Me toca a mí –dijo Jayne, desplomándose–. Pero Carter, no te vayas muy lejos. La última vez le dio por volver a hablar del secuestro y me dio una patada en la espinilla.

–¿Puedo decirte una cosa más antes de que te vayas, hijo? –GGH había llevado a Willing discretamente a un lado y había bajado la voz, como si quisiera hacer entrega de un conocimiento que podría resonar en los oídos de su bisnieto durante muchos años. A su edad, cualquier despedida podía ser la última–. Por lo visto es imposible encontrar laxantes. Si acaso encontraras un par de cajitas...

Era, literalmente, un mundo de mierda.

–Estaré atento –prometió Willing, abatido.

Al volver a casa, Willing entró en la sala en el momento en que tenía lugar

una confrontación.

–Tengo diecinueve años y esto es asunto mío –le decía Savannah a su madre.

–Lo que me da miedo es justo eso, que se haya vuelto *asunto tuyo* –dijo Avery, muy acalorada.

Savannah miró a su primo y pareció tomar la decisión de ser descarada.

–¿Tú serías *natural* con eso, mamá, si yo lo diera gratis? Dadas las circunstancias, no sería una decisión muy inteligente.

–¡Dadas las circunstancias, nos las apañamos! ¡No por eso tienes que envilecerte!

–No nos las apañamos –dijo Savannah–. ¿Ya se lo has contado a tus parientes?

Willing advirtió que su tía se sonrojaba.

–No sé a qué te refieres.

–Os oí conversando, a ti y a papá. El *tocador* del sótano no tiene paredes. Se ha terminado, ¿verdad?

Avery, cruzada de brazos, miró al suelo.

Luego, volviéndose hacia Willing, Savannah desembuchó.

–Me refiero al dinero de la venta de la casa. No queda nada. *C'est fini. Pasado.* ♦ Adiós contribuciones a la economía doméstica. Hola, vil dependencia. Claro, tenemos un montón de bisagras y de bastoncillos de algodón para demostrar en qué hemos gastado esa pasta. Ah, sí, y una bonita pila de cajas de vino. Te convendría aprender a hacerlas durar, mamá. A Florence no la verás lanzarse sobre el Viognier cuando apenas puede pagar el vinagre con el que nos limpiamos el culo.

–Tu padre no está dejando piedra sin mover. Ya sabes que busca otra plaza en alguna universidad –dijo Avery–. He pensado que entretanto yo..., bueno, yo podría trabajar en algo desde casa. ¡Ya sé que se acabaron las sesiones de PhysHead, pero podría cocinar, incluso lavar para otra gente!

–¡Mamá, por favor! Ya nadie organiza cenas por todo lo alto, y mucho menos encarga un cátering. ¡Y la mayoría de la gente no se cambia de ropa en un mes!

–Tengo demasiado amor propio para hacer lo que haces tú. Para todo lo demás no.

–Ya eres demasiado mayor para mi vocación. Y alguien tiene que traer unos dólares a esta casa además de Florence, ¿no? ¿O quieres comprobar que

la inflación actúa en nuestro favor aunque sólo sea una vez? Porque *mis* precios están *subiendo*.

Savannah cogió su abrigo y se marchó por la puerta.

–¿Tú estabas al corriente? –le preguntó Avery a Willing.

–Lo sospechaba...

–Aparte de que es indigno... Es peligroso. Hay enfermedades. Enfermedades que no siempre se curan con antibióticos.

–Savannah no tiene una verdadera *serie de habilidades* –se atrevió a decir Willing–. Pero tiene razón. Mi madre no puede mantener a diez personas. Claro que la *carrera* que ha elegido Savannah tiene un gran problema. Lo digo por lo que he oído en la calle.

–¿Cuál?

–Demasiada competencia.

12. ACCIÓN, RECOMPENSA Y SACRIFICIO

Debió de ser hacia el 31 de julio cuando Florence acercó por primera vez un billete de cien dólares a la lámpara y dijo:

–¿Lowell? ¿Puedes venir un momento, por favor?

Su cuñado subió del sótano arrastrando los pies y luciendo uno de sus trajes, un modelo que en esos días se veía bastante a menudo en el albergue: buen corte, pero arrugado. Hacía meses que ese traje no había pasado por la tintorería. Lowell había dejado de afeitarse y sólo se recortaba de mala manera una barba que ya le crecía formando mechones. Esas barbas corridas de longitud irregular se habían puesto de moda, como el corte HÁGALO USTED MISMO, consistente en esquilarse el pelo a puñados delante del espejo del cuarto de baño. Esa tendencia al autoservicio había estado a punto de arruinar al gremio de peluqueros.

–Esto ha cambiado –dijo Florence, pasándole el billete.

Lowell toqueteó el ceroso billete de cien.

–Parece falso. Me temo que te han timado.

–Eso mismo pensé yo al principio, pero estos billetes están circulando por toda la ciudad. Mira. –Florence sacó un fajo de la cartera (ya no se fabricaban carteras lo bastante grandes en las que cupieran los billetes necesarios para una compra media, y la suya ya ni siquiera se doblaba por la mitad) y separó los billetes en el mármol de la cocina—. La calidad del papel no es la misma. Y tampoco la tinta es la de siempre. Se ve más brillante. Más verde. Chillón.

–Bueno, suelen cambiar el diseño para *prevenir* las falsificaciones.

–Pero aquí no parece que hayan añadido hologramas, y tampoco ha mejorado el grabado... Yo a Ben Franklin lo veo emborronado. Esto es una chapuza.

–¿Y por qué, exactamente, me lo explicas a mí?

–Tú dijiste que uno de los indicios había sido el deterioro físico del marco alemán...

–No soy el director de la casa de la moneda de los Estados Unidos. Si han decidido economizar en costes de producción, me alegro por ellos. En unos tiempos en que toca apretarse el cinturón, no tiene sentido despilfarrar en

algo que no es más que un medio de cambio y que no tiene valor en y por sí mismo. El dinero sólo es una representación del valor.

Mientras Lowell se iba, Florence exclamó a sus espaldas:

—¿Sabes por qué sé que esto no es una falsificación? ¡Porque a nadie le importaría!

Florence no sabía qué quería de su cuñado. ¿Una disculpa? Pero si Lowell no había hecho nada malo. ¿Una dosis mayor de su inverosímil optimismo? ¿Que la tranquilizara diciéndole que muy pronto volverían a tener sus dólares afelpados color aguacate? Florence, invadida por una extraña tristeza, volvió a concentrarse en los billetes y separó los viejos de la nueva emisión de dólares rígidos y bastos. Los nuevos también eran más pequeños, pero con trampa (bah-esos-tontos-nunca-se-darán cuenta), como cuando dos kilos de helado se evaporaban hasta quedar reducidos a seiscientos gramos. A ella, que se tenía por una mujer a la que no le interesaba especialmente el dinero, de pronto la sorprendió sentir una pena tan honda.

Hasta entonces, el diseño del billete de un dólar nunca había cambiado en toda su vida. Era extraño comprobar que, tratándose de algo que tenía en las manos a diario, nunca se hubiera demorado en observar detenidamente uno solo de ellos. Con las córneas ya un punto endurecidas a sus cuarenta y seis años, buscó una lupa para examinar un dólar de los de siempre, los billetes con los que había crecido. Sinceramente, el grabado era absurdo. Las hojas de laurel alrededor de los cuatro unos y bajo el cameo de Washington. El entramado radiante y todas esas filigranas diminutas alrededor del borde. Las delgadas líneas paralelas que sombreaban las palabras UNITED STATES OF AMERICA. En letras estrechas, la afirmación, tan dudosa ahora, de que ese billete era de CURSO LEGAL para TODAS LAS DEUDAS, TANTO PÚBLICAS COMO PRIVADAS. Todas esas cifras, letras y firmas de finalidad ambigua. El dorso era aún más grandioso, y el sombreado más profuso también. La insistencia en imprimir «uno» en letras encima del número en cada esquina parecía una exageración. A la izquierda, la pirámide; en el triángulo del vértice, ese «ojo de la providencia» que no parpadeaba y parecía estar levitando confería al billete un toque místico, como si el dólar tuviese poderes mágicos (y tal vez los tenía; tal vez el hecho de poder insistirle a un perfecto desconocido para que te diera un donut a cambio de un fajo de papel verde era casi un milagro). Al otro lado, el águila calva, con todas sus flechas en una garra y un ramo de

olivo en la otra, sólo podía recordar a los súbditos estadounidenses y extranjeros por igual qué *garra* había sido históricamente la más convincente.

Un aluvión de latín siempre confería un toque de autoridad, por no decir también un deseo de oscuridad. Por primera vez en todas las décadas que llevaba contando esos billetes con la palma de la mano abierta a la hora de pasar por caja, introduciéndolos en las fauces de una máquina expendedora de MetroCard y rebuscando los arrugados que siempre quedaban en el fondo del bolsillo de unos tejanos, se tomó la molestia de buscar la traducción en internet. NOVUS ORDO SECLORUM quería decir «Nuevo Orden de los Tiempos», lo que daba a entender que la creación de su país marcaba el inicio de una era de transformación no sólo para los norteamericanos, sino también para el mundo entero. Como si los padres del dólar hubiesen querido jactarse todavía un poco más de cultos, ANNUIT COEPTIS significaba: «Él favorece nuestros empeños» –Él era Dios, por supuesto–. E PLURIBUS UNUM ya lo entendía: «De muchos, uno», aunque en los Estados Unidos agitados y divididos de su tiempo E PLURIBUS PLURIBUS podía ser un eslogan más adecuado. En la base de la pirámide, los números romanos remitían a 1776. Y una novedad, al menos para Florence; las sartas de burbujas escorzadas del perímetro eran supuestamente trece perlas. Pues únicamente en su país el 13 era un número de la buena suerte: la pirámide tenía trece capas; encima del águila relucían trece estrellas; el escudo heráldico que el ave llevaba en el pecho enseñaba con orgullo trece barras. Ese triste pedazo de papel estaba tan cargado de simbolismo que poder recogerlo del suelo era asombroso. Pero... si llevaba ese poderoso vale a un minimercado, no podía comprar ni una bola de chicle.

Florence sacó el abultado fajo que tenía en la cartera para comparar el billete de un dólar antiguo con la nueva versión. Revisó el montón dos veces. No había billetes de un dólar nuevos. Estaba claro que, como ocurría con las monedas técnicamente en circulación –aunque con cada día que pasaba parecían más una nueva forma de basura–, ya no imprimían billetes de un dólar.

Comparar billetes de cien tendría que ser suficiente. Ese billete lo habían vuelto a diseñar cuando ella tenía veinte años, una época en que era raro que cien dólares pasaran por sus manos. Vivía con sus padres y no tenía trabajo, pero su padre había llevado a casa uno para que Jarred y Florence se maravillasen. El billete renovado se veía más presuntuoso, lógico, con tantas novedades ingeniosas para evitar falsificaciones. Más que un vale canjeable,

era un juguete envuelto como un regalo de Navidad, con una cinta púrpura en el papel mismo. Observada de cerca, la cinta relucía con diminutas Campanas de la Libertad que parecían desplazarse hacia arriba y hacia abajo dibujando una trayectoria diagonal cuando se movía el billete para un lado y convirtiéndose en números cien cuando se movía hacia el otro. Los billetes de cien usados que ahora tenía en la cartera no eran tan deslumbrantes como aquél cuando lo pusieron en circulación, pero los hologramas seguían funcionando. La Campana de la Libertad dentro del tintero pasaba de cobre a verde. Acercado a una fuente luminosa, una repetición fantasmagórica del retrato de Benjamin Franklin ocupaba un extraño espacio en blanco, a la derecha, y varios ridículos cien de tamaño microscópico, de un amarillo apagado, moteaban la cara de la izquierda, dispuestos en el diseño irregular típico de los *doodles*.

En el billete de cien más reciente no se veía la cinta, sólo una raya púrpura que parecía hecha con un Magic Marker. La mala calidad de la reproducción distorsionaba la expresión de Benjamin Franklin, cuya afable mueca de determinación se convertía en una sonrisita sarcástica. De las complejas estratagemas concebidas para impedir las falsificaciones no quedaba nada. El papel era delgado y resbaladizo. Podía decirse que era un mero gesto a un billete de cien dólares, un guiño, una alusión (ah-ya-saben-qué-quiero-decir) de una casa de la moneda que no tenía tiempo para demorarse en todo ese cansino simbolismo. El billete parecía no tener valor, y como algo sin valor se percibía.

Hasta ese día, Florence nunca había reflexionado sobre aquel afecto inusitado por la moneda de su país. Desafiando la reputación de sus compatriotas —la de ser unos zafios—, el diseño de los billetes norteamericanos se distinguía, por su dignidad y contención, del propio de monedas más vistosas. Aunque el tamaño de los nuevos billetes —¡se habían encogido!— hacía pensar en el dinero del Monopoly, cosa que no dejaba de ser preocupante, las dimensiones de los originales eran atractivas por lo modestas. Para una nación todavía joven, esos billetes tenían un toque denso y anticuado. Igual que el tipo de imprenta del *New York Times*, cuya cabecera siguió siendo empecinadamente arcaica hasta el último número, o la eterna botella de Tabasco, siempre fiel a su reconfortante forma original, los dólares parecían tener una historia, cimientos... Eran intemporales. Su tía afirmaba que los billetes de las naciones europeas nunca habían recuperado su

grandeza y particularidad después de la debacle del euro. Florence tenía algunos billetes que a Nollie le habían sobrado de sus viajes: las pesetas, las dracmas y las liras, todas resucitadas, parecían feas, despojadas de accesorios e intercambiables. Parecían avergonzadas.

La relación de Florence con los aterciopelados billetes antiguos que llevaba en la cartera era increíblemente emocional. Al principio se asociaban con sus primeras experiencias de acción, recompensa y sacrificio. En la escuela primaria, canjear un preciado fajo de billetes de un dólar por un Walkman era una afirmación irrefutable de voluntad. Cuando tenía dieciséis años, esos rectángulos eran la recompensa a seis semanas dedicadas a pintar todas las habitaciones de la casa familiar de Carroll Gardens, todas las tardes al volver de clase mientras sus amigos se iban a retozar por los pasillos de Canal Jeans. Que a uno, andando a toda prisa, se le cayera un billete de veinte en la acera era un toque de atención; encontrar un billete de cinco en el fondo de un bolso era el no va más de la chiripa; separarse de una pila más gruesa de lo que había previsto para el cumpleaños de su madre le había enseñado a recompensar la generosidad. La moneda de curso legal, delicada y verde, estaba indisolublemente vinculada a sus experiencias de pérdida y ganancia, de logro e ineptitud, de cautela e imprudencia, de cálculo y desinterés, de benevolencia y malicia, de sacar partido y de que los demás sacaran partido de ella. Así, los ásperos y chapuceros impostores que le habían endilgado en la última visita a Green Acre Farm hicieron que Florence se sintiera robada, insultada personalmente, y angustiada por los Estados Unidos, como si al poner en peligro la integridad de sus emblemas del valor, la nación se hubiera devaluado a sí misma.

Lowell nunca había conocido una época más fascinante para su profesión. No obstante, para Avery, ese *tratado* que no paraba de crecer se parecía a los juegos de un crío en un cajón de arena. En efecto, una de las regresiones que Lowell estaba documentando versaba sobre la manera en que todo empeño cerebral se había degradado hasta el nivel de lo irrelevante, enviando así a la civilización hacia el pasado a una velocidad asombrosa. ¿Había manifestado Avery semejante desprecio por los trabajos de su marido en los días de Georgetown? ¡No! En aquellos tiempos, llamaba con miedo a la puerta de su estudio, le preguntaba si quería un tazón de sopa y *se deshacía* en disculpas

por interrumpirlo. Hoy, en cambio, cuando encontraba a Lowell suspendido encima del fleX y en medio de algún párrafo inspirado, le gritaba que al menos podía ayudar a los chicos a peinar las aceras cuando salían a buscar muebles que ya nadie quería y podían servirles de leña. Más que interrumpir cruelmente el flujo de su intelecto y amenazar así el futuro mismo del saber americano, podría también habérselo encontrado con la polla en la mano.

Lowell no tenía más remedio que reconocer que su mujer lo asombraba, y mucho. Antes de ese golpe de la fortuna, habría dicho que Avery era una niña mimada. Ahora, serlo no era tan distinguido ni mucho menos mientras uno tuviera con qué pagarse las cosas buenas de la vida. Claro que esas cosas buenas tendían a convertirse en necesidades. Vista desde la perspectiva de la abundancia, los lujos de Avery habían parecido una forma de refinamiento. Lowell siempre había contribuido con la mayor parte de los ingresos y, en privado, pensaba que la «consulta» de su mujer estaba apenas a un paso de ser un club del libro exclusivamente femenino. Era bonita.

En la fase inicial de sus padecimientos jobianos en East Flatbush, Avery había empezado a comportarse de un modo que para Lowell rayaba en lo caprichoso. Sin embargo, algo ocurrió poco después de que su mujer y él apurasen casi llorando la última botella de chenin blanco. En un tributo a la rima facilona, en cuanto sus veladas dejaron de ser *vinosas*, la disposición diurna de Avery ya no podía calificarse de *quejumbrosa*. Su mujer parecía haber tomado una decisión a conciencia: ser estoica, heroica y abnegada. Por increíble que parezca, después de haber trazado muy sensatamente una línea el día que tuvieron que empezar a *vivir sin papel higiénico*, pocos meses después, Avery, auténtica maniática de la higiene, no había dado a su hermana el más mínimo problema cuando Florence anunció que ya no podían seguir cortando prendas y sábanas viejas para limpiarse las partes porque estaban quedándose sin tela. Y agárrate: ¡Avery se presentó *voluntaria* para recoger las bolsas de cuadrados de tela usados, para hacer una *colada tras otra* de esas tóxicas «servilletas para el culo» y volver a colocar pilas limpias y sedosas junto a los inodoros! ¡Y pensar que se había echado a llorar la primera vez que tuvo que presentarse en público sin delineador!

La dificultad de Lowell no residía tanto en vivir con una mujer a la que ya no reconocía, cosa que podría haber hecho de la vida algo más picante; antes bien, ambos tenían un problema de yin y yang. Era como si Avery se hubiese quedado la única silla etiquetada «Gallarda superviviente ejemplar desafía la

adversidad y descubre una valentía que hasta ahora nunca había sospechado tener», y que la única otra silla que quedaba libre para su marido tuviera esta brutal etiqueta: «Un bebé grande». Con Avery dedicada a *satisfacer las necesidades de todos*; remendando, picando, llevando, trayendo y lavando los platos; insistiéndole a Kurt, *que no le caía nada bien*, para que comiera por favor otro plato de polenta mientras ella se quedaba sin repetir –al presunto inquilino se lo veía paliducho–; instando a Kurt y a Bing a que tocaran sus conciertos vespertinos en la sala cuando los dúos de saxo y violín eran contrarios a la razón, por no mencionar el hecho de que el saxo de Kurt *la ponía de los nervios*, y todo sin el menor asomo de mal humor, sin confesar nunca que estaba cansada, sin reconocer jamás que odiaba vivir en esa casa fea en la que ya no había espacio para nadie más y con gente cuya compañía se había vuelto... Decir desquiciante es poco. Bueno, pues alguien tenía que introducir una nota de irritación en ese infernal idilio llamado No Pierda los Nervios y Adelante. Generar cierto resentimiento acreditado, dar voz a la indignación que flotaba libremente en ese entorno como el humo de una cena quemada... Ése también era un trabajo que alguien tenía que hacer, y equiparable a la buena voluntad de Avery, la incansable. Con un sacrificio personal idéntico, Lowell había asumido la menos glamourosa tarea de recordar a los demás que eso era una mierda, ¡que todo era una mierda! ¡Que no era justo! Savannah ya debía estar en segundo de la Escuela de Diseño de Rhode Island; Goog, solicitando el ingreso en el MIT; Lowell, dando conferencias en Ginebra. Él era oficialmente el gruñón, el grosero, el gritón, y se entregaba a ese papel en cuerpo y alma permitiendo así que los demás hicieran gala de sus virtudes, de su altruismo, de su idea de que también eso iba a pasar. La diligente dispepsia de Lowell hacía posible toda la condenada bondad de los demás.

Y no puede decirse que se lo agradecieran. Antes bien, la gente con la que convivía parecía echarle la culpa de todo el lío. Es que escribir sobre la inflación no significa controlarla. De hecho, nadie, ni siquiera la Reserva Federal, escuchaba de verdad a los economistas. Nada de lo que podían decir interesaba. Los gobiernos hacían lo que les convenía y en las altas esferas de las democracias representativas eso quería decir «miopía», lo que les convenía *a corto plazo*. Aunque Willing Darkly, ese sentencioso mequetrefe, siempre intentaba presentar a su tío como ingenuo, Lowell se conocía bastante al dedillo el tema de la divisoria artificial entre bancos centrales y

tesoros nacionales. Era más que obvio que, imprimiendo dinero como si pronto fuera a pasar de moda –cosa que, en cierta medida, estaba ocurriendo–, el jefe de la Reserva Federal hacía exactamente lo que el presidente quería. En general, Alvarado sacaba partido de algo que tiende a espantar a la mayor parte del electorado: *la verdad* es que un Estado soberano puede *hacer lo que sea*. El golpe de la divisa de reserva, la Renuncia, la negativa de Alvarado a cooperar con los matones del báncor..., todo era política, y tenía muy poco que ver con la economía. Lowell estaba decidido a noquear al siguiente cacavieja que soltase el popular tropo «brujos de nuestros días» para referirse a los economistas.

Además, nadie estaba en condiciones de postular teorías académicas convincentes que cubriesen la llegada casual de todos los deus ex máchina posibles, también conocidos como gente de fuera del sistema que se dedicaba a cagarla. Ese absurdo del báncor se parecía a que a uno le cayera un cometa encima. Que su eminente y prestigiosa disciplina no hubiese calculado la aniquilación cósmica no invalidaba a Keynes. (El hecho de que John Maynard Keynes hubiera acuñado caprichosamente el inane término *báncor* era, para Lowell, una bofetada en toda la cara.) Además, ¿quién había oído hablar nunca de prestar en una divisa y exigir luego que la deuda se le reembolsara en otra? ¿Y concretamente en una que se acababa de *inventar*?

Lo cierto era que nadie había podido demostrar que Lowell Stackhouse se hubiese equivocado en nada. Él seguía confiando en que los Estados Unidos tenían la capacidad para haber seguido acumulando una silenciosa deuda soberana en aumento constante hasta un futuro indefinido mientras controlaba las tasas de interés, que se habían mantenido tan bajas durante tantísimo tiempo que hacía siglos ya que se había convertido en una práctica habitual de los bancos cobrar comisiones desmesuradas por la molestia de almacenar el dinero de los clientes. Pues la deuda es una máquina del crecimiento y engorda el pastel para todo el mundo. Vamos, que imaginemos un mundo en el que se necesita dinero en mano para comprar una casa; la gente de clase media sólo se lo podría permitir más o menos a los ochenta. «Ni prestatario ni prestamista» era el lema de una opinión pública que colgaba de las ramas. Que en su vida personal Lowell evitara toda clase de deuda era un problema psicológico; tal vez en la infancia se había sentido incómodo al tomar conciencia de que había contribuido a aumentar una deuda implícita con esos padres que tanto cuidaban el dinero. Por el mero

hecho de haberlo criado. Una deuda que un niño pequeño nunca podría devolver. Porque, filosóficamente, creía en la deuda –más exactamente, en el apalancamiento, como llamaban a ese mecanismo los iniciados–, algo que a lo largo de los siglos se había ganado una inmerecida mala reputación. A él ni siquiera le preocupaba la palabra *condonada* en relación con una deuda que se ha cancelado; daba a entender que un préstamo es un pecado. ¿Qué funcionaba mal en los Estados Unidos en ese momento? No el endeudamiento, sino la incapacidad de pedir prestado; es decir, *falta de endeudamiento*. Por temporal que fuese el problema, los Estados Unidos no podían comprarse una casa.

Las posturas razonadas del curtido economista Lowell eran las más valientes por ser también impopulares. No obstante, en lo tocante a lo que pasaba en su propia casa, nadie lo respetaba. Si bien incluso un economista era reacio a reducir la vida a dólares y centavos, la gente respeta el trabajo rentable. En esos momentos, el trabajo intelectual no lo era. En los Estados Unidos de 2031, los científicos, los profesores universitarios y los ingenieros tenían un estatus más bajo que el sacrosanto agricultor.

Un ejemplo: en agosto, Jarred, el irresponsable cuñado de Lowell, bajó a la ciudad con la camioneta cargada de frutas y verduras de su estrambótico rancho de Gloversville. Tras ridiculizar el retrógrado proyecto agrícola desde el primer día, incluso Avery recibió a su hermano menor en Brooklyn como si se tratase de la Segunda Venida de Cristo; por su parte, los chicos se lanzaron a saltar y bailar, presas de un frenesí para el que ya eran demasiado mayores. Como si nunca hubiesen visto un tomate. No quiere decir esto que su tío viniera desde el norte del estado sólo por generosidad familiar. Jarred regaló a los suyos algunas patatas, manzanas de la primera cosecha y cabezas de kale, pero la mayor parte del cargamento estaba reservado para el mercado de Grand Army Plaza, donde los precios eran criminales. Mientras los agricultores fueran capaces de convertir el efectivo en activos tangibles, como semillas, equipos y propiedades ajenas ejecutadas, todo el sector agrícola seguiría obteniendo ganancias a manos llenas.

Tras haberse quedado sin casa y sin tarjetas de crédito, Lowell tenía que reconocer que la pérdida dolía: la depreciación del dólar había permitido que el botarate de Jarred, que además era un fanfarrón, cancelara sin sufrir y en su totalidad la hipoteca (con interés fijo) de la llamada «Ciudadela» y, asimismo, saldar la deuda de algunos de sus caprichos anteriores. Él, que

había enseñado a sus alumnos de Georgetown que la evaporación de la deuda era uno de los poderes más maravillosos de la inflación, se sentía cómodo con la «injusticia» macroeconómica al servicio de la corrección sistémica. Que no pudiera acabar de instalar su propio dogma a un nivel privado y emocional constituía, probablemente, un fallo intelectual: la injusticia microeconómica, cercana y personal, lo fastidiaba igual que a todo hijo de vecino.

En cambio, a Lowell no podía sino aliviarse al saber que a sus amigos Tom Fortnum y Belle Duval las cosas les iban bien, aun cuando los mensajes que Tom le fleXteaba, y los que Belle enviaba a Avery, hicieran hincapié en lo negativo meramente por lo desconcertados que estaban. Poco antes de la Renuncia, los padres de Belle se habían acogido a la jubilación anticipada aun estando todavía en buena forma. Invirtiendo los beneficios de una aplicación *start-up* en la primera década del siglo, habían comprado una autocaravana eléctrica de primerísima calidad y estaban planeando dar la vuelta al mundo. Resumiendo: lo único que quedaba era la autocaravana, aparcada permanentemente en la entrada de la casa de Tom y Belle. Pero toda desgracia es relativa; a diferencia de sus suegros, al menos la madre de Belle aún distinguía entre un cepillo para el pelo y un cerdo hormiguero, y no podía decirse que los padres de sus amigos vivieran exactamente en la misma casa. Los hijos de Tom y Belle estudiaban en facultades de segundo nivel, pero no se pasaban el día holgazaneando en el sótano de su tía o, peor aún, haciendo la calle en la ciudad para tener algo de dinero en el bolsillo; según Avery, eso era lo que hacía Savannah. (Lowell no se engañaba pensando que su hija era virgen, pero que Avery confundiera la libre experimentación de la chica con hacer la carrera... Vaya por Dios. Esa madre, guapísima pero ya algo mayor, estaba celosa de su seductora hija... ¿No podía ocurrírsele a su familia algo nuevo?) En pocas palabras, Tom trabajaba para el Departamento de Justicia y la mayoría de los pacientes de Belle eran de Medicare. Cuando se financia con una política monetaria poco estricta, el gasto público tiene más valor cuanto antes se realice; una inflación alta sólo erosionaría los salarios de Tom y Belle si la inyección de efectivo se aplicaba a ámbitos más extensos de la economía. En esos días, tanto los salarios oficiales como las tasas de reembolso de Medicare estaban vinculados a un algoritmo inflacionario que no requería más medidas del Congreso. Aun cuando una barrita de Snickers acabara costando cinco mil millones de dólares, sus amigos estaban a salvo.

Lo odioso era que Ryan Biersdorfer y su compañera y adlátere Lin Yu Houseman estuviesen más que a salvo. Si bien *Las correcciones* no podía devengar los derechos de las antiguas ediciones en tapa dura, el astuto Biersdorfer había fijado un precio tan bajo a las descargas, que para los compradores extranjeros en mejor posición económica era demasiado complicado ponerse a buscar un ejemplar pirateado y, aunque magros, los ingresos iban creciendo. Lo mejor de todo era que estaba muy solicitado en el lucrativo circuito internacional de las conferencias, y eso significaba cobrar en báncores (sin duda alguna por intermedio de una empresa fantasma *offshore*). Era difícil de entender, pero la cotización del báncor no hacía más que aumentar. Así pues, se decía que Biersdorfer, antes de convertir sus ingresos extranjeros en dólares, pues de otra manera no podía entrar en el país lo que había ganado fuera, estaba comprando inmuebles en París, la Toscana, Hanói y Yakarta. Cualquiera norteamericano que defendiera el colapso de su país como una venganza merecida y promesa de un renacimiento socialista era, en el extranjero, unpreciado oso amaestrado, pues en los Estados Unidos la mayor parte de la seria competencia erudita del fatuo economista no podía costearse los billetes de avión. Los europeos vivían fascinados por el yanqui al que le habían permitido excepcionalmente salir del país, combinando así imbécilmente los controles sobre el capital y los aplicados a la libertad de circulación. (Pensándolo bien, es posible que gozar de la libertad de ir donde uno quiere siempre y cuando allí no gaste dinero se parezca bastante al arresto domiciliario.) Y, por supuesto, Biersdorfer y su sexy asiática, la que le decía amén a todo, ya casi no paraban nunca en los Estados Unidos, cosa que, por lo visto, los convertía en interlocutores ideales para explicar al resto del mundo lo que ocurría en su país.

Lowell no daba demasiada importancia a la supremacía masculina, pero para un tío era duro tener que recurrir a su cuñada para poder comprarse un nuevo bálsamo labial y luego tener que resignarse a oír que por favor se conformara con un poquito de manteca de cerdo. Así pues, cuando el 31 de octubre Georgetown le ingresó los salarios atrasados del verano del año anterior, se sintió otra vez, y a pesar de todo, *montado en el dólar*: se le dilataron los vasos sanguíneos, se le encendieron las mejillas, le

hormigueaban las puntas de los dedos. Decidido a ser útil por una vez, se ofreció, muy espléndido él, a ocuparse de la compra de la semana.

Se puso unos pantalones y una camisa elegante que sólo se había puesto diez veces desde el último lavado. (La competencia por las coladas era feroz, y él tendía a ceder a la pobre Savannah las dos prendas que correspondían a cada uno de los residentes en la casa.) Dándose aires, llenó hasta el tope el depósito del Jaunt. En Green Acre Farm, le encantó poder disfrutar de la comodidad del aparcamiento, pues eran pocos los habitantes de Brooklyn que podían permitirse mantener un coche. Entró pavoneándose y silbando, y descubrió que su postura había mejorado, y fue en ese momento cuando descubrió también que se había ido deteriorando. Los mocasines de ante color rosa podían estar un poco manchados aquí y allá, pero seguían llamando la atención desde lejos. Por primera vez en muchos meses se sentía un hombre, un hombre de verdad, una sensación que, por sorprendente que parezca, venía de esos bolsillos de los pantalones en los que ya no cabían más billetes.

Si bien seguían sin tener productos importados, la escasez de productos norteamericanos del año anterior había resistido a la falta de ingresos. Ahora se podía comprar huevos, brócoli e incluso carne, sí... Pero a unos precios... Envalentonado por el dinero que había sacado esa mañana, Lowell se negó a mirar los precios garabateados en las etiquetas y compró todo lo que le vino en gana. Así compraban los *hombres*. El carrito, cargado hasta los topes, atrajo aún más miradas envidiosas que los mocasines rosados.

Después de que pasara por caja el último artículo del botín que pensaba llevarse –habían quitado todas las máquinas de autoservicio; adiós, confianza en los clientes: robar se había convertido en una actividad bastante aceptable socialmente–, Lowell se quedó de piedra. Con las manos en los bolsillos a reventar de dólares, tuvo que pedirle a la cajera que le repitiera cuánto había gastado. La segunda vez, la mujer se lo repitió en tono insidioso y burlón. De modo que ése era el motivo por el que Ellen Packer había transigido cuando él amenazó una vez más con demandarles: los sueldos atrasados de una de las principales universidades del país con los que se pretendía pagar cuatro meses de una plaza de prestigio, ahora no servían ni para llenar un depósito de gasolina y comprar la comida de una semana.

Lowell manifestó su indignación con el mayor histrionismo de que era capaz y se fue muy tranquilo del hipermercado, dejando que los reponedores

colocasen otra vez los productos en los estantes. Esa salida *con clase* significaba sacrificar las bolsas de tela en las que llevaba unos suculentos trozos de falda, y estaba seguro de que Florence no se lo perdonaría. Lo menos que podía aprovechar después de esa humillación era una plaza de aparcamiento, y por eso dejó el Jaunt donde estaba y enfiló hacia Utica Avenue. No iba a volver con las manos vacías. En el Quicke Mart de Foster podía comprar comestibles suficientes para dos días.

–¿Una monedita, por favor?

Una rápida mirada de refilón a un joven sin afeitar con el pelo grasiento sólo le permitió a Lowell ver que llevaba la misma clase de chaqueta sin cuello, estilo túnica, con la que él había parecido tan elegante durante su último año en Georgetown. El tipo se le había acercado tanto que le rozó el brazo con la manga.

–No, gracias –dijo Lowell, un punto insensible, mirando hacia delante. No se detuvo, y siguió andando con paso rígido.

–Bonitos zapatos, colega.

El piropo llegó del otro lado, cuando un segundo caballero desaseado le rozó el otro brazo. Lowell ya había visto a esos dos cerca de él en el supermercado, donde habían estado tonteando y sacando chuletas de cordero de los congeladores para volver a dejarlas en su lugar. Lowell, que no había nacido ayer, dedujo que ahí pasaba algo. ¿Un timo, quizá? No obstante, tardó un poco más de la cuenta en advertir que esos chicos blancos no eran timadores, sino matones. Aunque nadie más presenciaba ese momento en el que se sintió totalmente perdido, la lentitud con la que tomó conciencia de lo que estaba ocurriendo hizo que Lowell se avergonzara de sí mismo. No debería haber tenido que ver el cuchillo para entenderlo.

No era más que un cuchillo de cocina, pero de una calidad excelente, uno de esos de acero alemán de los que su mujer había comprado juegos enteros, de carnicero, abandonados todos después en su ignominiosa huida de Cleveland Park. No el cuchillo del chef, sino, digamos, el «práctico», tal como lo llaman en la etiqueta de la caja en la que se indica el contenido, Y apuntado a la barriga de Lowell. Pues sí, parecía muy práctico.

Es posible que esa pareja de chorizos tuviera el numerito lo bastante ensayado, hasta el punto de que ya les aburría, pues más que centrarse en el asunto que tenían entre manos, los nuevos amigos de Lowell se pusieron a charlar entre ellos sobre un fondo de inversión en el sector agrícola que

estaba funcionando increíblemente bien, tras lo cual se compadecieron mutuamente por el cierre definitivo de su sushi bar preferido, el de Liberty Street en el bajo Manhattan. Si de verdad habían sido financieros de Wall Street, el paso de una forma de latrocinio a otra sólo podía ser refinado. Manteniendo a su víctima bien acorralada entre los dos, mientras el segundo por orden de aparición le hacía sentir la punta del cuchillo justo debajo del costillar, lo obligaron a andar hasta la Avenida D y luego a subir por la Cuarenta y nueve Este. No tendrían que haberse tomado la molestia de salir de la arteria principal; la hoja del cuchillo no habría llamado la atención de los peatones más que el reflejo de un retrovisor. Sus acompañantes lo empujaron por el portal de un patio delantero cubierto de maleza y de una patada lo arrojaron encima de un montículo de madera de brezo. Esos tipos duros se llevarían un botín más succulento que el de costumbre, aunque, mientras se vaciaba los bolsillos, Lowell nunca se sintió más feliz por el hecho de que la Reserva Federal hubiera convertido esos fajos de billetes atados con gomitas elásticas en una protección imaginaria de color verde.

Lo peor fue que le encontraron el fleX, que llevaba escondido en el mocasín izquierdo. Y, peor aún, si lo encontraron fue porque también le birlaron los zapatos. Secándose las gotitas de sangre que tenía en las mejillas —se había hecho unos rasguños con la pila de madera— y regresando a la pata coja a Green Acre Farm, en calcetines, Lowell ensayó la buena suerte en la que haría hincapié cuando volviera a casa de los Darkly: gracias a Dios había decidido ir andando al Quickee Mart; de lo contrario, le hubiesen robado también el coche.

—Sólo son objetos —dijo Willing, sin perder la calma—. Estás confundiéndonos con lo que significan para ti. A los objetos se les puede quitar el significado. Vuelven a ser cosas vacías. Cuboides. Cuboides pesados que ocupan un montón de espacio.

Estaban en el desván, el lugar al que Nollie sólo permitía acceder a Willing. Era la habitación más caliente de la casa, lo que no significaba decir mucho. Aunque el techo era bajo, su tía abuela disponía, para su uso y disfrute personal, de más metros cuadrados que todos los demás. Nadie ponía pegas porque también era la única residente de la casa, aparte de Florence, que contribuía a la magra economía familiar. Además de cobrar de la

Seguridad Social –y la cantidad era demasiado modesta para explicar su generosidad–, Willing no sabía a ciencia cierta cómo se las arreglaba. No sabía cuánto había dado Nollie ni de dónde procedía. Pero le interesaba, por supuesto. Era la única que no se gastaba el dinero lo más rápido posible, antes de que se convirtiera en ceniza. Con todo, siempre tenía; pero era muy especial en lo tocante a lo que estaba dispuesta a pagar. Tenía que ser una verdadera necesidad.

–No son «cuboides» –objetó Nollie–. Son el trabajo de toda mi vida.

Estaba hecha un ovillo encima del colchón como un crío. Se le habían roto los cordones de las zapatillas de tenis y ella los había vuelto a atar varias veces. El grueso jersey rojo le quedaba demasiado grande. Llevaba guantes, pero bueno..., todos llevaban guantes dentro de la casa. Eso tendría que haber comprado Avery en Walgreens: guantes. Los de Willing tenían agujeros en los dedos.

–Está empezando a hacer frío. –Willing hablaba despacio y con claridad. A Nollie había que sacarle las palabras con sacacorchos–. Y apenas estamos en diciembre. Va a hacer más frío. El gas natural cuesta demasiado para usarlo todo el invierno. Tenemos que reservarlo para casos de emergencia. Emergencias médicas. Mientras tanto tenemos que calentarnos y cocinar con el bidón de gasolina del patio trasero. La nieve ha cubierto el cementerio y el parque. De todos modos, ahí ya no quedaba leña. Y si encontrásemos algo, estaría mojada. Tú puedes ayudar.

–Quemar libros es el fin de la civilización –dijo Nollie, enfurruñada.

–Todas tus novelas están disponibles en internet.

–Las versiones pirateadas.

–La piratería es un cumplido.

–Perdona que esa idea no me entusiasme demasiado.

–Tus ejemplares. –Willing decidió seguir apostando–. Dicen cien mil veces lo mismo. Tienes montones de cajas con los mismos libros.

–Los guardo para regalarlos a amigos especiales. Nunca volverán a imprimirlos.

–Ese formato está obsoleto –dijo Willing–. La mayoría de esos amigos «especiales» considerarían ese regalo una verdadera carga. Se los llevarían a casa y los quemarían en un bidón de gasolina.

–Entonces... ¿eso es lo que harías? ¿Quemar una de mis novelas si te la regalo?

–Sí –respondió Willing sin titubear.

–Nunca has manifestado el más mínimo interés por mi obra –dijo Nollie, malhumorada.

–No –dijo él–. Puede que más adelante, cuando esto haya pasado.

–¿Y pasará?

–Puede que sí, puede que no –admitió Willing–. Pero no es tiempo para novelas. Nada inventado es más interesante que lo que está ocurriendo. Estamos dentro de una novela.

A Nollie eso pareció gustarle.

–Eres algo vieja –dijo Willing, y al instante rectificó–: pero no *inmensamente* vieja. Quiero decir, que estás en una forma... maliciosa. Todos esos saltos de tijera. Nadie pensaría que tienes setenta y cuatro años. –Zalamerías proforma para la generación de Nollie. Debería haber sido una señal de alerta para los hijos del *baby boom*; era obvio que ese jovencito baboso quería conseguir algo con tantos cumpleaños trillados. Sin embargo, siempre funcionaba–. Pero no vives en el pasado. Ésa es una de las cosas que me gustan de ti. Pareces estar siguiendo la trama, más que los demás. A Lowell sólo se le ocurre esconder el flex en el zapato. Muy inteligente, ¿no? Avery sigue pensando en lo natural que era encargar la compra por internet. No lo captan. Tú parece que sí. Es posible que por todos esos libros que escribiste. Puede que estés acostumbrada a mantenerte un paso atrás, atenta al arco más extenso, con la mira puesta en el último capítulo. Pero... seguir conservando esos ejemplares en tapa dura en un formato de antaño cuando los necesitamos para hervir la pasta... Eso no es propio de ti.

Willing advirtió que Nollie aflojaba, y se sintió aliviado. No quería quitarle las cajas por la fuerza.

–A mi padre le horrorizaría lo que me estás proponiendo. Quemar libros es la antítesis de todo lo que los Mandible representamos.

–Pero todo lo importante que esos libros contienen está a salvo –dijo Willing–. Las palabras no se queman. Viven eternamente en internet.

–Mientras exista internet –replicó Nollie.

Los dos pensaban igual. Los dos vivían en un mundo que era provisional. El suelo sería siempre resbaladizo, arenas movedizas. A Willing las fluctuaciones lo mantenían ágil. Le tonificaban los músculos. Se parecía a no marearse en un barco estando en tierra firme.

–Además, Nollie, te vas a morir. Cuando ya no estés aquí, no te importará

saber si alguien lee tus libros o no. No te preocupará saber si leían tus libros ni siquiera cuando aún vivías. Eso es lo grandioso de no existir. Eso tampoco quiere decir que no te *importe*. No es así como sigues sintiendo, pero sientes apatía. No puede *importarte*. No hay nada que pida que nos importe. Así que no te importarán «los Mandible» o lo que representaron. Los Mandible serán una familia más, iguales a todas las otras familias. Igual que las piedras, las partículas de polvo, el Taj Mahal, la Declaración de Derechos de 1791 o el teorema de Pitágoras. Porque ya no serás una «Mandible». Y tampoco sabrás qué es un «Mandible».

De alguna manera, Willing había dado en el clavo.

–Tienes razón –dijo Nollie, con ligereza ahora–. En cuanto estire la pata, os ocuparéis de que estas cajas acaben en el cubo de la basura. *C'est ça?*

–*Oui, c'est ça* –dijo Willing–. Pero ahora pueden sernos útiles.

–Sólo con una condición –dijo Nollie levantando, para demostrar lo fuerte que estaba, una caja con la etiqueta «*Los extasiados*, DB ER, Húngaro»–. *El material en sucio no se toca*.

Cuando Willing comunicó a todos los demás, que estaban abajo, que Nollie estaba dispuesta a sacrificar los libros para cocinar esa noche, pero que insistía en conservar los manuscritos sueltos, Avery y Florence se partieron de risa. En esos días, las bromas no abundaban.

–¿Puedes creer –dijo Avery, bajando la voz para que no la oyera Nollie en el desván– que sigue esperando que alguna biblioteca universitaria le compre esos papeles? Pero *¿qué* biblioteca universitaria? *¿Qué* universidad? ¡Si están todas arruinadas! Esto demuestra –añadió, dirigiendo una mirada intencionada a su marido– que lo último que se pierde es el *ego*.

Abatido y cubierto con una manta en la cocina, Lowell miró a su mujer con cara de perro.

–Sigue siendo fundamental mantener los centros principales de investigación académica. Que Nollie proteja esos manuscritos estaría más que justificado si la bestia de tu tía sirviera para algo.

Los libros ardieron bien, pero dejaron un montón de cenizas. Nollie no tardó en bajar. Con firmeza, exigió a Esteban, que estaba regodeándose con una absoluta falta de tacto, que la dejara ocuparse de esa tarea, e insistió en que quería ser ella en persona la que echara los ejemplares de tapa dura en el bidón. En cuanto le cogió el tranquillo, pareció disfrutar. Debe de tener algo de excitante inmolarse los afectos. Una prueba de fuego. Se decía así, ¿no?

Cuando el vidrio se calienta mucho, se vuelve más resistente. Willing observó detenidamente a su tía abuela, que tenía la cara roja por las llamas. Parecía estar agitada, nerviosa. Una rabieta *moderada*. Eso sí era ejercicio, mejor que los saltos de tijera. Cuando terminó de echar al fuego *Gray, El corresponsal, Ventaja al resto, De la cuna a la sepultura, La santa de Glengormley y Familia virtual*, sería más fuerte.

Mientras unos terrones titilaban a la luz del fuego, Willing, intentando aprender la misma lección, miró con tristeza la tierra baldía del diminuto patio trasero. Durante toda la primavera y el verano, se había ocupado de sus modestos cultivos: patatas, tomates, cebollas, habichuelas. En los días secos, las regó sólo con el agua suficiente para que cultivarlas no costase más de lo que valían. Se había permitido sentir cariño por los primeros brotes a medida que iban creciendo; por lo general, un error. Aparte de un solo tomate y unas habichuelas para llenar un solo bote, les robaron toda la cosecha. Una banda arrasó el jardín en plena noche y pisoteó las plantas. La destrucción fue deliberada. Willing sospechó de alguien del colegio. Seguía yendo al Instituto Obama como si fuera un espía del servicio de inteligencia. Otros alumnos también debían de estar aguzando el oído. Es posible que una vez mencionara que tenían un huerto. Debería haber sido más prudente.

A nadie le importó una mierda la Navidad. Cuando Willing cumplió dieciséis en enero de 2032, Florence le hizo una tarta de cartón.

Fue poco después de su cumpleaños cuando encontró a su madre inclinada sobre la cómoda de arriba. Florence ya había estado saqueando en la cocina.

Antes de la Gran Renuncia, eran muchas las noches en que su madre o Esteban casi se habían echado a llorar porque no había «nada que comer». Willing siempre había sabido lo que entonces querían decir. Que Esteban se había olvidado de descongelar las hamburguesas de pollo, o que, después de un día agotador en Adelphi, a su madre se le acababan las ideas a la hora de cocinar algo que esa semana ya no hubieran comido tres veces. Pero esta vez no había latas de piña en almíbar en el fondo de la despensa; tampoco tomates de pera pelados para preparar una boloñesa sin carne. Ni siquiera media bolsa escarchada de maíz en el fondo del congelador, o un paquete roto de salchichas de cerdo disecadas que en su día no habían querido comer. Los botes que había junto a la cocina ya no rebosaban de harina, azúcar y

harina de maíz. En las alacenas faltaba arroz, cuscús, *kasha*. Su madre había dejado de tirar a la basura los productos que hubieran superado la fecha de caducidad, una política que ahora ridiculizaba. Así pues, no era sólo falta de ganas de abrir una lata de estofado algo pasadito. No había estofado. Willing se sintió parcialmente responsable –sus silenciosas incursiones en casas de vecinos habían dado muy pocos frutos esos últimos días; en el clima imperante de desconfianza, los propietarios habían mejorado las medidas de seguridad–, pero en la cocina no había comida, nada, en ninguna parte y de la clase que fuese.

Un asunto distinto, pero sin que pueda decirse que no tenía nada que ver con el anterior, era que tampoco había dinero. Estaban ya casi a fin de mes; como de costumbre, a esas alturas ya se habían gastado el sueldo de Florence. Nollie había ido a encontrarse con un viejo amigo de la infancia en Queens, y su madre no quería hurgar en las cosas de su tía para ver si encontraba dinero. Eso sería robar. Hacía semanas que a Esteban no le ofrecían trabajo de jornalero. Hasta la fecha, Avery no había conseguido que sus vecinos se interesasen por comprar o cambiar sus pilas de tratamientos para uñas micóticas, ni las bisagras para cambiar las puertas, ni las cintas para las ventanas mosquiteras en diversos anchos.

Por supuesto, para los operadores profesionales de la Bolsa, el dinero siempre había sido imaginario –igual de teórico, algo que como venía se iba, comparable a los puntos de un videojuego–. Los asalariados como la madre de Willing pensaban que el dinero era real porque el trabajo era real, y el tiempo también, y parecía inconcebible que lo que se había conseguido con trabajo y tiempo fuese tan poco sólido. Les habían prometido que podrían almacenar el trabajo y el tiempo para cambiarlos más adelante, aunque sólo fuera por trabajo y tiempo ajenos; pero el dinero era sólo una idea y la mayoría no entendía que las fuerzas naturales también incidían en lo abstracto: la evaporación; las inundaciones, los incendios, la erosión; filtraciones, escapes, descomposición. A la mayoría le gustaba la perspectiva de que se hiciera justicia, y confundía lo atractivo con lo disponible.

Su madre había volcado un bote lleno de monedas que llevaba años acumulando en la cómoda, y se había puesto a separar frenéticamente las monedas de un centavo, las de cinco, las de diez, las de veinticinco... Luego las colocó en pilas que parecían tener diez monedas cada una. La escena entristeció a Willing, no sólo por ver a su madre desesperada, sino también

por las monedas mismas. Cuando era pequeño, una pila de monedas de veinticinco era una fortuna. Algo propio de la naturaleza del metal –duro, reluciente, pesado e inmutable– siempre había conseguido que la calderilla pareciera más valiosa, más importante que los billetes. El bote de la cómoda había tenido el brillo de un tesoro que se podría encontrar en un arcón enterrado, o sacar a la superficie con la ayuda de poleas y hombres rana de entre las cuadernas de un pecio. De niño, siempre había ido por la calle con el bolsillo delantero a reventar de monedas que resbalaban pierna abajo por ese lado de los tejanos y golpeaban contra el muslo. Incluso en la escuela primaria ya sabía que el billete de cinco que llevaba en el otro bolsillo valía más que las monedas, pero lo que lo hacía sentirse rico era el balanceo del voluminoso botín de cobre, níquel, plata y zinc.

Ahora una moneda no era más que un disco, una ficha como las del juego de las pulgas; una curiosidad histórica, pues ya no se acuñaba nada. Las monedas que su madre estaba separando como una loca eran viejas y no valían nada, y su proyecto era una estupidez. Tras dedicar una hora a esa aburrida tarea, tendría suerte si conseguía juntar moneda de curso legal con la que poder comprar una lata de Coca-Cola.

Willing pasó la mano por las pilas de monedas y derribó las torres. Las monedas cayeron al suelo con mucho estrépito y rodaron debajo de la cama. Se sorprendió a sí mismo. Había sido un gesto de rabia. Como rara vez se permitía ese sentimiento, se preguntó de dónde vendría.

–¿Y eso? –gritó Florence. Willing deseó que su madre no se pusiera de rodillas a buscar monedas de veinticinco centavos entre las bolas de polvo. Era indigno. Nadie se agachaba a recoger veinticinco centavos en la acera—. Ahora tendré que volver a contarlas.

–Estás perdiendo el tiempo. –Willing sacó un calcetín de la cómoda de Esteban y miró si tenía agujeros. Después metió las monedas en el calcetín, a puñados, hasta que la punta se hundió como su bolsillo de la infancia. Luego hizo un nudo en el calcetín lleno de monedas.

–En Green Acre no van a aceptarlo –dijo su madre—. Sólo aceptan monedas si ya las llevas contadas.

–Un calcetín es un escondite seguro, ¿no? –Willing hizo oscilar el péndulo golpeando las monedas contra la palma de su otra mano. Era un arma arrojadiza que tenía fuerza. Y velocidad. Seguidamente arrojó el calcetín como un lanzador de disco y la bola de metal fue a dar contra el marco de la

puerta del dormitorio. El ruido fue sonoro y las monedas dejaron una mella en la madera.

Florence parecía asustada.

–Como arma no está nada mal –dijo Willing–. Un arma vale más de lo que esta basura podría comprar.

–Estás cambiando –dijo Florence.

–Estoy adaptándome –dijo Willing.

–Pues deja de adaptarte.

–Los animales que no se adaptan, mueren.

–Dame la bolsa.

Lo dijo gentilmente, con un dejo de pena. El chico no podía tener más de diez u once años. Al menos era blanco; eso lo haría todo más fácil.

Estaban en la Cincuenta y cinco Este, una calle lateral, a dos manzanas de Green Acre Farm. Como siempre, caminar por la ciudad significaba asistir a una exposición de excrementos humanos. Era interesante ver lo rápido que uno distingue el rastro que deja su propia especie.

–No puedo. –Acorralado contra una cerca, el niño, intimidado, apretó la bolsa de lona contra el pecho. Debían de haberlo enviado a hacer la compra para la cena. Era menudo y pelirrojo; esa expresión precavida y de miedo al cabo de unos años sería permanente. Llevaba un abrigo demasiado delgado para el tiempo que hacía–. Me meteré en un lío.

–Dame la bolsa ahora. –Willing pasó el calcetín a la otra palma de la mano como había hecho en la habitación de su madre. Para él, y para el chiquillo también, ese movimiento tenía un efecto hipnótico–. O te meterás en un lío peor.

El niño miró a un lado y a otro de la calle. No había mucha gente, pero tampoco estaba desierta. Estaban delante de una casa desde la cual alguien observó la escena antes de correr la cortina. Cuando la mirada del niño tropezó con la de una mujer que venía por la calle, ella dio media vuelta y se marchó corriendo en la otra dirección. Así eran las cosas en esos días.

El niño echó a correr, pero un segundo antes había delatado su intención con una repentina mirada febril en la dirección en la que pensaba salir disparado. Willing tuvo tiempo de detenerlo agarrándolo por el brazo. El contacto físico fue vergonzoso para los dos.

–¡Vale, vale! –gimió el niño y le entregó la bolsa con gesto solemne. Una ofrenda. Willing lo soltó. Tras echar otra mirada al calcetín mientras la punta

hinchada de monedas caía perezosa de la mano derecha de su torturador, la presa se marchó corriendo.

Willing examinó el contenido. Comestibles. Zumo de cereza con sabor artificial, esponjas de esas que se deshacen. Pan blanco para sándwiches. Una libra de hamburguesas grasas. Bien. La grasa aportaba más calorías. En total, lo robado era poco y de mala calidad, y no había nada del gusto de su madre, pero al menos no pasarían hambre. Lo gracioso era que Willing no había creído que las monedas de la cómoda darían para comprar algo parecido a una cena. Pero sí.

Al principio deseó que Savannah estuviera en casa esa noche; quería que su acoso de siempre se tomase por caballerosidad. Ésa era la clase de aventura que impresionaba a las chicas. Pero tendría que dejar de jactarse; más adelante, esa actitud sonaría como una imbecilidad a sus propios oídos y se volvería contra su madre. Lo más útil que había aprendido en la infancia era mantener la boca cerrada. A los dieciséis resultaba más difícil conservar esa aptitud.

Mientras volvía a su casa con el botín, la melancolía puso sordina a la emoción del triunfo. En hazañas anteriores había evitado emplear verbos que remitieran a alguna forma de robo: los alijos de los patios traseros los había *confiscado*, se los había apropiado en una *redada* o eran una nueva forma de *recaudar impuestos*. No obstante, esa forma de pedir prestada una taza de azúcar a los vecinos dejaba una impresión distinta, y Willing era consciente de que había cruzado una línea. Pero otros también la cruzaban. Otros habían cruzado esa misma línea hacía tanto tiempo que la habían perdido de vista. Ya no había línea.

Así, durante la cena —una miseria de carne picada, dos rebanadas de pan por cabeza, rezumantes de grasa—, Willing anunció:

—Necesitamos una pistola.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó su madre. Willing prefería dejar que soltara su predecible indignación, pero estaba aburrido—. No vamos a tener una pistola en esta casa. No creo en las armas. La mitad de las veces es el que tiene la dichosa pistola el que recibe el disparo. ¿Para qué demonios la necesitamos?

—Para protegernos de personas como yo —dijo Willing.

13. ACUMULACIÓN KÁRMICA II

Desde un punto de vista filosófico, Carter aceptaba que la vida humana era sagrada. También aceptaba que en su país todos los hombres –y las mujeres también, en tiempos más progresistas– eran «creados iguales», aun cuando, como reconocía un hombre instruido y de temperamento más competitivo de lo que jamás había admitido su padre, esa afirmación siempre le hubiera parecido optimista. De acuerdo, sabía lo que realmente significaba la Declaración de Independencia. No que todos fueran buenos en matemáticas, sino que todos tenían los mismos derechos. Ergo, incluso Luella Watts Mandible tenía derecho a vivir, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad – lo fundamental era lo primero, puesto que Jayne y él estaban, con casi total seguridad, negándole la libertad, y si alguna vez Luella se pusiera a buscar la felicidad, a los sesenta segundos volvería con un nabo–. Aunque con muchas reservas, Carter podía dar crédito a la posibilidad de que en algún lugar, en lo más profundo de esa paranoia rimada de su madrastra, aún brillaba una lucecita, aún quedaba un resto infinitesimal, más pequeño que un guisante, más pequeño incluso que una palomita, de la seductora garbosa, despampanante, con un acento excelente, negra-sólo-en-sentido-exótico pero confortablemente-blanca-entodo-salvo-el-nombre, que en 1992 le había robado el corazón a su padre, aunque Carter no consiguiera ver ni un ápice de la supuesta *femme fatale*. Teóricamente también, lo que estaba en juego en esos cuidados cotidianos compasivos y respetuosos de una mujer que, *sin tener la culpa de nada*, había PERDIDO COMPLETAMENTE LA PUTA CABEZA y sólo era un ESQUELETO QUE NO PARABA DE MEAR, DE CAGAR Y DE GRITAR no era únicamente el bienestar físico, la sensación de autoestima y la seguridad psíquica de esa persona que tenían a su cargo, sino quizá, y más importante aún, la *humanidad*, la suya y la de Jayne también, porque era obvio que una sociedad *se mide* por la manera en que trata a sus ciudadanos *más vulnerables*, de modo tal que para salvar su alma y representar lo mejor de lo que significaba ser un verdadero americano estaba obligado a arruinarse CADA DÍA y CADA NOCHE de lo que le QUEDABA DE SU PUTA VIDA.

Bueno. Es posible que su tolerancia, su actitud tranquila, atenta, racional y

progresista tuviera sus límites. Por el hecho de formar parte de la primera generación de hombres norteamericanos que habían aceptado cargar con las tareas domésticas, Carter ya había cambiado los tropecientos mil pañales que había previsto cambiar, y, como mínimo, sus hijos, cuando eran pequeños, no lo habían mordido cuando se los cambiaba. Pero ¿que su padre, el Gran Hombre, echara una mano? ¡Dios nos libre! Douglas había optado por una pasividad tan total que era imposible saber si algo lo relacionaba con esa criatura llamada Luella en casa de su hijo y su nuera.

Utilizando la difícil situación para fortalecer el «todos para uno y uno para todos» de su matrimonio, Carter y Jayne se reunían en la cocina, ellos dos solos, antes de irse a la cama, durante ese precioso intervalo antes de que los «terrores nocturnos» se apoderasen de Luella y empezara a aullar. Juntos se bebían despacio una copita de oporto. Emblema de tiempos mejores, ese comedido derroche los ayudaba a conservar la cordura. (Algunos lujos, muy pocos, se los podían permitir gracias a la venta del escarabajo, que se había convertido en un trasto inútil, pues ya no iban a ninguna parte, y una carga, pues la policía, que tal vez había dejado de investigar los robos con allanamiento de morada, los atracos y los homicidios, era más estricta que nunca en lo tocante a la recaudación y ponía multas por violar la norma del aparcamiento en lados alternos de la calle.) Siempre encendían una vela y apagaban la lámpara del techo para crear algo parecido a un ambiente romántico. Aunque agotados, con ese ritual compartían las indignidades del día.

Pero daba igual. Jayne le echaba la culpa a él –sus huéspedes de por vida eran familia de Carter, no suya–, y saber que no debía echarle la culpa enterraba el resentimiento en el estrato más profundo, más instintivo y emocional, donde era más virulento. Y Carter tampoco podía evitar echar chispas cuando Jayne levantaba las manos para recordarle cuán vivamente sus médicos le habían recomendado que combatiera el «estrés», que se retirase a su Habitación Silenciosa y cerrase con llave, sorda a la proclama de Carter que afirmaba que acababan de entrar en una época durísima de la cultura norteamericana, durante la cual había que olvidarse por completo de todas esas paridas de cobarde en torno al déficit de atención con hiperactividad, la intolerancia al gluten y los animales como apoyo emocional.

Con todo, el principal blanco de su hostilidad no era Jayne, sino Luella. A

Carter esa mujer no le había importado mucho, ni siquiera cuando aún estaba en posesión de sus facultades. Esos andares que había cultivado, siempre esbelta, como si flotara; sus modales hipercivilizados, la dicción demasiado exacta... Él nunca se lo había tragado. Todo el numerito de Luella había sido un constructo, algo artificial, y ahora, creía Carter, sin ese refinamiento superficial quedaba al descubierto la verdadera Luella, que, en lo más hondo de su ser, siempre había sido un animal arisco, astuto y codicioso. Ferozmente decidida a salirse con la suya, sospechaba de los demás, pues los intrigantes calculadores y egocéntricos siempre suponen que todos son iguales a él. Era sagaz, pero no muy inteligente. No le sorprendía nada que, cuando la mente de Luella se soltaba, produjera estupideces rimadas.

También le pareció revelador que lo único que comiera sin tener que metérselo a la fuerza por el garguero fuese cualquier cosa que rezumara azúcar. En sus buenos tiempos, Luella decía que no le gustaban los dulces, una excusa, probablemente falsa, puesta al servicio de su silueta de modelo. Añádanse unas tabletas de proteína y unos halagos a ese mezquino montón de oportunismo depredador suyo y he aquí lo que queda: una aficionada a las golosinas que era un tonel sin fondo.

A Luella él nunca le había caído bien. No le parecía un hombre digno de admiración. Una vez, Carter la había oído quejarse desesperadamente a Douglas por que su único hijo no había heredado más del *esprit* y la *joie de vivre* del padre. Pero la verdadera razón por la que no se sentía cómoda con su hijastro era que Carter había calado sus intenciones. Era una falsa, una trepadora social que había planeado desde el principio casarse con Douglas únicamente para vivir más tiempo que él y heredar su fortuna, y cuando al final a Luella, cerca ya de los sesenta, se le fue la olla, para Carter fue la mejor noticia del día. Salvo que ahora la venganza lo golpeaba a él como un bumerán. Luella parecía haberse presentado en la puerta de Carroll Gardens a propósito, como diciendo: *Toma. ¿Querías a la Luella real? Pues aquí la tienes. ¿Satisfecho?*

Tampoco ayudaba que Luella fuese ahora una muñequita babosa, la suplente de su verdadera madre, cuya desaparición en el fango anónimo de Manhattan, con todos los asesinatos que pasaban inadvertidos y tantas personas desaparecidas, lo había dejado sin la posibilidad de llorar su muerte como corresponde. Apenas tres años antes, la desaparición de Mimi, la imponente alma máter de las recaudaciones de fondos para organizaciones de

beneficencia, habría dado lugar a uno de los actos conmemorativos más concurridos del año. Si bien al final acabaron siendo realmente necesarias, en el ínterin la mayoría de esas organizaciones habían echado el cierre, y esa clase de galas frecuentadas por famosos que imaginaba eran ya algo insólito. Nadie que tuviera un centavo haría alarde de ello.

Carter no le veía sentido a mentirse a sí mismo; él quería ver a Luella muerta. Si bien jamás la habría estrangulado con sus propias manos, en su personal *Dimensión desconocida* sí hubiera concebido alegremente el crimen y la manera de hacer desaparecer en un maizal el cadáver de ese demonio. Porque a pesar de todo el bombo sobre cómo los que padecían demencia senil «aún podían sentir alegría» y «todavía tenían valor en cuanto seres humanos», él no veía alegría alguna en su madrastra; en su casa difícilmente se auspiciarían nunca alegres sesiones improvisadas de canto ni esos imaginativos proyectos de artesanía tan típicos de las residencias para ancianos y falsamente estimulantes. Además, liberal de toda la vida o no, Carter estaba llegando inexorablemente a la conclusión de que, para tener «valor» en cuanto ser humano, había que ser de alguna utilidad práctica para alguien.

Al menos Carter no deseaba que su padre también muriese. Con la relación libre ahora de motivos ulteriores, seguía sintiendo por su padre un cariño a toda prueba, y que nunca había considerado realmente sincero cuando podría haberle reportado una jugosa recompensa. La penuria, en los últimos años de su vida, también había confirmado que el carácter de su padre iba más allá del martini con dos cebollitas. Oh, sí, seguía despotricando como sólo él sabía hacerlo, pero, a la larga, Douglas había aceptado la degradación de su estilo de vida con un aplomo asombroso. Mientras no lo dejaran sin nicotina líquida, rara vez se quejaba. (En esos tiempos de hambre, los nuevos sabores del tabaco electrónico se quedaban pegados a la ropa: pavo-relleno-con-salsa o jamón-caramelizado-con-chutney-de-cebolla-roja.) Lo único que se había vuelto insoportable era la repetición; si Carter oía una vez más los tres criterios que definían a una divisa funcional, se pondría a gritar. Por lo demás, Douglas se había acostumbrado sin problemas a leer libros digitales y veía toda la televisión que le echaran.

Y eso mismo estaba haciendo en su habitación del tercer piso la tarde del 7 de marzo de 2032. Douglas vivía obsesionado con las nuevas elecciones presidenciales, y ese mes quería seguir las primarias de Texas y Florida, entre

otras –estados con una elevada población latina que podían ayudar al presidente en ejercicio–. Naturalmente, a los republicanos ya podían declararlos siniestro total; el principal aspirante del Partido Republicano había llamado a Dante Alvarado «Herberto Hoovero», un epíteto que una amplia mayoría censuró por considerarlo racista. No obstante, el presidente tenía delante un serio desafío: la candidatura del eminente izquierdista Jon Stewart, que hacía campaña para rendirse ante el báncor. Dado que hasta el niño más pequeño veía que seguir boicoteando una divisa internacional cada vez más afianzada había acabado siendo calamitoso para los Estados Unidos, las primarias –que, sin un partido viable en la oposición, *eran* las elecciones– enfrentaban a es-la-economía-estúpido contra la consolidación de la igualdad étnica. Ningún latino ni ningún progresista blanco que hubiese votado por Alvarado quería que el primer presidente norteamericano nacido en México no tuviese un segundo mandato. Carter mismo estaba indeciso, aunque no se lo decía a Jayne.

No es que a Carter le sobrara tiempo para malgastar sus energías en una distracción tan estúpida como quién sería el próximo presidente de los Estados Unidos; estaba totalmente absorbido por un asunto mucho más monumental, a saber, darle de comer a Luella. Su madrastra llevaba dos días seguidos atada y encerrada, y eso que Carroll Gardens no era Guantánamo. Para impedir contracturas musculares y llagas en la piel, alternaban el método de atarla a la silla con una correa de un metro veinte. Como ese día tocaba correa, hacerla tragar proteínas era aún más difícil. Jayne le había suplicado que no le diera queso. Si a Luella le daba por el estreñimiento, en lugar de enemas o pastillas laxantes, tan difíciles de conseguir, uno de ellos tendría que sacarle la mierda por el ano con los dedos. Con todo, era más fácil obligarla a masticar el queso que el pollo. Con Jayne atrincherada en la Habitación Silenciosa, Carter, no sin un poco de maldad, eligió el cheddar.

Sin embargo, esta vez Luella no parecía estar de humor para su *sélection de fromage*, y tras masticar el primer trozo hasta convertirlo en una pasta viscosa, lo escupió. Dejó toda la cocina hecha un asco y, de paso, le pringó la mejilla a Carter. Después, con mucha traza, recogió unos pedacitos del camisón con la meticulosidad de quien asiste a una cena oficial.

–Tú a tu padre no le llegas ni a la suela de los zapatos –dijo Luella, con absoluta claridad.

Esos momentos de lucidez siempre lo dejaban de piedra, y si el sentimiento

que Luella había expresado hubiera sido menos ofensivo, Carter podría haber sido más gentil con su madrastra. En cambio, cuando le dio a comer el siguiente trozo de queso, lo que hizo fue taparle la boca con la mano para que no lo escupiera. Luella estiró la mano y cogió un puñado de los pocos preciosos mechones que le quedaban a su hijastro y tiró con todas sus fuerzas.

De acuerdo, se acabó, se dijo Carter. Tras lo cual se limpió la palma de la mano pringada de saliva con un paño de cocina y se fue. Por él, su madrastra podía morir de hambre.

—¡Jayne! —gritó desde el hueco de la escalera—. Vas a tener que vigilar a Luella porque yo he estado a punto de *volverme loco*. Salgo un rato a tomar el aire.

Ligeramente tranquilizado gracias a un paseo más que merecido, Carter regresó más o menos al cabo de una hora, con ganas de tomarse un par de Advils para las rodillas doloridas. Un olor a chamusquina le llegó de golpe a las fosas nasales en cuanto abrió la puerta. ¿Se le había quemado a Jayne el estofado? La que antes había sido una apasionada de las recetas, ahora rara vez cocía un huevo. En el pasillo, una densa neblina; Luella, a la que había dejado amarrada a una pata de la mesa, estaba *demasiado quieta*.

Carter se fue corriendo a la cocina y encontró *encendida* la vela a cuya luz Jayne y él bebían el oporto durante sus reuniones conyugales. Con la mirada encendida, Luella agitaba una servilleta de papel en llamas encima del cubo de la basura, que estaba abierto. El envoltorio del queso empezó a arder. Dado que Luella debía de haber acercado a la vela todo lo que tenía a su alcance y arrojado proyectiles incendiarios en todas las direcciones, pese a que Carter apagó la vela sin perder un instante llegó un pelín tarde. Las cortinas ya ardían. También un trozo del linóleo, alrededor de la pata de la mesa a la que Luella seguía atada. Como el humo no tardó nada en hacerse más denso, la elección fue sencilla: intentar salvar la casa o a los que ahí vivían. Toda su educación liberal demostró servir para algo.

—¿Las dejé a la vista? —se preguntó Jayne, con voz débil—. Me preocupa haberlas dejado a la vista.

—Da igual quién lo hizo. Debería haberlas visto —dijo Carter—. Pero no

hemos tenido esa suerte. Coge el tenedor por las púas, pero sigue recordando cómo encender una cerilla.

Estaban apiñados al otro lado de la calle, envueltos con las mantas que Carter había cogido para protegerse del fuego. Los bomberos de Nueva York se tomaron su tiempo, aunque a esas alturas a Carter le asombraba que siguiese existiendo un departamento de bomberos. Imposible controlar el incendio. A la luz de las llamas, Luella se puso a bailar con un júbilo pagano.

–No hacía falta que la rescataras –dijo Douglas, resollando.

–Yo... Sí..., vacilé un breve momento –reconoció Carter–. Se me pusieron los pelos de punta.

Durante la mayor parte del año anterior, Avery se había refugiado en el trabajo duro: fregar los suelos, lavar los platos, remendar, picar carne, cortar verduras y la colada. También se dedicó al trueque de ropa para niños en el vecindario. Para luchar contra el aumento de peso de Bing, ya imposible de ocultar, le hizo de monitora en las series de saltos de tijera (le copió la idea a Nollie); andar vaciando la despensa era una fórmula perfecta para ser un paria. Soportando la ofensa, ayudó a Goog con el español. Sólo era presa del pánico cuando se quedaba sin nada que hacer. Ser una bestia de carga era terapéutico. Si alguna vez volvía a abrir otra consulta, pondría a todos los pacientes a fregar el suelo del despacho.

Además, se había entregado a ese personaje reformado por puro cálculo. La alternativa era seguir dejando la superioridad moral a su hermana, que continuaría reclamando para ella la competencia, las agallas, la eficiencia, el estoicismo, la abnegación y su famoso pragmatismo, de modo tal que todos se sentirían agradecidos con *Florence*, y los hijos de Avery admirarían y acudirían a *Florence* con sus problemas y su marido podría llegar a preguntarse por qué había elegido a esa llorona llamada Avery y no a ese pilar de fortaleza llamado *Florence*. Tampoco el mal genio servía para conseguir comida o intimidad cuando ni siquiera servía para encontrar papel higiénico. Acallada por la aguda conciencia de lo poco atractiva que esa propensión puede ser para los demás, el mal genio era de por sí una pequeña tortura; una emoción quebradiza y molesta, y, en última instancia, una manera de maltratarse a uno mismo. En resumen, Avery no podía controlar la historia. Sólo podía controlar su disposición mientras la historia hacía lo que podía. Pretender seguir comportándose como una princesa era una batalla perdida. Para gran alegría de Avery, a veces *Florence* parecía realmente

molesta cuando veía que su hermana se había convertido en una santa, y de vez en cuando *más santa aún* que la patrona de la calle Cincuenta y cinco Este, ese dechado de virtudes llamado *Florence*.

Fue en mitad de un solo de limpieza después de otra gran cena comunitaria cuando Avery se secó las manos a toda prisa para ir a abrir la puerta. Por la mirilla vio a sus padres, al Gran Hombre y a Luella, curvados como en un espejo deformante, las caras tiznadas como si acabaran de salir de una mina de carbón y envueltos en mantas como indios.

—¿Pero qué coño...?! —Abrió la puerta tan conmocionada que se olvidó de cuidar el vocabulario delante del Gran Hombre.

Con un triunfalismo que llamaba la atención, su padre anunció:

—Luella ha quemado la casa.

La noticia no tardó en propagarse y todos menos Savannah, que había salido a hacer lo que su madre no se atrevía a pensar, se reunieron en la sala. Entre muchos «¡Dios mío!» y expresiones horrorizadas, se apresuraron a preguntar si las cuatro víctimas del desastre se encontraban bien. Siguieron las homilias sobre lo verdaderamente importante: que siguieran con vida. Avery detectó una angustia colectiva que parecía un murmullo apenas por debajo de la superficie; ese adverso giro de los acontecimientos elevaba a catorce el número de habitantes de esa morada, que ya estaba a reventar, o, de creer las anteriores proclamas de su padre, que aseguraba que Luella «equivalía a veinte residentes más en sus cabales», serían treinta y tres.

Cedieron los asientos a los nuevos huéspedes. Sentándose en el distinguido sofá color clarete con el que había crecido, el Gran Hombre miró con pena la cinta adhesiva.

—Nuestros valientes soldados, cuando vinieron a buscar oro en Brooklyn — fue el críptico comentario de Florence—. ¿Nollie? Iba a preparar té para todos, pero si puedes pasar sin...

—Al carajo el té —dijo Nollie, enfilando con Florence hacia la cocina—. Tengo un lote nuevo de matarratas que no veas cómo se te sube a la cabeza.

—¿Conseguisteis salvarlo todo? —preguntó Avery, y enumeró una serie de recuerdos de la infancia que sus padres guardaban en el desván.

—Me temo que faltan algunas cosas que teníamos en el fregadero —dijo su padre, echando la manta hacia atrás para dejar al descubierto una caja de madera, chamuscada pero lujosa, que tenía en el regazo—. Pero sí rescaté la cubertería de plata.

El Gran Hombre se echó a llorar.

—¡No me lo habías dicho!

Avery nunca lo había visto llorar.

—Había ido a rescatarla. Pensé que en una noche como ésta —dijo Carter— no tendría muchas otras sorpresas agradables.

Cuando sacó de la caja uno de los cuchillos para la cena, con una gran *M* en el mango, la hoja captó el reflejo de la luz.

—¡Es magnífico! —exclamó Kurt. Era la clase de hombre que rechaza las distinciones de clase por motivos ideológicos, aunque instintivamente tiene en mayor estima a su familia si conservan talismanes de nobleza. Avery no se tragaba por completo el cuento de la aristocracia norteamericana; por su parte, Florence rechazaba agresivamente el elitismo por considerarlo ofensivo. Pero Esteban había tenido razón cuando los Stackhouse llegaron a East Flatbush: todos los Mandible se creían especiales, si bien, en el caso de Florence, especial por negarse a sentirse especial. En medio de una pelea de más envergadura por el «excepcionalismo» americano, ya podían enterrar las tensiones de la familia sobre si somos o no somos especiales. Todos los suntuosos y exquisitos objetos de artesanía de Bountiful House en Mount Vernon —los paneles de roble tallado, las barandillas curvas, las alfombras orientales, el piano de cola, la porcelana fina para cincuenta personas— habían quedado oficialmente reducidos a un juego incompleto de cubiertos de plata y a un sofá remendado con cinta adhesiva. Eso debía de ser un poco entristecedor, incluso para Karl Marx.

—Si quieren volver a Carroll Gardens mañana por la mañana para ver qué se puede rescatar todavía, les echaré una mano —se ofreció Kurt *motu proprio*—. A menos que la casa siga ardiendo, los carroñeros no se irán de ahí, y la desvalijarán.

—¿Están cubiertos al menos por un seguro? —preguntó Esteban.

Carter se frotó el cuello.

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir que *no lo sabes*? —dijo Jayne.

—Los pagos están al día —dijo Carter—. Pero la semana pasada vi en el informativo que Titan Corp. ha quebrado. No sé en qué situación nos deja, pero presentar una reclamación puede ser complicado. Creo que nos espera un laberinto jurídico.

—Llevan ustedes las de ganar si no les notificaron formalmente la

cancelación –dijo Lowell–. Pero Titan se ha acogido al capítulo séptimo, liquidación total, y en la puerta ya ha debido de formarse una larga cola de acreedores. Aun cuando consigan un buen acuerdo, podrían pasar años hasta que vieran el dinero.

–Y no se habrá ajustado a la inflación –dijo Willing desde el hueco de la escalera–. En ese caso, un cheque por el contenido de los tres pisos te servirá para comprarte un traje barato.

–Te gusta dar la nota pero siempre tocas la misma, ¿verdad, niñito prodigio? –dijo Lowell a su sobrino en tono acre.

–¿Por qué no me dijiste que nuestra aseguradora había quebrado? –exclamó Jayne.

–Pensaba investigar. –Carter tenía el aspecto de estar tratando de controlarse delante de los demás; si hubiera estado solo, se habría puesto a aullar–. Pensaba investigarlo *después* de intentar bañar a Luella sin que los dos nos ahogáramos, *después* de cortarle las uñas aunque sólo sea para impedir que me arranque los ojos de un arañazo y *después* de haber recogido los pedazos de la bandeja de la Toscana que *creíamos* haber puesto a salvo en un estante alto para que no pudiera cogerla. Hablando de Luella, será mejor que alguien vaya a buscarla.

Avery se fue de la sala disimuladamente. Primero fue a mirar en el sótano porque no quería que los pocos bienes que le quedaban a la familia Stackhouse acabasen destrozados por una *enfant terrible* que medía un metro setenta y cinco. En PhysHead había tratado a pacientes con demencia. Habían sido todos ancianos tiernos y sumisos, si bien desconcertados o perdidos en su mundo, y en ocasiones muy insistentes, pero nunca, como decían de Luella, violentos o destructivos. De ahí el escepticismo de Avery cuando sus padres contaban lo que contaban. Ahora que su propia ropa corría el riesgo de acabar hecha jirones, parecía prudente creerse esa versión de los acontecimientos.

Encontró a su abuelastra en el cuarto de baño de arriba, donde estaba derramando champú en grandes espirales decorativas en la bañera y por las paredes y el suelo. Quitarle el frasco se parecía a arrancar una pelota de tenis de las fauces de un rottweiler. Para Avery, que sus padres tuvieran la costumbre de atarla era una violación flagrante y horrenda de las libertades civiles de un adulto. No obstante, una correa de nailon fue la mejor solución para arrastrarla de vuelta a la planta baja.

–Aquí vuelve la aventurera –anunció Avery, intentando parecer alegre, antes de pasarle a Bing el frasco de champú, casi vacío–. ¿Bing, cariño? Ábrelo y mira si puedes rescatar algo del champú que Luella ha derramado sin querer.

Salvar el champú derramado era un trabajo perfecto para Bing, que ya había cumplido trece años. No se lo podía comer.

–Por Dios, ¿qué es ese olor? –dijo Goog, que hasta entonces se había mantenido al margen. No era rollizo, pero no tenía... ángulos. La nariz respingona, los hombros caídos, como por donde se lo mirase.

–Creo que hay que cambiarla –le susurró Avery a su madre.

–No me cabe ninguna duda –dijo Jayne–. Pero mi casa acaba de incendiarse. ¿Por qué me dices eso?

–Es posible que Nollie deba hacer los honores –dijo Carter, aceptando sin decir ni gracias algo parecido a un destornillador que le había preparado su hermana–. También es su madrastra.

–No sé hacerlo –dijo Nollie, categórica.

–Hace dos años yo tampoco sabía ajustar un cuadrado de una colcha vieja a una mujer de su edad que no para de moverse –dijo Carter–. Tú siempre has aprendido rápido. Es lo que dicen todos.

–Bueno, ya lo haré yo –dijo Florence–. No tenemos que olvidar que Luella no tiene la culpa. Dentro de unos años, uno de nosotros podría necesitar lo mismo...

–¡Yo lo he hecho cientos de veces! –la cortó Carter–. ¡Tu tía también podría hacerlo una vez!

A continuación se celebró el consejo de familia para decidir dónde iban a dormir. Kurt cedió el sofá al patriarca de la familia y se ofreció espontáneamente a dormir en el sillón. Willing dejó su habitación a sus abuelos y sugirió que Goog durmiese en el sótano, en el colchón de Savannah. Cuando Jayne se preguntó por qué diablos su nieta pasaba toda la noche fuera, Avery hizo como si no hubiera oído nada.

–¿Y a nuestra señora Rochester no le corresponde el desván? –propuso Carter, tan indignado con su hermana que podía pensarse que había sido Nollie quien les había quemado la casa.

–Yo pasaré la noche con Nollie –intervino Willing.

La sugerencia fue prudente. Nollie no iba a permitir que nadie, aparte de él, entrase en su sanctasanctórum, pero siguió en el aire la cuestión de dónde

demonios pondrían a la «señora Rochester», pues Luella era la carta con la que nadie quería quedarse en ese juego de la mona. Avery, sin ir más lejos, no quería a la incontinente en el sótano; su vehemencia bordeó la histeria. Al cabo de apenas un par de horas con esa desastrada en la casa, ahora apreciaba mejor la cobardía con la que siempre había preferido ocuparse de la colada en East Flatbush. *Cualquier cosa* menos cuidar de Luella para que sus padres tuvieran al fin una noche libre. Incluso en ese momento, la culpa por haberse escaqueado de ese trabajo de niñera geriátrica quedaba superada por la determinación a seguir escaqueándose.

Sin embargo, considerando cómo terminó todo, ese toma y daca por los camastros y las almohadas fue inútil.

Sonó el timbre. En la casa ya no cabía nadie más, pero todos se conocían y, en cierto modo (aunque podía ser difícil de afirmar), se querían; la planta baja vibraba con la energía de una gran fiesta. Por eso, cuando Avery fue a abrir, preguntó por encima del alboroto general:

—¿Tenemos más parientes pasando frío en la calle que hayamos podido olvidar?

Lo dijo alegremente. Ésa era la palabra, *alegremente*.

Reconoció por la mirilla a la familia que venía a visitarlos; eran unos vecinos que vivían unas calles más allá. Los Wellington, o Warburton, algo que empezaba con *W*. La mujer (¿Tara? ¿Tilly?) había participado en el último intercambio de ropa usada de Avery, y había parecido agradecida por los tejanos de Bing (que, por desgracia, le habían quedado pequeños en los lados).

—¡Hola! —gritó Tara/Tilly en el escalón de la entrada, apretando a su crío de tres años contra el pecho—. ¡Necesitamos ayuda! ¡Por favor, se trata de una emergencia!

Llueve sobre mojado. Tras presionar con un fervor indecoroso para que Luella no durmiera en el sótano, Avery se alegró de esa oportunidad de comportarse generosamente y abrió la puerta.

—Mi pequeña —siguió diciendo la mujer—. Está muy enferma. Tenemos que llevarla al hospital. No podemos encontrar un taxi y desde las urgencias del King's County no envían ambulancias a este barrio porque se las secuestran. Sentimos interrumpir, pero sé que tienen un coche...

Avery frunció el ceño.

—No cabe duda de que sabe elegir la noche. Acaba de incendiarse la casa

de mis padres.

Competitiva por naturaleza, quiso ganar la mano de la angustia de la vecina con una catástrofe más grave.

–Ya sabe que las desgracias parecen venir todas juntas –dijo el padre, decidido a no echarse atrás.

–Sí –dijo Avery, con una breve sonrisa–. A eso mi marido lo llama *acumulación kármica*.

–Podrían prestarnos el Jaunt si están ocupados –dijo la mujer, demacrada ya por la fatiga.

Algo se le pasó por la cabeza a Avery cuando la vecina dijo la marca del coche, un detalle que los padres de niños gravemente enfermos no deberían registrar; pero el Jaunt estaba aparcado en la entrada, y que se hubieran fijado en eso probablemente no quería decir nada.

–No, creo que lo mejor será que los lleve yo –dijo Avery–. Esperen un momento. Voy a buscar las llaves.

–¿Por favor...? –suplicó la vecina–. ¿Podría darnos un vaso de agua para Ellie? Está ardiendo de fiebre.

–Por supuesto –dijo Avery, vacilando; no podía cerrarles la puerta en la cara sin más–. Pasen un momento. Hace mucho frío y no quiero dejar la puerta abierta.

La familia se apiñó en el recibidor.

–Me llamo Tanya, ¿se acuerda? –Cogiendo a la niña con un solo brazo, la mujer le dio la mano a Avery. La gente pecosa siempre parecía cordial.

El marido siguió con la mano derecha en el bolsillo del abrigo y se limitó a saludarla con la cabeza.

–Sam. –Tenía el físico cuadrado de los italianos, y era guapo, pero las piernas eran dos palillos. Su rigidez sustituía ahora la actitud deferente de encuentros anteriores, y parecía firmemente decidido a que un médico viera a su hija sin importarle a quién fastidiaba–. Y éste es Jake.

Agarrado a los pantalones de su padre, el pelirrojo, de unos once años, se estremeció. Avery reconoció los tejanos.

–Cuánta gente, ¿no? –dijo Tanya cuando los cuatro se agolparon en la entrada de la sala.

–No hay nada como quedarse sin la casa donde una creció para improvisar una reunión familiar –dijo Avery.

Tanya apretó la mano izquierda de su marido. Willing estaba siguiendo la

escena desde su habitual puesto de observación en la escalera. Cuando miró a Jake a los ojos, el pequeño se apretó con más fuerza contra la pierna del padre y lo fulminó con la mirada. Teniendo en cuenta que sus padres venían a pedir un favor, no fue nada cortés.

Cuando Avery volvió con el agua, Tanya se quedó con el vaso en la mano como buscando un lugar donde dejarlo. ¿No había dicho que Ellie tenía sed? Avery les enseñó las llaves del coche. Sam sacó por fin la mano derecha del bolsillo: empuñaba una pistola.

Avery se preguntó por qué todo el mundo gritaba «¡Quietos!» cuando apuntaba con un arma de fuego. Quedarse inmóvil como una estatua era una reacción instintiva.

–No hace falta que haga eso –dijo Avery en voz baja–. Ya les he dicho que los llevaré al hospital.

–Nosotros no vamos a ir a ninguna parte –dijo Sam, apuntando al pecho de Avery–. Ustedes sí.

–No entiendo qué quieren –dijo Avery–. ¿Y la pequeña...?

–Estará bien –dijo Tanya.

Avery se sintió una idiota. Se enorgullecía de haberse vuelto más espabilada cuando le tocó enfrentarse a la adversidad; pero debajo de las uñas rotas de tanto ocuparse personalmente de la limpieza revoloteaba una delicada mariposa social de Washington. En lo que atañe a lo que esperaba de los demás, seguía viviendo en un mundo de cócteles, de tertulias y carreras solidarias destinadas a recaudar fondos para luchar contra el cáncer de mama, un mundo en que lo peor que podía ocurrirle era que un invitado a cenar llegara con una botella de tinto barato que era un auténtico insulto al buen gusto. El factor decisivo: hasta no mucho antes, ése era el mismo mundo en que vivían Sam y Tanya W-nosecuántos. Habían llegado al barrio en la década anterior, con la oleada de compradores adinerados; esos desesperados que tenía en el recibidor habían estado entre los primeros «gentrificadores» de East Flatbush.

–Deme eso –dijo Sam, estirando la mano para quitarle el llavero.

–Creía que no iban a ir a ninguna parte –dijo Avery.

Willing se había puesto de pie. Ya no se oía el rumor de la conversación en la sala.

–Nunca se sabe –dijo Sam.

–¿Esto es un robo? –dijo Avery a pleno pulmón–. Porque aparte del Jaunt

aquí no hay mucho que robar. ¿Quieren *bisagras*? –dijo, desafiante–. Bisagras tenemos para dar y tomar.

–Tienen algo muy grande –dijo Sam–. A veces no se trata del contenido sino del continente.

–Con eso que tiene en la mano, no es buen momento para ponerse crítico –dijo Avery.

–Diré que lo lamento una sola vez. –Sam fue apuntando uno a uno a los reunidos en la sala–. En días más felices, los habríamos invitado a tomar unas copas, pero nos han ejecutado la hipoteca y nos han desahuciado. Han cambiado las cerraduras, han puesto la alarma, han cambiado el código...

–Entonces, ¿por qué no le disparó a la policía cuando fueron a echarlos a la calle? –preguntó Avery, mirando fijamente la pistola.

–¿La policía?! –exclamó Sam–. ¿Qué policía? Ahora todos los bancos contratan a empresas de seguridad privadas. Gorilas armados hasta los dientes.

–Como usted, entonces.

–Me da igual lo que piense. No hay nada que no esté dispuesto a hacer para que mi familia tenga un techo. *Su* techo, señora. Me temo que tendrán que irse. Todos.

En la sala se oyó un grito ahogado general.

–En mis tiempos –intervino inesperadamente el Gran Hombre–, cualquier norteamericano respetable que se enfrentaba a la ruina mataba a *su propia familia*. Y después se suicidaba. Una tradición eficaz. Como esos hornos con sistema de autolimpieza.

–Ya ve que aquí hay personas muy mayores –dijo Avery–. Gente enferma. No puede echarlas a la calle.

–Puedo y es lo que voy a hacer. –El cañón de la pistola delató un temblor, si bien no lo bastante pronunciado para garantizar que esa trampa que les habían tendido acabara en tragedia.

–¡Por amor de Dios, hoy lo hemos perdido todo! –gritó Jayne–. ¡Padezco ataques de ansiedad que me dejan exhausta! ¡Demasiado estrés podría darme arritmia..., fibrilación..., hiperventilación!

–Mamá –dijo Avery en voz baja.

–Ya. Y a mí me han diagnosticado el TOC, el síndrome de piernas inquietas y alergia a los sulfatos –dijo Sam–. Después empecé a tener problemas de verdad. A lo mejor a usted le viene bien la misma cura.

–Ésta es mi casa –dijo Florence, soltándose del abrazo protector de Esteban–. No somos inquilinos, es *mi* casa. Por ley.

–De la cual posee usted nueve décimas partes –dijo Sam.

–¿Cómo sabe que *no* tenemos armas? –dijo Florence, hecha una furia.

–No son de esa clase de gente –dijo Sam.

–Cariño –dijo Tanya–. Tú tampoco lo eras.

–Ahora sí, nena. –El farol no fue convincente.

–No saldrán bien librados de ésta –dijo Goog, enfurecido–. Mi padre los denunciará y ustedes dos acabarán entre rejas. ¡Hasta que tengan ciento diez años!

–No estás al tanto de las noticias, ¿verdad, chico? –dijo Sam, un poco harto ya–. La poli ni se molesta. Están invadiendo casas en toda la ciudad. ¿De dónde crees que hemos sacado la idea?

–Invadiendo, persuadiendo –dijo Luella, atada a la parte más baja del pasamanos–. ¡Ocupata! ¡Perorata! ¡Invasión y prestidigitación! –No hay que olvidar que en sus buenos tiempos dominaba un vocabulario impresionante.

–Pero esta familia es buena gente –dijo Kurt, elevando la voz por encima del coro de tragedia griega–. Gente generosa. Técnicamente soy un inquilino, pero hace un año y medio que Florence y Esteban no me reclaman el alquiler. Han acogido a otra familia, a un pariente anciano. Por Dios, si Florence trabaja en un *albergue para personas que no tienen donde vivir...*

–Entiendo, y yo trabajaba en modelos del cambio climático en la Academia de Ciencias de Nueva York –le espetó Sam–. Esto no es un concurso de escuela dominical.

–Comprendemos que necesitan un techo con urgencia. –Con aspecto de tener un autocontrol impresionante, Florence volvía a emplear el modo metódico y no reactivo que debía de haber puesto a punto en Adelphi–. Se ve que esto es una emergencia, así que no hay motivo para que no podamos hacer sitio para su familia también. Todavía tenemos agua, incluso agua caliente, y calefacción... Creo que todos ustedes deberían ducharse. Duchas largas y relajantes. Y tienen hambre. No es que tengamos mucho, pero estoy segura de que podría encontrar algo para ustedes y para los niños. Ya puede dejar de apuntarnos. Juntos podemos solucionar este problema. Ahora que lo pienso, Esteban y yo podemos dejarles el dormitorio principal. Para ustedes cuatro...

–¿Y vivirían en paz con un tipo que acaba de intentar echarlos de su propia

casa a punta de pistola? –dijo Sam–. Por favor. Esperarían el momento oportuno para dejarme inconsciente de un martillazo.

–No pasa nada, cielo –susurró Tanya–. Los niños no han probado bocado en todo el día...

–Si ella puede improvisar algo en la cocina, nosotros también. ¿Puestos a elegir entre una habitación y toda una casa? No me siento especialmente indeciso.

–¿Alguna vez han oído hablar de las *sentadas*? –bramó Carter, encapuchado con su manta tiznada como un extra de *Los diez mandamientos*–. ¿De los encierros, de la toma de facultades? Cuando yo era pequeño, los estudiantes universitarios comprendieron lo difícil que sería mover de su lugar a un gran número de personas pesadas, exaltadas y justificadamente cabreadas y que se niegan a irse.

–Sí, y algunos de esos impresentables terminaron con un tiro en la frente. – Sam estaba impacientándose–. No. Les doy quince minutos para que recojan algunas cosas. No tengo por qué hacerlo, pero no les quitaré los abrigos. No olviden los cepillos de dientes.

–Kurt tiene razón cuando dice que mi sobrina es generosa, pero su tía puede ser muy cabrona cuando se lo propone –gruñó Nollie como una de esas viejas que engatusan a los niños pequeños con galletas de jengibre. Jake se encogió de miedo–. Lo primero que le aconsejaré a Florence será que les corte los suministros. *Adiós, duchas*.

–Adelante –respondió Sam al toque, aunque parecía nervioso–. ¿No sabe que todo el mundo anda amañando conexiones a la red eléctrica y enganchándose gratis al gas?

–Pero si sólo sois cuatro, *hombre*♦ –dijo Esteban, poniendo ese acento de hampón mexicano que suele dar miedo a los blancos como Sam–. Dos son *niños*.♦ ¿Cómo crees que vas a controlar a trece rehenes que no tienen ningunas ganas de salir a dar un paseo a medianoche?

–Buena pregunta. Muy útil..., *muy útil, ¿sí?*♦ –Su pronunciación era perfecta. A una seña, el pobre Bing avanzó con los ojos fuera de las órbitas para ponerse al alcance y Avery, espantada, vio que Sam apretaba con fuerza el brazo petrificado del menor de sus hijos–. Si alguien intenta algo, mato al chaval. ¿Creen que no soy capaz? No me provoquen.

Sam intentaba reafirmarse en su papel, pero Avery no podía descartar la

posibilidad de que hiciera lo que decía y le saliera bien. Les había dicho que podían ir a buscar «algunas cosas», pero todos seguían ahí.

–Venga, muévanse –dijo Sam–. O retiraré lo dicho y tendrán que irse por Linden Boulevard en calcetines.

–¿Por qué nos han elegido a nosotros? –le preguntó Avery a Tanya mientras los demás se dispersaban lentamente, como en trance–. En esta casa vivimos catorce.

–Porque son los únicos que nos han dejado entrar –respondió Tanya.

14. SE DESEQUILIBRA UN SISTEMA COMPLEJO

Willing no era lo bastante arrogante para afirmar que lo había visto venir, pero algo parecido sí; de ahí que debajo de la cama ya tuviese preparada una mochila. La lista del contenido: documento de identidad, agua embotellada, frutos secos, botiquín de primeros auxilios, una navaja, cerillas y un mechero, guantes, el cortador de vidrio, una lona grande y resistente, láminas de plástico barato, una copia de las llaves de la casa y artículos para el aseo personal. Sin tener que preocuparse ya tras haber reunido lo imprescindible, sacó dos jerséis más y comprobó que en el bolsillo llevaba el fleX enrollado; no tenía al día los pagos del contrato por satélite, pero como linterna funcionaría. Pasando olímpicamente de la incredulidad y la indignación de Goog –«Vaya..., ¿nuestro vidente interno *ya ha hecho los bártulos?*»–, bajó muy tranquilo las escaleras para hacer una petición formal.

A Sam debían de habersele entumecido los músculos de tanto sujetar a Bing por el brazo. Medio desplomado contra la jamba de la puerta, incluso Bing parecía cansado de su aspecto de niño aterrorizado. La pistola era pesada. El cañón no se movió hasta que Sam vio que Willing se acercaba.

Willing se detuvo antes de llegar a la planta baja.

–Si le parece bien, querría llevarme mi bicicleta.

–Bicicleta, mi calceta –farfulló Luella, que seguía atada al pasamanos–. Típico, típico. Trópico místico mítico. Comestible y mandible...

–¿No pueden hacer algo para que se calle? –suplicó Sam.

–Hombres más poderosos que yo lo han intentado –dijo Willing.

–Poderosos los lazos que atan lo desatado –fue el eco de Luella.

–¿La bicicleta? –insistió Willing–. Ustedes se quedan con el todoterreno.

Lo importante era no alterarse. Ese hombre se sentiría mal, y como no le gustaría nada sentirse mal, se cabrearía. Había que negociar sin introducir ningún elemento de juicio. Como si fuera lo más razonable del mundo preguntarle a un extraño que vivía a pocas calles de allí si uno podía llevarse su propia bicicleta.

–No –dijo el pelirrojo, pegado a la falda de la madre–. Yo quiero su bicicleta.

Willing miró al niño con firmeza; sin perder la paciencia tampoco esta vez, parecía decirle con los ojos: *Toda una bicicleta por una hamburguesa pequeña y zumo de cerezas no es justo.*

–Pero si tú nunca has montado en bicicleta –dijo Tanya.

–Papá tiene una pistola –dijo Jake–. Podemos quedarnos con lo que nos dé la gana. Podemos hacer pedazos esa bicicleta si se nos antoja. Y es posible que lo haga –añadió, dirigiéndose a Willing–. Me quedaré con tu bicicleta y la haré pedazos.

Willing vio que al niño el tiro le salía por la culata: *Mira lo que ya le estamos haciendo a nuestro hijo.*

–Pues claro, quédate con la bici, Jake –dijo Sam.

–Bla, bli, la bici para mí –dijo Luella.

–Gracias –dijo Willing. Permiso para retirarme, señor. A punto estuvo de hacer el saludo militar.

Arriba encontró a su madre y a Esteban en el dormitorio principal, rodeados de un montón de ropa en completo desorden.

–Ese tío no es tan grande –dijo Esteban por lo bajo–. Podría desarmarlo, *ningún problema.*♦

–Sin duda, pero alguien podría acabar herido –dijo Florence, en un hilo de voz–. Puedo perdonarte por no ser un héroe, pero tal vez no te perdonaría que uno de los chicos recibiera un disparo.

–Ese mariquita no va a dispararle a nadie –dijo Esteban.

–¿Se supone que hemos de tramar algo? –dijo Florence, volviéndose hacia Willing–. ¿Alguna treta ingeniosa para sacar de aquí a esos cuatro? Es lo que haríamos en una película.

–También podríamos prender fuego a la casa –dijo Willing tan pancho.

–No tendrían más remedio que irse, pero nosotros también. El fuego podría descontrolarse. Entonces ni nosotros ni ellos tendríamos donde vivir. Sería una maldad, como lo que hicieron los que entraron en el jardín.

–Entonces... ¿qué?

–Si al final vamos a dejar que ese *cabron*♦ nos eche –dijo Esteban–, ¿no podemos meternos en Adelphi? Visto lo deprimente que es, tu trabajo debe de tener alguna ventaja.

–El albergue ya está al doscientos por ciento de su capacidad –dijo Florence–. Otros empleados intentaron colarse con la familia y los despidieron.

–Es culpa mía –dijo Willing.

–Eso no lo capto, *muchacho*♦ –dijo Esteban.

–Tendríamos que habernos ido antes. Lo calculé mal. Esta ciudad... Es un sistema complejo que se ha desequilibrado. Es inestable. Por eso no hay ningún motivo para «tramar» nada. Esa gente de abajo no acabará bien. Aun cuando no les cortemos los servicios, como ha amenazado Nollie, no podrán pagar las facturas. Les cortarán el agua, la luz, el gas. Y ese Sam no tiene ni idea de cómo engancharse ilegalmente a nada. El gas, ¿dijo? Hará volar por los aires toda la manzana. Además... Pensad que si quitarnos la casa es tan sencillo, cualquiera lo tendrá igual de fácil si quiere hacer lo mismo con ellos dentro.

–Crees que deberíamos marcharnos, pero ¿adónde podemos ir? –preguntó Florence. Estaba fuera de sí; tendría que calmarse—. ¡El abuelo tiene casi cien años! ¡Luella es una verdadera lata, por decir algo, y mis padres tampoco son unos niños!

–Por ahora, al campamento –dijo Willing—. El de Prospect Park. Es peligroso, pero más peligroso es estar aislado. Ahí funciona el trueque. Los campamentos son economías cerradas en sí mismas.

–¿Y qué tenemos para intercambiar? ¿Y por qué vamos a intercambiarlo? –dijo su madre—. ¡Willing, la verdad es que a veces eres un sabelotodo insoportable! ¿No te das cuenta de que lo único que nos propones es que pasemos a ser gente sin techo? Ya he visto bastante. No tiene nada de romántico.

Willing no debía tomarse esos insultos a pecho.

–Nos quedaremos ahí sólo el tiempo que necesitemos para prepararnos.

–Vayapordiossss... *Prepararnos*. ¿Para qué, para el Rapto? ¿Para abrir los brazos en medio de un campo esperando la redención del Señor o que aterrice una nave espacial de otro planeta?

No tenían tiempo para esa discusión.

–Coged ropa de abrigo –ordenó Willing—. Muchas capas de abrigo, una encima de la otra, para no tener que cargarlas. No olvidéis llevar algo impermeable. Llenad las botellas con agua del grifo en el contenedor viejo para el reciclaje. –En la ciudad no se reciclaba nada desde hacía año y medio; se había vuelto pintoresco—. Y servilletas para el culo. Muchas, porque no podremos lavarlas. Si sacáis algo de comida de la cocina, que sea con discreción. Mejor mochilas que maletas. El equipaje llama la atención y es

demasiado fácil de robar. Si tenéis algo de efectivo, poned un poco en los bolsillos, lo suficiente para que sea creíble, o en algún bolsillo exterior de las mochilas. Lo que os quede, en los zapatos, en la ropa interior o dentro de un par de calcetines enrollados. Así, si nos piden dinero antes de irnos, les daremos el que está más a la vista. Y hagáis lo que hagáis, no os cabreéis con Sam y Tanya. Cuanto más nos enfademos, más motivos encontrarán para ponerse farrucos. No podemos parecer impredecibles. Recordad que de todas maneras habríamos tenido que irnos. Nos están haciendo un favor.

En el rincón del sótano donde guardaban los trastos, Willing infló las ruedas de la bicicleta. Cogió también su caja de herramientas, cestos y unos pulpos, mientras, en segundo plano, Lowell no paraba de despotricar: «¡La protección de la propiedad privada es la primera obligación del Estado!» Willing no pudo evitar sonreír. Había quienes sencillamente no podían cambiar su *paradigma*.

Tras la primera misión cumplida, Willing se sintió mejor. Llevaba un tiempo sin echar un vistazo a los escombros detrás de la caldera, pero ahí estaban. A salvo. Si él lo decía, era un escondite perfecto. Interesante... Su madre nunca le había preguntado nada. A Florence le daba miedo que los arrestaran, y Willing se preguntaba si la policía seguía cumpliendo esa misión... Arrestar.

En la calle, mientras encadenaba la bicicleta a un poste de aparcamiento, Willing vio a su abuelo encorvado en el hueco de la escalera del sótano. Carter dejó algo en los escalones y se inclinó, siempre envuelto en su manta. Cuando levantó la vista y vio a Willing, se llevó un dedo a los labios.

Era difícil saber qué estaba maquinando, pero la expresión enloquecida que había tenido desde el incendio se había vuelto aún más salvaje. Willing no quería llamar la atención de Sam, y no era ése el momento para darle a su abuelo una clase sobre sistemas complejos que se desequilibran. Prefirió sacudir la cabeza con fuerza para que Carter abandonara un plan mal concebido, fuera cual fuese, mientras articulaba, para que le leyera los labios: *NO, NO LO HAGAS* y agitaba sin parar las manos planas, código universal para decir *¡Olvidalo!* Pero Willing no era más que un chiquillo de dieciséis años al que su abuelo subestimaba, y Carter E. Mandible llevaba dos largos años queriendo matar a alguien.

Lanzándose como una flecha al hueco de la escalera, Willing le señaló el sótano: *Vuelve a entrar*. Carter se enroscó la manta alrededor del cuello y lo fulminó con la mirada, como diciéndole que él no se iba a ninguna parte.

Intranquilo, Willing volvió a reunirse con el grupo en la sala. Sam ya parecía extenuado. Con la grosería típica de los que están hechos polvo al cabo de una cena de la que los invitados no hacen ni amago de marcharse, Sam quería que todos se largasen de una vez. Para empezar a fregar la cocina, tomar algo calentito en la intimidad, ver las noticias...

–El dinero –dijo Sam, y todos vaciaron los bolsillos que habían preparado como señuelos–. Las llaves de la casa –fue la orden siguiente. Sam fue pasando un pequeño cesto de la mesita de centro como quien pasa el cepillo en la iglesia–. No quiero visitas.

Mientras los desahuciados se ponían en cola en el recibidor, Sam, sin mucho entusiasmo, les registró los bolsos metiendo la punta de la pistola en los compartimentos que no estaban cerrados con cremallera. Parecía un guardia de museo hastiado ya de esos registros superficiales. Por desgracia, les confiscó media hogaza de pan que la madre de Willing había conseguido esconder a pesar de que Tanya había hecho guardia en la cocina. Así y todo, Sam permitió que Kurt se llevara el saxo. A Jayne, que había perdido todo lo que tenía, no pudo quitarle nada; la abuela se quedó cubierta con su manta junto a la escalera mientras, abatidos, los otros fueron saliendo uno a uno. Jayne debía de querer permanecer al abrigo mientras pudiera. El día había sido largo.

–¿Qué diablos es eso? –preguntó Sam cuando Nollie llegó a la puerta. La caja parecía demasiado pesada para una mujer de casi setenta y cinco años.

–Material en sucio –dijo Nollie.

–Sucio occipucio –dijo Luella detrás de su hijastra–. Material proverbial. Sucio desahucio. Peter Piper comía margarina amarga...

–Que alguien se lleve de aquí a esta bruja –gruñó Sam.

Tras soltarla de la picota, GGH se llevó a Luella a rastras por la puerta.

–Los manuscritos de mis libros –le explicó Nollie–. Pueden tener valor o no para otro, pero para mí sí lo tienen.

Sam abrió las tapas y, sí, la caja estaba a rebosar de páginas impresas atadas con gomitas.

–Por Dios... Para gustos los colores, ¿no?

Sam sujetaba ahora a Bing como un padre que se lleva al niño a hacer unos

recados; Jake parecía celoso. Cargada con el abrigo y la mochila de Bing, Avery no pensaba irse sin él. A Willing y Jayne ya les tocaba salir cuando Sam decidió registrar detenidamente a los rezagados.

–Eh, ¿dónde está ese viejo búho que amenazaba con montar una sentada?

En ese momento llamó la atención de Willing algo que se movía detrás de su secuestrador. Para disimular una mirada que podía delatarlo, dijo a toda prisa:

–Carter... Mi abuelo debe de estar en el baño.

La puerta estaba abierta y, surgiendo de la oscuridad en el escalón de la entrada, Carter levantó las dos manos a espaldas de Sam. Cuando la manta salió volando hacia atrás, clavó un objeto de unos treinta centímetros de largo en el hombro del intruso. Sam soltó un aullido. Jayne, aullando también, echó su manta encima de Tanya y Ellie. Los brazos de la vecina quedaron paralizados alrededor de la niña. Se oyó un disparo. Bing soltó un grito lastimero y prolongado.

Después de arrancarse el cuerpo extraño del hombro derecho, Sam se volvió para encañonar a su atacante. Tanya se echó al suelo y consiguió alejar a Jayne de una patada y liberarse de la manta. Después recogió a Ellie y se refugió detrás de su marido. Avery se lanzó sobre su hijo para examinarle el pie. La refriega duró apenas unos segundos.

–¿Qué diablos es esto? –dijo Sam, blandiendo el arma de Carter, de plata y acabada en dos puntas delicadas, ahora húmedas y manchadas. Era un utensilio elegante, pero él no parecía de humor para admirar su exquisito diseño.

–Pinzas para espárragos –declaró Carter, los ojos muy abiertos y negros, y señaló la pistola de Sam con la cabeza–. Anda, alégame el día.

–¡Cariño, esa expresión no significa suplicar que un desgraciado te *suicide!* –gritó Jayne, ya repuesta del susto–. Sólo tiene gracia si eres Harry el Sucio con una Magnum, ¿no un viejo con unas tenacillas para comer espárragos!

–Ahora largo, fuera todos –ordenó Sam, moviendo nervioso la pistola.

–Le ha atravesado a mi hijo la puntera del zapato –lo abroncó Avery–. Ahí fuera se le va a congelar el pie. Al menos déjeme bajar a buscar otro par de zapatos.

–Largo de aquí. Se acabó lo que se daba. –A Sam, que ya no quería hacer más favores, le sangraba el hombro y no parecía ser uno de esos tipos duros míticos a los que les importa un bledo el dolor.

Jayne, Avery, Bing y Willing salieron en fila india para sumarse a los demás en la acera, donde pudieron oír el clic de la cerradura de la puerta de su propia casa y el ruido de la cadena de seguridad. Los mismos sonidos no tardaron en llegar desde la entrada del sótano.

–Papá, sé que lo has hecho con la mejor intención –dijo Avery, rodeando con el brazo a Bing, que seguía lloriqueando y con la zapatilla izquierda agujereada–. Pero ese numerito heroico ha sido peligroso. Es un milagro que la bala no le haya dado a Bing en el pie. Me parece que tiene los dedos chamuscados.

–¿Pinzas para espárragos? –dijo Nollie–. Carter, ¿no se te ocurrió clavarle un puto cuchillo?

–Todos los cuchillos de la cubertería de plata están romos, y la mujer estaba en la cocina. –Carter recogió la manta del suelo y la sacudió con fuerza–. Como mínimo he intentado hacer algo.

Jayne le arregló las vestiduras de batalla alrededor del cuello. No habían conseguido nada con esa hazaña, pero de todos modos tal vez valió la pena correr el riesgo: los dos abuelos estaban muy orgullosos, erguidos, y a la luz de la farola parecían años más jóvenes. Por su parte, Esteban le decía entre dientes a la madre de Willing:

–Yo habría aplastado a ese *tonto* ♦ con una pala, pero me ordenaron que no hiciera nada.

–Bueno, pero si no podía ser un cuchillo, ¿por qué no un martillo? –siguió diciéndole Nollie a su hermano; lo suyo era dar la vara–. ¡En el sótano hay una caja de herramientas y nuestro amigo Sam te sirvió la idea en bandeja!

Era imposible imaginar que Carter Mandible le abriese el cráneo a Sam con un martillo. Lo gracioso era que a Willing no le costaba nada imaginar a Nollie en ese papel.

–Al menos esas pinzas de plata impresionan más y son más mortíferas que tu caja de asquerosos primeros borradores –respondió Carter.

–¿Cómo vamos a llevar eso, Nollie? –atacó Lowell–. Ese trasto no puede ser más pesado. No podrás cargar con esa maldita caja ni hasta el final de la calle.

–Miradme –dijo Nollie, con aire misterioso. No era prudente cuestionar las habilidades atléticas de Enola Mandible.

–Llevo toda la vida tolerando tu egomanía –dijo Carter a su hermana–. Pero esto es el límite. En este momento, rescatar los originales de tu *o-o-o-o-*

œuvre sería una imbecilidad aunque fueras Tolstói. Pero tú eres una escritora de pacotilla. Leí la reseña del *Times* sobre *El corresponsal...* «Una prosa milagrosamente pálida y recargada a la vez...»

–Al menos toda una *o-o-o-o-œuvre* –dijo Nollie– es mejor que un puñado de artículos sobre automóviles con puerta trasera y bloques de apartamentos...

–¡Chicos! –gritó GGH–. ¡Basta! Carter, tu hermana tuvo muchas críticas buenas, y nadie publica tantas novelas sin que le den un palo de vez en cuando. Enola, un artículo sobre bloques de apartamentos no tiene nada de despreciable siempre que esté escrito con estilo. Llevo toda la vida escuchando estas disputas y a mi edad no tendría que aguantar más peleas de niños a tortazos en el patio.

–Lo que pasa, Nollie, es que si vamos demasiado cargados –dijo la madre de Willing–, seremos un blanco fácil. A esta hora de la noche hay pandillas sueltas por todo el barrio.

–Supongo que si alguien se mete con nosotros –dijo Avery–, siempre podemos amenazarlo con *material en sucio*.

No era justo. La estaban tomando con Nollie porque no habían podido desahogar su frustración con Sam y Tanya. Y tampoco con la Reserva Federal, ni con el presidente.

–De momento la llevaré yo –dijo Esteban, sin mucho entusiasmo; ya cargaba con la mochila más grande–. Pero estad al loro por si aparece un contenedor.

–No –dijo Willing, y cogió la caja de Nollie. Era tan pesada que se quedó pasmado; quizá su tía abuela estaba realmente en forma. Sacó una sábana de plástico de su mochila y la envolvió para protegerla de la humedad; después puso la caja en la parte de atrás de la bicicleta y la ató al portaequipajes con un par de pulpos.

–Willing –dijo Carter, trayendo la caja que había dejado en el hueco de la escalera del sótano–. ¿Crees que podrás llevar ésta también?

Atada con otro pulpo, la caja de la cubertería entró perfectamente en una cesta. Aunque el metal precioso tendría valor como objeto de trueque, Willing, que ya había atribuido un valor sentimental a la moneda funcional, juró no cambiar esos cubiertos grabados por la satisfacción fugaz de una comida y un techo a menos que les fuera la vida en ello. La cubertería de plata era *la* herencia. La mansión de los Mandible, los legendarios objetos de Bountiful House, habían quedado reducidos a esa única caja.

Sólo estaban a unos cinco kilómetros de Prospect Park, pero el viaje duró horas. Al principio, Kurt se ocupó de Luella, pero Florence tuvo que reconocer que era demasiado amable. Cuando su abuelastra enfiló en la dirección equivocada, Kurt no tiró de la correa con la brutalidad suficiente para que los siguiera. Cuando Luella se sentó en la acera y se negó a levantarse, Kurt se sentó a su lado, a razonar y ofrecerle incentivos, un recurso racional que tampoco funcionaba con los niños pequeños. Esteban lo relevó y se la echó al hombro, pero Luella, lejos de quedarse quieta, le dio patadas y lo mordió hasta que él, harto ya, la dejó en el suelo. La madre de Florence manejaba a Luella mejor que los hombres, y echó mano de esa determinación imperturbable e inquebrantable con que las mujeres habían luchado por sus objetivos durante siglos. En cuanto al padre de Florence, de momento no manifestaba su pesar por haber perdido la casa, y tampoco por haber perdido la casa de su hija. Lo único que declaró, más de una vez y con vehemencia, fue que él «no pensaba ocuparse de Luella ni un minuto más».

Del Gran Hombre podía decirse que estaba bastante bien para ser casi centenario, pero después del incendio y esa angustiada segunda expulsión de su único puerto seguro, se había quedado sin fuerzas. Tenía que descansar con frecuencia, apoyarse en un parquímetro o en el borde de un contenedor público a rebosar de basura (la recogida de los residuos urbanos se había vuelto, por decir algo, intermitente). El bastón lo ayudaba, pero al patriarca se lo veía tan disminuido por el desconcierto como por la senilidad. Debió de ser doloroso dejar atrás el personaje elegante y desenvuelto, un pope del mundillo editorial de Manhattan, para acabar siendo una eminencia gris e inversor intradía en la residencia asistida más lujosa del país y, luego, un hombre insignificante, un exiliado que arrastraba los pies por las calles oscuras y plagadas de basura de East Flatbush. No obstante, por mucha comprensión que tuviese Florence, andar tan despacio era exasperante.

Goog no paraba de quejarse de que su mochila pesaba demasiado. Bing no paraba de llorar. El golpeteo de la suela izquierda en el cemento debía de estar acabando con los nervios de todos. Avery se detenía una y otra vez para usar el único fleX con contrato e intentar contactar con Savannah, la única que había mantenido al día las cuotas del suyo; pero cada vez que llamaba, saltaba el buzón de voz. Por insistencia de Lowell, marcó el 911 para

comunicar que los habían echado de su casa por la fuerza, pero una grabación que advertía que el servicio estaba recibiendo un gran número de llamadas, sugería que volvieran a intentarlo más tarde. Lowell rezumaba la indignación del que había pertenecido al *establishment*; Kurt, en cambio, probablemente se consideraba afortunado por haber aplazado hasta ese día su mudanza en solitario a los campamentos de Prospect Park. La bruma se tornó en llovizna, y el frío húmedo hacía mella en los ánimos.

A la cola y pedaleando, Willing miraba a menudo por encima del hombro. No eran horas para que la gente sensata saliera a dar un paseo. Por Linden Boulevard de vez en cuando pasaban silbando algunos coches que atravesaban la zona a la mayor velocidad posible, y la única compañía del grupo eran las tristes comparsas de indigentes solitarios –gente sin techo, *como ellos*– que los miraban con cara de pocos amigos; era una manera de protegerse, pues ahora los carritos de los supermercados eran más tentadores que una cartera llena de billetes. Florence rehuía la cercanía de los vagabundos harapientos y malintencionados. Era irritante tener que reconocerle a su hijo que había tenido razón, que había sabido anticipar lo que vendría, cuando ella había pensado que regalar a Milo a la familia de Brendan era un disparate, pero no cabía duda de que eran pocos los que podían permitirse comprar comida para mascotas. Había gatos y perros sueltos a miles, dejados a su suerte por sus amos.

Florence debería estar furiosa, pero no se lo podía permitir, y se concentró en acompañar a los suyos durante la noche que los esperaba. Willing tenía una lona; ella había encontrado otra, un sobrante de ese material inútil con que habían impermeabilizado el sótano. Tenían algunas mantas. Si todos podían dormir como sardinas en lata encima de una lona y usar la otra para hacer un sándwich, se mantendrían secos; el calor corporal debía evitar que pasaran frío. Florence había rescatado de la despensa unas bolsas de cacahuetes y uvas pasas, y esperaba que el ayuntamiento tuviera la decencia de repartir agua en el parque. Así pensaban los pobres. Pensar a largo plazo era un rasgo característico de la prosperidad. Los que no tenían nada iban paso a paso.

Después de subir la larga colina de East Drive, dentro del parque, llegaron por fin a una de las entradas. Debajo, iluminada por el menos que tenue resplandor de la ciudad, la vasta extensión de Long Meadow como una versión penosa de la tierra prometida: rozándose en ese prado que una vez

había sido un lugar para pícnicos y para jugar al Ultimate Frisbee, un centón de lonas, de plásticos, de tablas, de cartón prensado, pladur y chapas de zinc... Materiales de esas viviendas improvisadas rescatados de las tantas obras abandonadas que podían encontrarse en los cinco barrios. El tamborileo de la lluvia en los paneles de metal era casi placentero.

Era de suponer que, para *despertarse* de mal humor, Lowell antes habría tenido que dormir. Se había tumbado en el improvisado camastro-para-trece, al lado de Avery, pero su mujer tenía a Goog y a Bing al otro lado. En consecuencia, se quedó prácticamente pegado a Nollie. Esa proximidad, ese roce tan íntimo..., y con una mujer mayor, que, claro, como los demás, llevaba días sin bañarse, para Lowell era literalmente tóxico. Para colmo de males, la vieja roncaba. A la luz del día también pudo verse mejor por qué estaba disponible el borde del campamento. Estaban debajo de un árbol; al menos el tronco servía, por suerte, para atar a Luella. Pero las ramas le siguieron cayendo encima incluso después de que dejara de llover. Habían colocado el saco de dormir común en una concavidad árida y yerma, sin una hoja de hierba que les hiciera las veces de cojín. En esa hondonada se juntaba agua y las lonas amanecieron completamente enfangadas; el lodo le había calado las perneras de su único par de pantalones. Lowell nunca se había levantado a las tres de la mañana para cepillarse y enjuagarse los dientes con agua embotellada en nada que se pareciera a una ciudad de chabolas; los dientes pegajosos apestaban.

Mientras se esforzaba para incorporarse, Lowell se asustó de verdad cuando, de entrada, no pudo encontrar los zapatos. ¡Dios! En ese basural sembrado de trozos de vidrio bastaba con que a uno le robaran los zapatos para darse por perdido. Dormir con los zapatos puestos no era exactamente una mala idea, pero él temía que le infectase la suciedad que se le había acumulado entre los dedos. La ropa empapada desprendía un olor fétido; el mentón sin afeitar le picaba; tenía el pelo largo e hirsuto... La línea que separaba a los propietarios de las casas de relumbrón de Washington de los habitantes del albergue de Fort Greene en que trabajaba su cuñada era, tal vez, más delgada de lo que Lowell había pensado hasta entonces.

Por si le faltaran motivos para estar que trinaba, el listillo de su sobrino ya había desaparecido, y llevándose el único fleX del grupo con las cuotas al

día. Lowell estaba firmemente decidido a exigir la devolución de la casa de Florence por los canales correspondientes, y tener acceso a internet era lo primero. La propiedad estaba registrada públicamente, y a él lo indignaba lo pronto que el resto de la familia tiraba la toalla antes incluso de iniciar el procedimiento. Bastaba con no creer en los sistemas y despreciar las herramientas que esos sistemas ofrecían para que dejaran de funcionar para siempre. Por ejemplo, ¿qué había disparado la inflación más que la política monetaria? Pues la suposición social –de esa clase que acarrea su propio cumplimiento– de que el dólar no valía nada y de que al día siguiente valdría aún menos. El mundo tiene una manera desconcertante de modelarse a sí mismo según lo que uno imagine. Si uno actúa como si viviera en una ciudad sin ley, en eso y no en otra cosa se convierte la ciudad.

Vaya, esa genialidad tendría que apuntarla.

Al menos el chico no debía de andar muy lejos, pues había dejado la bicicleta atada con candado. Ahí seguían también la absurda caja con los manuscritos de Nollie y la cubertería de plata, más absurda aún si cabe, escondida en una alforja. ¿A que Nollie defendería en primer lugar su material en sucio y la cubertería sólo si no quedaba más remedio?

Para asombro de Lowell, Florence, antes de *ir a trabajar*, repartió un mísero puñado de cacahuets por cabeza; era el «desayuno», y se disculpó por no tener más uvas pasas porque se había encontrado a Bing zampándose la bolsa. No era culpa de Lowell que su hijo fuera pequeño, que estuviera creciendo y tuviera hambre. Kurt dijo que un autodenominado gorila ya los había amenazado con expulsarlos... –¡expulsarlos de un hoyo repleto de barro!– porque los «terrores nocturnos» de Luella no dejaban dormir a los «colonos» que acampaban cerca de ellos. Con permiso de Douglas, Kurt ofreció voluntariamente el único par sobrante de calcetines para usarlos de mordaza. Muy generoso, sí. No obstante, Lowell no conseguía explicarse por qué el inquilino, que llevaba dos años sin pagar el alquiler, continuaba siendo un problema de su familia. Por lo visto, hay que seguir cuidando de la gente únicamente porque se la ha cuidado durante un tiempo... De lo que se deduce que no hay que cuidar de nadie, porque, de hacerlo, nunca nos lo quitaremos de encima.

Tras pillar unas servilletas para el culo, Lowell decidió buscar información sobre el terreno.

–¿Usted cómo lo hace? –preguntó, presentándose formalmente a la vecina

que tenía más cerca, una vieja mugrienta y con el pelo entrecano; sin embargo, los cacharros que colgaban de ganchos clavados en una basta pero sólida estructura de madera sugerían que ésa era su residencia permanente. Asqueado por la mera idea de tener que darle la mano, prefirió saludarla con la cabeza—. Lowell Stackhouse, profesor de Economía, Universidad de Georgetown.

—¿Profesor *emérito*, tal vez? —dijo la mujer, con una sonrisa irónica—. Deirdre Hesham, controladora aérea. Me acogí a la *jubilación anticipada*.

Al ver que conocía la palabra *emérito*, Lowell la observó más de cerca. La «vieja» no podía tener ni cincuenta años.

—Sospecho que el tráfico aéreo se ha reducido a la mitad —se compadeció Lowell.

—¿La mitad? Peor que eso. Pero ahora que han decidido que las personas como yo, los controladores, somos prescindibles, yo que usted no me atrevería ni a volar hasta Hartford.

Lowell, tras decirle que acababa de llegar al parque, intentó describirle discretamente su cometido.

—No se acerque a los portabacinillas —le advirtió Deirdre—. Llevan ofreciendo las mismas desde hace un año. Vaya por ahí, pruebe en el bosque, pero fíjese dónde pisa. No será el primero que... Bueno, ya me entiende.

Cuando Lowell, a punto de vomitar, regresó de un mar formado por la única cosa que hay en el mundo peor que el barro, lamentó profundamente haberse quedado sin su fleX. No tenía nada para leer, y tampoco podía enfrascarse en su tratado (*tendría que haber hecho copias de seguridad en varios servidores, pero él ya había analizado la crucial distinción de su época entre el tener que y el querer: sólo estaría tranquilo cuando pudiera volver a leer su texto*). Por la tarde, Florence volvió de Adelphi demasiado pronto. El entusiasmo general fue grato.

—¿Qué ha pasado? —Esteban estiró la mano, pero no quiso tocar una marca larga y delgada que Florence tenía en la mandíbula y en cuyo centro ya se había formado una ampolla.

—Por suerte llevaba el pañuelo —dijo Florence, con voz temblorosa y tocándose la quemadura marrón alrededor de la oreja izquierda—; de lo contrario me habría prendido fuego al pelo. Sólo se me han quemado unos cabellos sueltos, pero ¡qué mal huele!

Seguidamente empezó por el principio: sin dejarse intimidar por el típico

cartel de «completo» que colgaban en Adelphi, un tipo blanco había entrado en el albergue armando mucho alboroto y, para que lo admitieran, había tomado a Florence de rehén con un soplete –uno de esos flambeadores «de acero inoxidable e insustituible para caramelizar la *crème brûlée*»–. Decidido a demostrar que tenía butano de sobra para representar un peligro, lo encendió.

–Tú al albergue *no* vuelves –dijo Esteban.

–No olvides que soy la única aquí que cobra un sueldo... Y es para todos –dijo Florence, con voz débil.

–Da igual.

–Tiene razón, mamá –dijo Willing, que había reaparecido. Dirigiéndole una mirada misteriosa a Nollie, anunció–: Hemos llegado al último capítulo.

Menudo idiota, y cada día más insoportable. Rodeando a sus primos y a sus mayores, convocó una reunión alrededor del árbol. Por motivos que a su tío se le escapaban, ese gamberro de dieciséis años había llegado a ser el Querido Líder. Cualquier día de éstos el chico empezaría a cortarse el pelo a la coreana, por encima de las orejas, a beberse botellas enteras de coñac y a ejecutar a sus parientes.

–He conseguido protección –dijo Willing, sin levantar la voz. Guarecido por sus apóstoles, sacó de la chaqueta un... objeto. Mejor dicho, medio objeto. El metal reflejó la luz del sol. *Ay, Dios.*

–¿Cómo has conseguido eso? –preguntó Florence, aterrada. Un día antes no habría preguntado *cómo*, sino *por qué*–. ¿Lo has robado? ¿Igual que todo lo demás?

Una vibración densa entre madre e hijo..., y a Lowell le picó la curiosidad.

–Este tío es tan... natural –dijo Goog a su hermano, con una especie de gruñido.

–La he comprado –dijo Willing.

–Pero con lo mal que andamos de dinero... –empezó a decir Florence.

–La he conseguido a cambio de algo de valor –dijo Willing–. O sea, no con dólares, ¿está claro?

–Las copas –murmuró Florence, significara eso lo que significara.

–Nos queda una –dijo Willing–. Pero en este lugar ni se te ocurra mencionar la palabra que empieza con *O*. Ni siquiera en voz baja.

Dado que Lowell no conseguía imaginar cuál podía ser esa palabra –por un lado, «copas» empezaba con *C*; por el otro, ¿por qué era peligroso decir

«copas» en un parque público?—, sólo pudo pensar que Willing estaba refiriéndose a alguna clase de arma que empezara con *O*... ¿Un obús? Sólo así esa llamada a la discreción tendría cierto sentido, pues todo el mundo sabía que en los campamentos como ése la gente iba armada hasta los dientes.

—¿Y sabes cómo funciona eso? —preguntó el tío Lowell, lanzado.

—Bueno, algo he leído —dijo Willing, en tono vacilón—. No es complicado. Por eso tantos estúpidos llevan siglos haciendo lo que quieren con estas cosas.

—No querría menoscabar tus investigaciones —dijo Esteban—, pero si alguno de nosotros tiene que desenfundar, y sin ánimo de ofender, debería ser un hombre adulto.

—Sin *Willing* no hay *killing*. —El chico tenía madera para soltar frases jocosas sin siquiera el asomo de una sonrisa.

—Podrías ser un peligro para ti mismo —dijo Carter.

—Esto es sólo para una maniobra de diversión —lo interrumpió bruscamente Willing—. Historias como las nuestras, y peores, puedes encontrarlas por toda la red. Creo que no hemos salido tan mal parados. Esa expresión que usan los del gobierno..., malestar social, es tramposa y se queda muy corta. No estamos hablando de insomnio generalizado de la población. Y el «malestar» se detecta principalmente en las grandes ciudades, como en Nueva York. Tenemos que irnos.

—¿Y dónde se está mejor, en opinión del experto? —dijo Lowell, con sorna.

—En Gloversville, obvio.

—¡Oh!, ¿en serio? —dijo Goog—. ¿Quién ha muerto para que tú seas ahora el presidente del planeta?

Como de costumbre, Willing hizo caso omiso de su primo.

—En Gloversville hay comida. Y también tenemos un techo. He hablado con Jarred. Le faltan trabajadores de confianza. Es fácil encontrar gente desesperada por un trabajo, pero la comida escasea y los empleados, claro... ¿Cómo no sentirse tentado a robar? El crimen organizado está bien arraigado en el mercado negro de productos del campo. El tío Jarred nos acogería a todos si estamos dispuestos a trabajar. Pondría guardias armados en los campos por la noche. Los ladrones están llevándose cosechas enteras mientras los granjeros duermen. Él tiene lugar para nosotros. Los peones

emigrantes mexicanos que le okuparon la granja los últimos dos inviernos se han ido.

—¿Y por qué se fueron si Gloversville es semejante oasis? —dijo Esteban.

—Para volver a México, por supuesto —dijo Willing—. México ha fichado por el báncor y ahora se ha hecho con gran parte del comercio que aquí hemos perdido. Económicamente no puede estar mejor.

—Tiene razón —dijo Carter—. Aunque últimamente no es fácil distinguir la realidad de la ficción...

—¡Papá, basta! ¡Pareces un disco rayado! —exclamaron Avery y Florence al unísono.

—¡Sólo estaba diciendo! —les espetó Carter—. Las noticias de la tele, los webzines..., por una vez coinciden, y eso es muy raro. La inmigración al revés. México ha establecido una presencia militar enorme en la frontera. Dejan volver a los nativos, pero a los norteamericanos les niegan el visado. Ni siquiera les dan visados temporales de turista. Han empezado a deportar en manada a inmigrantes ilegales de El Norte.

—¡Caramba! —dijo Nollie—. Los hispanos son *indocumentados* y los blancos son *ilegales*.

—Hipócritas —masculló Avery.

—Yo no llamo a eso hipocresía. Yo lo llamo venganza —dijo Esteban.

—Con la salvedad de que la policía de fronteras mexicana también se lo está poniendo difícil a los latinos de tercera generación, incluso a los de segunda —advirtió Carter.

—¿Tú tienes pasaporte mexicano? —preguntó Willing.

—¿Por qué debería tenerlo? —dijo Esteban—. ¿Acaso lo tienes tú?

—Muy mal —dijo Willing—. Ahora sería mucho más valioso que uno del Departamento de Estado.

—¡Le han dado la vuelta a la tortilla! Perfecto, brindo por eso —dijo Esteban—. Ya es hora de que vosotros, pringaos, sepáis qué se siente cuando alguien que nació en tal o cual lugar *por casualidad*, y que se cree ungido, te refriega el pasaporte por la cara. Ahora me partiría de risa en la frontera.

—Por favor, ¿podemos volver al tema que nos ocupaba? ¿Qué vamos a hacer? —imploró Jayne.

Willing le señaló el campamento.

—Tenemos más suerte que la mayoría de esa gente. Tenemos un lugar adonde ir. Sólo tenemos un problema. Cómo llegar hasta allí.

–Deberíamos volver a hurtadillas a East Flatbush y mangar el Jaunt –dijo Avery–. Sólo se quedaron con mis llaves.

–No –se vio obligado a confesar Lowell, con aire taciturno–. Fueron más rápidos que tú. También me pidieron las mías. Y las de repuesto.

–He hecho las cuentas –dijo Willing–. No tenemos dinero para los billetes de ida hasta el norte de Nueva York, ni en autobús ni en tren, y aunque lo tuviéramos, InnerTube dice que el Puerto, Grand Central y Penn Station están colapsados. No somos los únicos que han comprendido que es hora de irse.

–Entonces, ¿qué propones? –dijo Lowell–. ¿Que nos montemos todos en tu bici, como hacían en la década de 1950, cuando ciento y la madre se metían en una cabina de teléfono?

La pulla cayó en saco roto, pues Willing no podía saber qué era una *cabina de teléfono*.

–Tendremos que ir andando –dijo Willing.

–¿Hasta el *norte del estado de Nueva York*? –gritó Lowell.

–En coche son poco más de trescientos kilómetros. Algo más largo es el trayecto por las carreteras interiores. Esteban se ganaba la vida como guía de excursiones por las Palisades. Puede enseñarnos el camino.

–Vaya..., no puedo creer que Nuestro Rey y Señor ceda su cetro... –dijo Lowell, y Avery le dio una patada.

–La primera parte es sencilla –dijo Willing–. Bajamos por Flatbush hasta el Puente de Brooklyn, después subimos por el carril bici de Westside hasta el George Washington. En todas esas vías de salida ya están formándose atascos. Puede que sea mejor ir andando que en coche... Pero tampoco tiene que ser como en las películas de catástrofes, no hay zombis sueltos en las calles ni lagartos gigantes en la Quinta Avenida. El Empire State sigue en pie y el centro de la ciudad no está en llamas.

–Hijo –dijo Douglas, hundido en las mochilas apiladas encima de las lonas–. Anoche tardamos cuatro horas para hacer cinco kilómetros. A mi edad es casi lo máximo que puedo aguantar en un día. A ojo de buen cubero calculo que, para llegar a Gloversville, necesitaremos más de dos meses. Y comiendo lo que tengan a bien darnos los desconocidos que vayamos encontrando por el camino. Vosotros, los más jóvenes, tal vez lo consigáis, pero nunca llegaréis a la granja de Jarred con Luella y conmigo a la zaga. Deberíais dejarnos aquí, ¿me oís? Nosotros ya hemos vivido lo que teníamos

que vivir. Y no estuvo nada mal. Viendo el lugar en que estoy sentado ahora, diría que probablemente hemos vivido mejor de como vais a vivir vosotros.

–No os vamos a abandonar –dijo Willing, con firmeza–. ¿Dos meses? Pues bien, ¿qué más da?

–Pero ¿y las provisiones? –preguntó Jayne–. Apenas tenemos comida para hoy. Y si el dinero no nos alcanza ni para un billete de autobús...

–En los campamentos no circula dinero –dijo Willing–. Todo es a base de trueque. Y un poco de crédito, pero las deudas también se pagan con bienes tangibles. No podemos cargar con provisiones suficientes para todo el viaje, pero podemos ponernos en camino. ¿Tía Avery...? Aquí la gente anda desesperada por poner a buen resguardo lo poco que le queda, ¿no? Necesitan algo para hacer persianas. –Willing sacó de la mochila un puñado de bolsitas de plástico con etiquetas del Home Depot–. ¿Adivina qué no abunda por aquí?

Avery sonrió.

–*Bisagras*.

Era un plan demencial. Sin embargo, Lowell agradeció tener una excusa para salir de ese pozo ciego y acompañó a Avery y los niños hasta el supermercado más cercano, en la Tercera Avenida, donde dedicaron una parte del dinero a comprar alimentos no perecederos con una alta relación calorías-peso: dulce de azúcar, salami, jalvá –todo en las antípodas de las tablas de verduras micro y el carpaccio de atún que habían servido en Georgetown–. Cuando volvieron, Willing ya había cambiado bisagras por cecina de mapache, una exquisitez local.

Entretanto, Florence le echó una mano a Lowell para que convenciera a Avery de que se olvidara ya de dejarle mensajes a Savannah. No debían gastar el saldo que les quedaba en el fleX. De los tres hijos de los Stackhouse, había sido la mayor la que había demostrado ser la más apta para vivir valiéndose de su ingenio. La chica tenía amigos en Manhattan y estaba en esa edad en la que no soportaba la compañía de sus padres. Debían tener fe, y esperar lo mejor. Avery le dejó en el buzón de voz la dirección de Jarred, y también le dijo en qué parte de Prospect Park habían acampado: dos lugares perfectos para que Savannah no volviera a reunirse con la familia en un futuro próximo.

Como no podía ser de otra manera, por la tarde Savannah les fleXteó: «no pnsó ir a vvr a nguna pta granja.»

Si ese variopinto Pueblo Elegido iba a emprender su éxodo particular el día siguiente, tal como había ordenado su Moisés menor de edad, en privado Lowell pensaba que cargar al grupo con Douglas y Luella era autodestructivo. Ese carcamal atildado y la loca de su consorte nunca aguantarían una caminata de trescientos veinte kilómetros –durmiendo mal, esperando que el maná cayera del cielo y probablemente arrastrando la osamenta durante gran parte del viaje con el estómago vacío—. Sí, está bien, eran los abuelos de su mujer, pero condenar la expedición a un fracaso seguro sólo por lealtad a unos ancianos que ya tenían un pie en la tumba olía a sentimentalismo. Más les convenía dejarlos en el campamento; la caridad era más frecuente entre los que no tenían un centavo que entre los prósperos. No obstante, no tuvo que pasar mucho tiempo para que Lowell se sintiera aliviado por haberse guardado esa opinión para sí mismo.

Como Willing contó más tarde, en los buenos tiempos de Oyster Bay el patriarca de los Mandible se había codeado con la alta sociedad cuando salía de cacería o a practicar el tiro al plato, y las armas de fuego no le eran ajenas. Al parpadeo de las llamas de la hoguera, esa noche Douglas pidió ver «la protección» que Willing había conseguido por la mañana, y quiso asegurarse de que su bisnieto entendiera cómo funcionaba el seguro y aprendiera a cargar el arma. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos: Douglas mató a Luella de un disparo en el pecho y después se pegó un tiro en la cabeza. Al oír los disparos, hasta Deirdre Hesham decidió ponerse a cubierto y tomó la sencilla medida de reforzar las persianas con tablas.

2047

1. HACIENDO LO QUE HAY QUE HACER

Regresar a East Flatbush, el punto de partida, debería haber sido gratificante. Willing había crecido ahí. Su madre se había deslomado para comprar esa casa. Con el no poco dinero conseguido cultivando alimentos durante ese periodo de mediados de los años treinta que los políticos seguían negándose a llamar *hambruna*, Florence había conseguido pagar la hipoteca. Los propietarios legales de Nueva York en el exilio estaban obligados a reclamar sus derechos antes de una fecha determinada; de lo contrario, debían ceder la escritura al estado. El estado..., un ciclón que a su paso se tragaba casas, caravanas, animales de compañía y niños. Era mejor pensar que se trataba de un fenómeno climático, así seguiría sintiéndose más sereno.

Volver a instalarse en la casa de su infancia fue más complicado de lo que se esperaba. Años antes, Willing se había cambiado el apellido –Darkly, el de soltera de su abuela Jayne– y ahora se llamaba Willing Mandible. Ese nuevo bautismo fue un tributo al Gran Gran Hombre –demasiado tardío, como tantos otros tributos, para que el homenajeado recibiera el cumplido en persona–, que se había sacrificado para que el éxodo de su familia, condenada a vivir en un desaguadero urbano cada vez más profundo, llegase a buen puerto. No obstante, oficialmente sólo Willing Darkly podía heredar la propiedad de su madre, y en su documento de identidad, extendido por el estado de Nueva York, el nombre figuraba mal. Así pues, hizo falta paciencia para acabar con ese quebradero de cabeza. Pero Willing tenía paciencia.

Reivindicar su derecho a vivir en el 335 de la calle Cincuenta y cinco Este también implicaba echar a los que en ese momento ocupaban la casa. Ahora más que bien remunerados en *dólares nuevos*♦ vinculados al poderoso báncor, los agentes del Departamento de Policía de Nueva York se encargaban de esa tarea con una actitud que combinaba severidad y placer. Ser el instigador de esa violenta expulsión le provocó no poca angustia y desazón. Su madre nunca había echado a su inquilino, aunque no le pagara el alquiler; antes al contrario, lo había acogido en la familia. Oh, sí, hacía tiempo ya que otros usurpadores habían ocupado el lugar de Sam, Tanya, Ellie y Jake, y a juzgar por el estado de la casa los últimos residentes habían

sido menos refinados (y Willing debía agradecerse: los okupas habían destrozado tanto la casa que ahora la tasación no superaba el mínimo imponible fijado con retroactividad para los impuestos de sucesión). Es posible que la bondad de llevar a Nollie con él a Brooklyn compensara el nada caritativo desalojo. Cuando volvieron a la ciudad, su tía abuela tenía ochenta y cuatro, y ahora noventa, pero a Nollie le daban terror las residencias para ancianos. Además, Willing no era Florence. Él era un ladrón. Había atracado a un niño en la calle. En 2032 había arrasado jardines, había robado huertos y hurtado en supermercados para dar de comer a sus compañeros de viaje, sucios, empapados y hambrientos, durante la larga caminata hacia el norte. No había sido un buen chico. Y probablemente tampoco era un buen hombre.

Había lamentado tener que irse de Gloversville, pero no tanto hacia el final. Trabajar en el campo, en la Ciudadela, nunca volvió a ser lo mismo después de que el gobierno federal nacionalizara las explotaciones agrícolas. Los Mandible quedaron degradados a simples aparceros. Les permitieron conservar una pequeña parte de la producción para consumo privado. El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos se ocupaba de confiscar el resto de la carne, de los productos lácteos y los cultivos. Se instauraron incluso normas sobre las partes de los cerdos con que podían quedarse: los cuartos traseros, las paletillas, las carrilladas. A los granjeros se los tenía por especuladores, y muchos lo habían sido. Así pues, cuando se introdujo, la medida fue enormemente popular y contribuyó a la victoria aplastante de los demócratas en 2036. Menos popular fue entre los agricultores. Muchos quemaron sus campos y masacraron a sus animales; cualquier cosa antes que entregar el fruto de su trabajo a un gobierno que lo primero que hizo fue ensañarse con la economía. No obstante, el enconamiento con el campo no sirvió para nada a los habitantes de la ciudad que pasaban hambre y habían esperado que las nacionalizaciones fueran el inicio de un Valhalla con supermercados bien surtidos y precios razonables. En cambio, lo que ocurrió fue que la mayor parte de la producción agrícola federal se destinó a la exportación. Washington tenía que mejorar el déficit de su cuenta corriente; China necesitaba carne de cerdo.

La razonada intercesión de Willing logró al menos desanimar a su imprevisible tío, que al final no prendió fuego a sus tierras. Aun así, aguantar la furia de Jarred todos los días había sido un verdadero agobio. Con el pelo

negro carbón, ojeroso y brutal, fue Jarred quien movió a Willing a reflexionar sobre la validez geométrica de las designaciones políticas a *derecha* y a *izquierda*. Es decir, que si uno gira a la izquierda, y después a la izquierda, y luego otra vez a la izquierda, acaba en la derecha. Jarred había empezado siendo un ambientalista radical, una posición situada a apenas noventa grados del survivalista. Con un pequeño ajuste de última hora en la misma dirección, se convirtió en un libertario muy interesado en las armas. A Willing esas categorías no le decían mucho, pero parecían significar algo para otros. A él le preocupaba comprobar que la ira de su tío era energía malgastada. En cada metamorfosis política, Jarred necesitaba, o creía necesitar, un enemigo. Los enfrentamientos lo dejaban sin fuerzas. Entretanto, el enemigo, si había alguno, ni se inmutaba. El enemigo no sabía que Jarred existía.

Willing estaba agradecido a su tío. Jarred les había salvado la vida, a él y a toda la familia. Era una lástima que el dueño de la Ciudadela, que había pasado a ser un siervo de la nación, se hubiese vuelto tan miserable y opresivo, amargándoles, de paso, la vida a los demás. Como Avery cuando algo en su interior se calmó, Willing era capaz de olvidarse de sí mismo cuando trabajaba duro: labrando la tierra, sembrando y cortando kale. Nunca había querido «ser» nada ni «hacer algo consigo mismo». ¿Para qué pensar en un futuro fantástico que era inalcanzable? Puede que no fuese ambicioso por naturaleza, y con eso podía vivir. Como viviría cualquiera que no tuviese ambiciones.

Había comprendido que el suyo era un país en el que se creía que los individuos tenían que decidir su futuro. Sin embargo, toda su generación estaba marcada por la impotencia y el pesimismo –pesimismo especialmente en lo que atañe a ese punto en concreto, sobre si había algo que valiera la pena «ser», si había algo a lo que valiera la pena aspirar y un lugar adonde ir–. Con excepción de Goog, un chico que actuaba movido por la malicia –ahora iba loco por los bonos del Tesoro–, sus primos parecían agotados antes de tiempo, casi mayores en su fatiga. También Fifa, la novia de Willing, era así: lánguida, arrastraba las palabras cuando hablaba, era lenta. Y eso era lo que a Willing le gustaba de ella. Si en su manera de echarse en los tristes restos del sofá color clarete del Gran Gran Hombre podía detectarse cierto componente de pereza, bajo la forma en que almacenaba la energía se ocultaba algo totalmente distinto: beligerancia. En el trabajo decía que había perfeccionado eso que los sindicatos de antes llamaban *huelga de celo*. Había

calculado el ritmo exacto en que nadie podría reprenderla. Trabajaba, sí. Lo justo. Fífa se cerraba en banda, una actitud cada vez más generalizada. Si los incontables caciques que pasaban por la vida de alguien se llevaban tanto, había que quedarse con algo; de lo contrario, uno ni siquiera se tendría a sí mismo. Fífa sí. Si Willing se lo preguntaba a sí mismo con insistencia, le gustaba creer que él también se tenía a sí mismo. Sin embargo, no estaba completamente seguro. Era posible que no estuviera ahí. Que alguien lo hubiera robado.

Y ése fue el motivo por el que volver a vivir en casa de su difunta madre no acabó siendo tan gratificante.

Para volver a la ciudad también era necesario tener un puesto de trabajo. En 2041, cuando hizo las maletas para dejar la Ciudadela, ya sospechaba que trabajo era sinónimo de chip. Nada del otro mundo, decía la gente. Como solicitar un número de la Seguridad Social. Un asunto burocrático, un protocolo relativamente indoloro y proforma de esos tiempos. O sea, que Willing no había tenido en cuenta con suficiente seriedad que el procedimiento era inevitable. Se había dormido, confiando demasiado en lo que era admisible y habitual, no en lo inesperado. No cabe duda de que cada edad tiene sus particularidades, sus hábitos, cosas que en ese momento nadie piensa dos veces. Sus sanguijuelas y sus derramamientos de sangre, sus «curas» de la homosexualidad, sus asilos para niños pobres y cárceles para los presos por deudas. Cuando uno se zambulle en la realidad de un presente ampliamente aceptado, debe de ser difícil distinguir entre tradiciones como la política del avestruz y cenar a las ocho de la noche y otras convenciones igual de irresistibles y normativas que más tarde pasan a la posteridad como crímenes contra la humanidad. Es posible que Willing estuviera evitando cumplir con una obligación. Al fin y al cabo, había tenido sus recelos. Sin embargo, siempre es un desafío elegir algo distinto cuando a uno le comunican, en términos que no pueden calificarse de ambiguos, que no hay opción.

Cuando era pequeño, el revuelo en torno a la pedofilia y los abusos sexuales de la clase que fueren había sido grande. Una vez, cuando Willing tenía cuatro o cinco años, su madre lo había llevado a un lado con una solemnidad nada típica de ella. Florence se había puesto de rodillas con una actitud tan sensiblera que a Willing le puso la carne de gallina. Ella bajó la voz hasta alcanzar un timbre severo y exageradamente tierno a la vez. Que

nunca debía permitir que un adulto le tocara las «partes privadas». Esa expresión tampoco era propia de Florence. Su madre no se iba por las ramas. Si quería referirse a la *polla* o al *culo* de su único hijo, llamaba a las dos cosas por su nombre, y por eso Willing se dio cuenta de que un virus transmisible le había contaminado la mente. La clase sobre las «partes privadas» fue repugnante. Lo hizo sentirse sucio. Lo hizo querer alejarse de su madre con una aversión repentina y absolutamente extraña.

En aquellos días, jugar fuera de casa estaba prohibido. A los empleados de los centros de día les pedían antecedentes penales. Todos los monitores de los *scouts* eran sospechosos. A nadie parecía importarle que tal o cual fuese un asesino. A los asesinos los ponían en libertad y volvían a mezclarse rápidamente con sus vecinos. Podían vivir donde quisieran. Pero los delincuentes sexuales estaban marcados de por vida, de alojarse en un hostel anónimo pasaban a dormir debajo de un puente y tenían la obligación de informar sobre su paradero, información que luego se colgaba en la red —una medida ideal para que los padres de su localidad lanzaran campañas para expulsar al degenerado de turno—. El radio afectado por las órdenes de alejamiento de las escuelas y los juegos se ensanchaba año tras año. Era peor ser violador que homicida, de lo que se concluía también que antes muerto que violado.

Willing no quería volver a preocuparse por las «partes privadas». No le importaba que el sexo se hubiese convertido en algo secundario. Fifa y él disfrutaban, pero él seguía sin entender por qué alguna vez se había hecho tanto aspaviento, y la mayor parte de los días estaban demasiado cansados. Prescindir del sexo en privado daba mejores resultados.

No obstante, mucho después de que aquella tan extendida preocupación social pasara a la historia, suspendida en el aire sobre nuevas fijaciones como una nube que ensombrece otras partes de la ciudad, llegó a comprender el tema sobre el que tanto se había hablado en su infancia. Es probable que no fuera tan terrible como morir asesinado, pero claro, como nunca lo habían asesinado, no podía saberlo. De todos modos, era espantoso. Se parecía a ser asesinado y no morir. Además, se podía recordar no sólo la violencia, sino también la parte de la muerte. Se sobrevivía a la propia muerte, pero aun así se moría, cuando en realidad sobrevivir suele querer decir no morir. Estaba seguro de que ése era el motivo que había dado lugar a aquella conversación en voz baja, la razón de que su madre se hubiera puesto de rodillas para

hablarle, y de su nada habitual actitud cuando le hizo esa seria advertencia. Ella lo había mantenido a salvo durante años después de esa conversación, pero ahora ya no estaba en este mundo y no podía protegerlo, y aquello acabó ocurriendo cuando ya tenía veinticinco... Todos esos profesores, orientadores y moderadores de las asambleas escolares no habían exagerado. A Willing lo violaron.

Ésa era la única palabra que tenía para describir lo que había pasado, una palabra que, por tanto, no pronunciaba ante nadie, ni siquiera ante Fífa. La palabra misma, tal como encajaba en la experiencia, además del recuerdo de la experiencia propiamente dicha se almacenaba en una «parte privada». El estancamiento que lo afligía ahora, transcurridos seis años, ese pesimismo sobre si había siquiera un lugar al que ir en caso de que descubriera de repente una ambición por llegar allí, esa inmovilidad pesada y monótona... No podía evitar preguntarse si todo estaba relacionado con el hecho de que lo hubieran violado. No sabía muy bien cómo había sido él mismo antes. En frío, y como información biográfica fidedigna, recordaba la profunda sensación de formar parte de la Ciudadela. Las cenas alrededor de la gran mesa redonda. El agotamiento y el sudor después de ordeñar las vacas y echarles la comida a los cerdos. Un afecto creciente por un grupo de personas, varias de ellas muy distintas de él, lo que acababa convirtiendo la emoción en algo más cercano a un logro. Afecto por cada una de esas personas, e incluso por lo que pudiera resultar de la combinación de todas ellas, algo que superaba la suma de las partes. No obstante, desde que se había instalado ese entumecimiento, sólo podía evocar la calidez, no habitar en ella.

Intentaba no revivirlo (aunque, cuando bajaba la guardia, cuando se quedaba dormido o aún no había despertado, la memoria se comportaba como una intrusa). Más disciplinado aún era en la cuestión de no tocar el tema. Casi todos los demás habían pasado por lo mismo. Así pues, o al menos así razonaba él, no había nada que decir. Esa nimia indignidad médica era menos dolorosa o traumática que una limpieza dental. Si se mostraba afligido, la interpretación sólo podía ser una: Willing Mandible era un bebé grande. De hecho, incluso a los recién nacidos los sometían ahora al mismo procedimiento antes de que transcurriese su primera hora en el mundo. Ciertamente, algunos padres se habían mostrado preocupados por entender que para sus bebés la operación podía ser dolorosa, traumática, una penetración

forzosa, por así decir, pero los médicos habían tranquilizado a la opinión pública. La anestesia local se aplicaba con habilidad y surtía efecto. El cuerpo extraño tenía el tamaño de la cabeza de un alfiler. ¡Pero si un pinchazo de nada dolía más, un pellizco incluso! A los padres ya les valdría más angustiarse por la circuncisión de los varoncitos, un procedimiento que ahora se desaconsejaba de plano. El verdadero trauma tenía poco que ver con el tormento físico. ¿Qué podía saber un recién nacido sobre el propósito del «cuerpo extraño»? Siendo una auténtica *tabula rasa*, no podía provocarle horror alguno.

Desde que tenía ocho años, Willing había comprendido que la mayor parte de los sistemas funcionaban mal. Fue una sorpresa descubrir, en los primeros años de su vida adulta, que también podían funcionar demasiado bien.

No hacía mucho tiempo que había vuelto a la calle Cincuenta y cinco Este. Aunque no tan grave, el regreso también implicó una violación. Hacía nueve años que la casa estaba ocupada por unos desconocidos, y habían dejado su rastro por todas partes —camisas sucias, botellas vacías de bebidas alcohólicas, jeringuillas—. Más le dolió lo que ya conocía; las tazas que su madre había lavado con amor en el agua gris recogida en la cuba de plástico año tras año, con las asas ahora desportilladas. O sin asas. Y casi todos los platos y cuencos con los que había crecido estaban rotos o cuarteados. Un detalle cuando menos cómico: ahí seguían los restos de las batidas de Avery en Walgreens, Staples y Home Depot. Más tarde se encontró en el sótano una caja suelta de escuadras, una botella de pegamento Gorilla por la mitad, los dichosos clips multicolores, los kits del tratamiento para uñas micóticas. Como el paquete estaba abierto, dedujo que alguien efectivamente los había usado. En los armarios todo estaba revuelto. Moho en los pocos harapos que quedaban del guardarropa de su madre. El cesto de Bed Bath & Beyond para la ropa sucia, tan caro a Florence y emblema de la devoción de Esteban, lo encontró en la cocina; por lo visto, lo habían usado como cubo de la basura, y olía. La limpieza de por sí ya fue ardua, pero debajo de la mugre y el polvo acechaban problemas estructurales más serios; entre otros, una humedad prácticamente omnipresente que era ominosa. Oh, Florence Darkly, tú y tu obsesión con la impermeabilización chapucera.

Desde el principio, Willing estuvo al tanto de la variedad de empleos

disponibles: asistencia sanitaria a domicilio; seguros de salud y facturación para esas aseguradoras; diseño y mantenimiento de páginas web dedicadas a la atención sanitaria; contestar las preguntas enviadas a servicios de atención sanitaria; fabricación de aparatos médicos; transporte en ambulancias y otros vehículos; servicio posventa de aparatos técnicos; investigación médica; manufactura de productos farmacéuticos; publicidad de productos farmacéuticos; servicio de lavandería para hospitales; catering para hospitales; administración de hospitales; construcción de hospitales; trabajo en residencias asistidas y especializadas en todos los niveles de decrepitud, desde ancianos con alguna minusvalía leve hasta moribundos. Como tantos otros de su edad, Willing no había terminado el instituto. La neurocirugía quedaba descartada.

Y Willing encontró por internet una vacante en un hogar de ancianos llamado Elysian Fields, en Eastern Parkway. En bicicleta era un paseo. Para ese trabajo tedioso, mal pagado y desagradable –vaciar orinales, fregar suelos–, lo único que pedían eran jóvenes en buena forma física. (La juventud era el único recurso que los pocos de su generación tenían que ofrecer a un mercado en que la demanda era superior a la oferta.) Así pues, en la entrevista de trabajo pareció que iban a darle el visto bueno hasta que mencionó, como si se hubiese acordado a último momento –si era un problema, mejor solucionarlo ahí mismo que no llevaba chip.

Todos los presentes enarcaron las cejas. «Eso es totalmente inadmisibile», murmuró un miembro del comité. Otro dijo por lo bajo: «¿Eso es legal ahora?» Como si hubiera revelado que era portador de la gripe de la ardilla gris, los miembros del comité se apartaron instintivamente del entrevistado, unos tres centímetros, y hasta seis, quizá. A continuación le informaron de que llevar chip era una condición previa innegociable para conseguir el puesto, no sólo en ese centro, sino en todo el estado de Nueva York. Si se ocupaba de hacerlo –«Es cuestión de cinco minutos», le aseguró uno de los entrevistadores; «puede escocer un poco más a un adulto que a un bebé, pero al día siguiente ya no sentirá usted nada»; otro burócrata añadió: «Puede hacérselo en cualquier clínica, y también en urgencias de cualquier hospital. No hace falta pedir hora, ¡y es gratis! Yo fui uno de los primeros en colocárselo y me costó doscientos de los nuevos– le darían el empleo.

Al volver a casa, Nollie se manifestó incondicionalmente en contra; una actitud nada difícil para ella, pues los ciudadanos mayores de sesenta y ocho

estaban exentos. «Una idea monstruosa», dijo. «Te poseerán, serás su criatura.» Pero bueno, la gente mayor siempre era reacia a las innovaciones. Si los carcamales aún estuviesen al mando, todos seguirían andando en carros tirados por burros.

Era cierto también que Willing podría haber barrido y recogido la casa lo mejor posible y vender la destartalada propiedad de East Flatbush por debajo de su valor. Nollie y él podrían haber regresado a la Ciudadela. Pero Jarred se había vuelto irascible. Si bien las granjas volvían poco a poco a reprivatizarse, ahora que había pasado la peor época de la escasez de comestibles, lo sacaba de quicio la mera idea de tener que volver a comprar algo que había sido suyo. De la familia ampliada que había arrimado el hombro y había aportado humor y solidaridad a su juventud sólo quedaba Kurt. Puede que Nollie no se lo creyera, pero necesitaba contar con un acceso más rápido a un servicio médico de calidad, algo difícil, si no imposible de encontrar en Gloversville. Resistirse a cumplir con un sencillo requisito para vivir en el mundo moderno parecía a la vez infantiloides y propio de una vieja.

Sin prestar atención, pues, a una pesadez de estómago que lo hacía sentirse como si hubiera comido dos platos de *dumplings*, Willing entró demasiado indiferente en urgencias del King's y en el mostrador de recepción dijo qué lo había llevado hasta allí.

—¡Pero santo Dios! —exclamó la enfermera—. ¡Ya es usted más que mayor para ser virgen! ¿Cómo ha podido aguantar? No será uno de esos huelguistas, ¿verdad? ¿De los que se pasan el día apoltronados en el sofá de los padres?

—No —dijo Willing, y no le importó que la enfermera le tocara el hombro para acompañarlo (ese «hacerlo suyo», acorralarlo, la connivencia, la inclusión, el *bienvenido al club*), pero ya era demasiado tarde... La mujer le puso las manos encima, literalmente.

En la sencilla sala blanca le dijeron que se tumbase boca abajo mientras secuenciaban rápidamente una muestra de saliva; el chip estaría eternamente vinculado al ADN. Con la frente embutida en un cepo acolchado, esperó mientras la enfermera se ocupaba de los tornillos de ajuste hasta que cada punta hizo contacto con su cabeza. Esa abrazadera tenía algo que le recordaba al matadero donde Jarred había llevado las terneras de engorde (apenas valían el esfuerzo de criarlas hasta que eran unas señoras vacas; la recompensa era insignificante): el cráneo inmovilizado para que el perno entrase limpiamente en la sien. Willing no podía mover ni un pelo. Y de eso se trataba. Es una

protección, le dijo la enfermera con dulzura y, riendo, añadió que hasta un temblor prácticamente imperceptible «podía dejarlo parapléjico».

A Willing no le gustaba estar tumbado decúbito prono. Era una postura sexual. Tuvo que combatir un pánico incipiente y cada vez más intenso cuando la enfermera activó un mecanismo a sus espaldas y lo apuntó a la base del cráneo... Un hueco delicado y desgarnecido. De vidrio y cromo, tal vez, pero el aparatito parecía una pistola, y cuando la enfermera disparó, Willing, en medio de un dolor semejante a un fogonazo blanco y cegador, vio el rostro del Gran Gran Hombre, demacrado y pálido, sólo manchado de rojo a un lado, antes de que se desplomara junto a la hoguera.

Desde esa tarde en el hospital, Willing tuvo una percepción de sí mismo que podría calificarse de insignificante y falta de vida. Se sentía flácido, abatido, incapaz de pensar. Asustado. En su visión periférica parpadeaban figuras que, cuando él se volvía para mirarlas, no estaban ahí. Pasó un tiempo restregándose la nuca con una manopla varias veces al día. Se sentía profanado, contaminado, invadido –como si lo que le habían implantado en el cuello no fuera un chip, sino una lombriz solitaria. Se sentía vigilado. Avergonzado. Sentía la necesidad de ocultarse, de estar solo, incluso en su antiguo dormitorio. Durante un tiempo, hasta Nollie guardó las distancias. Hablaba entre dientes, con los labios apretados, y se guardaba para ella lo que pensaba. Una vez le preguntó, recelosa: «Esa cosa oye?»

Willing nunca se lo había dicho abiertamente a nadie. Nunca se había considerado un vidente, un erudito. Si no había sido siquiera capaz de prever el futuro... Pero los fragmentos dispares que había ido recolectando para pasar el rato, como si fueran conchillas, desde que tuvo más o menos catorce años, habían acabado formando una unidad. Hechos que otros no habían sabido encajar entre sí formaron finalmente un patrón. Él había sabido cosas, y esas cosas habían sido ciertas o se habían hecho realidad. Desde que le introdujeron el chip, esa parte de su cabeza que percibía todo tan claramente estaba muerta.

Bueno, eso no significa que se creyera las teorías marginales que circulaban por la red. Por ejemplo, que el gobierno federal le controlaba la mente. Aceptaba, sí, que el chip cumplía las funciones para las que se había ideado. Registraba los ingresos directos de su sueldo. Restaba el coste de los

productos que elegía comprar, cualesquiera que fuesen. Pagaba automáticamente las facturas de la luz, el agua, etcétera. Aunque él no tenía experiencia en ninguno de los dos ámbitos, registraba las inversiones y las prestaciones que recibía del Estado. Recaudaba los impuestos locales, estatales y federales, que ascendían al 77 % de sus ingresos. Comunicaba todo lo que compraba a la agencia conocida hasta 2039 como Internal Revenue Service, abreviado IRS, o sea, el fisco –cuánto había costado el artículo, cuándo y dónde lo había comprado y la descripción exacta del producto, incluidos el modelo, el número de serie y la fecha de caducidad–. Notificaba a las autoridades fiscales norteamericanas si compraba un paquete de galletas. En caso de que el chip acumulase un exceso de reservas fiscales –una cantidad superior a la media necesaria para cubrir sus gastos mensuales–, aplicaba al excedente una tasa de interés del –6 %. Si el saldo traspasaba distintos umbrales, la tasa de interés llegaba hasta el –21 %. (Ahorrar era sinónimo de egoísmo. No era bueno para la economía. Las tasas de interés negativas también ofrecían a los norteamericanos un cursillo de matemáticas del que sin duda se beneficiarían los ciudadanos con carencias educativas. A un interés compuesto anual del –21 %, cinco años después 100 dólares nuevos equivaldrían a 30,77.) Todo ingreso adicional, incluidos los bonos regalo para un cumpleaños, los procedentes de objetos empeñados, lo recaudado en ventas de repostería casera con fines benéficos y las ganancias obtenidas en partidas de póquer privadas, también quedaba registrado en el chip y también pagaba un 77 % de impuestos. El chip solucionaba el problema de la tarjeta de crédito, un medio de pago que podía piratearse y robarse desde hacía ya tanto tiempo, y que, además, no funcionaba todo lo bien que cabía esperar. Con el chip, uno *era* la tarjeta de crédito.

Las protestas de los padres por el chipeado de los recién nacidos se acallaron por completo cuando los estados comenzaron a ingresar un generoso «cheque bebé» de 2.000 dólares nuevos en el chip de cada criaturita. Para la población en general, llevar el chip se promocionó como el último grito, lo mejor para la seguridad económica. Ya nadie tendría que llevar cartera ni un dispositivo que los ladrones podían quitarle en la calle. En las cajas autoservicio, el terminal simplemente escaneaba la cabeza del cliente. Adiós, PIN; adiós, contraseñas personales de veinticinco caracteres, con números, letras y signos. Adiós, verificación biométrica –huellas dactilares, reconocimiento facial, escáner del iris..., todas ellas cosas que los

hackers habían aprendido a piratear con la misma velocidad con que fueron introduciéndose esas novedosas autenticaciones, pues todo lo digitalizado se puede copiar—. Adiós a la cuenta bancaria también, con sus comisiones abusivas; en el chip cada cual llevaba su propia página web, o *chipsite*, desde donde podía transferir dinero. El chip calculaba las coordenadas GPS con un margen de error de un milímetro, estaba incluso comunicado con el ADN y latía, por así decir, al ritmo del pulso del portador. Si alguien contactaba con un *chipsite* cuyos latidos distintivos no sincronizaban perfectamente con los del chip, la autoridad competente bloqueaba los fondos. Así pues, nadie podía fingir ser otro, y la cuenta, que acompañaba al portador del chip a todas partes, estaba a salvo de depredadores. (En cierto modo, en las primeras versiones los federales exageraron los méritos de esa característica. Durante una avalancha de «secuestros» de chips, se forzó a los individuos a hacer transferencias en línea a punta de pistola. Las actualizaciones garantizaban que las transferencias se bloquearan cuando el chip detectaba altos niveles de estrés, hormonas como el cortisol y la epinefrina, o incluso grandes dosis de tranquilizantes capaces de inhibir la liberación de esas hormonas. La misma biosensibilidad aseguraba que los jugadores no hicieran apuestas compulsivas si estaban borrachos, con el consiguiente efecto negativo en la industria del juego.)

Se estaba a salvo excepto de un predador, por supuesto. Huelga decir que cada transacción se comunicaba a la OACS, la Oficina de Asistencia para la Contribución Social, que así se llamaba la nueva agencia tributaria. (Willing no sabía por qué se tomaban la molestia de cambiarle el nombre. Aunque la hubieran rebautizado Departamento de Conejos y Cachorritos Graciosos, sólo habrían hecho falta unos minutos para que el «DCCG» provocara el mismo terror entre los ciudadanos.) La capacidad de almacenamiento de datos de los superordenadores federales llegó a ser tan infinita que el antiguo umbral de notificación de depósitos superiores a 10.000 dólares de pronto pareció una temeridad, por lo elevado de la cantidad. Las autoridades fiscales recibían una notificación instantánea cada vez que a un niño de once años la madre le daba unas monedas para comprar gominolas con forma de osito. *Dos bolsas*.

Todos los portadores parecían encantados con la desaparición de la declaración de la renta. Así pues, dar al César lo que es del César no representaba esfuerzo alguno, aun cuando significara que esas declaraciones tampoco podían seguir siendo fraudulentas. Ni redondeos furtivos al alza, ni

manera alguna de incluir disimuladamente como gastos profesionales las fruslerías para uso personal. Políticamente, esa medida también tuvo una buena acogida. La opinión pública había vivido convencida durante décadas de que una élite distante que vivía por todo lo alto no pagaba impuestos de ninguna clase. Por extraño que parezca, Willing nunca había conocido a ninguno de esos privilegiados. Debían de vivir en otra parte.

El mismo razonamiento había desembocado también en la eliminación total del dólar nuevo en 2042. Como reserva de valor, el efectivo era anticuado. Entre otras cosas, complicaba la logística de los pequeños negocios de Main Street; se prestaba a las falsificaciones; era la forma de riqueza más fácil de robar. Desde siempre, los delincuentes habían llevado sus beneficios en pilas de billetes atados con gomitas elásticas, en maletines a reventar de machacantes, en maletas enteras en las que no cabían ya más *verdes*, pero esos clichés del cine habían quedado obsoletos. Pues el dinero en efectivo era también una de las únicas formas de riqueza capaces de eludir la jurisdicción. Willing recordaba la actitud misteriosa con que su madre pagaba al fontanero con unos arrugados billetes de veinte, como si intercambiar dinero físico por servicios fuese contrario a la ley. Es tan difícil seguirle la pista al dinero contante y sonante, es tan difícil de localizar, de gravar, de controlar, que a Willing lo asombraba sobremanera ver que el gobierno había tardado tanto tiempo en sacarlo de circulación.

El lenguaje, en cambio, no se deja influir por los decretos. Los norteamericanos seguían empleando expresiones idiomáticas que en la vida cotidiana habían perdido todo sentido. Cuando los chips estaban, por así decir, casi en números rojos, aún seguían diciendo que andaban *escasos de dinero*. Un negocio rentable seguía siendo tener *la máquina de hacer dinero*, aunque ya no se imprimían billetes de ninguna clase. Fifa seguía diciendo que estaba dispuesta a *rascarse el bolsillo* con tal de que su lacónico novio le dijera de vez en cuando las cosas que se le pasaban por la cabeza. Si a alguien la declaración de la renta alguna vez le salía a devolver, pues... *unos dinerillos caídos del cielo*. Los que tenían algo que dejar al irse de este mundo podían amenazar con dejar a sus herederos *sin un centavo*, aunque con los despiadados impuestos de sucesión vigentes la verdadera fortuna consistía en dejar a los hijos una colección de botones. Los demócratas solían decir que la estabilidad económica y el desempoderamiento político de la década de 2040 eran *dos caras de la misma moneda*.

Aún quedaban algunos optimistas que apostaban *hasta el último dólar* a que los Estados Unidos renacerían de las cenizas y volverían a dominar el mundo, aunque, claro, con un constructo digital no se podía hacer una pila de billetes. La convención retórica perduraba, pero ahora era imposible llevar *un fajo* en el bolsillo. Un propietario inquieto por la solvencia del comprador aún podía querer *ver el color de su dinero*, si bien a partir de 2042 la divisa norteamericana fue incolora. Los cien dólares nuevos eran un *billete-C*, argot que ahora se confundía fácilmente con una alusión a la música en notación alfabética. Por muy etérea que se hubiese vuelto la cantidad, los luditas lingüísticos del país insistían en seguir considerando que el dinero era algo que se podía enrollar o doblar o arrojar contra algo, seguían creyendo que se podía tener billetes de sobra para quemarlos o –imagen desconcertante incluso en los días del dólar de papel– que tal o cual transacción había sido simplemente tirar el dinero.

¿Y Avery? Pues encantada de la vida. El chipeado seguro había hecho repuntar el mercado en línea. Eufórica con la perspectiva de volver a comprar una tostadora sin salir de casa, la tía de Willing fue una de las primeras en colocarse el chip. (La primera tanda de cobayas tuvo que pagar por el privilegio del implante, tan costoso en los primeros tiempos que los chips se convirtieron en símbolo de estatus.) Por desgracia, para gente como Willing y sus primos, el regreso entusiasta de las compras por internet fue en gran parte teórico. Sus ingresos irregulares eran demasiado bajos para comprar mucho. Los caprichos de los jubilados eran el motor más potente de la economía.

En sociedad, Willing se reservaba la opinión sobre el chipeado. A quienes se manifestaban en contra de eliminar el protocolo fiscal se los tildaba burlescamente de chalados. Aunque el acceso ilimitado del gobierno a la ubicación exacta de una persona podría haber parecido una violación de las libertades civiles, hacía mucho tiempo ya que la mayoría de los norteamericanos se habían acostumbrado a que entidades comerciales como Google Maps les siguieran los pasos. Hacía décadas que las bicicletas llevaban un chip, y los animales de compañía también. Que acabaran implantándose a la gente parecía inevitable. Comprar dando unos sencillos golpecitos en el terminal era un hábito que se remontaba a la época de los teléfonos inteligentes. Por tanto, el salto tecnológico fue mínimo; en cambio, en lo que atañe a la seguridad fue enorme. Ahora había que cortarle la cabeza a alguien para apropiarse del medio que permitía comprar sin esfuerzo

alguno; sólo la muerte del portador acababa al instante con la funcionalidad de un chip. Así y todo, Willing pensaba que la ubicación del chisme en el cuerpo dejaba bastante que desear. Sus salvaguardas biológicas habrían funcionado igual de bien aunque se hubiese implantado en el brazo. Si se colocaba directamente encima de la columna vertebral era para evitar que el portador pudiera quitárselo. Recurriendo a cirujanos turbios, algunos *refuseniks* lo habían intentado, pero los descubrían porque se quedaban paralizados.

Es probable que Nollie, decepcionada, fuera demasiado severa cuando supo que su sobrino nieto se había convertido en otra «criatura» por voluntad propia. Ella tenía una cuenta bancaria de las de antes, y compraba con un fleX antiguo. (Dado que las notificaciones no eran automáticas, también tenía que presentar las antiguas declaraciones de la renta. Esos complicados y siempre peligrosos documentos del año de la pera se verificaban sistemáticamente con una meticulosidad despiadada, y provocaron una larga serie de suicidios entre las personas mayores.) No obstante, los que no llevaban chip eran una minoría que no hacía sino menguar: los ancianos, los que vivían en zonas rurales y remotas, algunos expatriados. Tales anacronismos dieron lugar a una fuerte oleada de sospechas y desprecio. No podían comprar un cartón de leche sin echar mano de un chisme u otro. Willing se había dado cuenta de que en el supermercado, los clientes que iban detrás de Nollie en la cola se ponían nerviosos. Los que no llevaban chip provocaban la misma impaciencia general con que en el pasado se había tratado a quienes se negaban a comprarse un fleX o incluso uno de sus predecesores, los teléfonos inteligentes. No tendría que pasar mucho tiempo para que toda la población llevara el chip, y las cuentas de ahorro, los pagos y las cuentas de inversiones desaparecerían del mapa; entonces sí sería imposible comprar y vender nada, o tener alguna reserva monetaria, sin un espía del tamaño de la cabeza de un alfiler empotrado en la nuca. Ése era el plan, no cabía duda, y el Congreso no parecía querer ocultar su intención; lo presentaba como un acto de bondad semejante a la campaña nacional de vacunación contra la polio en la década de 1960.

Naturalmente, la red era un hervidero de delirios paranoicos: que los chips convertirían al pueblo norteamericano en un ejército de *robs* sin cerebro capaces de hacer cualquier cosa que les ordenara un dictador desde Washington. Cierto, se estaban investigando maneras de ampliar la capacidad

del implante con la finalidad de conectarlo directamente con internet. Ese «acceso cognitivo» que se esperaba no sin un punto de angustia convertiría el *chipsite* en un recurso obsoleto y permitiría que el portador del chip comprobara mentalmente su saldo e hiciera transferencias con una tableta calculadora cerebral. ¿Quién sabe? A lo mejor en un futuro no muy lejano se podría también leer revistas digitales, jugar en línea y ver vídeos de gatos en la cabeza.

Sin embargo, tal como estaban las cosas en ese momento... Después de descender en la década de 2030, la esperanza de vida se había recuperado con creces. Por término medio, los norteamericanos vivían hasta los noventa y dos años. Los Estados Unidos tenían un número sin precedentes de personas de la tercera edad. A diferencia de la generación pasiva de Willing, caracterizada por los bajos índices de participación electoral, casi todos los vejestorios votaban, y en política era anatema recortar sus derechos a las ayudas sociales. Medicare y la Seguridad Social juntos se llevaban el 80 % del presupuesto federal. La mano de obra se había reducido. Los dependientes –los más longevos, los discapacitados, los desempleados, los menores de edad– superaban en número a los currantes como Willing en una proporción de dos a uno. Conjuntamente con la vinculación del dólar nuevo al báncor, el Congreso finalmente había aprobado un presupuesto equilibrado enmendado. ¿Control de la mente? En Washington DC a nadie le importaba un bledo lo que uno *pensaba*. Sólo querían tu dinero.

Así pues, que Willing volviera a refugiarse en la Ciudadela en lugar de seguir siendo un mandado en Eastern Parkway sólo habría equivalido a una breve dilación. Muy pronto, no llevar chip se consideraría una infracción civil, si no un delito, y en ese momento hasta los objetores armados como Jarred acabarían acorralados y *regularizados*. La imagen era vívida: el iconoclasta desgarrado y de ojos desorbitados inmovilizado en el suelo y marcado por el Estado como un novillo. Willing casi podía oír sus mugidos desafiantes pero impotentes. Apostaría todo lo que tenía a que Jarred preferiría morir antes de dejar que le implantasen el chip.

No obstante, Willing nunca había sabido a ciencia cierta si su nombre de pila, poco convencional («el servicial», «el que está dispuesto a»), sugería un carácter desacostumbradamente empecinado o desacostumbradamente obediente. Pero, por desgracia, que hubiese entrado en urgencias del King's por voluntad propia indicaba más bien lo segundo.

2. ESTA NOCHE DAREMOS UNA FIESTA COMO SI FUERA 2047

–Lo lamento de veras –se disculpó Savannah por el maXfleX–. Me siento una petarda. Me preguntó qué tenía pensado hacer y se me escapó. Ahora que sabe que Bing y yo iremos, tienes que invitarlo también. No queda otra. Supongo que no quieres que se enemiste contigo.

–No –dijo Willing, muy serio–. No quiero que se enemiste conmigo.

La pantalla del fleX original había funcionado todo lo bien que es capaz de funcionar cualquier aparato electrónico personal. Para que los clientes sustituyeran continuamente el producto con modelos actualizados, los fabricantes habían encontrado una solución que no resistía el paso del tiempo: lo empeoraron. Técnicamente, un maXfleX podía desplegarse para formar una pantalla del tamaño de un cine pequeño. Sin embargo, casi nadie usaba esa función, que implicaba emplear moléculas aún más delgadas. Ahora, un aparato célebre por su flexibilidad tendía a desarrollar arrugas permanentes. A los treinta y cinco años, Savannah no era menos vanidosa que en su adolescencia, y podría no haber advertido esa marcada línea oscura que le ensombrecía un lado de la nariz y la hacía parecer diez años mayor.

–No es ninguna broma –dijo Savannah–. Podría arruinarte la vida. Es un precio que hay que pagar, y por suerte no muy alto. Tienes que invitarlo a cenar.

–¿No podemos cancelarlo? –suplicó Willing–. Toda la noche será una lata. Pone nervioso a todo el mundo, y me incluyo. Sólo hablaremos de bonos del Tesoro.

–No puedes arriesgarte a que se dé cuenta de que se suspende por culpa de esta bocaza mía; después no podrías soportar tener que invitarlo. No hace falta mucha imaginación. Nunca os habéis podido ver. Ya le parece raro que nos hayas invitado a Bing y a mí, pero a él todavía no.

–Tengo que invitar Goog este viernes –le dijo Willing a Nollie cuando desconectó.

–¿Y por qué querría venir? –dijo Nollie–. Te odia.

–Y disfruta odiándome. Además, le gusta estar en el ajo. Estar al tanto de

todo es uno de los atractivos de su trabajo.

–El atractivo de su trabajo –dijo Nollie– es mangonear y hacer sudar a todo el mundo.

Hablando de sudor: Nollie, que acababa de terminar sus saltos de tijera, todavía llevaba puesto su equipo de atletismo. Casi seis centímetros más bajita ahora después de tanto salto arriba y abajo, ya le habían colocado el tercer par de prótesis de rodilla. Las cicatrices de las articulaciones eran la única superficie lisa de sus piernas largas, flacas y marchitas. Dos alfileres. En privado, Willing no entendía el sentido de los ejercicios de su tía abuela, que por lo general se hacían para estar más atractivo. En el caso de Nollie, las posibilidades eran muy pocas.

–De pequeño era tan lameculos... –dijo Willing.

–Sigue siéndolo. Estoy segura de que lleva a sus protectores los cadáveres de los ciudadanos a los que ha destruido, como los gatitos llevan a sus amos los ratones que cazan. Cuando era adolescente, siempre seguía la línea del partido. Son una especie. Se ponen de parte de la autoridad y repiten como loros ideas ajenas.

–Bueno, por lo visto le ha ido bien haciéndole la pelota a los ejecutivos. Un curso de formación asqueroso. Y gana más que cualquiera de nosotros. Mucho más.

–¿Y eso tiene importancia?

–No deja de llamar la atención que trabajar para la ASCO sea tan rentable –dijo Willing.

–Te convendría practicar cómo se escribe esa palabra. Empieza con *O* –le aconsejó Nollie–. Ya sabes que Goog detesta ese acrónimo.

A la Oficina de Asistencia para la Contribución Social *todo el mundo* la llamaba *ASCO*; el anagrama era tan inevitable que los imbéciles de DC deberían habérselo esperado.

–No fui yo el que rebautizó así al IRS –gruñó Willing.

–Ni esquiroles. Pero eso fue antes de que tú nacieras.

–Tú sabes que lo que me deja perplejo –reflexionó Willingno es que la OACS sea el tentáculo más largo del gobierno federal. Lo que me pasma es que *no siempre* lo fue.

–Sí –dijo Nollie entrecerrando los ojos–. Te entiendo.

–Nunca me importó mucho la etiqueta –dijo Nollie ese viernes, antes de que llegaran los primos de Willing–. Pero sentarse todos en corro en el suelo y compartir las fuentes... Así se da de comer a los perros.

–Ya nadie da «cenas» –dijo Fifa, estirando sus largas extremidades en el sofá–. Son una tortura. Dios, no entiendo cómo mi madre lo soportaba. Todas esas copas y cucharas...

Willing echó varias latas de frijoles con *garbanzos*♦ en una ensaladera de acero inoxidable y se permitió echarles sal. La idea era comer con las manos, recogiendo esa bazofia con tortillas de harina y tomar el vodka en vasos de plástico desechables. Agradecidos como niños cuando les echan de comer lo que sea, los miembros de la generación de Willing se habían rebelado contra la singular obsesión de sus padres por la comida. Se tomó incluso la molestia de embadurnar las paredes de la fuente con el jugo de los frijoles. Descuidar la presentación había llegado a ser una presentación en sí.

Para crear ambiente, puso en *streaming* un poco de tecno retro. Sólo con ayuda de Nollie pudo identificar los compases, tomados todos de sonidos de mecanismos del pasado: el *sshtick-brrrrr* del dial de un teléfono; el *III-khkhkh-III-khkhkhof* que se oía cuando un fax se conectaba; el *puuu-pai-pur-pai-puupai-peh ... kchkchkchkhof* de las primeras conexiones a internet por teléfono; el rumor oceánico de las lavadoras que para funcionar necesitaban muchos litros de agua; el demencial ruido blanco de un televisor de rayos catódicos, de los de antes del plasma; la enloquecedora grabación «Por favor, cuelgue y vuelva a intentarlo más tarde» –sí, esa que ponía de los nervios que no paraba de sonar y sonar cuando un teléfono fijo quedaba descolgado. El *clap-clap-clap-¡DING!* de una máquina de escribir manual que evocaba el *ting* de una caja registradora al abrirse; el *dring* que avisaba de la llegada de un correo electrónico, y el sonido marimba que por defecto traía un iPhone cuando no se tenía el orgullo suficiente para comprar algo mejor. Bien mezclados, los sonidos se fundían en una sinfonía vertiginosa con un *staccato* de fondo. En tiempos, esos sonidos habían estado tan tranquilamente integrados en la banda sonora de la vida cotidiana que eran pocos los que recordaban cuándo se extinguieron, y la combinación era pegadiza y nostálgica a la vez.

Savannah fue la primera en llegar. Willing no entendía cómo las mujeres tenían paciencia para momificarse en las estrechas tiras de tela que imponía la última moda, el «vendaje», pero no podía sino reconocer que las partes en

que se veía la piel tenían su encanto. Las tiras que se ponía en los pechos producían un efecto impresionante en el escote. Pero sólo podía ser una ironía que esa noche eligiera tiras rojas, blancas y azules. Willing había programado esa fiesta antes de darse cuenta de que «el viernes que viene» era el Cuatro de Julio. Un puñado de ciudades pequeñas del interior seguían organizando espectáculos de fuegos artificiales para sus cada vez más añosas «Viejas Glorias», esos ancestros que parloteaban sobre la majestuosidad de Purple Mountain, la primera luz del día, el gloria, gloria, aleluya y la libertad y justicia para todos. En las ciudades costeras más en la onda, como Nueva York, ahora la celebración era una pesadez.

A consecuencia de las muchas muertes provocadas por las bacterias resistentes a los antibióticos –una de cuyas cepas había matado a la madre de Willing–, los protocolos sociales habían ido perdiendo intimidad. Pretender dar la mano para saludar revelaba que uno era un despistado que vivía en el pasado. Los besos en la mejilla eran igualmente crueles, y si uno intentaba saludar dándole a un conocido un beso en la boca, lo más probable era que el otro reaccionase atizándole un tortazo. Willing tocó ligeramente el hombro de su prima; Savannah le correspondió con el mismo gesto.

–¿Esos vendajes los compras? –preguntó Willing–. ¿O te pasas las noches haciendo jirones las sábanas?

–Gano demasiado dinero tumbada sobre mis sábanas para hacerlas jirones –dijo Savannah, y entró en la sala dándose aires y con una botella de Light Whitening. La nostalgia por el rústico aguardiente casero que corría en los campamentos de los años treinta daba a las bebidas alcohólicas comerciales un toque chic.

Fifa saludó con la cabeza desde el sofá. Parecía medio dormida. Tenía celos de Savannah, pues Willing seguía estando un poco enamorado de su prima. Pero Fifa estaba a salvo. Oh, sí, claro, Willing valoraba que ahora el trabajo de Savannah, «especialista en estimulación», fuese una carrera con todas las de la ley. Si bien pudo esperar percibir un rasgo de ordinariez en Savannah –nada más que un tópico–, en sus modales o en su espíritu, lo cierto es que no detectó nada por el estilo. Reconocida, registrada, regulada y –lo más importante– no exenta de impuestos, Savannah sacaba partido de unos conocimientos y una experiencia absolutamente respetables. Tenía tarjetas de visita. No se escondía presentándose como «señorita de compañía», un eufemismo absurdo. Era toda una señora. Un lujo. Había

sabido defenderse de los robots, cada vez más imaginativos, más baratos y programados para tragar sin cobrar suplementos. No cabía duda de que su prima era muy buena en lo suyo. Pero... Willing tenía un lado conservador, y ese breve escalofrío no se podía eliminar por decreto.

–Creo que deberías volver a dedicarte al arte –dijo Willing, a sabiendas de que estaba gastando saliva–. Ahora se hacen cosas más valientes y arriesgadas. Los artistas de antes de la Renuncia sólo querían forrarse. Arte vacío, una estafa. Lo de ahora..., bueno, no da mucho dinero, pero deberías ver la exposición sobre el comercio de esclavos en SoHo. Absolutamente brutal. Y no va precisamente del siglo XIX.

–*See* –dijo Fifa, babeando casi; ya se había tomado un par de tragos–. Y nadie dice que los «jóvenes de hoy» no tienen nada que decir.

–Eso no significa que alguien les haga caso –dijo Nollie, que entró con los frijoles.

Arrugada, y de no más de metro cuarenta y cinco de estatura, seguía llevando camisetas de manga corta, tejanos cortados y zapatillas de tenis como las que había usado en verano toda la vida; ahora parecía un gnomo de *El Hobbit*. A Willing, por supuesto, lo alegró ver que venía a hacerles compañía. Nollie le gustaba, y detrás de los pliegues de su cutis podía ver a la provocadora gamberra de cincuenta o sesenta años antes. Pero Nollie no había tenido hijos, ni hijos de los hijos de sus hijos que le recordaran cuál era su lugar en la serie generacional. Siempre se había visto a sí misma de la misma manera y nunca se le habría pasado por la cabeza permitir que los «jóvenes» pasaran la noche solos.

–Ya puedes ahorrarnos tu compasión barata, Noll –dijo Fifa, grosera y mordaz–. Mientras nosotros seguimos encorvados y yendo de aquí para allá recogiendo fardos de algodón, tú cobras tus cheques de la Seguridad Social y tienes un tratamiento de quimio diseñado especialmente para ti, como si fuera cerveza artesanal. Personalizado. Te has recauchutado la cara, el cerebro, el deseo, el empuje, el amor, la esperanza, pero la verdad es que no te importa nada qué clase de *arte* hacemos en *todo el tiempo libre* que nos queda. Os juro que me parto de risa cuando recuerdo que mi padre llegaba del trabajo y salía a correr.

Fifa tenía tres trabajos. Para empezar, limpiaba la casa de una vieja enferma y cascarrabias de Bay Ridge, y le preparaba comidas –mediocres–. Instalaba barras de ducha y barandillas para una próspera empresa minorista

(en línea, stayinyourownhome.com). Y tres noches por semana se ocupaba de colocar rodajas de tomate crujiente en los sándwiches de una fábrica de Williamsburg, propiedad de un magnate de Myanmar. Como el trabajo no cualificado siempre tenía que ser más barato que los robots, la remuneración era vergonzosa. Fifi hacía el trabajo que los extranjeros no querían hacer.

Pero bueno, era demasiado pronto para la acritud. Los tímidos golpes en la puerta mosquitera no pudieron ser más oportunos.

–Plena fe y crédito, tío –dijo Bing a Willing, dándole un puñetazo solidario en el hombro.

–Plena fe y crédito –respondió Willing con un rápido puñetazo. Ese saludo ritual resultaba incomprensible a sus mayores. Siempre que la gente de más edad intentaba apropiárselo para sonar cruel, nunca encontraba el tono apropiado: reprimir la risa, poner cara de estúpido, la exquisita sutileza del resentimiento subyacente.

De Bing, que ya tenía veintiocho años, podía decirse que era un tío grande. Alto y también ancho. La escasez de alimentos que marcó su pubertad había dejado en él un terror crónico a perderse una comida, y si estaba anticipando otra hambruna, es posible que se hubiera preparado demasiado. Sin embargo, había trabajado duro y con ganas en el campo, en la Ciudadela, y estaba fortachón. Generoso y bonachón también, nunca había dejado de parecer un poco perdido, un rasgo que, curiosamente, lo hacía entrañable.

Llegó con una bolsita colgándole de la mano.

–Heroína para esnifar más tarde, por si a alguien le apetece.

–Pero ¿cómo has conseguido eso? –preguntó Savannah.

–En Walgreens, unas rebajas que han organizado por el Día de la Independencia. Yo fui a buscar nieve, pero ya no quedaba. Dios, ¿alguna vez entráis en «Más Info» con el *chipsite*? ¡El caballo está regalado! No es el producto, son...

–Los impuestos –entonaron los demás al unísono.

–Creo que deberías esperar hasta que llegue Goog y dejarla toda para él –dijo Savannah–. Pero sólo si has comprado bastante para una sobredosis.

–Nadie me dijo que también venía Goog –dijo Bing, y no precisamente con buena cara.

–Habrías puesto una excusa para no venir –dijo Savannah–. Y con ese matón por aquí, necesito quien me proteja.

Se sentaron en el suelo, una convención de moda debida, quizá, a que eran

muy pocos los jóvenes que podían permitirse comprar muebles. Desde pequeño, donde Willing más a gusto se había sentido siempre era en el suelo.

–¿Ya has pensado si vas a volver a alquilar el sótano? –preguntó Savannah.

–Nunca me gustó nada saber que cuando yo me movía por la sala era un elefante encima de la cabeza de Kurt –dijo Willing–. Además, si no te pagan el alquiler..., ¿qué sentido tiene?

–¿Y si..., bajo cuerda? –Goog todavía no había llegado y Savannah ya hablaba en un hilo de voz–. Cobra en dólares.

–Es arriesgado. Te pillan y... Prefiero no pensar en eso. Además, ¿quién querría vivir en ese agujero oscuro y húmedo si tuviera acceso a la divisa internacional? –dijo Willing, en un murmullo instintivo. Aunque pareciera una tontería, en ese momento recordó una pregunta que Nollie había hecho seis años antes: *¿Esa cosa oye?*

–Te sorprenderías –dijo Savannah–. Ahí fuera hay toda una economía que no conoces. ¿De qué otra manera podría yo lucir este modelazo sin hacer jirones mis sábanas? Bueno, es sólo una idea. Yo podría ayudar, pero no trates este asunto por el maXfleX, obvio.

La conversación angustió a todos. Willing cambió de tema.

–Nollie ha vuelto a escribir. La he pillado.

Nollie lo fulminó con la mirada.

–No tiene nada que ver con mi famoso egotismo. Es porque no tengo otra cosa que hacer.

–Me alegré –dijo Willing–. Es gratis, sí, pero ahora en la red se encuentran algunos textos brutales. Como pasa con el arte. La gente tiene historias mejores. «Historias reales.» Tú dijiste que esa clase de historias te gustaban cuando les ocurrían a otros.

–Cualquiera que recuerde textualmente lo que uno dice es una amenaza –dijo Nollie.

–Leí *Más vale tarde que* –dijo Willing.

Su tía abuela pareció desconcertada y feliz a la vez.

–Un ejemplar pirateado.

–Por supuesto. Quemamos los ejemplares en tapa dura. Tiene partes buenas tu novela.

–Me siento abrumada –dijo Nollie.

Willing no había pensado que su tía abuela se pondría tan susceptible.

–Lo que cuentas no ocurrió hace un tiempo *inmenso*, pero suena a historia

antigua. Me resultó difícil identificarme con los personajes. Viven en un vacío económico.

–¿Quieres decir que son ricos?

–Ni siquiera se sabe si son ricos –dijo Willing–. Toman decisiones porque están enamorados, o porque están furiosos o porque tienen ganas de aventuras. Es imposible saber cómo pueden permitirse una casa. Nunca deciden dejar de hacer algo porque cuesta demasiado. Te lees todo el libro y nunca se sabe cuántos impuestos pagan.

–Estupendo –dijo Nollie–. Mi próxima novela tratará sobre *impuestos*.

–Muy bien –dijo Willing, haciendo caso omiso del sarcasmo. Esa noche había logrado algo. Nollie lo comprendería más tarde, cuando dejara de sentirse ofendida y se recuperara.

–Eh ¿y cómo van las cosas en Elysian? –preguntó Bing.

–Bien. Al fin y al cabo –dijo Willing, señalando con la cabeza a Nollie–, llevo toda la vida dedicándome a los cuidados geriátricos.

–Ninguno de los que ahora cuidas hace tres mil saltos de tijera al día –le espetó Nollie–. Y no irás a decir que alguna vez me has limpiado el culo, nene.

Tan predecible... A Willing le encantaba tomarle el pelo.

–Sí, Nollie es lo que los camilleros llaman un *carcamal viviente*. Puede ir sola al baño, eso es lo único que preocupa al personal de Elysian. Después vienen los *dementes*, los que dicen cosas sin sentido. Y los *muertos*... Los comatosos, en estado vegetativo, los que no pueden levantarse de la cama...

–No es una jerga muy compasiva –dijo Savannah.

–No –dijo Willing–. Para nada.

–O sea, ¿que la mayor parte del trabajo tiene que ver con lavarlos, llevarlos al baño, cambiarles las sábanas? –Savannah tanteaba el terreno. Los trabajos que todos ellos hacían eran deprimentes y repetitivos. Era difícil manifestar interés por lo que hacían los demás cuando a ellos mismos no les interesaba.

–Sí. Y limpiar las grietas que los *robs* pasaron por alto. Pero en mi caso lo más importante es escuchar. Sobre todo a los carcamales vivientes. Parecen morir de ganas de hablar con alguien que no tenga cien años. Ser viejo no significa que a uno le guste estar rodeado de reliquias. No más que a nosotros.

–Oh, Dios, cómo te entiendo –dijo Fifa–. Esta semana, en el autobús, una viejecita que tenía al lado empezó a darme la lata y no paraba. Me cogió por

el brazo, y os juro que me clavó las zarpas. Parecía ciencia ficción. Me absorbía la fuerza vital por las uñas. Me bajé hecha una piltrafa.

–Y te miran fijamente –dijo Savannah.

–Porque sois guapos –dijo Nollie, en un tono nostálgico nada típico de ella–. Porque sois guapos como éramos nosotros antes. Y pensar que entonces no sabíamos que lo éramos...

–Yo no me veo guapo –dijo Willing.

–Tú eres un hombre irresistiblemente apuesto –dijo Nollie–. Y deberías sentirte así.

A Willing le ardieron las mejillas. Nollie era su tía abuela, tenía noventa años y, mira por dónde, coqueteaba con él.

–Antes de hacer este trabajo no tenía ni idea de la cantidad de vejstorios chinos que nos han mandado para aquí. Al menos una tercera parte de los residentes son de Asia. Les sale más a cuenta conseguir que los norteamericanos los cuiden que pagar la mano de obra de su país. Allí cuesta un ojo de la cara.

–Un porcentaje altísimo de la población asiática tiene más de ochenta –dijo Nollie.

–Consecuencia de la política del hijo único. Ahí la estructura etaria parece un hongo.

–No hablan inglés –dijo Willing–, pero los escucho igual. Los norteamericanos son exigentes y se enfadan por cualquier cosa... Ya sabéis, como los jóvenes asiáticos de ahora. Pero los chinos de Elysian crecieron en otra época. Son tranquilos. Los sientas o los acuestas y ni se mueven. El problema es que *no piden* nada. Hay que ir a ver cómo están porque son capaces de estarse horas sentados encima de sus excrementos. La semana pasada uno murió deshidratado. No podía llevarse el vaso a la boca, pero no pidió que le dieran un sorbo de agua.

–¿No está empezando a ser peligroso tu trabajo? –preguntó Bing–. Todos esos tiroteos...

–En Elysian todavía no ha pasado nada –dijo Willing–. Las medidas de seguridad dejan mucho que desear. No hay rayos X o detectores. Pero tienes razón, es una moda. Y está propagándose. ¿A cuántos se cargó ese lunático de Atlanta, el último?

–Veintidós –dijo Bing.

–En total fueron veinticuatro –dijo Savannah–. Un veterano de noventa y

tantos tiró al asesino a la piscina de hidroterapia y se ahogaron los dos.

–Ese asesino les hizo un favor a esos viejos inútiles –dijo Fifa–. Y a todos los demás también.

–Tu novia –dijo Nollie– odia a los viejos.

–No te preocupes, tomaré medidas de precaución –dijo Willing–. No quiero hacer publicidad, pero al trabajo llevo el revólver de Prospect Park.

Técnicamente, su fiable medida de protección era un Smith & Wesson calibre 44 llamado X-K47 Sombra Negra. Para Willing, simplemente la Sombra. Fiel a su nombre, la clásica pistola con la empuñadura color ámbar lo seguía allí donde fuera. Si lo viera su madre, se horrorizaría, pero esa idea a Willing no le disgustaba.

–¿Todavía no se ha oxidado? –preguntó Bing.

–El Gran Gran Hombre me enseñó a cuidarla... Después me enseñó a usarla. –En todo lo relacionado con ese momento del pasado compartido con su bisabuelo, Willing prefería actuar con naturalidad. GGH se había ido de este mundo con un acto de abnegación y no quería que lo relegaran al olvido–. El verdadero problema es que yo podría trabajar en Elysian indefinidamente. Igual que vosotros. Estamos todos en un punto muerto, no hay trayectoria. Ninguno de nosotros tendrá jamás la pasta que hace falta para tener hijos. Podríamos quedarnos paralizados en ese mismo instante. Podríamos estar muertos.

–¡Basta ya de hablar de «muertos»! ¡Los Estados Unidos de América necesitan que sus ciudadanos capaces parezcan vivos! ¡Os presentaréis en vuestros puestos de trabajo todas las mañanas aunque seáis un cadáver con bastón!

Aterrorizado, Willing se levantó y fue a descorrer el pestillo. La mayor parte de sus contemporáneos hablaba con voz apagada, apenas se les oía, pero la de Goog era un vozarrón.

–¿Cuánto tiempo llevabas escuchando ahí a escondidas? –preguntó Savannah.

–El suficiente para saber que esto es un asco de fiesta. ¿Vais a permitir que este agorero profetice otro Armagedón fiscal? Cuando, para desgracia de nuestro chamán, todo empieza a andar a las mil maravillas. ¡Y rápido!

Goog no iba a sentarse en el suelo, por supuesto, y ocupó el sillón desvencijado, el mejor lugar de la sala para recibir a la corte. Había traído una botella de coñac de verdad, pero ese lujo sólo compensaría parcialmente el

que viniera a aguarles la fiesta. Willing habría querido seguir hablando sobre esa sensación de no avanzar. Le habría gustado hacer un sondeo entre sus primos, saber si pensaban que era creíble que les pudiese ocurrir algo que no fuese catastrófico. Ahora ya no tenía mucho sentido. Con Goog delante, todos se andarían con pies de plomo.

–Tu comentario me ofende, Wilbur... Eso de que «ninguno de nosotros» tendrá hijos –dijo Goog–. Personalmente tengo previsto plantar la semilla de los Stackhouse. Lo que pasa es que no acabo de decidirme entre una empleada de laboratorio (ojos azules, cociente intelectual alto) o una fulana de las de antes. ¡Para ese departamento no faltan candidatas!

Barbudo, fornido y más bajo de lo que parecía a primera vista, Goog era casi atractivo. Sólo se mosqueaba cuando las mujeres se enteraban de cómo se ganaba la vida.

–Pobre... Se cree muy chulo él –le susurró al oído Savannah a Willing–. Nunca he sentido tanta pena por alguien que todavía no existe.

–Eso sí que es una novedad –dijo Bing, respetuosamente–. Y muy emocionante. ¿Piensas formar una familia pronto? –Podría haberle estado hablando a su profesor, no a su propio hermano.

–Cuanto antes, mejor –dijo Goog–. Alguien tiene que hacerlo. No es fácil estar al día con las mujeres. Y nuestra hermana sólo es una triste vagina.

–Ya sabes que no me gusta que hables de mí así –dijo Savannah.

–A mí tampoco me gusta que me llamen *asquito* –dijo Goog–. He empezado a tomármelo en serio. La verdad es que no puedes esperar que te llame *especialista en estimulación* sin partirme de risa.

–Tengo un título –insistió Savannah, sin perder la calma.

–Un título de una escuela universitaria y en una disciplina que se le da bien a cualquier tía que se tumbe de espaldas y se abra de piernas. Oye, sé que es pedir mucho, pero ¿podría usar un vaso *de verdad*? –Los demás estaban pasándose el coñac. Bing se precipitó a la cocina–. Como iba diciendo... Por lo visto tendré que ser yo el que se encargue de procrear, y os aseguro que con un solo crío no me conformaré. Tener hijos es patriótico.

–Ahora en serio –dijo Nollie–. Tendrás hijos para mejorar la estructura de edad del país.

–¿Por qué se exagera tanto eso? –dijo Goog–. Esta generación no es muy eficiente en el departamento de reproducción. La tasa de natalidad cayó en

picado en los años treinta, sí, pero a estas alturas ya tendría que haber repuntado.

–Sí, somos perezosos –dijo Fifa–. Después de quince horas deslomándonos en trabajos de mierda y teniendo que pagarnos el bus para volver a casa, nuestro deber sería pasarnos la noche follando sólo para engendrar la próxima generación de pequeños contribuyentes. –Estaba borracha, pero, incluso sobria, la reacción de Fifa a su propio miedo era la rebeldía. Willing tendría que vigilarla.

–¡Bueno! ¿Y qué tal tus padres? –preguntó Willing, para cambiar otra vez de tema.

–A mi padre le faltan dos años para cumplir sesenta y ocho –dijo Goog–. Después estará bien.

A la gente solía darle terror que la jubilaran. Desesperados por tener derecho a prestaciones sociales, en esos días todos se morían de ganas de llegar a viejos.

–Además –añadió Goog–, ¿recordáis esas inversiones que hizo durante la Renuncia y a las que se aferró con todas sus fuerzas? Algunas han empezado a valorizarse.

–Eso es fabuloso para el país, pues –dijo Willing.

–¿Y por qué no fabuloso para *mi padre*? –preguntó Goog, con dureza.

–Ochenta y cinco por ciento de plusvalía –dijo Willing, sonriendo.

–Sí, de acuerdo, todo el mundo tiene derecho a una *tajada justa*. Es eso, ¿no?

–Absolutamente. La *justa*.

Goog miró detenidamente a su primo para ver si le estaba hablando con ironía. La expresión de Willing, aunque impenetrable, era agradable.

Goog volvió a reclinarsse en el sillón.

–Creo que papá está feliz de haber vuelto al Departamento de Economía de Georgetown. Aunque sea un puesto honorario. Sólo da una clase por semana, nocturna. El problema es que podría decirse que del campo que domina (la deuda, la inflación y la política monetaria) no queda nada. Ahora todo eso lo controla el puto Nuevo FMI, se han quitado de encima la Reserva Federal. Este jodido país ya no tiene política monetaria...

–Ni deuda –añadió Willing–. Inflación tampoco.

–Lo importante es que no es culpa suya...

–No es culpa suya haberse equivocado. –(Sinceramente, Willing debería

aprender a cerrar el pico.)

–No es culpa suya que los acontecimientos le pasaran por encima –dijo Goog.

–Si los Estados Unidos se hubiesen apuntado al báncor desde el principio, en lugar de negociar desde una posición desesperada en el 34, podríamos haber evitado la depresión.

–*Depresión...* Sólo es una palabra.

–Estoy seguro de que a los que murieron de hambre no les parecía sólo una palabra.

–¿Así que a papá le gusta volver a dar clases? –dijo Savannah, en plan pacificador.

–Claro –dijo Goog, más calmado–. Supongo que lo que le han ofrecido podría calificarse de sinecura, pero para él es importante. Esto lo digo extraoficialmente, pero me gusta pensar que tuve algo que ver con su readmisión. Informé a la universidad de que, debido a ciertas *irregularidades* en todo ese asunto de la financiación extranjera conjunta, apoyada por Pekín, y ya sabéis que en el cuerpo estudiantil hay la tira de amarillos, su condición de exentos de impuestos peligraba. La administración se desvivió por ser útil.

–Eso nunca me lo habías dicho –dijo Savannah.

–Te lo digo ahora, pero si se lo cuentas a alguien, te auditaré el culo. – Goog lo dijo en plan coña, pero a nadie más le pareció graciosa la advertencia.

–¿Y tu madre?

Willing le había maXfleXteado un mensaje a Avery la semana anterior. Estaba muy al corriente de la vida de su tía. Savannah tenía razón: no hay que apartarse de lo seguro.

–La verdad es que no hablamos mucho –dijo Goog, poniendo los ojos en blanco.

–No quiso entrar en la ASCO –dijo Savannah.

–No. Lo que no quiso fue que yo entrase en la OACS. Y eso la convierte en una imbécil total. La mejor idea que he tenido en toda mi vida. Ya ves lo que pasa cuando te arrodillas delante de tu madre para pedirle consejos. Sea como sea, ya sabéis que tiene ese gusanillo de hacer el bien, y empeoró después de la muerte de tu madre, Wilbur. Como si tuviera que seguir cargando con la misma repugnante tradición... Montó ese «banco de alimentos para jóvenes» en DC. No puede ser más obcecada.

–¿Por qué? –preguntó Savannah.

–Desmotiva –dijo Goog, oficiosamente–. ¿Por qué piensa que eliminamos la asistencia social salvo para los discapacitados? La mitad de éstos también son unos vagos. ¡La invalidez por un esguince en el meñique!

–Las revisiones médicas para conceder la incapacidad son extenuantes – dijo Nollie.

Goog descartó el comentario con un gesto de la mano y tomó un trago de su vaso.

–No sé qué vamos a hacer con los huelguistas. Cada año hay más. Y dormilones asquerosos también. Me hierva la sangre, oye. No digo que debería ser ilegal...

–Lo que estás diciendo es precisamente que debería serlo –dijo Savannah.

–A lo mejor la ASCO debería empezar a traer negros de África en grandes barcos –dijo Fifa–. ¡Hay de sobra! ¡Dos mil quinientos millones! En Lagos nadie los echaría de menos.

–Tienes un problema de actitud muy grave, nena –dijo Goog.

–Supongo que tener una mala actitud también debería ser ilegal –dijo Fifa.

–Estoy harto de este rollo. –Goog se inclinó hasta casi rozarle la cara a Fifa–. Este país no es un Estado policial. Éste es un país libre, y ya puedes decir lo que se te antoje, joder. Ya estoy hasta los mismísimos de gente como tú, siempre llenándose la boca con palabras como «opresión» y «subyugación» y «tiranía». Lo que se espera de ti es que cumplas con tu parte, que contribuyas a que el espectáculo de la economía siga en cartel. ¿Y eso qué tiene de malo? Tampoco tiene nada de malo que los mayores de sesenta y ocho tengan atención médica o que reciban un modesto subsidio de un sistema de pensiones al que han cotizado toda la vida...

–No cotizaron bastante para estarse sentados sin hacer nada y desintegrarse durante más años de los que *trabajaron* –dijo Fifa.

–O sea, ¿que sólo porque tienes que contribuir al mismo sistema – prosiguió Goog– no crees vivir bajo las botas de unos nazis que marchan a paso de ganso? ¿Lo captas?

–Podrían haberme engañado –dijo Fifa, sin alterarse–. ¿No has amenazado a Savannah con «auditarle el culo»? Venga, pues. Audítame el mío. En mi chip no encontrarás nada que no sean bolitas de polvo digitales.

–Podría hacer que te volvieran a chipear. Aduciendo que en el tuyo ha entrado un *hacker*...

–Creía que era a prueba de piratas informáticos.

–Se puede... arrancar. No es muy agradable, ya sabes que los piratas eran muy crueles.

–Ooh, ooh, sigue, sigue –dijo Fifa, ofreciéndole a Goog el cuchillo dentado para el pan francés duro.

–Estás pedo –dijo Goog con desdén.

–Estoy divinamente –dijo Fifa, echándose al colete otro trago del coñac de Goog directamente de la botella; desde el punto de vista higiénico, algo mortíferamente cruel–. ¿Quieres oír un fragmento de verdadera libertad de expresión? Para mí, los huelguistas son unos héroes. Si tuviera agallas, dejaría de ponerle a esa puta de Bay Ridge sus pantuflas apestosas, dejaría de rellenar esos miserables sándwiches para otros fiambres y de colocar barandillas para los muertos vivientes. Yo también me dedicaría a descansar. Cualquier cosa menos trabajar como una burra para *asquitos* como tú.

–Los huelguistas reirán los últimos, ya verás. Y de ti, hermana –dijo Goog–. No están sacrificándose por sus principios. Están rascándose la barriga en casa de los padres y viviendo de la Seguridad Social de los abuelos. Y cuantos más huelguistas y dormilones tengamos, más subirán tus impuestos. Te tienen pillada.

–Entonces, ¿de verdad piensas que negarse a trabajar por sólo el 23 % del salario debería ser ilegal? –dijo Savannah.

–Sí, es posible –reconoció Goog con brusquedad–. Puede que piense así.

–No estoy seguro de que los dormilones entren en la misma categoría –dijo Willing–. Han ahorrado..., aunque no sé cómo. Pagan por adelantado todos los costes que generan.

Willing no comprendía por qué se había tardado tanto en transformar el IRS, una agencia infrafinanciada y en apuros, en la bestia rebautizada que era ahora, y también lo desconcertaba el motivo por el cual la costumbre de pasarse largas temporadas dormido no había empezado varias décadas antes. Cuando se legalizaron, se regularon y se gravaron las drogas para uso recreativo, no tardaron nada en empezar a aburrir a la gente. Sólo en ese momento se tomó conciencia de que el narcótico perfecto había estado siempre disponible para todos, y gratis: dormir. Una ayudita farmacológica para provocar un coma indefinido era barata, y una ligera dosis administrada de manera constante permitía ciclos oníricos repetidos. Los cuerpos inertes apenas gastan energía; por tanto, rara vez hay que volver a llenar el gota a

gota para alimentarlos e hidratarlos (los dormilones consumían bidones enormes de esos líquidos). Darles la vuelta en la cama para impedir que se les formasen llagas en la piel era una fuente de empleo muy bien acogida entre los poco cualificados. Los dormilones no necesitaban apartamentos, y mucho menos un maXfleX o ropa nueva. Sólo necesitaban una muda y un colchón. Volvió a usarse una designación pasada de moda, «casas de reposo», que hacían pensar en algo así como almacenes para sonámbulos, a los que sólo despertaban y echaban a la calle cuando se acababa lo que habían pagado por adelantado. Las generaciones anteriores habían pedido prestado para comprar propiedades. Muchos de los jóvenes como Willing también vivían obsesionados con la idea de tener unos ahorrillos, pero con la vista puesta en la posibilidad de dormir todos los años de vida que esos ahorros les permitieran.

–Los dormilones tienen un coste que afecta a la productividad –dijo Goog.

–Me lo he estado pensando... Si pudiera juntar el dinero necesario –dijo Willing–. ¿Un año tal vez? Para mí es un gustazo que mi despertador suene a las cinco y media.

–¡Willing, tú no harías eso! –dijo Nollie, horrorizada.

–Preferiría ver mis sueños –le dijo Savannah a Fifa, con un gruñido– antes que otra puta serie coreana. Unos gemelos separados por la guerra empiezan a vivir juntos después de la unificación y el del Norte confunde un secador de pelo con una bazuca... Mamá y papá no tienen ni idea de la suerte que tuvieron por poder ver comedias televisivas en Minneapolis.

–Según mamá, después de pasarse una temporada durmiendo, la fisioterapia no es moco de pavo –dijo Bing–. De todos modos, esa nueva actividad suya, el Reacondicionamiento Vertical, está yendo muy bien. Cuando despiertan, los músculos parecen gelatina. Los sacan de las casas de reposo en camilla, como a los cadáveres de la morgue. En realidad, estar despierto también puede dar miedo. Ha habido muchísimos suicidios. Yo preferiría emigrar.

–¿Sí? ¿Y adónde? –preguntó Savannah, alarmada.

–Los javaneses de la dirección de IBM parecen civilizados –dijo Bing–. A lo mejor me voy a Java, pues.

La fábrica de máquinas de oficina de Nueva Jersey donde trabajaba el menor de los Stackhouse producía robots que podían usarse como

supervisores en la industria manufacturera. Willing podía entender la razón por la que su primo tal vez estuviera haciendo otros planes.

–¿Y cómo vas a entrar en Java? –dijo Savannah–. No dan visados a casi nadie, y ni uno solo a los norteamericanos.

–Hay maneras... –dijo Bing, mirando con preocupación a su hermano.

–Entrar ilegalmente en cualquier país de Asia es muy jodido. –Firmemente decidida a convencer a su querido hermano menor para que no ahuecara el ala, Savannah no prestó atención al nerviosismo que Goog le provocaba a Bing–. Ahí no hay esos cuentos sobre «derechos humanos», «debido proceso» y «solicitudes de asilo». No te dan subsidios semanales ni una vivienda social con la ridícula advertencia de que supuestamente no puedes trabajar. No hay juicios civilizados ni abogados defensores independientes, y después, cuando te rechazan, puedes recurrir, recurrir y volver a recurrir. No olvidan nada de ti aun cuando se supone que no estás ahí, porque son demasiado desorganizados y políticamente ambivalentes en lo que tiene que ver con su derecho de expulsarte del país y, francamente, no tienen con qué pagar el billete de avión para deportarte. No, no. Te fichan, te vigilan, y no son tan idiotas para dejarte en libertad bajo palabra: ah, estaría *bien* que compareciera usted ante el tribunal dentro de dieciocho meses a partir de ahora. Te detienen sin darte explicaciones, te meten en una celda plagada de ratas y te dan comida podrida, y cuando ya tienen bastantes dentro ni se toman la molestia de mandarte de vuelta a tu país. Te dejan tirado en cualquier parte: Siberia, Francia, Nigeria. Donde más les convenga. Sobre todo en China. Es posible que nunca vuelvas a tu país.

–Oh, no puede ser tan duro –dijo Fífa–. China e India están llenas de inmigrantes ilegales. Muchos africanos también, y mira que son fáciles de reconocer.

–Pero algo tengo que hacer –dijo Bing, acongojado–. Aunque me sigan dando trabajo en IBM, cosa que dudo, se parecerá a lo que ha dicho Willing sobre Elysian. No avanzaré nunca. Todos los puestos de responsabilidad se los dan a gente del Sudeste Asiático. Y en mi caso no se trata de no querer hacer *lo que me corresponde*. –Cuando volvió a mirar a su hermano, tenía en la cara la expresión de un cachorro después de mear en la alfombra–. No es que me importe *mantener la economía en marcha*, ya me entendéis. No va de eso. Me alegra poder ayudar a los carcamales..., perdón, Nollie, a los *longevos*, quería decir. Lo que más necesitan es atención médica, ¿no? Pero

no me pagan mucho. Cuando el chip termina de tragarse lo que gano, no queda nada. –En ese momento no miró a Goog–. Al menos si emigrase...

–No me gusta nada tener que truncar tus ilusiones, colega –dijo Goog–. Pero hay un punto del código fiscal de los Estados Unidos que no ha cambiado desde la Guerra Civil. A los norteamericanos les obligan a pagar impuestos por lo que ganan en cualquier parte del mundo, y eso incluye a los expatriados. Pero si en Yakarta no te dejan el chip seco, nosotros nos ocuparemos de hacer el trabajo por ellos. O sea, que es una suerte que no te importe pagar tus deudas, hermanito. Los satélites de la OACS pueden quitarte lo que debes aunque estés atravesando la tundra de Mongolia a toda carrera. No estoy diciendo que *alguna vez* se te pasará por la cabeza engañar al gobierno de tu país, pero ¿qué pasa ahora que el chip se ha adoptado a escala mundial? Tu capacidad para quedarte con un poco de pasta sin que nos enteremos de cuánto quieres birlar, incluidos los dos decimales después de la coma... Bueno, pues será *muy poca*.

–Guau –exclamó Fifa, tumbada de espaldas–. Ésta sí es una gran fiesta.

–¿Y México? –sugirió Willing–. Ahí podrías ascender en la escala social. El sector manufacturero es enorme y el PIB mexicano supera al estadounidense...

–Eso no quiere decir mucho –bromeó Nollie.

–Pero a Esteban le va estupendamente –dijo Willing–. Ahora tiene su propia empresa de excursiones por el desierto...

–No sé cómo –dijo Nollie–. México no tiene desiertos.

–Bueno, eso no existe en ninguna parte, Noll –dijo Fifa, irritada y como si le hablara al techo–. Puede que lleve grupos de excursionistas a un aparcamiento en el que aún quedan algunas plazas libres.

Cuando su padre de hecho, al que echaba mucho de menos, emprendió el camino hacia la frontera sur en 2039, Willing se había emocionado al ver cuán pocas ganas tenía el latino de marcharse de un país que consideraba profundamente suyo. Esteban era un auténtico patriota americano. En cambio, insertos en la tradición liberal del noreste, los Mandible habían tenido la costumbre de hablar mal de su propio país, como si odiarlo ahí, en su territorio, los hiciera mejores. Ciertamente, Esteban se burlaba de los blancos viejos que se vanagloriaban de su «tolerancia», pero que realmente no lo querían en los Estados Unidos. Los que echaban de menos los viejos tiempos, cuando lo controlaban todo. Sin embargo, él nunca insultó al país en sí, la

idea del país y el modo en que supuestamente debía funcionar aun cuando no funcionara de ese modo (cosa que ocurría más o menos siempre). Jayne y Carter, el Gran Gran Hombre, Nollie y su madre a veces habían parecido disfrutar a lo loco con la ruina de los Estados Unidos. A Esteban, el declive de la nación que, para él, era la más grande de la tierra, sólo le provocaba pesar.

Habían sido muchos los latinos que, como Esteban, habían vuelto a la tierra de sus antepasados. La pérdida era peor que la cifra. Habían sido norteamericanos con el fanatismo de los conversos. Como la emigración había alcanzado un pico sin precedentes, la población de los Estados Unidos disminuía por primera vez en su historia. Los que quedaban se sentían atrapados, varados, abandonados. Solían ser siempre los mismos, los que habían despotricado cuando los extranjeros atravesaban en tropel sus fronteras. Ahora que los de fuera ya no arriesgaban la piel para llegar a Norteamérica, los nativos se sentían abandonados. Sentían que nadie los quería. Echaban en falta su propio resentimiento. Poca era la satisfacción que se alcanzaba aferrándose a algo, no soltándolo, defendiéndolo cuando nadie más lo quería. Tal vez Willing comprendía por qué los blancos de la edad de su madre, e incluso mayores, a veces se habían sentido invadidos, alienados o sustituidos, si bien era cierto que se habrían sentido muchísimo menos amenazados si hubieran aprendido español. Sin embargo, nadie dudaba de que había algo más duro que vivir en el país donde también quería vivir el resto del mundo, a saber: vivir en un país del que todo el mundo quería irse.

Esteban también había sido leal en un sentido personal. No se separó de la familia en la Ciudadela, aun cuando escarbar la tierra en Gloversville había sido dos veces más duro que el mecánico trabajo manual que habían hecho su padre y su abuelo y del que él creía haberse salvado. Y después de todo lo que pasaron juntos, perdió a Florence por un estúpido corte en el dedo. Willing, su hijo en todo menos en el apellido, ya era mayor de edad. Difícilmente se podía hablar de deserción.

Savannah despertó a Willing de sus ensoñaciones.

—¿Por qué sería más fácil entrar en México?

—Esteban cruzó la frontera —dijo Willing—. Tuvo que contratar a unos coyotes, pero eso fue bastante sencillo. Los mismos que traían latinos a El Norte habían empezado a hacer el transporte en la dirección contraria.

—Esteban consiguió pasar antes de que terminaran de levantar la valla —dijo

Savannah—. Electrificada, informatizada y vigilada en su totalidad, desde el Pacífico hasta el Golfo. Además, él desciende de mexicanos. Tendrá una oportunidad para nacionalizarse. En México no dan la nacionalidad a los «blancos no latinos». Somos una especie apesada. Aun cuando Bing consiguiera de milagro pasar el Río Grande, la discriminación es asesina. Sé de lo que hablo. Mis clientes son una fuente de información mejor que la red. Bing será *basuramericana* y lo tratarán como a un perro. Antes aquí insultaban a los mexicanos, ¿os acordáis? Pues ahora, je, je... *Gringos de mierda*, nos llaman. Tiene su gracia, considerando que gente como Fifa tiene tres trabajos, pero ellos creen que somos perezosos. Y de lo que no cabe ninguna duda es de que piensan que somos estúpidos.

—¿Por haber tenido tanto poder y luego perderlo? —dijo Nollie—. Eso sí es bastante estúpido.

—Siempre se pierde —dijo Willing—. Lo permitas o no.

—Por haber tenido tanto dinero y después perderlo, entonces —rectificó Nollie—. Tener todo ese dinero y gastar más de lo que se tenía. A eso yo lo llamo estupidez.

—Ésa es la versión más necia de lo ocurrido en estos últimos veinte años que he oído jamás —dijo Goog.

—¿*No podríamos...*? —dijo Savannah. Ir sonsacando lo que había ocurrido, por qué había ocurrido, a quién especialmente le había ocurrido y lo que significaba era una obsesión presente en todas las conversaciones allá donde fueren. Willing podía entender que Savannah ya estuviera harta.

—Aún me duele pensar que no hicimos nada cuando China se anexionó Japón —dijo Bing con tristeza—. Por alguna razón siempre me gustaron los japoneses. Su manera especial de hacer las cosas. Todo a la perfección. Lo lamenté por ellos.

—Fueron los japoneses los que empezaron, cuando hundieron ese destructor chino —dijo Goog, parafraseando lo que el presidente había dicho al pueblo norteamericano en aquel momento—. Para mí, se la estaban buscando. De todos modos, estaban en las últimas. Fue un harakiri. Son kamikazes, ya sabéis. Como si hubieran dicho: *Venga, adelante, disparad ya*.

—Es cierto, la raza japonesa se ha evaporado casi por completo —dijo Savannah—. Para mí, el argumento de la falta de espacio fue muy convincente. Con esa avalancha que les llegaba de África y todos esos refugiados de las Guerras del Agua, en China ya no cabe nadie más.

–Aun así, es imposible no imaginar lo mal que lo habría pasado esa flota si los chinos se hubieran lanzado sobre un aliado norteamericano cuando éramos unos críos –dijo Goog, rememorando su infancia con cariño–. Lamento inmensamente haberme perdido ese jaleo. Habríamos enterrado a Pekín tan hondo que las atalayas de la Ciudad Prohibida habrían salido por el otro lado, en Omaha.

–Bobadas –dijo Savannah, que no opinaba lo mismo–. Si hubiéramos intervenido, la cosa se habría complicado mucho, como de costumbre. Lo mismo vale para Taiwán. Por suerte no pudimos permitirnoslo.

–Después de tantos fiascos: Vietnam, Irak, Nueva Zelanda, esperaría estar de acuerdo contigo –dijo Nollie–. Pero quedarnos cruzados de brazos y buscar excusas para no hacer nada... Para mí fue una deshonra.

La idea que Nollie tenía de la vergüenza la compartía ampliamente toda su generación, y también gran parte de la generación de Florence; pero a Willing eso no lo emocionaba especialmente. Más o menos en los días en que los billetes que llevaba en el bolsillo se desintegraron como si fuesen pañuelos de papel, hubo algo que él supo disociar hábilmente. La abstracción a la que había sido llamado por haber nacido casualmente en los Estados Unidos ya no parecía tener nada que ver con él. Era norteamericano como adjetivo. Ya no como sustantivo. Personalmente, no veía la necesidad de volver sobre los reparos que su país había puesto a la hora de declararle la guerra a China. Si eso quería decir que a él no lo habían obligado a formar parte del cuerpo de paracaidistas y a saltar sobre las azoteas de los rascacielos de Chengdú, eso era una buena cosa. Y si tenía que sentirse impotente, la causa de esa sensación sería algo más cercano: no le quedaba más remedio que invitar a cenar a un primo que no le caía nada bien. Eso sí era impotencia. Pero no se sentía implicado en las historias de Taiwán o de Japón. Su país no ayudó porque no podía, punto. No tenía dinero. Eso era relajante. Así debía de ser vivir en la mayoría de los países cuando los Estados Unidos enviaban bombarderos, buques, tropas y transporte aéreo cada vez que algo iba mal. Si había un genocidio en Madagascar, no se daban golpes en el pecho por no hacer nada al respecto en Argentina. Así se vivía mejor. Cuando Willing era pequeño, era común quejarse cuando una persona «no tenía límites». Los amigos que «no tenían límites» eran una lata. No sabían qué debían guardarse para sí mismos. Así pues, es posible que uno de los méritos de estar en un país fueran sus límites, pues trazaban una línea alrededor de lo que eran los

asuntos de cada cual. En una palabra, contribuían a mantener la existencia de eso que se llama los asuntos de cada cual.

–Oíd, chicos, ¿habéis visto esa casa de cristal que han edificado en el solar de Jayne y Carter en Carroll Gardens? –preguntó Savannah–. Creo que es un palacio vietnamita. No puede ser más hortera.

–Bueno, eso es todo Brooklyn para ti –dijo Goog–. La mitad de las casas de piedra rojiza han sido arrasadas. A esos amarillos de cara aplanada les importa un bledo la conservación del patrimonio arquitectónico.

–Goog, ese mote peyorativo está pasado de moda –lo reprendió Savannah–. ¿No te das cuenta de que las mujeres como yo recurrimos a la cirugía para tener los ojos más estrechos y la nariz más plana?

–La semana pasada hablé con Carter y Jayne –dijo Nollie–. Jayne sigue despotricando por no haber recibido todavía el reembolso del seguro. Pero ese matrimonio de Hanói pagó una fortuna por el terreno, lo suficiente para compensar el hecho de que, entre impuestos sucesorios y gastos de mantenimiento atrasados, no valiese la pena reclamar la parte de mi madre. Podían comprarse lo que querían, o lo que pensaban que querían. A lo mejor ése es el problema.

–Son muy viejos ya para llevar solos un rancho en Montana –dijo Bing–. Al menos los ayudé a elegir un robot que se ocupe de la casa. Lo que pasa es que compraron uno de los ultramodernos y la conversación es un muermo. Los más baratos siempre se equivocan con las palabras claves. Son para partirse de risa, y mucho más divertidos.

–¿Problemas con los robots? –dijo Fifa–. Dale un sartenazo a uno y lo único que conseguirás es destrozar ese aparato tan costoso. Mi puta de Bay Ridge podría permitirse uno de primera calidad, cinco veces mejor que el de los abuelos. Pero claro, a un robot no puede volverlo loco ni amargarle el día.

–Sospecho que comprendo por qué, después de vivir todos hacinados en la Ciudadela, deseaban tanto la soledad –dijo Nollie–. Pero cuando se fueron de la granja, Jayne era casi una persona normal. Ahora todas las hectáreas que tienen son una enorme Habitación Silenciosa. Ya está otra vez loca. Y Carter también ha sufrido una regresión. Por Dios, yo creía que lo habíamos hablado a fondo en la Ciudadela, pero ahora vuelve a amargarse otra vez hablando de los «años perdidos» con Luella, y tiene flashbacks. Os juro que las parejas que se encierran y no tienen otras relaciones son mortales. No tienen bastantes cosas de las que hablar. Por eso se ensañan conmigo, la horrenda y

egoísta Enola, aunque sólo sea para no tirarse los trastos entre ellos. Como no se puede comer *todo el día*, se dan un atracón de agravios entre comidas. Francamente, nuestra conversación apenas puede calificarse de cordial. Y mira que no monté ningún pollo cuando esos dos se quedaron con toda la cubertería de Bountiful House. Ni siquiera un cuchillo para untar el pan con mantequilla les pedí.

–Si en aquellos días hubieras ido más a menudo a Carroll Gardens –dijo Willing–, comprenderías por qué una cubertería de plata no sirve para compensar todo lo que mis abuelos hicieron.

–No podía soportarlo –reconoció Nollie.

–Nadie podía soportarlo –dijo Willing.

Si de verdad Jayne volvía a hundirse en una neurosis profunda y Carter alimentaba rencores, eran las dos únicas excepciones. A lo largo y lo ancho del país, la salud mental y física de los norteamericanos había mejorado. Ya casi no había gordos. Los casos de alergia eran raros, y ahora, si alguien mencionaba que evitaba el gluten, probablemente se debía a que un solo trozo de pan lo mataba. Los desórdenes alimenticios como la anorexia y la bulimia habían desaparecido. Si un amigo decía que estaba deprimido, algo triste había pasado. Tras un aluvión de horrores en plan vida o muerte, nadie tiene energía para sufrir aracnofobia, claustrofobia o agorafobia. En los años treinta, la quiebra total de las farmacias saqueadas, así como una extendida incapacidad para conseguir dinero con que comprar droga en la calle, había provocado un mono a escala nacional entre los adictos. Con los gimnasios cerrados, los entrenadores personales se volvieron obsoletos como la bombilla incandescente. Sin embargo, actividades como reparar las casas, cultivar los huertos, caminar para ahorrar combustible y echar a los intrusos a golpes de bate de béisbol habían conseguido que los norteamericanos estuvieran en una buena forma impresionante. Como las operaciones de cambio de sexo eran prohibitivas, los diagnósticos de disforia de género no tenían sentido. Si una mujer tenía tendencia a lo masculino, adoptaba movimientos agresivos y angulosos y, en lugar de cruzarse de piernas, ponía el tobillo sobre la rodilla; todo el mundo captaba el mensaje, y los gestos eran más elegantes. Como soñar acabó venciendo a las drogas, las fantasías sexuales siempre habían sido un camino más limpio y más dulce, por no decir más barato, para satisfacer un sinnúmero de desviaciones, preferibles a la burda y dolorosamente imperfecta experiencia de realizarlas. Nadie tenía

dinero, tiempo y paciencia para permitirse una patología, de la clase que fuere. No es que los norteamericanos se pusieran en contra de las rarezas; sencillamente ya no se sentían inclinados a solucionarlas.

–Eh, Willing –dijo Bing–. Siempre estás recordando lo genial que fue nuestro paso por la Ciudadela. Si Elysian es un asco, ¿por qué no vuelves allí? Te encariñaste con esa granja más que la mayoría de nosotros.

–Me lo pensaré –dijo Willing–. Pero hace meses que no hablo con Jarred. Al final le fleXteé a Don Hodgekiss, el de la granja vecina. Dice que hace mucho que no se le ve el pelo. Que dejó la Ciudadela a los federales. Para mí que no quiere hablar con nadie.

–¿Y dónde crees que puede haber ido? –preguntó Bing.

Nollie puso los ojos en blanco. Savannah mojó deliberadamente la última tortilla con lo poco que quedaba en la fuente de los frijoles.

–¿Cómo voy a saberlo? –dijo Willing, sin mirar a nadie. No quería mirar a Goog y tampoco dar la impresión de que no lo miraba.

–Es obvio, ¿no? –dijo Goog–. No tenéis motivo para haceros todos los inocentes. ¿Quién es el verdadero chalado de esta familia? ¿Quién es sedicioso por naturaleza? ¿Quién es el imbécil renegado que no respeta a la autoridad? ¿Quién es el oportunista que se pasó la década de 2030 especulando? ¿Quién ignoró por completo la amnistía y regularización de las armas en el 38?

–No la ignoró por completo –dijo Bing–. Cuando declararon nula la Segunda Enmienda...

–Nadie declaró *nula* la Segunda Enmienda, mamonazo –dijo Goog–. La *aclararon*. Ahora los expertos constitucionales modernos creen que nunca se redactó con la intención de aplicarla a particulares. Lo de la «milicia bien reglamentada» se refiere a la policía y las fuerzas armadas. No a un lunático con un AK en un centro comercial.

–Jarred sí entregó un par de pistolas para guardar las apariencias –dijo Bing–. Y nadie hizo caso de la amnistía. Todos esos enfrentamientos, que si me quitarán el arma pasando por encima de mi cadáver... Ufff.

–Además, ¿quién pensaba que su estúpida granja era una «ciudadela»...? ¿Una fortaleza, un territorio aparte? –prosiguió Goog–. ¿Quién no tiene sentido de lealtad a este país, y quién ha sufrido claramente las consecuencias?

–No podemos saber con seguridad adónde se fue –farfulló Savannah–. Y,

por si fuera poco, circula ese rumor sobre la autodestrucción del chip... No estoy muy segura de que sea cierto.

–Oh, sí, es cierto –dijo Goog, en tono ominoso–. Créeme.

Willing estuvo a punto de soltar que, por lo que sabía, Jarred nunca se había implantado el chip. Y eso excluía la posibilidad de que la cabeza le estallara como una calabaza alcanzada por un disparo de escopeta en el momento en que un satélite de la ASCO detectara que se encontraba donde no debía. Pero consiguió morderse la lengua. La información podría haber negado a su primo una satisfacción malévola, y no interesaba a ninguno de los presentes negarle a Goog Stackhouse cualquier clase de satisfacción.

–He oído decir que ahí viven como animales –dijo Bing–. Sin internet. Como en una Pedrada eterna. En chozas de barro, en tipis o algo parecido. Sin electricidad, sin televisión. Ni siquiera pueden oír la radio, los Estados Unidos interceptan las ondas. Según muchas webzines, no tienen nada que comer y se ha impuesto el canibalismo.

–Tiene que ser un pozo de mierda –dijo Goog–. Totalmente aislados del comercio mundial. Violar las sanciones de los Estados Unidos significa pasarse entre rejas una temporada tan larga que ni los sucios pasotas se arriesgan a entrar clandestinamente. El único país que ha reconocido a los Estados Unidos de Nevada es *Eritrea*. Aunque pudieras sortear la vigilancia de los guardias y las minas de la frontera, y eso es *imposible*, desertar para irse con esos locos subversivos se considera traición. Y la traición es el único delito que, según el Derecho federal, sigue siendo capital. Así que espero que ninguno de vosotros jamás se impacienta tanto como parece haberle ocurrido a Jarred. Toda una unidad de la OACS con certificación de máxima seguridad puede sustituir a la autoridad y apretar el botón.

Obviamente, en presencia de Goog, Willing fingía desinterés. No obstante, y como a la mayoría, lo intrigaban los Estados Unidos de Nevada, que incorporaban a varias naciones indias así como el sistema de gobierno original, llamado coloquialmente Estado Libre (causa de mucho resentimiento en Maryland, que reivindicaba ese nombre desde 1864). ¿Cómo no estar fascinado por una caja negra semejante, un trapecio en el que nada ni nadie, al menos oficialmente, podía entrar? Desde la secesión del estado en 2042, cualquier información acerca de la república separatista se acallaba en cuanto surgía. La Agencia Nacional de Seguridad debía de haber instalado filtros de internet, pues para hacer una búsqueda sobre la joven

confederación había que usar eufemismos como «apostar fuerte»; pero, dado que los reconfiguraban constantemente, dejaban de funcionar al cabo de unos días. A Willing lo alegraba que no hubiera estallado una segunda guerra civil. Que la misma debilidad de la opinión pública, el miserable estado de la soberanía nacional y las mismas rencorosas excusas que habían impedido que los Estados Unidos acudieran a rescatar a Japón hubiesen llevado al Congreso a dar por perdido a ese ingrato desierto de polvo del Oeste con un desdeñoso adiós y hasta nunca. (El comercio norteamericano con Cuba funcionaba ahora mucho mejor que con ese agujero situado en el interior del país y que no se podía pisar. En los nuevos mapas de los Estados Unidos, Nevada aparecía maliciosamente en blanco.) Ciertamente, las fronteras nacionales podían excluir, por compasión, y por considerarlo sencillamente inmaterial, todo lo que quedaba fuera de ellas. No obstante, los Estados Unidos de Nevada aún parecían tener algo que ver con Willing. Suponiendo que a su tío no lo hubiesen matado de un tiro en el lado norteamericano mientras intentaba atravesar el perímetro de Nevada –militarizado, como todo el mundo sabía–, no le cabía duda de que ése era el lugar al que Jarred había huido. Los momentos en que los Estados Unidos de Nevada se le pasaban por la cabeza eran los únicos instantes del día en que se sentía despierto.

Probablemente era verdad que resultaba imposible cruzar esas fronteras. Probablemente era cierto también que el chip estaba programado para hacer estallar la cabeza del portador en el improbable caso de que consiguiera pasar al otro lado. Así y todo, Nevada era la única excepción a la afirmación de Goog en el sentido de que no había manera de escapar de la ASCO. Era el único lugar del mundo donde los norteamericanos no pagaban impuestos federales. En consecuencia, la mera mención a esos traidores descontentos puso furioso al invitado más influyente de esa noche. Lo más prudente era cambiar de tema.

–¿Y cómo van las cosas en la Oficina? –le preguntó Willing a Goog, alegremente.

–¿Y esa pregunta...? –dijo Goog, que empezaba a olerse algo—. *¿Interés por mi trabajo?*

–En este país todo el mundo se interesa por tu trabajo.

Willing había perfeccionado su cara de póquer en la adolescencia. En su rostro, la burla y la estima sincera eran indistinguibles.

–Ya que lo preguntas –dijo Goog–, estamos introduciendo nuevos

requisitos de notificación que seguramente van a afectarte, Nollie. A fin de cuentas, no parece justo que la mayor parte del país envíe tantos datos sobre sus ingresos y gastos mientras los que se escaquean pueden operar con secretismo y en la sombra, ¿verdad?

–Sí, que yo me compre pañales para la incontinencia parece una injusticia flagrante –dijo Nollie.

–A partir de enero del año que viene –Goog, entusiasmado, levantó la voz–, los que no llevan chip estarán obligados a presentar un informe diario sobre cada compra y cada depósito. Ya hemos diseñado los impresos en línea, y son realmente exhaustivos: domicilio del vendedor, número de identificación fiscal federal, fecha y hora, número de serie o producto, finalidad de la compra...

–¿Quieres decir que el gobierno federal necesita saber *por qué* compro pañales para la incontinencia? –dijo Nollie.

–Lo mejor de todo es que los impresos no aceptan nada que se haga con el método de cortar y pegar. –Goog no podía dejar de sonreír–. Tal vez descubras que permanecer fuera del sistema te costará mucho esfuerzo y te dará muchos problemas.

–Eso es acoso –dijo Nollie.

–Según cómo se mire –dijo Goog, muy risueño–, todo lo que signifique gobernar es una forma de acoso. Pero tú no lo vas a mirar así, ¿verdad?

–¿Y por qué no les implantan el chip a los viejos como a todos los demás? –preguntó Savannah, intrigada.

–La coerción es una medida que puede considerarse grosera, y da lugar al pataleo –proclamó Goog–. De esta manera, a los *longevos* se los convence para que acepten el chip como una grata manera de salvarse del papeleo, una tortura comparable a las de Abu Ghraib. Piénsalo: si te doy una paliza con una porra, te cabreas y hasta podrías devolverme los golpes. Si te pincho una y otra vez con un alfiler, me darás las gracias cuando deje de hacerlo.

–Eres diabólico –dijo Nollie.

Goog aceptó el cumplido con un elegante movimiento de la cabeza.

–Ah, y ahora que el Congreso ha derogado ese arbitrario límite de siete años impuesto a nuestra *curiosidad*, también hemos empezado a desenterrar expedientes viejos. Vaya cantidad de irregularidades en los años treinta. Como esos lloricas que boicotearon al fisco negándose a presentar la declaración y armaron un jaleo tremendo. Que «su propio gobierno» los

había arruinado, decían. Con los costes y el interés compuesto, esos estafadores lo perderán todo. Es complicado, pues hay que convertir los dólares viejos en nuevos, pero hemos desarrollado una fórmula.

—Hacia el final, el valor del dólar cambiaba todos los días —dijo Willing—. Incluso a cada hora. Así que vuestra fórmula ha de ser tremendamente compleja.

—*Grosso modo*, funciona a nuestro favor, si a eso te refieres —concedió Goog.

—Sí —dijo Willing—. A eso me refería. —Y tuvo la precaución de añadir—: Así es más patriótico. Mejor para todos. Para el conjunto del país.

Goog volvió a mirar detenidamente a su primo; quería ver si se estaba burlando de él. Pero debía de estar acostumbrado a aguantar los caprichos de la ciudadanía, y lo de Willing era proforma.

—O sea, que al final hubo quienes tuvieron la absurda impresión de que podían deducir las pérdidas de los bonos del Tesoro anulados —prosiguió Goog—. O la impudicia de restar la diferencia entre lo que recibieron en concepto de compensación por el oro y la grotesca sobrevaloración del metal en el mercado abierto. Papá siempre lo decía, es una inversión para imbéciles. ¿Qué quieres que te diga? Se merecían un castigo por ser idiotas.

—No sé cuán imbécil resultó ser esa inversión —dijo Willing, siempre en tono cordial—. Cualquiera que en el 29 tuviera algo de ese metal reluciente, hoy podría obtener unas ganancias jugosas, incluso después de pagar el 85 % de plusvalía.

—Lo único que conseguirían sería una pena de cárcel —dijo Goog con brusquedad—. Todo el oro de este país sigue siendo propiedad del gobierno de los Estados Unidos. Por casualidad no conocerás a alguien que siga acaparando, ¿verdad?

Acaparar seguía siendo, para los burócratas, un sinónimo muy apreciado para decir «no entregar los bienes personales».

Willing aguantó la embestida con una tímida sonrisa.

—Sólo era una teoría.

Ante esa clase de interrogatorio, que antes se reservaba para los terroristas y ahora exclusivamente para los que presuntamente habían cometido fraude fiscal, el error más común del sospechoso era desplegar una serie de emociones de alta intensidad: contricción poco creíble y lacrimógena; ira. Con todo, la defensa más eficaz contra Goog siempre había sido una simpatía

poco entusiasta. Que el otro no se inmutara lo cabreaba, pero no podía decir nada en contra.

–Pero si el oro es una inversión tan estúpida –añadió Willing cortésmente–, ¿por qué lo confisca el gobierno?

–Los Estados Unidos no fijaron las condiciones del báncor –dijo Goog con desprecio–. Hablando de lo cual, me han pasado un dato sobre una revolución que todavía está en trámite y que nos hará mucho más fácil la vida en la Oficina. La Administración llevaba años presionando, y finalmente la decisión nos ha favorecido. Seréis los primeros en oírlo: el Nuevo FMI va a sacar de circulación el báncor en efectivo.

Nollie se cruzó de piernas en el sofá con un gesto tan recatado y femenino que no encajaba en absoluto con su personaje. Savannah, pálida, apenas pudo preguntar:

–¿Por qué?

–Usa la cabeza –dijo Goog–. Todo el mercado negro funciona con báncores, pero la economía sin efectivo se está imponiendo en todo el mundo. Muy pronto ya no se podrá esconder metálico en una caja de zapatos, en ninguna parte. La eliminación total del efectivo a escala mundial acabará con la corrupción, la evasión de impuestos, las mafias y las malas prácticas en todas sus formas.

–Me pregunto... –dijo Willing, como si acabara de pasárselo por la cabeza, aunque Jarred y él habían hablado del tema largo y tendido–. ¿Qué te parece la idea de que la definición de una sociedad verdaderamente libre sea un lugar donde uno puede seguir permitiéndose ciertas cosas? ¿Salirse con la suya?

–Diría que es una definición engañosa de la libertad, Wilbur. La ley es la ley. Hay que acatarla al pie de la letra. La libertad es lo que queda. Si la ley no dice que no puedes hacer algo, entonces puedes hacerlo.

Willing puso cara de no entender.

–No estoy seguro de que para mí la libertad sea ese resto. Como los retales que sobran cuando mi madre hacía cortinas. ¿Acaso la libertad no es una sensación? A fin de cuentas, no es necesario ejercer una libertad para tenerla. Por ejemplo, ahora no necesito levantarme para ir a beber agua, pero saber que podría hacerlo cambia la manera en que me siento al estar aquí, sentado, aun cuando no me levante.

–Estás diciendo chorradas, chico –dijo Goog–. Está claro que antes

afirmabas que en una sociedad «libre» todo el mundo consigue violar la ley sin tener que hacer frente a las consecuencias. Así pues, en tu cabecita retorcida, *libertad* sólo es otra palabra para referirse a la delincuencia sin freno.

—A veces cruzo la calle con el semáforo en rojo. —Willing podría habérselo callado, pero no le daba la gana. Tanta cortesía había sido agotadora—. Cuando veo que no se acercan coches. Corrígeme si estoy equivocado, pero para mí es una falta leve. No le hago daño a nadie ni violo el derecho de nadie a pasar. Pero he infringido una ley. Poder cruzar la calle con el semáforo en rojo es importante para mí.

—Por Dios, Wilbur —dijo Goog—. Eso es muy triste, joder.

—Si me quitas eso, y cualquier otra oportunidad de no acatar por completo tal o cual norma —dijo Willing—, no me siento libre por muchas cosas divertidas que me permitan hacer. Y si no me siento libre, no soy libre.

Willing no añadió: *Y no me he sentido libre desde que tú y los tuyos me metieron en el cuello este cacho de metal.*

—¿Y por qué mierda debería interesarse por lo que tú sientes el gobierno de los Estados Unidos?

—¿Por qué debería importarle cualquier otra cosa? —replicó Willing—. Si vivir aquí es un asco, ¿qué estamos preservando y protegiendo? ¿Para qué sirve el país?

—Ésa es la pregunta más estúpida que he oído en toda mi vida —dijo Goog—. Esta fiesta se ha deteriorado mucho. Me largo.

—Pero el báncor... —dijo Savannah—. ¿Cuándo exactamente van a sacar de circulación el efectivo?

—Se anunciará la semana que viene. Un día feliz en nuestros despachos. Tarta y champán.

—¿Y el efectivo perderá todo su valor de un día para el otro? —dijo Savannah—. ¿Por decreto?

—Como cuando introdujeron el dólar nuevo. La gente tendrá un mes para convertirlos. Después de eso, pues sí, el báncor en efectivo dejará de ser moneda de curso legal en todas partes. Será fascinante. Todos esos fondos que de repente aparecerán en los chips de los que antes decían que iban cortos de dinero. Entre las comisiones, las multas y los impuestos atrasados, obtendremos unas ganancias épicas para la Oficina. O, como Wilbur observó tan noblemente, para todos. Para el país.

–Pero ¿por qué alguien querría chipear báncoros del mercado negro si vosotros le quitaréis todo? –dijo Savannah.

–Porque podrían querer guardarse un poquito en lugar de perderlo todo, y mi experiencia profesional me dice que vosotros, contribuyentes de dudosa reputación, sois unos codiciosos de mierda capaces de embolsaros todo lo que podáis –dijo Goog–. Pero ¿por qué te interesa tanto?

–¡No me interesa tanto! –exclamó Savannah, y se tapó el escote con los brazos.

–A esta ciudad vienen extranjeros en busca de diversión y gastan mucho dinero –dijo Goog–. ¿No te pagan nunca con la divisa internacional...?

–Bueno... ¡En ese caso yo depositaría el efectivo en el chip inmediatamente, por supuesto!

Savannah daba la impresión de estar ahogándose. Era una mentirosa terrible.

–Apuesto a que lo haces –dijo Goog–. A mí me pagan, de acuerdo, pero ciento por ciento en blanco. Donde yo trabajo, no sólo yo tengo que estar limpio, limpiísimo... Toda mi familia tiene que estarlo. Voy a poner una alarma en tu chip, Savannah. Si se detecta alguna subida repentina de tus ingresos, estaremos alerta.

Con esa nota feliz, Goog se fue de la fiesta tras apurar lo que quedaba en la botella de coñac.

3. MATAR A ALGUIEN, IRSE A ALGUNA PARTE, O LAS DOS COSAS

Limpiar la sala después de una fiesta en la que comieron en el suelo llevó sólo cinco minutos. Fifa se había quedado transpuesta encima de la alfombra. Willing la arrojó con una manta. Tenía que levantarse tres horas más tarde para ir a instalar asideros para las duchas en Windsor Terrace.

–Te quedaste callada después de que se fue Goog –dijo Willing.

–Mmm –gruñó Nollie mientras secaba la ensaladera de acero inoxidable.

–Cuando llegaste por primera vez a East Flatbush, nunca te vi quedarte sin dinero.

–Mmm –volvió a gruñir.

–He investigado un poco –dijo él–. A tus otros libros les fue más o menos, pero de *Más vale tarde que se vendieron millones*.

Esta vez ni siquiera un gruñido; la ensaladera estaba quedando como los chorros del oro.

–Trajiste báncores de Francia –dijo Willing–. Ese «novio» de tu juventud al que visitas en Flushing... Sea quien sea, comercia con divisas en el mercado negro.

Nollie dejó de secar y le lanzó una mirada fulminante con los ojos desorbitados.

–¡No puede oír! –exclamó Willing–. ¡He hecho pruebas! En mi habitación dije en voz alta: «Tengo fuentes de ingresos secretas que la ASCO desconoce», y no pasó nada.

–Muy bien –dijo Nollie de mala gana–. Pero mis finanzas son privadas.

–Sólo trato de ayudar. Da igual cuánto te quede. Si lo ingresas, no te perdonarán ni un centavo de impuestos y te harán preguntas. Podrían iniciarte un procedimiento. Ahora tener báncores es legal, pero cuando pasaste esos billetes por la aduana era delito. Podrían echar mano de ese pretexto para confiscártelos. Por otra parte, si no los depositas, ya has oído a Goog. Llegará un día en que el efectivo se convertirá en confeti de la noche a la mañana.

–¿Debería usarlo para comprar una jaula para hámsters? ¿Para aislar el desván?

–Sé que esto va en contra de todos tus instintos, pero no olvides que los nuevos requisitos de notificación de los gastos que no registra el chip no entran en vigor hasta enero. Así que, antes de que se haga pública la desaparición del báncor en efectivo, lo cual inundará la economía con báncores y reducirá el tipo de cambio para las operaciones en metálico, *tienes que gastarlos*.

Por fin Nollie dejó la ensaladera.

–Los he esquivado siempre. Ahora me siento acorralada. No eres el único que acaricia la idea de quedarse con algo.

–Gastarlos para quedarse con algo, entonces.

Nollie, angustiada, se secó las manos retorciéndolas en el paño de cocina.

–Los jóvenes quieren dinero para comprar cosas. No sólo ropa y joyas, sino también experiencias, emociones. Los viejos queremos el dinero por un solo motivo, uno solo: sentirnos seguros.

–Nunca se tiene dinero suficiente para estar seguro –dijo Willing con delicadeza–. El dinero en sí no es seguro. Deberíamos saberlo.

–¡Y cómo! Pero bueno, la *vida* no es segura a los noventa años.

–Exactamente. La riqueza te hace pensar que puedes comprar lo que quieres. Y puedes, pero sólo si quieres, pongamos, un vestido bonito. Y tú no quieres eso. No hemos tocado mucho el tema, pero ¿no desearías que uno de esos exaltados amiguitos tuyos hubiera seguido contigo? A lo mejor aún quieres ser una escritora famosa, y eso tampoco lo puedes comprar. Ya no hay escritores famosos. O quieres escribir con la misma pasión que te impulsó cuando empezaste *Más vale tarde que*, esa clase de pasión que casi nadie consigue conservar. Quieres la melena que se ve en tus viejas instantáneas. Finges que no, pero quieres agradar a la gente, gustar. No quieres tener cáncer. Lo que amenaza todo lo que es importante para ti no es un báncor virtual, ni la devaluación de la moneda, ni la renuncia a pagar la deuda, y tampoco el colapso económico, sino derrumbarte tú. Además de, no sé, una botella de buen vino, o un pollo, quizá, no puedes comprar nada de lo que deseas.

–Vosotros los jóvenes pensáis que todos los hijos de la explosión demográfica hemos vivido en un delirio continuo –respondió Nollie–. ¿Crees que la vejez me tomó por sorpresa? No soy idiota, desde que tenía tu edad he leído casos sobre ancianas violadas y robadas en su casa, y en mi cabeza oía un susurro: «Ésa serás tú, bonita, dentro de muy poco.» Siempre he

anticipado el momento en que llegaría a ser un blanco indefenso, débil, y a estar sola. Es posible que mis padres tuviesen una premonición. Escribe *Enola* de atrás para adelante y verás.⁴ Cuando ya tenía cuarenta viví un periodo discreto en que tuve la oportunidad de hacerme con un colchoncito, preparándome para la época de vacas flacas, que a veces puede durar décadas. En mi imaginación, estaba edificando una verdadera fortificación física. Si la pila de billetes llegaba muy alto, los bárbaros no podrían atravesar jamás esa muralla. ¿Menos metafórico? Pues que a lo mejor así podía pagarles para que se fueran.

–Pero eso sí *es* un delirio –dijo Willing–. A tu edad, la principal amenaza no son los violadores y los ladrones, ni las hordas de bandidos de una imaginaria segunda Edad Media, ni nada que venga del exterior. Cada día que pasa te enfrentas al enemigo interior, y por eso lo único que nunca podrás comprar es la seguridad. ¿Por qué eso no te libera? ¿De intentar proteger lo que de todos modos vas a acabar perdiendo? Debería hacerte sentir valiente.

–Mira quién habla de valentía –dijo Nollie con crueldad, y el cambio de tono lo hirió; Willing se había esforzado mucho para pronunciar ese soliloquio, y creía que lo había hecho bastante bien–. ¿Antes estabas diciendo estupideces, para bromear? ¿O has considerado en serio la posibilidad de echarte a dormir?

–Sí –dijo–. Lo pensé.

–Entonces, si yo te ofreciera los báncoros para un coma autoinducido de cinco años, los aceptarías.

A decir verdad, la proposición fue inmediatamente tentadora.

–Lo dices indignada. Pero ¿cinco años más limpiando culos en Elysian es mejor que dormir? Me encanta dormir.

–Willing. –Con los brazos cruzados y la espalda apoyada contra el mármol, Nollie lo miró directamente a los ojos, acorralándolo con la mirada. Era mucho más baja que él; Willing no conseguía explicarse cómo Nollie se las arreglaba para seguir dando miedo–. Es muy raro que interprete el papel de vieja y juzgue a los demás desde lo alto. Así que esta vez escúchame. A principios de los años treinta, eras un chico muy astuto. Ingenioso. Imaginativo. Desobediente. Imposible de intimidar. Me encantaba ver cómo te mantenías firme ante ese cretino de tu tío, Lowell Stackhouse, aunque te triplicara la edad. Había algo en ti. Disculpa, pero no encuentro la palabra para definir ese algo. Ya no consigo expresarme tan bien como antes.

Demasiadas neuronas muertas. Demasiado aguardiente casero. Pero ese algo es lo que los escritores de ficción como yo..., bueno, los ex escritores de ficción como yo, siempre intentamos plasmar en la página. Siempre fracasamos, pero eso no quiere decir que no exista, sólo que es imposible de atrapar. Como esas mariposillas nocturnas tan malvadas que no se dejan nunca cazar al vuelo. En la Ciudadela también. Trabajabas tan duro... Y disfrutabas haciéndolo. Labrando los campos como un buey, y claro, ese algo sólo podía desarrollarse. Pero desde que te pusieron el chip te has vuelto gris. Te pareces a los demás. El chico al que conocí en 2030 nunca habría malgastado los recursos de su tía abuela para echarse a *dormir*.

–El chip –dijo Willing–. No estoy seguro de que me esté confundiendo la mente en el sentido que tú dices. No son tan listos. Lo más probable es que no sea más que un medio para llevar la contabilidad. Claro que... no me dejará cruzar la calle con el semáforo en rojo.

–Hacer trampa es un reconstituyente. Mantiene tu dignidad. Más vale prevenir que curar, y violar una norma al día es la mejor prevención.

–En los campos de la Ciudadela –prosiguió Willing–, tuvimos tiempo de sobra para conversar. Avery me contó lo mal que lo pasaban los pacientes de cáncer cuando mejoraban. Decía que cuando uno está gravemente enfermo, vivir un día más es un triunfo. Cuando vuelves a estar bien, seguir con vida deja de serlo. Y que los pacientes a menudo se deprimían, pero no durante la quimioterapia, sino cuando terminaban el tratamiento y se encontraban bien. Para mí los años treinta fueron emocionantes. Todos estuvimos al borde de la muerte, y no sé decir cuántas veces. De camino a Gloversville, cuando nos quedamos sin fleX y tuvimos que depender de Esteban y del mapa de papel que robé en una gasolinera, nada nos aseguraba que llegaríamos a nuestro destino. Fue un milagro que en la gasolinera hubiera un mapa de los de antes que poder robar. Carter apenas podía caminar por las rodillas. Bing tenía el pie hinchado como si se hubiera pasado no sé cuántos días en una trinchera, del disparo en el zapato y por los calcetines mojados. Y después llegamos a aquel sendero estrecho y sin pavimentar y vimos la etiqueta en el buzón, ¿LA CIUADELA? *Gritamos*. Pero ahora... Este estancamiento. No poder salir del mismo lugar. Vivir sin horizontes, sin un rumbo y sin ninguna amenaza. Puede que no quede mucho de mi sueldo, pero es probable que nos arreglemos, incluso sin tus bancos. Eso es parte del problema. Estar bien, arreglárselas. Con o sin chip, no es emocionante.

–Muy bien, pues –anunció Nollie con decisión–. No compraremos seguridad. Compraremos emociones.

Al día siguiente por la tarde, Willing descubrió, como ya le había ocurrido cuando era un niño, que las emociones «más emocionantes» son gratis.

–Has vuelto pronto. ¿Te han despedido? –preguntó Nollie, frunciendo el ceño.

–Yo lo he hecho por ellos –dijo Willing, respirando rápido.

–¿Qué?

–Nunca me había esperado algo así en Elysian, en serio –dijo, dando vueltas por la habitación. Tenía el pelo alborotado y la ropa arrugada, igual que alguien que se ha pasado un buen rato escondido en el armario de la ropa blanca–. Ahí no pasa nada. Ni siquiera cuando alguien muere. Sigue sin pasar nada. Es algo esperado. O cuando no muere, es lo mismo. Yo voy armado porque es lo que he hecho siempre desde que tenía dieciséis años. Llámalo fetiche. Una dependencia. Y no soy el único. Tú necesitas dinero para sentirte segura, pero yo no confío en el dinero. Después de ver a toda nuestra familia obligada a abandonar esta casa a medianoche, bajo la lluvia, necesito un arma. Me gusta, como tú misma dijiste, porque implica infringir las reglas. Para la mayor parte de la gente, llevar armas es una pésima idea. El Supremo tenía razón. Pero para mí no lo es.

–Por desgracia, eso es lo que todo el mundo piensa –dijo Nollie–. Ahora deja de dar vueltas y organízate.

–Ni siquiera sé si lo maté.

–Una frase excelente para empezar un cuento. Pero incluso un cuento tendría que narrar hechos concretos.

–No conozco bien a ese tipo –dijo Willing, dejándose caer en el sofá para obligarse a estar quieto–. Unos años mayor que yo, treinta y cinco, tal vez. Forma parte del personal... Formaba. Incluso suponiendo que no haya muerto, ahora Elysian tiene buenos motivos para despedirlo. Siempre tenía cara de haber dormido poco. Es probable que tenga también otro empleo por la noche. La semana pasada conversé con él, durante la comida. Ayuda a su hermana, una huelguista. Y paga la factura de su hermano menor, que se dedica a dormir, porque es más barato tenerlo así, almacenado, que ayudarlo cuando está en el paro. Ese tío, Clayton... Su mujer se quedó embarazada.

Los dos querían tener a la criatura, y mucho, pero de ninguna manera podían permitirse una boca más. Hace poco abortó. Clayton parecía destrozado. Si hago memoria, supongo que estaba nervioso, pero esas «señales de advertencia» a las que se supone que hay que estar atentos..., sólo parecen obvias a posteriori. Actualmente: todos estresados, cabreados, con problemas de dinero, manifestando resentimiento por los viejos..., bueno, se puede decir que las ves en todos los que conozco.

–Tu amigo Clayton disparó en la residencia.

De Nollie difícilmente podía decirse que fuera una adivina, pero el protocolo había llegado a ser un verdadero tópico.

–No sé de dónde sacó el arma, pero esa amnistía de los años treinta fue una farsa.

–¿Alguna idea de cuántos murieron?

–La verdad es que no. Empezó por los *muertos*, así que eso habrá aumentado la cifra. Estoy seguro de que si entramos en internet, encontraremos noticias sobre el número de fallecidos, que puede ir desde diez hasta ciento cuarenta. Nada fuera de lo normal.

–Y tú lo abatiste.

–¿Eso te impresiona? –En realidad, Willing se encontraba en estado de shock. Durante quince años, la Sombra había sido simplemente una mascota... En parte compañía, en parte un talismán, una versión metálica de Milo. Casi había olvidado para qué servía; quizá para algo un poco más drástico que ordenarle a un perro que se esté quieto.

–Lo que me impresiona es que no lo dejaras seguir adelante. Tu madre me contó que estabas a favor de matar a Luella de un tiro mucho antes de que mi padre se ocupara de mandarla al otro mundo. Y le preocupaba que, tras haberlo dicho, te sintieras mal.

–No me pasó eso –dijo Willing.

–Fifa lo desaprobará. Pensará que deberías haberte sumado a él.

–Lo veía perfectamente desde la puerta entreabierta del armario en que me escondí. Mi oportunidad no iba a durar mucho, tenía que tomar una decisión en una fracción de segundo. Creo que sólo le di en el hombro. Un camillero lo inmovilizó en el suelo cuando cayó. Yo me escabullí en medio de todo ese pandemónium. El problema es que...

–Te veo con más energía de la que te he visto en muchos años.

–Entonces ésa es la respuesta a mi malestar. Matar gente.

–Parece que te ha servido.

–Es posible que me vieran. Ese camillero podría haberse dado cuenta de que yo disparé.

–Pero serás un héroe.

–No quiero entregar a la Sombra. Ha sido un error dejarles ver que tengo un arma.

Nollie entrecerró los ojos.

–Podemos esconderla. Y tú podrías declarar que la tiraste al East River, en medio de un ataque de estrés postraumático. Podríamos inventarnos una historia... Decir que la encontraste en la casa, que la dejaron los que la habían ocupado. Y que siempre habías pensado en entregarla. Pero mírate... Acabas de cambiar por completo de expresión. No quieres saber nada de las excusas que te propongo, y eso que no están nada mal. Echas de menos la insistencia de algo apremiante. Te gusta la idea de tener que marcharte, de darte a la fuga.

Nollie lo conocía bien. Y Willing a ella. Así pues, empezaron a hablar sobre lo que habían estado hablando desde la noche anterior sin haberlo llamado jamás por su nombre.

–Tengo bancos suficientes para comprar un coche muy chulo –dijo Nollie–. Esta vez no tendríamos que irnos andando.

Virtualmente ya nadie compraba coches. Las principales ciudades del país, como Nueva York, se parecían más al Shanghái de mediados del siglo XX que a las vertiginosas metrópolis futuristas de *Los Supersónicos*. En medio de un silencio de ultratumba, las bicicletas eléctricas –muchas– formaban un enjambre junto a los autobuses públicos como abejas alrededor de la reina.

–Llevo un chip –le recordó Willing–. Pueden localizarme.

–Si se toman la molestia. Es decir, si tú fueras el asesino en serie de Elysian y hubieras escapado. Entonces sí tendrías un problema. Pero tú fuiste el bueno de la película. Tal como yo lo veo, la policía tendría que recurrir a la ASCO para usar sus satélites, y los de la Oficina están patentados.

A pesar de que Fifa estaba convencida de que vivían en un Estado policial, los poderes de la policía eran asombrosamente limitados. El FBI era poco más que una página web. Aficionados a las películas policiacas que veían *thrillers* clásicos como la trilogía de *Bourne* y que debían de estar desconcertados por esa organización mítica y diabólica llamada la *CIA*, cuyas pegajosas huellas digitales ya no manchaban los asesinatos y golpes de

Estado en todo el planeta. Y el cuartel general de Langley, según Avery, lo había ocupado una cadena de alimentación barata del Punjab. (En una oleada de películas y series extranjeras de los años treinta, los norteamericanos eran villanos populares: intrigantes de la Reserva Federal dedicados a defraudar a inversores inocentes con ventas de bonos a sabiendas de que muy pronto no valdrían nada, o financieros mafiosos que se salvaron de la depredación económica de la época fugándose con ganancias ilícitas. Sin embargo, en las coreanas y vietnamitas de finales de la década de 2040, los personajes norteamericanos eran casi siempre figurantes, bufones incompetentes o desdichados cuya única función consistía en hacer reír a los espectadores.) En cambio, los poderes de la ASCO eran muy reales, y verdaderamente ilimitados.

—¿Acaso es posible? —preguntó Willing—. ¿No presentarse a trabajar así sin más y largarse? ¿A donde a uno se le antoje? ¿Sin pedir permiso, sin rellenar un impreso, sin comunicárselo a un funcionario?

En la sonrisa de Nollie hubo un asomo de dolor.

—Antes la gente no se lo pensaba y se largaba a atravesar el país durante varias semanas. Sin parar. Se detenía donde le apetecía. Hacía lo que quería. Por lo general, a eso lo llamaban *vacaciones*. Hace mucho, cuando los asalariados empezaron a tener vacaciones. Pero que los jóvenes como tú crean que necesitan permiso para desaparecer en el horizonte, que piensen que va contra la ley dejar un trabajo basura sin decir nada... Eso de por sí es motivo suficiente para marcharse.

—Pero ¿y si es cierto lo del chip? Tú podrías conseguirlo, pero para mí es un suicidio.

—Entonces puedes pasarte la vida durmiendo o limpiando culos. O arriesgarte. Posibilidades que en mi opinión se dividen en partes iguales. O en una proporción de sesenta a cuarenta, quizá —dijo Nollie, tras pensárselo mejor.

—¿En qué dirección?

—¿Tiene alguna importancia?

—Tendré que invitar a Fifa también.

—Por supuesto, Aunque..., bueno, ella es clara y concisa.

—Lo sé —dijo Willing con tristeza.

—Larguémonos de aquí. Tenemos que comprar un coche. Mientras tanto, si

alguien viene a meter las narices en busca del salvador de Elysian Fields, tú ya estarás lejos.

Estadísticamente, la mayor parte de la gente se angustia más a la hora de comprar un par de zapatos que cuando tiene que decidir comprar una casa; de ahí que dos de las decisiones más trascendentales de la vida de Willing hubiesen sido vertiginosamente rápidas. Tardó menos de un segundo en decidir si debía impedir que un colega sacara a más residentes de su sufrimiento o sacar a Clayton del suyo. Y tardó menos de cinco minutos en decidirse a cometer una traición.

Cuando volvían del concesionario, se detuvieron en casa de Fifa. Como tantos otros jóvenes, la novia de Willing vivía con sus padres. Willing había acordado encontrarse en el rato libre que a ella le quedaba entre las instalaciones de barandillas y el turno en la fábrica de sándwiches de esa noche (el descanso del fin de semana ya no existía). Fifa se había sentido aliviada cuando tuvo noticias de él. La matanza en Elysian ya había aparecido en las noticias –aunque en un tono indiferente a la masacre, pues esos hechos sangrientos en residencias para ancianos se habían vuelto cosa de todos los días–. Para dejarlos solos en la escalinata de entrada de la casa en Brownsville, Nollie se quedó en el Myourea –*Thunderbird* en lengua jemer, un coche importado de Camboya y muy codiciado–. Sus suaves líneas de hidrógeno, combinadas con un tornasolado azul y crema de la década de 1950, atraían miradas de admiración.

–Quieres decir que sería ahora mismo o casi –dijo Fifa, incrédula, tras escucharlo. Tenía el rostro lívido, y necesitaba una ducha. Como si tuviera resaca.

–Mañana –dijo Willing–. Tenemos que hacer el equipaje. No tardaremos mucho, pero dudo que podamos salir de la ciudad hasta la tarde.

–Ah, bueno, eso cambia las cosas –dijo Fifa, muy mordaz ella.

–Ésta no es una decisión que hayamos tomado de un día para el otro. Ya lo habíamos hablado antes. Tú pensabas que sería muy cruel. *La última frontera*, dijimos. Ser unos colonos modernos.

–Estuvimos *cavilando* al respecto, pero no tienes ni idea de cómo son las cosas ahí. Las historias que se cuentan en la red son contradictorias y nunca has oído nada por boca de nadie que viva en el Estado Libre. Si es que ahí

vive alguien. Toda la población podría haber desaparecido en el desierto después de otra tanda de pruebas atómicas en Yucca Flats y aquí nadie se habría enterado.

–Me encanta no saber –dijo Willing–. Nuestro futuro en los viejos Estados Unidos es demasiado *sabido*. Y la mayor parte de lo que sé no me gusta.

–No estás siendo práctico. He visto fotos de la frontera. Es peor que la valla de México a lo largo del Río Grande. Los muros son altísimos y hay soldados armados por todas partes. ¿Cómo piensas cruzarla aun cuando consiguieras sortear el campo de minas de puntillas?

–Lo averiguaré cuando llegue. No hay nada que no tenga un punto débil. Y supuestamente hay un ferrocarril subterráneo.

–¡Willing, casi todo lo que dicen en la red son fantasías! ¿Has visto alguna vez a una persona real en ese «ferrocarril subterráneo»?

–De acuerdo, no –dijo él, y añadió, empecinado–: Pero otros han conseguido entrar.

–De lo único que puedes estar seguro es de que otros han desaparecido. A cualquiera se lo puede tragar la tierra sin necesidad de que aparezca en otra parte. ¿Has vuelto a saber algo de Jarred?

–No, pero bloquearon las comunicaciones hacia el exterior. Dudo de que pueda enviar un avioncito de papel en mi dirección, y mucho menos un mensaje por el fleXt.

–Y supones que el mecanismo de autodestrucción del chip es un bulo. ¿Por qué habría de serlo? Ya oíste a Goog. Toda una unidad de la ASCO, dijo. ¿Y acaso no suena eso exactamente a los programas que han diseñado para el chip, a las cosas que sería capaz de hacer si cometieras la impertinencia de largarte de la plantación de algodón y fueras tan ingrato como para irte de *la nación más grande del mundo*? ¡Son unos cabrones! Estoy bastante convencida de que antes de permitir que te liberes de tus cadenas, preferirían verte muerto.

–Y yo preferiría estar muerto a seguir aquí –dijo Willing, y se sorprendió a sí mismo–. No es sólo por los impuestos. Es por lo que traté de explicar anoche. Esta pesadez... Me siento vigilado. Yo pago, no tengo otra opción. Lo poco que me queda es un asco, pero no es eso lo que me deprime. No dejo de sentirme un criminal. Si lo pienso, veo que hago todo lo que se supone que tengo que hacer. Eso fue lo que me dijo mi madre, que se parece a pasar el control de seguridad en un aeropuerto... Aunque yo nunca he subido a un

avión. Decía que siempre sientes que has hecho algo mal, incluso cuando te quitabas los zapatos y enseñabas el ordenador portátil y levantabas los brazos al pasar por un escáner de cuerpo entero, como si te rindieras cuando te arrestan. Pero yo me siento así andando por la calle.

–Por supuesto –dijo Fifa, ya un poco nerviosa–. Se llama *terrorismo*. Y no es sólo una treta de unos fanáticos religiosos. Es una herramienta del Estado. Funciona tomando pruebas de un puñado de personas. Luego viene el efecto multiplicador y todo el mundo se caga en los pantalones. El terrorismo ayuda a ahorrar dinero. La ASCO es una organización terrorista, pero también lo era el IRS. Esas viejas iniciales simplemente no tenían los recursos para meterte por el culo una picana emocional a la misma escala. No ha cambiado nada.

Willing cambió de táctica.

–Pero todas las empresas están en manos extranjeras. Incluidos los antiguos parques nacionales. Elysian Fields es propiedad de una corporación de Laos. A menos que seas médico o investigador farmacéutico, los únicos trabajos disponibles son aburridos y mecánicos, como los que tú y yo tenemos ahora. ¿Qué podemos esperar? Y la gente como mi tía Avery y mi tío Lowell, ya sabes, y como tus padres... Lo único que hacen es hablar de lo fantástico que era todo antes y de lo asqueroso que es ahora. ¿Por qué no quieres venir conmigo? Aunque sea sólo para vivir una aventura. Lo peor que podría pasar es que lleguemos y no podamos entrar. Nos volvemos y punto.

–Eso no es lo peor. Pueden meterte en la cárcel sólo por *intentar* desertar. Y ya que hablas de trabajar para extranjeros, todas esas cárceles privadas también están en manos de asiáticos, y ahí te tratan como a un perro. No por el 23 % de tu sueldo, sino por joder. No tienes ni idea del riesgo que corres.

La rebeldía de Fifa siempre había sonado hueca. Pero hacía tres años que salían juntos, y si el llamamiento apasionado de Willing era una obligación, el de Fifa también.

–Esa matanza en Elysian –dijo Fifa–. Te ha hecho perder la calma y es lógico después de haber estado tan cerca de... Bueno, te ha hecho evaluar la situación. Me alegra saber que estás bien, aunque Nollie tiene razón: yo creo que deberías haber dejado que terminara lo que empezó. Estaba haciendo el trabajo de Dios. Pero que esa escena te haya trastornado no significa que debas hacer una locura...

–Capacidad para actuar –dijo Willing–. Eso es lo que he descubierto esta tarde. Que podría hacer algo. En los Estados Unidos, *hacer algo*

normalmente significa matar a alguien o irse a alguna parte. Yo no terminé los estudios y no sé mucha historia de mi país, pero así y todo sé que hace mucho tiempo nos quedamos sin tierras y que el programa espacial era demasiado costoso. Aquí nunca ha vuelto a ser lo mismo desde que nos quedamos sin un lugar adonde ir, pero es posible que retrocediendo lleguemos a alguna parte.

–Brutal –dijo Fifa–. Primero planeas que te maten de un tiro cuando intentes trepar por el muro de los Estados Unidos de Nevada. Ahora, un viaje en el tiempo.

–Sí. No estoy seguro, pero creo que ir a Nevada *es* un viaje en el tiempo.

Cuando se separaron, Willing le puso un llavero en la mano a Fifa.

–Quédate con la casa.

–¿Y qué pasa si reflexionas, te arrepientes y das media vuelta cuando estés a unos ciento cincuenta kilómetros de Las Vegas?

–En ese caso volveré, tú puedes seguir en la casa y averiguaremos si es cierto que el sufrimiento quiere compañía. –Willing le dio un beso–. Te echaré de menos.

–No tanto como crees –se burló Fifa con brusquedad–. Siempre he sido la segundona. Tu verdadera novia es otra.

–¿Quién?

–El vejestorio que está en ese coche tan pijo.

–¿Pero qué hace *ése* aquí? –exclamó Nollie, irritada.

En la enrarecida y calurosa atmósfera de mediados del verano, habían vuelto a dejar abierta la puerta de la calle; sólo la puerta mosquitera estaba cerrada con pestillo. Después de una serie de declaraciones de la ley marcial a finales de los años treinta, las ciudades norteamericanas habían vuelto a proteger los derechos de propiedad e impuesto el orden cívico; Nueva York tenía ahora un índice de criminalidad asombrosamente bajo. Para la mayor parte de la opinión pública, los sinvergüenzas que representaban un serio peligro se ocupaban de mantener el orden con un celo excesivo, y uno de ellos se encontraba en ese momento en el escalón de la entrada.

Goog los vio por la puerta mosquitera: Willing y Nollie estaban apilando el equipaje en la sala. No podían fingir que no estaban en casa. Negarse a dejar entrar a un pariente directo parecería extraño.

–¿Os vais a alguna parte? –preguntó el visitante, echándole un vistazo a las maletas.

–De excursión, inspirados por el Cuatro de Julio –dijo Nollie, muy animada–. A ver los lugares históricos de nuestra nación.

–¿Cuáles? –preguntó Goog, sin acabar de creérselo–. La mayoría de los lugares históricos los han comprado los ojos rasgados.

–Todavía no han puesto sombreritos chinos en el Monte Rushmore.

–Bueno, ¿qué pasa? –preguntó Willing, intentando un tono despreocupado que nunca le salía bien.

–Me he enterado del follón en Elysian –dijo Goog–. Parece que intervino un empleado valiente y dispuesto a sacrificarse por los demás. De lo contrario, la carnicería habría sido aún peor.

–No sabría decirte –dijo Willing–. Estuve todo el rato escondido de cuclillas en un armario y salí corriendo en cuanto dejé de oír disparos.

Era irritante tener que aceptar la opinión despectiva que Goog tenía de él, pero Willing no tenía motivos para preocuparse por lo que su primo pensaba.

–Qué raro –dijo Goog–. La administración de la residencia debía de estar mal informada, entonces. Porque por muy agradecidas que pudieran sentirse esas pobres almas muertas de miedo de Elysian, al parecer nuestro buen samaritano llevaba una pistola. Ilegal. Y el Departamento de Policía de Nueva York ha remitido a la Oficina una petición para que lo busque. Y reconocí tu nombre.

–Te equivocas de cobarde –dijo Willing, exagerando un poco la falsa humildad.

–Te estoy haciendo un favor, colega. Creí que podíamos mantener el secreto en familia. Entrega el arma. Y los dos sabemos que hablamos de ese calibre cuarenta y cuatro que enseñabas en la Ciudadela cada vez que un caminante escuálido se acercaba a tus preciosas patatas. Teniendo en cuenta tu buena intención y todo lo demás, apuesto a que consigo que los polis lo olviden. Sólo quieren la pistola.

Goog nunca se tragaría esa historia que había inventado Nollie sobre los okupas que habían dejado el arma en la casa; él había estado en Prospect Park cuando los disparos de la Sombra se apuntaron dos víctimas mortales. Tampoco se creería que su molesto primo había arrojado el arma al East River. Willing estaba pensando la mejor estrategia defensiva cuando a Goog le llamó la atención una caja bastante estropeada que vio en el suelo.

–*Material en sucio* –leyó Goog en un lado de la caja, y algo hizo clic en su cabeza–. Las únicas veces que te he visto arrastrar esa caja mugrienta, tiita, es cuando estás planeando un viaje sólo de ida.

–Soy vieja y se me va la cabeza –dijo Nollie–. Me estoy volviendo sentimental. Algunos escritores viajan con sus estilográficas de la suerte. Yo necesito mis borradores.

–Eso es demasiada basura para el Monte Rushmore –dijo Goog–. ¿Y ese Myourea que he visto en la entrada? ¿Tuyo?

–También me dan arrebatos –dijo Nollie–. Ya sabes, como los que padecen demencia. Irracional. Impulsiva. No soy de fiar con el dinero.

–Hablando de dinero..., ¿de dónde lo sacaste? –Goog nunca dejaba de desempeñar su función en la Oficina.

–Lo gané –dijo Nollie con vehemencia–. Tuve una buena idea y trabajé duro para hacerla realidad, pagué impuestos sobre la recompensa por mi trabajo, impuestos bastante altos, o al menos eso me imaginaba yo entonces, y por improbable que te parezca ahora, después sí empecé a tener donde caerme muerta.

Todo ese escenario no podía más que parecer irregular a cualquier *asquito* que se preciara; pero, por una vez, Goog Stackhouse imaginó algo que no era fraude fiscal.

–Podrías viajar en un *U-pod* por una pequeñísima fracción de lo que pagaste. Las ancianitas no se compran sedanes de hidrógeno último modelo para hacer de turistas sólo unos días.

–La última vez que lo comprobé, era legal atravesar en coche *el país de los libres* sin necesidad de que tu sobrino nieto te diera un salvoconducto.

–Es legal con una excepción. Si acaso llego a sospechar que tenéis la intención de desertar para ir a los Estados Unidos de Nevada, no os lo permitiré.

Willing era un maestro de la impasibilidad. Nollie era menos apta. Tampoco ayudó que su fleX estuviera abierto y rígido en la mesita de centro, igual que el GPS, programado para que les indicara el camino hacia Reno. Lástima que no lo hubiera actualizado. En las versiones actuales de Google Maps, buscar «Nevada» llevaba a una calle del mismo nombre en Greenwich, Inglaterra. El estado homónimo no aparecía por ninguna parte.

–Wilbur, tú no eres de éstos –dijo Goog, tras echar una mirada triunfal al fleX–. Embelesado con una idea de ti mismo que te hace creer que tienes

línea directa con Jesucristo o con esas voces de no sé quién que has oído desde que eras un crío inadaptado. Sólo eres esa clase de perdedor que antes vendía su alma a la Cienciología. Ese supuesto *Estado Libre* no es más que otro culto marginal. Una memez. Y siempre tan agradable con el chalado de Jarred, ese agitador. Todo encaja a la perfección. Tú olfateas el rastro de ese chiflado y pretendes ir a buscarlo al fin del mundo. Lamento frustrar tu sueño, pero no dejaré de vigilar tu chip. Los drones de la Oficina descenderán del cielo en el momento en que abandones la zona tripartita. Y en cuanto a ti, Nollie... Conspirar para pasar a los Estados Unidos de Nevada es una de las pocas justificaciones que establece la ley para obligarte a llevar el chip. Así que ya puedes ir afeitándote la nuca.

—No me vendría nada mal. Ya se me están poniendo los pelos de punta.

—Más adelante los dos me lo agradeceréis —dijo Goog—. Ningún nonagenario cargado con un bloc de notas habría escalado jamás una versión muy mejorada del Muro de Berlín. Y a ti, Wilbur, la cabeza te habría estallado como una sandía en el momento en que atravesaras la frontera.

—¿En serio? Creo que lo averiguaremos. —Willing tenía que reconocer que se sentía un imbécil apuntando a su primo con la X-K47 Sombra Negra. No parecía serio. De todos modos, sólo tardó unos segundos en comprender que lo que estaba en juego en ese encuentro no tenía vuelta atrás. Cuando ya se ha apuntado con una pistola a alguien, la verdad es que hay que seguir apuntando. Es imposible volver a meterla en el bolsillo y mantener una conversación serena e interesarse por tales o cuales *planes de viaje*.

—No seas ridículo —dijo Goog, y esta vez le tembló la voz—. No sólo soy tu primo, aunque, por lo que veo, no te importa mucho...

—A ti tampoco —dijo Willing.

—También soy agente de la ASCO. —Un lapsus interesante en labios de Goog—. ¿Tienes idea de lo que te ocurrirá si matas a un agente de la Oficina?

—Nada peor de lo que me pasaría si no te mato —concluyó sin demasiado esfuerzo—. ¿La diferencia entre seguir muriéndome de aburrimiento en Elysian por casi nada y pudrirme en una cárcel privada por absolutamente nada? Es insignificante.

—He venido a ser *amable* —dijo Goog entre dientes.

—Has venido a desarmarme —dijo Willing—. Siempre te cabreó que Jarred no confiara en ti cuando se trataba de armas.

—Pero ¿qué vamos a hacer con él? —dijo Nollie.

–Podríamos dejarlo aquí, atado –dijo Willing–. Pero tendríamos que pensar en el agua y la comida. Es improbable, pero podría hacer algo que nos sirviera. Además, es el último regalo de bienvenida que querría dejarle a Fifa.

–Te has vuelto loco –dijo Nollie–. ¿Estás diciendo que vamos a llevarnos a este gilipollas? ¡Con *lo mucho* que llevo esperando emprender este viaje!

4. Y AHORA A CANTAR «AMERICAN PIE»

–Sólo incluyen un ajuste manual para casos de emergencia –advirtió Willing.

–¿Recuerdas lo que te dije sobre aquello de que la dignidad se preserva violando las normas? –dijo Nollie, embutiéndose a duras penas en algo que ya nadie llamaba el *asiento del conductor*–. Vale doble cuando uno conduce su puto coche.

–Que gente de tu edad siga insistiendo en controlar un vehículo es el único motivo por el que sigue habiendo accidentes. Nos esperan unos cuatro mil kilómetros.

–¿Quieres conducir tú?

–No sé conducir.

–Nadie sabe. Es patético.

A Willing su tía abuela siempre le había gustado por lo obstinada que era. Así pues, tampoco podía poner pegas cuando Nollie no satisfacía los deseos de su sobrino nieto. Ya instalado en el asiento de al lado, tuvo que contenerse para no temblar. Estaba inquieto, asustado. Esa aventura era, de principio a fin, una carrera suicida hacia un acantilado cortado a pico. Si chocaban contra alguna mediana en una interestatal, la expedición truncada sólo podía acabar siendo más eficaz.

Se pusieron en camino con el pasajero *malgré soi* en el asiento trasero, sin fleX, las muñecas atadas con cinta adhesiva cortésmente apoyadas en el regazo, en lugar de incómodamente detrás de la espalda. Permitieron que Goog aprovechara semejante vejación haciéndoles la lista de los muchos delitos que estaban cometiendo: secuestro, privación ilegítima de la libertad, obstrucción de los deberes oficiales de un empleado federal. Sin embargo, mientras volvían a recorrer el camino que la familia Mandible había conocido en la fría y húmeda primavera del 32 –hacia el este por Atlantic Avenue, cruzar el Puente de Brooklyn, subir por West Street–, incluso el cautivo se sintió atrapado por los recuerdos. Con el grupo muy reducido, la segunda migración de los Mandible era extraordinariamente veloz en comparación con la anterior, a pie. Oh, sí, eran legión las motos que entraban en la

carretera sin avisar (esas enloquecidas pandillas de imbéciles en triciclos motorizados habían sustituido hacía mucho tiempo al ciclista comparativamente anodino en su papel de anatema de Nueva York). No obstante, la caída del PIB, ahora congelado, había contribuido de manera espectacular a la disminución del tráfico rodado. Después de cincuenta y tantos años de altivez y de locura por los coches, sólo la miseria absoluta que se extendía de costa a costa había dado al traste con el voluminoso utilitario deportivo hacia 2040. Cuando Willing señaló uno que tenían delante, la aparición de esa reliquia no dejó de ser extraña.

–¡Ése todavía aguanta! –exclamó–. Me pregunto dónde conseguirán la gasolina.

–Tío, el todoterreno fue uno de los mejores inventos norteamericanos de todos los tiempos –dijo Goog–. A mí el Jaunt de mi madre me encantaba, joder. Cuando dejaron de fabricarlo, yo estaba a punto de hacerme con el último modelo.

–Feísimo. Un coche para matones y brutos –bromeó Nollie–. Creo que la gente se reconoce a sí misma en los coches, como les pasa con los perros.

Cuando cruzaron las vías del Great Western, las rejillas metálicas de la superficie vibraron y hasta el puente pareció balancearse levemente.

–Se me ponen los pelos de punta cuando cruzo estas cosas –dijo Nollie.

–No es para menos –dijo Goog–. En este puente todo oxidado no se ha hecho un mantenimiento serio desde la década de 1990.

–Según Avery, los edificios federales de DC están igual de deteriorados –dijo Willing–. Dice que ahora «Casa Blanca» es un nombre que no se ajusta a la realidad. El Congreso, el Monumento a Lincoln..., todos son de un amarillo sucio con vetas negras. Mugre. Y que el Monumento a Washington está cayéndose a pedazos. Después de la muerte de una niña a la que se le cayó un bloque encima, no te dejan acercarte a más de cien metros.

–Mi madre exagera mucho –se mofó Goog–. Vi las fotos del Mall en internet. Inmaculado.

–Porque es más barato colgar fotografías viejas que pagar una limpieza a vapor –dijo Willing.

Torcieron en la I-95 y se toparon con la I-80 en Teaneck. Willing empezó a animarse. Sólo había estado un puñado de veces en Nueva Jersey, casi siempre con Jarred, cuando iban a reinvertir unas ganancias que crecían rápidamente y compraban maquinaria agrícola para la granja. Una inversión

sólida. Aparte de Nueva York, ése era el único estado de la unión que había pisado. En cuanto llegaron a Pensilvania, se abrió ante sus ojos «un mundo feliz». Si ésos eran de verdad los últimos días de su vida, serían días interesantes.

Nollie conectó su fleX con el sistema de sonido del coche y puso a todo volumen las melodías de su juventud: «Hotel California», «The Weight» y algunas de las canciones más tontas que Willing había oído en la vida, como «A Horse with No Name». Puso a Don McLean, a JJ Cale y Fleetwood Mac hasta que Goog exclamó:

–¡Por Dios, Nollie! ¿Son las *Canciones del Hombre de Cromañón*? ¿Después qué nos pondrás? ¿Vivaldi?

–Soy yo quien financia esta operación. Este coche es mío y éste es mi viaje por carretera –declaró ella–. Ergo, pongo la música que se me antoja. Tú no olvides que eres un rehén. Comportate como tal, pues.

A decir verdad, la mohosa banda sonora de antaño los fue atrapando. Cuando llegaron a Stroudsburg, en la frontera con Pensilvania, Willing y Goog ya cantaban «American Pie» a todo pulmón: *This'll be the day that I die*.

Como habían salido tarde, el primer día fue corto. Nollie era valiente al volante, y sus acompañantes no entendían por qué se tomaba esa molestia cuando el Myourea podría haberlo hecho por ella hasta las nueve de la noche, cuando aparcaron delante de un motel semiabandonado en Dubois. Al propietario no le gustó nada que Nollie no llevara chip, pues el moderno chisme habría cubierto automáticamente los daños en caso de que esa huésped nonagenaria se hinchara a beber Jack Daniel's y destrozara la habitación. No obstante, aceptó el pago con fleX; saltaba a la vista que su establecimiento no ganaba un centavo.

Nollie envió a Willing al otro lado de la carretera a buscar comida. Goog insistió para que fueran a un restaurante a comer como es debido, pero ni Nollie ni Willing querían tener que explicar por qué les gustaba sentar a un tío maniatado en la banqueta de una cafetería. También quiso engatusarlos para que por favor le quitaran la cinta adhesiva, así podría comer sin ensuciarse, e hizo falta disciplina para no darle el gusto. Willing tampoco

disfrutó cuando le ató los tobillos a la cama en la habitación triple que compartían.

Pues Goog se hallaba tan inmerso en el espíritu de esa aventura que era difícil recordar que estaba ahí por la fuerza. Por la tarde había amenazado con limitar a la zona tripartita los movimientos de Willing, recurriendo a los drones militarizados de la ASCO, y había amenazado a Nollie con someterla a una cirugía contra su voluntad. Por supuesto, aludía a menudo a la muerte segura que los esperaba cuando llegaran a la meta, y quizá decidió disfrutar del viaje con la seguridad del que sabe que reirá último: a Willing le freirían los sesos; a Nollie se la cargaría un guardia fronterizo con excelente puntería. Como mínimo, al dúo lo arrestarían en una operación de rutina y Goog ya pensaría una manera de ganarse los laureles.

En cualquier caso, como viajero, tampoco tenía mucha experiencia. Afirmaba que había asistido a un congreso de la OACS en Cleveland, pero, como estaba enemistado con Avery, ni siquiera había regresado a Washington desde que sus padres volvieron a instalarse allí en el 44. Era el único primo que podría haberse aventurado a explorar el mundo más allá de su estrecha órbita neoyorquina, pero la suya era una generación de miedicas, recelosa, moderada, y viajar es un apetito que se adquiere. Es posible que a uno nunca se le pase por la cabeza ir a alguna parte en concreto en tal o cual fin de semana cuando nunca siente que está yendo a alguna parte en un sentido más amplio.

Así pues, con la promesa de los horizontes más vastos que les esperaban en el oeste, Goog parecía cargado de nuevas energías. Su trabajo debía de ser aburrido. Totales, porcentajes y desviaciones ocasionales de la norma. Poder tenía, pero sólo lo ejercía para arruinarles la vida a los demás, y en eso el suyo se diferenciaba del poder menos rígido y nada agresivo que puede mejorar la vida de los otros. Todos los que llegaba a conocer lo odiaban y tenían que fingir que no. Debió de estar agradecido por esos días de vacaciones extraoficiales que le permitirían dejar de ejercer de gilipollas.

Al día siguiente, cuando cruzaron las montañas de Allegheny y entraron en Ohio, a Willing seguía asombrándolo ver que ese viaje era posible. Ningún dron bajó del cielo para aterrizar en el techo del coche y engancharse con unas ventosas como de lagarto porque esa mañana él no se había presentado

en Elysian a hacer *lo que le correspondía*. El chip que llevaba en la base del cráneo no se encendió ni se calentó cuando percibió que él se alejaba geográficamente del medio que le permitía hacer una *contribución social*.

Mientras las colinas boscosas iban pasando junto a su ventanilla y Nollie entonaba el alegre *ah-ah-aaaah* de «Our House», Willing pensó en la posibilidad de que todos esos datos llegaran a los superordenadores federales. Hasta entonces había concebido la central como un amo omnisciente que lo veía todo, que clasificaba y almacenaba cada detalle, por trivial que fuese, con la finalidad de reconstruir las más mínimas infracciones de cada ciudadano norteamericano; pero tal vez los datos acabaran en las fauces de un coloso abotargado y sobrecargado que se ahogaba en su propio exceso de información y padecía cierta clase de obesidad digital. Medio atontado después de zamparse todo un bufet de exquisiteces por el estilo, era posible que el monstruo no supiera dónde tenía que almacenar el hecho de que Willing Mandible (nacido Darkly), de East Flatbush, Nueva York, había comprado un paquete de galletas de soda por 2.95 dólares nuevos.

En cualquier caso, a nada ni a nadie parecía importarle que Willing y Enola Mandible, acompañados por Goog Stackhouse –que quizá no fuera tan importante en la Oficina como él afirmaba ser–, se hubieran ausentado sin permiso. Era tonificante.

Al final se comprobó que no había sido necesario que Nollie preparase el itinerario con el GPS del fleX. Las indicaciones que llevaban hasta la frontera de Nevada, en Wendover, Utah, se reducían a: «Cruzar el Puente George Washington; luego girar a la derecha.» Para asombro de Willing, la I-80 discurría en una recta virtual a través del continente desde Teaneck hasta San Francisco. No podía negarse que el asfalto estaba hecho polvo, y Willing sintió nostalgia por esos días (ficticios, tal vez) en que se podía ir por esa ruta sin sobresaltos a 135 km/h; de ser así, podrían hacer todo ese viaje en sólo tres días en lugar de cinco. En economía, Willing era un autodidacta bastante competente, pero poco más sabía sobre otras cosas de su país.

Como Nollie afirmaba que «los niños que viajan en el asiento trasero necesitan juguetes», desactivaron las comunicaciones del maXfleX de Willing, protegieron los ajustes con una contraseña y se lo dieron a Goog para que jugara un rato. Siempre ansioso por lucirse con su cultura general desde que era niño, disfrutó soltando factoides: «El sistema de carreteras interestatales comenzó a construirse en 1956. Para completar la I-80 hicieron

falta treinta años. Seguía aproximadamente la ruta trazada por Lincoln Highway, la primera carretera que atravesó el país, y también replica gran parte del Oregon Trail y del ferrocarril Transcontinental.» No se podía negar que ese tramo implacable, que atravesaba sin remordimientos boquetes abiertos en la roca y cadenas montañosas, era una asombrosa hazaña de la ingeniería. En su corta vida, Willing había albergado una variedad de emociones sobre los Estados Unidos: decepción; angustia, miedo incluso; incompreensión; un montón de nada. El orgullo era una sensación nueva, y era agradable.

Para pasar el tiempo, Nollie los agasajó con noticias de sus amigos de Francia; al parecer, decían que, en el extranjero, la reputación de los norteamericanos iba mejorando. El estereotipo –arrogantes, vocingleros, torpes, jactanciosos– había quedado obsoleto. A los pocos compatriotas que se aventuraban a ir a Europa se los consideraba en general recatados, amables, atípicos. Cada vez se les reconocía más cualidades tales como mordacidad y astucia, capacidad de autocrítica y gusto por el humor negro. Ya nadie echaba mano así como así de los tópicos sobre los norteamericanos; por ejemplo, «no saben qué es la ironía», cuando todo el país se había convertido en una ironía con mayúsculas. Además, los yanquis eran buenos contando historias. En París se había puesto de moda invitar a cenar a divertidos *raconteurs* estadounidenses, en gran parte como antes habían invitado a los irlandeses.

Sin embargo, mientras el Myourea avanzaba a toda velocidad por Indiana e Illinois, comenzaron a ver un paisaje desolado a ambos lados de la carretera. Fábricas enormes con pinta de almacenes, completamente automatizadas, sin duda, y la totalidad de ellas en manos extranjeras. Los lugareños daban gracias por los pocos empleos de bajo nivel que la gente real que trabajaba por una miseria hacía por tan poco dinero que no valía la pena gastar en comprar e instalar robots. Los Estados Unidos se habían convertido en un lugar preferido entre los inversores extranjeros: abundaba la tierra, y era barata. Si bien los impuestos sobre la renta eran diabólicos, en la capital estaban desesperados por aumentar la tasa de ocupación, y el impuesto de sociedades era insignificante. La mano de obra, poco formada, también era miedosa, manejable y agradecida. Una incidencia de tiroteos superior a la media en los lugares de trabajo era ciertamente una desgracia, pero casi siempre los norteamericanos se mataban entre ellos y costaba muy poco

reemplazar a los muertos. No hacía mucho tiempo, Willing había tenido noticias de Kurt, el inquilino de East Flatbush, que, después de que Jarred desapareciera, había ido a dar con sus huesos en una de esas inmensas fábricas de una sola planta en el Medio Oeste. Según Kurt, los empleados se alojaban en «residencias», lugares más parecidos a mausoleos que las universitarias. De día, se podía caminar unos ochocientos metros por los talleres sin encontrarse con otro ser humano. Para Kurt, ese trabajo solitario era peor que el aburrimiento.

Con el avance moderadamente perjudicado por la insistencia de Nollie en seguir con sus *saltos de tijera* todas las mañanas, tardaron tres días en llegar a Iowa. Los maizales se extendían hacia el horizonte, interrumpidos muy de vez en cuando por una casa de labranza. Esa región siempre había sido el granero de la nación. Ahora era el granero del resto del mundo. Con los cultivos también mecanizados, casi todo ese grano se destinaba a la exportación. Dos años antes, la población mundial había cruzado la línea de los diez mil millones antes de lo esperado. Tras desaparecer durante décadas, las explotaciones agrícolas familiares como la Ciudadela habían acabado tragadas por completo por empresas de una superficie tan extensa que podrían haberse transformado en países independientes. China y la India habían colonizado la agricultura de los Estados Unidos con la sensación de tener derecho a hacerlo y no pocas pretensiones de superioridad moral. Dar de comer a diez mil millones de personas era supuestamente un gran logro, y más de suponer era que alimentar a diez mil quinientos millones al cabo de tres o cuatro años sería un logro aún mayor. Sin embargo, Willing no conseguía entender el porqué de tanta satisfacción. Puede que se llegara a dar de comer también a doce mil millones, pero entonces... ¿qué habría que ya no hubiese habido antes? Él preferiría construir una interestatal.

El parque de viviendas formaba un centón desconcertante a lo largo de todo el camino. Casas hechas con listones casi descoyuntados, la pintura ampollada y barandillas rotas en los porches se rozaban con residencias para pensionistas, en perfecto estado y con pistas de tenis y piscinas. Sin embargo, eran muchos los poblados de esa ruta que parecían ciudades fantasma. Se preguntó adónde habrían ido todos sus habitantes.

Fue el cuarto día, en Nebraska. Esa mañana, en el motel, en las afueras de Omaha, se olvidaron de llenar las botellas de agua. Nollie anunció que estaba muerta de sed. (Podría haber estado también al borde la locura, hipnotizada.

Entre Lincoln y Grand Island, la I-80 era tan recta que se la podría haber usado de regla, y la tierra tan llana que la pradera podría haber hecho las veces de tabla de planchar. El Señor Experto, siempre en el asiento trasero, verificó que la ruta no variaba en su despiadada dirección hacia el oeste en más de unos metros a lo largo de unos ciento diez kilómetros. Por una vez, Willing y Goog estuvieron de acuerdo en algo: la negativa de Nollie a poner el coche en automático en ese tramo tan monótono que embotaba la mente era una imbecilidad.) La conductora se desvió de la interestatal y se adentró por una carretera secundaria no señalizada que no tardó en dejar de ser asfaltada.

–Por aquí no vas a encontrar un minimercado –dijo Goog–. Da la vuelta.

Podría haberlo hecho si Goog no hubiera abierto su boca. Nollie nunca aceptaba las indicaciones del rehén.

–Puede que no, pero Nebraska tampoco está totalmente despoblado. Los norteamericanos no pueden haber llegado al extremo de negar un vaso de agua a un desconocido.

La pista terminaba en un edificio bajo; estuvieron a punto de pasárselo de largo, pues estaba camuflado debajo de un montón de polvo y de la arena llevada hasta allí por el viento. Unas vetas que quedaban al descubierto mostraban una superficie del color pardo del paisaje, como si lo hubieran diseñado para que pasara inadvertido. La estructura era redonda, como una pastilla para jugar al hockey sobre hielo, y el techo plano; no había ventanas. Por fuera no tenía ninguna característica especial; sólo una puerta, y estaba abierta.

–Parece desierta –dijo Goog–. Volvamos. Este lugar es muy extraño.

En el caso de Willing, el estado de alarma se enfrentó con la curiosidad, y la curiosidad ganó, así que él atravesó con cautela el umbral cubierto de arena.

–¡Hola! –gritó, y ni siquiera se oyó su propio eco–. Dame mi maXfleX –le dijo a Goog–. No se ve nada.

Willing tuvo que lidiar con la pantalla durante un momento. Los fleXes *de antes* se convertían en una linterna en un pispás, pero la versión *nueva y mejorada* era más lenta e imperfecta. Aun después de conseguir enrollar el maXfleX, el rayo de luz se torcía asimétricamente hacia la izquierda.

La entrada también estaba cubierta de suciedad; lo primero que se veía era una botella vacía de vodka. Por lo visto, no eran los primeros en descubrir ese

lugar. Willing iluminó esa habitación haciendo girar la linterna. Más porquería, y una pared negra interior, lisa, con un agujero en el centro: una escalera de caracol que sólo conducía hacia abajo. Una puerta trampilla que antes había protegido la entrada ahora se encontraba ladeada y dificultaba el paso. Alguien la había abierto con una palanqueta. Del hueco le llegó un olor a aire viciado con una nota de putrefacción. La impresión de desolación era absoluta. Ahí no había nadie.

—¿Qué es esto, *Indiana Jones*? —gimoteó Goog—. Deberíamos irnos de aquí.

—Me sorprendes —dijo Willing—. Ahí abajo tal vez hay algo que podrías gravar.

—Ja, ja. Pero no pienso entrar en ese pozo con las manos atadas.

En realidad, se habían vuelto muy descuidados con el tema de la cinta adhesiva. No se la habían cambiado desde el día anterior. Goog quizá podría haberse soltado si lo hubiese intentado.

—Goog puede quedarse aquí arriba, pues. He cerrado el coche con llave —le aseguró Nollie a Willing—. No se irá a ninguna parte. Quiero ver qué hay ahí abajo.

Mientras Nollie y él bajaban con cuidado por la mugrienta escalera de obsidiana, Willing miró con envidia el viejo fleX de su tía abuela. Emitía un rayo de luz perfecta. Aunque fuera el sol de la tarde de las planicies de Nebraska quemaba la tierra, en el hueco de la escalera hacía frío. El olor a podrido que flotaba en el aire se hizo más penetrante.

Al llegar al piso de abajo, Willing dirigió su fleXpot hacia un lado. La luz cayó sobre una cinta de correr cubierta de polvo y arena. Detrás, en la pared, un juego de mancuernas colocadas por tamaño en escalera ascendente. A unos pasos a la derecha, una bicicleta elíptica, y, al lado, un aparato de remo. No conseguía entender quién podría haberse tomado la molestia de tener un gimnasio subterráneo.

—¡Alto! —le gritó de repente a Nollie, que iba detrás, agobiado por el palpar de su pecho y la bilis que empezaba a subirle a la garganta—. Si eres aprensiva o si te espantas con facilidad, deberías volver arriba.

—No irás a pensar que soy «aprensiva», y mucho menos que... —Nollie interrumpió sus quejas en seco.

El fleXpot de Willing iluminó la bicicleta. Mejor dicho, a quien la montaba. Desplomado encima de la pantalla digital como si hubiera ajustado la máquina para subir una cuesta que superaba sus posibilidades, el fiambre

vestía un chándal polvoriento. Las calaveras siempre parecen sonreír, pero ésa aún tenía suficiente piel alrededor de la boca para hacer más bien una mueca de agotamiento. El brazo que le faltaba estaba en el suelo.

–Este tío lleva muerto mucho tiempo –dijo Willing–. Suerte para nosotros, quizá. –Y sintió la urgencia de teorizar: lo que hace que los cadáveres sean espeluznantes es la humedad. Si están completamente vivos, no hay problema; completamente muertos, tampoco. El problema era la fase intermedia.

–¿Te animas a bajar un piso más? –preguntó Nollie, señalando la escalera–. Me muero de curiosidad.

–Dame la mano.

Nollie le dio la mano, y Willing no estaba seguro de quién daba ánimos a quién.

En el piso de abajo, una cocina muy bien equipada: horno de convección, microondas, una olla de cocción lenta, una batidora KitchenAid con la tira de accesorios. De fresno delicadamente labrado y con elegantes piezas de bronce, las puertas de los armarios estaban abiertas. Fueran quienes fuesen los villanos que habían desvalijado la despensa, no tenían inclinaciones culinarias. Habían dejado la máquina de hacer pan, también la de hacer pasta y el robot de cocina; desparramados por el linóleo, cortadores de verduras y esos chismes para deshuesar aceitunas. Aunque el suelo estaba pegajoso por las muchas botellas rotas de alguna porquería que se había evaporado, encontraron varios estantes repletos de cebollitas de cóctel, caviar, corazones de alcachofa, anchoas, aceite de avellana y limones en conserva. Lo que a Willing le llamó la atención de esa cesta de Navidad digna de Dean & DeLuca fue que no había *un solo* bote de mermelada de naranjas amargas con Glenlivet. Como ocurría con todos esos otros productos tan pijos, había decenas de frascos de mermelada –en escorzo, se diría que de unos sesenta centímetros de profundidad.

Willing cogió un bote de kumquats confitados y le quitó el polvo.

–Mi madre no creía en las fechas de caducidad –dijo entre dientes, y se lo guardó en la riñonera.

Nollie pasó el rayo de su fleXpot por el contenido de un congelador que estaba abierto; había seis en total, y ocupaban todo un cuadrante de ese piso. Fisgoneando con una espátula larga para barbacoa, fue leyendo las etiquetas:

«Lubina, *filet mignon*, pechuga de pato, codornices, *foie gras*, salmón ahumado...»

–*Cómanse su salmón* –recordó Willing.

–No creo.

Los sobres de salmón envasado al vacío eran todos de un negro apestoso.

Frente a la cocina, una mesa de comedor curvada, de alguna madera exótica, se ajustaba a la pared circular del silo. Tres de los moradores ocupaban sendas sillas. Parecían tener hambre.

–El sistema de circulación del aire debió de seguir funcionando durante bastante tiempo –supuso Willing–. De lo contrario, aquí el olor sería insoportable–. ¿Qué te parece? ¿Bajamos un piso más?

Y descendieron un tercer tramo de escalera, para lo cual tuvieron que quitar de en medio a uno de sus anfitriones en peor estado; pasaron olímpicamente de él con una rapidez desconcertante. Willing lo habría anticipado: una bodega circular, del suelo al techo. O eso fue lo que infirió, pues fue ahí donde los turistas anteriores habían concentrado el pillaje. Faltaba la mayoría de las botellas, y las que quedaban estaban vacías: burdeos de cincuenta años entre cajas de cartón de Talisker y finos corchos de madera para botellas de coñac.

–Algo sé de vinos franceses –dijo Nollie al recoger del suelo una botella rota de Châteauneuf-du-Pape–. Ésta fue una buena cosecha.

–Si vamos a excluir que los mató un virus, eso que ves ahí fue su error –dijo Willing, señalando un espacio distinto en el cuadriculado de compartimentos de la bodega: un armario alto y vacío en cuya puerta de cristal, a pesar de estar abierta, se veía un candado nada fácil de reventar. Dentro, las secciones eran largas y verticales.

Del piso siguiente podía decirse que era un centro de entretenimiento; tres cadáveres fascinados ante una pantalla de cine que ahora un maXfleX podía duplicar en tamaño en la habitación de cualquier adolescente. Debajo, una zona de descanso donde varios amigos parecían conversar un punto demasiado relajados. Los dos pisos siguientes eran unidades residenciales, cada una con una sala y cuarto de baño privados. También allí lo habían revuelto todo: los cajones de las cómodas por el suelo, los colchones fuera de las camas. Si los carroñeros habían buscado objetos de valor –joyas, oro–, Willing apostaba a que se habían llevado un succulento botín. Sin embargo, no se habían tomado la molestia de llevarse el dinero; los billetes estaban

esparcidos sin orden ni concierto por los dormitorios como envoltorios de golosinas. Cogió un billete de cien dólares, uno verde de la emisión original, demasiado pequeño para sonarse la nariz, no lo bastante absorbente para limpiar las gafas. Cuando el dólar nuevo reemplazó al de toda la vida, a él, como a la mayoría, le gustaba ver el dorso de los antiguos billetes, pero no se le había ocurrido guardarse uno de recuerdo. La textura inconfundible, como de franela, y el grabado ridículamente pomposo, le provocaron una nostalgia inesperada. Willing se lo guardó en el bolsillo.

El último piso era un depósito, donde también habían tenido un tanque enorme de agua de reserva. Los ladrones no se habían interesado por casi nada: pasta sin gluten, zapatillas de deporte, suplementos para las articulaciones y trufas con un toque de sal marina. Willing abrió una lata; los bombones eran quebradizos, recubiertos por una ligera costra y una especie de pelusilla, como los percebes. Ahí también estaba el compactador de residuos. Los cubos de basura ya compactada apilados al lado sumaban casi una docena. Ese campamento de verano subterráneo no había durado mucho.

Mientras volvían arriba, Nollie descubrió algo que brillaba entre las botellas que los saqueadores no habían abierto en la bodega, y rescató una mágnam de champán. Ni siquiera habían intentado quitarle el papel de aluminio del tapón.

—Justamente para esto hemos venido aquí —dijo—. Tengo sed.

Al salir, encontraron a Goog, malhumorado, y, después de contarle con todo detalle lo que habían visto, celoso. Antes de volver a ocupar al asiento del conductor, Nollie descorchó el champán.

—Creo que nunca había necesitado tanto una copa —dijo, y echó un trago.

—Si te vas a beber esa botella, tienes que poner el Myourea en automático.

—Mira que eres mariquita, Willing. Deja ya de darme la lata —dijo Nollie, pero aceptó el consejo, y en cuanto volvió a entrar en la hipnotizadora recta de la I-80, dejó que el coche condujera por ella.

«Nebraska», de Bruce Springsteen, creó el ambiente exacto para ir pasándose entre ellos el champán caliente.

—Entonces, ¿eso era un refugio nuclear? —preguntó Goog.

—Miré las fechas de los comestibles —dijo Willing—. Todo comprado en el 33. Es decir, que querían esconderse de algo peor que el holocausto atómico; querían esconderse del prójimo. Por desgracia para ellos, dejaron entrar a alguien.

–¿Los atacaron? –se preguntó Goog–. ¿Les robaron?

–Nooo –dijo Willing–. Esto es *América*. Tenían un armario repleto de armas. Para mí lo más probable es que se mataran entre ellos.

–Pero antes vivieron por todo lo alto –dijo Nollie.

–Eran ricos –dijo Willing–. Y viejos.

–Que eran ricos salta a la vista –dijo Nollie–. Pero ¿cómo se puede saber si un cadáver era viejo?

–Por sus productos los conoceréis –entonó Willing–. El equipo de gimnasia es un buen dato generacional. Los cuartos de baño estaban hasta los topes de cremas antienvjecimiento, de gel para blanquear los dientes y de champú con cafeína. Medicamentos para la hipertensión, para el colesterol, para la disfunción eréctil, y no sólo una ampolla o dos. Las había por cientos. Ojalá pudiera contárselo al Gran Gran Hombre... Por fin hemos descubierto quién acaparó el mercado nacional de laxantes.

–Y tu pobre madre acaparaba Post-its –le dijo Nollie a Goog.

Hacía tiempo que circulaban rumores sobre los «superricos». Según la creencia popular, esos mimados vampiros fiscales se habían retirado a islas fortificadas, donde imperaban el lujo y el desenfreno; allí chapoteaban en las piscinas y preparaban *piñas coladas* mientras sus compatriotas morían de hambre. Descubrir que no todos habían salvado el pellejo –que, al menos, podrían no haber escapado los unos de los otros– era una satisfacción.

Intentar entrar en el Estado Libre por la I-80 parecía un poco obvio. Elegir la ruta menos transitada era la única razón por la que habían buscado un punto de entrada septentrional: la mayor parte de los emigrantes subversivos escogería la I-70, que llevaba a Las Vegas. Si el grado de fortificación a lo largo de la frontera variaba, los Servicios de Inmigración y Aduanas seguramente concentrarían sus medidas disuasorias cerca de la ciudad más grande y más famosa del estado renegado, situada en su extremo más meridional.

Así pues, Nollie dejó la interestatal y entró en la carretera secundaria paralela, la Ruta 58, que llevaba hacia Wendover, cuyos límites municipales originales se extendían a ambos lados de la frontera entre Utah y Nevada. A primera vista, Wendover parecía una ciudad más movida que las que habían visto por el camino. Hasta ahí, los moteles habían sido establecimientos

destartalados, con cubrecamas sucios y vasos de plástico resquebrajados y reciclados. Aquí, los establecimientos hoteleros de más nivel parecían nuevos, con nombres como El Descanso del Peregrino, El Final del Camino del Peregrino y La Almohada del Peregrino, y no parecían referirse a refugiados religiosos con sombreros de ala ancha. Cuando se adentraron un poco más en la ciudad, vieron proliferar restaurantes de mal gusto, casinos y tiendas: La Taberna del Renegado, Las Arenas del Desertor y Joe el Traidor. Eran muchos los locales con alusiones graciosas a lo que los visitantes como Willing más temían: Chips & Fission o El Quitachips. El bar La Última Oportunidad ofrecía «creaciones» bautizadas *Sesos congelados* y *Embolia on the Rocks*.

Que estaba famélico, dijo Goog, lloriqueando. Todos lo estaban.

—¿Qué hacemos con sus manos? —preguntó Willing a su tía abuela.

—Esta ciudad es tan loca —dijo Nollie— que nadie va a detenerse a mirar dos veces la cinta adhesiva.

Las ataduras nominales de Goog ya estaban lo bastante flojas para parecer una pulsera, y Willing ya había visto más de una vez que su primo intentaba quitárselas.

Al final se detuvieron en un restaurante familiar llamado El Último Banquete. En la recepción, un niño de cinco años armaba barullo en una réplica de una silla eléctrica que giraba y vibraba y echaba chispas de verdad. El menú se inspiraba en las últimas comidas que habían pedido presos que esperaban la ejecución en el corredor de la muerte. El John Allen Muhammad: pollo con salsa *marinara* y tarta de fresa. El John Wayne Gacy, con guarnición KFC (Korean Fried Chicken) y gambas. También se podían elegir platos más ligeros: el John William Elliot era una taza de té caliente y seis galletas con pepitas de chocolate; el James Rexford Powell, sólo una cafetera.

—Estos platos no saben a nada —dijo Nollie, mientras leía la lista de entrantes.

—¿Cómo puedes saberlo si aún no has pedido nada? —dijo Goog, y Nollie puso los ojos en blanco.

—Yo voy a pedir la Shamburger Ron Scott —decidió Willing. Nachos con chile, jalapeños, salsa picante, cebollas asadas y tacos—. Ese tío sí que tiene clase.

—¡Holaaaa! —Igual que sus compañeros de trabajo, la camarera iba vestida

como una funcionaria de prisiones; en el pecho, una lustrosa placa decía BETSY—. ¿Qué puedo servirles?

—De entrada quiero una Inyección Letal —dijo Goog.

—¡Genial! —exclamó Betsy, aunque los ingredientes: brandy, aguardiente casero y granadina, anticipaban algo probablemente asqueroso. Tras tomar el resto de la comanda, Betsy preguntó en tono cordial—: ¿Desertores?

—Si lo fuéramos —dijo Nollie, mirando a la camarera con recelo—, ¿por qué íbamos a decírtelo?

—Sólo pretendía entablar conversación, cariño. ¿Os dais cuenta de que los viejos tienden a ponerse paranoicos? —dijo Betsy, dirigiéndose a Willing y Goog.

—¿Hay algún buen motivo para ponerse paranoico? —preguntó Willing.

—Ya sé qué estás preguntando, cielo —dijo Betsy—. Es lo único que todos quieren saber. Pero los que cruzan la frontera no vuelven nunca. Tomadlo como queráis. Sí que a veces algunos vuelven, pero la mayoría son los que se asustan en el último minuto. A veces pasan verdaderos apuros, porque se gastaron todo lo que tenían de reserva en el chip apostando en tal o cual casino. Los puedes ver en la calle, mendigando una transferencia que les permita volver a casa.

—¿Y vienen muchos desertores por aquí? —preguntó Goog, el desconfiado. Seguía siendo un *asquito* aunque Nollie y Willing a veces lo olvidaran.

—Oh, sí. ¡Los peregrinos han hecho mucho por nuestra economía! Enseguida os traigo la manduca.

Después de esa comida tardía, volvieron a la carretera. Al cabo de un kilómetro y medio por la Ruta 58, recta como la interestatal paralela, el fleX de Nollie indicó que se acercaban a la frontera de Nevada. En efecto, al final del camino se alzaba algo que parecía un edificio; desde el coche no resultaba sencillo saber si era alto o no, ni distinguir si arriba había guardias o francotiradores agazapados. Willing y Nollie coincidieron en que seguir acercándose más por una zona populosa era un error. Mejor seguir hacia el sur por carreteras locales y explorar cómo eran las defensas que los federales habían levantado ahí, en medio de la nada.

—Oye, sé que no siempre nos hemos llevado bien —le dijo Goog a Willing desde el asiento trasero mientras una polvareda envolvía el coche—. Eso no

significa que quiera que tu cerebro explote como una bombilla. ¿No podemos declarar una tregua? Este viaje ha sido muy divertido. Demos la vuelta, tal vez podamos pasar por Colorado. Es un robo a mano armada, pero estoy dispuesto a pagar la entrada que cobran los chinos para ver el Gran Cañón. De verdad, para los tres. Prometo que no os entregaré ni daré parte de este secuestro. Incluso te dejaré conservar tu estúpida pistola.

–Eso es increíblemente generoso –dijo Willing.

–Nunca sé cuándo eres sarcástico –gruñó Goog–. Mira, ¿para qué arriesgarnos a un colapso mental? ¡Los Estados Unidos *no están tan mal!*

–¿No fue ésa la intención de los padres fundadores? –dijo Willing–. Un país que no esté tan mal.

–¡No tan mal es mejor que una mierda! –suplicó Goog–. Sé que las cosas seguirán estando difíciles por un tiempo, ¡pero en cuanto cumplas sesenta y ocho todo será gratis! ¡Se trata de invertir tu tiempo!

–¿Por qué no quieres acompañarnos? –dijo Willing.

–Ni borracho –dijo Goog–. Tú no conoces la Oficina como la conozco yo. Esos tipos no bromean. ¿Crees que no van a arremeter contra los contribuyentes *que no cumplen?* En menos que canta un gallo. Joder, me asombra que todavía no hayan empezado las ejecuciones públicas. Y no porque seamos unos memos. La gente en general no tiene ni idea de lo mal que están las cosas. El presupuesto es una catástrofe de dimensiones enormes. Es un milagro que podamos seguir mandando sándwiches al Supremo.

Después de haberse alejado lo suficiente de la ciudad, Nollie volvió a enfilar hacia el oeste. La carretera de tierra –un bache tras otro– se parecía a la que los había llevado hasta el silo subterráneo. ¿Qué podían deducir de ello?: nada bueno. Goog hizo algunas bromas sin gracia acerca del olfato de Nollie para los cadáveres.

Sin embargo, a medida que se acercaban al lugar que el GPS identificaba como el final del mundo conocido, no vieron que ante ellos se alzara ninguna Gran Muralla. El vehículo no estalló al pisar una mina terrestre. En el lugar donde Nollie detuvo el coche y bajaron los tres, dos tiras de alambre de espino oxidado se extendían lánguidamente entre unos postes torcidos y mal afirmados en la tierra. La valla trazaba un eje continuo norte-sur en ambas direcciones. Al otro lado, un letrero escrito a mano decía: «*Bienvenidos* a los Estados Unidos de Nevada».

Con los brazos en jarras, Goog contempló indignado la célebre frontera.

–No me lo puedo creer.

–Esa valla no sirve ni para impedir que entren las gallinas –dijo Nollie.

A unos diez metros del alambre de espino se alzaba una casucha de cartón rojo. En el porche, un viejo reclinado en una mecedora, fumando. Y parecía estar fumando un cigarrillo de verdad, algo más raro en esos días que un todoterreno. Willing saludó con la mano y el viejo le devolvió el saludo.

Willing se acercó al poste que tenía a la derecha. La alambrada estaba enganchada a unos clavos con la punta hacia arriba.

–¡ALTO! –gritó Goog cuando su primo estiró la mano–. ¡Ahora lo veo clarísimo! Les encanta que los vejstorios sin chip como Nollie se marchen del país cuando ya tienen casi un pie en la tumba. Y hasta les dan las gracias. Cuestan una fortuna. Pero para los contribuyentes que lo dan todo y no reciben nada, como tú, Wilbur, sólo hay un motivo posible para que aquí no levantaran un muro, para que no haya guardias ni minas: *no los necesitan*. Si quieres una prueba irrefutable, tengo razón en eso de la autodestrucción del chip. Esta triste valla es la prueba.

Willing desenganchó los dos alambres y los quitó del camino del coche. Aún se encontraba en los Estados Unidos de América. Nollie volvió a ocupar su lugar en lo que seguía insistiendo en llamar el asiento del conductor, entró despacio en el país de los traidores y secesionistas y aparcó.

Ahora la línea estaba trazada en la arena, literalmente. Todo un desafío.

¡Qué emocionante, por Dios! Goog se tapó la cara con las manos.

–Yo no soporto ver esto.

Y, sin más ceremonias, Willing entró andando en el Estado Libre.

5. DE TODOS MODOS, ¿QUIÉN QUIERE VIVIR EN UNA UTOPIA?

La sonora carcajada socarrona que llegó del porche de tablas rojas lo sobresaltó. Willing había estado bastante seguro, pero no era lo mismo que estar seguro del todo. Así pues, se detuvo allí un momento, para evaluar la situación, sin duda con la expresión de quien se palpa el cuerpo después de un accidente: estar ahí y seguir estando ahí, con la intensa –y poco frecuente– conciencia de que un momento del tiempo conecta con el siguiente. Es posible que desde el exterior la escena fuese graciosa.

El viejo se dio una palmada en el muslo.

–Juro –exclamó– que da igual cuántas veces lo vea. Siempre me parto de risa.

A pesar de haber declarado que no quería que a su primo le estallase la cabeza, a Goog se lo veía perplejo: no había estallado.

–De acuerdo, pues –dijo, a sólo unos sesenta centímetros de distancia, pero siempre en suelo estadounidense–. ¿Y esa historia sobre el canibalismo?

Willing señaló al viejo con la cabeza.

–Ese tipo no tiene pinta de querer merendarme. Bueno, ¿vienes o no?

–No puedo. –Goog parecía destrozado–. Acabas de pisar el nuevo Salvaje Oeste. Da igual cómo sea, pero seguro que es primitivo. Y yo tengo un buen trabajo...

–Yo no lo llamaría *bueno*.

–Un trabajo lucrativo, entonces. Tiene muchas ventajas. Nada de qué quejarme. Y ahí... a los tipos como yo deben de lincharlos.

–¿A qué se dedica ese joven? –gritó el viejo, que había estado escuchando a escondidas.

–Es de la ASCO –contestó Willing, también a voz en cuello.

–¡Dile que no se equivoca! –dijo el viejo.

Con un gesto solemne, Willing sacó su navaja y cortó la cinta adhesiva que Goog llevaba en las muñecas. Después rebuscó en un bolsillo el maXfleX que le habían requisado a Goog y fue al coche a buscarle una botella de agua.

–Si de verdad tienes que volver –dijo, pasándole el kit de supervivencia–,

hay un aeropuerto a pocos kilómetros de aquí. Probablemente puedes llegar a pie.

–Hace calor –gruñó Goog. Que le dieran otra botella no tenía importancia. Había querido decir: *Aquí no hay un alma*.

–Despídeme de Savannah, de Bing, de tus padres y de Jayne y Carter. Y haz correr la voz. El miedo a esta frontera es una chorrada.

–Nadie me creería –dijo Goog, desanimado, y probablemente tenía razón.

Se dieron mutuos golpecitos en los hombros con una calidez nada habitual en ellos. Willing volvió a poner el alambre de espino en los clavos. Tras despedirse lánguidamente de Nollie con la mano, Goog se marchó cabizbajo en dirección a Wendover, donde tal vez otra Inyección Letal podría aliviar tanta decepción. Decepción con su país. Consigo mismo.

Mientras tanto, Nollie ya había empezado a darle a la sinhueso con el hombre de porche, que parecía exagerar su campechanía de veterano para impresionarla. Curtido por el sol, sí, pero de cerca parecía quizá sólo unos años mayor que Lowell, y en esos días eso no era nada. El peto de denim se veía demasiado bien planchado para ser algo más que esnobismo, y el sombrero flexible parecía haberlo aplastado él a propósito. Vistos los campos sembrados detrás de la casa, y el ganado que pastaba un poco más allá, ese hombre no se pasaba el día de palique con los nuevos inmigrantes. Hacer de centinela en ese punto de entrada debía de ser su única diversión.

–Según dice nuestro amigo aquí –le dijo Nollie a Willing–, esa gran barricada en la Ruta 58 es puro contrachapado.

–En esta ciudad no puede haber turistas yendo y viniendo por la frontera a plena vista y sin que les explote la cabeza –les explicó el vejete–. Si eso ocurriera, adiós al mito. Y es una mina de oro. Nadie pide un *último megabanquete* si tiene pensado cenar.

–Si yo quisiera encontrar a alguien por aquí, ¿dónde debería ir? –preguntó Willing–. ¿Las Vegas?

–Ahí va la mayoría. Ahórrate un poco de trabajo y prueba a buscarlo en internet.

–Creía que aquí no tenían internet.

El hombre rió.

–Tenemos nuestro propio servidor. Oh, los Cuarenta y Nueve Exteriores nos bloquean la conexión con el resto del mundo. Creo que no encontrarás todo lo que contiene Google Books, pero hay muchas páginas locales con

consejos para cultivar alfalfa. Y sitios para encontrar a los seres queridos. Si quieren que los encuentren, claro.

Tal como había advertido Goog, la tecnología era primitiva. Su país de adopción no proporcionaba ni conexión vía satélite con <http://usn> ni con la radio pública que llegaba a gran parte de los Estados Unidos, un país cuyo territorio empezaba a unos metros de allí, pero que a Willing ya le parecía lejano. Ese guía tan bonachón tuvo la gentileza de darle la contraseña de su wifi privado. Insufriblemente lento.

–Lo tengo –anunció Willing al cabo de unos cinco minutos insoportables–. Jarred Mandible, 2827 Buena Vista Drive, Las Vegas. Ha sido más fácil de lo que esperaba. Pero no entiendo de qué va esta página en que lo he encontrado. Algo sobre quesos.

–Ya son más de las cuatro –dijo Nollie, inquieta–. Y Las Vegas está a unos quinientos kilómetros de aquí.

–Antes de que os pongáis en camino y os alejéis de la frontera –dijo el vejete, con una chispa de malicia en los ojos–, podríais probar suerte en una de nuestras casas de juego.

Por curiosidad, Willing siguió las indicaciones del guardián y abrió el maXfleX encima del alambre de espino; el aparato abierto ocupó parte del territorio donde había transcurrido su vida anterior. El maXfleX volvió a contactar de inmediato con <http://www.mychip.com>. Una vez más, el viejo gritó, desternillándose de risa.

–¿Qué dice?

–Cero-cero nuevos –leyó Willing–. Y cero-cero centavos.

Y el viejo se dio otra palmada en el muslo.

–¡Otro drama que nunca me canso de ver! Sólo es parte de ese cuento de hadas sobre que el chip se autodestruye. Pero no te absorben los sesos. Lo que hacen es quitarte el dinero en cuanto pisas el Estado Libre.

–Tiene cierta coherencia. Triste, pero coherencia al fin –dijo Nollie.

–No tiene importancia –dijo el hombre–. Aquí nadie usa el chip. Se considera metralla de la Guerra de los Impuestos sobre la Renta. Pero es mejor que te vayas haciendo a la idea, chico: estás sin blanca.

–¿Y los bancos? –preguntó Nollie, con cautela.

–Los Estados Unidos de Nevada no comercian con nadie –dijo el hombre, paladeando las palabras. Tenía su lado sádico–. En parte es filosofía, en parte sentido práctico. Porque nadie quiere comerciar con nosotros. Por eso es

imposible tener lo que no se puede hacer, extraer, reparar, cultivar o inventar en Nevada. Y eso quiere decir, señora, que un *báncor* es tan útil para comprar comida como una rata muerta.

–Pero ¿aquí en Nevada se usa dinero? –preguntó Willing.

–¿Y qué te crees, que usamos cuentas? No somos *salvajes*. Carson City emite continentales. La primera moneda de las trece colonias originales, que no tardó en irse al traste muy pronto, a finales de la década de 1770. Porque no tenía nada que la respaldara. Eso lo hemos solucionado.

–¿Me está diciendo que usan el patrón oro? –dijo Willing.

–Je, je. Sí. ¡Ya veo que eres rápido! Antes de separarnos, el Estado Libre producía la mayor parte del oro de Norteamérica. Pero la oferta de continentales es muy limitada, no voy a mentirte. Aprendimos la lección por lo que ocurrió en los años treinta. Aquí todo el mundo está bastante de acuerdo en que, aparentemente, el patrón oro es una tontería. *Arbitrario*, dice el gobernador. ¿Para qué sirve aparte de para colgártelo al cuello? No se puede comer, pero como divisa funciona. Aunque no sepamos bien por qué. ¿Con un continental puedes comprar hoy una escobilla? También te la podrás comprar mañana. Eso no es una *tontería*.

–Bueno, gracias por el consejo –dijo Willing, a modo de despedida.

–No recuerdo haberte dado ningún consejo –objetó el hombre–. Pero me preocupa ver que parece no entender tu *situación*. No tienes dinero. Aunque encontraras gasolineras para llenar el depósito de ese cacharro tan lujoso que tenéis, ¿cómo vas a pagar? Ahora sí te daré un consejo, y lo doy gratis a todos los ingenuos recién llegados que atraviesan esa valla agachando la cabeza: *Nevada no es una utopía*.

–¿He dicho algo que sugiera que lo es? –preguntó Willing.

–Todos piensan igual –dijo el hombre, con cierto tono desdeñoso–. Pero tu amiga... Una dama encantadora, no lo dudo...

–Mira bien a quién llamas encantadora –ladró Nollie.

–Pero no puede decirse que acabe de salir de la cinta transportadora –prosiguió el hombre–. Si nos traes vejestorios, hay que pagar. Aquí no tenemos Medicare. Ni Seguridad Social. Ni planes de descuentos para medicamentos. Tampoco Medicaid ni residencias subvencionadas. Nada de eso que se llama red de seguridad. Cada ciudadano de esta república turbulenta es un funámbulo que debajo no tiene *nada* ♦ aparte de la tierra fría

y dura. ¿Que tienes un tropiezo? Pues alguien que te cuide te sujetará, o caerás de culo.

Esta vez emprendieron el camino por la US 93, de dos carriles. Llanos secos y, en el horizonte, una cadena arrugada de montes bajos. Los matorrales salpicaban la llanura como los cúmulos de nubes arriba; el terreno era un reflejo perfecto del cielo.

–Parecías bastante seguro cuando cruzaste la frontera –dijo Nollie.

–Tenía más de tu sesenta por ciento de seguridad, eso sí –dijo Willing–. Cuando Goog habló del estado en que se encuentra el Monumento a Washington, empecé a ver algo con claridad. Es más económico monitorizar fotografías en línea que limpiar los edificios reales. Por eso, cuando vi la valla, lo comprendí. No tienen perros ni tiradores, ni una barrera enorme de hormigón en todo el perímetro de Nevada; pero no porque el chip esté programado para autodestruirse. Esto que nos implantan es demasiado barato.

Nollie rió.

–El mismo motivo por el que no les interesó otra Guerra Civil.

–Los rumores son gratis. Se propagan solos. Contratar gente para que cuelgue en internet un montón de disparates sobre los Estados Unidos de Nevada no cuesta casi nada. Fue lo que dijo Fifa sobre el terrorismo de Estado. Tener al pueblo controlado con propaganda ayuda a *ahorrar dinero*. Y sinceramente, Noll –añadió Willing–. Es por los Estados Unidos. Ya no son lo que eran. Pero bueno, tampoco matan a nadie por evasión de impuestos.

Aprendieron la primera lección esa misma noche: Nevada en estado puro. Iban despacio, con gas natural, y tendrían que repostar antes de llegar a Las Vegas. Si bien en la pequeña ciudad de Ely había un restaurante y una cafetería, no tenían dinero ni para dormir ni para comer. Así pues, salieron de la 93, cerraron el coche con llave y se abrigaron con los jerséis que sólo a Nollie se le podría haber ocurrido poner en las maletas en julio. Hacía frío en el desierto después de la puesta de sol.

A Willing no le importaba. Había pasado más frío. Durante el invierno de 2031-2032, cuando su madre no ponía el termostato a más de seis grados, una temperatura apenas suficiente para que no se helasen las cañerías. En una alcantarilla húmeda en el camino a Gloversville, sin poder dormir, esperando

a que saliera el sol. Congelándose los dedos mientras empujaba la bicicleta cuesta arriba en las orillas cubiertas de maleza de tal o cual río, lidiando para que no se le cayera: las cajas de Nollie y de Carter la volvían inestable. Los tacos de El Último Banquete podían haberse terminado hacía tiempo, pero ésta no era tampoco la primera comida que se saltaría. Avery había tardado un par de años en separar los lujos de las necesidades. Willing había aprendido a diferenciarlos de pequeño.

Se puso en marcha temprano y se ofreció para preparar comidas rápidas en la cafetería. El dueño, aunque de mala gana, aceptó, pero sólo durante la hora punta del desayuno. Willing oyó murmurar algo sobre «inmigrantes ilegales», una expresión ligeramente distorsionada, pues lo que convertía a Willing y Nollie en ilegales no era la negativa a permitirles entrar en el nuevo país, sino la prohibición de salir del suyo. Después de limpiar también los servicios, ganó sus primeros continentales —el misterioso diseño colonial en sepia era aún más sentimental y más retro que el de los viejos dólares verdes.

A juzgar por los precios de la carta, lo que ganaba era una miseria, menos que el sueldo neto de Elysian. No obstante, era mejor ganar menos y quedárselo todo que tener más dinero después de que le saquearan los ingresos. Que el dueño de la cafetería no le pidiera la dirección web del metal que llevaba en el cuello fue emocionante. Ése era el primer dinero que ganaba en seis años sin que se notificara automáticamente al gobierno federal para que éste se ocupase de hacerlo humo. *Querido Goog, ojalá estuvieras aquí.*

Después se dedicó a recoger boñigas de vaca secas para venderlas como abono en un rancho que quedaba cerca de la autopista. Pasó la tarde reparando las vallas del rancho; la misma tarea cotidiana que había matado a su madre. Aunque hacía calor, Willing tuvo la precaución de ponerse guantes. Ese trabajo le trajo recuerdos: *vio* el dedo índice de Florence, al principio sólo hinchado como una salchicha y con un halo rojo alrededor de la herida. Su madre se cuidó poniendo el dedo en agua caliente con sal; después el médico dijo que ese remedio casero no servía para nada. Dos días más tarde, la mano ya parecía una ubre sin ordeñar, y unas franjas rojas le subían por el robusto antebrazo. Supuestamente, el resultado habría sido el mismo si la hubieran llevado al hospital en cuanto el dedo empezó a hincharse. «Los medicamentos que no son eficaces...», anunció el internista, acongojado, y les entregó el pañuelo respetuosamente plegado

como una bandera estadounidense en miniatura en un funeral militar, «da igual que se administren pronto o tarde.»

Mientras tanto, Nollie seguía con los saltos de tijera junto al coche; los transeúntes, lugareños mirones todos, no paraban de reír a carcajadas. Willing nunca le habría dicho nada al respecto, pero su tía abuela ya no estaba realmente en forma. Ya no juntaba las manos por encima de la cabeza; sólo conseguía levantarlas a la altura de las orejas antes de bajarlas hasta la cintura. Movimientos de mariposa débil y casi moribunda. Los saltos en sí también eran una pérdida de tiempo. Antes Nollie entrechocaba los talones; ahora los pies se alzaban y caían en el mismo lugar, separados más o menos a la misma anchura de los hombros. Cuando se quedaba brevemente en el aire, levitaba sólo a un centímetro del suelo; difícil llamar a eso un salto. Ser testigo de ese deterioro físico le dolía. Esa rutina de locos siempre había tenido un lado cómico, pero esta versión debilitada sólo podía hacer reír a los desconocidos.

Por poco convincentes que fuesen los ejercicios, ni siquiera Enola Mandible podía dedicarse a la calistenia todo el santo día. El segundo día se puso a buscar *trabajitos*: colocar latas de comida en el minimercado, fregar los suelos. Cuando terminaba, con dolor de espalda, no necesitaba hacer más saltos.

Era una zona pobre, más aún ahora, cuando ya no pasaban por ahí de camino a Las Vegas turistas de Boise, de Portland ni de ninguna parte. Peor aún era que, como le ocurrió a Willing, poco después de la secesión, los satélites de la ASCO les hubiesen vaciado el chip a todos los habitantes del estado –si bien en Nevada el número de gente sin chip superaba con mucho la media nacional–. La población, desplumada, llamó a ese castigo de despedida «el Hurto». La extracción acumulativa fue considerable. Con el término «hurto» aludían más a la estrechez de miras que a los escasos fondos que les habían quitado.

Cuando la miseria que los del lugar podían pagar a los migrantes empezó a ser rentable, la hostilidad de la comunidad cesó. Willing trabajaba duro y bien. No abría la boca. Hacia el final de su breve temporada en Ely, más de un nativo ya los había invitado a comer. Al cabo de cinco días sin vivir en el Myourea, consiguieron reunir suficientes continentales para llenar el depósito.

Nevada siempre había sido un imán para los bichos raros. Inadaptados, marginados, forajidos, inconformistas... Los descontentos, los fantasiosos, los que buscaban lo fácil. Nacida del apogeo y la caída de la minería, la economía se asentaba en el vicio: combates de boxeo, mujeres de vida alegre, el alcohol, el juego, la irresponsabilidad conyugal. Incluso antes de separarse del resto del país, el estado ya era, por así decir, periférico. En Nevada casarse era demasiado fácil y aún más fácil era divorciarse. Corría el alcohol las veinticuatro horas del día. La actitud indulgente con la prostitución fue muy anterior a la época en que Savannah pudo sacarse un título de especialista en estimulación. Los cigarrillos de verdad —o, ya puestos, cigarros enormes y apestososeran legales en los casinos. La propia Constitución consagraba la prohibición del impuesto estatal sobre la renta. Lo que los habitantes de Nevada hicieron en 2042 fue poco más que formalizar que eran un pueblo aparte. Así pues, la rebelde nueva nación dentro-de-una-nación estaba hecha a medida para el siempre indignado y excéntrico tío de Willing. Pero ¿qué o quién sería allí el enemigo imaginario de semejante iconoclasta? La imagen era discordante: un Jarred Mandible completamente feliz.

Willing lo había conocido cuando era un hacendado con visión de futuro; su mentor había comprendido antes que el resto de la familia que siempre primaría la necesidad de comer. Él siempre imaginaba a Jarred calzado con botas de goma enfangadas y una pala en la mano. Lo más seguro era que en los Estados Unidos de Nevada ya se hubiera buscado una granja: la Ciudadela resucitada, liberada de la humillante imposición de vender al Departamento de Agricultura de los Estados Unidos casi toda la carne y los productos agrícolas a unos precios escandalosamente bajos fijados por el gobierno. Sin embargo, la dirección urbana que encontró en <http://usn> debería haber puesto en entredicho esa visión optimista y pastoral de las circunstancias actuales de su tío.

Willing no pudo reprimir la emoción que lo inundó cuando Nollie cruzó los límites de la ciudad de Las Vegas. A él nunca le había interesado el juego; mejor dicho, jugar por dinero. En un sentido más amplio, ahora le interesaba mucho apostar. Era lo que estaba haciendo.

Además, reaccionaba instintivamente a la reputación de la ciudad. Ese lado salvaje, ese desenfreno, la imprudencia, eran cosas que apelaban naturalmente a un joven con una infancia marcada por la cautela y la

moderación. La temeridad institucionalizada de una ciudad en la que más de uno lo perdía todo en una sola vuelta de la ruleta no podía sino atraer a un chico de Brooklyn invariablemente parsimonioso que siempre había medido con precisión las tazas de arroz para su madre: la bolsa tenía que durar una semana. A Willing le encantaba que la ciudad hiciera caso omiso de la desaprobación y el oprobio con que siempre la habían mirado los estrictos, los mojigatos, los rectos. A Las Vegas eso le importaba un bledo. Era bulliciosa, horterera, pagana. Era tonta, y era falsa, sincera y abiertamente falsa, una cualidad que, paradójicamente, le confería un rasgo más parecido a la autenticidad. No se disculpaba por ser como era. A lo largo de los años, la ciudad había hecho ganar mucho dinero a sus residentes sin importarles qué podía tener de malo.

Las Vegas era el polo opuesto de Willing. ¿Quién no se siente atraído por lo que no es?

No obstante, cuando el sol empezó a ponerse y Nollie entró en el legendario Strip, a Willing se le cayó el alma a los pies. Casinos como el Wynn, el Venetian, el Bellagio y el Singapore eran moles que se alzaban envueltas en una oscuridad casi total. El famoso bulevar tenía un aspecto fúnebre. Sólo a lo lejos titilaba un letrero de neón. En la autopista, más tráfico que en Manhattan, pero predominaban los camiones; los automóviles extravagantes como el Myourea eran pocos. El contacto inmediato con el centro de Las Vegas fue una seria decepción.

La casa de Jarred quedaba en las afueras, en el lejano sudeste. A medida que se alejaban del centro, las grandes casas de estuco blanco, estilo rancho, con cuidados jardines de cactus, cedieron el paso a viviendas más pequeñas, de aspecto más barato, sin jardines de diseño; hileras de casas idénticas plantadas en tierra roja y estéril. Aloe Acres, la urbanización de Jarred, había quedado a medias. Los tejados de terracota eran el único y rápido guiño al estilo «moderno español». La lóbrega casa blanca en el número 2827 estaba rodeada de paredes rectangulares inacabadas que apenas llegaban a la altura de la cintura. O se habían quedado sin dinero o los promotores se habían largado cuando en el famoso estado renegado la insubordinación superó a lo que los inversores estaban preparados para enfrentar.

Jarred no los esperaba. Les abrió la puerta en bóxers y con un fusil en la mano.

—¡Por Dios bendito, si es mi brazo derecho! ¡Y una de las pocas damas

ancianas que soporto! –Dejando de lado el protocolo social, Jarred mandó al diablo todas las precauciones médicas y recibió a tía y sobrino con sendos abrazos de oso—. ¡Plena fe y crédito, *mi hermano y mi tía!*♦ ¡Estaba deseando que llegarais! ¿Y qué me contáis de esa bobada de frontera, eh? Yo en realidad vine en kayak por el Colorado cuando podría haber venido en la puta camioneta por la I-70 sin haberme tomado siquiera la molestia de decir adiós con la mano. ¡Me sentí tan idiota...! Pasad, pasad.

El interior era más que austero: una mesa pequeña de formica, dos sillas de respaldo recto. Todo era blanco, salvo el suelo de cemento, y en las paredes no colgaba un solo cuadro. Mejor dicho, no colgaba nada. Cuando se colaron por una mísera ventana los últimos rayos púrpura de la puesta de sol, Jarred encendió una bombilla que colgaba del techo desnuda. Sus rizos negros salvajes se veían, por decir algo, más largos, y se le escapaban de una coleta hecha de prisa y corriendo. Antes de que su tío se cubriese con un albornoz, Willing observó que, a los cincuenta y tres años, Jarred por fin había echado barriga. Fuera lo que fuese lo que hacía ahora, no se dedicaba a arar, sembrar y dar de comer a los cerdos.

Como si se diese cuenta de lo que Willing pensaba, Jarred dijo:

–Tío, tú estás más flaco que antes.

–La esclavitud adelgaza –dijo Willing.

Jarred trajo un taburete de plástico, una botella de tequila y tres vasos, todos distintos.

–El emprendedor más inteligente que hay aquí es el tipo que decidió plantar agave azul después de la secesión –dijo, llenando los vasos—. No sirve para nada tener la central de Patrón en la ciudad si no pueden comerciar con los proveedores mexicanos. Ahora esta cosecha local circula por todo el Estado Libre y el tipo que la fabrica se ha hecho asquerosamente rico. ¡Salud! ¡Por los indomables Mandible! ¡Que sigamos sanos y prósperos!

–Entonces, ¿también hay ricos aquí? –preguntó Nollie.

–Será mejor que te lo creas –dijo Jarred—. Este estado necesita prácticamente de todo. Imagínate un mercado así, donde no hay casi nada, y puedes hacer un pastón. Y por si fuera poco, te lo quedas. Impuesto fijo, 10 %. Y no tienes que sumar el 10 % del impuesto sobre las ventas, ni el impuesto sobre la propiedad, el estatal y el local, ni Medicare ni la Seguridad Social. El 10 %, punto. ¡De puta madre! No le molesta a nadie.

–No te veo yo a ti, hijo, sin nada que te moleste –dijo Nollie—. Debes de

estar desconsolado.

–Siempre podría molestarme el no tener nada que me moleste –postuló Jarred.

–¿Hay gente que no paga el 10 %? –preguntó Willing.

–Oh, sí, probablemente. Pero el cuerpo de policía es tremendamente pequeño. No dan más de sí y se cabrean con facilidad. Preferiría no cruzarme con ellos. La justicia es bastante dura. No sería imposible que se presentaran en la puerta, se llevaran todos los continentales que encontrasen y te dieran una paliza. Aunque sólo sea por incordiar. Aquí no hay bienestar social... No hay subsidio de desempleo, no hay pensiones por invalidez, ni baja médica, tampoco ayudas a los niños dependientes, nada de nada. En esta ciudad hay algunos casos serios de indigencia, abunda la gente de malvivir y la tasa de delincuencia es descomunal. Por eso, y perdonen ustedes, tengo el fusil al lado de la puerta. ¿Tú sigues teniendo esa sexy Sombra Negra?

–Por supuesto –dijo Willing, dando unos golpecitos al bulto que llevaba en la cadera.

Nollie parecía nerviosa.

–Tengo la impresión de que no deberíamos dejar nuestras cosas en el coche.

Willing frunció el ceño.

–En el coche no tenemos nada de valor.

No quería entrar de inmediato el equipaje en casa de Jarred, como si vinieran a instalarse, sobre todo cuando eso era exactamente lo que estaban haciendo.

–Puede que no tengan valor para ti –dijo Nollie, y se escabulló por la puerta para volver lidiando con una caja. Willing se apresuró a ayudarla.

Jarred soltó una carcajada.

–¡Oh, no! *¡El material en sucio!*

Willing no quería que fuese cierto, pero le preocupaba que su tía abuela estuviera empezando a perder sus facultades. Sí, los viejos tenían cosas por las que sentían un gran apego, pero Nollie había llevado esos viejos manuscritos por todas las habitaciones de hotel en las que habían dormido durante el viaje a Nevada. La había dejado junto a la mesa, a su lado, cuando comieron en El Último Banquete, y no la abandonó siquiera cuando hacía esos trabajos ocasionales en Ely, donde también había ido a cenar a casa de vecinos de la ciudad con la caja a cuestas, como un niño pequeño que no

quiere soltar un conejito de peluche. Ciertamente, esos documentos eran tótems de su vida perdida de escritora profesional, pero la fuerza con que se aferraba a ellos era chocante.

Tras servirles frituras de maíz y salsa picante, Jarred pasó la botella para que volvieran a llenar los vasos, pero Willing tapó el suyo con la mano.

—¿Desde cuándo eres tan abstemio?

—No soy abstemio. Soy sentimental. —Willing abrió la cremallera de un bolsillo exterior de la riñonera y, con delicadeza, sacó... un calcetín. El mismo calcetín de caña alta que una vez había llenado con monedas y con el que había amenazado al niño pelirrojo para que le entregara la bolsa de carne picada. Willing colocó con cuidado en la mesa el objeto que guardaba dentro—. El próximo trago me lo sirves aquí.

—¡Eh, eso lo reconozco! —exclamó Jarred—. Era de mi hermana, que en paz descansa. Menudo fetichismo tenía con esas copas. No muy propio de ella, la verdad. Encantador, de hecho. No me malinterpretes, pero tu madre podía ser aburridísima. Que se enamorase de esa manera de dos chismes tan frívolos, tan lujosos y ridículos... Pues fue un gran alivio.

Aun a la escasa luz de la bombilla desnuda, el tallo de cobalto brillaba como las ventanas de una catedral. La copa era cálida, tierna incluso.

—Siempre quise devolvérsela —dijo Willing—. Sólo quería tenerla a buen recaudo. Es lo único que nos quedó de Bountiful House. Es nuestra herencia.

Jarred sirvió más tequila y brindaron.

—¡Por nuestra herencia!

Sin importarle nada la higiene, Willing insistió en que todos bebieran un sorbo de la copa de oro, y se la pasaron entre los tres como un cáliz. El ritual santificó la noche y pareció unirlos en una especie de pacto. Lo que no estaba claro era qué pactaban.

Para coronar los festejos, Willing sacó los absurdos kumquats confitados. Cuando se tarda demasiado en hacer un gesto simbólico, la oportunidad puede pasar de largo. Si no se comían ya esas frutitas, Willing podría quedarse con ese inútil frasco para toda la eternidad. Les contó de dónde lo había sacado.

—Ahora sí creo en las hadas. ¡Encontrasteis una colonia de superricos! —dijo Jarred—. Siempre había imaginado que los federales propagaron el mito de esa élite que nada en la abundancia para justificar sus impuestos draconianos. Los presidentes siempre despotrican contra los millonarios y los

billonarios y después el tramo más alto se fija no en mil millones, sino en doscientos cincuenta mil. Muy práctico.

–No son hadas –dijo Willing–. Se parecen más a una especie amenazada.

–Ya ves que tu madre hacía bien en no creer en las fechas de caducidad –dijo Nollie, relamiéndose–. Un poco empalagosos para mí, pero no están mal.

–¿Tú ya sabías cómo eran las cosas aquí antes de que los Estados Unidos de Nevada declarasen la independencia? –le preguntó Willing a su tío–. Después de pasar la frontera la semana pasada, no me creo nada de las noticias que circularon en el 42. Las matanzas, la anarquía. Los enfrentamientos paramilitares entre patriotas y secesionistas. ¿Algo de todo eso fue real?

A Jarred le encantaba pontificar. Sólo hacía seis meses que había abandonado la Ciudadela, pero era tiempo suficiente para que Jarred Mandible se convirtiese en un experto en el nuevo país, si bien viéndolo así, en albornoz y sentado en taburete de plástico, sus aires de autoridad parecían un poco debilitados.

–Sólo fueron imaginaciones generadas por ordenador –declaró–. No hubo refriegas paramilitares porque aquí no había «patriotas». Todos habían tenido que vérselas con los jodidos federales, y al que quiso irse porque se derretía por vivir en los hermosos Estados Unidos de América le pusieron un puente de plata. Según me contaron, 2042 fue la revolución menos cruenta de la historia. Los gobiernos municipales ya funcionaban, y siguieron haciéndolo. Y también el gobierno estatal, que simplemente se transformó en federal de la noche a la mañana. ¡Bingo! La gente despertó, salió el sol, fueron a trabajar. No cambió nada. Al fin y al cabo, ¿alguna vez te has detenido a pensar en lo que hace el gobierno federal? Te quita el dinero y se lo da a un viejo. De eso se trata. Ah, sí, y después los federales gastan un montón de energía para meter las narices en todo lo que se te ocurra hacer. Echo de menos eso.

–Hay una Oficina del Censo –dijo Willing–. No sé si hace muchas cosas buenas o no, pero es muy benévola.

–¡Y la Comisión de Monumentos Militares de los Estados Unidos! –añadió Nollie–. Inofensiva.

–La *Guardia Costera* –recordó Willing, en tono triunfal–. Activa y eficaz. Jarred rió.

–De acuerdo, lo de la Guardia Costera te lo acepto.

–¿Os acordáis de cuando los republicanos obtuvieron la mayoría necesaria

para dejar que Washington se quedara sin fondos? –dijo Nollie–. El gobierno federal bajó las persianas y nadie se dio cuenta.

–Sólo una cosa puso furiosa a la gente –recordó Jarred–. Que cerraran los parques nacionales. Y ahora los federales han vendido Yellowstone. Ya veis... ¡Adiós al primer parque nacional de los Estados Unidos!

–Pero dime, ¿qué le ha pasado al Strip de Las Vegas? –preguntó Willing, esperando sacar a su tío de un estado de resentimiento demasiado conocido–. He visto fotos de ese bulevar de neón toda la vida y ahora resulta que está a oscuras.

–Bueno, poco después de la Renuncia –dijo Jarred–, Las Vegas se forró. Los turistas extranjeros llenaban los casinos. Con el tipo de cambio a su favor, las bebidas, los hoteles y los bufets libres les salían prácticamente gratis. El problema era que en las mesas de juego lo único que podían ganar eran dólares. Alvarado no dejaba salir del país más de cien pavos, y, claro, ese dinero no se lo podían llevar de vuelta a su país. ¿Y si lo gastaban *in situ*? Bien, pero cuando la inflación se disparó en serio, todo lo que ganaban, por mucho que fuese, enseguida pasaba a valer igual que lo que habían apostado. No era una experiencia satisfactoria. Aunque parezca irónico, a pesar de todas sus tempranas conexiones con la mafia, en los años treinta Las Vegas siguió siendo más segura que la mayor parte de las demás ciudades del país. El dinero extranjero caía del cielo y palió la desesperación. Lo que de verdad destruyó al Strip no fue el caos, fue el orden. Esa clase de orden que te metió ese cacho de latón en el cuello, so gilipollas.

–Los impuestos sobre beneficios extraordinarios del 37 –recordó Nollie–. Los aplicaron no sólo a la venta de inmuebles, sino también a lo que se ganaba en el juego.

–*El noventa por ciento* –dijo Jarred–. Así, en una apuesta dos contra uno, te quedabas con el diez por ciento de lo que habías apostado. La proporción riesgo-beneficio se fue al carajo. Todo muy bien siempre y cuando el Tío Sam confiara en que *tu integridad* te haría notificar sin falta que habías ganado todos esos dólares apostando. Pero después introdujeron el chip y los impuestos ya se descontaban directamente en los casinos, también a los extranjeros. Para los profesionales fue el toque de difuntos. Nadie podía ganarse la vida, por muy listo que fuera. Y después, para rematarla, el broche de oro... Eliminaron los dólares nuevos en efectivo. La sensación de tener en la mano billetes de verdad, de poder contar un fajo de billetes de cien, o

cargar con dos kilos de monedas de veinticinco que has ganado en una máquina... Eso siempre ha sido fundamental para la simbología del juego. Cuando sólo se tiene un crédito abstracto, y cuando te deducen la mayor parte en el acto, bueno..., pues se acabó la diversión. Si quieres un solo motivo que explique el porqué de la secesión, ahí lo tienes. La gente de aquí dice que la indignación general era tan palpable que el aire se tiñó de rojo.

Jarred parecía nostálgico. Se había perdido la fiesta.

–Si recuerdo bien, la consigna era *Impuestos no* –dijo Nollie–. Eso es todo. La representación les importa una mierda. Muy combativos esos hijos de puta. En ese momento me impresionó. Como Hungría cuando se levantó contra los soviéticos. Tampoco puede decirse que sea una analogía muy prometedora.

–En general, creo que los de Nevada se sintieron aliviados cuando vieron que no estallaría una guerra civil –dijo Jarred–. Pero habrían peleado. En este estado, nadie, absolutamente nadie, entregó las armas después de la *reinterpretación* de la Segunda Enmienda.

–Después de la independencia, el Strip podría haber revivido –dijo Willing.

–No con el embargo –dijo Jarred–. Los grandes casinos no podían sobrevivir nunca con la gente de aquí, que en su mayoría apuesta poco. Necesitan turistas. Ése ha sido el peor golpe a la economía, la falta de turistas. Sólo un flujo continuo de espaldas mojadas sin dinero como nosotros. Washington no va a conceder a los aviones que se dirijan a Nevada el derecho a atravesar el espacio aéreo norteamericano. Espero que seas consciente de la dimensión de lo que has hecho. Aquí no se puede llegar en avión, y salir tampoco. Y aunque entrar en el Estado Libre sea pan comido, estoy completamente seguro de que te arrestarán si vuelves. Como mínimo, por los impuestos atrasados, con intereses y multas; irás a una cárcel de verdad o a una cárcel *de facto* para deudores, una cadena perpetua. Sobre todo si llevas chip, Willing... Este Brigadoon es para siempre.

–Pero ¿quedan casinos? –Para Willing, era cuestión de ambiente. No se moría de ganas de jugar, pero, para encontrarse igual que en todas partes, no necesitaba una ciudad por la que había sacrificado su casa, por la que había abandonado a la mayor parte de su familia ampliada y a una novia mucho más que diligente.

–Los viejos antros del centro, como El Cortez, siguen abiertos, aunque con

dificultades. Detesto tener que reconocerlo, pero fui a jugar allí. No sé de qué otra manera podría reunir un capital. Ya os acordáis de aquellas noches largas y frías en la Ciudadela: soy un as jugando al blackjack.

—¿Ganaste mucho? —preguntó Willing.

—No perdí mucho —gruñó Jarred—. Eso ya es bastante.

Nollie se cruzó de piernas y puso los pies encima de la caja de los borradores.

—Lo que está claro —dijo Jarred— es que Washington esperaba que, estrangulando el comercio, acabando con el turismo, bloqueando las comunicaciones y los transportes y abandonando a su suerte a un estado conocido por la escasez de agua, conseguirían poner de rodillas a los Estados Unidos de Nevada. El paralelismo mejor establecerlo con el Sitio de Leningrado, pues, no con Hungría. Sedientos, pobres, aislados y desesperados por melocotones frescos, los habitantes de Nevada suplicarían que los dejasen volver a formar parte de la Unión. Eso es al menos lo que dice la teoría. Entretanto, el ejército no necesita disparar ni un solo tiro. En Washington a nadie le apetecía que se viera por maXfleX cómo tropas norteamericanas acribillaban a otros compatriotas. Como estrategia, es astuta, austera y políticamente ingeniosa. El gobierno de Chelsea Clinton supuso tranquilamente que los Estados Unidos de Nevada se arrugarían hasta quedar reducidos a una pila de gente arrepentida y llorosa al cabo de unos meses, por no decir unas semanas. Pero han pasado cinco años y nadie llora.

Jarred rezumaba un orgullo local infeccioso que podrían haberle contagiado sus vecinos. Sin embargo, había una desconexión evidente entre su fanatismo y ese agujero lúgubre y espartano en el que vivía. Willing no había visto ningún vehículo aparcado en la entrada. La luz de la bombilla desnuda era cegadora y Willing se preparaba mentalmente para pasar otra noche en el Myourea. Las frituras de maíz y los kumquats se habían terminado, y no contaba con que le sirvieran algo más de comer.

—¿Y este supuesto país funciona? —dijo Willing, con cautela e intentando ser diplomático—. ¿O la gente de aquí es tremendamente testaruda?

—Este estado es un experimento social fascinante, y puede que aún no se contemple la posibilidad de convocar elecciones —dijo Jarred, con entusiasmo—. Pero todas las democracias sociales occidentales han recorrido el mismo camino. Empezaron siendo decentes, tranquilas y hasta cierto punto despreocupadas, pero al final fueron víctimas de tanta virtud. Se

encapricharon con la *justicia*. Por supuesto, en un mundo idealmente *justo*, todos tendríamos una casa grande y maliciosa y montones de comida. Acceso ilimitado a la medicina más moderna, cuidados gratuitos para los niños, una educación excelente y almohadas mullidas para los *longevos*...

–Y flores frescas todas las mañanas –añadió Nollie–. Una copa de tequila siempre llena hasta el borde. –Y acercó el vaso para que Jarred volviera a llenarlo.

–Exactamente –dijo Jarred, sirviéndole otro trago–. Huelga decir que todo a cambio de no hacer nada. ¿Socialmente? Muy fácil de vender. ¿Económicamente? Un poco tramposo. Así el estado empieza a mover el dinero. Un poquito de *justicia* aquí, otro poco más allá. Pero se parece a mover la carga en la bodega. Hay que empujar continuamente los baúles a derecha y a izquierda, pues el barco siempre va dando bandazos en una dirección u otra. Al final, todas las democracias sociales llegan al mismo punto de inclinación y la mitad del país depende de la otra mitad. Se convierte en un sistema de financiación que, en esencia, es aristocrático. Ya no es contribu... –Jarred ya se había echado al colete sus buenos tragos de tequila y se le trababa la lengua–. Contributorio. Y eso divide. Todo el mundo es desdichado. La mitad de abajo se queda sin flores. Los aristócratas sienten que les roban. Y toda esa *justicia*, todo ese cargamento que se ha movido, desvestir un santo para vestir a otro...

–Costes operativos altos –aportó desinteresadamente Willing.

–Eso. Y lo que empezó siendo un apaño razonable y sin dobleces, en el que todo el mundo aporta un poco de algo para cubrir las modestas necesidades de la comunidad, carreteras, por ejemplo, o un policía en la esquina, se transforma en uno de esos *sistemas complejos* sobre los que no dejabas de darnos la vara, Noll, esos que parecen invitar al «colapso catastrófico». El gobierno se convierte en un mecanismo costoso, torpe e ineficaz para transferir la riqueza de quienes hacen algo a los que no hacen nada, y de los jóvenes a los viejos, es decir, en la dirección equivocada. Tanto esfuerzo y sólo para tener una nueva injusticia.

–No veo por qué no tendrías el mismo problema aquí –dijo Willing.

–Muchos carcamales... Perdón, muchos *longevos* se marcharon después de la secesión. No podían enfrentarse a la vida sin Medicare. Y voy a ser sincero contigo, Noll. Los viejos que han aguantado, nativos de Nevada, por lo general, porque los jubilados que no eran de aquí huyeron en tropel... Pues

bueno, están enfermando. Nevada no tiene plantas medicinales y los medicamentos se acabaron hace años. Para la hipertensión, para el colesterol, la angina de pecho. Se mueren antes. He visto bastante a nivel anecdótico, pero si alguien se tomara la molestia de confeccionar estadísticas aquí, te apuesto a que verías una caída brusca de la esperanza de vida. No estoy seguro de que sea algo tan malo. Es una opinión que muchos comparten en esta parte del mundo, pero escandalosa en los Cuarenta y Nueve Exteriores. En Nevada, si eres achacoso o estás enfermo, tienes que depender de alguien, y no digo colectivamente, de una institución. De un pariente, o de un vecino.

–Interesante que parezca tan raro, ¿verdad? –dijo Nollie.

–El Estado Libre es un experimento en ir hacia atrás –dijo Jarred–. Incluso desde el punto de vista tecnológico... Aquí, dentro de estas fronteras no hay robots, todavía. Y cuando los existentes se rompen, los reemplazan con empleados humanos. No es una respuesta a largo plazo, con el tiempo, alguien acabará fabricando esos cabrones, pero, a corto plazo, la pérdida de la automatización ha sido una verdadera ayuda para el mercado laboral. Ya lo veréis, aquí hay trabajo de sobra. Aunque es de muy baja cualificación, y físico a menudo, o de lo contrario requiere un nivel de formación que tú y yo, Willing, no tenemos ni de lejos.

–No nos ha sido exactamente sencillo llegar aquí –dijo Nollie, echando un vistazo a una sala mucho más deprimente que la acogedora casa de East Flatbush que habían dejado–. Quiero ser optimista. Pero ¿qué convierte a los Estados Unidos de Nevada en algo mejor?

–Es lo que le dije a Goog sobre el Cuatro de Julio –dijo Willing–. La libertad es una sensación. No sólo la lista de cosas que nos permiten hacer. Yo *me siento* mejor. –Lo dijo como si acabara de tomarse la temperatura–. Ya me siento mejor.

–Lo creáis o no –dijo Jarred–, los impresos fiscales de este Estado tienen *una página* de extensión. Y así en gran medida pasa con todo. No hace falta pedir licencia para abrir un negocio, o permiso para casarse, ni licencia para montar un centro de esparcimiento o para vender alcohol. Aquí la gente hace negocios, se casa, se divierte y bebe.

–Pero... –dijo Willing–, *Nevada no es una utopía*.

–¡No, no, no! –dijo Jarred, expresando con vehemencia que opinaba como su sobrino–. Claro que no. Esta ciudad es una guarrada, llena de perdedores, chanchulleros y timadores. Y la gente se muere de hambre, sí. Nadie te ayuda

a menos que quiera hacerlo, y lo peor es que tienes que caerles bien. No basta con estar necesitado. A los nativos sí les va echarse mutuamente una mano, pero nosotros, los intrusos que venimos de los Cuarenta y Nueve Exteriores, estamos solos. Nadie nos pidió que viniéramos, y esperan que seamos útiles o nos larguemos. En el momento de la secesión, a la gente le preocupaba que sólo aguantara mecha el núcleo duro y que el estado se fuera despoblando hasta ser inviable. Ahora lo que más teme es justamente lo contrario, que los refugiados de la ASCO vengan al Estado Libre en cantidades que Nevada es incapaz de absorber. Y eso es un motivo importante para que no se esfuercen por hacer correr la voz de que las cosas aquí no están tan mal.

—Entonces, es posible que algunos de los rumores más descabellados que circulan en los Estados Unidos de América —dijo Nollie— sobre canibalismo y genocidio, en realidad los propague Nevada.

—No me sorprendería —dijo Jarred—. Yo mismo soy reacio a divulgar la buena nueva.

—Pero si aquí todos son inconformistas —dijo Willing—, ¿no te convierte eso en conformista?

—Muy gracioso —dijo Jarred—. El problema es que los inconformistas rara vez se llevan bien con otros inconformistas. Y dentro de muy poco descubrirás cuántas cosas no se pueden conseguir aquí. Piezas de recambio para tu maXfleX, por ejemplo. Limones. ¿Eres consciente de que sin limones se pueden preparar muy pocos platos? El chino donde venden comida para llevar es un asco porque ya no hay castañas de agua ni brotes de bambú, tampoco shiitakes. Ni siquiera en lata. Se depende totalmente de algún emprendedor que ha tenido la brillante idea de fabricar ensaladeras de madera. De lo contrario, no encontrarías una ensaladera de madera a menos que tú mismo te la hicieras. Nevada ha empezado a tener sus propios medios de comunicación (programas de televisión, películas) y suena muy bonito, pero todos son una mierda. La gente escribe libros, pero son espantosos.

—Me encanta saberlo —dijo Nollie—. No tendré competencia.

—Pero tampoco puedo hacer demasiado hincapié en la desconfianza que los recién llegados inspiran a los nativos —dijo Jarred—. No les emocionan vuestras ansias de convertiros. No les impresiona la valentía que habéis demostrado tener viniendo hasta aquí. Obviamente, muchos latinos se marcharon por la frontera sur cuando la economía mexicana se volvió loca. Después de la secesión, Nevada perdió muchos más. Con todos los

republicanos de Reno y de Carson City que se oponían al proyecto, a los latinos les ponía nerviosos la posibilidad de que un estado independiente se convirtiera en una réplica racista de la Confederación. Bueno, todo el mundo necesita alguien en quien desfogarse, y somos nosotros. Somos los nuevos *trabajadores indocumentados*. Los de los Cuarenta y Nueve Exteriores llegan con esperanzas nada realistas, sin formación y, lo peor de todo, sin activos. Les vacían el chip en la frontera. Vosotros sois una excepción, pues la mayoría de los que llegamos antes no nos dimos cuenta de que podríamos haber traído un coche.

–La mayor parte de nosotros no teníamos coche –le recordó Willing.

–Me doy de bofetadas por no haber traído la camioneta. Me he estado moviendo en una bicicleta hecha polvo que ni siquiera es eléctrica. En verano es insoportable. Y esta casa... Ya sé que no es agradable a la vista, pero es un milagro que tenga donde vivir. Hay muchos inmigrantes sin techo. Hasta principios de mayo dormía en umbrales.

–¿Qué clase de trabajo haces aquí? –preguntó Nollie.

–Trabajo en una fábrica de quesos –dijo Jarred, sin sentir vergüenza–. Separo la cuajada del suero... Como la Little Miss Muffet de la cancioncilla infantil. Nevada ha tenido una buena industria láctea desde siempre, pero aquí no se fabricaba mucho queso. Cuando nadie pudo ya untar un taco, todos fliparon. Para el Monterey Jack hay un mercado inmenso. La Casa del Queso está pensando en un sucedáneo del parmesano. Conozco a tíos que piensan en el suicidio cuando no encuentran parmesano.

–Puede parecer una locura, pero imaginé que ya habías comprado otra granja –dijo Willing.

–¿Cómo iba a hacerlo? No tengo capital, *amigo*.♦ Ya lo veréis. Bueno, quiero decir que Nollie y tú sois bienvenidos si os queréis quedar a dormir. Pero incluso en el país de la autodependencia con un impuesto fijo desdeñable, podríais tardar un tiempo en conseguir una casa para los dos.

–Detesto tener que separarme de ella –dijo Willing–. Pero si vendo esta copa podría conseguir lo suficiente para dar el depósito de un apartamento pequeño. La parte de arriba es de oro macizo.

–Pero... ¿ya no te recuerdas cómo te quejabas cuando volviste a Brooklyn? –dijo Jarred–. ¿El problema de *la falta de trayectoria*? En cuanto a eso, aquí no ha cambiado nada. Tío, es la primera vez en la vida en que he deseado

tener un título. La gente de Nevada no necesita otro cincuentón imbécil para pensar, cortar y arrastrar quesos. Necesitan químicos, ingenieros.

–¿Y qué harías si tuvieras capital? –dijo Nollie.

–Fantasear es una pérdida de tiempo.

–Respuesta incorrecta –dijo Nollie.

Jarred le dio el gusto y dijo:

–Construiría un invernadero gigantesco. Plantaría *limoneros*.

–Eso ya me gusta más –dijo Nollie y, volviéndose hacia Willing, preguntó–: ¿Y tú qué harías si tuvieras capital?

Esa casa era fea. Con sus rectángulos de paredes inacabadas que llegaban sólo hasta la cintura, toda la urbanización era fea; pero la puesta de sol había sido espectacular. Cuando entraron en Las Vegas, a las montañas rojas que se alzaban en el oeste parecía no importarles quién gobernase. El paisaje urbano era desangelado; la tierra en que se asentaba era austera. El balance era satisfactorio. Willing se sintió aliviado por una ligereza física que no se había filtrado por sus extremidades desde antes de la Pedrada. Cuando era pequeño, personificaba a una de las barras de chocolate que más le gustaban, la de cacao sólido salpicado por cientos de burbujas de aire, así que lo que había sido pesado y difícil de digerir se volvía esponjoso y casi ingrátido. No sabía qué iba a hacer mañana, y eso le gustaba.

–Me sacarían un título en hidrología en la Universidad de Nevada, Las Vegas –dijo Willing–. Investigaría las maneras en que gente como Jarred puede cultivar limones en el Estado Libre trasvasando tanta agua del Colorado que Arizona movilizaría a la Guardia Nacional y las objeciones de México a la disminución de la corriente por la frontera darían lugar a una crisis diplomática. Antes de la secesión, Nevada sólo tenía cinco millones de habitantes. Washington puede vivir sin esos impuestos. Lo que pondrá en peligro la independencia de los Estados Unidos de Nevada será el agua. Las tensiones con los estados limítrofes por el drenaje del lago Tahoe, del río Humboldt y del lago Mead.

–Vaya –dijo Nollie–. Sí que te lo has pensado a fondo.

–He pensado una cosa –dijo Willing–. Encontraré alguna manera de contactar con Fifa, la vida aquí no puede ser tan dura. La convenceré para que emigre, y convenceré a Savannah y a Bing también. Tal vez también a Goog, que no sería tan idiota si no trabajara para la ASCO. Viviríamos juntos con Jarred, como en los viejos tiempos en la Ciudadela, pero en una casa grande y

aireada, no hacinados y asustados como en los años treinta. Savannah volvería a dedicarse al arte y dejaría de ser una prostituta. Encontraría a un hombre más atractivo que yo y me pondría celoso. Avery y Lowell podrían dejar Washington e instalarse en una casita independiente, en la misma urbanización. Los economistas como Lowell no creen que los Estados Unidos de Nevada funcionen. Sería un placer verlo vivir en un lugar imposible. Jayne y Carter vendrían de Montana. A Jayne se le pasaría la locura, porque piensa que necesita la soledad y en realidad quiere compañía. Tú tendrías un estudio para ti sola, Nollie. Podrías escribir nuevos libros para que la gente lea; de otro modo, la vida puede volverse aburrida. Después morirás. Sería triste para mí, sí, pero una tristeza agradable, porque no hay tristeza cuando muere alguien que está triste. Yo me casaría con Fifa. Planearíamos tener tres hijos, pero no tomaríamos las precauciones necesarias y acabaríamos teniendo cinco.

—Respuesta correcta —dijo Nollie, levantando los pies de la caja. Seguidamente, arrancó la gastada cinta de embalar, dobló las tapas hacia atrás, sacó las pilas de arriba de manuscritos atados con gomitas elásticas y las dejó en el suelo. Con el dedo quitó del tablero de la mesa de formica un charco del almíbar de kumquats y apartó la copa de Bountiful House. Con dificultades, aun valiéndose de las dos manos, sacó un manuscrito embalado en otra caja. El título: *Más vale tarde que*. Cuando lo dejó caer encima de la mesa, los vasos de tequila vibraron. Después abrió la caja de papel para mimeógrafo y quitó unas cincuenta páginas.

—Aquí está —dijo—. El capital.

La caja estaba llena de lingotes de oro.

—Creía que sólo habías traído báncores —dijo Willing.

—No tenía una fe ciega en la nueva moneda —dijo Nollie—. Ni en ninguna otra. De mi padre aprendí a diversificar. Empecé a invertir en este metal precioso en 1999. Había bajado hasta costar doscientos treinta dólares la onza. Alguna idea debéis de tener de lo que le ha ocurrido a ese precio desde entonces.

—Parece un tesoro oculto lo bastante grande para interesar a la casa de moneda de los Estados Unidos de Nevada —dijo Willing—. La población aumenta con la llegada de refugiados de los Cuarenta y Nueve Exteriores. Unas reservas de oro más importantes ayudarán a Nevada a ampliar poco a

poco su base monetaria, sin inflación. Lo que no entiendo es cómo conseguiste pasar ese oro cuando aterrizaste en el JFK.

–Los federales acababan de nacionalizar el oro –le recordó Nollie–. Nadie que estuviera en sus cabales iba a traerlo a los Estados Unidos. Por eso los de aduanas no buscaban oro.

–Cuando nos ocuparon la casa... –dijo Willing–. Ahora le veo el sentido. Le dijiste algunas impertinencias a Sam, pero por lo demás estabas *muerta de miedo*. Nada muy propio de ti.

–Me hizo falta un autocontrol tremendo –dijo Nollie–, pero tenía que sacar la caja. Valía mucho más que la casa de Florence. Así y todo, «Maxwell's Silver Hammer» me resonó en la cabeza durante todo el camino a Prospect Park.

»Ahora bien, la única condición que impongo es que recuerdes que esto no es maná del cielo. Me lo gané. Me lo gané quedándome hasta las tantas delante de una máquina de escribir mientras mis amigos se iban de juerga. Leyendo el mismo manuscrito tantas veces (revisándolo, comprobando las correcciones, primeras, segundas, galeradas) que llegué a odiar ver lo que yo misma había escrito. Yendo a actos públicos y diciendo lo mismo cientos de veces, hasta que el odio a mí misma me dejaba inconsciente. Cogiendo vuelos a las siete de la mañana para ir a festivales literarios cuando lo que quería era quedarme durmiendo. Recuerda, también, que si ya no hubiera pagado impuestos, tendría el doble de oro. Pero me gustaría dejarte lo que queda. Debería servirte para que estudies, para que tengas un techo, y para casarte... Y también quedará bastante para limoneros.

Desde que era niño, a Willing le había interesado mucho la economía, pero no el dinero. Cuando conoció el valor del regalo de su tía abuela en continentales, sintió vergüenza y desconcierto.

Reflexionó sobre lo que Jarred había dicho sobre la justicia. Su tío parecía dar a entender que no existía nada semejante. Sólo había injusticias en conflicto. Como Nollie le había pedido que recordase, ella había trabajado duro, más duro que algunos. Así pues, ni siquiera la justicia equitativa era exactamente justa. La fortuna de los Mandible había estado destinada a su abuelo Carter, y supuestamente también a Nollie, aunque saltaba a la vista que ella no la necesitaba. Eso tampoco era justo. Es decir, que la evaporación de esa fortuna tampoco era injusta. Aunque «no injusta» no era lo mismo que justa. Así pues, quizá, lo que recibía de su tía abuela era *no injusto*.

En medio de su confusión, lo único que consiguió entender fue lo único realmente sensato que se podía hacer con el dinero: dedicarlo a otro. Nollie había disfrutado obsequiando a sus sobrinos todo lo que tenía. Hacia el final de su vida, Elliot, su tatarabuelo, también habría administrado sus recursos para poder legarlos.

Willing había salvado al clan Mandible una vez, y eso podía convertirse en un hábito.

En Nevada había, en efecto, un ferrocarril subterráneo, que tampoco era un ferrocarril, naturalmente, ni una serie de pisos francos. Era una mezcla de trabajadores autónomos no afiliados: viejos de Nevada sin chip que sabían conducir; los nativos creían, y no sin razón, que los satélites podían controlar los sistemas de los vehículos automáticos con función sin conductor. Con combustible y provisiones para el viaje, los viejos cobraban por atravesar el continente.

Willing encargó una furgoneta con conductor para un viaje de ida y vuelta. Los destinos eran tres. La primera escala era Nueva York, donde recogió a Fifa, que más tarde dijo que lo que le habían hecho parecía un secuestro; Willing prefería decir *embarcada por la fuerza*. La historia llegó a parecer romántica. El conductor de la furgoneta también fue a buscar a Savannah y a Bing, y, tras muchas discusiones, al mayor de los hermanos Stackhouse. En DC, Lowell se opuso totalmente a ir a cualquier parte hasta que le comunicaron que, después de que su hijo renunciara a su empleo en la ASCO, se había quedado sin su puesto de profesor en Georgetown. A Avery la entristecía pensar que en Nevada su terapia de Reacondicionamiento Vertical fuese innecesaria, aunque le alegró conocer el motivo por el que lo era. La furgoneta regresó a Las Vegas vía Montana. A Jayne la idea la aterrorizó, pero bueno, Jayne vivía aterrorizada. Carter, que no quería repetir el error que Nollie había cometido con su madre, prefirió reconciliarse con su hermana antes de morir. En la furgoneta había lugar suficiente para el robot que los cuidaba y la cubertería de plata de los Mandible; devolverla a la familia ampliada haría que poseer dieciséis cucharillas para té helado pareciera algo mucho más sensato. Y todo fue sobre ruedas.

El único capricho personal que Willing se permitió comprar con el Tesoro de Nollie fue hacerse *freír* el chip. En el Estado Libre era un procedimiento habitual, y más seguro que la extracción quirúrgica: una descarga de ondas de radio de alta frecuencia reventaba las comunicaciones por satélite del

implante. Aunque el inventor de la tecnología había amasado una fortuna, Willing no conocía a gente de Nevada con chips neutralizados que hubiera confiado lo bastante en el procedimiento para intentar pasar a los Estados Unidos de América. Es posible que el proceso sólo fuese un gran infundio, pero después Willing se sintió más libre, como la víctima de una agresión sexual, a quien, tras someterla, medio atontada, a una serie de frotis y revisiones y hacerle un montón de fotografías, finalmente se le permitía ducharse.

Cuando consiguió una equivalencia del título del instituto y se graduó en la universidad, Willing confirmó que había sido un acierto centrar sus estudios en el agua: nunca le faltaría trabajo. No obstante, para evitar convertirse en un hidrólogo *aguafiestas*, una vez al año, el día del cumpleaños de su madre, Fifa y él desactivaban el control ecológico y se daban una fantástica ducha de quince minutos. Todo un derroche. Ese ritual anual costaba más de cien continentales, y valía la pena. En un gesto simbólico, Willing enmarcó el billete de cien dólares original que había encontrado en el silo subterráneo de Nebraska y lo colgó en el cuarto de baño, encima del inodoro, donde una vez al año el vapor condensado de la pecaminosa ducha empañaba el cristal.

A medida que fue comprendiendo que para ella también pasaban los años, Fifa dejó de ser tan dura con los carcamales, y su empresa, dedicada a instalar barandillas en los pasillos y escaleras eléctricas, se labró la reputación de ser compasiva. El favor más grande que hacía a los ancianos mientras trabajaba era llevarles una larga hilera de bulliciosos pequeños Mandible: los de Bing, los de Savannah, los de Goog y también los suyos, claro.

Por desgracia, el hecho de que se necesitara tanta agua hizo económicamente inviable el proyecto, y Jarred y Bing, aunque dolidos, dejaron que su huerto de limones se marchitara. Jarred, en plan filosófico, les recordó a los frustrados peones de su granja que el Creador dotaba a todos los hombres del derecho inalienable a buscar la felicidad. Como mínimo consiguieron que dieran frutos unos limoneros plantados en tiestos en el Ciudadela Redux, donde nunca faltaba un chupito de tequila. Reunidos en la galería para esos cócteles rituales al ponerse el sol, los adultos competían de buen humor por ver quién tenía que beber de la copa de oro de Bountiful House, hasta que el hijo menor de Goog, un verdadero trasto, rompió el legendario recuerdo familiar. Para sosegarlo, Willing recordó lo que le había dicho a Nollie sobre los libros que habían quemado en East Flatbush dentro

de un bidón de gasolina: a los objetos se les puede quitar el significado. Y, abracadabra, la copa se transformó en un feo vaso viejo. Willing se preguntó si debía aprender a seguir más a menudo su propio consejo.

Los diseños textiles de Savannah se ganaron el máximo renombre que un trozo de tela podía llegar a adquirir en un estado embargado y en su mayor parte desierto. A decir verdad, no era mucho. Por su parte, Avery concibió otra terapia alternativa que atrajo a montones de chalados a la consulta que abrió en la Ciudadela; en cuanto se marchaban, la mitad de ellos se divertía burlándose de la otra mitad. Lowell se pasó la jubilación encorvado sobre otro supuesto tratado, en el que intentaba explicar por qué, con una política monetaria «medieval», los Estados Unidos de Nevada podían irse a pique en cualquier momento. Arengando ante un público muy numeroso, llegó a ser el iconoclasta más famoso de Nevada. Jarred se decantó por lo convencional y fue un ciudadano patriótico y fiable. Al principio, y sólo para no hacer siempre lo mismo, los dos parecieron disfrutar intercambiando papeles, aunque, con el tiempo, Jarred descubrió que comportarse como un animador del *establishment* que promovía el *statu quo* tenía su lado vergonzoso. A Jayne no le dejaron tener su Habitación Silenciosa, si bien en ese complejo habitacional estilo Moderno Español había lugar de sobra. Aunque más centrada, nunca dejó de llorar por las pinzas para espárragos del Gran Gran Hombre, regaladas deliberadamente, por así decir, al ingrato que les había ocupado la casa. Con ganas de seguir en activo y ganando dinero a los noventa años, Carter fundó un periódico. Le daba pérdidas, pero por lo visto la gente de Nevada echaba de menos el *Las Vegas Sun*. Nada de lo que se publicaba en ese periódico era exacto, pero las probabilidades de que tal o cual factoides fuera al menos relativamente cierto superaban el cincuenta por ciento, es decir, que eran mucho mejores que las que se leían en internet.

A su debido tiempo, Kurt entró cojeando y sin aliento por el portal de la Ciudadela. Había tenido un accidente de trabajo en Indiana, y como mano de obra allí no era muy valioso que digamos. Los Mandible no sólo lo acogieron; también hicieron un fondo común para pagarle los implantes. Puede que los caprichos de la bondad no sirvieran para sustituir a un Estado del bienestar, pero que la necesidad sincera y la capacidad de reserva se vieran cara a cara los hacía sentirse mejor. Kurt quedó afectuosamente en deuda, no con un «derecho a», y la benevolencia que se ofrecía de buen grado no dolía.

Para empezar, Goog se presentó con éxito para ser el único funcionario del fisco de Nevada encargado de hacer cumplir la ley. Lo primero que le ordenaron hacer fue enviar una vez al año efusivas notas de agradecimiento a los contribuyentes que tenían a bien presentar la declaración, y que eran lo bastante generosos para compartir con sus vecinos los beneficios de sus esfuerzos. También se encargaba de disculparse profusamente –de poder ser, postrándose en persona si el tiempo y la distancia lo permitían– en todos esos casos demasiado frecuentes en que la agencia tributaria de los Estados Unidos de Nevada se había equivocado al calcular un impuesto o había perdido la declaración de un ciudadano. Lamentablemente, la humillación y los remordimientos no eran el fuerte de Goog. Peor aún fue que los legisladores de Carson City dictaran unas directivas muy estrictas que afectaban a su departamento, que no debía fomentar «un clima social en el que imperen el miedo, la intimidación y la depredación»; con ello, el entusiasmo de Goog por las tareas más punitivas le valió el despido. Después se dedicó a entrenar al grupo de debate del instituto local, donde enseñaba a adolescentes precoces a ser fanfarrones y sabelotodos capaces de poner a prueba la paciencia de los adultos. Se hizo muy popular entre los jóvenes.

En 2057, llegó un inmigrante de los Cuarenta y Nueve con la noticia de que Indonesia había invadido Australia. Según contó, el presidente de los Estados Unidos había enviado a Canberra un comunicado especial para decir que lo lamentaba.

Más noticias: por fin un Estado palestino, pero a nadie le importó. Rusia se había anexionado Alaska por sus reservas de gas natural. El presidente de la Cámara de Representantes comentó al respecto que «de todos modos, Alaska siempre ha quedado muy lejos».

Nollie vivió hasta los ciento tres años, y se derrumbó poco antes de empezar sus tres mil saltos diarios, que, a esas alturas, ejecutaba casi a cuatro patas. Antes había escrito varias novelas más para un público cautivo. La piratería prosperó también en <http://usn>, y la mayor parte de sus lectores pudieron acceder a sus nuevos libros sin pagar ni un continental. Después de su muerte, la biblioteca de la Universidad de Nevada compró el material en sucio.

En 2064, el impuesto fijo de Nevada subió un punto, situándose en el 11 %.

Por supuesto.

NOTAS

1. En adelante, y en todo el libro, el rombo indica que el texto está en español en el original. (*N. del T.*)
2. Por el inglés *gloves*, «guantes». (*N. del T.*)
3. El periodo de crisis económica que, en la novela, algunos llaman la «Edad de Piedra» (*Stone Age*) y otros la «Pedrada» (*Stonage*). (*N. del T.*)
4. «En Dios confiamos.» (*N. del T.*)
5. En inglés *alone*: «solo/a». (*N. del T.*)

Título de la edición original:

The Mandibles: A Family, 2029-2047

Edición en formato digital: marzo de 2017

© de la traducción, Daniel Najmías, 2017

© Lionel Shriver, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3785-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

Lionel Shriver

Los Mandible

Una familia: 2029-2047



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA